JOE ABERCROMBIE

LA SABIDURÍA DE LAS MULTITUDES



Caos. Furia. Destrucción.

El Gran Cambio ha llegado…

Algunos dicen que, para cambiar el mundo, primero hay que quemarlo. Esta idea se va a poner a prueba en el crisol de la revolución: los rompedores y los quemadores se hacen con el poder y el humo de los disturbios ha sustituido al de las fábricas. Todo ha de someterse a la sabiduría de las multitudes.

El ciudadano Brock ha decidido convertirse en un héroe de la nueva era y la ciudadana Savine tiene que reconducir su talento de la búsqueda del beneficio a la mera supervivencia. Orso va a descubrir que, cuando el mundo está bocabajo, nadie está en peor posición que un rey. Y en el sangriento Norte, Rikke y su frágil Protectorado se están quedando sin aliados… mientras Calder el Negro llama a sus fuerzas y trama venganza.

El sol de la Unión ha caído al barro y en la sombra, tras las bambalinas, los hilos del despiadado plan del Tejedor se van trenzando poco a poco…

LA SABIDURÍA DE LAS MULTITUDES

JOE ABERCROMBIE

Para Lou,
con abrazos
lúgubres y oscuros

Séptima parte

«Los grandes solo nos parecen grandes porque estamos de rodillas. ¡Alcémonos!»

Elysée Loustallot

Como un rey

—¿Sabes qué, Tunny?

Los ojos algo enrojecidos del cabo Tunny se deslizaron hacia Orso.

—¿Majestad?

—Debo confesar que estoy bastante satisfecho de mí mismo.

El Estandarte Firme ondeaba al viento, su caballo blanco rampante y su sol dorado destellando, con el nombre de Stoffenbeck ya cosido entre las famosas victorias que había presenciado. ¿Cuántos grandes reyes habían cabalgado triunfales bajo aquel resplandeciente pedazo de tela? Orso, a pesar de haberse visto superado en número, ridiculizado y considerado un caso perdido por la mayoría, acababa de unirse a sus filas. ¡El hombre a quien los panfletos apodaran una vez el Príncipe de las Prostitutas había emergido, cual espléndida mariposa de una pútrida crisálida, como el nuevo Casamir! La vida daba muchas vueltas, desde luego. Sobre todo la vida de los reyes.

—Y bien que deberíais sentiros satisfecho, majestad —respondió adulador el mariscal Rucksted, y había pocos hombres que supieran más de satisfacción con uno mismo que él—. ¡Superasteis en inteligencia a vuestros enemigos fuera del campo de batalla, los superasteis en fuerza dentro de él y tomasteis prisionero al peor traidor de todos!

El mariscal lanzó una breve mirada satisfecha hacia atrás. Leo dan Brock, el héroe que unos días antes había parecido demasiado grandioso para que el mundo pudiera contenerlo, estaba retenido en

un lamentable carromato con barrotes en las ventanas, que traqueteaba en la comitiva de Orso. Pero claro, había menos de él que retener. Su maltrecha pierna había terminado enterrada en el campo de batalla junto con su maltrecha reputación.

—Habéis ganado, majestad —trinó Bremer dan Gorst, y entonces cerró la boca de golpe y miró ceñudo hacia las torres y chimeneas de la cercana Adua.

—Sí que he ganado, sí. —Una sonrisa espontánea estaba apoderándose de la cara de Orso, que casi no recordaba la última vez que había ocurrido algo así—. El Joven León, apaleado por el Joven Cordero. —Parecía que hasta la ropa le sentaba mejor que antes de la batalla. Orso se frotó la mandíbula, que llevaba unos días sin poder afeitarse con tanto ajetreo—. ¿Debería dejarme barba?

Hildi se echó hacia atrás el enorme gorro que llevaba para evaluar dudosa el vello facial de Orso.

—¿Tienes una barba que dejarte, para empezar?

—Es cierto que no lo he conseguido nunca en el pasado. Pero eso podría decirse de muchísimas cosas, Hildi. ¡El futuro parece un lugar muy distinto!

Quizá por primera vez en su vida, Orso estaba ansioso por descubrir lo que iba a depararle el futuro, e incluso por forcejear con el muy cabrón hasta amoldarlo a sus deseos. Así que había dejado atrás al mariscal Forest poniendo orden a gritos en la vapuleada División del Príncipe Heredero y se había adelantado en dirección a Adua con un séquito de otros cien jinetes. Tenía que llegar a la capital y poner en buen rumbo la nave del estado. Con los rebeldes aplastados, por fin podría embarcarse en su gran gira por toda la Unión y saludar a sus súbditos como un monarca vencedor. De ese modo averiguaría en qué podía ayudarlos, cómo podía mejorar las cosas. Se preguntó con placer qué nombre rugiría la enfervorecida multitud. ¿Orso el Firme? ¿Orso el Decidido? ¿Orso el Intrépido, el Muro de Piedra de Stoffenbeck?

Se echó hacia atrás en la silla de montar, se dejó mecer y dio una profunda bocanada del fresco aire otoñal. Soplaba un leve viento del norte que se llevaba al mar los olores de Adua, así que pudo hacerlo

sin tener que toser después.

—Por fin comprendo a qué se refiere la gente cuando dice que se siente como un rey.

—Ah, yo no me preocuparía —dijo Tunny—. Seguro que volverás a notarte impotente y confundido en menos que canta un gallo.

—Sin duda.

Orso no pudo evitar otra mirada furtiva hacia la retaguardia de la caravana. El malherido lord gobernador de Angland no era su único cautivo de renombre. Tras la celda con ruedas del Joven León traqueteaba un muy vigilado carruaje que transportaba a su muy embarazada esposa. ¿Esa mano pálida aferrada al marco del ventanuco sería la de Savine? Solo pensar su nombre deformó el rostro de Orso en una mueca. Cuando la única mujer a la que había amado en la vida se casó con otro hombre y luego traicionó a Orso, el muy inocente había creído que nunca podría sentirse más desgraciado. Pero entonces había descubierto que Savine era su hermanastra.

El olor de los caóticos suburbios fuera de las murallas de Adua hizo poco para contrarrestar la súbita náusea. Orso se había imaginado que encontraría plebeyos sonrientes, banderitas de la Unión en manos de niños pecosos, lluvias de perfumados pétalos dejadas caer por bellezas desde los balcones de las casas. Siempre había mirado por encima del hombro esas bobadas patrióticas cuando iban dirigidas a otros vencedores, pero lo cierto era que le había apetecido verlas dirigidas a él. En vez de eso, había siluetas andrajosas mirándolo malcaradas desde las sombras. Una ramera que mordisqueaba un muslo de pollo soltó una carcajada desde una ventana torcida. Un desagradable mendigo soltó un potente escupitajo en el camino mientras Orso pasaba al trote.

—Siempre habrá descontentos, majestad —murmuró Yoru Sulfur —. Preguntad a mi maestro, si no. Nadie le agradece nunca las molestias que se toma.

—Mmm. —En realidad, que Orso recordara, a Bayaz siempre lo trataban con el más servil de los respetos—. ¿Y cómo lo soluciona él?

—No haciéndoles caso. —Sulfur contempló inexpresivo a los

habitantes del suburbio—. Como si fuesen hormigas.

—Muy bien. No dejemos que nos amarguen el día.

Pero ya era un poco tarde para eso. El viento parecía haber refrescado bastante y Orso ya empezaba a notar un familiar hormigueo de preocupación en la nuca.

El carromato se ensombreció todavía más. El repiqueteo de sus ruedas empezó a resonar. Al otro lado de la ventana con barrotes, Leo vio pasar piedra labrada y supuso que debían de estar cruzando alguna de las puertas de la ciudad de Adua. Había soñado con entrar en la capital encabezando un desfile triunfante. Pero en vez de eso, llegaba preso en un carromato que apestaba a paja rancia, heridas y vergüenza.

El suelo se sacudió, envió una agónica punzada por el muñón de su pierna, le arrancó lágrimas de los ojos irritados. Menudo gilipollas de mierda había sido. La de ventajas que había desperdiciado. La de oportunidades que había dejado escapar. La de trampas en las que había caído.

Debería haber mandado a tomar por culo al cobarde traidor de Isher en el instante en que su parloteo empezó a derivar hacia la rebelión. O mejor aún, debería haber ido derecho al padre de Savine y haberle contado la historia entera al Viejo Palos. Así aún sería el héroe más célebre de la Unión. ¡El campeón que derrotó al Gran Lobo! Y no el zopenco que perdió contra el Joven Cordero.

Debería haberse tragado su orgullo con el rey Jappo. Tendría que haberse puesto halagador, seductor, diplomático: ofrecerle Westport con una risita, intercambiar ese pedazo inútil del territorio de la Unión por todo el resto y desembarcar en Midderland reforzado con tropas estirias.

Debería haber llevado consigo a su madre. La idea de que terminara mendigando en los muelles le daba ganas de arrancarse todo el pelo de la cabeza. Su madre habría puesto orden en aquel desastre de la playa, habría echado una mirada tranquila a los mapas y habría enviado las tropas hacia el sur, para que llegaran a Stoffenbeck antes que el enemigo y obligarlo a combatir en

desventaja.

Debería haber enviado su respuesta a la invitación a cenar de Orso en la punta de una lanza, atacar con todos sus hombres antes del anochecer, barrer a ese cabrón embustero del terreno elevado y luego masacrar sus refuerzos a medida que llegaran.

Incluso mientras el ala izquierda de Leo fallaba y el ala derecha se desmoronaba, podría haber renunciado a esa última carga de caballería. Así al menos aún tendría a Antaup y a Jin. Así al menos aún tendría su pierna y su brazo. A lo mejor Savine podría haber convencido al rey de llegar a algún acuerdo. Era su examante, al fin y al cabo. Y por lo que Leo había visto durante su propia ceremonia de ejecución, con toda probabilidad también su amante actual. Ni siquiera podía reprochárselo. Savine le había salvado la vida, ¿no? Valiera lo que valiese su vida en esos momentos.

Era un prisionero. Un traidor. Un tullido.

El carromato había perdido velocidad y avanzaba tambaleándose centímetro a centímetro. Leo oyó voces por delante, entonando cánticos, desgañitándose. ¿Serían los leales súbditos del rey Orso, que habían salido a aclamar su victoria? La verdad era que no sonaba ni parecido a una celebración.

El círculo de entrenamiento siempre había sido la pista de baile de Leo. Pero en esos momentos fue un auténtico calvario solo estirar la pierna que aún le quedaba, para poder agarrar un barrote de la ventana con la mano buena y levantarse. Cuando por fin sintió el aire frío en la cara y pudo echar un vistazo a la calle oscurecida por el humo de las fundiciones, el carromato ya se había detenido.

Reparó en varios detalles extraños. Tiendas con las persianas destrozadas, puertas rotas colgando de sus goznes, basura esparcida por toda la calle. Le pareció que un montón de harapos que había en un portal podía ser un vagabundo dormido. Al momento, con un desasosiego que le hizo olvidar su propio dolor por un instante, empezó a pensar que podría ser un cadáver.

—Por los muertos —susurró.

Había un almacén quemado hasta los cimientos, con vigas calcinadas que parecían las costillas de un animal muerto y roído. Había una consigna garabateada en su ennegrecida fachada, con

letras de tres pasos de alto: «El momento es ahora».

Leo apretó la cara contra los barrotes, intentando ver calle arriba. Más allá de los oficiales, los sirvientes y los Caballeros de la Escolta en sus nerviosas monturas, apelotonada contra una muralla coronada con picas, había una multitud sobre la que se balanceaban pancartas como si fuesen los estandartes de un regimiento. Decían: «Salarios justos» y «¡Abajo el Consejo Cerrado!» y «¡Alzaos!». La muchedumbre empezó a acercarse a la columna del rey entre murmullos de taciturna rabia, abucheos y gritos burlones. ¿Serían… Rompedores?

—Por los muertos —susurró Leo de nuevo.

También vio gente en un callejón lateral. Hombres con ropa de trabajo y puños apretados. Corriendo, persiguiendo a alguien. Cayeron sobre su presa y la emprendieron a puñetazos y patadas.

Llegó un grito desde delante. Rucksted, tal vez.

—¡Abrid paso, en nombre de Su Majestad!

—¡Abre tú el puto paso! —rugió un hombre de poblada barba y cuello inexistente.

Empezaba a llegar gente también desde las callejuelas, dando la preocupante impresión de que rodeaban la caravana.

—¡Es el Joven León! —ladró alguien, y Leo oyó unos vítores desangelados.

Le dolía horrores la pierna buena, que hasta unos días antes había sido su pierna mala, pero se aferró a los barrotes mientras la gente se congregaba en torno a su carromato y levantaba las manos hacia él.

—¡El Joven León!

Savine miraba por la ventanilla de su carruaje, absolutamente indefensa, agarrando con una mano su barriga enorme e hinchada y la de Zuri con la otra, mientras el populacho se amontonaba alrededor del carromato en el que estaba encerrado Leo como cerdos en torno a un comedero. No sabía muy bien si pretendían rescatarlo o asesinarlo. Lo más seguro era que ellos tampoco tuvieran ni idea.

Se dio cuenta de que ya no recordaba lo que era no estar asustada.

Con toda probabilidad aquello habría empezado como una huelga. Savine conocía todas las fábricas de Adua y estaban delante de la planta papelera de Foss dan Harber, una empresa en la que ella había rechazado invertir dos veces. Los beneficios eran tentadores, pero Harber tenía una reputación deleznable. Era la clase de propietario cruel y explotador que dificultaba a todos los demás la tarea de explotar a sus empleados como era debido. Seguro que al principio aquello había sido una huelga y luego se había convertido, como podían hacer las huelgas a la que te descuidaras, en algo muchísimo más feo.

—¡Atrás! —exclamó un oficial joven, descargando su fusta contra la muchedumbre.

Un guardia montado apartó a un hombre agarrándolo por el hombro y golpeó a otro en la cabeza con el escudo. La sangre brillante salpicó mientras el hombre caía.

—Uf —dijo Savine, con los ojos como platos.

Alguien dio al oficial con un palo e hizo que se tambaleara en la silla de montar.

—¡Alto! —gritó una voz, que Savine pensó que podría ser la de Orso—. ¡Parad!

Pero no sirvió de nada. De pronto, el rey de la Unión estaba tan desvalido como ella. Había gente amontonándose por todos lados, un mar de rostros furiosos, pancartas sacudidas y puños apretados. El clamor le recordó a Valbeck, al levantamiento, pero el horrible presente ya era lo bastante malo sin tener que recurrir también al horrible pasado.

Llegaron más soldados a caballo. Se interrumpió un grito cuando aplastaron a alguien.

—¡Hijos de puta!

El tenue siseo de una espada desenfundándose.

—¡Proteged al rey! —llegó el aullido de Gorst.

Un soldado atacó con el pomo de su espada y luego con la hoja plana, quitando el gorro a un hombre y derrumbándolo en los adoquines. Otro Caballero de la Escolta no se contuvo tanto. Un

destello de acero, un chillido agudo. En esa ocasión Savine vio la espada caer y abrir un corte enorme en el hombro de un hombre. Algo se estrelló contra el lado del carruaje y Savine se sobresaltó.

—Que Dios nos asista —murmuró Zuri.

Savine la miró.

—¿Alguna vez lo hace?

—No pierdo la esperanza. —Zuri pasó un brazo protector en torno a los hombros de Savine—. Apartaos de la ventana, no sea que…

—¿Para ir dónde? —susurró Savine, encogiéndose contra Zuri.

Al otro lado del cristal se había desatado el caos más absoluto. Un soldado a caballo y una mujer con la cara roja forcejeaban dando tirones a un extremo de una pancarta que rezaba «Igualdad para todos», cuyo otro lado estaba enredado en un amasijo de brazos y caras. Un Caballero de la Escolta cayó derribado de su montura y se perdió en la multitud como un marinero en el mar tormentoso. Estaban por todas partes, irrumpiendo entre los caballos, empujando, aferrando, gritando.

Un golpetazo hizo añicos la ventana y Savine se echó hacia atrás mientras llovía cristal roto al interior.

—¡Muerte a los traidores! —chilló alguien. ¿Refiriéndose a ella? ¿A Leo?

Entró un brazo hasta el codo y una mano sucia buscó dentro del carruaje. Savine le dio un golpe poco atinado con el lado del puño, indecisa entre si sería peor que la muchedumbre se la llevara a rastras del carruaje o que la Inquisición la llevara a rastras al Pabellón de Interrogatorios.

Zuri estaba empezando a levantarse cuando hubo movimiento fuera. Algo roció la mejilla de Savine. Manchas rojas en el vestido. El brazo se retiró del carruaje. De pronto estalló fuego al otro lado de la ventana y Savine se encorvó, rodeando la barriga con los dos brazos mientras el dolor le atenazaba las entrañas.

—Que Dios nos asista —vocalizó.

¿Iba a dar a luz allí mismo, en el lecho lleno de cristal de un carruaje en plena revuelta?

—¡Cabronazos!

Un hombre con delantal había arrebatado las riendas a aquella

chica rubia que Orso tenía como sirviente, la que solía llevar los mensajes entre él y Savine hacía mil años. El hombre intentaba agarrarle la pierna mientras ella se defendía a patadas, escupiendo y rugiendo. Savine vio que Orso daba la vuelta a su caballo y empezaba a soltar puñetazos al hombre en la cabeza medio calva. El hombre dio zarpazos a Orso, intentando derribarlo de la silla.

—¡Serás…!

Le estalló el cráneo, salpicándolo todo de rojo. Savine se quedó mirándolo boquiabierta. Habría jurado que el tal Sulfur le había dado una bofetada con la mano abierta y le había arrancado media cabeza.

Gorst pasó al galope, espoleando a su montura, con los dientes desnudos mientras descargaba tajos y hacía caer cuerpos a un lado y al otro.

—¡Al rey! —chilló—. ¡Al rey!

—¡Hacia el Agriont! —bramó alguien—. ¡No os detengáis por nada!

El carruaje se sacudió y empezó a avanzar de nuevo. Savine se habría caído del asiento si no lo hubiera impedido Zuri extendiendo un brazo. Se aferró desesperada al marco de la ventana, se mordió el labio al sentir otra punzada de dolor en la barriga hinchada.

Vio que la gente se dispersaba. Oyó gritos de terror. La esquina del carruaje embistió contra un cuerpo, que rebotó contra la portezuela y cayó bajo los cascos al galope de un mensajero real. Unos mechones de cabello rubio se quedaron enganchados en la ventana rota.

Las ruedas saltaron al arrollar una pancarta pisoteada, rodaron sobre panfletos que el viento intentaba despegar de la calle mojada. El carromato de Leo traqueteaba por delante haciendo saltar chispas de los adoquines, rodeado por todas partes de caballos enloquecidos, crines al viento y arreos medio sueltos. Algo impactó contra el otro lado del carruaje antes de que dejaran atrás la fábrica de Harber y a sus trabajadores amotinados.

Entró un viento frío por la ventana rota, el corazón de Savine le aporreaba en el pecho, tenía una mano congelada en el marco pero le ardía la cara como si le hubieran dado un bofetón. ¿Cómo era

posible que Zuri estuviera tan calmada a su lado? Tenía el semblante imperturbable, el brazo firme en torno a Savine. El bebé se revolvió mientras el carruaje daba saltos y sacudidas. Estaba vivo, al menos. Estaba vivo.

Vio fuera de la ventana al lord chambelán Hoff agarrando con fuerza sus riendas, con la cadena del cargo hecha un tenso lío en torno al cuello rojo. Vio al anciano y canoso portaestandarte del rey aferrando el asta de la bandera, el sol de la Unión ondeando en lo alto, una mancha aceitosa en la tela dorada.

Las calles se sucedían raudas, tan conocidas y tan desconocidas a la vez. Aquella ciudad había sido suya. No había en ella otra persona tan admirada. Tan envidiada. Tan odiada, cosa que ella siempre se había tomado como el único cumplido sincero que existía. Los edificios pasaban como centellas a ambos lados. Edificios que Savine conocía. Edificios que incluso eran suyos. O lo habían sido.

A esas alturas, seguro que ya lo había perdido todo.

Cerró los párpados con fuerza. No recordaba lo que era no estar asustada.

Recordó aceptar el anillo de Leo, viendo cómo se extendía por debajo de ellos el Agriont y toda su pequeña gente. El futuro les había pertenecido. ¿Cómo podían haberse destruido a sí mismos de una forma tan absoluta? La temeridad de Leo o la ambición de Savine no habrían bastado en solitario. Pero al igual que dos productos químicos que por separado solo son un poco venenosos, combinados habían generado un explosivo inestable que había enviado al infierno sus vidas y las de miles de personas más.

El corte en la cabeza afeitada le picaba sin tregua bajo el vendaje. Quizá habría sido más piadoso que el pedazo de metal que la había herido hubiera volado un poco más bajo y le hubiera abierto el cráneo en vez de solo el cuero cabelludo.

—¡Despacio! —Era la voz aflautada de Gorst—. ¡Despacio!

Estaban cruzando uno de los puentes que entraban en el Agriont, cuya enorme muralla se alzaba ante ellos. En otro tiempo, esa pared había hecho sentir a Savine tan a salvo como el abrazo de sus padres. En ese momento, le pareció el muro de una cárcel. En ese

momento *era* el muro de una cárcel. Aún no tenía el cuello fuera del nudo corredizo, ni el de Leo tampoco.

Después de que lo bajaran del cadalso, Savine le había cambiado las vendas de la pierna. Le había parecido que era algo que una esposa debía hacer por su esposo herido. Sobre todo teniendo en cuenta que esas heridas eran en gran parte responsabilidad de ella. Había creído que podría ser fuerte. Era famosa por su indiferente crueldad, a fin de cuentas. Pero mientras retiraba el vendaje en un obsceno acto de desnudar a su marido, había visto cómo la tela pasaba de tener manchas de color marrón a estar teñida de rosa y luego de negro. El muñón había quedado expuesto. Las torpes puntadas que darían pesadillas a una modista. Ese tono entre púrpura y rojizo de las irregulares costuras sangrantes. La terrorífica, estrafalaria, irreal ausencia de la extremidad. La peste a licor barato y carnicería. Savine se había tapado la boca. Ninguno de los dos había pronunciado palabra, pero Savine había mirado la cara de Leo y había visto su propio horror reflejado antes de que entraran los guardias para llevársela, acto que había agradecido. El recuerdo le daba náuseas. Náuseas de remordimiento. Náuseas de repugnancia. Náuseas de remordimiento por su repugnancia.

Se dio cuenta de que estaba temblando y Zuri le apretó la mano.

—Todo saldrá bien —dijo.

Savine miró los ojos oscuros de la mujer y susurró:

—¿Cómo?

El carruaje se detuvo de sopetón. Cuando un oficial abrió la puerta, cayó cristal tintineando de la ventana rota. Savine tardó un momento en obligar a sus dedos a aflojarse. Tuvo que separarlos uno por uno del marco, como si fuese lo último que hubiera aferrado un cadáver al morir. Se tambaleó aturdida, pensando que iba a mearse encima en cualquier momento. ¿Se habría meado encima ya?

La plaza de los Mariscales. Savine había empujado la silla de ruedas de su padre por aquella extensión de losas una vez al mes, riéndose de las desgracias ajenas. Había asistido al Consejo Abierto en la Rotonda de los Lores, tamizando la cháchara en busca de oportunidades. Había hablado de negocios con sus socios, decidido

a quién aupar, a quién machacar, a quién sobornar, a quién inculpar. Conocía todas las construcciones que se alzaban sobre los tejados sucios de hollín: el esbelto dedo que era la Torre de las Cadenas, la imponente silueta de la Casa del Creador. Pero esos edificios pertenecían a un mundo distinto. A una vida diferente. Alrededor de Savine los hombres miraban con ojos desorbitados, incrédulos. Tenían rasguños en la cara, los elegantes uniformes hechos harapos, las espadas desenfundadas manchadas de rojo.

—Vuestra mano —dijo Zuri.

Estaba ensangrentada. Savine le dio la vuelta con el cerebro embotado y vio una esquirla de cristal clavada en la palma, donde había aferrado el marco de la ventana. Apenas la sentía siquiera.

Alzó los ojos y cruzó la mirada con Orso. Estaba pálido y agitado, su diadema torcida, la boca entreabierta como si quisiera hablar, la de Savine entreabierta como para responder. Pero durante un rato ninguno de los dos dijo nada.

—Buscad alojamiento a lady Savine y su marido —terminó graznando Orso—. En el Pabellón de Interrogatorios.

Savine tragó saliva mientras lo miraba alejarse.

Ya no recordaba lo que era no estar aterrorizada.

Orso cruzó a zancadas la plaza de los Mariscales en dirección hacia el palacio, con los puños apretados. Por algún motivo, ver a aquella mujer aún lo dejaba sin aliento. Pero había problemas más acuciantes que las ruinas humeantes de su vida sentimental.

Que su desfile triunfal de regreso hubiera degenerado de chasco a baño de sangre, por ejemplo.

—Me odian —musitó.

Estaba acostumbrado a que lo desdeñaran, por supuesto. A los panfletos insultantes, los rumores calumniosos, las risitas burlonas en el Consejo Abierto. Pero que a un rey lo aborrecieran con educación a sus espaldas era el funcionamiento normal de la sociedad. Que a un rey lo zarandeara una multitud en la calle estaba a un paso muy corto de una sublevación con todas las de la ley. La segunda en solo un mes. Adua, el centro del mundo, el cénit de la

civilización, el dechado de progreso y prosperidad, había quedado sumida en un caos anárquico.

Había sido una decepción bastante sorprendente. Como echarse un delicioso dulce a la boca y, al masticar, descubrir que en realidad era un pedazo de mierda. Pero así era la experiencia de ser un monarca. Un sorprendente bocado de mierda tras otro.

Lord Hoff resollaba, esforzándose para no quedarse atrás.

—Siempre hay… protestas…

—¡Me odian, joder! ¿No has oído cómo aclamaban al Joven León? ¿Cuándo se ha convertido ese cabrón engreído en un hombre del pueblo?

Antes de la victoria de Orso, todo el mundo lo había considerado a él un cobarde lamentable y a Brock un grandioso héroe. Sin duda, lo justo sería que después hubieran intercambiado los papeles. Y en cambio, habían pasado a ver en Orso a un tirano despreciable mientras ovacionaban al Joven León, en quien veían a un derrotado digno de su simpatía. Si a Brock le hubiera dado por hacerse una paja en la calle, habría recibido la atronadora aprobación del público.

—¡Putos traidores! —rugió Rucksted, frotando un puño enguantado contra su palma enguantada—. ¡Deberíamos ahorcarlos del primero al último, joder!

—No se puede ahorcar a todo el mundo —dijo Orso.

—Con vuestro permiso, regresaré a la ciudad e iré empezando a lo grande.

—Me temo que nuestro error han sido demasiados ahorcamientos, no demasiado pocos.

—¡Majestad! —Un mensajero real de aterradora altura estaba esperando en la vía Regia bajo la estatua de Harod el Grande, con el yelmo alado bajo un brazo—. Vuestro Consejo Cerrado solicita vuestra presencia urgente en la Cámara Blanca. —El mensajero echó a andar junto a Orso, para lo que tuvo que acortar el paso de manera considerable—. ¿Me permitís daros la enhorabuena por vuestra célebre victoria en Stoffenbeck?

—Da la impresión de que fue hace mucho tiempo —respondió Orso sin dejar de andar. Tenía miedo de que, si paraba de moverse,

se derrumbaría como una torre de ladrillos levantada por un niño—. Ya me ha dado la enhorabuena una turba de alborotadores ahí atrás, en la vía Regia.

Alzó la mirada ceñudo hacia la enorme estatua de Casamir el Firme, preguntándose si alguna vez se habría visto obligado a huir de sus propios súbditos por las calles de su propia capital. Los libros de historia no mencionaban nada parecido.

—Las cosas han estado… *agitadas* en vuestra ausencia, majestad —dijo el mensajero real, y a Orso no le hizo ninguna gracia su forma de decir «agitadas». Daba la impresión de ser un eufemismo de algo mucho peor—. Hubo ciertos *disturbios* al poco de marcharos. Por el incremento del precio del pan. Entre la rebelión y el mal tiempo, no llegaba bastante harina a la ciudad. Un grupo de mujeres entró por la fuerza en varias panaderías. Apalearon a los propietarios. A uno lo acusaron de especulador y… lo asesinaron.

—Eso es preocupante —dijo Sulfur, quedándose cortísimo.

Orso se fijó en que Sulfur estaba limpiándose a conciencia la sangre del dorso de la mano con un pañuelo. De la leve sonrisa que había logrado mantener durante la ejecución de doscientas personas a las afueras de Valbeck no quedaba ni el menor rastro.

—Al día siguiente hubo huelga en la Fundición de la Calle de la Colina. Al siguiente se declararon tres más. Algunos guardias se negaron a patrullar. Otros se enfrentaron a los alborotadores. —El mensajero real se obligó a decir, incómodo—. Varias muertes.

El padre de Orso era el último en la procesión de monarcas inmortalizados, contemplando el parque desierto con una expresión de mando decidido que jamás había mostrado en vida. Enfrente de él, a una escala algo menos monumental, se alzaban el famoso héroe de guerra que era el lord mariscal West, el renombrado torturador que era el archilector Glokta y el Primero de los Magos en persona, que miraba furibundo hacia abajo con el labio torcido como si en efecto para él todos los demás fuesen hormigas protestonas. Orso se había preguntado a menudo qué sirvientes terminarían delante de su propia estatua en los años venideros. Esa era la primera vez que se preguntaba si llegarían a erigir su estatua.

—¡Ahora se restablecerá el orden! —Hoff estaba esforzándose

por levantar los ánimos generales—. ¡Ya lo veréis!

—Eso espero, excelencia —respondió el mensajero real—. Los grupos de Rompedores se han apoderado de varias fábricas. Marchan sin esconderse por las Tres Granjas, exigiendo… bueno, la *dimisión* del Consejo Cerrado de Su Majestad. —A Orso no le hizo ninguna gracia su forma de decir «dimisión». Daba la impresión de ser un eufemismo de algo mucho más definitivo—. La gente está agitada, majestad. La gente quiere sangre.

—¿Mi sangre? —murmuró Orso, intentando en vano aflojarse el cuello de la casaca.

—Bueno… —El mensajero real hizo un saludo marcial bastante flojo para despedirse—. Sangre, en todo caso. No creo que les importe mucho la de quién.

Fue un triste y reducido Consejo Cerrado el que se levantó con avejentado esfuerzo cuando Orso irrumpió en la Cámara Blanca. El lord mariscal Forest se había quedado atrás en Stoffenbeck con los destrozados restos del ejército. El archilector Pike estaba aterrorizando a los siempre inquietos habitantes de Valbeck para someterlos de nuevo. Aún no habían nombrado sustituto para el juez supremo Bruckel después de que le partieran la cabeza en dos durante un atentado previo contra la vida de Orso. La silla de Bayaz en el otro extremo de la mesa estaba, como lo había estado durante la mayoría de los últimos siglos, vacía. Y del supervisor general solo cabía suponer que hubiera salido otra vez, por su vejiga.

La voz del lord canciller Gorodets sonó más bien chillona.

—Permitidme daros la enhorabuena, majestad, por vuestra célebre victoria en Stoffenbeck, que…

—Olvidadla. —Orso se dejó caer en su incómodo asiento—. Yo ya lo he hecho.

—¡Nos han atacado! —Rucksted llegó a su asiento con las espuelas tintineando—. ¡A la comitiva real!

—¡Alborotadores en las putas calles de Adua! —resolló Hoff mientras se hundía en su silla y empezaba a limpiarse el sudor de la frente con la manga de la túnica.

—Por no hablar de la sangre —musitó Orso, pasándose los dedos por la mejilla y encontrándolos un poco manchados de rojo. La

actividad de Gorst lo había salpicado por todas partes—. ¿Tenemos noticias del archilector Pike?

—¿No os habéis enterado? —Gorodets había evolucionado de su habitual costumbre de ahuecarse y peinarse la barba a mesársela haciendo garras con los dedos—. ¡Valbeck ha caído ante un levantamiento!

El «glug» de Orso tragando saliva resonó audible en las inmaculadas paredes blancas.

—¿Levantamiento?

—¿Otra vez? —gañó Hoff.

—No hemos recibido mensaje alguno de su eminencia —dijo Gorodets—. Tememos que lo hayan capturado los Rompedores.

—¿Capturado? —murmuró Orso. Empezaba a notar la sala incluso más agobiante y atestada que de costumbre.

—¡Llegan noticias de revueltas por toda Midderland! —espetó el cónsul general, gorjeando al borde del pánico—. Hemos perdido el contacto con las autoridades de Keln. Llegan nuevas preocupantes desde Holsthorm. Robos. Linchamientos. Purgas.

—¿Purgas? —susurró Orso. Parecía estar condenado a repetir palabras sueltas sin cesar en tono de horrorizada inquietud.

—¡Se rumorea que hay bandas de Rompedores asolando el campo!

—Unas bandas enormes —dijo el lord almirante Krepskin—. ¡Que se dirigen hacia la capital! Los muy cabrones han empezado a llamarse a sí mismos el «Ejército Popular».

—Una puta plaga de traiciones —susurró Hoff, con los ojos fijos en la silla vacía al extremo de la mesa—. ¿Podemos hacer llegar un mensaje a lord Bayaz?

Orso negó con la cabeza, estupefacto.

—No lo bastante pronto para que sirva de algo.

Supuso que el Primero de los Magos preferiría guardar una discreta distancia de todos modos, mientras planeaba cómo sacar beneficio una vez concluyera todo.

—Hemos hecho lo imposible para evitar que las noticias se hicieran públicas.

—Para que no cundiera el pánico, majestad, ya sabéis, pero…

—¡Podrían llegar a nuestras puertas en cuestión de días!

Hubo un largo silencio. La sensación de triunfo que había tenido Orso mientras se acercaba a la ciudad era un sueño apenas recordado.

Si existía un polo opuesto a sentirse como un rey, Orso acababa de descubrirlo.

Cambio

—Tienes que reconocer que es impresionante —dijo Pike.

—Tengo que reconocerlo —respondió Vick. Y no era nada fácil impresionarla.

El Ejército Popular podía carecer de disciplina, equipamiento y provisiones, pero su tamaño era indiscutible. Se extendía, atestando el camino del fondo del valle y subiendo por las húmedas pendientes a ambos lados, hasta perderse en la lluviosa distancia.

Estaría compuesto de unos diez mil efectivos cuando habían salido de Valbeck. Un par de regimientos de exsoldados habían formado la brillante punta de lanza, que resplandecía con los regalos recién forjados en las fundiciones de Savine dan Brock. Pero el orden tardaba poco en dejar paso a una harapienta confusión. Trabajadores de factorías y fundiciones, tintoreras y lavanderas, zapateros y mayordomos, que danzaban más que marchaban al ritmo de antiguas salomas y tambores hechos a partir de cazuelas. Era como un disturbio más o menos bonachón.

Vick había medio esperado, medio deseado, que sus efectivos fueran menguando a medida que avanzaban trabajosamente por el terreno enfangado en un tiempo que no dejaba de empeorar, pero en vez de eso eran cada vez más. Habían llegado jornaleros, pequeños terratenientes y granjeros empuñando guadañas y horcas, que habían provocado cierta preocupación, y cargados con harina y jamones, que habían provocado cierta celebración. Habían llegado bandas de mendigos y de huérfanos. Habían llegado soldados, desertando de vete a saber qué batallones perdidos.

Habían llegado traficantes, putas y demagogos repartiendo cáscaras, polvos y teoría política en tiendas levantadas junto a caminos convertidos a pisotones en ciénagas.

El entusiasmo del ejército también era indiscutible. De noche las hogueras se extendían hasta donde alcanzaba la vista, la gente sacaba mantas perladas de rocío para arrebujarse contra la gelidez otoñal y daba rienda suelta a sus sueños y deseos más anhelados, hablaba con ojos encendidos del cambio. Del Gran Cambio, que por fin había llegado.

Vick no tenía ni idea de lo larga que era ya aquella empapada columna. Ni idea de cuántos Rompedores y Quemadores la componían. Kilómetros y kilómetros de hombres, mujeres y niños casi vadeando por el fango en dirección a Adua. En dirección a un futuro mejor. Vick albergaba sus dudas, por supuesto. Pero ¡cuánta esperanza! Era como una inundación de la muy condenada. Por muy insensible que una fuese, era imposible evitar sentirse conmovida. O quizá lo que pasaba era que Vick no era tan insensible como siempre se había considerado.

Vick había aprendido en los campos de prisioneros que había que estar con los ganadores. Desde entonces había sido su regla de oro. Pero en los campos, y en todos los años transcurridos desde que los abandonara, Vick nunca había dudado de quiénes eran los ganadores. Los hombres que estaban al mando. La Inquisición, el Consejo Cerrado, el archilector. Y allí, contemplando aquella rebelde masa de humanidad empecinada en cambiar el mundo, ya no estaba tan segura de quiénes iban a ser los ganadores. Ni siquiera estaba segura de cuáles eran los bandos. Si Leo dan Brock hubiera derrotado a Orso, quizá habrían coronado a un nuevo rey, quizá habrían aparecido nuevos rostros en el Consejo Cerrado, nuevos culos en las enormes sillas, pero las cosas habrían seguido más o menos igual. Si aquella gente derrotaba a Orso, ¿quién sabía lo que vendría a continuación? Todas las viejas certezas estaban desmoronándose, hasta el punto de que Vick se cuestionaba si alguna vez habían sido verdaderas certezas o solo necias suposiciones.

En Starikland, durante la rebelión, Vick había experimentado un

terremoto. El suelo había temblado, los libros habían caído de sus estantes, una chimenea se había desplomado a la calle. Durante un tiempo breve pero suficiente, había sentido el terror de saber que todo aquello con cuya solidez contaba podía acabar destruido en un momento.

Tenía la misma sensación en esos momentos, solo que sabía que el terremoto no había hecho más que empezar. ¿Cuánto tiempo estaría temblando el mundo? ¿Qué seguiría en pie cuando dejara de hacerlo?

—No puedo evitar fijarme en que sigues con nosotros, hermana Victarine. —Pike chasqueó la lengua y llevó a su montura cuesta abajo, hacia la cabecera de la desaliñada columna.

Vick tuvo un fuerte instinto de no seguirlo. Pero lo hizo.

—Sigo con vosotros.

—¿Te has convertido a nuestra causa, entonces?

Había una parte esperanzada de ella que quería creer que aquello podía ser el sueño de un mundo mejor que había tenido Sibalt hecho realidad, y anhelaba verlo suceder. Había una parte nerviosa de ella que olía llegar la sangre y quería largarse esa misma noche y huir hacia las Tierras Lejanas. Había una parte calculadora que pensaba que la única manera de controlar un caballo desbocado era desde la silla, y que el riesgo de sostener las riendas podía ser inferior al riesgo de soltarlas.

Miró de soslayo a Pike. Lo cierto era que Vick aún intentaba averiguar cuál era en realidad la causa por la que luchaban. Lo cierto era que, a su juicio, cada uno de aquellos puntitos del Ejército Popular tenía una causa distinta. Pero no era el momento de decir la verdad. ¿Cuándo lo era?

—Sería una estupidez decir que esto no me convence en absoluto.

—Y si dijeras que estás convencida del todo, sería una estupidez creerte.

—Dado que ninguno de nosotros es estúpido… dejémoslo en que quizá.

—Ah, estúpidos somos todos. Pero me encanta un buen «quizá». —Pike no daba muestras de estar encantado, ni de ninguna otra

cosa—. Los extremos absolutos nunca son de fiar.

Vick dudaba mucho que los dos líderes del Gran Cambio que cabalgaban hacia ellos por la ladera cubierta de hierba coincidieran con esa afirmación.

—¡Hermano Pike! —llamó Risinau, moviendo alegre una mano rolliza—. ¡Hermana Victarine!

Risinau tenía preocupada a Vick. El antaño superior de Valbeck estaba considerado un gran pensador, pero en opinión de Vick era la idea de genio que tendría un idiota, sus ideas eran un laberinto sin nada en el centro, ponderosas sobre la sociedad justa a la que se debía llegar pero livianas como el aire sobre la ruta que tomar para alcanzarla. Los bolsillos de su chaqueta rebosaban de papeles. Teorías garabateadas, manifiestos, proclamas. Discursos que soltaba con voz quejumbrosa a la ansiosa muchedumbre cada vez que el Ejército Popular hacía un alto en el camino. A Vick no le gustaba nada la forma en que la multitud respondía a sus floridas apelaciones a la razón con armas agitadas en el aire y aullidos de aprobadora furia. Nunca había visto a nadie hacer más daño que a quienes actuaban movidos por nobles principios.

Pero la Jueza era con mucha diferencia quien más preocupaba a Vick. Llevaba un viejo y herrumbroso peto de coraza contra el que traqueteaban unas cadenas robadas, sobre un vestido de noche con incrustaciones de cristal roto, pero montaba a horcajadas y no a sentadillas, por lo que tenía el embrollo de andrajosas enaguas amontonado en torno a los muslos y los embarrados pies descalzos metidos en maltrechos estribos de caballería. Su cara parecía un saco de puñales, la delgada mandíbula apretada con furia, los ojos negros entornados de ira, su cresta de pelo en general llameante apagada a un soso marrón por la lluvia y cayendo pegada a un lado del cráneo. A ella los principios solo le interesaban como excusa para sembrar el caos. Cuando sus Quemadores se apoderaron del juzgado de Valbeck, el jurado no había declarado inocente a nadie y la única condena que había dictado era la muerte.

Si Risinau tenía la mirada siempre vuelta hacia arriba, impasible a los escombros entre los que avanzaba, la Jueza miraba furiosa hacia abajo, tratando de pisotear todo lo que encontrara. ¿Y Pike?

La máscara quemada que tenía por cara el exarchilector no daba ninguna pista sobre él. No había manera de saber qué pretendía el hermano Pike.

Vick señaló con el mentón hacia la mugrienta Adua, cuya mortaja de humo se aproximaba poco a poco sin remedio.

—¿Qué ocurrirá cuando lleguemos?

—El cambio —dijo Risinau, inflado como un gallo—. El Gran Cambio.

—¿De qué a qué?

—No gozo de la bendición del ojo largo, hermana Victarine. —La idea hizo que Risinau soltara una risita—. Viendo solo la crisálida, es difícil saber qué clase de mariposa eclosionará al alba. Pero tendrá lugar el cambio. —Meneó un grueso dedo hacia ella—. ¡Eso te lo garantizo! ¡Una nueva Unión, cimentada en ideales elevados!

—El mundo no necesita cambiar —gruñó la Jueza, con los ojos negros fijos en la capital—. Necesita arder.

Vick no habría confiado en ninguno de ellos para que pastorease cerdos, así que no digamos para pastorear los sueños de millones de personas hacia un nuevo futuro. Mantuvo el rostro inexpresivo, claro, pero Pike debió de intuir sus sentimientos.

—Pareces albergar dudas.

—Nunca he visto que el mundo cambie deprisa —dijo Vick—. Eso si es que lo he visto cambiar en absoluto.

—Empiezo a creer que a Sibalt le gustabas tanto porque eras lo opuesto a él. —Risinau le puso una mano dicharachera en el hombro—. ¡Qué cínica eres, hermana!

Vick se zafó de él.

—Creo que me lo he ganado.

—Tras una infancia robada en los campos de prisioneros —dijo Pike—, y tras toda una carrera de hacer amigos a los que traicionar para el archilector Glokta, ¿cómo iba a ser de otro modo? Sin embargo, se puede ser demasiado cínica. Ya lo verás.

Vick debía reconocer que había esperado que el Gran Cambio se viniera abajo hacía mucho tiempo. Que la Jueza y Risinau pasaran de reñir a hacerse pedazos mutuamente, que la frágil coalición de Rompedores y Quemadores, de moderados y extremistas, se

triturara en facciones, que la determinación del Ejército Popular se disolviera bajo la lluvia. O bien, ya puestos, que la caballería del lord mariscal Rucksted apareciera en la cima de todas las colinas que tenía a la vista e hiciera pedazos a la desharrapada muchedumbre.

Pero Risinau y la Jueza seguían tolerándose mutuamente y la Guardia Real no hizo acto de presencia. Ni siquiera cuando la lluvia amainó y la columna entró en el mal trazado, mal desaguado y maloliente laberinto de casuchas construidas fuera de los muros de la capital, con el agua cayendo de los canalones rotos a las embarradas calles. Quizá las fuerzas de Orso hubieran quedado diezmadas combatiendo a Leo dan Brock. Quizá tuviesen otros levantamientos de los que ocuparse. Quizá aquellos tiempos extraños hubieran tirado de su lealtad en tantas direcciones distintas que ya no supieran contra quién debían luchar. Vick pensó que comprendía cómo debían de sentirse mientras asomaba el sol y entreveía su primer atisbo de los portones de Adua.

Por un momento se preguntó si Sebo estaría en la ciudad. Se preocupó por si corría peligro. Pero entonces se dio cuenta de lo absurdo que era preocuparse por una persona en medio de todo aquello. ¿Qué podía hacer por él, de todas formas? ¿Qué podía hacer nadie por nadie?

Risinau observó nervioso las empapadas almenas.

—Tal vez sería buena idea aproximarnos con cautela. Montar el cañón y…

La Jueza dio un bufido despectivo, clavó los talones descalzos en los flancos de su montura y cabalgó hacia delante.

—No se puede criticar su valentía —comentó Pike.

—Solo su cordura.

Vick esperaba que la recibiera una andanada de flechas, pero no llegó. La Jueza siguió al trote hacia la muralla, con el mentón alzado desdeñoso, en un silencio espeluznante.

—¡Eh, los de dentro! —gritó, tirando de las riendas al llegar al portón—. ¡Soldados de la Unión! ¡Hombres de Adua! —Se alzó en los estribos y señaló en dirección a la horda que llegaba por el fangoso camino hacia la capital—. ¡Este es el Ejército Popular, que llega para liberar al pueblo! ¡De vosotros solo nos interesa saber

una cosa! —Levantó hacia el cielo un dedo como una garra—. ¿Estáis con el pueblo… o contra el pueblo?

Su caballo reculó y la Jueza dio un tirón a las riendas para obligarlo a regresar dando la vuelta, con el dedo aún extendido, mientras el fragor de miles y miles de pisadas se hacía cada vez más estruendoso.

Vick se encogió al oír un repiqueteo tras las puertas, y entonces se vio una rendija de luz entre las dos hojas y, con el chirriar de unos goznes mal engrasados, se abrieron poco a poco.

Un soldado se asomó por el parapeto, con una sonrisa enloquecida en la cara y saludando con el sombrero en la mano.

—¡Estamos con el pueblo! —bramó—. ¡Con el Gran Cambio!

La Jueza echó la cabeza hacia atrás, apartó su caballo del camino y, con un impaciente movimiento del brazo, indicó al Ejército Popular que avanzara.

—¡A la mierda el rey! —chilló el solitario soldado, provocando risotadas en los Rompedores que llegaban, y acto seguido se jugó la vida trepando por el palo para arrancar el estandarte que ondeaba sobre la garita.

La insignia del gran rey, que había coronado durante siglos las murallas de Adua. El sol dorado de la Unión, entregado a Harod el Grande como su distintivo por el mismísimo Bayaz. La bandera ante la que la gente se había arrodillado, a la que había rezado, a la que había jurado lealtad… cayó aleteando hasta yacer en el encharcado camino que llevaba al portón.

—El mundo puede cambiar, hermana Victarine. —Pike enarcó una ceja sin pelo mirando a Vick—. Ahora lo verás.

Chasqueó la lengua y siguió cabalgando hacia las puertas abiertas.

Y así fue como, con un simbolismo que rayaba en lo hiperbólico, el Ejército Popular marchó al interior de Adua, pisoteando la bandera del pasado en el barro.

La gente pequeña

—¡Han venido! —Jakib estaba tan atragantado por la emoción que la voz le salió áspera y con gallos—. ¡Los Rompedores han venido, joder!

Después de tantos días y semanas y meses esperando, se quedó mirando de un lado a otro por su pequeña sala de estar, abriendo y cerrando las manos, sin saber muy bien qué hacer primero.

Petree no parecía nada emocionada. Parecía nerviosa. Resentida, incluso. Los chicos ya le habían advertido que iba a casarse con una mujer amargada, pero por aquel entonces Jakib no se había dado cuenta. Siempre había sido un optimista. «Eres un optimista», le decían. Y a cada día que pasaba, Petree parecía más amargada. Pero no era momento de estar preocupándose por su matrimonio.

—¡Han venido, joder!

Al agarrar el abrigo tiró unos panfletos de encima de la mesa. Tampoco era que los hubiera leído. Tampoco era que supiera leer, en realidad. Pero tenerlos le había parecido un buen paso hacia la libertad. ¿Y quién quería panfletos, ahora que los Rompedores estaban allí en persona?

Fue a descolgar la espada de su abuelo, enganchada sobre la chimenea. Maldijo entre dientes que Petree le hubiera hecho colgarla demasiado alta. Tuvo que ponerse de puntillas para bajar el dichoso trasto, y estuvo a punto de caérsele en la cabeza.

Se sintió mal al ver la cara de su esposa. Quizá no estuviera tan amargada como temerosa. Eso era lo que querían los muy hijos de

puta, los de la Inquisición y el Consejo Cerrado. Que todo el mundo tuviera miedo. La agarró por el hombro. Trató de transmitirle parte de su optimismo zarandeándola.

—Ahora bajará el precio del pan —dijo—, ya lo verás. ¡Habrá pan para todos!

—¿Tú crees?

—¡Lo sé!

Petree puso las yemas de los dedos en la vaina.

—No te lleves la espada. Si la tienes, a lo mejor intentas usarla. Y no sabes.

—Claro que sé —replicó él, aunque ambos eran muy conscientes de que no, la verdad era que no, y se la arrancó a su mujer de entre los dedos, la giró hacia donde no debía y media hoja oxidada resbaló de la vaina antes de que Jakib la atrapara y la devolviera a su sitio—. ¡Hay que ir armado en el día del Gran Cambio! Si muchos de nosotros llevamos espadas, no tendremos que usarlas.

Y antes de que ella pudiera ponerle más objeciones, salió corriendo y cerró de un portazo.

Fuera la calle brillaba, todo estaba lustroso y reluciente y parecía como nuevo después de la lluvia. Gente por todas partes, en algo a medio camino entre una revuelta y una procesión festiva. Gente corriendo, gente gritando. Conocía algunas caras, pero la mayoría eran desconocidos. Una mujer lo agarró por el cuello y le dio un beso en la mejilla. Había una ramera de pie sobre una verja, con una mano apoyada en la fachada de un edificio y la otra levantándose el vestido para que la multitud echara un buen vistazo.

—¡Todo el día a mitad de precio! —chilló.

Jakib había estado dispuesto a luchar. Dispuesto a cargar contra las filas de lanceros monárquicos, con la libertad y la igualdad por armadura. A Petree no le había gustado la idea y, la verdad, a él también le habían entrado dudas a medida que se acercaba el momento. Pero no vio más que unos pocos soldados, y tenían la cara sonriente y las casacas abiertas, y vitoreaban y saltaban y festejaban como todos los demás.

Había alguien cantando. Alguien llorando. Alguien bailando entre los charcos, salpicando a todo el mundo. Alguien tirado en un portal.

Borracho, tal vez, pero entonces Jakib le vio sangre en la cara. ¿Debería echarle una mano? Pero se lo llevó la gente que corría. No habría sabido explicar por qué. No habría sabido explicar nada.

Salieron a la amplia vía del Mástil, que cruzaba entre las factorías de las Tres Granjas hacia el centro de la ciudad. Allí vio hombres armados, con la armadura bien pulida, completamente nueva y destellante. Se quedó muy quieto en una esquina, con el corazón en un puño y la espada medio escondida tras la espalda, pensando que serían de la Guardia Real. Entonces les vio la barba en las caras, y los andares chulescos, y los estandartes que llevaban, con las cadenas rotas cosidas a toda prisa, y supo que eran del Ejército Popular y que marchaban hacia la libertad.

Los obreros estaban saliendo en tropel de las fábricas para unirse al gentío y Jakib se abrió paso entre ellos, riendo y gritando hasta desgañitarse. Rodeó un cañón. Un puto cañón, nada menos, montado sobre ruedas y empujado por tintoreras que tenían los antebrazos manchados de extraños colores. La gente cantaba, se abrazaba, sollozaba, y Jakib ya no era zapatero sino revolucionario, un orgulloso hermano de los Rompedores, apoyando con todo su empeño la gran gesta de su era.

Vio a una mujer al frente de la muchedumbre, sobre un caballo blanco, con un peto de soldado. ¡La Jueza! Tenía que ser la Jueza. Más hermosa e iracunda y recta a través del borrón de lágrimas de lo que Jakib se había atrevido a soñar. Un espíritu, eso era, una idea encarnada. Una diosa llevando al pueblo a su destino.

—¡Hermanos! ¡Hermanas! ¡Al Agriont! —Y señaló el camino hacia la libertad—. ¡Tengo ganas de ver a Su Augusta puta Majestad!

Hubo otra estridente oleada de risas y deleite, y mirando por un callejón a Jakib le pareció ver a unos hombres pateando a alguien que estaba en el suelo, una y otra vez, y desenfundó la espada herrumbrosa de su abuelo, la alzó bien alta y se unió a los cánticos.

—Están aquí —susurró Grey.

El capitán Leeb desenvainó la espada. Le parecía que eso era lo que debía hacer.

—Soy consciente, cabo. —Trató de proyectar un aire de confianza. La confianza era lo que definía a un oficial. Recordaba que su hermano siempre se lo decía—. Ya los oigo.

A juzgar por el ruido, eran muy numerosos. Pero que muy numerosos, y cada vez estaban más cerca. A Leeb le recordó el clamor de la multitud en el Certamen. Centenares de voces alzadas en entusiasta emoción. Miles de voces. Pero lo que estaba oyendo tenía un claro matiz de locura. Una pincelada de furia. Puntuada en ocasiones por cristal rompiéndose, por madera astillándose.

A Leeb le habría encantado salir de allí corriendo. No quería tener la sangre de nadie en las manos, la suya la que menos. Y tampoco era que no simpatizase con su causa hasta cierto punto. Libertad y justicia y tal y cual… ¿A quién no le parecían bien esas cosas, por principio? Pero había hecho un juramento al rey. No al rey en persona, claro, pero en fin, lo había jurado de todos modos. No había tenido ningún problema en hacer el juramento cuando las cosas iban bien, así que supuso que no podía desjurarlo sin más en el momento en que empezaran a torcerse. ¿Qué clase de juramento sería entonces?

Su coronel le había asegurado que venían refuerzos de camino. De la Guardia Real. Luego desde Westport. Luego desde Starikland. Desde lugares cada vez más improbables. Pero al final no parecía haber llegado ninguna ayuda.

Leeb echó un vistazo a sus hombres, desplegados a lo ancho de la vía del Mástil. Menuda línea roja más endeble formaban. Serían unos cuarenta ballesteros y ochenta lanceros. La mitad de su compañía no se había presentado. Se tomaban los juramentos un poco más a la ligera que él. A Leeb siempre le había parecido que no había cualidad más admirable que ser un hombre de palabra. La lealtad era lo que definía a un oficial. Era lo que acostumbraba a decirle su padre. Pero empezaba a parecer que un poco de elasticidad también podía resultar útil.

—Están aquí —susurró Grey de nuevo.

—Soy consciente, cabo. —A Leeb se le secó la boca cuando el viento aclaró el humo de la fundición que había calle abajo—. Ya los veo.

En efecto, veía a más y más de ellos. Muchos parecían ciudadanos normales y corrientes, con mujeres y niños entre ellos, blandiendo patas de silla y martillos y cuchillos y lanzas hechas de palos de escoba. Otros parecían profesionales, con armadura y armas que relucieron cuando el sol asomó entre las nubes. La boca de Leeb se fue abriendo poco a poco a medida que iba asimilando lo numerosos que eran.

Saltaba a la vista que las proclamas, los toques de queda y las amenazas cada vez más estridentes del Consejo Cerrado no habían tenido el efecto que se pretendía. Más bien al contrario.

—Por los Hados —murmuró alguien.

—Calma —dijo Leeb, pero le salió como un gemido que no podía haber calmado a nadie. Quizá hasta hubiese descalmado a quienes ya estuvieran calmados, de hecho. Era dolorosamente obvio que su pequeña y frágil línea no podía detener aquella marea bullente. No tenían ni la menor posibilidad.

Cuando la multitud vio a Leeb y sus soldados, se detuvo bamboleándose, se apelotonó indecisa, los cánticos y los hurras murieron en sus labios. Hubo un silencio incomodísimo, durante el que un recuerdo de lo más inapropiado emergió de las profundidades de la mente de Leeb. Era el incomodísimo silencio que se produjo después de que, borracho, intentara besar a su prima Sithrin en aquel baile y, cuando ella apartó la cabeza horrorizada, él terminó besándola más o menos en la oreja. Ese silencio era igual que aquel. Solo que mucho más aterrador.

¿Qué hacer? Por los Hados, ¿qué hacer? ¿Los dejaba pasar? ¿Se unía a ellos? ¿Los combatía? ¿Echaba a correr para no parar nunca? No se le ocurrían buenas ideas. El labio inferior de Leeb se movió estúpidamente, pero no salió ningún ruido. Hasta una idea menos mala le resultaba inalcanzable. La resolución era lo que definía a un oficial, pero Leeb no estaba entrenado para aquello. Nadie te entrenaba para que de pronto el mundo se pusiera patas arriba.

Una mujer a caballo se estaba abriendo paso hasta el frente del gentío. Tenía una maraña de pelo rojo mojado y un gesto furioso y despectivo. Y fue como si su rabia se contagiara, como si se

extendiera al instante entre la muchedumbre. Brotaron de golpe rostros crispados, armas alzadas, chillidos y voces y provocaciones, y de pronto Leeb se había quedado sin alternativas.

—¡Ballestas arriba! —farfulló, casi como si, al terminarse el tiempo para rumiar una idea mejor, le hubiera quedado solo aquella tan evidentemente horrible.

Sus hombres se miraron entre ellos, se removieron incómodos.

—¡Ballestas arriba! —rugió el cabo Grey, con las venas hinchadas en su grueso cuello.

Al mismo tiempo, miró a Leeb con una expresión de vago desespero. Como la del timonel de un navío que se iba a pique, tal vez, y miraba al capitán preguntándole en silencio si de verdad pretendía hundirse con el barco. A lo mejor era por eso que los capitanes se iban al fondo del mar con sus naves. Porque no se les ocurrían ideas mejores.

—¡Disparad! —graznó Leeb, dando un tajo hacia el suelo con su espada.

No estaba muy seguro de cuántos ballesteros llegaron a obedecer. Menos de la mitad. ¿Tendrían miedo de disparar a tanta gente? ¿No querrían disparar a hombres que podrían haber sido sus padres, sus hermanos, sus hijos? ¿A mujeres que podrían haber sido sus madres, sus hermanas, sus hijas? A algunos soldados les salió el tiro alto, a propósito o por las prisas. Hubo un chillido. ¿Habían caído dos o tres personas de la primera fila en aquella turba enfurecida? No supondrían la menor diferencia. ¿Cómo iban a suponerla?

La terrorífica diablesa que los encabezaba señaló hacia Leeb con una zarpa.

—¡Matad a esos mamones!

Y cargaron a centenares.

Leeb era un hombre valiente dentro de lo razonable, recto dentro de lo razonable, un monárquico dentro de lo razonable, que se tomaba muy en serio el juramento hecho a su rey. Pero no era idiota. Dio media vuelta y corrió junto a sus hombres. Aquello ya no era una compañía, sino una piara chillona, atropellada, gimoteante.

Alguien lo empujó y Leeb cayó al suelo y rodó. Le pareció que

había sido el cabo Grey, maldita fuera su estampa. Estaban todos dispersándose, soltando las armas, y Leeb enfiló hacia un callejón, casi tropezó con un mendigo de aspecto sorprendido y estuvo a punto de caer otra vez. ¿Cómo podía un hombre cumplir su juramento cuando todos los demás rompían los suyos, a fin de cuentas? Un ejército se apoyaba en el propósito común.

Lo único que se le ocurría era huir hacia el Agriont. Corrió por las retorcidas callejuelas, con el picor del miedo en la nuca, con el aliento raspándole el pecho como una lija. Dichosos pulmones enclenques que le habían tocado en suerte. «¿Sabes de algún lord mariscal que tenga los pulmones enclenques? —solía preguntarle su hermano—. ¡Los pulmones son lo que define a un oficial!». Los fétidos vapores de Adua tampoco ayudaban mucho. Se metió en un portal jadeando, intentando contener la tos. Se le había caído la espada en alguna parte. ¿O la habría tirado?

—Me cago en la leche.

Bajó la mirada a su casaca de oficial. Roja brillante. ¿Había manera de que fuese más roja la condenada? La intención era hacer que su portador destacara. Como el centro de una diana.

Salió del portal trastabillando, forcejeando con los botones de latón, y casi se estampó contra un grupo de hombres fornidos. Trabajadores, tal vez, de alguna de las fundiciones que había por la zona. Pero había un salvajismo en sus ojos, un blanco que resaltaba en sus caras manchadas de grasa.

Ellos lo miraron, y él a ellos.

—Escuchad —dijo, levantando una mano flácida—, solo estaba…

Les daba igual. No les interesaba su deber, ni su juramento, ni su afinidad con la causa que defendían, ni que fuese monárquico pero solo dentro de lo razonable. Aquel no era día para lo razonable, ni mucho menos para lo que fuese que definía a un oficial. Uno de ellos bajó la cabeza y embistió. Leeb logró soltar un solo puñetazo mientras llegaba. Uno inofensivo, que falló y rebotó en la frente del hombre.

Su hermano le había explicado una vez cómo dar puñetazos, pero Leeb no le había hecho mucho caso. En ese momento deseó habérselo hecho. Pero por otra parte, su hermano tampoco sabía

gran cosa sobre dar puñetazos.

El hombre le dio en el costado con el hombro, lo dejó sin aliento, lo levantó del suelo y lo arrojó a los adoquines mojados con violencia.

Cayeron todos sobre él, pateando, maldiciendo. Locos babeantes. Animales furiosos. Leeb se hizo un ovillo como pudo, gimiendo con cada golpe. Algo le dio tan fuerte en la espalda que tuvo náuseas. Horrorizado, vio que uno de ellos sacaba un puñal.

Fue sorprendente que Cal sacara el cuchillo. Quizá no debería serlo. Puertas ya sabía que llevaba uno encima. Dejó de dar patadas al oficial y se lo quedó mirando. Pensó en gritarle que no lo hiciera. Pero para entonces Cal ya estaba apuñalando.

—Mierda —susurró Puertas.

No había pretendido matar a nadie cuando dejó su puesto en la fábrica y salió corriendo para unirse a los Rompedores que inundaban la vía del Mástil. No sabía muy bien qué había pretendido. Hacer justicia, a lo mejor. Obtener lo que le correspondía por una vez. No aquello, en todo caso. Parecían todos conmocionados. Cal el que más.

—Había que hacerlo —dijo, bajando la mirada hacia el pobre mamón que jadeaba y escupía sangre y pringaba de rojo toda la calle—. Había que hacerlo.

Puertas no entendía por qué. Aquel imbécil no era quien había fijado sus salarios. Podrían haberle dado una buena tunda. Que escarmentara. Dejarlo en eso. Pero hubiera que hacerlo o no, ya estaba hecho. No podía deshacerse.

—Vamos.

Puertas dio media vuelta. Dejó atrás al oficial moribundo. Apretó el paso de regreso a la vía del Mástil. Hacia el Agriont. No sabía lo que iba a ocurrir cuando llegaran, igual que no había sabido lo que pasaría cuando habían empezado a patear a ese oficial.

Ya tendría los remordimientos al día siguiente.

—Están aquí.

Shawley vio un grupo que corría por el callejón de abajo, oyó sus pisadas resonar en las fachadas de los estrechos edificios y apuró el vaso de vino antes de bajar las piernas del alféizar.

—¿Quién está aquí? —mascculló Rill, con los ojos desenfocados por las cáscaras.

—Los Rompedores, cazurra de los cojones.

Le plantó una mano en la cara y la tiró de espaldas sobre la cama de nuevo. Rill se dio un golpe contra el cabezal al caer, se llevó los dedos al cuero cabelludo y los sacó ensangrentados, y Shawley no tuvo más remedio que estallar en carcajadas. Siempre había sido todo un bromista.

Cogió su hachuela de la mesa y se metió el astil en la manga.

—Es buen momento para saldar cuentas, me parece a mí.

Se encasquetó el sombrero en el ángulo perfecto, se enderezó el cuello del chaquetón mirándose al espejo y tomó un último pellizco de polvo de perla antes de bajar la escalera con un alegre trote y salir a la calle.

Había un ambiente explosivo. Una sensación de cosas desgarrándose para poder volverlas a coser después de una manera nueva. Pasó una mujer corriendo a su lado, chillando, o puede que riendo, y Shawley se levantó el sombrero. Era famoso por su buena educación. Luego se apartó para dejar espacio a unos hombres que pasaban a toda prisa, aferrando todavía la hachuela. Por si acaso, claro. Había más gente aparte de él con cuentas que saldar, y tenía muchos enemigos. Siempre se le había dado bien hacerlos.

Dejó atrás a una andrajosa pareja de ancianos que estaban desnudando a un oficial muerto que yacía en un charco de sangre y siguió adelante con su andar suelto, manteniendo baja la cabeza, ciñéndose a las callejuelas y los atajos. Siempre había tenido talento para orientarse. Había temido que encontraría problemas para cruzar la Muralla de Arnault. Su plan era colarse por la alcantarilla, aunque pusiera perdidas las botas tan buenas que había robado a

aquel mercader. Pero la puerta Azabache estaba abierta de par en par. Por lo visto habían luchado allí, ya que había gente subiendo a la muralla los cadáveres sanguinolentos de varios miembros de la Guardia Real. Uno tenía las tripas colgando. A otro le faltaba la cabeza. Shawley no tenía ni idea de dónde habría terminado. Le pareció de mala educación preguntar. Saludó con el sombrero a una mujer horrorosa que no tendría más de cuatro dientes y pasó al otro lado de la puerta.

Se oía violencia más adelante. Un ruido demencial que se expandía por los barrios más pudientes, en el interior de la Muralla de Arnault. Quizá lo llamaran el Ejército Popular, y quizá la gente hablara aquí y allá de sus nobles principios, pero en opinión de Shawley también había un buen montón de matones aprovechando la excusa, y otro montón que ni se molestaba en poner excusas y estaba sacando un provecho rápido de la confusión. Por todas partes se veían pruebas de ello. Shawley paró un momento para afanar un buen anillo de un cadáver que alguien se había dejado olvidado a la vista. Siempre había tenido buenos ojos.

Vio la casa. ¿Cuántas veces se había ocultado fuera, en las sombras, planeando su venganza? Y qué cosas pasaban: aquel golpe de suerte se la había puesto en bandeja y solo tenía que atraparla al vuelo. La puerta de la verja estaba cerrada con llave, pero Shawley se quitó el chaquetón, lo tiró por encima al otro lado, comprobó que no había nadie mirando, cogió un poco de carrerilla para trepar y saltó. Cruzó el jardín mojado, entre arbustos podados con forma de pájaros o algo por el estilo. En su opinión, eran ganas de tirar a la basura el puto dinero. Un dinero que debería haber sido suyo.

La ventana del comedor seguía sin encajar bien y Shawley la abrió poco a poco, subió al alféizar y se dejó caer sigiloso en la estancia oscurecida. Siempre había tenido un don para no hacer ruido. El lugar no había cambiado mucho. Mesa y sillas de madera oscura, aparador negro con la brillante bandeja de plata encima. Una bandeja de plata que debería haber sido suya.

Oyó risas, charla, más risas. Daban la impresión de ser dos mujeres, una de ellas joven, y un hombre mayor. Tal y como sonaba,

aún no se habían dado cuenta de lo que estaba pasando en la ciudad. Era raro que a solo cincuenta pasos de la locura pudiera ser un día como cualquier otro. Recorrió el pasillo de puntillas y asomó un ojo por el marco de la puerta.

Era una escena extraña, teniendo en cuenta la carnicería de la calle. Había una chica de unos veinte años con una larga melena rubia admirándose a sí misma en un espejo de cristal de Visserine que debía de costar más que la casa de Shawley. Llevaba puesto un vestido de brillante tejido a medio hacer, en el que estaban trabajando dos costureras, una joven que sostenía alfileres con los labios y una mayor de rodillas, que se afanaba en dar puntadas a un dobladillo. Furnevelt estaba sentado en una esquina con una copa de vino en la mano. Tenía la espalda vuelta hacia Shawley, pero el espejo reflejaba su sonrisa mientras contemplaba el trabajo.

Y Shawley cayó en la cuenta de que la chica tenía que ser la hija de Furnevelt. Todo ese tiempo llevaba esperando. Debería haber matado al viejo cabrón sin dejar que se levantara de la butaca, pero Shawley quería que lo supiera. Así que entró por la puerta y saludó alzando el sombrero.

—Señoras —dijo lanzando una sonrisita al espejo.

Las mujeres se volvieron para mirarlo, sorprendidas. Aún no estaban asustadas. Todo llegaría. Shawley no recordaba cómo se llamaba la hija de Furnevelt, pero sí que había salido bonita, sí. Era lo que pasaba cuando alguien se criaba con todas aquellas ventajas. Ventajas que deberían haber sido suyas.

—¿Shawley? —Furnevelt se levantó de un salto, con una deliciosa expresión de asombro en la cara—. ¡Creía haberte dicho que no volvieras aquí nunca!

—Me dijiste muchas cosas, viejo mojigato de mierda.

Shawley dejó que la hachuela le resbalara de la manga hasta empuñar el astil. Y la descargó hacia la sien del anciano.

Furnevelt pudo levantar la mano a tiempo y desvió el arma, pero aun así la hoja hendió el cuero cabelludo e hizo saltar sangre por toda la sala.

El viejo dio un pequeño respingo muy gracioso y un traspié, la copa se le escapó y se rompió contra el suelo.

Una costurera chilló y se le cayeron los alfileres de la boca abierta. La hija de Furnevelt estaba mirando a Shawley, con los tendones marcados en los pálidos pies descalzos.

Al segundo intento, Shawley dio a Furnevelt justo entre los ojos y el hacha se hundió en su cráneo con un sonoro golpetazo.

La costurera chilló de nuevo. Joder, qué chillido más molesto tenía.

La hija de Furnevelt echó a correr, rápida como un hurón a pesar de toda la tela a medio coser que tenía encima.

—¡Mierda!

Shawley tenía que pillarla también a ella, para hacer justicia, pero el hachuela se había quedado atascada en el cráneo de Furnevelt y no salía por muchos tirones que le diera.

—¡Vuelve aquí, zorra!

Lilott corrió. Lo hizo sin pensar en absoluto. Huyó presa del pánico por el pasillo, espoleada por los chillidos de sus costureras. Trasteó con los pestillos, cruzó el jardín a la carrera, atravesó la verja. Siguió corriendo, arremangándose las vaporosas faldas del vestido de novia sin terminar, pisando los mojados adoquines con los pies descalzos.

Llegó a la plaza. Había gente por todas partes. Gente sorprendida, gozosa, curiosa, enfurecida. Gente extraña con unas emociones de extraña intensidad que retorcían sus rostros blanquecinos hasta hacerlos parecer máscaras de animales. ¿De dónde habrían salido?

Había un hombre de pie sobre un gran cajón, vociferando algo acerca de votar. Unos trabajadores malcarados le respondían también a gritos. Una mujer con el pelo revuelto brincaba a hombros de un hombretón, enarbolando una espada y maldiciendo hacia el cielo. Lilott había estado a punto de chillar pidiendo ayuda, pero el instinto hizo que se mordiera la lengua y se encogiera contra la pared para recobrar el aliento. No tenía ni idea de lo que había ocurrido. Los Rompedores, supuso. Tenían que ser los Rompedores.

Una vez había oído a uno dar un discurso. Se había colado en la última fila de una reunión con un chal que había cogido prestado a su doncella. Le había parecido un gesto muy atrevido por su parte, había esperado fuego y furia y… bueno, peligro. Pero en realidad todo había sonado muy razonable. Salario justo. Turnos de trabajo equitativos. Trato decente. No comprendía por qué todo el mundo les tenía tanto miedo. Más tarde, sonrojada y entusiasta, había repetido esos mismos argumentos a su padre. Él le había dicho que no tenía ni idea de lo complejo que podía ser gestionar un mercado laboral, que lo que a ella le parecía de evidente buen juicio podía sonar como traición a según qué oídos, y que aquel era un asunto del que una dama elegante como la que él quería que fuese no debería preocuparse jamás.

En eso, por lo menos, se había equivocado del todo.

Lilott recorrió cojeando una calle atestada. El sol se había tapado y una ráfaga de aire gélido hizo que volviera a chispear. Había alguien tocando un violín demasiado rápido y más gente bailando y aullando y dando palmadas como si fuesen los invitados de una fiesta que se hubiera descontrolado, y no muy lejos vio un cadáver bien vestido colgando de una reja, con sangre goteando del cráneo partido que se iba acumulando en el desagüe. ¿Su padre estaba muerto? Dio una especie de gemido y tuvo que morderse un nudillo para no ponerse a gritar.

Habían tenido señales de advertencia. El precio del pan y la carne, según decía la cocinera, no dejaban de subir. La lealtad en el ejército, según decía Harbin, no dejaba de bajar. Había estallado aquella revuelta en Valbeck. La gente temía que se produjeran más sublevaciones cuando los rebeldes desembarcaran en Midderland. La noticia de la victoria del rey había sido un alivio. Pero luego habían llegado rumores de que los Rompedores se acercaban a Adua. Luego se impuso el toque de queda, luego las detenciones de la Inquisición, luego los ahorcamientos ordenados por el Consejo Cerrado.

Lilott había sugerido posponer la boda, pero su padre había hecho a eso oídos tan sordos como a los argumentos de los Rompedores. Se negaba a postergar la felicidad de su única hija por un puñado de

rufianes. Harbin se había reído de la posibilidad de que la capital cayera ante un ejército de campesinos, así que Lilott también había forzado una risita, ya que se esperaba de una joven dama que estuviera de acuerdo con su futuro marido. Por lo menos antes de la boda. Todos se habían convencido de que era imposible que sucediera.

En eso también se habían equivocado del todo.

Apenas reconocía las calles en las que había crecido, rebosantes de humanidad enloquecida, anegadas por invisibles corrientes de alegría y furia. Qué frío tenía. No era que estuviese llorando realmente, pero los ojos y la nariz no le dejaban de gotear, tenía los hombros desnudos mojados por la llovizna y los pies descalzos magullados por los implacables adoquines. El aliento le salía en temerosos resuellos, tenía la carne de gallina bajo el corpiño de perlas a medio terminar.

Esa misma mañana le había parecido trascendental que todos los invitados importantes confirmaran su asistencia a la boda. Que las palabras de sus votos y los de Harbin fuesen perfectas. Que el dobladillo del vestido tuviera tal tipo de costura. En esos momentos vio que el dobladillo estaba negro por la mugre de la calle y, que los Hados la asistieran, manchado de marrón por la sangre de su padre; el mundo se había vuelto loco y estaba del revés.

Siguió renqueando. No sabía dónde estaba ni hacia dónde iba. Alguna parte sin coser del vestido se le enganchó en una verja rota cuando pasó corriendo y casi la tiró al suelo. Alguien se rio de ella. Otro aplaudió. Cualquier otro día, una chica desesperada y descalza con un vestido de novia con manchas de sangre habría llamado la atención. Ese día no era nada fuera de lo normal. La ciudad entera había enloquecido. El mundo entero.

Avistó por encima de los tejados el parapeto de la Torre de las Cadenas, la más alta de todo el Agriont, y dio un gemido de alivio. Pero cuando llegó jadeando al enlosado junto al foso, se convirtió en un gimoteo horrorizado.

Lilott había cruzado relajada el puente en los felices días veraniegos, rodeada de ricos paseantes, de camino hacia el parque del Agriont para mirar y que la miraran, para aplaudir a los

participantes en el Certamen Estival. Recordó haber sonreído al ver a unos patitos siguiendo a su madre en solemne fila de a uno; recordó haber contado con Harbin los nenúfares verdes y rojos y violetas el día en que le pidió matrimonio. Qué plantas tan pintorescas.

Los portones estaban cerrados a cal y canto. Había gente apelotonada contra ellos, gesticulando frenética, suplicando entre sollozos hacia la alta torre que la dejaran entrar. Una anciana en un vestido carísimo arañaba la madera. Lilott sumó su voz a las demás mientras recorría el puente trastabillando. No sabía muy bien qué otra cosa hacer.

—¡Socorro! —chilló—. ¡Socorro!

Vio a un hombre con la cara demudada y una bufanda roja mirar detrás de ella y se volvió para ver qué ocurría. Estaba llegando una muchedumbre por la amplia vía Media, con pancartas cabeceando por encima, con el reluciente acero de sus picas y sus armaduras.

—Oh, no —susurró.

Ya no podía seguir huyendo. No le quedaba adónde huir. Vio una casa incendiada, el humo saliendo de las ventanas de la planta superior al cielo lluvioso.

La gente empezó a dispersarse, derribándose unos a otros, pisoteándose en su descerebrada prisa. Lilott recibió un codazo en la cara y retrocedió tambaleándose, notando el sabor de la sangre en la boca. Se le enganchó un pie en el vestido hecho trizas, sus rodillas dieron contra el pretil del puente y, con un respingo despavorido, cayó al otro lado.

No había tanta distancia hasta la superficie del foso, pero aun así el agua la golpeó fuerte, la dejó sin aliento y se la tragó burbujeante. La vaporosa gloria de su vestido se transformó al instante en un peso muerto, el tejido la asió por todas partes, la arrastró hacia abajo. Estaba más que agotada. Más que aterrorizada. Una parte de ella solo quería hundirse, pero otra se negaba a ello y la obligaba a revolverse, patalear, forcejear.

Emergió tosiendo agua sucia, serpenteó entre el roce y las bofetadas que le daban los nenúfares, mucho menos pintorescos al verlos de cerca, y se metió en la oscuridad bajo el puente. Se apretó

contra la viscosa piedra, con el pelo pegado a la cara y la cabeza llena del olor a vegetación podrida.

Cerca de ella flotaba un cadáver, bocabajo. Un atisbo de ropa empapada, de pelo enmarañado. Vio cómo giraba despacio, cómo rebotaba contra la pared musgosa del foso y se alejaba poco a poco. Se preguntó quién habría sido. Se preguntó quién era ella ahora. Se preguntó si sobreviviría a la siguiente hora. Todo había cambiado.

El Ejército Popular se aproximaba. Pero ¿acaso no formaba ella parte del pueblo también? ¿Cuándo se había convertido en su enemiga? Apretó los párpados con fuerza, tiritando en el agua helada, y renunció a intentar sofocar el llanto. Era imposible que la oyera nadie, con el ensordecedor estrépito de la turba de arriba. Botas pisando, metal entrechocando, cristales rotos, ruedas de carro traqueteando atronadoras. Un demonio con muchas voces.

—¡Pan! ¡Queremos pan!

—¡Sacad aquí al Consejo Cerrado!

—¡El Gran Cambio ha llegado!

—¡Dejadnos entrar, mamones!

—¡Abrid o reventaremos las puertas!

Y más ruidoso que el resto, un chillido áspero y demencial.

—¡Sacad a Su puta Majestad!

—¡Sacadlo ya! —chilló la madre Masbién, empujando hacia delante.

Habían llegado al Agriont. Dispuestos a tomarse la justicia por su mano por una vez, en lugar de dejarse aplastar por la del rey. Pero la gente estaba empezando a perder fuelle. Por una brizna de respeto hacia sus antiguos amos, o por el miedo que les daban, como mínimo. Estaban remoloneando ante el puente.

—¡Hay hombres ahí arriba! —gritó alguien—. ¡Hombres del rey, con arcos!

Los ojos de la madre Masbién no llegaban ni por asomo a distinguir a ningún hombre del rey tan lejos. La torre entera era un borrón amenazador por encima de las cabezas de la gente amontonada en las primeras filas. Los hombres del rey no podrían

acabar con toda aquella muchedumbre, pero desde luego se cargarían a unos cuantos, y nadie tenía muchas ganas de ser el primero.

La madre Masbién no iba a dejarse intimidar. Su padre lo había intentado en su infancia, y ella lo había apuñalado con una aguja de tricotar antes de huir de casa. Su primer marido lo había intentado, y ella lo había apuñalado con un cuchillo de carnicero antes de tirar rodando su cadáver al canal. Los estirios lo habían intentado, cuando llegaron para doblegar los Arcos. Fueron a exigirle dinero y ella les dijo que se volvieran al puto sitio de donde hubieran salido. Le dieron una paliza, pero se curó. Le cortaron dos dedos y ese mismo día ya tenía las manos metidas otra vez en jabón. Le destrozaron la puerta, le destrozaron los postigos, le destrozaron los baldes, pero volvió a comprarlo todo nuevo. Al final se presentó el jefe de los soldados y ella estaba convencida de que iba a matarla, pero lo que hizo fue inclinar la cabeza en señal de respeto. La madre Masbién quedaba exenta de pagar, había dicho. Solo ella.

Las cosas eran así y punto. En los Arcos lo sabía todo el mundo. La madre Masbién no se dejaba intimidar. Ni por los estirios, ni por los hombres del rey, ni por nadie.

Así que avanzó apartando a la multitud, con las faldas recogidas y remetidas en el cinturón como las llevaba siempre que había trabajo. Empujó hasta llegar al frente, como llevaba haciendo toda la vida de un modo u otro, usando los codos y la mandíbula tensa y el vozarrón que tenía.

—¡Quitaos de en medio!

Se abrió un camino entre los hombres fornidos, los hombres armados, los hombres acorazados, que seguían remoloneando por allí. Quizá se mostrasen duros por fuera, pero eran blandos en lo importante. La madre Masbién no había nacido con mucha blandura en su interior y la vida de lavandera había acabado con la poca que le quedaba, dejándola tan maleable como un pedazo de alambre.

Salió al puente vacío y dedicó a la alta torre, y a sus melladas almenas, y a sus estrechas aspilleras, el mismo fruncimiento de ceño torvo que dedicaba a sus acreedores.

—¡Soy una mujer de la Unión! —rugió—. ¡Tengo cincuenta años,

y no he dejado de trabajar ni uno! No me dejaré intimidar, ¿me habéis oído?

Vítores y hurras a su espalda, risotadas y silbidos, como el público de un baile de fenómenos en una barraca de feria.

—¡Sacad a esa zorra estiria! —chilló al paramento, alzando su cuchillo al aire—. ¡Traed a la madre del rey!

—¡No está ahí! —exclamó alguien desde atrás—. ¡Huyó a Estiria hace meses!

La madre Masbién fulminó la torre con la mirada. Seguía emborronada, más o menos, pero sabía que debía de haber hombres allí arriba, y no pensaba dejarse intimidar por los muy cabrones.

Dio otro paso adelante.

—¡Pues sacad al capullo de su hijo! ¡Traed al rey!

Rithinghorm puso la boca en la aspillera y bramó a pleno pulmón:

—¡Alto, en nombre de Su Majestad!

Se echó hacia atrás para contemplar el resultado. Esas palabras habían hecho magia en otras ocasiones, siempre habían conjurado la obediencia de la nada. Pero allí, de pronto, el sortilegio falló.

—¡Os ordeno que os detengáis, joder!

Dudaba mucho que el gentío pudiera oírlo entre su propio fragor. Él mismo apenas podía oírse entre los atronadores latidos de su corazón.

Esa misma semana el mariscal Rucksted había dado un discurso al regimiento de Rithinghorm. Les había dicho que eran la última línea de defensa. Les había dicho que el fracaso era impensable, la retirada imposible. Rithinghorm siempre había admirado a Rucksted. Una barba excelente. Buena planta. Era justo la clase de oficial que él aspiraba a ser. Pero había visto al mariscal bastante desaliñado. La barba toda revuelta. Empezaba a comprender por qué.

La gente seguía saliendo en masa de entre los edificios al otro lado del foso y amontonándose cada vez más en el extremo del puente. ¡Rompedores! ¡Traidores! ¡Allí, en las mismas puertas del Agriont! ¡Y cuántos eran! Rithinghorm no daba crédito. Estaban

empezando a avanzar sobre el puente. Había una en concreto encabezándolos, una sucia plebeya de mierda con la falda arremangada y enseñando las piernas nervudas y blancuzcas, que meneaba un cuchillo y berreaba algo que apenas se oía. Algo acerca del hijo de alguien.

—Inconcebible —susurró Rithinghorm. Si hubiera leído aquello en algún libro de cuentos de su hermana, lo habría rechazado por fantástico.

Había que apartarlos de la puerta. Había que echarlos del puente. Había que enseñarles una condenada lección.

Señaló hacia la mujer que chillaba.

—¡Dispárale!

—¿Señor? —dijo Parry, parpadeando.

Joder, qué seca tenía la boca. No podía parar de lamerse los labios.

El capitán Rithinghorm se acercó para señalar a través de la aspillera. Tanto que Parry oyó resonar su aliento en la angosta sala de cadenas. Tanto que Parry podía olerlo. Debía de llevar algún tipo de perfume. Con un toque de lavanda. Estaba señalando hacia abajo, blanco de ira. Señalando a aquella lavandera.

—¡He dicho que le dispares!

Parry se lamió los labios de nuevo. Tenía el arco preparado. Se había preocupado de tenerlo. O más bien lo habían hecho sus manos, siguiendo la vieja rutina. Apuntó, lento y meticuloso. Qué cosa más rara. Aquella mujer le recordaba a su madre. Siempre se arremangaba las faldas igual cuando fregaba suelos.

—¡Dispara de una vez!

Parry quería obedecer la orden. Siempre las había obedecido. Pero su mano se negaba a soltar la cuerda. La mujer estaba cada vez más cerca, sin dejar de dar voces. En eso también le recordaba a su madre. La gente empezaba a imitarla, entrando en el puente, avanzando hacia la puerta.

Se lamió los labios. Otra vez. No se hacía a la idea de disparar a esa mujer.

Poco a poco, Parry bajó el arco.

—Pero ¿qué leches haces?

Parry sacó la flecha de la cuerda y, sin saber muy bien qué hacer con ella, se la llevó a la espalda.

—No me hago a la idea —dijo.

Rithinghorm lo agarró por la casaca.

—¡Te he dado una orden!

—Lo sé. —Todo el mundo los estaba mirando—. Lo siento mucho, señor.

Rithinghorm empezó a zarandearlo.

—¿Acaso eres un condenado traidor?

Parry solo pudo tragar saliva, y parpadear, y aferrar con fuerza la flecha que tenía a la espalda, y negar con la cabeza.

—Creo… creo que no. —Lo cierto era que no estaba seguro—. Es que… no me hago a la idea.

Rithinghorm lo empujó contra la pared, marcando los músculos de la mandíbula a ambos lados de aquella cara tensa.

—¡Sargento Hope!

—¿Señor? —dijo el sargento.

Rithinghorm extendió un dedo hacia Parry como si fuese un puñal.

—¡Ejecuta a este hombre!

El sargento Hope miró la espada corta que empuñaba, la ancha hoja desenvainada que reflejaba en las sombras el largo rayo de luz que entraba por una aspillera. A su viejo capitán lo habría seguido hasta el infierno. Y eso había hecho, allá en Estiria. Pero no a aquel mierdecilla. No a aquel pequeño cabrón con su acento estirado y su cara blanquecina y su puto perfume, que ordenaba ejecutar a buenos hombres. Que ordenaba disparar a ciudadanos de Adua. Se le ocurrió que tenía más en común con aquellos Rompedores que coreaban cánticos en el puente que con Rithinghorm. Eran gente, nada más. Gente que quería hacerse oír. Gente que quería poder llevar pan a la mesa, mientras otros tenían muchísimo más de lo que iban a necesitar en la vida.

Hope llevaba veinte años haciendo lo que le decían. Nunca se

había planteado hacer otra cosa. Pero en ese mismo instante, como si le hubieran chasqueado unos dedos bajo la nariz, decidió que ya bastaba.

—No —respondió.

Rithinghorm dio como una especie de respingo raro, con la boca y los ojos muy abiertos por la sorpresa, cuando la espada corta se le clavó en la casaca bien planchada del uniforme. Hope retiró la hoja y Rithinghorm se dio unos débiles manotazos en el hombro, con los carrillos hinchados. Hope le dio un empujón, alzó la espada y la descargó contra el cráneo de Rithinghorm. Salpicó sangre por todas partes. A Hope siempre le impresionaba cuánta podía contener un hombre.

Parpadeó mientras se quedaba mirando un momento el cadáver de su capitán. Se notaba con la cabeza en las nubes. Se notaba todo él en las nubes. Como si de pronto le hubieran quitado un macuto bien cargado de los hombros.

Veía por las aspilleras que el puente ya estaba inundado de gente. Oía abajo las puertas crujir por la presión.

Se volvió hacia los soldados. Estaban mirándolo. Parry y todos los demás. Qué jóvenes eran. Buenos chicos. ¿Él había tenido tanto aspecto de crío cuando se alistó? Ninguno sabía qué decir. Ni qué hacer. Hope tampoco lo sabía, pero tendrían que hacer algo.

Señaló hacia la escalera.

—Será mejor que abramos las puertas.

Sonrisas oyó el golpe seco de la tranca, los cerrojos descorriéndose y entonces las puertas cedieron a la presión y la gente irrumpió hacia delante como el aluvión de un río a través de una presa rota. Estaban tan apiñados que Sonrisas tuvo que preocuparse de no clavarles sin querer el pincho de detrás del martillo de guerra.

Había una doncella con el tocado torcido tapándole la frente. Había un hombre que podía ser carretero, o puede que tonelero. Había otro que apenas llegaba a mendigo. Eran ciudadanos de Adua a los que habían recogido ese día y ciudadanos de la Unión recogidos en la marcha a través de Midderland, todos ellos

entremezclados con el Primer Regimiento de Rompedores, con hombres como Sonrisas que habían combatido en las guerras de Estiria, y luego en los disturbios por el precio del pan en Keln, y luego habían bregado en las factorías de Valbeck, y luego se habían armado con acero anglandés y habían marchado para liberarse de la tiranía. Y todo el sacrificio y el esfuerzo por fin estaban dando fruto: el Gran Cambio, que por fin llegaba.

Avanzaron a ansiosos trompicones por el túnel que llevaba al podrido corazón del viejo orden. Al Agriont, con sus grandiosos edificios alzándose por todas partes. Llegaron a la plaza de los Mariscales, donde Sonrisas había ido de niño a ver el Certamen Estival y había chillado hasta quedarse sin voz cuando Jezal dan Luthar derrotó a Bremer dan Gorst en la final.

Ese día también había espadas en la plaza. Una hilera doble de soldados dispuestos de un lado a otro, mal formada y reunida a toda prisa, con los escudos y las armas dispuestos en todos los ángulos y un oficial gritando con voz ronca.

Los Rompedores cargaron. No hizo falta que nadie les diera la orden. No podrían haberse detenido ni aunque lo hubieran querido, con tanto empujón que llegaba desde atrás. Tenían al Ejército Popular entero a sus espaldas. A todos los trabajadores oprimidos de la Unión. Pero de todas formas, Sonrisas no quería detenerse. Quería destrozar aquel lugar de corrupción. A aquellos hijos de puta avarientos que habían enviado a sus amigos a morir en Estiria, a morir en las fábricas, a morir en los sótanos. Quería quemar toda la podredumbre y crear un país para su pueblo.

Sonrisas escogió a un hombre hacia el que embestir, uno que miraba por encima de su escudo con ojos frenéticos. Soltó un rugido de odio, de júbilo, de triunfo, las losas volando bajo sus pies, sus hermanos cargando hacia la libertad a su alrededor.

Los escudos impactaron entre ellos. Los hombres forcejearon tensos y Sonrisas logró entrever los dientes apretados y los ojos dilatados de su adversario antes de que la presión se liberara de repente y casi lo enviara al suelo del traspié, porque Roys había hundido el casco del hombre con un amplio tajo de su alabarda.

Fue una matanza, en realidad. Los monárquicos ya estaban

rompiendo filas, escapando hacia las estatuas del fondo de la plaza, y los hombres cargaron tras ellos entre vítores y gritos dejando atrás a Sonrisas, que se quedó contemplando al soldado muerto con el casco abollado.

Pensó en lo fácil que habría sido que él mismo estuviera en esa fila, si las cosas hubieran sido solo un poquito distintas. Si hubiera permanecido en el ejército al volver de Estiria, en vez de abandonarlo asqueado. Solo había una moneda echada al aire entre él y aquellos cadáveres.

—¡Eres un héroe! —Una mujer de mentón prominente y pelo recogido en un pañuelo rojo se puso de puntillas para plantarle un buen beso en la mandíbula—. ¡Sois todos unos putos héroes!

El soldado la miró inexpresivo, con el casco de lado, sorprendido, le pareció a ella, pero no defraudado. Hacía tanto tiempo que Adnes no besaba a un hombre que le costaba saberlo. Pero aquello no era nada romántico, sino más bien la alegría de volver a tener esperanza. O a lo mejor sí que era una cosa romántica, porque el hombre le puso la mano en la nuca y la besó en la boca, y ella se apretó contra él, incómoda por culpa de lo duro que era el peto de su armadura, y la recorrió una intensa calidez mientras le sorbía con fruición la lengua, que sabía a cebolla, muy bien por cierto.

En la vida se le habría ocurrido que pudiera estar besando así a un desconocido, pero era un nuevo día y los hombres del rey estaban derrotados y las antiguas normas ya no existían, y el sol había vuelto a asomar y hacía destellar la armadura del soldado, centellear los charquitos en las losas. ¿Sería aquello la libertad?

El gentío vitoreante los separó y luego volvió a empujarlos juntos, se los llevó por la plaza de los Mariscales, y subiendo los imponentes peldaños de la Rotonda de los Lores, y a través de las puertas taraceadas. Adnes contempló la cúpula, muy muy arriba, y alrededor de ella, en el profundo y denso silencio, otros centenares de personas que jamás habrían soñado con cruzar esas puertas estaban haciendo lo mismo.

Miró las decoraciones doradas, y los mármoles de distintos

colores, y las lujosas maderas, y los soles cosidos en los cojines de los bancos, y las ventanas de cristal tintado que componía unas escenas que no entendía. Un hombre calvo sosteniendo una corona. Un barbudo que se alzaba sobre otros dos espada en mano. Un joven iluminado por un rayo de sol, de pie, alejado de una multitud. ¡Qué impecable grandeza tenía aquel lugar! No podía ser más diferente de la granja que Adnes había dejado cuando pasó el Ejército Popular, donde dormían sobre paja en el suelo de una choza, donde trabajaban hasta que se les pelaban las manos, donde el señor de aquellas tierras los trataba peor que a perros.

Ah, pero ahora los amos eran ellos.

Entró más gente llevando en volandas a Risinau sobre una silla dorada que debían de haberse llevado de alguna cámara, alguna oficina, algún salón. Adnes cogió una pata de la silla, una más en un bosque de manos, para que siguiera su camino, y Risinau reía, y todos reían, y la encantada multitud vitoreó mientras cargaba con él bamboleándose pasillo abajo entre los bancos curvados y lo dejaba sobre la gran mesa.

Las galerías del público se habían llenado de personas que cantaban y daban palmas, con una alegría que resonaba en el inmenso espacio y le daba una vida que no había podido tener desde que erigieran aquella cúpula. Había una chica allí arriba que llevaba un saco lleno de pétalos y estaba tirándolos a puñados, y caían aleteando como mariposas a través de los rayos de luz de colores hasta cubrir como una alfombra el suelo, y Adnes nunca había visto nada tan bonito. Le recordó la tumba de su marido, y las de sus hijos, abajo en el bosque donde crecían las flores silvestres, y se le empañaron los ojos de lágrimas. Tanto gozo y tanto dolor juntos que creyó que iba a explotarle el pecho.

—¡Habéis hecho realidad el sueño, amigos míos! —rugió Risinau, y se oyó una ovación tan poderosa que a Adnes le temblaron los dientes y le pitaron los oídos y le palpitó el corazón.

—¡Risinau! —chillaba la gente—. ¡Risinau!

Y Adnes dio un aullido sollozante, inarticulado, extendiendo las manos hacia él.

—¡Igualdad, hermanos! ¡Unidad, hermanas! ¡Un nuevo comienzo!

Un país gobernado por todos, en interés de todos. ¡Cuando estéis en vuestro lecho de muerte, podréis decir con una sonrisa que estuvisteis aquí! ¡El día en el que la Rotonda de los Lores se transformó en la Rotonda de los Comunes! ¡El día del Gran Cambio!

Adnes estaba llorando, y a su alrededor hombres y mujeres también lloraban y reían, todo a la vez.

Era el día en que sus sueños se cumplían. El día en que estaba naciendo una nueva Unión.

El soldado le cogió la mano y Adnes vio lágrimas en sus ojos también, pero estaba sonriendo. Le pareció que tenía una sonrisa agradable.

—No sé cómo te llamas —dijo él.

—¿Y qué coño importa?

Adnes le quitó el casco para poder meterle los dedos entre el pelo sudado y empezó a besarlo de nuevo.

Ettenbeck se escabulló por una puerta lateral de la Rotonda de los Lores y salió a la calle estrecha de detrás. Había creído que allí dentro estaría a salvo. ¿Qué lugar más seguro podía haber que el mismísimo corazón de la Unión? Pero los Rompedores habían entrado. Los oía dar voces. ¡Los oía destrozar todos los edificios de alrededor!

Quizá había pasado algo similar cuando tuvo lugar la invasión gurka y los devoradores asaltaron el Agriont. Recordó a su tío contándole la historia, con los ojos llorosos fijos en la lejanía, como contemplando horrores inimaginables. Pero aquellos no eran hechiceros caníbales, ni crípticos demonios inhumanos, ni manipuladores de poderes prohibidos. Eran solo gente normal y corriente.

Una ventana se hizo añicos en la Comisión de Tierra y Agricultura y salió volando por ella un escritorio, que se estrelló contra el suelo a poca distancia. Ettenbeck notó que le goteaba el cuero cabelludo. Estaba sudando como una esponja estrujada. Le hizo falta hasta su última pizca de autocontrol para no echar a correr desesperado. Era posible que la muralla que rodeaba los jardines del palacio aún

resistiera. Quizá, si lograba llegar hasta allí…

—¡Veo a uno!

Oyó el eco de pisadas rebotando en los edificios.

—¡Que no escape!

Corrió, pero no llegó muy lejos. Alguien lo atrapó por la axila y lo tiró al suelo. Una fugaz visión de un rostro barbudo, de armadura que parecía recién forjada. Lo pusieron en pie agarrándolo de un codo. Era una pandilla extraña. Como un grupo al que podría verse comprando en algún mercadillo. Solo que furioso.

Y Ettenbeck cayó en la cuenta de que la gente normal y corriente podía ser absolutamente aterradora.

—¿Dónde crees que vas, hijoputa? —masculló un hombre con una cicatriz en la barbilla.

—¡No se puede escapar de la justicia popular! —chilló una mujer, y le atizó un señor sopapo.

—¡Ahora mandamos nosotros!

Ettenbeck apenas los entendía, con un acento tan cerrado. No sabía qué querían. No sabía qué podría darles él.

—Me llamo Ettenbeck —dijo, sin motivo lógico alguno.

Lo llevaron a empujones hacia delante. Le dolía la mejilla.

Había otros prisioneros entre la muchedumbre. Administradores, burócratas, oficinistas. Unos pocos soldados. Llevados de un lado a otro como animales. Hostigados con lanzas. Un cochero sonriente estaba dándoles latigazos, haciendo que aullaran y gimieran. Ettenbeck reconoció la cara ensangrentada de un hombre, pero se le había ido su nombre. Se le habían ido los nombres de todos.

—¡Usureros! —chillaba alguien con la voz cascada—. ¡Especuladores!

Un tipo de piel oscura avanzaba por la calle recibiendo patadas, tropezaba, lo levantaban de nuevo a puntapiés, arriba y abajo, una y otra vez. Ettenbeck creía recordar que era el embajador de algún sitio. ¿Kadir, quizá? Un hombre culto y encantador. Ettenbeck lo había oído pronunciar un discurso conmovedor en la Sociedad Solar sobre estrechar los lazos de colaboración por todo el mar Circular. Vio que le quitaban el sombrero y se ponían a escupirle.

—¡Cabronazo! —ladró un hombre con uniforme de soldado, que

se había quitado la casaca y tenía la camisa manchada de sangre. Pateó la cabeza del embajador—. ¡Cabronazo!

Algo dio a Ettenbeck a un lado de la cara y lo hizo caer. Golpeó con fuerza contra el suelo. Logró levantarse tembloroso a cuatro patas. Le dolía toda la mandíbula.

—Ay —murmuró, viendo gotear la sangre en los adoquines—. Ay, madre.

Le cayó un diente de la boca entumecida. Volvieron a agarrarlo del codo y lo pusieron en pie, notó una punzada de dolor bajo el brazo y lo empujaron trastabillando hacia delante.

—¡Usureros! —graznó una mujer, escupiendo saliva, con los ojos desorbitados, señalándolo con un rodillo de amasar—. ¡Especuladores!

—¡Es un cabrón de esos del Consejo Cerrado!

—¡Solo soy oficinista! —La voz de Ettenbeck salió como un gañido desesperado.

Era mentira. En realidad era uno de los subsecretarios de Tributación Agrícola. Con qué orgullo se había susurrado el cargo a sí mismo cuando lo ascendieron. Su hermana por fin tendría que tomarlo en serio. Y cómo deseaba en esos momentos no haber llegado jamás a Adua siquiera, no digamos ya al Agriont. Pero los deseos no sirven para comprar nada, como le encantaba decir a su madre.

Pataleó y se retorció mientras se lo llevaban a la fuerza por la plazoleta que había enfrente de las oficinas del Registro de la Propiedad, hacia la fuente. Era un espanto, un ancho cuenco de piedra que llegaba a la cintura con un retorcido batiburrillo de estatuas de peces en el centro regurgitando agua. Tampoco la mejoraba en nada el cadáver tendido sobre el borde, con el culo hacia el cielo y la estrecha punta de unos zapatos a la moda rozando el enlosado.

Ettenbeck se dio cuenta de que estaban llevándolo junto al cuerpo.

—¡Esperad! —gimoteó, agarrándose a la pila mientras el agua le salpicaba la cara, revolviéndose a la desesperada.

Pero tenía manos sujetándolo por todas partes, y le levantaron

una pierna, y el otro zapato se le cayó al raspar contra el suelo. Alguien le asió la nuca.

—¡Un último trago a costa del pueblo, consejero!

Y le metieron la cara en el agua. A través del gorgoteo de la fuente oyó gritos. Cánticos. Risas. Logró sacar la cabeza, solo un momento, dio una bocanada, vio la multitud enloquecida dirigiéndose en oleada hacia el Pabellón de Interrogatorios. Agitaban en el aire espadas y lanzas. Una tenía una cabeza cercenada clavada en la punta, oscilando grosera por encima del gentío. Era una visión absurda. Como un elemento de utilería barata en una obra de pésima producción. Solo que era real.

Volvieron a empujarle la cabeza hacia abajo, en el agua de la fuente, que burbujeó.

No más líos

Broad hacía lo mismo que llevaba haciendo desde que lo habían encerrado en aquella celda. Caminaba de un lado al otro, de uno al otro, de uno al otro. Solo había cinco pasos entre las paredes y eran pasos pequeños, pero los daba de todos modos, y mientras andaba se dedicaba a cavilar una y otra vez sobre todas las idioteces que había hecho para terminar allí. A veces daba una patada a la pared, o hundía el puño dolorido en la mano irritada, o se daba bofetadas tan fuertes que le dolían. Por lo visto no podía parar de hacer daño a la gente. Al no tener a nadie más a mano, se hacía daño a sí mismo.

Había prometido que no se metería en más líos, y luego se había dejado llevar de nuevo. Lo acusarían de alta traición, no podía ser más culpable y solo había una pena para ese crimen. Savine no iba a salvarlo en esa ocasión. Ella también estaba presa, en algún lugar de aquel laberinto subterráneo. No podría ni salvarse ella misma.

En ese momento hizo una promesa. Si por algún inmerecido giro del destino lograba salir de aquella, viviría solo para Liddy y May.

—No más líos —susurró, y apretó la frente contra la rugosa pared de piedra—. Ni uno más.

Lo juró. De nuevo.

Entonces oyó pisadas al otro lado de la robusta puerta. Ya venían. ¿Sería para hacerle preguntas o solo para llevarlo derecho al cadalso? Cerró los puños, pero sabía que pelear no le serviría de nada. Pelear era lo que lo había llevado a aquel lugar en un principio. La llave hizo ruido en la cerradura y se le aceleró la respiración entre los dientes apretados al ver que la puerta se

entreabría con un chirrido.

Apareció una cara en la rendija. No era el practicante enmascarado que se esperaba, sino una mujer menuda con las mejillas varicosas. Parecía inquieta, como si no hubiera sabido qué esperar, y cuando lo vio allí de pie le dedicó una sonrisa radiante.

—¡Hermano, eres libre!

Broad no pudo sino quedársela mirando.

—¿Que soy qué?

—¡Libre! —La mujer hizo tintinear una anilla con llaves—. ¡Todos lo somos!

Y desapareció, dejando la puerta abierta de par en par. Broad empezó a oír carcajadas fuera. Vítores y cánticos. ¿Eso que sonaba era un flautín? Parecía un ajetreado día de mercado en el pueblo, cuando era niño. Se subió los anteojos por la nariz, hizo acopio del poco valor que le quedaba y fue a la puerta.

—¡Hermano!

Un hombre con una brillante armadura nueva manchada de sangre sacó a Broad de un tirón al mohoso pasillo, pero lo hizo como se saluda a un antiguo camarada, no como se arrastra a un condenado a su muerte.

—¡Eres libre! —exclamó.

Estaban abriendo las celdas, y con cada tirón que daban a una puerta soltaban un hurra, y con cada preso que liberaban soltaban otro. Unos hombres con armadura estaban abrazando a una mujer que debía de llevar meses en la oscuridad, pálida y demacrada, entrecerrando los ojos como si la luz le hiciera daño.

—¿Cómo te llamas, hermana?

La mujer se sentó contra la pared, desmadejada como una muñeca de trapo.

—Me llamo… ¿Grise? —susurró.

Broad vio que tenía una mano destrozada, los dedos retorcidos e inflados como salchichas.

Alguien le tiró de la camisa.

—¿Has visto a mi hijo? —Era un anciano de mirada agitada y llorosa—. ¿Sabes dónde está mi hijo?

Broad se zafó de él.

—Yo no sé nada.

Alguien lo rodeó con los brazos desde atrás y Broad tuvo que contener el instinto de soltar un codazo.

—¿No es maravilloso? —Una chica que no pasaría de los dieciséis años, con un chal manchado en los hombros—. ¿No es maravilloso?

Y se agarró a otra persona y se pusieron a bailar una desmañada jiga y derribaron a una anciana que había estado blandiendo una escoba con un cuchillo atado al palo. Estuvo a punto de apuñalar a Broad al caer.

Quizá debería haberle apetecido dar cabriolas también ante el inesperado sabor de la libertad, pero Broad ya había visto antes aquella misma mezcla de gozo enloquecido e ira demencial durante la rebelión de Valbeck, y saber cómo había terminado aquello le quitaba todas las ganas de bailar. Le daban ganas de regresar a su celda y encerrarse.

Había Rompedores allí abajo. Veteranos con un brillante equipamiento nuevo que Broad reconoció nada más verlo. Eran las armas y las armaduras que él mismo había llevado desde Ostenhorm cumpliendo órdenes de Savine, las que había entregado a la Jueza a cambio del apoyo de los Rompedores. Al parecer sí que habían terminando alzándose en armas. Solo que cuando más les convenía a ellos.

Broad tuvo que caminar contra una alegre corriente de personas para subir la escalera y salir a un pasillo más ancho y mejor iluminado. Pasó corriendo un hombre con mandil de cuero que reía a carcajadas, con un fajo de documentos apretados contra el pecho del que caían papeles al suelo. Otro hombre aporreaba una cerradura con una pesada jarra metálica de cerveza. La música procedía de allí, de una mujer sentada con las piernas cruzadas que llevaba un sombrero alto de oficinista calado hasta las cejas y tocaba una animada melodía en su flauta con los ojos cerrados.

Y con paso inseguro entre toda aquella locura, liberados de un modo tan sorpresivo como el propio Broad, llegaron sus antiguos patronos, el lord y la señora gobernadora de Angland. Incluso con las lentes puestas, Broad tardó un momento en reconocerlos. El

Joven León rodeaba con el brazo derecho los hombros de su esposa, tenía el cadavérico rostro lleno de costras y crispado de dolor y se movía dando torpes saltitos con el inútil brazo izquierdo colgando y una pernera de los pantalones arremangada hasta el muñón. Savine tenía un brazo en torno a su marido y el otro bajo la tripa hinchada, y avanzaba esforzada con la espalda gacha, los dientes a la vista y mechones de pelo oscuro asomando del vendaje de la cabeza en todos los ángulos.

Esos dos habían sido los amos del mundo. Y míralos ahora.

—¡Broad! —Savine le asió el brazo tan fuerte que dolía, con una pátina de sudor en la cara sucia—. ¡Gracias a los Hados que estás aquí!

El gorjeo de su voz recordó a Broad a aquella flacucha aterrorizada que le había suplicado ayuda en las barricadas de Valbeck. Brock estaba agarrado a la pared con las uñas para mantenerse erguido.

—¿Qué diantres ocurre? —preguntó el lord gobernador.

—No estoy seguro. Pero esas armaduras… —Broad señaló con el mentón a un soldado y bajó la voz—. Son de vuestra armería en Ostenhorm.

Savine ató en un instante los cabos que Broad llevaba un tiempo reuniendo despacio.

—¿Los Rompedores han conquistado el Agriont? —susurró.

—¿Que han *qué*? —gorjeó su marido.

—Será mejor salir de aquí mientras podamos —dijo Broad—. Buscar un lugar seguro.

Savine tenía los ojos como platos en las sombras, temerosos, inyectados en sangre.

—¿Existe algún lugar seguro?

Broad no conocía la respuesta. Tendió su otra mano a Brock. La del tatuaje al dorso. Al Joven León se le notaba lo mucho que le dolía necesitar ayuda. Pero no era momento para el orgullo. Tampoco era fácil llevar a una mujer embarazada y a un hombre cojo entre aquella muchedumbre revuelta de rescatadores y saqueadores. Detrás de una puerta doble rota había hombres destrozándolo todo y riendo, derribando muebles, arrojando

montones enteros de papeles al aire.

—Ese era el despacho de mi padre —susurró Savine mientras pasaban renqueando.

Desde aquella estancia el archilector Glokta había ordenado la vida y la muerte con un gesto de su pluma. Los tiempos habían cambiado, desde luego.

—¡Mariscal Brint! —llamó Brock—. Estáis vivo.

—Apenas.

Había un hombre de pelo entrecano apretado contra una pared. Tenía un vestigio de porte militar, si uno se fijaba bien, bajo una casaca mugrienta de oficial con todos los distintivos de rango arrancados. Brock se acercó para estrecharle la mano. No era fácil, dado que Brint solo tenía un brazo y Brock solo uno que funcionara.

—Me hicieron prisionero antes de que desembarcarais. El puto lord Heugen cantó como un pajarito en el instante en que nos apresaron.

Brock negó con la cabeza.

—Qué hatajo de cabrones inútiles resultó ser el Consejo Abierto.

—¿Quién iba a decirlo? —se obligó Savine a mascullar entre dientes apretados.

Salieron con dificultades a la brillante luz del día, bajaron los peldaños frontales del Pabellón de Interrogatorios y Broad notó el viento frío en la cara. Debería haber sido un alivio, pero las multitudes de allí fuera estaban más enloquecidas si cabe, aclamando y cantando, enarbolando antorchas encendidas y espadas y muebles rotos.

Había papeles por todas partes. Amontonados como si fuesen nieve, a la altura de los tobillos. La gente estaba arrojándolos a brazadas desde las ventanas para que el viento se llevara los secretos del pasado, que de repente ya no valían ni un comino. La calle apestaba a humo. Un hombre reía con las manos empapadas de sangre. Broad tuvo un escalofrío al reparar en que un cabronazo con aire engreído que andaba por allí cerca tenía una cabeza clavada en su lanza. Estaba de espaldas a Broad, por lo que no pudo ver la cara decapitada. Pero aun así le recordó a Musselia, abrió un saco de malos recuerdos que Broad intentaba mantener

bien cerrado.

—¡Es el Joven León! —exclamó alguien, y de pronto la gente estaba congregándose en torno a ellos, estirando los brazos hacia Leo—. ¡Mirad, es Leo dan Brock!

—¡No puede ser!

—¡Lo vi en su desfile triunfal!

—¿Dónde está su pierna?

—Perdida por la causa de la libertad.

—¡El Joven León!

—Por favor… —Leo intentó apartarlos con su único brazo bueno —. Dejadme que…

—¡Es un puto héroe!

Un hombretón se agachó detrás de Brock y, antes de que nadie pudiera impedírselo, se irguió levantando al Joven León en el aire a hombros. Alguien se arrancó con una tonadilla militar en un viejo violín. Una con la que Broad había marchado, allá en Estiria. La gente empezó a bailar, y a hacer el saludo marcial, y a dar palmaditas en el muñón de la pierna del Joven León como si fuera una mascota sanguinolenta. Tuviera algún sentido en absoluto o no, al parecer habían mezclado su propia rebelión victoriosa con la fracasada de Brock como si fuesen una misma cosa.

—¿Aún os inclináis ante los nobles? —Un hombre con una única ceja poblada estaba llegando con un ceño bastante profundo—. ¿Dónde tienes la puta dignidad? —gruñó al gigantón que llevaba a Brock a hombros—. Llevamos toda la vida cargando con estos hijos de puta, ¿no es verdad? ¿Es que ahora no somos todos iguales?

Broad percibió cómo cambiaba el ambiente. Captó miradas dubitativas lanzadas hacia él, y también hacia Savine. Como cayeran en la cuenta de que era la hija del hombre que había torturado a miles de personas en el edificio que tenían detrás…

—Guardadme esto.

Broad tendió sus anteojos a Brint. Entonces reparó en que el exmariscal no podía sostener a Savine y las lentes a la vez, así que las metió en el bolsillo de la casaca de Brint y se volvió de nuevo hacia la multitud, convertida en un amasijo de manchurrones coloreados.

—¡Yo estuve en Stoffenbeck! —estaba gritando el unicejo—. ¡Y este de aquí no luchaba por el puto pueblo! ¡Lo único que hacía…!

El puño de Broad se estampó en su cara borrosa. Antes de que cayera, Broad lo agarró por el cuello de la camisa y le soltó otro puñetazo.

—Yo también estuve allí y digo que eres un embustero. —Broad golpeó de nuevo al hombre—. ¡El Joven León es un puto héroe! —Hacía bastante tiempo que Broad no creía en los héroes, pero saltaba a la vista que a alguna gente seguía gustándole la idea—. ¡Entregó la pierna y el brazo por el pueblo!

Broad arrojó al hombre contra la pared del Pabellón de Interrogatorios, en la que rebotó para rodar sobre los adoquines llevándose las manos a la cara rota.

—¡Un hurra por el Joven León! —vociferó Brint, dando un paso adelante con su único puño levantado.

No hizo falta más para que regresara el ambiente de antes y todos volvieran a vitorear a un Leo dan Brock que se sacudía al ritmo del baile del hombre que lo llevaba a hombros, con el muñón al aire y el brazo flácido haciendo aspavientos.

—Ojalá pudiera bajarlo —dijo Broad.

Savine negó con la cabeza.

—Me da la impresión de que estaremos más seguros si se queda ahí arriba.

—Ha sido… una acción rápida y decidida —murmuró Brint, devolviendo los anteojos a la mano dolorida de Broad—. ¿Eras escalador de asalto?

Broad bajó la mirada ceñuda a su tatuaje. Se dio cuenta de que tenía un trocito de diente clavado entre dos nudillos llenos de cicatrices.

—Lo era —dijo, haciendo una mueca de dolor al sacarlo para tirarlo al suelo.

Brint contempló a la multitud vitoreando mientras se pasaban a Brock de unos hombros a otros.

—La Unión necesitará a hombres como tú en los días venideros. Alguien tendrá que restablecer el orden.

—Mi familia me necesita. Eso es lo importante.

—Por supuesto —dijo Brint—. Pero… quizá el mejor servicio que puedes hacerles es servir aquí.

Broad se enganchó los anteojos en las orejas muy despacio, los asentó con cuidado en el acostumbrado surco del caballete de la nariz y dio un profundo suspiro. Había jurado apartarse de los líos, pero ahí estaba el problema.

En que los líos no se apartaban de él.

Sacad al rey

Orso miraba hacia abajo desde la barbacana de palacio, apenas capaz de creer lo que veían sus ojos.

Desde la vía Regia, algo que solo podía describirse como una horda había invadido el parque dejando atrás las imperiosas estatuas de su padre, del Primero de los Magos y de un todavía inacabado archilector Glokta, y fluía hacia las puertas de palacio con un caudal que parecía interminable.

—¿De dónde han salido? —musitó.

Era una pregunta tontísima, de la que ya conocía la respuesta. Habían salido de Valbeck, de Keln, de Adua, de todos los rincones de Midderland. Eran los ciudadanos de la Unión. Sus súbditos. O lo habían sido, por lo menos. Daba la impresión de que su gran gira por todo el país ya no sería necesaria.

El país había acudido a él.

Contempló horrorizado cómo hacían trizas las banderas de la Unión, cómo los vándalos danzaban triunfales en los tejados. Aún quedaban algunos edificios en manos leales, pero eran como islas en un mar tormentoso, asediadas sin esperanza. Aquí y allá se desplegaban pequeños dramas. Figuras diminutas perseguidas por la calle. Figuras diminutas cayendo de ventanas. Figuras diminutas colgadas de árboles.

El palacio era una fortaleza bien protegida dentro de la fortaleza que ya era el Agriont, pero los Rompedores estaban agolpándose contra sus puertas, más y más a cada bocanada resollante que daba Orso.

—Maese Sulfur, ¿sería posible…?

Orso estaba seguro de que el mago se hallaba a su lado un momento antes, pero al volverse ya no lo encontró. Por lo visto, ese día no iba a haber ningún rescate mágico espectacular. Salvar al rey de una docena de Rompedores era una cosa, salvarlo de incontables millares otra muy distinta. Llegaba un momento, supuso Orso, en el que incluso un acreedor tan poderoso como la Banca Valint y Balk tenía que minimizar las pérdidas.

—¡Sacad al rey! —chilló alguien, y su voz de algún modo se alzó sobre el hosco murmullo.

La multitud se revolvió, hubo un alarido cuando alguien cayó en el centro y le pasaron por encima. ¿Estaba oyendo crujir los pesados portones por la presión? Algo impactó contra el parapeto no muy lejos y Orso se agachó por instinto.

—¿Majestad? —dijo un oficial. Tenía la cara muy pálida sobre el cuello carmesí de la casaca—. ¿Disparamos?

—¡No! —Orso trató de insuflar algo de autoridad a su voz—. ¡Que no dispare nadie! No mataré a mi propia gente. A más… de mi propia gente —añadió sin energías, cuando afloraron por sí mismos los recuerdos de las fosas comunes en Stoffenbeck.

El canciller Gorodets se irguió en toda su altura. No era una altura muy impresionante, pero Orso agradeció el esfuerzo de todos modos.

—Todos los presentes moriríamos por vos, majestad.

Desde luego, en las almenas de palacio había un buen número de mandíbulas cuadradas y firmes. Caballeros de la Escolta y mensajeros reales, la élite de la élite. Pero se alcanzaba a distinguir una corriente cada vez más intensa de duda bajo la heroica fachada. Entregar la vida por el rey sonaba maravilloso como principio moral, pero cuando llegaba el momento de hacerlo de verdad, y cuando uno se daba cuenta de que solo tenía una vida que entregar, era comprensible que el entusiasmo se desvaneciera.

—Preferiría que no tuvierais que hacerlo —respondió Orso—. Además, en palacio también hay muchas damas. —Desvió un momento la mirada hacia Hildi, que hacía todo lo posible por parecer valiente, y forzó una sonrisa—. Sería muy poco caballeroso pedirles

que se sacrificaran. Y más violencia tampoco iba a servirnos de nada, en todo caso. —Volvió a pensar en la encantadora campiña que había transformado en fosa común y sacudió la cabeza—. No estoy seguro de que sirva jamás.

—¡No desesperéis, majestad! —Lord Hoff estaba retorciéndose las manos—. Hace treinta años, con vuestro padre recién coronado, la ciudad cayó ante los gurkos.

—¡Un enemigo mucho más temible que esta gentuza! —graznó el mariscal Rucksted, cuya apariencia se había degradado mucho más allá de un desaliño resultón y rayaba en el desastre absoluto—. ¡Devoradores, majestad! Dentro del Agriont. Dentro del mismísimo palacio.

—Recuerdo que mi padre me contó la historia —dijo Orso. También recordaba a su madre con cara de gran aburrimiento durante la narración.

—¡Él nunca se rindió! —Rucksted se dio un puñetazo en la otra palma—. ¡Expulsamos a los gurkos! ¡Derrotamos a los devoradores! Todavía podemos…

—A los gurkos los expulsaron mi abuelo, el gran duque Orso y el lord mariscal West con sus fieles tropas, embarcadas en Angland. —Orso arqueó una ceja—. A mi abuelo lo mató hace mucho tiempo la Serpiente de Talins, los anglandeses ya se han rebelado contra nosotros y el lord mariscal Forest está en retirada hacia el este, acosado, con las pocas tropas leales que quedan. Derrotamos a los gurkos, sí, pero… —Orso movió una mano impotente hacia la muchedumbre del otro lado de la muralla—. ¿Cómo puede la Unión derrotarse a sí misma?

Hoff miró de un lado a otro, boquiabierto, como buscando un contraargumento. Orso le dio una palmadita en el brazo cubierto de pieles. El lord chambelán nunca le había caído bien, pero en esos momentos le dio lástima. Él sí que amaba la monarquía por encima de todo lo demás. A Orso siempre le había importado bastante poco.

—Y en cuanto a los devoradores —prosiguió—, fue el Primero de los Magos quien se ocupó de ellos, y destruyó medio Agriont al hacerlo. Hoy Bayaz brilla por su ausencia. Hasta maese Sulfur

parece tener asuntos importantes que atender en algún otro lugar. —Orso miró hacia la Casa del Creador, que se elevaba austera y negra y más que inútil al otro lado del muro del Agriont—. Me temo que la era de los magos en verdad ha concluido. Y nos deja la cuestión de si, a fin de cuentas, mereció la pena alguna vez pagar su precio.

—Y… —El canciller Gorodets se lamió los labios, titubeante—. ¿Y qué hacemos?

«Qué hacemos» había sido la pregunta desde que Orso regresara a su capital y se enterara de que los Rompedores estaban convergiendo sobre ella en incontables multitudes.

«Qué hacemos», eso.

Se metió un dedo en el cuello de la camisa. Trató de aflojarla sin soltar el gancho que le ceñía la garganta. No funcionó, por supuesto. Era para lo que estaba el puto gancho.

Le habría gustado preguntarle su opinión a Tunny. No había nadie con mejor instinto de conservación, al fin y al cabo. Pero Tunny, cómo no, había obedecido ese mismo instinto y se había esfumado cuando se agravaron los disturbios. Sin despedidas lacrimógenas: una mañana ya no estaba, sin más. ¿De qué rey me estás hablando? No me suena de nada. Orso tuvo que sofocar una inoportuna risotada al pensarlo. El cabo jamás había fingido que su principal lealtad era hacia nadie aparte de sí mismo.

Y lo cierto era que Orso sabía muy bien qué debía hacer. Era solo que habría estado bien oír a alguien intentando disuadirlo.

Ese «Sacad al rey» que ascendía flotando beligerante desde abajo era el consejo más sabio del que Orso disponía. Suspiró.

—Lord Hoff, me temo que debo entregarme a los Rompedores.

—Majestad… —El lord chambelán estaba tan blanquecino que parecía su propio y horripilante fantasma—. No podéis estar hablando en serio…

—Puedo, y por una vez lo hago. —Echó una mirada al tumulto del otro lado de la muralla—. Ha llegado el momento de que alguien haga un noble sacrificio. En ausencia de nadie más cualificado, tendré que ser yo.

Los miembros restantes del Consejo Cerrado bajaron la escalera

tras él. Siete ancianos encorvados bajo el excesivo peso de sus túnicas, sus cadenas, sus responsabilidades. De pronto parecían un grupo de retirados seniles a quienes la enfermera llevaba a dar un breve paseo.

—¡Sacad al rey!

Un grito agudo, y luego un gruñido grave:

—¡Sacad al rey!

—Ya voy, cojones —mascullό Orso.

Los jardines de palacio estaban repletos de recuerdos. Entre aquellas estatuas había jugado al escondite con sus hermanas, la pequeña y dicharachera Carlot y la pequeña y seria Cathil. Por allí su padre le había enseñado a empuñar un acero. Por allá su madre le había enseñado a expresar un intenso desagrado sin dejar de sonreír. Nunca habían sido la familia más feliz del mundo, pero, por los Hados, cómo los echaba de menos ahora que solo quedaba él.

—Hildi —dijo, inclinándose hacia ella—, cuando se abran las puertas, quiero que desaparezcas.

La mirada penetrante que le lanzó la chica fue idéntica a la de cuando la había conocido, con diez años y dura como el roble.

—¿No decías que la era de los magos había terminado?

Orso sonrió. Le gustó constatar que Hildi seguía sin pasarle ni una.

—Me refiero a que te pringues de barro esas pecas, te cales ese gorro tuyo hasta los ojos y te pierdas entre la gente. Antes limpiabas suelos en un burdel, así que puedes encajar sin problemas.

—No voy a abandonarte.

—¡Claro que no! Estarás haciendo una retirada táctica. Si salgo de esta, me harán prisionero. Necesitaré a alguien leal que me ayude a escapar. Que me hornee una tarta con una ganzúa dentro o lo que sea.

—No soy muy buena pastelera.

—Pero seguro que encontrarás a alguien que lo sea.

—Supongo.

Hildi se secó la mejilla con el dorso de la mano. Orso se preguntó si la chica sabría que le estaba mintiendo. Era probable. Solo el optimista más irredento llegaría a imaginar que Orso pudiera

sobrevivir a la siguiente hora, y ninguno de los dos lo era.

—Aún me debes dinero —gruñó Hildi.

—Tendré que pagártelo más adelante —dijo Orso, dándole una palmadita de despedida en el hombro—. Me he dejado el monedero dentro.

Si se retrasaba más quizá terminaría cambiando de idea, y en esos momentos todo el mundo necesitaba ver un poco de regia compostura. Era muy posible que fuese su última oportunidad para mostrar algo de ella, a fin de cuentas. Sería una lástima desperdiciarla. Así que se alisó la casaca y siguió haciendo crujir la gravilla de los senderos, rastrillada tan a la perfección que no parecía que nadie la hubiera pisado nunca. Le gustó constatar que aún se guardaban las formas. Sentía una calma extraña. La misma que en Stoffenbeck mientras llovían piedras de cañón a su alrededor.

Los gritos de fuera de las puertas se habían condensado en una especie de cántico:

—¡Sacad… al… rey! ¡Sacad… al… rey!

Marcaban el ritmo con golpes metálicos, con gritos y risas, con pisotones de botas, tantos y tan fuertes que parecían hacer temblar el suelo.

—¡Sacad… al… rey!

Se preguntó si había habido alguna decisión que hubiera podido tomar, o no. Si había tenido alguna manera de evitar aquello. De existir, había pasado sin que él se diese cuenta siquiera. Seguro que había estado preocupándose por su madre, o por el gancho del cuello, o por lo que opinaba de él la gente. Deseó haber sido un poco más resuelto. Pero la gente era como era.

Infló los carrillos.

—Abre las puertas, por favor, coronel Gorst.

Gorst se limitó a mirarlo.

—Lo entiendo —dijo Orso con suavidad—. Y te libero de todos tus votos. Ya no eres mi primer guardia.

En los ojos de Gorst había una extraña expresión perdida.

—¿Y qué soy, entonces?

—Supongo… que eso depende de ti. —En los últimos y escasos

momentos antes de que la turba los hiciera picadillo, por lo menos —. Es el momento.

Gorst tragó saliva, dio media vuelta y chilló:

—¡Abrid las puertas!

Por mucho que uno oyera aquella voz, nunca se acostumbraba del todo a ella.

Levantaron las trancas, abrieron los cerrojos y una rendija de luz se coló entre los enormes portones. Los cánticos cesaron mientras la rendija se ensanchaba hasta revelar una hilera de rostros con la mirada fija. La gente tropezó, desequilibrada por la presión de quienes estaban detrás. Orso se enfrentó a ellos solo, con la cabeza alta. La diadema real en la frente. La espada enjoyada al cinto. La capa bordada con el sol dorado de la Unión sobre los hombros. Una visión majestuosa.

Las armas de los rebeldes flaquearon mientras Orso caminaba hacia ellos a zancadas. Unos pocos llegaron incluso a esconderlas a su espalda, como si les diese un poco de vergüenza llevarlas. Orso avanzó entre el inquietante silencio, con el corazón atronando pero la cara meticulosamente calmada, hasta detenerse bajo el mismo arco. Lo bastante cerca de la multitud para que, si Orso hubiera estirado un brazo y ellos también, sus dedos pudieran haberse tocado.

—¿Y bien? —dijo, firme y sucinto. Un poco adusto, incluso. La voz de un padre decepcionado. Un tono que su padre había tenido que emplear muchas veces—. Aquí estoy. —Su mirada fue a parar a una anciana con un vestido remendado y un delantal sucio, arremangada a pesar del frío para enseñar unos antebrazos rosados y robustos—. ¿Puedo preguntaros qué deseáis, mi señora?

La mujer abrió y cerró la boca antes de retroceder poco a poco, sin decir nada.

Orso enarcó una ceja mirando a un hombre de pelo ralo, con la cara llena de varices y una vieja hachuela en la mano.

—¿Puedo preguntaros vuestro propósito, mi buen señor?

El hombre miró a izquierda y derecha, y le tembló el labio inferior; quizá surgiera el más tenue de los gemidos de su garganta entrecana sin afeitar, pero nada más.

Orso dio un paso adelante y la multitud se apartó como pudo. Una vez, en una reunión de la Sociedad Solar a la que había asistido a instancias de Savine, había visto limaduras de hierro moverse por repulsión magnética. El efecto era parecido.

La tensión que notaba en el cuello estaba empeorando. Movió los hombros, molesto, de entre todo lo que podía molestarle, por la espera.

—¡Venga, venga, que es para hoy!

Pero en vez de caer sobre él como lobos hambrientos, la silenciosa turba se separó para dejar paso a un hombre que iba vestido con ropa sencilla y oscura. Un hombre calvo, con espantosas quemaduras en la cara, acompañado por una mujer de aspecto duro con un ceño aún más duro.

Orso no pudo por menos que mirarlos asombrado.

—¿Archilector Pike? —susurró.

—Creo que deberíamos considerar esto como mi dimisión formal, majestad. Aunque debo dejar claro que, en realidad, nunca he sido tu siervo.

Pike no era un prisionero de aquella multitud. Por la manera en que lo trataban, contaba con su respeto. Con su obediencia incluso. Por los Hados, era su *líder*. Comprenderlo fue casi un alivio. Acababa de hacerse evidente que no había nada que él pudiera haber hecho. Había tenido a su lado a un traidor desde el principio.

—¿Tú eres el Tejedor? —susurró Orso.

—He usado ese nombre en ocasiones.

—No lo habría sospechado en la vida. —Orso enarcó una ceja mirando a Teufel—. ¿Tú lo habías sospechado? Siempre me has parecido la mujer con más sospechas del mundo.

Los ojos de Teufel pasaron a Pike.

—No —se limitó a responder. Sus sentimientos respecto a todo aquel asunto eran, como siempre, imposibles de discernir.

—Bueno, por la presente rindo el palacio, supongo. Os pido que mostréis piedad a mis guardias y sirvientes. Solo estaban haciendo su trabajo.

—Ya se ha derramado bastante sangre —dijo Pike, pero añadió en tono más bien siniestro—: por hoy.

Se hizo el silencio. Aún llegaban unos leves vítores desde la dirección de la plaza de los Mariscales. Ruidos más furiosos desde donde estaba el Pabellón de Interrogatorios. Pero nadie parecía estar a punto de despedazar a Orso allí mismo.

—Bueno… —Orso carraspeó, algo incómodo—. ¿Y qué pasa ahora?

—El pueblo decidirá —respondió Pike.

Orso miró a su alrededor. Al pueblo.

—¿En serio? —Sonrió perplejo—. ¿Están capacitados para hacerlo?

Todas las cartas

El viento soplaba desde el río, gélido y neblinoso, a través de las altas ventanas del Salón de Skarling. Azotaba los árboles por todo el valle, hacía que el tapiz que colgaba sobre el gran hogar, tejido con el motivo del ojo largo, aleteara y susurrara. Rikke se arrebujó en la capa, se encogió en la capucha, contempló el agua gris arremolinándose muy abajo y pensó en lo que había que hacer.

Tenías que ser dura para sentarte en la Silla de Skarling. No había más remedio. Quisieras serlo o no.

—¿Planteándote saltar? —preguntó Isern.

—Es por donde cayó Nueve el Sanguinario. O eso dicen.

—¿Y cuál es la lección? ¿Que la gente que llega al poder escalando una montaña de cadáveres siempre acaba cayendo desde muy alto?

Rikke escrutó aquella caída desde muy alto y se apartó un cauto paso de la ventana.

—No sé si me gusta mucho esa lección.

Isern sonrió, con la lengua encajada en el hueco de los dientes.

—Si solo haces caso a las lecciones que te gustan, no aprenderás nada. Bonita piel, esa que llevas.

—¿Verdad que sí? —Rikke pasó la mano por ella, mullida y blanca y muy muy suave, cosida a la tela roja que le había dado Savine dan Brock para hacer una capa digna de una reina legendaria—. Es un regalo del pueblo de Carleon.

—¿Ya te van cogiendo cariño?

—Siempre he sido adorable.

—Sobre todo teniendo a unos centenares de hombres armados a tus órdenes.

—Resulta que cuanto mejor armados van, más adorable me vuelvo. Supongo que los lugareños agradecen que aún no haya quemado la ciudad. Parece que al final la clemencia sí que sirve de algo.

—Tiene sus momentos, desde luego —dijo Isern—. Y seguro que a la gente le apetecía un poco, después de Stour con su humor de perros y su espíritu mezquino. Pero no te envalentones, chica. La gratitud es como una flor de primavera, aromática pero pasajera. Verás, yo tendría una antorcha siempre encendida en algún sitio que recuerde a una ciudad incendiada. Para que sigan agradecidos.

—A lo mejor a ti también te regalan pieles.

—No me interesan. —Isern dio un bufido altanero y se pasó un jirón del harapiento chal por encima del hombro—. La perfección no puede mejorarse.

Una de las grandes puertas se abrió con un repiqueteo y Corleth entró apresurada, se le enredaron las rodillas con el mango del hacha que llevaba al cinto y casi cayó de bruces, dio otro par de pasos tambaleantes y luego se enderezó, con los brazos en jarras, jadeando.

—Qué interesante. —Isern la señaló con un dedo tatuado—. Esa mujer suele ser bastante tranquila.

Corleth hizo un gesto hacia la puerta.

—¡Ya vienen!

—¿Quiénes vienen? —preguntó Isern.

—Todos.

Rikke ya empezaba a oír el revuelo. Un coro de voces parloteando, contentas y enfadadas a la vez. El estado de ánimo preferido de los guerreros. Se quitó la capucha y se pasó las uñas por el pelo aplastado para darle un poco de vida, con el corazón aporreando de repente.

—¿Lo traen?

Corleth asintió.

—Lo traen.

Alguien abrió la otra puerta de una patada que la dejó temblando

y una manada de guerreros entró en el Salón de Skarling, riendo y dándose empujones y con expresiones de triunfo. Abrían el paso Escalofríos, con una botella de licor ya bastante adelantada, y Jonas Trébol, seguido por un chaval de ademán furtivo y una mujer inexpresiva. El Clavo y un cabrón enorme y barbudo arrastraban por los brazos a un prisionero sucio y medio desnudo, con la cabeza gacha y las piernas resbalando flácidas tras él.

—Por los muertos —murmuró Rikke. La última vez que había visto al rey de los norteños, aparte de en sus sueños de venganza, había sido en el funeral de su padre, vistoso como una serpiente e igual de mortífero—. El tiempo no lo ha tratado bien.

—El tiempo no trata bien a nadie —dijo Escalofríos, y puso la botella en la mano de Rikke.

Arrojaron al prisionero al suelo delante de la tarima donde estaba la Silla de Skarling. Para que Rikke se alzara por encima de él. Para que dictara sentencia desde el mismo lugar donde él la había dictado sobre tantos otros, encima de las piedras manchadas por la sangre que el mismo Stour había ordenado derramar.

—Bienvenido otra vez a tu salón del trono, Gran Lobo —dijo ella, y dio un largo trago a la botella, y torció el gesto al sentir que le quemaba el gaznate mientras sus guerreros competían viriles por ser el que más se jactaba de todos.

Stour intentó levantar la cabeza del suelo, con los brazos temblando, sin dejar de gimotear. Entonces Hardbread fue hacia él, le dio un puntapié en la tripa y lo derribó de nuevo.

—¡Arrástrate, mamón! —escupió.

Era más hostilidad de la que Rikke había esperado de aquel antiguo jefe guerrero de su padre, pero la misericordia de los hombres tendía a agotarse en el preciso instante en el que se les pedía aplicarla.

—¿Qué le pasa en las piernas? —preguntó Rikke.

—No quería que saliera corriendo. —Escalofríos se encogió de hombros—. Le corté los tendones de detrás de las rodillas.

Isern sacó el labio inferior, aprobadora.

—Asunto resuelto. Es lo que pasa cuando te envalentonas. —Y lanzó a Rikke una mirada significativa rozando las cejas.

Stour logró ponerse a cuatro patas en el siguiente intento, pero parecía a punto de caer otra vez. Rikke casi no lo reconocía, con la nariz tan rota y la boca tan magullada y las mejillas tan abotargadas y llenas de costras. No dejaba de lamerse el ensangrentado labio de arriba haciendo como un ruidito de sorber. Miraba alrededor como si no identificara aquel lugar, un ojo casi cerrado por la hinchazón y el otro con una gran mancha roja en el blanco. Rikke descubrió que estaba frotándose con suavidad su propio ojo ciego y tuvo que obligarse a bajar la mano.

—Has tomado Carleon —gorjeó Stour. Hasta su voz sonaba rota.

Regodearse iba a suponerle un cierto esfuerzo a Rikke, pero era lo que la gente esperaba.

—Sí, bueno —dijo—. La pequeña excursión de Leo a la Unión parecía más bien cosa de chicos. Así que se me ocurrió invitar al rey Orso a acompañaros y quedarme aquí. Aprovechar mejor el tiempo. Y mira, me he ganado una silla.

Sus guerreros rieron, pero Stour no estaba para apreciar los chistes.

—¿Mi padre vive? —susurró.

—Por ahora —dijo Isern—. Está escondido en los Valles Altos.

Stour dejó caer la cabeza.

—Daría cualquier cosa… por recuperarme. —Goteaba algo en el suelo. El muy cabrón estaba llorando. Sufrir con valor requería práctica, y él nunca la había tenido—. Soy el futuro del Norte —balbuceó, como si ni siquiera él pudiese creer que había sido cierto alguna vez. Por mucho orgullo que tenga un hombre, al final no hace falta gran cosa para sacárselo todo a palos. Para que no desee nada más que detener la paliza—. Por favor.

Rikke tenía un impresionante discurso preparado, sobre todas las ofensas que Stour había hecho al Norte y sobre el precio que tendría que pagar y sobre cómo todo el mundo se construye su propio patíbulo y sobre que estaba a punto de morir ahorcado en el suyo y sobre bla, bla y puto bla. Llevaba días puliéndolo igual que un campeón bruñiría su casco para su día del festín. Pero no iba a disfrutar humillando a un despojo como aquel. Dio otro sorbo a la botella y casi se atragantó.

—Por favor. —Los dedos costrosos de Stour reptaron por el suelo y tiraron del dobladillo bordado en oro de la capa nueva de Rikke—. Por favor.

Por los muertos, cómo apestaba. Cuando Stour luchó contra Leo en el círculo, Rikke había sentido que su odio hacia él era un pozo sin fondo. Pero el pozo se había secado de repente, dejándole solo repugnancia por todo aquel asunto. Aun así, Rikke sabía lo que querían ver los chicos. Había que hacer del corazón piedra, si querías sentarte en la Silla de Skarling.

—¿Osas tocarme? —ladró, y le asestó una patada en la cara. Como Stour estaba arrodillado, le dio bajo la mandíbula, le levantó la cabeza de golpe y lo envió despatarrado hacia atrás.

—Lo siento —susurró él, acurrucándose de lado, con la mano rota temblando sobre la cara ensangrentada—. No me hagas daño.

El plan no era ese. Según el plan, Stour estaba de pie, para empezar, y sonreía desdeñoso y escupía insultos, y entonces ella ardía de furia indignada y lo derrumbaba con las réplicas más ingeniosas imaginables. Pero ¿cómo se derrumbaba algo que ya no se tenía en pie?

Torció el labio y miró hacia el Clavo.

—¿Quieres meterlo en la jaula?

—¿En la que él metió a mi padre?

—¿Es que tengo otra?

El Clavo sonrió, y vaya si tenía una sonrisa bonita. A Rikke le gustó que se la dirigiera a ella. El Clavo agarró a Stour por el pelo y lo arrastró entre gemidos hacia la jaula, con las inútiles piernas rebotando detrás como trapos.

—¿No vas a matarlo? —preguntó Trébol, con el más leve fruncimiento en sus cejas entrecanas—. Si sale vivo de esta, dudo mucho que vaya a perdonarte.

—No es de los que perdonan, no —dijo Isern, sacando un pedazo de chagga y empezando a cortar un trocito.

—Y Calder el Negro, menos aún. —Trébol miró cómo el Clavo se llevaba a Stour arrastrándolo—. La verdad es que no veo ningún futuro en que dejar respirando a este cabrón nos beneficie.

—No te preocupes por ver el futuro. —Rikke señaló con la barbilla

el símbolo del ojo largo y se dio un golpecito con los dedos en la cara, donde llevaba las mismas runas—. Eso déjamelo a mí. —Arrebató el chagga a Isern de entre los dedos antes de que llegaran a su boca y se lo metió tras su propio labio—. Puedo confiar en ti, ¿verdad, Trébol? Mi padre me dijo en una ocasión que si alguna vez necesitaba a un hombre del que depender… no serías tú.

—Tu padre era un hombre recto y juzgaba bien a la gente. —Trébol levantó un poco los hombros—. En mi humilde opinión, sería un error confiar demasiado en nadie.

—Y más en alguien que ya ha traicionado a un amo —dijo Isern, cortando otro poco de chagga y aplastándolo para darle forma de bolita.

—No hace falta que lo suavices, Isern-i-Phail. He traicionado como a cinco de esos cabrones. —Y Trébol le quitó la bolita de entre los dedos a Isern con una destreza sorprendente y escrutó las vigas del techo mientras se metía el chagga tras el labio, como si recordar el listado completo de sus deslealtades fuese todo un desafío—. Estuvo Bethod, y Glama Dorado, y Cairm Cabeza de Hierro, y supongo que también traicioné a Calder el Negro a la vez que a su hijo. No me extrañaría que se me hubieran olvidado uno o dos más. —Se dio unas palmadas pensativas en la barriga—. No creo que esté dándome aires si digo que he traicionado a algunos de los nombres más importantes del Norte. Pero ¿sabéis lo que tenían todos en común?

—Ilústranos —dijo Rikke, ofreciéndole la botella.

—Que todos hicieron que para mí fuese una estupidez no traicionarlos. Espero que tú seas más astuta.

Trébol sacó algo de un bolsillo interior. Una cadena dorada de pesados eslabones, con el diamante que pendía centelleando a la luz de las altas ventanas. La cadena que Rikke había visto al cuello de Scale Mano de Hierro en el duelo. La que había visto al cuello de Stour Ocaso en el funeral de su padre. La cadena que Bethod había forjado, mucho antes de que ella naciera, cuando unificó el Norte a fuego y espada.

—Supongo que ahora esto debería pasar a ti.

—Quédatela —dijo Rikke.

Las cejas de Trébol se dispararon hacia arriba.

—¿Yo?

Las de Isern también se dispararon.

—¿Él?

—Esa cadena la llevaron Bethod, y Scale, y Stour. Y mira cómo acabaron. Mira cómo acabó el Norte. No creo que vaya a sentarme bien. —Rikke enganchó un pulgar en su collar de gemas verdes y lo hizo rodar con suavidad en torno al cuello—. Me da a mí que ya hemos tenido bastantes reyes por ahora.

Trébol sostuvo en alto la cadena, mirando ceñudo el diamante que se balanceaba.

—A mí me sentaría peor aún.

—Fúndela y haz monedas. Engarza el pedrusco en tu cuchillo de comer. Considérala un pago justo por traerme a su propietario.

—Eso haré. —Trébol volvió a guardarse la cadena en el bolsillo—. Eres tan sabia como generosa, jefa.

—Yo no contaría demasiado con ninguna de las dos cosas —dijo ella entornando los ojos—. ¿Qué pasó allá en la Unión?

—No me quedé para ver el resultado. —Trébol dio un sorbo a la botella, limpió el cuello con delicadeza y se la pasó a Isern—. Había una batalla de las buenas en marcha, y yo siempre hago todo lo posible por evitarlas. Por lo que parecía, ganó Orso.

Rikke descubrió que se alegraba mucho de saberlo. Y no solo porque hubiera traicionado al otro bando y una victoria del Joven León pudiera haberla dejado en una situación incómoda. A sus pensamientos nunca les costaba mucho volver a aquella mañana en el palacio de Adua, con el sol entrando por las ventanas. El tiempo había suavizado el tremendo dolor de cabeza que tenía ese día. Recordó a Orso entrando por la puerta, sonriente, con la bandeja en una mano. «Te he traído un huevo.» No le había parecido alguien que ganara batallas, todo había que decirlo. Pero seguro que ella tampoco lo parecía, y allí estaba, con el Salón de Skarling por sala de estar.

Se oyó un tañido cuando el Clavo cerró de golpe la puerta de la jaula y dejó dentro a Stour acurrucado, con la espalda mugrienta contra los barrotes y una mano colgando entre ellos.

—Parece que tenemos todas las cartas.

—Aún tenéis que jugarlas bien —dijo Trébol, mirando muy serio los restos del Gran Lobo.

—Carleon es nuestra —afirmó Escalofríos.

—Y medio Norte también —añadió Hardbread en tono jactancioso —. Los hombres de Ocaso se retiran desperdigados, heridos y derrotados, y no creo que a Calder el Negro vaya a quedarle mucho con lo que dar guerra.

—Deberíamos atacar ahora —dijo el Clavo—. Darle bien fuerte.

—¡Calder es débil! —rugió el hombretón de la barba.

—Calder es astuto —dijo Isern—. Sin duda tendrá espías aquí.

Stour era una clase de enemigo. Iba derecho hacia ti. Calder el Negro era de otra clase.

—Me extrañaría que estuviera la mitad de débil de lo que aparenta —dijo Rikke—. Aún tiene amigos, y ya estará reuniéndolos.

—Y el año está muy avanzado —dijo Escalofríos, señalando con la cabeza hacia el cielo blanco que se veía por las ventanas.

—Tenemos que hacer que venga él. —Rikke se dejó caer en la Silla de Skarling y pasó la pierna sobre un brazo, intentando parecer a sus anchas, aunque bien sabían los muertos que era imposible estar cómoda en aquel puto armatoste—. Luchar contra él en el terreno y el momento que elijamos nosotros.

—¿Y se te ocurre cómo hacerlo? —preguntó Hardbread.

—Ya sé cómo hacerlo. —Rikke se puso un dedo en la mejilla tatuada y guiñó el ojo largo a Escalofríos—. Lo he visto.

Últimamente nadie se reía cuando Rikke hacía esas cosas. Nadie se burlaba y nadie le llevaba la contraria. De hecho, hubo un murmullo respetuoso en respuesta. Miradas temerosas y nerviosos cambios de peso de un pie al otro. Aquellos mejores guerreros, asesinos todos ellos, estaban impresionados por Rikke la Flacucha y su ojo largo. Un año antes se había escondido de Stour Ocaso en un arroyo helado. Y ahora lo tenía encerrado en su propia jaula. La chica a la que le daban ataques y se cagaba encima por las calles de Uffrith había robado medio Norte. Casi le daban ganas de echarse a reír. Pero habría estropeado el ambiente.

—Paciencia —dijo en voz baja, rascando con la uña la pintura descascarillada del brazo de la Silla de Skarling—. Tenemos que masticar bien lo que hemos mordido antes de morder más. Mientras vosotros lo pasabais bien cuando veníais desde Uffrith, aquí arriba había trabajo que hacer.

—Siempre estoy dispuesto a trabajar —dijo Escalofríos.

—Estamos almacenando comida para el invierno y tengo la sensación de que en el valle de al lado se la están guardando. Puede que… —Miró de soslayo a Isern—. Puede que haya sido demasiado blanda con ellos. Necesito que te lleves unos corazones más pétreos allá arriba.

El reflejo curvo de las altas ventanas destelló en el ojo metálico de Escalofríos.

—¿Advertencia o sangre?

Rikke quiso decir «advertencia». Pero estaban todos mirando. Mirándola y juzgándola. Y ante aquella cuadrilla de hijos de puta, no podía permitirse parecer demasiado indulgente.

—Lo que tú estimes. Y llévate a Hardbread, ya que está con tantas ganas de sangre.

—A la orden.

Escalofríos hizo un gesto a Hardbread y unos cuantos más para que lo acompañaran hacia la puerta.

—¿Trébol?

—¿Rikke?

—Sube con tu gente al valle Aguarroja. Los chicos de Calder han estado haciendo de las suyas por allí. Han quemado unas granjas. Dejadles claro que este lado del río me pertenece.

—De vuelta al frío. —Trébol dirigió un melancólico suspiro hacia el fuego—. Será un honor para nosotros, ¿verdad, Sholla?

La chica inexpresiva estaba igual de inexpresiva que siempre.

—Inconmensurable.

Rikke indicó a Corleth que se acercara mientras Trébol y los suyos se marchaban.

—Hierve un poco de agua y limpia a ese cabrón de la jaula, ¿quieres?

—¿Estás siendo amable?

—Con mi nariz. No veas cómo apesta el tío.

—Sigo pensando que la luna le sonreiría estando bocabajo en el barro. —Isern empujó los barrotes con un dedo azul, haciendo girar un poco la jaula, con el Gran Lobo dentro desmadejado como un montón de trapos mugrientos—. ¿Recuerdas cuando nos perseguía por el bosque, frías y hambrientas y devoradas por los mosquitos? ¿Recuerdas lo amargos que eran tus sentimientos entonces?

—No me he olvidado —respondió Rikke.

—Dijo que enviaría tus tripas a tu padre en una caja. Romper lo que tu enemigo ama, dijo.

—No me he olvidado. Pero aún podríamos encontrarle algún uso.

—Reconozco que es un buen adorno. Encerrado en la misma jaula que hizo forjar, ya ves. Aniquilado en la misma sala donde su héroe, el Sanguinario, fue aniquilado. —Soltó una risita—. Mi padre se habría reído a gusto de eso.

Dio una palmada a Rikke en las pieles que le cubrían el hombro al pasar y le puso en la mano la botella casi vacía.

—Siempre estás diciendo que tu padre era un capullo.

—El más capullo de todo el Círculo del Mundo. —Isern movió en alto aquel dedo azul—. Pero sabía ver el gélido corazón de las cosas. —Anduvo pavoneándose hasta la puerta, se desperezó con ademán exagerado y escupió hacia dentro del salón—. Tú recuerda no envalentonarte.

Cerró las puertas al salir y el cerrojo cayó con resonante estruendo, dejando a Rikke a solas con el anterior rey de los norteños y el Clavo, que tenía los ojos claros fijos en ella.

—Sigo pensando que deberíamos golpear a Calder el Negro mientras podamos —dijo.

—No me sorprende, viniendo de ti. Te gusta golpear cosas.

—¿A ti no?

—Lo mío no es golpear sin más. Yo prefiero golpear una vez, tan fuerte que ya no tenga que volver a hacerlo nunca más.

—¿Tu padre no había jurado que vería a Calder el Negro de vuelta al barro?

—Eso dicen, pero mi padre no tenía muy buen concepto de la venganza y, como resulta que está muerto, seguro que no le

importará esperar un poco.

El Clavo compuso una sonrisita, con la punta de la lengua entre los dientes.

—Eres de las listas, ¿eh?

—Se intenta, al menos.

Y Rikke cayó en la cuenta de que estaba jugueteando con los eslabones de su cadena de esmeraldas y las gemas frías le hacían cosquillas entre los dedos.

Miró al Clavo, pensativa. No podía decirse que fuera guapo, allí apoyado con soltura contra la pared, los pulgares en el cinturón y los codos hacia fuera y la barbilla hacia delante. Pero Rikke también dudaba mucho que «guapa» fuese la primera palabra que viniera a la mente a nadie al verla a ella, de un tiempo a esta parte. Y el Clavo tenía algo, la verdad. Todo calmado, y confiado, y sin prisas. Como si estuviera a gusto en su propia piel, justo como ella nunca había estado. Los opuestos siempre se atraían. Se atraían y se daban miedo, todo a la vez. ¿Y qué gracia tenía alguien que no te asustara, aunque fuese una pizca?

Se levantó y fue hacia él, dando otro sorbo a la botella. El sabor era peor que nunca, mezclado con la amargura del chagga, pero ya no le ardía en la garganta. Lo notaba solo cálido, como las ascuas del gran hogar.

—¿Cómo te llaman tus amigos? —preguntó Rikke, pasándole la botella.

Él frunció el ceño mirando lo poco que quedaba al fondo, más saliva que licor.

—El Clavo.

—No, digo la gente más cercana.

El Clavo dio un trago, sin dejar de mirarla a ella.

—No tengo a nadie tan cercano. No desde que murió mi padre.

—¿Y cómo te llamaba él?

Hubo una pausa.

—El Clavo.

—¿Me prestas esa capa que llevas?

Él arqueó aquellas cejas claras, abrió la hebilla y le lanzó la capa. Rikke la llevó hacia la esquina del salón, tomándose su tiempo.

Notaba una cierta tensión allí, como si hubiera algo a punto de suceder, y le gustaba. Decidió que podría envalentonarse un poco, dijera lo que dijese Isern. Se levantó de puntillas para colgar la capa sobre la jaula de Stour.

—No me apetece mucho que mire.

Se agachó, se quitó una bota y la dejó en el suelo. Envió la otra de una patada al rincón, donde rebotó contra la pared y cayó de lado. El Clavo la miró arrugando la frente.

—¿Por qué te quitas las botas?

Rikke se soltó el cinturón.

—Porque no puedo sacarme los pantalones con ellas puestas.

Fue entonces cuando se percató de que las faldas tendrían muchos inconvenientes, pero al menos se podía salir con facilidad de las muy cabronas. O subírtelas, a una mala. Pero no había manera elegante de quitarte unos pantalones. Pudo bajarlos sin problemas por debajo de las rodillas, pero entonces casi se fue al suelo mientras liberaba el pie derecho y tuvo que saltar a la pata coja para quitarse la otra pernera.

No era del todo el contoneo sensual que había planeado. Quizá al final sí que se hubiera envalentonado demasiado. Pero ya no tenía más remedio que seguir adelante. Volvió a la Silla de Skarling y se sentó meneando las caderas, intentando colocar su maravillosa capa nueva de forma que mantuviera el delicado equilibrio entre demasiado misterio y no el suficiente.

Después de contemplar toda la actuación, el Clavo miró la jaula cubierta de Stour y se rascó la nuca.

—Debo decir que la tarde está dando un giro inesperado.

Un breve silencio. Fuera, el río seguía atronando. Aquello era mala idea. De las peores que había tenido. Rikke se preguntó dónde habrían terminado sus pantalones y cómo de largo sería el vergonzoso trayecto para volvérselos a poner y poder fingir que aquello no había ocurrido.

—No irás a rechazarme, ¿verdad? Porque sería bastante embarazoso.

—Qué va, joder. —El Clavo sonrió—. Es solo que quería fijar la escena en mi mente, mientras aún pueda. —Se dio unos golpecitos

en la sien con la botella—. Es muy buena escena.

Sorbió las últimas gotas que quedaban y fue hacia ella, quitándose el cinto de la espada de camino y apartándolo de un puntapié. Lo cual fue un enorme alivio, porque, aparte de todo lo demás, el viento frío que entraba por las ventanas le estaba poniendo la carne de los muslos de gallina.

—¿No te molesta? —El Clavo plantó una gran bota entre los pies descalzos de Rikke y desvió la mirada un momento hacia la jaula de la esquina, que crujía un poco con su capa encima—. ¿Saber que está ahí detrás?

—Lo hago un poco por eso. Una vez dijo que haría que me follaran sus perros.

El Clavo puso la otra bota al lado de la primera.

—Muy grosero por su parte.

—Ahora va a enterarse de que yo decido quién folla y cómo.

—Así que… ¿estás utilizándome para dejarle las cosas claras?

Rikke volvió la cabeza y escupió la bolita de chagga.

—Supongo.

Él soltó una risita.

—Estupendo.

Tiró la botella vacía por la ventana, se agachó sobre la silla, con una mano en cada brazo, y besó a Rikke en la boca. Fue un beso delicado, cortés, que atrapó el labio superior de ella entre los suyos y luego el inferior. Tan delicado y cortés que Rikke casi se echó a reír.

Besar era un acto sencillo en cierto modo, pero todo el mundo tenía su propio estilo, igual que al hablar, al andar, al pelear, al escribir. El Clavo siguió besándola, un labio y luego el otro, y ella tuvo que estirarse hacia arriba para devolverle el beso, para hacerlos un poco más intensos, para involucrar la punta de la lengua, y ya no tenía ganas de echarse a reír, ninguna en absoluto. Pasó las manos por los rayados brazos de la Silla de Skarling hasta que se deslizaron sobre las de él, hasta que le asió las muñecas, hasta que las rodillas del Clavo empezaron a rozar con el interior de sus muslos desnudos, muy suave, como si tampoco pasara nada, pero en opinión de Rikke estaba pasando mucho, en realidad.

Él dejó los ojos abiertos todo el tiempo, mirándola, y ella también los tenía abiertos mirándolo, o al menos el que funcionaba, y le daba una sensación así como peligrosa, como si cada pequeño beso fuese un riesgo. Levantó el cuello para besarlo más fuerte, pero él movió la cara de forma que no pudiera llegar del todo, y Rikke descubrió que había dado un leve respingo excitado y él había dado un leve gruñido satisfecho y el aliento entre ellos era cálido y olía a licor. Aquello era buena idea. De las mejores que había tenido.

Le quitó el cinturón con una sola mano, bastante satisfecha de la habilidad de sus dedos, y los metió dentro y hurgó hasta sacar su polla, medio dura y desde luego avanzando en la buena dirección. Rikke no diría que estaba borracha, pero sí de camino, frotándolo con una mano, los dedos de la otra en torno a la nuca del Clavo, rascándole la barba rubia rojiza con la uña del pulgar.

—Voy a necesitar que me ayudes con una cosa —susurró.

—No sé muy bien… cómo mostrarme más dispuesto a…

—No es con eso. Bueno, sí, con eso. Pero también con otra cosa. No creo que te haga mucha gracia.

—Menudos momentos… uf… eliges para pedir un… ah… favor —susurró él, dando empujoncitos a los labios de Rikke con los suyos.

—Dicen que siempre hay que negociar desde una posición de fuerza.

—¿Ah, sí?

Llegó el turno de que jadeara Rikke cuando él le metió las manos bajo el culo, se arrodilló y tiró de ella hacia él de forma que la cabeza le resbaló por el respaldo de la silla y la espalda le resbaló por el asiento y se quedó medio en ella y medio fuera, con los dedos de los pies sobre la fría piedra y las rodillas a ambos lados de su cabeza y las caderas levantadas hacia él, con el calor del fuego a un lado de la pierna desnuda y el viento frío de la ventana cosquilleando en el vientre desnudo. Se retorció a un lado y a otro, incapaz de encontrar una postura ni remotamente cómoda entre los implacables ángulos. Tenías que ser dura, al fin y al cabo, para sentarte en la Silla de Skarling. Y el doble de dura para follar en ella.

Él le sonrió por encima del matojo y ella le devolvió la sonrisa.

—Aún tienes que traerme un cojín —musitó.

Preguntas

—¿Me oye alguien ahí dentro? —vociferó Vick a pleno pulmón.

Tenía la sensación de que desde que el Ejército Popular había llegado a Adua, no hacía más que gritar. Tenía la garganta irritada de tanto hacerlo. En la nueva Unión no se conseguía nada hablando en voz baja.

Una voz tenue resonó desde el otro lado de las monstruosas y tachonadas puertas en el muro altísimo y rematado con pinchos de aquella fortaleza de banco.

—Os oigo.

—Soy la inquisidora… —Apretó los dientes—. ¡Soy la inspectora jefe Teufel! Traigo una orden firmada por el comisario Pike para registrar todas y cada una de las delegaciones de la Banca Valint y Balk. —Sostuvo el documento en alto, aunque no tenía ni idea de cómo narices iba a saber nadie si era auténtico o no. En aquellos tiempos todo tenía que estar impreso, pero habían destrozado todas las imprentas buenas el día en que cayó el Agriont, así que la tinta estaba corrida, el sello era un pegote y la firma un borrón—. ¡Sería mucho más fácil mantener esta conversación si abrierais la puerta!

Y su voz murió del todo con la última palabra.

—No tengo autoridad para abrir la puerta, inspectora.

Estaba acumulándose una multitud de curiosos delante del banco. De un tiempo a esa parte, se formaban multitudes a la menor provocación. Risinau insistía en que se les permitiera. Había que fomentar la conversación nacional, decía. Había que politizar a las masas, decía. Risinau decía muchas cosas, pero en opinión de Vick

ninguna de ellas significaba nada jamás. Las masas ya estaban demasiado politizadas para su gusto.

—¿Quién manda aquí? —espetó. Era una pregunta que la gente hacía con mucha frecuencia en la nueva Unión.

Tuvo que agudizar el oído para oír la respuesta.

—El director.

—¿Y dónde está?

Una pausa.

—Aquí no.

A Vick se le agotó la paciencia. Tenía mucha menos que antes, entre unas cosas y otras.

—Traed el cañón —ordenó con brusquedad.

Se extendió un murmullo emocionado entre los mirones mientras los practicantes rodeaban el carro. Habían pasado a llamarlos alguaciles, pero aún se les notaba en la cara la marca donde antes llevaban la máscara. Vick puso los brazos en jarras y se dio golpecitos impacientes con un dedo en la cadera mientras veía cómo forcejeaban con los radios de las ruedas, cómo volaba la saliva de sus dientes apretados mientras el carro avanzaba a paso de oruga sobre los adoquines. Cuando no estaba gritando, estaba dándose golpecitos impacientes.

Sebo observaba los avances de los alguaciles mientras se soplaba en las manos ahuecadas, con su habitual aire de resignación abatida.

—Entonces, ¿ya no somos la Inquisición?

Vick se alegraba mucho de que Sebo estuviera vivo, pero no dejó que se le notara ni un ápice. Respondió con un gruñido tan tenso como siempre.

—El comisario Pike opina que ese nombre evocaba una idea desacertada.

—¿La de seis siglos de torturas, exilios y ahorcamientos, quieres decir?

—Imagino que sí. Pero sigue haciendo falta mantener a raya a la gente. —Vio que un alguacil resbalaba y caía, que el carro daba una alarmante sacudida hacia atrás—. Aunque esa raya no pueda estar más difuminada.

—Y quién mejor que los mismos que ya lo hacían antes, ¿verdad?
—No puede decirse que no tengamos la experiencia pertinente.
—¿Así que son las mismas personas, haciendo el mismo trabajo, pero se llama de otra manera?
—Es muy posible que estés atinando con la esencia del Gran Cambio más que el presidente Risinau en cien horas de discursos. Bienvenido a la nueva Unión y a su Inspección Popular, con sede en el Pabellón de la Verdad. Es ese edificio grandote del Agriont con las ventanas pequeñas, por si no lo tenías claro.
—¿Ya no interrogan a nadie allí? ¿No hacen preguntas?
—Desde luego que hacen preguntas.
—Solo que… ¿con buenas maneras?
—Lo dudo mucho.
—Pero ¿la verdad tiene más importancia que antes?
—Tiempo al tiempo. —Aunque Vick también tenía sus dudas al respecto.
—Dicen que el Ejército Popular ha liberado a todos los presos.
—A algunos de los cuales me costó mucho trabajo meter ahí dentro. La mayoría de los cuales no eran Rompedores. Ladrones, contrabandistas, no pocos asesinos y un imbécil al que le gustaba incendiar cosas. Por no mencionar al Joven León y sus cómplices de conspiración. ¡Sois todos libres, hermanos! ¿Han soltado a tu hermana?
—Así es.
—Bien.
Vick lamentó haberlo dicho tan rápido. En la nueva Unión, igual que en la antigua, dejar traslucir un sentimiento era como señalar una muesca en tu armadura. Una invitación a clavar el puñal. Frunció el ceño y miró de reojo a Sebo. Con su hermana liberada, no tenía ningún motivo de peso para trabajar con ella. Ni mucho menos para guardarle ninguna lealtad.
—Pero veo que tú sigues aquí.
—Estoy con los ganadores. —Le dedicó una débil sonrisa—. ¿Y dónde iba a ir si no?
—También es verdad.
Entre que Adua se había inundado de la gente que llegaba con

las distintas ramas del Ejército Popular, que había factorías cerradas o destruidas y que los caminos, canales y muelles eran un completo desastre, faltaba trabajo y los precios se habían disparado más que nunca. ¿Y quién sabía dónde estaba la lealtad de nadie últimamente? Los antiguos amigos se enfrentaban entre ellos y los antiguos enemigos se aliaban. En la nueva Unión estaba todo despedazado y del revés, y ¿quién podía garantizar que no volvería a despedazarse al día siguiente?

—Te han dado un uniforme, al menos —dijo Sebo.

Vick bajó una mirada torva hacia sí misma. Aquella mierda le tiraba en las axilas y las botas le apretaban demasiado.

—Parece que el negro nunca pasa de moda.

—Te queda bien. Muy temible.

—Ah, entonces supongo que ha merecido la pena todo.

Era difícil señalar mucho más que el Gran Cambio hubiera logrado hasta la fecha. Por supuesto, algunos habían salido ganando y otros perdiendo, pero ese mundo mejor por el que Vick se había permitido tener esperanzas parecía igual de lejano que siempre.

Los practicantes por fin habían colocado el cañón en posición, con la boca apuntando hacia las puertas del banco. Vick se acercó a su líder, un cabrón de hombros anchos con tantas marcas de acné que seguramente daba menos miedo cuando aún llevaba la máscara.

—¿Este trasto está cargado?

—Tenemos munición —dijo él—, pero es imposible encontrar pólvora.

Todo munición y nada de pólvora era un buen resumen del estado de las cosas. Vick tendría que echar la puerta abajo a base de mentiras, como de costumbre.

—Encended la mecha al menos, que parezca que pensamos que el puto trasto funciona. —Carraspeó para despejarse la dolorida garganta y se volvió hacia el banco—. ¿Me oís ahí dentro?

—Os oigo.

—¿Y me veis?

Un momento de silencio. Luego se abrió una diminuta ranura en una puerta.

—Os veo —llegó la voz, bastante más alta, desde la abertura.

Vick apretó los dientes de nuevo. Al paso que iban, se los habría desgastado hasta las encías para cuando se abrieran las puertas.

—¿Y por qué no has abierto la puta mirilla hasta ahora?

No hubo respuesta.

—Verás que os estamos apuntando con un cañón.

No hubo respuesta.

—Me lo tomo como un sí. —Estalló una nube de chispas cuando un alguacil por fin logró que la mecha cobrara vida crepitando, y parte del creciente público se alejó unos nerviosos pasos—. Voy a contar diez hacia atrás. Si esta puerta no está abierta cuando acabe, la abriré yo por las malas.

No hubo respuesta, pero le pareció ver que unos ojos parpadeaban tras la mirilla.

—Todo lo que esté a menos de veinte pasos de la puerta terminará abierto por las malas también.

—¿A qué os referís?

—A ti —dijo Vick—. Tú terminarás abierto. Terminaréis todos abiertos en puto canal.

—Tal vez podríamos…

—Diez.

Hubo un tintineo de llaves, un traqueteo de cerrojos, se abrió una hoja de la puerta doble y una cabeza casi calva asomó al frío aire otoñal.

—Nos rendimos —dijo.

Vick miró hacia el alguacil en jefe, algo que habría preferido hacer lo menos posible.

—¿Y bien?

—Ah. Claro.

El hombre sacó la porra y avanzó a zancadas, indicando a los demás que lo siguieran.

—¿Por qué al comisario le interesan tanto los bancos, por cierto? —murmuró Sebo—. ¿Por qué no…? Yo qué sé, ¿las armerías, los cuarteles, los graneros?

—Digo yo que todo llegará.

—Pero ¿por qué los bancos primero?

Cuando el archilector Glokta estaba al mando, Vick había llegado a la conclusión de que era mejor no pensar demasiado en los porqués. Supuso que lo mismo era válido para el comisario Pike. De hecho, lo más probable era que fuese doblemente válido. Así que se encogió de hombros.

—Mejor hacer redadas a los banqueros que a los Rompedores, imagino —dijo Sebo.

—¿Ah, sí?

—Por eso de estar en el lado bueno de la historia, tal vez.

Vick dio un bufido.

—Lo que tiene la historia es que no sabes cuál es el lado bueno hasta mucho más tarde, y para entonces ya apenas importa.

—Esas son las cosas que dice la gente que sabe que está en el lado malo.

Vick reconoció que llevaba razón con un gruñido cansado.

—Puede ser.

—¡Es seguro! —bramó el alguacil desde dentro y, con cautela, Vick cruzó las puertas delanteras abiertas de la oficina central en Adua de la Banca Valint y Balk.

Los empleados que se apiñaban en el interior no parecían una gran amenaza para la nueva Unión. Parecían un grupo de oficinistas muy temerosos de un cañón que apuntaba hacia ellos. Vick eligió al mejor vestido de todos, un hombre de pelo ralo que intentaba esconderse tras los demás.

—¿Estás al mando? —le preguntó.

—Bueno… —El hombre miró inquieto a su alrededor, pero no había nadie con muchas ganas de atribuirse ninguna responsabilidad—. Soy el empleado más antiguo presente, al parecer. Me llamo Ario Matterno, interventor de préstamos en…

—¿Estirio?

El hombre tragó saliva.

—¿Eso es… un problema?

—Para mí, no.

Vick era más que consciente de que la mayor parte del considerable daño que le habían hecho en su vida había sido obra de sus compatriotas, pero los extranjeros no eran muy populares

entre la turba. Unos días antes habían quemado a una docena de inmigrantes gurkos en las Tres Granjas, acusados de espionaje. Ser demasiado oscuro o demasiado pálido o demasiado rico o demasiado pobre o demasiado loco o demasiado cuerdo era mala idea en la nueva Unión. La libertad no parecía haber vuelto a nadie menos furioso. Pero claro, el precio del pan no dejaba de subir y la oratoria del presidente Risinau no era comestible.

—¿La cámara acorazada está por aquí?

Vick echó a andar. Matterno se las ingenió para no quedarse atrás correteando de lado mientras se frotaba las manos.

—Inquisidora…

—Inspectora —corrigió Sebo.

—Perdón, sí, es que con tanto cambio cuesta mantenerse al día. ¿De verdad estáis segura de querer hacer esto?

—La cuestión no es lo que yo quiera hacer. —Vick no estaba segura de que la cuestión hubiera sido esa en toda su vida—. El comisario Pike ha ordenado cerrar todas las oficinas de Valint y Balk. De inmediato.

El hombre parecía anonadado. Como si el comisario Pike hubiese ordenado que el agua fluyera hacia arriba.

—Pero… estamos hablando de Valint y Balk. No podéis hacer eso.

—¿Es que no has visto el cañón?

El interventor intentó explicarse de nuevo.

—A esta banca se le debe dinero en todas partes. En todas. Tiene muchos, muchísimos amigos, tanto aquí en la Unión como en el extranjero. Sería muy poco recomendable… Sería una verdadera locura…

—¿No has salido a la calle estos días? La sabiduría no abunda, la locura es la nueva moda, las hojas de los balances están hechas mil pedazos y los amigos que antes eran buenos activos se han convertido en lastres. —Vick siguió andando—. Las amenazas para el mañana no impresionan mucho cuando el hoy es así de peligroso. Quizá te interese guardártelas.

Hacía frío en el vestíbulo del banco. Casi más frío que fuera. Vick tuvo que contener el impulso de pisar con suavidad en reacción a la

andanada de ecos que despertaba con cada paso. Aquel lugar tenía el techo tan alto como un templo gurko, tallas de mármol oscuro y madera negra, pan de oro brillando a la luz polvorienta que entraba por los altos ventanales. Había pequeños islotes de sillas caras para que los suplicantes esperasen a recibir la bendición del banco, o a ver sus planes hechos picadillo, pero ese día no había ningún negocio en marcha. Los únicos mercaderes presentes eran los bustos en mármol de los hombres más ricos de la historia, frunciéndoles el avariento ceño desde el pasado.

—Eso sí que es una puerta de verdad —dijo Sebo.

Era la puerta definitiva, en efecto. Ocupaba la mayor parte de la pared del fondo y dominaba la estancia entera, una inmensa extensión de hierro negro con los onerosos apellidos de Valint y Balk grabados en oro en el centro. Casi abajo del todo había una rueda de latón que recordaba al timón de un barco, con cerraduras que parecían diminutas por comparación a ambos lados.

Sebo levantó la cabeza para contemplarla boquiabierto.

—Eso es la cámara, ¿verdad?

—Sería demasiada puerta para la cocina.

Vick hizo una seña para que se acercaran varios alguaciles, que empezaron a sacar cajones de escritorios, revolver papeles y tirar cosas al suelo con aquella actitud un tanto indiferente.

—¿No debería estar escondida? —preguntó Sebo—. ¿Bajo tierra o algo?

—La idea es que nadie que entre pueda ignorarla. Obligar a todos a imaginarse cuánto dinero hay detrás de una puerta así de grande. Cuánto poder. —Miró a Matterno y señaló con el mentón la rueda de latón—. Ábrela.

El interventor de préstamos respondió con un hilo de voz: —No tengo la autoridad, inspectora.

Vick volvió a poner los brazos en jarras.

—No me hagas traer hasta aquí ese puto cañón.

—Es más de medio metro de grosor de acero anglandés. Un cañón apenas la rayaría.

Vick lo miró a los ojos.

—Pensaba apuntarlo hacia ti.

Matterno tragó saliva, se sacó una llave del bolsillo y se la tendió a Vick. Era una llave muy larga, fina y delicada para una puerta tan monstruosa, con unos dientes tan complejos que parecían un laberinto en miniatura.

—Yo solo tengo una. Os hará falta la otra.

—No me lo digas. La tiene el director.

Muy despacio, Matterno separó las manos abiertas.

—Eh… Creo que sí.

—Detenedlo —ordenó Vick—. Y a todos los demás. Cerrad este sitio a cal y canto.

—Pero… ¡Inspectora! —exclamó el interventor de préstamos mientras dos alguaciles lo apresaban y se lo llevaban por la fuerza —. ¡Es la Banca Valint y Balk!

—¡Cuéntaselo al comisario Pike! —gritó Vick a su espalda—. Llevadlos a todos al Pabellón de Interrogatorios.

—El Pabellón de la Verdad —corrigió Sebo.

—Como se llame. —Hizo una mueca y se frotó la agarrotada cadera. La muy condenada siempre empezaba a dar la lata cuando el tiempo refrescaba—. Ahora tenemos muchas celdas vacías allí arriba.

—Sí. —Sebo dio un suspiro ausente—. Supongo que ya va siendo hora de volver a llenarlas.

Ciudadanos

—La cuestión más profunda a tratar… —Risinau se reclinó en la ornamentada silla que había pertenecido a Orso, que crujió bajo su peso, para contemplar la cúpula dorada del techo—. La cuestión más profunda es qué somos ahora.

En opinión de Orso, era una de las mejores preguntas que se hacían en los últimos tiempos. Había algunas losas agrietadas, algunos bancos rotos y una de las gloriosas ventanas de cristal tintado estaba destrozada y mal entablada, por lo que de vez en cuando entraba una corriente de aire frío, pero por lo demás la Rotonda de los Lores estaba más o menos como siempre. Eso sí, la llamaban la Rotonda de los Comunes, habían dado la vuelta a los cojines para que no se viera el sol bordado de la Unión y la indisciplinada congregación sentada en ellos ya no era el Consejo Abierto, sino la Asamblea de Representantes.

Habían hecho elecciones en los distritos de Adua, por lo visto. Unas votaciones en las que todo hombre nacido en Midderland, por muy mezquino e ignorante que fuese, había elegido a un cuerpo de representantes que, por lo que estaba viendo Orso, eran exactamente igual de mezquinos e ignorantes que ellos. Votaciones. Orso no quería ni imaginarse cómo habría reaccionado su madre a eso. La tiranía de la mayoría. A su debido tiempo elegirían representantes en otras ciudades de la Unión, pero de momento esos bancos seguían vacíos mientras la asamblea discutía las normas. Discutían incluso más de lo que lo había hecho el Consejo Abierto, si es que era posible. Discutían cada punto del orden del

día. Discutían sobre el orden de los puntos. Discutían sobre el método de discusión.

—¿Qué somos? —proclamó uno de los compinches de Risinau, con gran énfasis—. O más bien… ¿qué deberíamos ser?

Todo se decía con gran énfasis. Las observaciones más banales se convertían en profundas revelaciones, en proclamas lacrimosas, en declaraciones puño en pecho.

—¿Una república?

—¿Cómo vamos a serlo? —Alguien miraba muy serio a Orso. Le sonaba de algo. Unas patillas impresionantes—. Seguimos teniendo rey.

—Una situación lamentable.

Orso no distinguió quién lo había dicho. Lo más probable era que todos lo pensaran. Él mismo llevaba mucho tiempo pensándolo, de hecho. No estaba nada seguro de por qué los Rompedores no habían acabado con él en el día del Gran Cambio. Quizá no pudieran sacudirse del todo algún vestigio de deferencia hacia el monarca. Quizá pensaran que su presencia podía conferir una pátina de legitimidad a todo el proceso. Quizá lo preferían como un despreciable adorno que como un mártir al que vengar. Lo más verosímil era que temieran aplastar el pasado de un solo golpe y estuvieran reservándose a Orso para un espectacular último acto.

Fuera cual fuese el motivo, habían construido un absurdo y pequeño recinto en el que recluir a su regia persona, a medio camino entre un palco de teatro y un banquillo de acusados, rociado de un baño de oro barato que ya estaba descascarillándose. Orso no habría podido afirmar si estaba allí como un mascarón de proa que prestara cierta autoridad a las sesiones o como un odioso ejemplo de todo lo que procuraban dejar atrás. Se sentía como aquel ridículo pavo real que algún embajador sureño regaló una vez a su madre, quien lo había puesto en una jaula de plata como curiosidad que enseñar a las visitas. El pobre animal había tenido un aspecto de lo más infeliz, había producido una cantidad impresionante de excrementos y no había vivido mucho tiempo.

Quizá habría ayudado un poco que al menos todos los miembros del Consejo Abierto hubieran perdido sus puestos con el Gran

Cambio, pero algunos de los peores enemigos de Orso habían logrado aferrarse a sus asientos. Lord Isher había salido culebreando de su escondrijo, lord Heugen se había escabullido de la cárcel y el Joven León estaba sentado en primera fila junto a otros pocos aristócratas rebeldes supervivientes. Los pocos nobles que se habían mantenido leales a la corona se pudrían en celdas bajo el Pabellón de la Verdad. El mundo estaba patas arriba, desde luego. Los traidores eran patriotas, los chaqueteros eran fieles al régimen, la corrupción era pureza, y la mentira, verdad.

Aparte del menguado lord Brock, no había delegados anglandeses. Lady Finree volvía a estar al mando allá arriba, considerando minuciosa sus opciones. Starikland tampoco tenía representación. El lord gobernador Skald había condenado el Gran Cambio y, si Orso conocía a su cuñado lo más mínimo, en esos momentos estaría tramando la forma de retorcerlo en su beneficio. Los otros representantes de más allá de las costas de Midderland eran unos pocos y alarmados regidores de Westport, que sin duda estaban lamentando más y más su decisión de permanecer en la Unión a cada día que pasaba. Orso se preguntó distraído si podría utilizarlos para hacer llegar un mensaje a su madre y su hermana en Sipani. Solo para que supieran que estaba bien. Las mentiras reconfortantes siempre habían sido el aglutinante que mantenía unida a su familia, a fin de cuentas.

—La Unión es y ha sido siempre una monarquía —llegó la siempre demasiado enfática voz de Risinau. Presidente Risinau, se hacía llamar. Muy adecuado para alguien que se pasaba la vida sentado en la silla más ostentosa que encontraba—. Debemos aceptar el pasado incluso mientras conformamos al futuro. ¡Pero somos una variedad nueva de monarquía, y como tal debemos idear una terminología nueva! —No había nada que le gustara más a ese hombre que trastear con la terminología. Era una verdadera fábrica de verborrea—. Podría llamarse monarquía representativa, o tal vez monarquía constitucional…

Entre los representantes recién elegidos había trabajadores, mercaderes, impresores, talladores de lentes, relojeros, candeleros y hasta un par de doncellas y una beligerante lavandera, pero

también una cantidad desproporcionada de artistas, poetas y miembros de la más nebulosa de las designaciones, los intelectuales. Saltaba a la vista que Risinau se consideraba un artista, un poeta y un intelectual combinados, aunque en sus discursos laberínticos Orso percibía poco arte, solo poesía de tres al cuarto y ningún intelecto en absoluto.

—¡He estado pensando en redactar una constitución!

Era Patillas de nuevo, inclinado sobre los pergaminos en la mesa presidencial con la pluma en la mano manchada de tinta. A Orso por fin le vino a la mente quién era: Spillion Sworbreck, aquel puto escritor en cuya oficina tenía sus citas con Savine. A pesar de todo, el recuerdo le llevó una infrecuente sonrisa a la boca.

—Se me había ocurrido empezar con algo parecido a: «Consideramos que estos hechos son obvios por sí mismos», porque…

Hubo una oposición inmediata por parte de los grandes pensadores.

—¿Cómo? ¡Nada es obvio por sí mismo!

—¡Qué pretenciosidad! ¡Qué insolencia!

—Es buscarse problemas.

—Una primera frase horrorosa.

Se oyó el raspar de un plumín tachando con una equis.

—Qué espinoso es cuando empiezas a redactar estas cosas, ¿verdad? No se parece en nada a escribir ficción.

La Jueza profirió uno de sus explosivos bufidos de desdén. Estaba tirada como un trapo en una silla, con un pie descalzo subido a la mesa, la sucia planta dirigida hacia el presidente, su permanente labio torcido y los ojos siempre entornados. Sus adeptos, los Quemadores, se habían aficionado a teñirse de rojo parte de la ropa. Se veía a algunos en los bancos. Sombreros rojos. Mangas rojas. Perneras rojas. Como si hubieran empapado las prendas en sangre. Quizá fuese eso.

—Saltémonos la primera frase por el momento.

—¿La primera oración? ¿Y ya nos la saltamos?

—¿Los escritores no dicen siempre que la primera frase hay que escribirla en último lugar?

—Justo la clase de paparruchas de mierda que diría un escritor.

Así funcionaban las cosas. Los asuntos se encaminaban según los caprichos de Risinau o según quien pudiera gritar más fuerte. En plena discusión sobre un tema se dejaban arrastrar a otro. Era la exhibición más desalentadora de mala gestión que Orso había presenciado, de hecho, desde la última vez que estuvo en aquella sala, antes del Gran Cambio. Se inclinó hacia un lado y levantó su copa.

—¿Podrías llenármela otra vez, Hildi?

El día en que cayó el Agriont, la chica había desaparecido entre la multitud como él le había ordenado, y luego había vuelto a aparecer cuando no lo hicieron pedazos al instante. Orso la había amonestado con severidad por desobedecer, pero en realidad sentía un patético agradecimiento por aquella única e inmerecida pizca de lealtad. Habían confiscado el viejo gorro de Hildi, provocando una riada de maldiciones que aún no había remitido del todo, pero le habían permitido seguir en su puesto, vestida con una librea absurda. Era lo típico en el nuevo régimen. Algunas cosas las demolían furiosos. Otras las dejaban en pie y hasta las festejaban con lágrimas en los ojos. Todo sin ningún concierto ni propósito aparente.

—¿Seguro? —murmuró ella ente labios apretados.

—¿Te preocupa que me cojan antipatía por mi afición a beber? Ya les resultaba lo bastante antipático antes como para que derrocaran la monarquía. Me han dado vino. Malo, pero vino de todos modos. Ya puestos, más vale que lo aproveche.

Cruzó la mirada un momento con el cabo Tunny, desplomado en un banco de las últimas filas. A Orso le dolía más de lo que debiera ver a su antiguo portaestandarte sentado entre sus enemigos. Pero no podía esperarse que un sicofante se mantuviera a su lado cuando ya no tenía nada que ganar, ni tampoco podía negarse que nadie representaba mejor la deslealtad, degradación y bajeza moral de la plebe que el cabo Tunny.

Sworbreck seguía con su perorata.

—Si aceptamos por el momento, de manera temporal y reversible, que de verdad consideramos que algunos hechos son obvios por sí

mismos… —Hizo una pausa expectante—. ¿Cuáles serían esos hechos?

—Ah. —Risinau se llevó un dedo a los labios y contempló la cúpula de nuevo—. Bueno, esa sí que sería la cuestión más profunda a tratar.

Orso se hundió en la silla con un gemido y dejó que sus ojos vagaran perezosos por la primera fila. Solo un hombre de allí cruzó la mirada con él. El Joven León ya no parecía ni joven ni demasiado leonino, su rostro ahuecado y fruncido de dolor, la barba salpicada de cicatrices en el lado izquierdo que aún no habían sanado del todo, una de las cuales le tiraba de la boca en media expresión de permanente disgusto.

Orso levantó la copa en silencioso brindis. Total, ¿para qué desperdiciar energía en el odio? El mundo en el que eran adversarios se había sumido en el olvido por debajo de ellos como un barco naufragado. Todos estaban pataleando en el agua para sobrevivir.

Leo padecía un verdadero suplicio.

El frío palpitar que recorría su brazo destrozado hasta el hombro. El salado escozor en los dientes que le faltaban. El interminable dolor en el pie que ya no tenía. El agónico picor en la carnicería de su muñón.

—Por los muertos —vocalizó, revolviéndose en el asiento.

Quería rasgar la pernera cosida del pantalón y arañarse las rojas heridas. Arrancarse los puntos a dentelladas como haría un lobo con una pata atrapada en una trampa. Cerró los párpados con fuerza, intentó respirar, intentó escuchar, pero le costaba seguir las palabras. Los bramidos y los gorjeos de la gente se entremezclaban con la oleada de sangre en sus oídos, sin más significado del que tendría un mar tormentoso.

Era un cascarón tullido. Un espectro torturado. Jamás volvería a ser él mismo.

—¿Estás bien? —le preguntó Heugen.

Leo compuso lo más cercano a una sonrisa que pudo. El rictus de

una calavera.

—Bien.

Nunca se le habían dado bien las mentiras, pero aquella debió de ser de las peores.

—Si yo estuviera en tu lugar —dijo Isher arrastrando las palabras —, me iría ya mismo de este manicomio y volvería a Angland tan rápido como me llevaran las piernas. —Se dio cuenta de lo mal elegida que estaba la frase—. Con la siguiente marea, quiero decir.

—Savine saldrá de cuentas cualquier día de estos —gruñó Leo—. Aún tardará un tiempo en poder viajar. —Incluso hablar era doloroso —. Pero el comisario Pike nos ha invitado a quedarnos. Lo cual significa que seguimos siendo prisioneros. Creo que tiene a gente vigilándonos.

—Tiene a gente vigilando a todo el que lleve un «dan» en el apellido —murmuró Isher.

—Nos tiene vigilándonos unos a otros. —Heugen miró suspicaz hacia los bancos de alrededor—. Así le sale más barato.

—Caballeros, ¿con la venia? —gritó alguien.

—¡Ciudadanos! —rugió otro alguien.

—Ciudadanos, por supuesto, ¡mis más sinceras disculpas! —El orador parecía aterrorizado. Allí daba la sensación de que los pequeños errores estaban anotándose y pronto se emplearían contra quien los cometiera—. ¡Querría hablar de las murallas! Las de la ciudad, las del Agriont. En términos prácticos, suponen un obstáculo para el crecimiento de Adua. Y en términos simbólicos, son un recordatorio de la opresión monárquica.

Isher se levantó de un salto. Ese hombre podía moverse rápido cuando le interesaba. Por ejemplo, al ahuecar el ala de la Batalla de Stoffenbeck. O al ahuecarla de vuelta cuando vio que tenía algo que ganar.

—¡Vienen de maravilla para defender la ciudad, sin embargo! —Isher estaba endureciendo el entrecortado acento de la nobleza midderlandesa para sonar más a plebeyo, o esa impresión le dio a Leo—. Habrá enemigos extranjeros, envidiosos de nuestras libertades. Habrá enemigos de las provincias, ansiosos por devolvernos al pasado. —Señaló a Orso, que observaba su

actuación con un gesto de cansado desprecio—. Habrá enemigos entre nosotros, esperando a elevar de nuevo a un rey sobre nuestras cabezas.

Quienes arrebataban el poder siempre temían que se lo arrebataran a ellos. Llegaron murmullos de afirmación, asentimientos que se extendieron entre los bancos. Las galerías del público se mostraron menos entusiastas, en cambio. No tanto por el mensaje, en opinión de Leo, sino por el mensajero.

—¡Aristócratas! —gritó alguien desde arriba—. ¡Aferrándose a los símbolos aristocráticos!

Llovieron insultos, y pedazos de comida, y panfletos arrugados, y el rey los recibió levantando la copa y dando un perezoso trago.

—¿Qué dice el Joven León?

—¡Que hable Brock!

Risinau dio un golpe en la mesa para llamar al orden y Leo se encogió. El sonido le había recordado al cañonazo de Stoffenbeck. La cámara de comercio hecha pedazos. Su caballo cayendo encima de él. Antaup con las manos ensangrentadas en el regazo. Jin cosido a saetas de ballesta.

Intentó secarse la cara, empapada de sudor frío.

—Deberías decir algo —masculló Isher, alzando una mirada adusta hacia la agitada galería.

La idea de levantarse aterraba a Leo, pero aún debía de tener en su interior algún tozudo resto del Joven León, escondido muy al fondo. «Mejor es no demorarlo que vivir temiéndolo», solía decir el Sabueso. Quizá Leo hubiera perdido una pierna y un brazo, pero iba a demostrar a esos hijos de puta que aún tenía el corazón.

Heugen lo empujó hacia arriba mientras Isher le colocaba la muleta bajo el brazo. Luego los dos se reclinaron para aplaudir su valentía. No era el hombre que era, ni volvería a serlo nunca, pero la curiosidad tullida en que se había transformado aún podía provocar un par de hurras.

Con la pierna temblando, con el muñón ardiendo, Leo se irguió, levantó la barbilla, bramó a la resonante sala como había bramado una vez a la caballería de Angland, motivándola para lanzarse a la carga.

—¡Ciudadanos! ¡Hemos cambiado el mundo! ¡Un Gran Cambio! —Muy a peor, en su caso. Aun así, oyó aplausos. O lo que confiaba en que fuesen aplausos, y no solo la sangre atronando en su dolorida cabeza—. ¡Pero aún queda mucho por hacer!

El sudor le hacía cosquillas en el cuero cabelludo, le goteaba por la frente. Dejó de hablar para recobrar el aliento, para pensar imponiéndose al dolor. Llevaba toda la vida centrado tan solo en lo que él quería decir. Nunca antes se había parado a plantearse lo que los demás querían oír.

—Las murallas… ya no van a protegernos. ¡Solo podrá hacerlo la unidad! —Por los muertos, la cabeza le daba vueltas—. Quienes han disfrutado de grandes privilegios deberán hacer grandes sacrificios. —Necesitaban algún gesto de nobleza. Enseñó los dientes—. ¡Así que renuncio al «dan» de mi apellido! ¡Reniego de él! ¡Me lo amputo! Todos debemos… ser iguales.

Ya no cabía duda de que había aplausos, y muchos. La gente se había puesto de pie. Alguien gritaba «¡Viva el Joven León!» una y otra vez. A Leo le costó una eternidad volverse, con la pierna buena temblando, con la dolorida mano pegajosa de sudor en la muleta. Isher, Heugen y los demás nobles parecían bastante descompuestos.

—Estoy seguro de que mis camaradas… que antaño formaron parte del Consejo Abierto… me imitarán de mil amores. A mí, por mi parte… —Reunió fuerzas para un último esfuerzo y rugió a la cúpula con voz ronca—: ¡no se me ocurre un título que lleve con más orgullo que el de ciudadano!

Los rabiosos aplausos y el estruendo de las botas contra el suelo de las galerías públicas parecieron fundirse con el aporreo de su corazón, con el palpitante dolor en el muñón de su pierna. A duras penas logró distinguir las palabras de Risinau.

—¡La Asamblea de Representantes desea agradecer al Joven León sus sacrificios en nombre del Gran Cambio! ¡Es una inspiración para todos nosotros que se haya recuperado tan rápido de sus heridas y regrese al servicio de la nación! ¡Demolamos los muros del Agriont! No hay necesidad de que quienes ostentamos el poder nos separemos del pueblo. —Risinau descargó en la mesa su

rollizo puño—. ¡Nosotros somos el pueblo!

Más ovaciones. Leo dio otro saltito tambaleante y se derrumbó en el banco. Isher lo agarró por la axila, le dio una palmada en la espalda y saludó hacia las galerías del público. Sin dejar de sonreír, siseó furioso:

—¡A esto no le habíamos dado el visto bueno!

—Lo haréis. —A Leo le importaba una mierda causar molestias a aquel cobarde. Ya tenía demasiadas él de las que ocuparse—. Después de perder un brazo y una pierna —gruñó, agarrándose el punzante muñón—, un pedazo del apellido tampoco es mucho sacrificio.

Broad estaba allí de pie, como había jurado que no volvería a estar jamás: de uniforme.

Desde unos días antes lo llamaban capitán Broad, había que joderse. Se preguntó cómo habría reaccionado Liddy a eso. Seguro que le preguntaría qué leches se creía que estaba haciendo. Broad deseó tener la respuesta. No era algo que hubiera pedido. Ni siquiera lo había aceptado. Pero tampoco se había negado.

—¡Los símbolos tienen poder! —Era ese puto escritor, Sworbreck, casi espumeando de pasión—. ¡Y las estatuas de la vía Regia son los símbolos más poderosos de todos! ¿Acaso deben los representantes del pueblo pasar a diario bajo los pies de opresores como Harod el Grande o el mago Bayaz? ¡Antes preferiría morir! ¡Antes entregaría la vida en el cadalso donde tantos mártires ejecutó la Inquisición que seguir así un solo día más!

—El ciudadano Sworbreck quiere liberar al pueblo —murmuró Brint.

El que fuese lord mariscal en el antiguo régimen había pasado a ser un traidor encarcelado y de ahí a general en el Ejército Popular. Esas caídas en desgracia y ascensos repentinos se veían por todas partes en Adua últimamente.

Broad pensó en Valbeck. Las calles llenas de basura. Las turbas y los incendios. El papel de pared hervido para hacer sopa.

—La gente quiere pan —dijo—. Después, seguridad. Después, un

techo. La libertad está muy abajo en la lista, y los principios mucho más atrás.

—Igual deberías hacerte representante.

Broad contempló los bancos con las cejas levantadas. Había buenas personas sentadas allí. Gente honrada con buenas ideas y buenas intenciones. Lástima que apenas les dejaran abrir la boca. La primera reunión de la Asamblea de Representantes había sido un momento grandioso, cuando todos hicieron el juramento de servir al pueblo y aplaudieron tan fuerte que sacudieron la cúpula y lanzaron sus sombreros al aire. El gorro de algún capullo aún estaba enganchado en las tallas bajo la galería. Broad había estado convencido de que las cosas iban a mejorar. De que serían más prometedoras para todos. Pero antes de que terminara esa misma sesión, la situación ya se había agriado. Incluso cuando lograban ponerse de acuerdo en lo que quería el pueblo, no había manera de que coincidieran en la manera de alcanzarlo. Desde aquel día estaban atascados, como un carro con un caballo tirando de cada esquina.

Broad cruzó los brazos sobre el peto de la armadura que le habían dado.

—Ya tengo un trabajo bastante asqueroso, general, pero gracias de todos modos.

—Los hombres buenos debemos colaborar —dijo Brint—. Tratar de contener esta locura.

Si ese era el objetivo, a Broad le daba la sensación de que ya habían fracasado.

—No puedo prometer nada.

—Mejor que no. Nadie cumple las condenadas promesas de todos modos.

—¡Deberíamos desmantelar la Casa del Creador! —estaba chillando un hombre con una barba inmensa, mientras agitaba un fajo de papeles. Sus planes para el futuro, a lo mejor. De eso sí que no había escasez—. ¡Es un símbolo retrógrado!

—¡El problema no es la Casa del Creador! —rugió un tipo enorme con un ancla tatuada en la mejilla—. Ni las estatuas, ni las putas murallas. —Inhaló una gran bocanada que hizo que le temblaran las

fosas nasales—. ¡Son los putos extranjeros!

Broad hizo una mueca. Todo el mundo estaba furioso a todas horas. Todos buscaban a alguien a quien echar la culpa. Todo se balanceaba al borde de la violencia. Se sentía igual que cuando estuvo en Estiria, en la guerra. Un puño apretado, anhelando golpear. Y lo peor de todo era que no estaba seguro de que le disgustara la sensación.

—¡Ciudadanos, por favor, debemos estar unidos! —Un hombre huesudo con el pelo canoso revuelto se había levantado de un salto, y en su voz había algo desesperado que acalló a todos los demás —. Llevo doce años encargándome de la caridad en las Tres Granjas, y os juro que las cosas nunca han estado peor. Nunca.

Algunos asentimientos entre los miembros más andrajosos de la asamblea. Algunos ojos alzados hacia la cúpula entre los nobles.

—Hemos arrebatado las riendas del poder al Consejo Cerrado, ¡y eso lo aplaudo! Estaban arrastrando nuestra nación al abismo. Los graneros están más vacíos que nunca. El carbón escasea. Las injusticias que llevaron a esta sublevación, la necesidad, la escasez, la degradación, la enfermedad, no van a desaparecer solo porque remodelemos unas estatuas. Todo apunta a que el invierno que llega será duro. ¡Debemos hacer provisión, ciudadanos, debemos prepararnos!

Broad se dio cuenta de que estaba asintiendo a sus palabras, pero el jaleo volvía a crecer. Vítores y abucheos, todo a la vez. La voz del anciano decayó y Sworbreck se puso en pie para bramar por encima de ella.

—Prepararnos, por supuesto, pero no debemos permitirnos el derrotismo. ¡No debemos favorecer una peligrosa nostalgia por unos tiempos mejores que nunca lo fueron! Antes entregaría la vida que ver esta orgullosa asamblea paralizada por las objeciones, las quejas y la negación. ¡No debemos desanimar a la nación!

—Antes de llenar las panzas de la gente —convino Risinau—, tenemos que llenar sus mentes. ¡Solo un gobierno basado en firmes principios de imparcialidad y justicia les permitirá prosperar!

Mientras el anciano se dejaba caer agotado en el asiento, los demás representantes estaban levantándose para aplaudir a su

presidente. Lo hacían mucho. Broad apretó más los puños y miró hacia la Jueza, despatarrada en su silla con la cabeza apoyada en el respaldo, rascándose con suavidad el cuello extendido. Con algo a medio camino entre el horror y la excitación, Broad reparó en que estaba devolviéndole la mirada.

Recordó estar encadenado a una silla con ella sobre el regazo, frotando la entrepierna contra la suya, y sintió aquel mismo cosquilleo culpable muy al fondo. Recordó la cara de la Jueza, sonriente y salpicada de sangre, cuando partió el cráneo a aquel banquero y notó que el cosquilleo empeoraba aún más. Mejoraba aún más.

Una mínima sonrisa se insinuó en la comisura de los labios de la Jueza. Como si adivinara todo lo que Broad estaba pensando. «Algunos hombres no pueden evitarlo…».

—¡Tengo un asunto que plantear!

Al sentarse de nuevo los representantes, un hombre se había quedado de pie en el pasillo. Su aspecto no podía ser más común, con la ropa sucia de haber viajado y un cayado en una mano. Risinau lo miró de arriba abajo.

—No te reconozco, ciudadano. ¿A qué distrito representas?

—¡Anda, pero si es maese Sulfur! —El rey intentó dar un sorbo de vino, frunció el ceño, giró la copa bocabajo y le sacudió un par de gotas que cayeron en su regazo. Luego volvió los ojos con pereza hacia la bancada—. Representa al Primero de los Magos.

La revelación levantó murmullos en la asamblea, y también en las galerías del público. Broad arqueó una ceja hacia Brint. El general se limitó a encogerse de hombros. No había mucho que pudiera sorprender ya a nadie de allí. Si un dragón se hubiera levantado de los bancos, lo más probable habría sido que le ordenaran sentarse de nuevo por un defecto de forma.

—¡Mi maestro, Bayaz, está seriamente preocupado por los acontecimientos recientes! —exclamó Sulfur—. En la Unión que él fundó. En la ciudad que él construyó. —Señaló hacia Orso, que se había reclinado y tenía la copa tendida para que se la rellenaran—. Para con el rey a quien él coronó.

—Por favor, agradécele la preocupación a tu maestro —replicó

Risinau—, ¡pero dile que se preocupe de sus propios asuntos! —Hubo risas al oírlo, y un aprobador aporreo de puños contra los bancos—. ¡El pueblo libre de la Unión ya no necesita sus intromisiones!

Los ojos de Sulfur se entrecerraron.

—Qué pronto olvidáis todos. ¡Ya habíais nacido cuando mi maestro salvó Adua del terror de los devoradores!

—¡Destruyendo media ciudad y provocando miles de muertes! —levantó la voz Risinau—. Bayaz nos salvó de los devoradores, tal vez, pero cabe preguntarse… ¿quién nos salvará de Bayaz? —Más risas, y más ira, y Risinau lanzó a Sulfur aquella sonrisa remilgada suya—. General Brint, ¿puedes acompañar a la salida a nuestro visitante? La era de los magos ha concluido, maese Sulfur. ¡Estamos en el albor de una era de la razón!

—¿Razón? —Sulfur paseó la mirada por los bancos y soltó un siseo repugnado—. Ya me gustaría verla.

Y se retiró pasillo arriba, entre el tabaleo de su cayado en los peldaños.

Antes de que llegase a las puertas siquiera, ya había alguien más vociferando para hacerse oír.

—Exijo que retomemos la cuestión de si deberíamos llamarnos Asamblea de Representantes. Me gustaría proponer Coloquio de…

Un coro de gemidos.

—¿Otra vez con eso?

Milagros

Savine tenía la garganta en carne viva de tanto chillar.

Fuera estaba oscuro. No entraba ni un resquicio de luz entre los postigos. Habían pasado horas, por tanto. Tenía la sensación de que eran siglos. Había una pregunta que no dejaba de darle vueltas en la cabeza.

¿A cuántas mujeres conocía que hubieran muerto dando a luz?

—Mi señora… —empezó a decir el cirujano.

—No me llames… así, joder —gruñó ella por encima del hombre entre resuellos, casi tragándose la lengua por la ira—. Nadie… llama eso a… nadie ya.

—Por supuesto que no, mis disculpas. Cuesta un poco adaptarse a los tiempos. —El hombre hablaba con el tono más anodino imaginable. Como si estuvieran charlando del tiempo y de ningún modo tuviera los dedos metidos en el coño de Savine—. Pod… Puedes empujar si lo ves necesario.

—¿Ah, puedo? ¡No me jodas! —le chilló. La idea de que fuese capaz de parar de hacerlo era absurda. Lo único que quería hacer en la vida era empujar.

Tenía la ridícula enagua que le habían dado enredada en el cuello, ahogándola, y Savine intentó sacársela por la cabeza, se atascó, tiró de ella escupiendo, rasgó las costuras, por fin se la arrancó y la soltó en la cama al lado de la muñeca. Estaba manchada de rojo. La mano de Zuri apareció y se la llevó, plegándola para que no se viese la sangre.

¿A cuántas mujeres conocía que hubieran muerto dando a luz?

Gruñó y el dolor le atenazó la barriga, y el gruñido se volvió gemido, y el gemido sollozo, y el sollozo grito, y el grito aullido, y el aullido un bramido descarnado. Asió puñados de las sábanas, intentó subir las manos por el cabezal de la cama, pero era peor y las bajó de nuevo, pero era peor y se revolvió desesperada de aquí para allá a gatas, pero todo era peor.

—Joder —resopló—. Mierda. Coño.

Deseó saber palabrotas peores. Deseó que Zuri le hubiera enseñado a hablar kántico. En el sur tenían unas maldiciones que sonaban muy bestias. Qué puto calor hacía en la habitación. El sudor le hacía cosquillas en el cuero cabelludo. Pero tenía los brazos tan agarrotados y temblorosos que no podía levantar la mano para rascarse.

La gente entraba y salía. Llegaba con agua, con trapos, con mensajes murmurados. Desnuda a cuatro patas con el culo al aire, mugiendo como una vaca, a Savine le traía bastante sin cuidado. Si acaso, agradecía el soplo de aire cuando se abría la puerta.

—Lamento mucho tantas idas y venidas —musitó el cirujano.

—Por mí puedes hacer que entre toda la puta ciudad —espetó ella—, siempre que hagas que salga el puto bebé.

Las contracciones llegaban ya tan rápidas que eran una agonía continua, y Savine apretó los dientes de nuevo, los hizo rechinar tan fuerte que pensó que iba a triturarlos.

Todas decían que era lo más doloroso que existía, por supuesto. Con cierto tonillo de alarde, con una resabiada ceja en alto mientras le miraban la gigantesca barriga. Todas lo decían, pero una se convencía a sí misma de que estaban exagerando. La madre de Savine le había reprochado siempre el dolor del parto como una deuda que jamás podría saldarse, pero es que la madre de Savine era una de las personas más exageradas del mundo. Y resultaba que, por lo visto, se había quedado muy corta. Por los Hados, cómo deseaba Savine que su madre estuviera allí. Seguro que habría llegado como mínimo medio borracha, pero sabía mantener la cabeza fría en una crisis.

Savine notó la mano de Zuri firme en el hombro, frotándole la espalda dolorida, y lo agradeció tanto que hasta le daba vergüenza.

Le entraron ganas de llorar, pero ya estaba llorando.

—Quizá sería más fácil si te tumbaras bocarriba —murmuró el cirujano.

—¿Para quién cojones sería más fácil?

—Así me gusta.

Dio otro rugido desgarrador, jadeó y se estremeció y se retorció a la desesperada, pero no había manera de zafarse de aquello. Cuántas cosas había querido en su vida. Derrotar a todo el mundo, y ganarlo todo, y tenerlo todo, y que se supiera que lo tenía todo. En esos momento, lo único que le importaba era que la tortura terminase.

¿A cuántas mujeres conocía que hubieran muerto dando a luz?

Se preguntó si la muerte podría ser preferible a mucho más de aquello.

—Debería bastar con un empujón más para…

—¡Vete a tomar por culo!

—Bien, bien.

Chilló otra vez. Se desgañitó chillando. Se quedó ronca chillando. Chilló como si la degollaran. Sintió como si la degollaran. Un dolor punzante, ardiente, desgarrador que se sumó a todos los demás y la dejó sin aliento, y el chillido se redujo a un gemido resollante mientras sentía que algo salía resbalando.

Zuri le acunó la cabeza.

—Ya está —susurró—. Ya está.

Las mejores palabras que Savine había oído jamás. Se dejó caer de cara, respirando a trémulos respingos.

Alguien la ayudó a volverse. Alguien le estaba limpiando los muslos. Alguien la tapó con una sábana. Lino fresco, hasta la barbilla.

La cama estaba mojada. Mojada y pegajosa y le daba igual. Se quedó tumbada, cerró los ojos, respiró. La agonía había remitido. Solo notaba un embotado eco en la espalda.

Estaba flotando. Mecida por el viento en una nube. Alguien le secaba la cara con una toalla. Savine dudaba que fuese a servir de mucho, pero que siguiera si quería.

Oyó cánticos en la lejanía. Sería otra marcha de los Rompedores,

allá en la vía Media. Llevaban tanto tiempo presos que adoraban marchar. Llevaban tanto tiempo silenciados que adoraban cantar. Proferir sus opiniones desde cada esquina. Habría escasez de comida y combustible, pero la ciudad tenía superávit de opiniones.

Oyó un llanto. Agudo y frenético y desesperado. Como el de un gato herido. Muy alto. ¿Sonaba en la habitación? ¿Sería ella? En los últimos tiempos había mucha gente que lloraba. Exhibir las emociones se había puesto de moda. Explicarlas dando discursos a la multitud, más aún. Pero Savine supuso que la gente tendría mucho por lo que llorar. Unos más que otros.

En su círculo de conocidos había, por supuesto, alguna ausencia que otra. La de quienes tenían una mala relación particular con sus trabajadores, o una mala suerte particular. Le llegaban unas historias que ponían los pelos de punta. A Fulanito lo han encontrado ahogado en el canal, por cierto. Y Menganito terminó apuñalado y desnudo en la cloaca, ¿no te habías enterado? Savine fingía que no eran más que cuentos. Fingía que no recordaba las caras de esa gente, riéndose en algún acontecimiento social antes del Gran Cambio.

Por supuesto, había caos en el Agriont. El Consejo Cerrado arrasado de pronto, la burocracia dando bandazos por ahí como un pollo sin cabeza. Los Rompedores habían destrozado en su mayor parte la maquinaria del gobierno, y Risinau y sus compinches se dedicaban a accionar las palancas sin percatarse, al parecer, de que ya no estaban conectadas a nada. Había preguntado a Leo cómo estaban las cosas en la Asamblea de Representantes. Su respuesta fue que había perdido batallas y aun así jamás había visto un desastre como aquel.

Pero al mismo tiempo, la vida seguía adelante. Allá en los Arcos y por las Tres Granjas, los hornos seguían ardiendo. La mayoría. Los engranajes seguían girando. La mayoría. Seguían manufacturándose bienes y pagándose precios y haciéndose negocios. Sin levantar mucho la voz, tal vez, y negando con la cabeza ante el estado de las cosas. Los actores seguían pavoneándose en los escenarios de Adua, aunque se habían escrito a toda prisa obras nuevas en alabanza del ciudadano común y, al

alzarse el telón, se pedía un aplauso para el presidente Risinau en lugar de para Su Majestad.

O eso había oído Savine. Llevaba un tiempo sin salir a la calle. No estaba segura de cómo la recibirían. ¿Con abucheos y burlas, como al villano de una obra callejera? ¿Con las alabanzas de que siempre gozaba su marido, por no hacer más que lo que le diese la gana? ¿O con puños y palos y nudos corredizos en un brazo de grúa, como a algunos de sus socios menos populares durante los sangrientos primeros días?

Savine había dedicado la vida a exhibirse. Pero había momentos en los que era de sentido común tener el buen gusto de ausentarse de la escena pública.

—Es niño —dijo Zuri.

Se había quedado medio adormilada. La luz de la lámpara centelleó en sus ojos húmedos cuando los abrió. Zuri estaba de pie a su lado, ofreciéndole algo. Un fardo limpio y blanco, muy bien envuelto, como un regalo. Un fardo blanco con una diminuta carita arrugada.

Savine exhaló una especie de sollozo que le salió de las entrañas.

Estiró los brazos hacia él. Apenas tenía fuerzas para levantarlos, pero se moría de ganas de sostenerlo. Apenas sabía siquiera por qué. Estaba lloriqueando, con el moco chasqueando en la nariz y la irritada boca retorcida sin remedio. Se apretó el pequeño fardo contra el pecho y le hizo ruiditos.

—Soy madre —murmuró.

Zuri enarcó sus negras cejas.

—No veo otra conclusión posible.

Savine oyó agua gotear. El cirujano, lavándose las manos sanguinolentas en una pileta.

—Bien hecho —dijo el hombre, con una agradable sonrisa en la cara—. Muy bien hecho. Decidle a lord Brock que ya puede conocer a su hijo.

Savine estuvo un poco tentada de insultar de nuevo al cirujano, pero supuso que sería de mal gusto, dadas las circunstancias. Y estaba demasiado ocupada mirando la cara de su bebé y sonriendo. Sonriendo de una forma llorosa, temblequeante, irreflexiva del todo,

que era muy poco propia de ella.

Una persona. Una persona menuda e indefensa, que había salido de su cuerpo.

Savine siempre había despreciado a los bebés, incluso más que a las mascotas. Cuando otras mujeres se quedaban embobadas con ellos, solía sonreír indulgente, y decir las cosas que se esperaban de ella, y pensar para sus adentros en lo feos, arrugados e inútiles que eran aquellos pequeñajos chillones, que necesitaban ayuda para todo y se cagaban encima a cada hora que pasaba.

Todas le decían que el suyo iba a parecerle precioso, por supuesto. Con un engreído aire de listillas, como si cagar un crío conllevara un conocimiento secreto, igual que unirse a la Orden de los Magos. Todas lo decían, pero ella se decía a sí misma que las pobres solo intentaban estrujar alguna mínima ventaja de la maldición de la maternidad, y que era mejor dejar que se engañaran a sí mismas.

Y resultaba que, por lo visto, se habían quedado muy cortas. Su propio bebé era una belleza increíble, arrebatadora; cada pequeña sacudida que daba, un milagro. Menudo cliché.

—Un niño —susurró Savine.

Tenía el vago recuerdo de haber preferido una hija. Pero en ese momento, de algún modo, un hijo era justo lo que siempre había querido.

Oyó una conversación cerca de la puerta. Voces de hombre. Palabras amables. Felicitaciones. Como si ellos hubieran hecho algo. Oyó el irregular golpeteo de una muleta sobre los tablones. Alzó la mirada entre las lágrimas y vio a Leo de pie junto a la cama. De un tiempo a esa parte tenía una rara inclinación en los hombros. Uno estaba caído, con el brazo inútil embutido en la casaca, y el otro elevado por el esfuerzo de apoyarse en la muleta.

—Cuánta sangre hay —graznó, con los ojos como platos.

—Lo normal —dijo el cirujano—. Nada de lo que preocuparse.

—Es niño —dijo Savine, sonriendo y llorando a la vez.

La frente de Leo se arrugó mientras miraba los minúsculos rasgos del bebé. Como si todo el asunto lo hubiera pillado absolutamente por sorpresa.

—Tengo un hijo.

—Tenemos un hijo… ¡Au! —Savine apretó los dientes al sentir una súbita y fuerte punzada en el abdomen, que le bajó por las piernas—. ¡Ah! —Y otra, peor incluso, que la hizo incorporarse de golpe.

—¿Qué pasa?

—Cógelo —gruñó ella, tendiéndole el bebé con brazos temblorosos.

Leo intentó apoyar la muleta en el lado de la cama, se enredó la muñeca con ella y casi cayó al suelo mientras Zuri lo rodeaba.

—¡Mierda!

—Cógelo… ¡Ah!

Savine arqueó la espalda. Otro espasmo de dolor, mucho más largo, mucho más intenso, y tuvo que girarse de lado, pataleando, gimoteando, reptando por las sábanas ensangrentadas hasta volver a ponerse a cuatro patas, resollando sin aliento, tiritando de cansancio, temblando de miedo.

¿A cuántas mujeres conocía que hubieran muerto dando a luz?

—¿Qué ocurre? —balbució Leo, apoyándose en la pared al lado de la cama.

El cirujano se había puesto detrás de ella, muy serio, apretándole la barriga con una mano fría.

—Lord… O sea, ciudadano Brock, quizá estés más a gusto esperando fuera a…

—¿A quién coño le importa que él esté a gusto? —siseó Savine entre dientes apretados—. ¿Qué es lo que va mal?

—Nada. —El cirujano la miró por encima de sus relucientes anteojos—. Pero me temo que aún queda trabajo por delante.

Entonces Savine sintió una especie de horror frío, añadido al dolor.

—¿Qué pasa?

Zuri tenía al bebé acunado en un brazo, pero pasó la mano libre bajo una de las de Savine y se la apretó.

—Mellizos.

Un pequeño ahorcamiento público

De niño, a Orso siempre le había encantado el sonido de las multitudes lejanas. La gente agolpada significaba espectáculos, festivales, emoción: el entusiasmo del Certamen Estival, la pompa de un desfile. De joven, había empezado a encontrar agobiante ese ruido. La gente agolpada significaba ceremonias, rituales, responsabilidades: la decepción de los grandes banquetes, el tedio de las visitas de estado. Ahora el sonido de la multitud lo llenaba de horror. En la nueva Unión, la gente agolpada significaba disturbios, pánico, violencia aleatoria. El bramido de la turba.

Perdida en el anonimato de una muchedumbre, la gente era capaz de cometer unas atrocidades que les darían náuseas estando a solas. Que sin duda les daban náuseas después. Pero su remordimiento servía de escaso consuelo a las víctimas.

—¿Qué está pasando, Hildi? —murmuró.

—No sé.

Y Hildi se mordió el labio, como haciendo acopio de valor para recibir malas noticias. Últimamente no ponía otra cara.

Solo tuvieron que salir a la plaza de los Mariscales para que la naturaleza del acontecimiento se hiciese obvia.

—Mierda —dijo Orso, y se le hundieron los hombros—. Odio los putos ahorcamientos.

Era un tipo nuevo de patíbulo. Un progreso, supuso. En vez de una viga elevada con cuerdas, había cinco postes clavados en ángulo tras la tarima, como los dedos de una mano entrecerrada. Cada uno tenía una polea en la punta y un contrapeso de planchas

de hierro detrás. En vez de cuerda, habían hecho nudos corredizos en cinco cables de acero. Orso reparó, mientras sus guardias lo llevaban a un cercado para exhibirlo ante los curiosos como de costumbre, en que había un títere de tamaño real colgado de uno de ellos.

El presidente Risinau estaba sentado en primera fila del público, con la Jueza a un lado y Pike al otro. Los líderes del Gran Cambio. El escritor de los cojones, Sworbreck, estaba inclinado hacia ellos y gesticulaba hacia el altísimo cadalso.

—El problema del anterior sistema era que los cuerpos caían por debajo de la trampilla. Se hacía justicia, pero nadie veía que se hubiera hecho. Ahora, al liberar un contrapeso… —Hizo un florido ademán de maestro de ceremonias. No pasó nada—. ¡Venga, vamos!

Se oyó un traqueteo de maquinaria, los pesos cayeron, el cable zumbó y dio un fuerte tirón al cuello del títere, que quedó mecido por el viento a unos cinco pasos por encima del estrado. El gentío ahogó un grito y luego empezó a aplaudir, a jalear, a soltar insultos bienintencionados. Había una atmósfera festiva. Orso hizo una mueca e intentó aflojarse el cuello de la camisa con un dedo.

—Muy ingenioso. —Risinau asintió con cara de entendido, como si estuviera en la demostración de una máquina para pelar fruta. No sería gran cosa como administrador, pero conocía el poder de un buen espectáculo—. Deberías estar orgullosísimo.

—Se trata de una feliz combinación de mi vena teatral y el conocimiento técnico del ciudadano Curnsbick.

Sworbreck rodeó con un brazo los hombros del Gran Maquinista y le dio un amistoso apretón. Curnsbick, que había renunciado a sus vistosos chalecos y vestía en los discretos tonos del barro, parecía asqueado en no poca medida.

—¿No habrá muy poca sangre? —objetó la Jueza, con su habitual y mortífero gesto de desdén.

Risinau alzó la mirada al cielo.

—Estoy convencido, ciudadana Jueza, de que harías que unos perros salvajes descuartizasen a los condenados si creyeras que puede organizarse.

La mujer se recostó, frotándose pensativa el sarpullido del cuello, como si sopesara las ventajas de la ejecución pública asistida por cánidos.

—A ver cómo funciona esto primero. ¡Traed a los reos!

—Oh, no —murmuró Orso.

El primero en salir fue el lord chambelán Hoff. Orso lo recordó llevando al salón de su madre retratos de posibles novias para él en tediosa procesión. Qué felices le parecían aquellos tiempos ahora. El lord canciller Gorodets fue el siguiente. Luego el cónsul general Matstringer, seguido por el supervisor general… Por los Hados, su vejiga lo sacaba del Consejo Cerrado tan a menudo que Orso había olvidado cómo se llamaba. El lord mariscal Rucksted cerraba el desfile caminando con una pronunciada cojera. Parecía como si le hubieran arrancado medio bigote. Las cadenas resonaron mientras los hacían subir a la plataforma, bajo la sombra de aquellos cinco altos postes. Los grandes lores del Consejo Cerrado. Los hombres que habían gobernado la Unión en nombre de Orso. Tenían un aspecto lamentable, vestidos con arpillera en lugar de pieles y galones, con grilletes en vez de las cadenas de sus cargos, el pelo entrecano y la barba hechos grasientas marañas.

—¡Conciudadanos! —Risinau nunca dejaba pasar una ocasión de dirigirse a la multitud—. Hoy nos hemos reunido para ver a cinco enemigos del pueblo recibir su merecido castigo. Para presenciar una justa represalia en nombre de los oprimidos de la Unión. Para despedir la era de la tiranía. —Separó los brazos—. ¡Y para recibir la era de la igualdad con los brazos abiertos!

Aclamaciones. Abucheos. Risas. Algo de basura arrojada al cadalso mientras cerraban los nudos corredizos alrededor de los cinco cuellos. El Gran Cambio había traído escasa diferencia al comportamiento de las turbas en una ejecución. Una naranja podrida se aplastó salpicando contra la sien de Gorodets.

—¡Llevamos unos cuantos siglos bailando para ellos! —chilló la Jueza, doblando el cuerpo para encararse hacia la muchedumbre—. ¡Que bailen ellos ahora para nosotros!

Orso nunca había tenido un gran aprecio por su Consejo Cerrado. Pensaba en sus miembros como uno piensa en sus acreedores, sus

arrendadores, sus carceleros. Pero al ver cómo estaban, tuvo que contener las lágrimas.

Hoff se adelantó tanto como le permitía el cable, que no era mucho.

—¡Majestad! —gritó entre el estrépito—. ¡Lo siento!

—¡Soy yo quien lo siente! —Orso se volvió hacia la Jueza, Risinau y Pike—. ¡Por favor! ¿De qué crimen están acusados?

—De corrupción, usura y explotación —dijo Risinau.

—¡De traición al pueblo de la Unión! —exclamó la Jueza.

—¿Tenéis pruebas? —preguntó Orso.

La Jueza lo miró furiosa.

—Pertenecían al Consejo Cerrado. ¿Qué más pruebas quieres?

—¿Se les ha permitido defenderse?

—Pertenecían al Consejo Cerrado. ¿Qué defensa podrían tener?

—Tú y yo también estábamos allí, majestad —dijo Pike en voz baja—. Sabes tan bien como yo que todos ellos eran engranajes voluntarios en la máquina monstruosa, cómplices desalmados de las purgas y la injusticia. ¿De verdad podrías afirmar que son mejores hombres que los que ordenaron ahorcar a la entrada de Valbeck?

Orso tragó saliva.

—Los que tú ordenaste ahorcar.

—Mejorar el mundo tiene un precio. Todos debemos hacer sacrificios. Y mira alrededor. —Pike recorrió con ojos calmados la chillona multitud—. El pueblo ha dado su veredicto.

—¡Colgad a esos cabrones de una vez! —rugió alguien, y otras voces se unieron a la suya. Era evidente que la plebe no buscaba clemencia. ¿La buscaba alguien alguna vez?

—Hicieran lo que hiciesen, fue en mi nombre —dijo Orso, con la voz quebrada—. Por lo menos, subidme ahí arriba con ellos.

—Todo a su debido tiempo, majestad —oyó que murmuraba la Jueza.

Risinau levantó una mano para silenciarla, con los pequeños y duros ojos fijos en Orso.

—Si el rey no puede guardar silencio mientras se administra la justicia popular, habrá que tomar medidas. ¿Capitán Broad?

Un hombre gigantesco llegó al cercado real. A la porqueriza real.

Un toro sin cuello que parecía más salvaje incluso por las lentes con montura de alambre que llevaba sobre el liso caballete de la nariz. Puso una mano enorme en la barandilla ante Orso, que se fijó en que llevaba un tatuaje. Un hacha y un relámpago, con estrellas en los nudillos surcados de cicatrices. Hildi dio un paso hacia él apretando los puños, como una gatita erizándose frente a un oso. El hombretón se limitó a sonreírle con tristeza y quitarse aquellos pequeños anteojos para mostrar unos ojos débiles y cansados.

—Habéis mostrado valor, majestad. —No había amenaza en su voz suave, solo un agotado pragmatismo, y echó el aliento con delicadeza en las lentes para limpiarlas con la manga—. Pero no servirá de nada. No queréis salir herido, y yo desde luego no quiero heriros. —Volvió a ponerse los anteojos y miró a Orso con las cejas alzadas—. Las cosas ya están bastante mal. ¿Por qué empeorarlas?

Tenía razón. Había miles de personas atestando la plaza de los Mariscales para ver cómo ahorcaban a aquellos hombres. Orso estaba impotente. Más que nunca. Dejó que Hildi tirase de él hasta su silla y se sentó en silencio, con las manos flácidas en el regazo.

Lord Hoff hizo un sonoro carraspeo.

—Si se me permite decir… unas palabras antes de…

—No. —La Jueza chasqueó los dedos.

Un ruido metálico bajo la plataforma. Con un runrún de engranajes, el contrapeso cayó y Hoff se elevó de sopetón en el aire, igual que el títere. Se zarandeó violentamente al llegar arriba, dio con la cabeza contra el poste y se quedó como un pelele, meciéndose, con sangre burbujeándole por la cara, su cuello estirado hasta lo grotesco.

Orso se agarró a la barandilla de su cercado, con las manos blanquecinas a ambos lados de las de Broad.

La Jueza chasqueó los dedos de nuevo. Gorodets soltó un aullido cuando el cable lo levantó del suelo. Pike observó cómo pendían sus antiguos compañeros de consejo, inexpresivo, con los ojos brillantes.

—¡Esperad! —exclamó Matstringer.

El cónsul general se dejó un zapato atrás cuando lo arrancaron de

la plataforma por el cuello. El supervisor general cerró los ojos con fuerza antes de que su contrapeso cayera y saliera volando él también.

Hoff los siguió, con el dilatado cuello ennegreciéndose. Parecía que el supervisor general no había muerto al instante. Seguía pataleando. Quizá fuese solo algún impulso nervioso. O al menos, eso esperaba Orso. Algo le empapó la pernera del pantalón de tela de saco y cayó goteando a la tarima.

Curnsbick hundió la cabeza entre las manos.

Rucksted desnudó los dientes.

—Que os jodan a todos.

Clac. Cayó el último contrapeso. Rucksted se elevó por los aires, pero debió de fallar algo en el mecanismo. En lugar de quedarse colgando, el cable se retrajo del todo en la polea. Su cabeza salió volando en una dirección. Su cuerpo cayó en otra y se estrelló contra la plataforma entre una lluvia de sangre.

—¡Ja! —chilló la Jueza, levantándose de un deleitado salto.

El público dio un todopoderoso rugido de aprobación. Había una mujer danzando, quitándose el delantal para hacerlo ondear sobre su cabeza como una bandera.

—Uf —dijo Hildi con un hilo de voz aguda.

Como siempre la veía tan lista y tan dura, a veces Orso olvidaba lo joven que era. Le dieron ganas de ponerle la mano encima de los ojos. Le dieron ganas de ponerse la mano sobre los propios. Pero ya era demasiado tarde.

Había presidido horrorizado aquellas sesiones en la Cámara Blanca donde, bajo la levemente atroz supervisión del Primero de los Magos, los principios quedaban aplastados bajo los beneficios, se hacía de la corrupción un arte y la justicia se reducía a gelatina. Había sabido que estaba mal, pero se había dado por vencido diciéndose a sí mismo que las cosas eran como eran. Como debían ser. Había sido incapaz de proteger a su pueblo de sus consejeros. Y ahora había sido incapaz de proteger a sus consejeros de su pueblo.

—He fracasado en todo —susurró.

Los cuatro cadáveres colgaban como trapos. El de Gorodets

oscilaba un poco más bajo que los demás, por algún motivo, y giraba despacio, primero a un lado y luego al otro. La multitud se había quedado en silencio. Al fondo, la gente ya empezaba a marcharse. En el ambiente reinaba la decepción. Quizá habían comprendido que, cuando los enemigos caían, dejaban un hueco. Sin duda no tardarían en encontrar otros nuevos que lo ocuparan.

—En fin. —Risinau se levantó con las manos en la panza—. Yo al menos me alegro de haber dejado eso atrás. Ahora podremos concentrarnos en rectificar las cosas.

—¿Atrás, dices? —gruñó la Jueza, fulminando con la mirada los cadáveres que pendían en lo alto—. Si apenas acabamos de empezar.

Orso cerró los ojos. Se dio cuenta de que, en algún lugar muy al fondo, había estado dando por sentado que todo aquello era temporal. Una moda pasajera. Una pesadilla de la que todos despertarían bien pronto.

Pero quizá lo que ocurría, sin más, era que el mundo había pasado a ser así.

Quizá siempre lo había sido.

Nido de víboras

—Lo noto en el hígado —susurró Isern—. Esa zorrilla trama algo.

Corleth caminaba a zancadas por delante entre la gente, bajando por las calles de mojados adoquines que descendían desde el Salón de Skarling a la gélida ciudad, con un saco al hombro.

—Yo lo veo —dijo Isern—, y la luna lo ve; la única que no quiere verlo eres tú.

—No soy la única —repuso Rikke—. Aparte de la luna y tu hígado, Corleth cae bien a todo el mundo.

—Lo único que estás diciéndome es que los necios abundan, cosa que ya sabía muy bien. ¿Te ha dicho dónde iba?

—No —dijo Rikke—, pero ¿por qué iba a hacerlo?

—¿Te ha pedido permiso para marcharse?

—No, pero ¿por qué iba a hacerlo?

—¿Qué lleva en el saco?

—La gente a veces carga con sacos, y eso no demuestra nada.

—¿No te he dicho que no te envalentones?

—Solo como unas mil veces.

—Si me hubieras hecho caso alguna de ellas, ahora podría tener la lengua quieta. —Isern enseñó los dientes, y el hueco del que le faltaba, sin dejar de mirar a Corleth—. Estoy diciéndote que huele mal.

—Menuda eres tú para quejarte de olores.

—Ha salido a hurtadillas del Salón de Skarling.

—No pusiste tantas pegas a que nosotras entráramos a hurtadillas.

—Cuando estábamos ocultándonos de nuestros enemigos.

—Hicimos una cosa que dejó a los Brock con el culo al aire, y no hacía tanto que estábamos recibiéndolos con una sonrisa en la cara.

—Tú sí, pero es que sonríes demasiado. —Isern dobló una esquina, tiró de Rikke a través de un grupo de personas hasta detrás de un carro, desde donde se veía a Corleth seguir andando —. Putos Brock. Te habrían apuñalado por la espalda si no los hubieras apuñalado tú antes. Yo lo veo, y la luna lo ve, y la única que no quiere verlo…

—No, no, eso sí que lo vi bastante claro yo también. —Rikke metió un dedo bajo la cadena de esmeraldas que le había regalado Savine y la hizo girar un poco. No le apretaba. No era pesada. Pero parecía que le rozaba últimamente, desde que se había sentado en la Silla de Skarling—. Ahora ya nunca lo sabremos, ¿verdad?

Isern negó con la desgreñada cabeza, disgustada.

—No estamos aquí para hurgar en el blando vientre de tus remordimientos, que son algo que una líder debería tirar al pozo negro junto con su misericordia, sino para descubrir qué hace tu amiga Corleth merodeando por Carleon, toda esquiva y furtiva.

—Tampoco se la ve tan furtiva. —No era que caminase de puntillas, ni que mirara antes de doblar las esquinas, ni que comprobara si alguien la seguía, cosas que seguramente Rikke haría si se anduviera con asuntos turbios—. Solo está cruzando la ciudad.

—Bien, pero ¿hacia dónde cruza?

Isern se pegó a una pared para mirar por la esquina, y Rikke se dio cuenta de que estaba haciendo lo mismo. Corleth seguía por delante de ellas, subiendo al trote los peldaños hacia una casita que era igual que otras cien de la ciudad, mientras la lluvia goteaba y goteaba desde las hojas de su musgoso techado de paja.

—Verás, va a esa casa día sí, día no. Puntual como la luna.

Rikke frunció el ceño. Sí que sonaba un poco preocupante.

—Puede que haya encontrado a un hombre que la caliente en invierno. —Ahuecó las manos ante la boca y se las sopló pensando en el Clavo, y en lo que habían hecho esa mañana, y tuvo que sonreír—. A veces vale la pena el esfuerzo.

—Un amante no tendría por qué esconderlo.

Rikke se encogió de hombros.

—¿Un amante muy feo?

—Calla.

Isern empujó a Rikke hasta un portal con el dorso del brazo. Con la humedad y el frío que hacía, a Rikke le recordó el tiempo que habían pasado las dos en el bosque escondiéndose de los hombres de Stour Ocaso, y eso le devolvió una punzada del miedo que había tenido entonces, seguida por la cálida oleada de satisfacción que le provocaba saber que tenía al muy hijo de puta encerrado en una jaula.

La puerta se abrió. Corleth sonrió de oreja a oreja, lo cual era raro porque no era muy dada a sonreír. Entró y la puerta volvió a cerrarse.

—Muy bien —gruñó Isern, yendo con paso firme hacia la casa—. Ahora llegaremos hasta el fondo de sus maquinaciones.

—¿Quién se está envalentonando ahora? —susurró Rikke, apresurándose tras ella—. ¿Qué pasa si de verdad oculta algo? —Visualizó una sala atestada de asesinos fieles a Stour, todos volviéndose cuando Isern abriera la puerta de una patada—. Deberíamos traer a Escalofríos y a unos cuantos de sus chicos.

Pero Isern ya estaba aporreando la desvencijada puerta con tanta fuerza que temblaba en el marco. Se abrió de golpe y Corleth miró hacia fuera ceñuda, algo suspicaz al verlas a las dos apretadas ante el umbral.

—¿Qué estáis haciendo aquí?

—¿Qué haces tú aquí? —rugió Isern triunfal, y agarró a Corleth por el cuello y la metió otra vez en la casa mientras sacaba una daga con la otra mano.

—¡Por los muertos! —chilló Rikke, entrando tras ellas—. ¡No la apuñales!

Era una casa bastante del montón, por lo que vio Rikke al pasar a su lóbrego interior. Una habitación iluminada por un ventanuco, un aroma a comida emanando de una cacerola al fuego. El saco estaba abierto a su lado, pero en vez de secretos contenía zanahorias y un par de huesos. No había ninguna pandilla de asesinos. Solo una

anciana encorvada con mala vista y una generosa verruga en la mejilla, conmocionada por la montañesa armada que acababa de irrumpir en su casa.

—¿Qué coño haces? —graznó Corleth, aplastada contra la pared con la mano de Isern atenazándole la tráquea.

La anciana agarró una escoba.

—¡Suelta a mi nieta!

Rikke suspiró, no poco avergonzada por su participación en aquella farsa.

—Creo que ya puedes guardar la daga, Isern. A menos que quieras usarla para cortar zanahorias.

—Aquí vive mi abuela —murmuró Corleth, frotándose el cuello enrojecido cuando Isern la soltó—. Vengo a verla cuando puedo. Me ocupo de que tenga leña para el fuego. Le traigo sobras para la sopa.

—¿Por qué no me lo habías dicho? —preguntó Rikke.

—Ya llevas bastante carga sobre los hombros —dijo Corleth. Por los muertos, Rikke se sentía peor que nunca—. ¿Podrías guardar la hoja de una vez?

Con un nivel de amargura que muy pocos podrían igualar, Isern escondió la daga en las harapientas profundidades de su ropa.

—Comprenderás que tenemos que estar alerta —dijo Rikke—. Calder el Negro es muy taimado. Podría tener espías en cualquier parte.

—¿Pensabais que mi Corleth os estaba espiando? —La mujer bajó la escoba, con el labio todo tembloroso, pobrecilla—. No hace más que hablar de lo lista que eres. Del orgullo que es estar a tu servicio. De cómo vas a cambiar el Norte. La gente viene a pedirme consejo y yo siempre les digo lo bueno que…

—Ya está, abuelita —la interrumpió Corleth, con un gesto para que lo dejara—. Es verdad que tenemos que estar alerta. Ha sido un malentendido, nada más.

—Sí —dijo Rikke, lanzando una dura mirada de reojo a Isern—. Es fácil culpar a quien no deberíamos.

—Y Calder el Negro sí que es taimado, sí. —La anciana dio un paso hacia Rikke y bajó la voz—. Entre nosotras, nunca me he fiado

de la vieja zorra que vive dos puertas más abajo. Deberíais tenerle un ojo echado.

—Puede que lo hagamos.

—Bien. —La abuela de Corleth miró muy seria alrededor—. ¿Quién quiere sopa?

La helada lluvia había arreciado cuando salieron de nuevo a la calle, y Rikke volvió a ponerse la capucha y se la apretó para protegerse del frío.

—Gracias a los muertos que hemos ahumado ese nido de víboras —dijo.

A Isern no le hizo gracia.

—No puedes bajar la guardia. Y ahora que tienes el culo en la Silla de Skarling, menos que nunca. Tienes que ser dura. Debes hacer de tu corazón…

—Que sí, que sí. Haré que hagan a Corleth la cruz de sangre por llevarse esas sobras de pollo nada más llegue. —Rikke negó con la cabeza—. Me gusta esa chica. Tiene las caderas recias.

—¿Qué tendrán que ver sus caderas? ¿Es que pretendes hacerle hijos?

—No, me refiero a que es sólida. Firme. Nada propensa a incendiarse de pronto. —Rikke enarcó una ceja a Isern—. Al contrario que otras que podría mencionar.

—Mis caderas estrechas no te molestaron cuando te salvé la vida allá en los páramos.

—Eh… Un poco sí.

—Te digo que esa chica tiene algo que no encaja. —Isern escupió por encima del hombro hacia la casa—. Y su abuela también.

—Sí, desde luego, sobre todo la abuela. Nunca había contemplado una presencia tan terrorífica. —Rikke infló los carrillos mientras emprendía la escarpada cuesta de regreso al Salón de Skarling—. Seguro que es Nueve el Sanguinario disfrazado.

Líneas de comunicación

Estaban rodeando la granja. Trébol contó a diez hombres, pero se quedó sentado en su tocón para no asustarlos, moviéndose solo para recolocar el pollo que se asaba al fuego, y muy despacio. El sol ya descendía al otro lado de las colinas y del valle sombrío, así que no distinguía bien las caras, pero había uno mayor con la barba entrecana, otro con capucha de cuero, uno que llevaba el casco abollado, uno joven. Amigos, enemigos… Cuanto más tiempo vivía Trébol, más iguales le parecían todos. Más iguales eran todos, joder.

Por fin, uno de ellos llegó con paso tranquilo al fuego y extendió las palmas de las manos hacia él. Trébol lo reconoció cuando la luz le dio en la cara. El Trampero. Un hombre de Calder el Negro.

—Qué hay, Trampero —dijo, tan amistoso como pudo. Siempre había que ser amistoso, si era posible.

—¿Trébol? ¿Eres tú?

—Creo que sí, aunque últimamente ya no estoy seguro de nada.

—¿Dónde coño te habías metido?

—Eso es toda una historia. —Los chicos del Trampero ya estaban husmeando por allí, pero no con mucho cuidado. Hacía frío y los atraían el calor y ese familiar aroma de la carne asándose—. Navegué a Midderland con el Gran Lobo y el Joven León, me mareé en el barco, nos pilló una tormenta, libramos una batalla, perdimos, me mareé a la vuelta. —Ya se habían juntado todos al otro lado del fuego, confiados—. Después Rikke la Truculenta me envió aquí abajo para hablar con vosotros. Parece que hay ciertas dudas sobre

dónde está la frontera.

Tardaron un momento en ponerse al día. Entonces el de la barba canosa levantó un hacha enorme.

—¿Trabajas para esa bruja?

Trébol se rascó la cicatriz con suavidad.

—Para ser sincero, la situación es un poco… volátil. Intento mantenerme en terreno firme, como de costumbre. Pensaba ofreceros un poco de carne. Como muestra de buena voluntad, ya sabes. —Hundió el cuchillo en el pollo y el jugo salió sanguinolento —. Pero, creo que aún no está hecho. ¿Os importaría volver más tarde?

El Trampero movió una mano para dejarla en el pomo de su espada y negó despacio con la cabeza.

—No creo que podamos.

—Entonces habrá que hacer esto con hambre.

Trébol dio un breve silbido y una flecha llegó volando de la nada y se clavó temblorosa en el pollo.

Había esperado que mantuviesen la calma, que comprendieran que estaban rodeados e hicieran lo único sensato. Pero, pensándolo bien, lo único sensato era mucho pedir cuando empezaban a llover flechas, aunque se clavaran en cosas que ya estaban muertas.

—¡Joder! —gritó alguien.

El de la barba gris rodó sobre sí mismo, con el hacha extendida. Otro tuvo que esquivarla, estuvo a punto de caerse, tropezó hacia atrás e hizo saltar chispas del fuego. El Trampero desenfundó la espada. Uno que llevaba una capa de piel de cordero salió corriendo como una liebre al dar una palmada. Menudo desastre.

—¡Eh! —gritó Trébol, levantando las manos—. ¡Eh, todo el mundo!

El del casco dio un paso hacia él, levantando su lanza. Se le clavó una flecha en el hombro y dio un respingo y un sonoro gañido, la lanza cayó al fuego y levantó más chispas. Se retorció intentando llegar a la flecha por encima del hombro, y luego por debajo, pero sus dedos no la alcanzaban.

—¡Me han disparado! —siseó entre dientes apretados—. ¡Me han disparado, coño!

—Ya lo vemos —dijo Trébol, y fue señalando alrededor de la granja—. Tengo hombres en ese establo de ahí, y por allá. Y en esos árboles, y en esos. Os rodean por todas partes, con flechas cargadas y cuerdas tensas. —En realidad solo estaban Sholla y unos pocos más, pero Trébol no tenía problemas con una mentira que salvara vidas. Ni con cualquiera, ya puestos—. Si no queréis todos una flecha a la que no lleguéis, os aconsejaría muy en serio que hagáis un montón bien ordenado con las armas y vengáis conmigo junto al fuego, para que podamos charlar un poco sin que nos distraiga el aliento de la Gran Niveladora en la nuca.

—¿Cómo sabemos que no nos mataréis? —preguntó un joven de pelo alborotado junto a Trampero. Su versión de Zas, al parecer, tanto en edad como en sentido común, o en su ausencia.

—Porque si la idea fuese mataros, habría ordenado que os dispararan mientras llegabais haciendo el idiota por el camino. Créeme, o que te lo confirme el Trampero: no soy de los que corren riesgos innecesarios con su persona. Lo único que quiero es hablar. No tiene por qué haber más sangre.

Contratiempo salió a zancadas de entre los árboles, empujando al de la capa de cordero con una mano enorme, empuñando su pesada hacha en la otra.

—Jefe —gruñó, y tiró al hombre al suelo junto al de la flecha en el hombro.

—Me han disparado —gimoteó el de la flecha en el hombro.

—Me han atizado —se quejó el de la capa de cordero, agarrándose la cabeza ensangrentada con una mano ensangrentada.

—Ya lo vemos —dijo el Trampero mientras bajaba la espada y la clavaba en el suelo.

De mala gana, los demás se quitaron los arcos de la espalda, sacaron hachas y puñales y soltaron lanzas hasta que hubo toda una armería apilada delante de la granja.

Trébol hizo un asentimiento satisfecho.

—¿No estáis más a gusto ahora?

—La verdad es que no —dijo el Trampero, con una mirada torva al hacha de Contratiempo.

—Bueno, yo sí, desde luego.

Trébol silbó de nuevo y Sholla, Zas y unos cuantos más salieron de los setos, del establo, de sus escondrijos, y se acercaron con las flechas aún cargadas mientras el Trampero y sus hombres se sentaban en un reticente semicírculo al otro lado de la hoguera, como niños a punto de escuchar una historia.

—Veamos —dijo Trébol—. ¿Qué os parece empezar por lo que está haciendo Calder el Negro? Qué ánimo tiene, con qué fuerzas cuenta, qué está pensando… Ya sabéis. Y quiero solo la verdad, si no os importa.

—¿La verdad? —replicó un hombre del Trampero, el de la poblada barba gris—. La verdad es que pagarás por esto, Jonas Trébol. —Y torció el labio y escupió al fuego, pero dio también al pollo, lo cual resultaba un poco molesto—. No se puede cambiar de bando a la que gira el viento.

Trébol se frotó el caballete de la nariz.

—Siempre tiene que haber uno.

—¡Calder el Negro recuperará el Norte! —rugió el viejo. Tenía una voz imponente, áspera como gravilla en la garganta—. Ninguna puta bruja pintarrajeada y ningún puto ojo largo van a impedirlo. —Alzó la mirada hacia Contratiempo, de pie tras él—. Y cuando lo haga, todos vosotros vais a…

Se oyó un fuerte chasquido cuando Contratiempo hundió el hacha en la cabeza del hombre, antes de arrastrarlo hacia atrás. Su pierna tuvo un espasmo tan fuerte que la bota salió volando por los aires y acabó en el tejado del establo, y ese fue el último movimiento que hizo.

Contratiempo se agachó sobre él para recuperar el hacha.

—Era un bocazas —masculló, a modo de explicación.

—Sí que es verdad —tuvo que reconocer Trébol. Separó las manos hacia los hombres del otro lado de la hoguera, que estaban mirando el pie descalzo de su compañero muerto—. Pero ¿podríamos intentar que sea el último cadáver que dejamos aquí? Creo que estaremos todos de acuerdo en que, si hay algo que tenemos de sobra en el Norte, son cadáveres.

—¡Has matado a mi tío, hijo de puta! —susurró el chaval del pelo

alborotado—. Más te vale ir con cuidado, porque un día de estos voy a…

Otro chasquido cuando Contratiempo le partió el cráneo, y la sangre salpicó a Trébol en la cara.

—¡Puaj! —protestó, echándose atrás y casi cayendo del tocón.

El cuerpo se inclinó hacia delante, las botas se alzaron del suelo y volvieron a él. Se extendió un charco rojo que siseó un poco al llegar a las brasas de la hoguera. Contratiempo miró la hoja del hacha manchada y empezó a limpiarla en la espalda del chico.

—¿Quieres dejar de hacer eso? —le gritó Trébol.

Contratiempo se encogió de hombros.

—Lo siento, jefe. Parecía que iba a haber agravios, y siempre es mejor arreglar los agravios al principio para que no se enquisten.

Trébol respiró hondo, todavía limpiándose manchas de sangre de la cara.

—Sí que tiene sentido, supongo.

—Me han disparado —gimió el de la flecha.

—Ya lo vemos. ¿Por dónde iba?

—Calder el Negro —dijo Zas.

—Eso, sí. Calder el Negro. ¿Qué ánimo tiene?

Sholla pasó el brazo alrededor de la cabeza del Trampero y le metió poco a poco la punta del cuchillo por la nariz.

—Y como os ha dicho Trébol, solo la verdad.

—Nunca lo había visto tan furioso —dijo el Trampero, bizqueando para mirar el cuchillo de Sholla—. Pero también tiene la mente fría. Fría y calculadora.

—Ya me lo temía, ya —murmuró Trébol—. ¿Con cuántos hombres cuenta?

El Trampero se estremeció cuando el cuchillo de Sholla le rozó el ollar.

—Llegan más a cada día que pasa. Tropas frescas, y los restos que vuelven de la Unión, y ha hecho un trato con un cabronazo nuevo del otro lado del Crinna. ¿Cómo se llamaba?

—El Alzado en el Túmulo —le recordó uno de los otros—. Dicen que duerme en un nido de huesos.

—No suena muy bien —dijo Zas.

—Suena incómodo del carajo —dijo Sholla.

Sonaba incómodo del carajo para todo el Norte. Cuando Dow el Negro trajo al Extraño que Llama y a sus salvajes desde el otro lado del Crinna para que lo ayudaran a combatir a la Unión, los problemas habían durado años. Era evidente que Calder pretendía luchar en serio. Y Trébol no quería estar en ningún bando de esa lucha.

Cuando se volvió contra Stour, había estado seguro de que era la decisión correcta. Por él mismo, por Wonderful, por todo el mundo. Pero también había estado seguro de que Rikke mataría al muy hijoputa. No lo había hecho, y Trébol había empezado a preocuparse por si era demasiado blanda para el trabajo. Alinearte con los ganadores siempre era lo razonable, desde luego. Los problemas empezaban cuando no estabas seguro de quién podría ganar. Menudo berenjenal.

—Muy bien, Trampero, voy a dejar que tus chicos y tú os marchéis. —Trébol hizo una mueca al mirar el pie descalzo del viejo muerto, con mugre bajo la enorme uña del dedo gordo—. Bueno, los que aún podéis marcharos. Decidle a Calder el Negro que os habéis encontrado con nosotros. Decidle que he intentado ser razonable.

—¿A esto llamas ser razonable? —gimoteó el de la flecha en el hombro.

—Razonablemente razonable, al menos. Decidle que querría que hablemos, a su debido tiempo, para explicarnos cómo están las cosas. Información en beneficio mutuo y tal y cual.

El Trampero asintió despacio. No dijo lo que opinaba de la idea. No era tan tonto.

—Pues entonces nos marchamos. ¿Podemos llevarnos nuestras armas?

Trébol arqueó una ceja hacia el montón de quincalla.

—La verdad es que no es una idea muy tentadora.

—Venga, Trébol, no me hagas volver desarmado. Sería una puta vergüenza.

—Ya, pero si te pareces en algo a mí, preferirás estar avergonzado que muerto. No me apetece nada que nos persigáis.

El de la capucha de cuero parecía bastante contrariado.

—Mi espada sí que la necesito. Déjame coger mi espada.

—Os estoy diciendo que no —respondió Trébol, con toda la firmeza que pudo sin levantar la voz—. Esto no es una negociación. No se hacen excepciones. Es que no y punto.

El de la capucha parecía estar enfadándose un poco.

—Era la espada de mi padre, pedazo de…

Hubo un chasquido y Trébol parpadeó cuando la sangre volvió a salpicarle la cara. Contratiempo había partido también la cabeza de aquel mamón.

—Pero ¿qué…?

—Me sonaba un poco a agravio, jefe —dijo Contratiempo, limpiando el hacha.

—Tú y yo tenemos que hablar —le gruñó Trébol—. Los demás id tirando.

Y envió al Trampero y los demás hacia la noche con un gesto. El de la capa de cordero gimió cuando sus amigos lo ayudaron a levantarse y salieron todos deprisa hacia los árboles oscurecidos, dejando allí a sus tres muertos, sin que el del flechazo en el hombro dejara de quejarse de que le habían disparado.

Trébol dio un golpecito a la carne.

—Esto se ha echado a perder. —Le había caído el escupitajo del viejo muerto, la sangre de otros dos y de todas formas estaba poco hecho—. Parece que lo único que hago en la vida es intentar convencer a amos nuevos de que soy de fiar.

—A lo mejor, si no traicionaras a los antiguos… —masculló Sholla, rebuscando en las armas.

—¿Crees que deberíamos habernos quedado con Stour?

—No lo creo. —Cogió de la pila un cuchillo que le gustaba y se lo metió en el cinturón—. Solo digo que hay consecuencias.

—No me gusta mucho esa palabra.

—¿Cuál? —preguntó Zas.

—Consecuencias. ¿Cuál creías que era? ¿«Hay»? —Trébol negó con la cabeza—. Por los muertos, chaval, eres más tonto que los pelos del culo.

—Si han cruzado el río… —Zas aún estaba terminando de comprender dónde estaban cuando llegaron el Trampero y los

demás—. ¿No teníamos que matarlos?
—A lo mejor aún no te has dado cuenta, pero en general prefiero matar a tan poca gente como pueda. —Y Trébol lanzó una mirada cargada de sentido a Contratiempo, que tuvo el mismo impacto que una flecha en un acantilado—. Si los matamos a todos, no pueden llevar ningún mensaje a Calder, y me parece buena idea mantener abiertas las líneas de comunicación.
—¿Las líneas de qué?
Trébol suspiró.
—Que sigamos hablando. Contratiempo, ya que has hecho tú los cadáveres, diría que lo justo es que los entierres tú también.
—Joder —gruñó él, dejando el hacha—. ¿Sabes qué? Esto de matar a gente es un trabajo muy ingrato.
—Pero te sigue gustando, ¿eh? —dijo Sholla.
Trébol hizo un gesto con la cabeza hacia Zas.
—Échale una mano.
—¿Qué he hecho yo? —protestó el chico.
—Nada aparte de ser joven y negado y el más fácil de mangonear, así que ve empezando.
Zas asintió triste, viendo la evidente justicia de aquello.
—¿En qué bando estamos, entonces?
Trébol volvió a rascarse la cicatriz con suavidad.
—Es de esas preguntas que procuras no responder hasta que no te queda otra.

El político

—¿Cómo la notas?

—Duele —gruñó Leo, apretando los dientes—. Duele muchísimo. Pero si puedo levantarme con mis propias piernas en la Asamblea de Representantes, merecerá la pena. —Arrugó la frente ante el espejo mirando la barra de acero que asomaba de la pernera enrollada del pantalón, los muelles alrededor de la junta que le hacía de tobillo, la plancha curva de metal que pasaba por su pie—. Con mi propia pierna, al menos.

—¿Así que… pretendes seguir yendo?

—No voy a quedarme aquí llorando por las glorias perdidas. El futuro de la Unión se decidirá en la asamblea.

Miró a Savine en el espejo, reclinada en el diván con su amplia falda clara, con un bebé al pecho y el otro dormido a su lado. Leo aún no distinguía cuál era cuál.

—¿Estás seguro de que nos conviene… que te exhibas así? —Tenía un tono nervioso que Leo no estaba acostumbrado a oírle.

—Nunca imaginé que viviría para verte poner pegas a una exhibición.

—Y casi no viviste para verlo —dijo ella en voz baja.

Leo frunció el ceño.

—No hace falta que me lo recuerdes. Era mi cuello el que estaba en la soga. Pero me han dado voz y pienso utilizarla.

Sería una pelea muy distinta de las que solía acometer. Palabras en vez de espadas, ideas en vez de armadura, discursos en vez de cargas. Estaría allí solo, sin fieles hermanos de armas que le

cubrieran las espaldas. Pero anhelaba la victoria tanto como siempre. Más, quizá. Cada punzada en la pierna, cada palpitación en el brazo, cada mirada estupefacta a su muñón o sus cicatrices lo espoleaba.

«El dolor es el precio de hacer lo correcto», solía decir el padre de Leo. Qué raro. Le daba la impresión de que no lo había comprendido del todo hasta ese momento. A lo mejor no había comprendido nada del todo hasta ese momento. Crispó el gesto cuando probó a dar un paso y apoyó peso en el dolorido muñón.

—Curnsbick dice que podría hacerte una que pareciera más…

—¿Una pierna?

—Bueno, sí.

—Esto es mejor. Quiero que vean lo que he sacrificado. Quiero restregárselo por la cara. Supongo que podría tener una más bonita para llevarla en casa…

—Por mí no lo hagas. Me casé contigo, no con tu pierna.

—¿Lo lamentas?

—Cometimos errores. —Savine tragó saliva y miró adusta el suelo —. Cometimos errores muy graves. Pero nuestro matrimonio tiene más sentido que nunca.

No había mencionado el amor. Leo no estaba muy seguro de cuándo habían pronunciado la palabra por última vez. Antes de Stoffenbeck, eso desde luego. Recordó lo que Savine le había dicho, el día en que le pidió matrimonio. O el día en que lo hicieron sus madres. Que su matrimonio era un acuerdo de negocios. Una alianza política. Y eso era lo que iba a necesitar: socios y aliados. El amor era un lujo que no podía permitirse.

Savine estaba mirando a su bebé dormido. Al bebé de los dos. Leo reparó en que entonces sí se veía amor en sus ojos.

—Teniendo en cuenta todo lo que ha ocurrido —musitó Savine—, tenemos suerte de estar donde estamos.

Cruzar una habitación era un suplicio, mear un trabajo ímprobo y vestirse casi imposible, pero era verdad que las cosas podrían ser peores. Habían sido traidores confesos, al fin y al cabo, pudriéndose en celdas a merced del rey Orso. Y ahora Orso estaba preso en su propio palacio y ellos habían vuelto a la enorme casa de Savine, en

la vía Media. La tenían casi toda cerrada por falta de sirvientes, pero aun así era todo un lujo.

—Conocemos a gente que vive mucho peor —dijo.

—Conocemos a gente que no vive en absoluto. Tenemos que protegernos. —Savine acarició la oscura pelusa en la cabeza de su bebé. Del bebé de los dos—. Proteger a nuestra familia.

—El pueblo aún me admira. Podemos aprovecharlo. —Rebotar a hombros de aquella turba fuera del Pabellón de Interrogatorios no había sido agradable. Pero sí mucho mejor que dejarse hacer pedazos por ellos—. Eso y mi puesto en la asamblea.

Leo intentó forzar su boca llena de cicatrices a componer la relajada sonrisa de antes, la que había mostrado cuando el rey Jezal le entregara aquella espada conmemorativa desajustada, pero tenía la sensación de que hacía mil años de eso. Aún quedaba algún rastro del Joven León allí dentro, si se esforzaba.

—Esta vez no habrá temeridad. Ni vanidad. Ni sentimentalismo.

—Ni ambición desmedida —dijo Savine—. Ni riesgos. Tenemos que estar a salvo. Mirar muy bien en quién confiamos.

Leo dio un bufido.

—Sería difícil haber elegido peores amigos.

—Isher, Heugen y Barezin.

—Cobardes y necios —masculló Leo—. Aunque todavía pueden ser útiles.

—Ese salvaje de Stour Ocaso.

—Debería haberlo llevado con la correa más corta.

—Esa alimaña de Vick dan Teufel.

—Muy buena mentirosa.

Eso lo había indignado en su momento. Pero casi había pasado a admirarlo. Las cosas que había considerado defectos parecían fortalezas de un tiempo a esa parte, y las más excelsas virtudes unos fallos garrafales.

—Tu vieja amiga Rikke.

Leo arrugó la frente.

—La retuvo el mal tiempo.

—Venga, por favor. —Savine torció el labio—. Envió una carta al rey Orso con meses de antelación, advirtiéndole del plan entero. El

rey sabía que llegábamos.

Leo se clavó las uñas en la palma al apretar el puño.

—¡Esa puta zorra traicionera! —rugió, rociando de saliva el espejo —. ¡Arriesgué la vida por ella! ¿Por qué leches iba a…?

—No perdamos tiempo con lo que ya no tiene remedio —dijo Savine—. Tenemos que aprender de la experiencia y buscar mejores amigos para el futuro.

—Tienes razón. —Leo respiró hondo y aplastó la rabia. No podía permitir que se apoderase de él la primera emoción que le trajera el viento—. ¿Y qué hay de tu hombre, Broad? Es amigo de los Rompedores. Capitán del Ejército Popular.

Savine hizo un mohín pensativo.

—Demasiado amigo de los Rompedores, tal vez.

—¿Su familia aún está en Angland?

—¿Estás insinuando que los apretemos? —Savine parecía sorprendida. Escandalizada, incluso—. Has cambiado.

—Para lamentar los métodos, antes hay que ganar. —No podía aguantar más tiempo de pie, y gruñó cuando dio un paso tambaleante y la cavidad acolchada le apretó el muñón—. Y una vez ganas… ¿qué más dan los métodos?

—No habrás estado aprendiendo de mi padre, ¿verdad?

No mucho tiempo atrás, Leo habría considerado a Sand dan Glokta su opuesto absoluto. Siseó de dolor mientras se dejaba caer en una silla encarada hacia ella.

—Ese hombre gobernó la Unión durante treinta años. Es el héroe que aspira a ser todo tullido. Aún debe de conocer a personas útiles. Cosas útiles. ¿Dónde está?

—Con la cabeza bien agachada y sin intención de sacarla, diría yo. Y en cuanto a maese Broad, estoy en deuda con él y su familia. Me salvaron la vida en Valbeck.

—¿Quién ha cambiado ahora? —Se echó hacia delante con esfuerzo para manipular las hebillas que le sujetaban la pata de hierro—. Creía que no te andabas con sentimentalismos.

—Siempre he saldado mis deudas. Es bueno para el negocio. —Lo miró muy seria, arrugando la cicatriz de la frente, y se apretó a su bebé. Al de los dos. Fuera el que fuese—. Y ya puestos a evitar el

sentimentalismo, los Broad no son la única gente aprovechable que queda en Angland. ¿Qué sabemos de tus viejos amigos Glaward y Jurand?

Leo se quedó petrificado. La imagen de los dos arrodillados en una alfombra gurka le saltó a la mente, y no por primera vez. Glaward aferrando la sábana con los puños, sus ojos cerrados con fuerza. Jurand abrazado a su espalda, con los dedos enredados en su pelo, mordisqueándole la oreja. La cara de placer que tenían los dos…

—¿Crees que necesito niñera? —restalló, expulsando la visión de su mente—. ¿Alguien que me impida meterme en líos?

—Creo que necesitamos a gente de fiar a nuestro alrededor —dijo Savine—. No llegaste a contarme qué pasó entre vosotros tres.

Leo torció el gesto y siguió abriendo las hebillas. Fingió estar asqueado. Estaba asqueado. Cómo no iba a estarlo.

—Que los pillé follando —dijo, tratando de sonar como si apenas le importara, aunque notaba el corazón acelerado—. En Sipani.

—¿No es eso lo que hace la gente en Sipani? ¿Follando con quién?

Leo carraspeó.

—Entre ellos.

—Aaah… —Savine cerró los ojos un instante e hizo un leve asentimiento, como quien acaba de encontrar la solución evidente a un acertijo—. Eso explica muchas cosas.

Leo frunció el ceño. ¿Explicaba que estuvieran peleados o explicaba algo… más?

—¿No te sorprende?

—En los negocios te encuentras con toda clase de personas. —Estaba atareada intentando volver a meter el pezón en la boca del bebé—. Tienes que separar sus preferencias de su valor. Imagínate lo mucho que habría dejado de ganar si no me hubiera asociado con Curnsbick.

Leo alzó la mirada de las hebillas.

—¿El gran maquinista? ¿El padre de la nueva era? ¿Se…?

«¿Se folla a hombres?». Las palabras se atascaron en la boca seca de Leo y parecían negarse a salir. Savine levantó las cejas.

—¿Es que no has visto esos chalecos que lleva?
—Creía que estaba casado.
—También lo estaba la reina Terez, y por lo que cuentan se ha ventilado más coños que su hijo. Jurand es listo, muy buen organizador. Y Glaward es leal y diligente. Si hubieran estado con nosotros en Stoffenbeck…
—¿Podríamos haber ganado? —espetó Leo.
Savine lo dejó pasar con un encogimiento de hombros.
—Tienen la clase de fidelidad que no puede comprarse.
—Pensaba que tú podías comprarlo todo.
—Yo también lo creía antes. —Volvió a mirar ceñuda al suelo—. Resulta que me equivocaba.
—Jamás pensé que viviría para oírte reconocer eso. Sí que has cambiado.
—He tenido que hacerlo. —Se entrevió un atisbo del viejo hierro cuando los ojos de Savine subieron hacia los suyos en el espejo—. ¿Crees que podrás superarlo?
El recuerdo burbujeó de nuevo hasta la superficie, pero era el pelo de Leo en el que estaban enredados los largos dedos de Jurand, y la oreja de Leo la que estaba mordiendo, en la que susurraba, y las piernas de Leo hacia las que llevaba la mano entre…
—¿Leo?
Volvió un hombro hacia su esposa para que no le viera el aluvión de sangre en la cara. Y no solo en la cara.
—Supongo… que tendré que separar… sus preferencias de su valor.
Lo cierto era que le gustaría tener a su lado a alguien de confianza. Alguien capaz de hacerlo sonreír de nuevo, incluso. Con un gruñido de alivio, por fin destrabó la última hebilla y la pata de hierro cayó con estruendo al suelo.
—Escribiré a Jurand.
—Bien. También tú has cambiado.
Savine se quitó del pecho al bebé, que parpadeaba extasiado, y lo dejó al lado del otro. Estaba arreglándose el vestido cuando este se removió y empezó a gemir. Savine apretó los dientes y empezó a desabotonarse de nuevo.

Leo hizo una mueca, apartó la mirada y logró incorporarse sin quedar en ridículo. Por suerte, tal vez, no había nada que encontrara menos excitante que las tetas hinchadas, venosas y rebosantes de su esposa.

—Deberías buscar una nodriza —dijo. O por lo menos, debería hacer aquello en algún lugar donde él no tuviera que verlo.

—Quiero darles yo el pecho.

—Bueno, en eso vas en armonía con los tiempos. —Leo se frotó con mucha suavidad el palpitante muñón—. En la asamblea no paran de parlotear sobre las responsabilidades propias de una ciudadana. El sublime deber de la maternidad, lo llama Risinau.

Savine bufó.

—Que se joda ese imbécil.

Había un espacio verde fuera del Agriont donde habían tomado por costumbre tirar las viejas estatuas. Los lores y las damas sin nariz, sin manos, sin piernas que antaño se habían alzado ante los palacios gobernaban ahora una extensión de hierba desigual, que olía a las algas podridas que quedaban al fondo del foso drenado. Aquí y allá, algún monstruoso remanente de las famosas estatuas de la vía Regia se destacaba por encima del resto. Una mano gigantesca. Una poderosa bota. Media majestuosa expresión de desprecio.

Leo se había esforzado demasiado, como de costumbre. Estaba sentado en el puño de Harod el Grande, con la pata de hierro estirada por delante. Se moría por quitarse aquel puto instrumento de tortura, pero dudaba mucho que pudiera volver a ponérselo sin ayuda. Miraba a los obreros en sus inestables andamios atacando a cincel las almenas del Agriont, en una inacabable, inútil e imposible tarea de demolición. Ya refrescaba bastante por la mañana y Leo se arrebujó en el chaquetón y se sopló vaho en la mano buena. Ni siquiera allá arriba en el Norte había acusado mucho el frío. En los últimos tiempos le calaba hasta los huesos a todas horas.

Oyó unas pisadas aplastando la hierba escarchada y agarró el bastón para levantarse.

—Presidente Risinau…

—¡No te levantes, ciudadano, no hace falta!

Leo se recostó con cierto alivio. Ponerse en pie no era tarea fácil. Vio que los adustos guardias del presidente tomaban posiciones, inmóviles como las estatuas rotas.

—Gracias por recibirme.

—¡Nos honra contar con un héroe de tu talla entre nosotros!

¿Alguna vez salía una verdad de la gorda boca de aquel cabrón? No tenía el menor respeto por Leo, y sus causas jamás se habían parecido en nada, pero aún quedaba gente dispuesta a vitorear al Joven León y Risinau quería ese apoyo. Los suyos propios ya empezaban a derrumbarse.

—El honor es mío —dijo Leo, devolviéndole otra mentira—. El honor de que se me conceda un puesto en la Asamblea de Representantes. Un lugar en tu gran empresa.

—No provoqué todo esto solo para que los opresores y los oprimidos se cambiaran de sitio. ¡Es la igualdad lo que pretendo! La verdadera igualdad. —Y Risinau se pasó unos dedos satisfechos por las ricas pieles que llevaba—. Todos deben estar representados en la asamblea. Incluso aquellos a los que una vez pudimos considerar rivales. Incluso aquellos a los que una vez pudimos considerar enemigos. Mira a nuestro alrededor si no. —Y señaló la enorme cabeza calva de Bayaz, de lado sobre la hierba, con un optimista y pequeño tallo de hiedra ascendiendo ya hacia su pétreo labio superior—. Un cementerio de ideas. ¡Las mentiras del pasado apartadas por fin, para despejar el camino hacia el futuro de todos!

—Y la nación te lo agradece —dijo Leo—. No soy lo que se llamaría una persona elocuente…

—¡Estás subestimándote! —Risinau meneó un dedo delante de él —. Estoy sumamente impresionado por tus contribuciones a la asamblea hasta el momento.

—Solo soy un soldado que no se anda con rodeos. O… lo era.

—¿Y ahora?

—Y ahora… —Leo calló un momento. Saltaba a la vista que ya no era un soldado. Y la franqueza, igual que el amor, era un lujo que no podía permitirse—. Supongo que soy… político. —No mucho antes

se habría tomado la palabra como un insulto, pero el dolor constante hacía milagros para cambiar la perspectiva—. Y padre.

—Mellizos, según tengo entendido. ¡Una bendición por duplicado! Dale la enhorabuena a tu esposa de mi parte. La mayor contribución que una mujer puede hacer a la nación es el fruto de su vientre, ¿no estás de acuerdo?

—Ella sin duda lo está. —Leo sonrió al imaginarla dándole una patada en la cara por su puta desfachatez—. La paternidad me ha hecho pensar en el mundo que dejaré a mis hijos. La verdad es que… estoy preocupado por Angland.

—También yo —dijo Risinau—, también yo.

—Se ha abierto una brecha entre Midderland y las provincias. Me culpo a mí mismo, en parte. Pero es algo que viene de muy lejos. Y no quiero que esa brecha se ensanche. Sería una calamidad que mi provincia natal pudiera… separarse de la Unión.

—Impensable —dijo Risinau, con el más leve destello de peligro en los ojos.

—Muy cierto. Cuando era gobernador allí… —Leo no pensaba que la palabra «lord» fuese a ayudar en nada—. Intenté hacer avanzar a Angland. —O mejor dicho, Savine lo había convencido de fingir que lo intentaba—. Nuevas leyes laborales, tributos más justos.

—Soy muy consciente de tus admirables esfuerzos.

—Pequeños pasos, en comparación con todo lo que has logrado tú. Pero me gustaría ayudar a que completen el camino. A que entierren el pasado. —Hizo un gesto hacia la cabeza caída de Bayaz, igual que había hecho Risinau—. Para guiarlos hacia el futuro que estás construyendo.

El presidente se llevó la yema de un dedo a sus pensativos labios fruncidos.

—¿Crees que puedes traer a tus antiguos compatriotas de vuelta al redil?

—Debo intentarlo. Permíteme escribir a mi madre. Garantizarle tus buenas intenciones. Asegurarle que yo mismo, y mi esposa, y sus nietos, estamos aquí como firmes creyentes en tu causa. —Leo hizo una mueca al apoyar peso en el bastón y levantarse, para

hablar como dos amigos—. Permíteme traer a hombres que piensen como nosotros para representar a la provincia en la asamblea. Hombres de fiar. Hombres francos. Hombres que puedan ver con sus propios ojos los beneficios de los cambios que estás haciendo. Los cambios que estamos haciendo. Hombres que puedan apoyarnos y defender nuestra causa al regresar a casa.

Se hizo el silencio mientras Risinau estudiaba a Leo con aquellos ojos pequeños y negros. El viento frío se revolvía entre las estatuas quebradas. Los cinceles golpeteaban de fondo. Antes Leo siempre se notaba inquieto. Seguir un argumento le resultaba doloroso. Quedarse sentado era toda una tortura. Pero entonces había descubierto lo que era de verdad la tortura, y estaba encantado de esperar. Cuando todo movimiento dolía, uno llegaba a agradecer un poco de quietud.

Entonces Risinau sonrió.

—Joven León, temía que fueses a ser un obstáculo para nuestro Gran Cambio. Sabía que te necesitábamos, por tu popularidad entre el pueblo y entre los nobles, por tu valor para tu madre, ¡mas estaba seguro de que tendría que arrastrarte por la fuerza con nosotros al futuro! —Agarró a Leo por los hombros, enviándole una oleada de dolor pierna abajo—. ¡Ahora veo que tengo en ti a un espíritu afín!

Y tiró de Leo hacia él, hacia su olor a sudor y agua de rosas, y le plantó dos besos en las mejillas. Leo tuvo que contenerse para no soltar un cabezazo al muy cabrón en su gorda cara. En vez de eso, siguió el ejemplo de Savine y le dedicó su mejor sonrisa.

—Los dos somos padres. Yo he traído a dos niños al mundo, pero tú has traído una nueva nación.

—¡Una metáfora de lo más apropiada, Joven León! No existe parto sin dolor. Sin sangre. Sin riesgo. ¡Pero son motivos de gozo pese a ello!

—Sin embargo, los recién nacidos son frágiles —dijo Leo—. Hay que protegerlos.

—Cuánta perspicacia. —Risinau lo miró con algo parecido a la admiración—. ¡Cuantísima perspicacia! ¡Escribe tus cartas, ciudadano Brock! Yo me encargaré de enviarlas. ¡Caminaremos juntos hacia el nuevo futuro!

Dio una palmada a Leo en el hombro, se volvió y se marchó a zancadas seguido de sus guardias.

—Llegaremos a saltitos, por lo menos —murmuró Leo.

Al bajar la mirada, vio que su brazo inútil se había soltado sin que se diera cuenta siquiera, que la mano blanquecina pendía en el aire. Tuvo que ir como pudo hasta la cabeza de Bayaz y apoyarse con torpeza en la nariz del mago, resollando, para lograr meterse la mano de nuevo entre los botones del chaquetón.

Ira

—Pero si es la inspectora Teufel.

Gunnar Broad no había perdido nada de corpulencia. Seguía llevando los anteojos y el tatuaje de escalador de asalto. Pero, de algún modo, parecía más duro. O quizá los tiempos duros le habían consumido toda la blandura y revelado al hombre de debajo.

—Pero si es el capitán Broad.

Broad miró apesadumbrado las insignias de rango que llevaba en la manga.

—Ni idea de cómo llegó a pasar esa estupidez en particular.

—Podría decirse lo mismo de casi todo en estos tiempos.

Vick se puso las manos en las caderas, apretó con el pulgar en la que tenía agarrotada y miró al otro lado del puente con ojos entornados. Aún no los veía, pero ya alcanzaba a oírlos. El familiar sonido de la ira viniendo de camino.

—Parece que no dejamos de encontrarnos —dijo—. Y siempre en circunstancias de mierda.

—Son las únicas que tengo yo. —Broad se limpió las lentes y volvió a engancharselas con cuidado tras las orejas—. Tampoco es que merezca nada mejor, supongo.

—Bueno, me alegro de que no me guardes rencor. —Vick recordó su anterior encuentro, en un desayuno del matrimonio Brock, antes de la Batalla de Stoffenbeck. Nobles combatiendo contra un rey. Parecía un mundo distinto—. La última vez que nos vimos me llamaste traidora.

—Sí, ya, en la vida he dicho muchas gilipolleces sin demasiado

sentido.

Ya veía a la gente, saliendo con paso pesado de la tiniebla al otro lado del puente. Era difícil saber si era una protesta, una huelga o una revuelta. Más difícil que nunca. Iban armados, en cierto modo. Herramientas y tablones y varas. Uno llevaba un pico con una ristra de salchichas colgando. No eran armas de batalla, en términos estrictos, pero que se lo dijeran a quien acabase de recibir un golpe en la cabeza de un martillo de herrero. Parecía que muchos estaban borrachos, pero también era lo normal en los tiempos que corrían. La bebida era lo único que seguía siendo barato.

—Recordad que son solo personas, ¿eh? —dijo Vick hacia atrás —. Intentad no matar a nadie.

—¿Crees que ellos tienen las mismas órdenes? —murmuró Broad, pasándose el escudo por el brazo y asiendo la enarma.

Vick lo dudaba mucho. Había bastante gente vestida de rojo. Sombreros rojos, mangas rojas, chaquetas salpicadas de pintura roja. Quemadores, por tanto. O al menos, expresaban sus preferencias en la dirección de la quema. Cada vez se veían más de esos. A la gente se le estaba agotando la paciencia. ¿Y cómo culparla?

—Menudo montón de cabrones —musitó Sebo, asomándose para mirar desde detrás de Vick.

Le habían dado un uniforme de alguacil y una porra de alguacil, pero costaba imaginarlo haciendo gran cosa con nada de ello al verlo escudriñar el otro lado del puente con sus ojos grandes y tristes.

—Quédate detrás del capitán Broad —le espetó Vick. A decir verdad, detrás del capitán Broad empezaba a parecerle un lugar muy atractivo en esos momentos.

—Parecen muy enfadados —graznó Sebo.

No era fácil saber por qué estaban enfadados en concreto. Seguro que cada cual tenía su propia fórmula. El precio del pan. El precio de la vivienda. El precio del combustible con el tiempo cada vez más frío. Salarios demasiado bajos, turnos demasiado largos, demasiadas leyes o demasiado pocas. Pike les había enseñado a todos una lección: que si había la suficiente gente lo bastante

furiosa, podían cambiar las cosas. Y la ira había pasado a ser la solución para todo.

El Gran Cambio había sido una cesta de sueños. Un ramillete de promesas. De todo, para todos. Lo cual era estupendo hasta que, contra todo pronóstico, los Rompedores habían ganado. Entonces, de repente, ya no bastaba con que se produjera un cambio, sino que debía ser un cambio hacia algo. El problema era que cuando se intentaba concretar al muy hijo de puta, amoldarlo en forma de políticas, con sus costes además de sus beneficios, sus perdedores además de sus ganadores… en fin, entonces resultaba que nueve de cada diez personas descubrían que el Gran Cambio no era el cambio que habían querido y te lo tiraban a la puta cara.

—Podría llegar a hartarme de la sabiduría de las multitudes —susurró Vick para sí misma.

Sebo tenía razón: había un montón de gente y todos parecían enfadados. Vick sintió el deseo acuciante de mirar hacia atrás y contar a los hombres de Broad, pero mantuvo la mirada fija hacia delante, los pies separados y firmes sobre el suelo. Se dijo que aquel puente le pertenecía.

—¿Atacamos ya? —oyó que mascullaba Broad.

Una parte enorme de Vick quería responder que sí, pero la contuvo. Alguien tenía que hacerlo.

—Probemos antes a hablar.

—Me da en la nariz que esto no se resolverá con palabras.

—Pero tampoco dejarán a nadie tullido —murmuró ella, y luego vociferó, tan alto como pudo y rociando saliva—: ¡Hasta ahí ya es suficiente!

La muchedumbre se apiñó indecisa al principio del puente, mirándola malencarada desde el otro lado de los húmedos adoquines mientras empezaban a caer las primeras gotas de una lluvia gélida. Eran una mezcla variopinta. Un anciano encorvado sin zapatos. Un chaval flacucho con las mejillas hundidas rojas por el frío. Una chica embarazada que se tapaba la cabeza con un boletín de noticias.

—¡Soy la inspectora jefe Teufel! —gritó Vick—. Me envía el comisario Pike. El Tejedor en persona, ¿me oís?

Hubo murmullos, pero ningún ceño se relajó. Vick apretó los dientes y respiró hondo.

—¡Escuchad, lo entiendo! ¡Estáis decepcionados! ¡Estáis frustrados! ¡Afrontémoslo, joder, estáis furiosos! Creedme, yo también.

Una mujer se abrió paso a codazos entre la aglomeración. Grandes puños rosados aferrando una paleta de madera. Era lavandera. Solían ser duras. Vick supuso que, si ella se pasara el día con las manos metidas en agua caliente, también estaría furiosa.

—¡No queremos palabras! —aulló la lavandera—. ¡Queremos pan!

Llegó un gruñido de aprobación desde la multitud, y un anciano meneó una pancarta, y una niñita subida a hombros de alguien chilló: «¡Abajo con el puto Consejo Cerrado!», con cierto retraso porque ya habían ahorcado unas semanas antes a todos los que pudieron atrapar.

Vick levantó una mano abierta, esperó a que cesara el ruido y luego clavó la mirada en aquella lavandera y se devanó los sesos buscando las palabras adecuadas. Las que Malmer podría haber escogido. Las que Sibalt podría haber encontrado.

—Lo comprendo —dijo, y era verdad, por cierto—. Se os prometió un mundo mejor y lo único que tenéis hasta ahora es la misma mierda de siempre. Las promesas no os llenan la barriga. Las esperanzas no os calientan la casa. ¡Estáis cansados de que os mientan! Creedme, yo también. —O estaba cansada de mentir, al menos. Joder, qué harta estaba—. ¡Pero ahora tenemos una oportunidad! —Era absurdo que le correspondiese a ella, que jamás se había permitido tener esperanzas de nada, tratar de invocar algún tipo de optimismo en aquellos cabrones, pero Vick puso todo el empeño, con la voz quebrada—. La oportunidad de construir algo mejor. Solo hay que tener paciencia. Hay que…

Llegó algo rodando por los aires desde el gentío, falló a Vick por un paso e impactó contra el escudo de un hombre de Broad. En ese momento estuvieron todos a punto de cargar. Vick sintió su furia, más difícil de contener que de liberar, como perros tirando de la correa, pero levantó una mano temblorosa e hizo un último intento,

predicando paciencia mientras la de ella se iba evaporando a marchas forzadas.

—¡Volved a casa! —Su voz sonó como un gruñido de advertencia y Vick dio un paso adelante, arrastrando las suelas de las botas contra los adoquines mientras, con las manos a la espalda, se ponía la nudillera—. Porque una cosa os digo: quien intente cruzar este puente va a lamentarlo.

—¡A lo mejor eres tú quien lo lamenta! —exclamó un mamón con pinta de fullero, que llevaba un sombrero alto con el fieltro desgastado y un pedazo de barandilla vieja en la mano—. ¿Se te había ocurrido?

—No será la primera vez —ladró Vick.

Llegó otro objeto volando. Una botella, tal vez. Vick la esquivó rauda y la botella pasó de largo y se estrelló detrás de ella, y ahí terminaron los intentos de razonar. Como si se tratara de una señal, los dos bandos se lanzaron a la carga entre gritos y se encontraron en el centro del puente con un fragoroso estrépito de porras y patas de silla y herramientas de trabajo.

La lavandera fue directa hacia Vick, levantando la paleta.

—¡Que te jodan!

—Que te jodan a ti.

Vick esquivó la paleta y dio un puñetazo a la mujer en la garganta con la nudillera que la dejó agarrándose el cuello con los ojos desorbitados. La jugada segura habría sido ir a la rodilla y derribarla, pero Vick tampoco era inmune a la ira.

Cuando la turba invadió el Agriont, saqueó sus parcas habitaciones. Se habían llevado lo que podían llevarse, que no era mucho, habían destrozado lo que podían destrozar, que no era mucho más, y habían dejado aquel ridículo libro que tanto le gustaba a Sibalt hecho trizas en el suelo. Eso la había llenado de una extraña furia.

Así que Vick soltó un puñetazo en la cara a la muy zorra que le echó la cabeza hacia atrás, le atizó otro y la lavandera tropezó con la pierna extendida de alguien y dio fuerte contra el suelo. Intentó levantarse, con sangre manando de la nariz, y Vick le plantó una bota en el pecho y la empujó de nuevo hacia abajo.

—Limítate a lavar ropa —dijo.

Quizá fueran muchos, y quizá estuviesen iracundos, pero en el puente no había forma de que los sublevados pudieran hacer valer su superioridad numérica. Los hombres de Broad eran todos veteranos y habían formado una línea blindada, empujaban con los escudos, descargaban las porras, pasando sobre los caídos sin distinguir entre culpables y transeúntes, entre alborotadores y manifestantes, pisoteándolos a todos por igual.

Vick oyó gritos más atrás, cuando los alguaciles que había enviado dando un rodeo salieron de una calle lateral contra el flanco de los insurgentes. Los dispersaron como a una bandada de estorninos, sus provocaciones convertidas en gemidos, soltando armas y panfletos y comida robada, aplastándose unos a otros, presa del pánico, derribando a un hombre por encima del parapeto que cayó chillando al canal. Allí estaba la sabiduría de las multitudes, y el coraje de las multitudes también.

—¡Muy bien! —bramó Vick, subiendo de un salto al parapeto y gesticulando con los brazos—. Ya basta. —Vio que un alguacil tenía una expresión de puro gozo en la cara mientras se liaba a puntapiés con un chaval escuálido—. ¡He dicho que ya basta!

Lo apartó de un tirón y casi se llevó un codazo en la cara como recompensa.

La ira podía estallar en un instante. Pero también podía desvanecerse a la misma velocidad. A los que no estaban huyendo daba pena verlos. Todo cabezas gachas y labios trémulos, como niños sorprendidos hablando después de la hora de dormir. Vick agarró a Sebo por el hombro.

—Detén a unos cuantos cabecillas. ¡Y que alguien saque a ese idiota del canal!

Sebo la miró parpadeando.

—¿Cómo voy a saber quiénes son los cabecillas?

—Serán los que tú señales.

Broad arrastraba al de la pinta de fullero por la chaqueta, ya sin sombrero y sangrando por un corte en la cabeza.

—¡Serás zorra de…! —gritó a Vick.

Broad le hundió el puño en el estómago y lo dejó doblado.

—Un poco de respeto.

Lo levantó, lo zarandeó como a un pelele y las puntas de sus botas rasparon los adoquines.

—¡Se suponía que íbamos a ser libres! —gimoteó el hombre, con un hilo de baba colgándole del labio.

—Resulta que la libertad requiere límites. —Vick señaló con el mentón hacia el Agriont, si es que aún se llamaba así—. Llévate a este gilipollas al Pabellón de la Verdad.

Broad sacó un folleto del bolsillo del hombre y lo envió de un empujón hacia los alguaciles para que le pusieran grilletes.

—Es de Sworbreck, me parece.

—Déjame adivinar —dijo Vick mientras Broad escrutaba las páginas mal impresas a través de sus anteojos—. El Gran Cambio no ha resuelto todos los problemas, así que la solución será más de lo mismo.

—Esa es la idea general —respondió Broad, arrugando el papel en su enorme puño y tirándolo lejos—. Buen discurso el que has dado, por cierto.

Vick se sacó la nudillera de los dedos doloridos y contempló ceñuda el desastre que la rodeaba.

—No ha servido de mucho.

—A mí un poco sí. No se llena la barriga con promesas. —Broad se subió los anteojos por el caballete y asintió despacio—. Me ha recordado a Malmer.

Vick hizo una larga inspiración por la nariz.

—Y ya ves cómo acabó él.

—Lo de ahí fuera es un caos —dijo Vick con brusquedad.

Aún estaba cabreada. Como si la hubieran engañado. Para que creyera que las cosas podían ser distintas. Cuando lo cierto era que se había engañado ella misma.

El comisario Pike le devolvió una mirada tranquila desde el otro lado de la mesa. En la misma sala desnuda y austera desde la que el archilector Glokta había gobernado la Unión, donde parte del mobiliario aún lucía las cicatrices del día en que cayó el Agriont.

Tras los grandes salones espejados, tras las cortinas de terciopelo, tras las fachadas bañadas en oro, parecía que las verdaderas decisiones siempre se tomaban en salas desnudas y austeras.

—Tengo entendido que se han producido algunos disturbios —dijo monótono Pike, con su habitual don para restar importancia a los sucesos.

—El otro día una turba ahorcó a dos comerciantes de carbón. Ya estaban vendiéndolo tan barato como podían. Los precios están más altos que antes del Gran Cambio, más altos que nunca. Entró gente en la tienda y pagó lo que consideraba justo. Entonces alguien dijo que eran unos especuladores. Así que los colgaron. Después marcharon calle arriba, hacia el harinero.

—¿Y cometieron actos vandálicos contra esa persona?

—Por suerte para él, me interpuse yo.

—Que, por lo que puedo ver, tampoco te han colgado.

—Por suerte para mí, había por allí algunos Rompedores que sabían romper manos además de cadenas.

—Siendo así, llévate a unos cuantos la próxima vez.

—¿Y así se soluciona? ¿Con hombres armados en la calle? ¿No era ese el problema del antiguo régimen?

—No podemos culpar de todo al antiguo régimen. Algunos problemas, y también algunas soluciones, se reducen a… la forma de ser de la gente. No podemos hacernos ilusiones, tú y yo, con todo lo que hemos visto, sobre cómo es la gente.

—¿La idea de todo esto no es hacer que mejoren?

—Con el tiempo, inspectora. Gradualmente. No debemos dejarnos distraer. Aún queda mucho trabajo por delante. En la burocracia. En los bancos.

—¿En serio?

—La corrupción ha carcomido hasta el último recoveco de la sociedad en la Unión. Nadie podrá ser libre de verdad hasta que todo eso arda. Y lo reemplacemos con instituciones… puras.

—¿Acaso eso existe?

Pike hizo aquella contracción de la boca quemada que pasaba por una sonrisa.

—Cuánto cinismo, inspectora. Es lo que hace de ti una

investigadora tan efectiva. Pero estamos cambiando el mundo. Siempre habrá… dolores con la dentición.

—Estamos hablando de tenderos muertos, no de dientes. Hay zonas de la ciudad en las que no entramos de noche. Hay zonas en las que tenemos que pedir permiso a los Quemadores para entrar a cualquier hora.

Pike dejó escapar un tenue suspiro, como si los tenderos muertos fuesen un subproducto inconveniente, como la escoria de una fundición.

—Nunca me pareciste de las que se preocupan, inspectora Teufel.

—Por eso, cuando me preocupo, deberíais tomarme en serio.

—Me tomaría más en serio si cabe tus soluciones.

Eso dejó callada a Vick. En todos los años que había pasado trabajando para Glokta, el archilector no le había pedido soluciones ni una sola vez.

Pike estaba observándola, con los ojos duros como el pedernal.

—Puedes expresarte con entera libertad.

—¿Sin consecuencias?

—Sin consecuencias. Una solución no es más que una opinión. —Miró con el labio torcido en la dirección de la Rotonda de los Comunes—. Y de esas, tenemos excedente.

—¡Risinau debe desaparecer! —soltó Vick, dando un golpe en la mesa de Pike con la dolorida mano abierta. Quizá estuviera saltándose todas sus normas, pero ya no había vuelta atrás—. No tiene la menor comprensión. No para de parlotear sobre liberar a la gente, como si fuese la solución a todos los problemas. Pero lo único que ha hecho es darles la oportunidad de matar a todo aquel a quien echen la culpa.

—Alguien debe liderar, inspectora. ¿A quién nombrarías tú presidente?

Vick sabía que no podía decir lo que estaba empezando a pensar, que el Gran Cambio corría peligro de convertirse en un cambio muy a peor y que el rey Orso empezaba a parecer un modelo de liderazgo. Se conformó con la segunda mejor opción. O con la segunda menos mala, tal vez.

—Vos sois el Tejedor. Vos empezasteis esto.

—Para entregar el poder al pueblo, no para hacerme yo con él. Nunca he querido estar al mando.

—¿Y puedo preguntaros qué queríais?

—Lo mismo que tú. Lo mismo que todos nosotros. —No sonrió. No torció el gesto—. Un mundo mejor.

Oportunidades

Antes Savine solía revolotear de una cita a la siguiente. Cada día era un mosaico de reuniones organizadas con pulcritud, una compleja danza marcada por la melodía del libro de contabilidad y el reloj, un interminable remolino social alimentado por el polvo de perla. Su casa había sido un mero lugar en el que dormir y vestirse para el siguiente acontecimiento social, ocupaciones que le llevaban más o menos la misma cantidad de tiempo. Pero Savine ya no sabía muy bien cuánto hacía que no salía a la calle. Desde antes del parto, eso seguro.

Se decía a sí misma que era porque no podía encontrarse ni una pizca de polvo de perla que llevarse a la nariz en toda la ciudad. Había registrado todas las cajitas y cajones y se había racionado las menguantes existencias tanto como pudo, pero al final se le había terminado y, sin él, estaba inquieta e indolente a la vez y no se le pasaba el dolor de cabeza.

Se decía a sí misma que no tenía nada que ver con el miedo. No sentía una oleada de pavor enfermizo cuando se planteaba cruzar el umbral. No tenía que tragarse los recuerdos de la sublevación en Valbeck, ni del campo de batalla en Stoffenbeck, ni de la caída del Agriont.

Se decía a sí misma que podía salir cuando le diera la gana. Pero ¿para qué? Allí dentro tenía todo lo que necesitaba.

Sonrió a Ardee, que dormía como un tronco en su cuna. Podía pasarse horas enteras mirándolos dormir. Horas enteras sentada con ellos encima. Besarles la pelusa oscura de la cabeza sin parar y

deleitarse con la sensación cada vez. Era ese olor que tenían. Esa suavidad. Esa inocencia aún no formada que…

Sonó la campanilla en la planta baja y tuvo una punzada de pánico, se volvió de sopetón con una mano bajo el cuello, con la boca agria de terror. Apenas sabía siquiera qué enemigos podía esperar. Fue a la ventana, a duras penas se atrevió a entreabrir la cortina con un dedo, a mirar la avenida que antes se llamaba la vía Media. Tenía entendido que aún estaban discutiendo sobre su nuevo nombre en la asamblea.

Era mejor no mencionar nada a menos que estuvieras segura del lenguaje adecuado. Cada día traía consigo nuevas palabras erróneas que había que evitar. Nuevas ideas que no concordaban con el Gran Cambio. Todo el mundo era libre de decir lo que quisiera, por supuesto. Solo había que ir con cuidado por si te ahorcaban.

Reinaba un silencio espeso allí fuera. Savine no dejaba de aguzar el oído en busca de la primera señal de una multitud enfurecida. De ese primer aviso antes de los disturbios y la violencia. No estaba durmiendo bien, eso era todo. Los mellizos eran muy exigentes. Y no había ni una pizca de polvo de perla en toda la ciudad. Dejó caer la cortina y dio una brusca media vuelta al oír la voz de Zuri.

—He encontrado a dos mendigos por la calle —dijo, con la insinuación de una sonrisa juguetona—, y mi maestro de escrituras siempre me explicaba que la caridad es la primera de las virtudes, así que se me ha ocurrido traérmelos.

El alivio inundó a Savine cuando Zuri abrió del todo la puerta para revelar a sus dos hermanos. El Gran Cambio no parecía haberlos cambiado a ellos, por lo menos. Haroon parecía tan sólido y serio como siempre, Rabik igual de bien afeitado y sonriente.

Su primer impulso fue el de correr hacia ellos y abrazarlos. Hasta dio un paso adelante antes de recobrar la compostura.

—No podría alegrarme más de ver a nadie —dijo, y de verdad lo sentía.

Haroon hizo una inclinación.

—Estamos encantados de regresar con vos.

—Y de veros tan bendecida. —Rabik se agachó hacia la cuna de

Harod echándole besitos y luego miró sonriente la de Ardee—. Bendecida por partida doble.

—Lamento que nos costara tanto volver. Os estuvimos buscando después de la batalla, pero…

—Soy yo quien debería disculparse —dijo Savine—. Vinisteis a la Unión para huir de la locura del Sur y mira lo que os encontráis. —Tuvo que secarse los ojos con la muñeca—. Hemos creado la nuestra propia. —De más joven era muy probable que hubiera pasado diez años sin derramar ni una sola lágrima. En los últimos tiempos apenas transcurría una hora sin que algo le diera ganas de llorar—. No sabéis lo mucho que significa… tener amigos cerca en los que puedo confiar. Tener…

Sonó de nuevo la campanilla abajo y Savine sintió la oleada de pánico. No había nada que temer, claro, pero mientras Zuri bajaba a abrir Savine tuvo que obligarse a apartar la mano del pecho.

—Dicen que Dios nos coloca a todos donde debemos estar —afirmó Haroon en voz baja.

—¿Y tú lo crees? —La voz le salió ansiosa. Al no tener convicciones propias, por lo menos quería creer en las de alguna otra persona.

—Antes creía que mi fe era inquebrantable. Cuando era soldado… —Haroon hizo una leve mueca, como ante un sabor desagradable—. Hice cosas en nombre de Dios sin dudar ni una sola vez. Cosas… que luego he lamentado mucho.

—Todos tenemos remordimientos —musitó Savine. Por lo menos Haroon podía responsabilizar a Dios de los suyos. Ella solo podía culparse a sí misma.

—La fe debe sacudirse de vez en cuando, o se torna rígida. Se convierte en excusa para cualquier atrocidad. Lo que creo ahora es que los justos… deberían dudar siempre.

Rabik cogió la mano de Savine entre las suyas y sonrió. Qué sonrisa tan abierta, sincera y bonita tenía.

—Debemos tener fe unos en otros —se limitó a decir. Bastó para que Savine también sonriera.

—Ha venido el ciudadano Kort —dijo Zuri desde la puerta.

—¿Kort?

El apellido emergió desde un pasado lejano. Como si acabaran de anunciarle una visita del gran Juvens. Savine intentó en vano arreglarse la peluca, reunir unos pocos jirones de su antigua confianza en sí misma mientras los hermanos de Zuri salían de la habitación.

—Hazlo pasar, supongo.

—¡Lady Savine!

Kort había prosperado, eso era evidente. Su ropa era de corte simple, por supuesto, ya que la sencillez estaba de moda, pero Savine reconocía la tela cara a simple vista, y el alfiler con el motivo de la cadena rota que llevaba para mostrar su lealtad al pueblo llano tenía pequeños diamantes engarzados.

—Ciudadana Savine —lo corrigió ella.

Antes sabía calibrar la sonrisa con la precisión de un artillero enfilando la boca de su cañón. En esos momentos la notó burda en la cara, como un antiguo par de botas favorito que ya no entraba bien del todo.

Los ojos de Kort se desviaron un instante a la cicatriz que tenía en la frente, sin que le flaqueara ni un ápice la sonrisa.

—Sea cual sea el tratamiento, te veo tan hermosa como siempre.

Hábiles palabras, dado que Savine llevaba un vestido de amamantar que parecía un saco, tenía la cara embotada por la falta de sueño y no se había puesto polvos ni pintura. Su antigua ropa no le entraba mejor que su antigua sonrisa. Unos días antes había intentado embutir su cuerpo de madre en el vestido más suelto que tenía y le había costado creer lo delgada que debió de estar una vez.

Kort le cogió la mano en aquella zarpa húmeda que tenía y le dio un cálido beso en la mejilla. Nadie habría dicho que en una ocasión había intentado estafarla y que ella lo había amenazado con rumores, ruina financiera y por último con violencia pura y dura. Pero la cordialidad con que se saludaron revelaba lo excelentes negociadores que eran ambos. Era necesario ser indulgente, a fin de cuentas, cuando había beneficios sobre la mesa.

—¿Cómo está tu marido?

—Está… —Tullido, luchando por hacerse un hueco, abatido por el

dolor y ardiendo de furia—. Adaptándose a sus heridas.

—Y, sin embargo, no ha faltado ni a una sola sesión de la asamblea, llueva o truene. Ha demostrado ser muy buen orador. —Kort bajó la mirada con una sonrisa beatífica—. ¿A quién tenemos aquí?

—A mi hija Ardee. —Savine sentía un absurdo orgullo por sus niños y le encantaba alardear de ellos, incluso ante personas cuyas opiniones no podrían importarle menos—. Lleva el nombre de mi madre. Y es casi igual de exigente que ella.

—Yo soy ingeniero y no siempre encuentro fascinantes a los bebés, pero esta… —La señaló con un grueso dedo—. ¡Esta sí que es una niña bien parecida!

La pequeña Ardee apenas había empezado a enfocar la vista, pero en ese momento la enfocó en la cara rojiza de Kort con un mohín de suspicacia. Era evidente que ya se le daba bien juzgar a las personas.

—Y este es mi hijo, Harod. —Savine llevó a Kort a la otra cuna—. En honor al padre de Leo.

—¿No al primer rey de la Unión?

—Dudo que casara bien con los tiempos que corren.

—Desde luego, nuestro monarca más reciente se halla falto de apoyos. Aparte de unos pocos incondicionales en el este de Midderland, ya nadie se inclina ante él, no digamos ya arrodillarse.

—Ahora todos somos iguales.

Aunque no hacía tanto tiempo que Savine se había arrodillado ante el rey para suplicarle por la vida de su marido, no mucho antes de eso se había arrodillado ante él en el despacho de Sworbreck por… otros motivos.

—He oído que lo tienen encerrado en seis habitaciones del palacio, bajo guardia constante —estaba diciendo Kort en tono divertido—. Tiene que pedir permiso para usar la letrina. ¿Te lo imaginas?

Savine prefería no hacerlo. Orso había mostrado clemencia por ella y por su marido, aunque no la merecieran. Más clemencia de la que habría mostrado ella, de estar en su lugar. Se preguntó qué le depararía el futuro a medida que los Rompedores se asentaran en

el poder. A medida que la gente olvidara el pasado. A medida que fuesen necesitándolo cada vez menos como un mascarón de proa tranquilizador. A su hermano, Orso.

Hizo una mueca, la misma de cada vez que le venía aquello a la mente. Pensó en lo que podría ocurrir si el secreto de algún modo salía a la luz. Si se hacía público que los hijos de Savine eran nietos del rey Jezal.

Kort echó hacia atrás las faldillas de la casaca para sentarse.

—Parece que la maternidad te sienta muy bien.

—Para mi relativa sorpresa.

—No para la mía. En una ocasión oí a una ciudadana conocida por ambos preguntarse en voz alta si ibas a dar a luz un juego de cuchillas. Le dije que sería una estupidez por su parte pensar que no destacarías en cualquier cosa que te propusieras.

—Se ha producido un Gran Cambio. —Savine volvió los ojos preocupados hacia la ventana, segura de haber oído algo fuera. Esperó un momento, pero no era nada—. También nosotros debemos cambiar.

—No podría estar más de acuerdo. —Kort había acomodado su considerable peso en la silla, pero se desplazó solemne hacia ella —. Y cuanto mayor es el cambio, más crecen las oportunidades. El comisario Pike parece obsesionado con aplastar a los bancos. Entre la falta de crédito, el precio del pan, la interrupción del suministro de carbón desde Angland… ¡con solo un poco de astucia comprando y vendiendo, se puede ganar una fortuna en un solo día! Sobre todo quienes conocen a la gente adecuada, quienes ven los resquicios apropiados, quienes tienen la capacidad de traer mercancías a Adua. Por ejemplo, Selest dan Heugen…

—Los «dan» ya no existen, ¿recuerdas?

—Se apellide como se apellide, esa mujer se ha adaptado a la nueva realidad como una centella. Ya no lleva pelucas, porque por lo visto ahora lo que prima es la sinceridad, y resulta que ni siquiera es pelirroja, ¿te lo puedes creer?

—No quepo en mí de asombro.

—¡Pero sí que lleva un cinturón rojo! Mostrando afinidad por los putos Quemadores, y habla como si llevara años defendiendo el

Gran Cambio mientras se forra comprando harina en las provincias. Dicen que viene mucho más frío y que los monárquicos campan por el este quemando los cultivos. El mariscal Forest y sus tropas, que se niegan a deponer las armas. Habrá más escasez de todo. Con nuestro canal, podríamos…

—No.

—¿No? Sí que has cambiado con la maternidad.

—Al contrario. Siempre he sido muy cuidadosa con las oportunidades que acepto y las que rechazo. —Bajó la voz y miró de nuevo hacia la ventana—. Cuando hayan colgado a todos sus enemigos, ¿crees que van a parar? Las cosas se vendrán abajo y necesitarán a gente nueva para echarle la culpa. ¿Es que no lees los panfletos? ¡Se imprimen más que nunca! Atacando a los aristócratas, a los agentes extranjeros, a los especuladores, a los acaparadores y a los usureros. ¡Atacando a todo el mundo! —Recordó aquella turba, el brazo que se había colado rebuscando por la ventana rota del carruaje—. No pienso llamar la atención. Y te recomiendo encarecidamente que me imites.

Kort se la quedó mirando boquiabierto.

—Jamás habría pensado que seríais vos a quien faltaran las agallas para apoderaros de lo que tenéis delante. Lady Savine…

—Ciudadana Savine.

—Con tantas oportunidades que…

—Haroon te acompañará a la puerta.

El hermano mayor de Zuri había entrado con disimulo en la habitación. Tenía la cabeza agachada en señal de respeto y una sonrisa casi de disculpa, pero había algo en la cuadratura de sus anchos hombros, en la forma de agarrarse una fuerte mano con la otra, que dejaba claro que era hora de marcharse. Era casi tan bueno como su hermana para decirlo todo sin abrir la boca.

Kort lo miró con un sorprendido parpadeo y entonces suspiró y se impulsó con los brazos para levantarse.

—Me temo que vas a lamentar esto.

—Lamento tantas cosas que dudo que esta vaya a destacar mucho.

Harod se había despertado y empezaba a gemir, así que Savine

se agachó sobre la cuna para recogerlo y casi ni vio a Kort salir de la habitación. Frunció el ceño mientras se sentaba y se desabotonaba el vestido para sacar un pecho irritado y pegajoso.

—Mierda —gruñó cuando Harod le aprisionó el pezón. Era increíble el daño que podían infligir sin querer, para no tener dientes.

Savine había sido la mujer más envidiada de la Unión. Y allí estaba ahora, atrapada en unas pocas habitaciones como el rey prisionero, ordeñándose a sí misma como un granjero a una vaca. Por el bien de aquellos dos pequeños monstruos desagradecidos, se había convertido en un personaje secundario de su propia vida. ¿Allí dentro hacía siempre tanto calor? Se notaba sofocada.

Se oyó un choque en la calle y Savine dio un respingo, casi se levantó de un salto, miró hacia la ventana con las piernas no del todo rectas temblando. Llegaban voces de fuera. Gritos. Luego risas, que se fueron apagando. Interrumpida su alimentación, Harod se había echado a llorar. Savine se acomodó y volvió a llevárselo al pecho, mientras la cabecita del bebé tanteaba desesperada en busca de lo que tenía justo delante.

Savine se preguntó sin pretenderlo qué habrían opinado sus padres si pudieran verla entonces. No estaba haciendo planes. No estaba dando pasos. No estaba ejerciendo influencia. Kort no era ni por asomo el agente social más astuto de la ciudad, pero incluso él lo había visto a la primera. Savine había perdido las agallas. Quizá era inevitable, después de todo lo que le había pasado. Pero con dolor de cabeza o sin él, con polvo de perla o sin él, con temor o sin él, no podía permitirse quedarse allí escondida, sonriendo perezosa a sus bebés dormidos. Preocupándose por lo que podría pasarle a Orso. Viviendo en una somnolienta, agobiante y lechosa atmósfera viciada mientras el mundo se derrumbaba a su alrededor. Meándose encima de miedo a cada ruido que llegaba de la calle.

Lo que estaba haciendo no era protegerse. No era proteger a sus hijos. Lo que estaba haciendo no era cautela, era cobardía. Era rendición.

Savine se obligó a bajar los hombros. A levantar la barbilla. A adoptar la postura de cuando gobernaba la Sociedad Solar. O al menos, a acercarse tanto a ella como pudiera.

—¿Zuri? —llamó, y su voz salió dura. No era el tono con el que arrullaba a sus bebés, sino con el que chantajeaba a sus rivales.

Zuri tardó solo un momento en aparecer, abrir el libro de contabilidad y recuperar el lápiz de detrás de la oreja.

—¿Qué queréis que haga?

—¿Rabik podría averiguar qué modistas siguen vivas y en el negocio? Esto que llevo… —Y bajó la mirada a la solapa de su vestido, manchada de leche, abierta como un saco rasgado—. No me sirve. Y también necesitaré una doncella para la cara como debe ser. De las listas.

—Una que sepa pintar sin que parezca que hay pintura.

Zuri se volvió hacia la puerta mientras hacía una anotación. Savine la detuvo.

—Y quiero que hables con nuestros agentes. Los que sigan en activo. Necesito que peinen los mercados, que compren toda la comida que puedan. Harina y ganado sobre todo. Envía a Haroon a ver si podemos adquirir unas cuantas panaderías. Tengo entendido que es un trabajo peligroso, en estos tiempos. Muchos están vendiendo el negocio. —Ya se había levantado y caminaba de un lado a otro, meciendo a Harod y dándole de comer y pensando al mismo tiempo—. También hablaré con Leo sobre el carbón. Veamos si puede hacer de puente entre su madre y la Asamblea de Representantes, para abrir de nuevo el suministro desde Angland.

Hubo ese breve silencio que dejaba Zuri para hacer patente su preocupación, con el lápiz levantado sobre el papel.

—Jugar al alza podría ser bastante arriesgado tal y como están las cosas. Están linchando a los acaparadores y tengo entendido que la asamblea pretender ilegalizar la especulación, así que…

—No voy a vender nada.

—¿Entonces…?

—Según mi maestra de escritura, la caridad es la primera de las virtudes.

Zuri tenía las cejas muy altas en la frente.

—Parece sumamente sabia.

—Lo es. Y mi buen amigo Honrig Curnsbick siempre está diciéndome que tengo un corazón generoso. Así que he decidido

regalar las mercancías. Quiero salir a los distritos más pobres y… repartirlo todo.

Savine siempre había creído que si alguien caía bien era solo porque no se esforzaba lo suficiente en provocar envidia. Pero cuando el Ejército Popular arrasó el Agriont, no había sido el dinero de Savine lo que los había salvado, sino la popularidad de Leo. Ya iba siendo hora de que también Savine gozara de un poco. Quizá hasta podría hacer algún bien, ya puestos.

Zuri meneó la cabeza con suavidad.

—Si me hubierais dicho hace un año que íbamos a regalar nada…

—Se ha producido un Gran Cambio, Zuri. También nosotros debemos camb… ¡Au!

Harod había vuelto a morderle el pezón. Savine lo separó enfadada y el bebé empezó a llorar. Ese sollozo impotente y desesperado que era como clavos amartillados en sus ojos enrojecidos.

—Joder —restalló, metiéndose el pecho irritado en el vestido y trasteando con los botones del otro lado—. Y por el amor de los Hados, búscame a una nodriza de confianza. No puedo con los dos yo sola.

Objeto de exhibición

—¿En serio? —dijo Orso cuando le dejaron el plato delante de mala manera.

Contenía un pedazo de materia deleznable que no se atrevía a describir como carne, unas zanahorias casi crudas y unos guisantes tan hervidos que se hacían puré, todo ello enfriado a conciencia durante el laberíntico recorrido desde las cocinas hasta el remoto confín de palacio que habían convertido en su prisión.

La cocinera se inclinó sobre él, proyectando la mandíbula.

—¿Te parece que bromeo?

—Rara vez, si acaso —graznó Orso, encogiéndose.

De entre todo lo que añoraba de antes, era la pérdida de su cocinera Bernille la que más acusaba. Aquellas sopas tan delicadas. Aquellas miniaturas de hojaldre. ¡Y las cosas que hacía con el marisco! Eran una verdadera indecencia. Se preguntó qué habría sido de ella y de su numeroso personal. Recordó sus visitas a las cocinas, pensar que eran como una fragante colmena de actividad bienhumorada. Los habrían ejecutado, o condenado a trabajos forzados, o… lo más probable, ahora que lo pensaba, era que estuvieran cocinando para otra persona. Orso frunció el ceño. ¿Era posible que fuesen más felices cocinando para otros? ¿Y si no hubieran tenido más opción que ponerle esas sonrisas sudorosas? ¿Esa cocina podía haber sido una cárcel para ellos?

—¿Disfrutando de vuestra cena, majestad?

Orso trataba de hacer caso omiso a su público, pero, como de costumbre, no pudo evitar que se le alzara la mirada. Unos días

antes habían abierto el palacio a las visitas guiadas. Era el pueblo quien había pagado el palacio con sudor y lágrimas, en palabras de Risinau a la asamblea, por lo que pertenecía al pueblo, que debería poder disfrutar de él. Incluso de los miserables desvanes en los que estaba confinado Orso, con su suelo de tablones partidos, su papel de pared descascarillado y sus ricos festones de telaraña, mecidos sin descanso por la interminable corriente de aire frío. La Asamblea de Representantes creía a todas luces que el monarca también era una propiedad pública y había decidido hacer de él un objeto de exhibición. De modo que tenía siempre una constante cola de personas desfilando por una puerta, mirándolo embobadas desde detrás de una barandilla y saliendo por otra. Se reían y señalaban y Orso las saludaba con una sonrisa hastiada.

—Una humillación tras otra —murmuró mientras abría la servilleta.

Se la metió con delicadeza por el cuello de la camisa y dejó que Hildi le acercara la pequeña mesa. La pobre tuvo que calzarla con un manoseado panfleto político para que dejara de bailar.

—Gracias, Hildi. Todos los demás se habrán relajado, pero no veo motivo para dejar de guardar las formas.

—No puedo estar más de acuerdo. —Hildi se acercó para susurrarle—: Hoy te he conseguido un poco de pan bueno.

Le dejó una rebanada en el plato con disimulo.

—Hildi, eres un tesoro.

—No me regales tanto los oídos, que aún me debes dos marcos por la rebanada.

—¡Me cago en la puta! —Orso rara vez había tenido verdadera necesidad de pensar en el precio de las cosas, pero hasta a él le pareció caro—. Nuestra cuenta debe de estar por las nubes.

—Hay mucha escasez de todo.

—Y más para los reyes —masculló él, pinchando la rebanada con el tenedor y empezando a cortarla. Por algún motivo, las cosas le sabían mejor si las trataba con la misma ceremonia que a los maravillosos cortes de ternera de Bernille.

—Debería bailar para nosotros, joder.

Orso levantó la mirada de nuevo, sin poder evitarlo. Había un

hombre que llevaba el sombrero de copa en un ángulo ridículo, apoyado burlón en la barandilla, con una mujer demasiado pintada riendo aferrada al brazo.

—¡Muy buena, Shawley!

Orso volvió a componer aquella sonrisa hastiada. O puede que aún la llevase en la cara desde la vez anterior.

—Sí que es buena, sí —dijo—. Pero no bailo con nadie por debajo de condesa, me temo.

—Aquí ya no hay ni lores ni damas —replicó Shawley.

—Pues a no ser que pertenezcáis a la nobleza extranjera, no estáis de suerte. —Orso alzó la copa hacia ellos—. Chin chin.

Algunos mirones soltaron risitas. Shawley no.

—Ya veremos quién no está de suerte al final.

—Apártate de la barandilla —gruñó un guardia.

Lo llamaban Halder y tenía incluso menos sentido del humor que la cocinera. Nadie parecía muy risueño últimamente. O quizá era solo que ya no estaban obligados a mostrarse alegres en su presencia.

Shawley parecía aún más molesto que el guardia.

—Me moveré cuando quiera.

—Te moverás cuando yo lo diga —insistió Halder. Otro guardia sacó su pesada porra—. O te moveremos nosotros al Pabellón de la Verdad.

Shawley se colocó el sombrero tan inclinado que el ala casi tocó su sonrisa burlona antes de marcharse arrastrando los pies de mala gana, con la mujer mirando atrás amenazadora por encima del hombro.

—¡Muchísimas gracias por la visita! —exclamó Orso, saludando con el tenedor—. ¡Ojo, no te enganches la polla con la puerta al salir!

El primer bocado que dio a la carne le arrebató toda sensación de triunfo. Era como morder una suela de bota.

—Soy un puto fenómeno de barraca de feria —murmuró mientras se esforzaba en masticar y conservar la dentadura a la vez—. El heredero al trono de Harod el Grande, cuyo linaje se remonta al mismísimo Arnault, convertido en animal de casa de fieras.

Hildi estaba demasiado entretenida frunciendo el ceño hacia la puerta de entrada.

—No mires —dijo, lo cual por supuesto tuvo justo el efecto contrario.

—Ay, mierda —rezongó Orso, que masticaba un bocado de zanahoria con la consistencia de la leña.

¿Quién iba a encabezar la siguiente remesa de mirones sino aquel distinguido miembro de la Asamblea de Representantes, el cabo Tunny?

—Parece que ha prosperado —dijo Hildi entre dientes.

—El libertinaje es provechoso bajo cualquier gobierno —respondió Orso, intentando y fracasando del todo en aparentar que disfrutaba de aquella comida repugnante.

—¡Caramba, caramba, majestad! —Tunny enseñó sus dientes amarillentos—. Siempre es un placer.

—No hacía falta que vinieras a visitarme a casa, hombre. Ya nos vemos más que de sobra en la asamblea.

—Debo decir que tus aposentos parecen más bien humildes para un monarca. —Tunny alzó la mirada hacia una mancha mohosa que se extendía desde una esquina del techo—. Deberías quejarte al presidente Risinau.

—No le hagas caso —dijo Orso, pero Hildi nunca dejaba de saltar en su defensa. Una tarea de lo más desagradecida en tiempos recientes.

La chica avanzó hacia la barandilla, erizada.

—Veo que tu séquito está muy reducido. —Tunny clavó la mirada en Hildi—. Nunca he estado muy seguro de si es una de tus bastardas o una de tus busconas.

—¡Yo, en cambio, siempre he sabido que eres un mamón!

Hildi se abalanzó sobre él e intentó arañarle la cara, pero Tunny le asió el brazo y forcejearon sobre la barandilla. Orso se levantó de un salto, haciendo traquetear el plato.

—Apartaos de la barandilla —gruñó Halder.

Tunny empujó a Hildi con fuerza y la chica tropezó, cayó y se dio un golpe en la cabeza.

—¡Serás hijo de puta! —rugió Orso, con el cuchillo y el tenedor

empuñados como si fueran el acero largo y el corto.

Tunny se llevó las yemas de los dedos a un rasguño que tenía en el cuello hirsuto y sonrió de oreja a oreja.

—¿Y qué vas a hacer, matarme a tenedorazos?

—¡Intentarlo al menos, joder!

—Apartaos de la barandilla —dijo Halder subiendo el tono—. Todos. Y bajad la cubertería.

Los guardias solían tratar a Orso con el cansino desprecio de unas niñeras mal pagadas supervisando a un niño consentido. Si la pelea hubiera ido a más, no habría sabido decir a favor de qué parte intervendrían.

—Ese tipo no merece la pena. —Hildi se levantó del suelo y llevó a Orso de vuelta a la silla—. Estoy bien.

—Siempre supe que era un cabrón, pero ¡será cabrón! —Orso fulminó con la mirada a Tunny, que ya salía pavoneándose por la puerta del fondo—. Una cosa es traicionarme a mí, cosa que ya hacen todos, pero decirte a ti esas cosas… ¡Será cabrón! No sé cómo pude confiar en él antes de…

Oculta bajo el mantel, Orso notó la mano de Hildi llegándole al regazo. La miró parpadeando, estupefacto.

—Hildi, te considero más como una hermana pequeña que… Huy.

Tenía algo en la mano. Un trocito de papel. Tunny debía de habérselo pasado durante la refriega. Hildi le lanzó una mirada cargada de sentido, directa a los ojos.

—¿Más vino, majestad?

—Me parece que sí. Y sírvete un poco tú también, ¿quieres? Los dos estamos un poco alterados.

Mientras el caldo avinagrado caía en su copa, cortó el filete haciendo que se moviera el plato y leyó con los ojos entrecerrados la nota que tenía en la pierna, escrita a lápiz con gruesas letras.

> *Perdona el desprecio. Perdona todo lo que haya dicho en la asamblea. Pídele perdón a Hildi de mi parte por el empujón. ¡Lo siento, Hildi! Tienen que creer que estoy en tu contra.*
>
> *Me he puesto en contacto con Forest. La mayoría de la División del Príncipe Heredero sigue siendo leal, como toda la agreste*

región del este de Midderland. También tengo noticias de la princesa Carlot. Su marido, el canciller Sotorius, está dispuesto a ayudar. Y Bremer dan Gorst tiene sus aceros a mano.

Aún te quedan amigos, majestad. Cuando llegue el momento, tendré tu estandarte preparado.

Mis mejores deseos,

Tu (siempre) amigo y siervo, el (siempre) cabo Tunny.

—Por los Hados.

Orso se preguntó por un momento si aquello no sería alguna treta muy elaborada, pero ¿con qué fin? No. Sabía cuál era la verdad. El cabo Tunny, notorio por su deslealtad, era el único hombre verdaderamente fiel en toda Adua.

—¿Cómo diantres he podido desconfiar de él? —susurró, con los ojos rebosantes de lágrimas. Vio que Halder lo miraba con interés, se sorbió la nariz haciendo mucho ruido y señaló el plato con el tenedor. Con voz temblorosa, dijo—: Es por estos guisantes. Lo que les han hecho es un verdadero asesinato.

Halder soltó un bufido. A Orso le encantaría ver cómo se cometía un verdadero asesinato con él. Y gracias al cabo Tunny, por no mencionar al lord mariscal Forest, a su hermana Carlot y a Bremer dan Gorst, parecía haber un atisbo de esperanza de que su deseo se cumpliera. No sería ese día, tal vez, ni al siguiente, pero cada vez hacía más frío. La gente no tardaría en volverse contra Risinau. Ese hombre les había prometido demasiado y había cumplido demasiado poco.

Por lo que Orso veía, era incapaz de cumplir nada.

Dejó los cubiertos, cortó la nota en meticulosas tiras, se las metió en la boca y masticó con deleite. Sin la menor duda, fue la parte más placentera de la comida.

—Son buenas noticias —musitó Hildi sin mover la boca.

—Muy buenas noticias —dijo Orso, aún con la boca llena de papel, e hizo entrechocar la copa con la de ella.

Seguía prisionero y el mundo no se había enderezado. Ni por asomo. Pero empezaba a entrever un camino que llevaba en esa dirección. No estaba solo. No estaba olvidado.

Y recordó lo que era sentirse esperanzado.

Distinto esta vez

Leo estaba sentado, retorciendo un hilo que se había soltado en la manga de su brazo inútil. Un año antes habría estado dando vueltas por la sala. Pero dar vueltas era otra cosa por la que ya no merecía la pena el dolor.

—¿Estás segura de lo de esta casa? —gruñó.

Crepitaba el fuego en la chimenea, cálido y acogedor, y Savine jamás habría permitido ningún detalle que no fuese de un gusto exquisito, pero no podía decirse que fuera una sala grandiosa.

—Si no estuviera segura, no nos habríamos mudado. Transmite el mensaje correcto.

—¿Que no somos nadie importante?

—Que somos ciudadanos humildes y responsables que han dejado atrás los excesos del pasado y aceptado que todos somos iguales.

Leo bufó.

—¿Has visto el puto palacio que está construyéndose Selest dan Heugen? ¿O la mansión que tiene Isher? Hay mucha gente que sigue viviendo bien.

—Quizá terminen lamentándolo —dijo Savine—. Las apariencias solían ser la diferencia entre el éxito y el fracaso. En estos tiempos, podrían ser la diferencia entre la vida y la muerte.

Leo miró malhumorado el retrato de su abuelo, el lord mariscal Kroy, apretujado bajo un techo mucho más bajo que antes.

—Siempre te han gustado los lujos. —Con lo que Leo se refería a que acababa de darse cuenta, al no tenerlos ya, de lo mucho que le

gustaban a él.

—Me gustaban los lujos cuando decían lo que debían sobre mí. Ahora los lujos dicen lo que no deben. Y estamos mucho más cerca del Agriont. Tendrás que caminar menos hasta la asamblea.

Leo sabía que debería agradecerlo. En vez de eso, estaba un poco molesto.

—Puedo andar.

—Lo sé. Pero te duele. ¿Para qué andar más de lo necesario?

—Para demostrar que puedo —gruñó él, aferrando la muleta.

Savine flotaba por encima de su enfado, como de costumbre, lo cual, como de costumbre, solo servía para enfadarlo más.

—Y de todas formas, la otra casa está ocupada.

—¿Inquilinos?

—Niños.

—¿Cómo dices?

—¿No has visto la cantidad de niños sin hogar que hay en la ciudad? —preguntó Savine. La verdad era que Leo no los había visto. Dedicaba todo su tiempo en la calle a concentrarse en mantener la verticalidad—. Hordas enteras. Huérfanos, abandonados, desatendidos en las necesidades más básicas. Obligados a atacarse entre ellos, a robar, a venderse. Niños muriendo de hambre en nuestras calles.

Leo la miró con el ceño fruncido. Había abandonado la ropa holgada que llevaba desde el parto y, a pesar de la ausencia de joyas, volvía a tener casi el aspecto elegante, cuidado e implacable de antes. Pero entonces le salía con cosas como aquella.

—¿Así que… la Bienamada de los Barrios Pobres ha abierto un orfanato?

Le llegó el turno a Savine de mostrarse contrariada. Como si considerarse una filántropa la repugnara tanto como él aborrecía verse como un tullido.

—Solo necesitan una oportunidad. Y podemos dársela.

—O al menos, aparentar que lo hacemos.

—Exacto.

—Bueno, supongo que tienes razón.

—Suelo tenerla —respondió Savine, que era como acostumbraba

a zanjar aquellas conversaciones.

La silla pareció zumbar debajo de él y al momento se oyó una vibrante explosión que hizo temblar los adornos de la repisa de la chimenea. Apenas habían avanzado nada intentando demoler la poderosa muralla del Agriont con martillo y cincel, así que la Asamblea de Representantes había votado a favor de abrazar la era moderna e intentar destruirla con fuego gurko. Cada dos por tres llovía gravilla en las calles circundantes.

—Putos idiotas —masculló mirando hacia la ventana, aplastando la alfombra con la muleta.

Notó la mano de Savine en el hombro. Aquel contacto tranquilizador, solo con la yema de los dedos.

—Lo único que tienes que hacer es disculparte.

—Disculparme se me da como el culo. —Quería quitarse la mano de encima, pero, de algún modo, al mismo tiempo quería que se quedara.

—Discúlpate como el culo, entonces.

—¿Por qué tengo que ser yo quien pide perdón? —Aunque sabía el motivo exacto.

—Porque lo necesitamos. —Que era el motivo exacto—. Y fue una estupidez apartarlo en un principio. Si te ayuda, piensa que no estás disculpándote por lo que hiciste, sino por ser un estúpido.

—No tengo nada claro que vaya a ayudar.

—Sé encantador. Sabes ser encantador cuando quieres. A mí me cautivaste.

—¿Ah, sí? Que yo recuerde, tú me sedujiste, te quedaste embarazada y me convenciste de emparejarnos.

Un asomo de suspiro exasperado, y Savine apartó la mano.

—Pues convéncelo de emparejaros.

Por alguna razón, a Leo le pareció una elección de palabra peligrosa. Desde el recibidor llegó el sonido de alguien llamando a la puerta y Leo sintió una absurda punzada de nerviosismo.

—Ayúdame a levantarme.

Savine lo sacó de la silla sin muchos miramientos y Leo hizo una mueca al apoyar el peso en la pata de hierro. Tenía razón él: podía andar. Y tenía razón ella: dolía.

—Estaré en la habitación de al lado —dijo Savine—, por si tienes problemas.

—¿Qué podrías hacer?

—Algo se me ocurrirá.

Y cerró la puerta al salir, dejándolo solo. Leo se quedó esperando de pie, con el muñón palpitando y la sangre latiendo en la cabeza. Oía voces en el recibidor.

Se preguntó qué pose adoptar, pero teniendo una sola pierna, y mala, y un solo brazo, con el que tenía que agarrar la muleta, las opciones eran escasas. Así que cuando se abrió la puerta de la sala y Haroon hizo pasar a su amigo más antiguo, Leo aún seguía medio desequilibrado en el centro de la alfombra con una endeble sonrisa en la cara.

—¡Jurand!

Leo no había estado preparado para la oleada de emoción. Se quedó casi sin aliento. Llevaba meses atrapado entre traidores, matones y cobardes, y la visión de aquella cara tan conocida y fiable, tan bien parecida como siempre, fue encender una lámpara en una sala negra como el carbón. Sintió como si una parte de él que había muerto en Stoffenbeck, quizá incluso su mejor parte, de pronto hubiera vuelto a la vida.

Lo que más deseaba hacer en el mundo era renquear a los brazos de Jurand y no soltarlo nunca. Estuvo a punto de hacerlo. Entonces vio la conmoción en el rostro de su amigo. Los ojos dilatados de Jurand recorrieron las cicatrices, el brazo inútil, la pata de hierro, y cayó sobre Leo con todo el peso de la muralla resquebrajada del Agriont lo malogrado que estaba desde la última vez que se vieron. Lo roto y desfigurado que estaba. Lo tullido sin remedio que estaba.

Leo se volvió de lado. Se habría tapado la cara maltrecha con la mano izquierda, de haber podido sacarla de la chaqueta sin ayuda. Las palabras escaparon de su boca agudas y nerviosas.

—No sabes… cuánto me alegro de que estés aquí…

La conmoción había pasado y Jurand tenía la mandíbula tensa de furia.

—Estoy aquí porque lady Finree me ordenó venir, no porque tú

me lo pidieras.

El silencio entre ellos absorbió la afirmación. Leo tragó saliva. Poco tiempo antes, su orgullo lo habría sacado a zancadas de la sala. Pero el orgullo debía de haber residido en la pierna, porque ya casi no lo incordiaba últimamente.

—¿Cómo está mi madre?

—Subiéndose por las paredes. Muy preocupada por ti, aunque no deja que se le note. Tiene que volver a articular Angland. No sé lo que habría pasado sin ella. Es una excelente líder.

Leo hizo una mueca.

—Mucho mejor que su hijo.

—Costaría mucho argumentar lo contrario.

Sabía que no podía negarlo. Antes se le hacía insoportable vivir a la sombra de su madre. Desde entonces había comprendido lo afortunado que había sido por tenerla. Respiró hondo y se irguió.

—Lo siento, Jurand. Lo… lo siento mucho. Por cómo salió todo. Si hubieras estado conmigo en Stoffenbeck, las cosas habrían sido… En fin. —Bajó la mirada encapotada a su pierna. A la muleta—. Fui un necio.

Jurand no le concedió la sufrida sonrisa con que al final solía responder a la última temeridad de Leo. La única señal de calidez en su rostro era el rojo que había despertado el calor del fuego después del frío de la calle.

—Por una vez tienes razón —espetó—. Fuiste un necio. Un necio egoísta y un amigo pésimo. —Leo se sorprendió al oírlo. Sabía que debía ofrecer sus disculpas, pero ni por un momento había pensado que Jurand pudiera no aceptarlas—. Siempre creí que en el fondo lo sabías. A decir verdad, siempre creí…

Dejó la frase en el aire, abriendo y cerrando las manos, arrugando la frente al suelo. Leo tenía la boca muy seca.

—¿Creíste qué?

—Qué más da lo que creyera. Soy tan necio como tú, a mi manera.

Leo dio un torpe paso hacia él, con el chirrido de su tobillo metálico. Quería ir con Jurand, reconfortarlo, pero las extremidades no le respondían.

—Debes de ser el hombre más listo que conozco, no un…

—Pero al menos mi estupidez no ha provocado que muera nadie. —Jurand alzó la mirada de nuevo, tan amarga que Leo tuvo que deshacer su torpe paso—. ¿Te acuerdas de cuando éramos siete?

Leo se quedó paralizado, con la boca entreabierta. Hacía mucho tiempo que no pensaba en la feliz hermandad que había ido a la guerra con él. Que había arriesgado la vida por él. Dedicaba la mayor parte de su energía a encontrar maneras de hacer lo que antes era fácil, y el resto a retorcer el futuro para darle una forma con la que pudiese vivir.

—Ritter —dijo Jurand—, Barniva, Jin, Antaup, Glaward, tú y yo.

Cada nombre fue como un bofetón. Leo dio otro tambaleante paso atrás, y el muñón se le giró en la cavidad de la pierna falsa y el dolor punzante hizo que le fallara la rodilla. La muleta escapó repiqueteando al suelo, pero Leo se agarró al brazo de una butaca y logró caer en ella.

—Ellos escogieron luchar —susurró.

—Escogieron seguirte, y tú los llevaste a la muerte.

—Los echo de menos —dijo Leo—. Los echo de menos como a mi pierna y mi brazo. —Los añoraba casi tanto como había añorado a Jurand, ahora que pensaba en ellos—. Pero no puedo deshacer sus muertes… igual que tú no puedes deshacer lo que hiciste… en Sipani.

Y afloró de nuevo aquella imagen, la de Jurand y Glaward muy apretados, semidesnudos de rodillas, y Leo se encogió por la oleada de dolorosa excitación que siempre llegaba con ella, peor que nunca por la presencia de su viejo amigo delante de él.

Jurand parecía incluso más furioso.

—¿Quién dice que quiera deshacerlo? —restalló—. ¡Tú no puedes entenderlo! No has tenido que ocultar nada en toda tu vida. Siempre has dicho y hecho todo lo que te apetecía. Por muy ofensivo que fuese. Por muy ignorante. ¡Y la gente te admiraba por ello! ¡Qué directo es! ¡Qué varonil! Bueno, ahora dicen que el mundo ha cambiado. Todos tenemos que convivir con cosas que no nos gustan.

—Ah, ya lo creo que ha ocurrido un Gran Cambio. —Leo sentía su

propia ira burbujear, nunca muy lejos de la superficie, y se dio una palmada en el dolorido muñón—. Yo estoy jodido, y el mundo está jodido, pero aún hay cosas que…

Se oyó la puerta abrirse y Savine entró majestuosa en la sala, sonriendo radiante con un bebé acunado en cada brazo.

—¡Jurand! Gracias a los Hados que has venido. ¡Qué alegría volver a verte!

—Lady Savine…

—¡Ciudadana Savine! —Se acercó a Jurand para hablarle por la comisura de la boca—. Ahora todos somos iguales, parece ser. —Jurand tenía la mirada fija en los fardos—. Ah, sí. Estas cositas. Este es Harod y esta es Ardee. O eso creo, si no me los he puesto al revés. —Se echó a reír, como si no hubiera ni la mínima tensión gélida en el ambiente—. Él es el amigo más querido de vuestro padre, Jurand —dijo en tono de arrullo a los bebés—. Sí, es su amigo, y el cerebro de la pandilla, y ahora todo irá bien, ya lo veréis. Dos monstruitos, por si uno fuese poco, ¿te lo puedes creer?

—Eh… no habría podido —dijo Jurand, sin dejar de mirarlos.

—Y son casi tan poco razonables como su padre. Hala, hala, ya está. —Uno de los niños había empezado a removerse y protestar. Leo no podía estar seguro, pero se preguntó si Savine le habría dado un pellizco—. ¿Te importa sostenerlo, solo un momentito?

Sin esperar respuesta, colocó al otro bebé en brazos de Jurand.

—Qué preciosidad —susurró Jurand, y mirando al pequeño Harod asomó a su cara un vestigio de aquella antigua sonrisa.

—Eso le viene de su madre —musitó Savine.

Lo único que había hecho era entrar con los niños. «Deja a un lado el pasado —parecían decir aquellos paquetitos de inocente potencial—. Mira hacia el futuro.» Y solo con eso, la atmósfera había cambiado.

Leo había jurado que nunca dejaría pasar otra oportunidad. Se levantó de la butaca, se situó tan bien como pudo, estiró un brazo titubeante y apoyó la mano en el hombro de su amigo. Jurand no se la quitó de encima.

—Lo siento —dijo Leo—. Lo siento mucho. —Y de verdad lo sentía. Por los errores que había cometido—. Fui un idiota. Te

necesito.

—Te necesitamos los dos —musitó Savine, agarrando el otro hombro de Jurand.

—La Unión te necesita. La posición de Risinau es cada vez más débil.

—Nadie le tiene aprecio, ni miedo, ni respeto.

—He leído un boletín que lo trata peor que como trataban antes al rey —dijo Leo.

—Sería de Sworbreck, seguro —respondió Savine—. Hasta él está volviéndose contra el presidente.

—La situación se desmorona. Hay disturbios a diario. Risinau está dejando un hueco y alguien tendrá que dar el paso.

Jurand lanzó una mirada a la mano de Leo en su hombro y luego la subió a la cara.

—¿No querrás decir el muletazo?

Hubo un tiempo en que Leo podría haberle dado un puñetazo por decir algo así, pero en esos momentos sonrió.

—En realidad esperaba que pudieras llevarme tú.

Jurand miró de nuevo al hijo de Leo, dormido en sus brazos.

—Todo tendrá que ser distinto esta vez.

—Por supuesto —dijo Leo.

—Nada de arrebatos estúpidos.

—En eso estoy contigo —dijo Savine.

—Y querré algo para mí mismo.

Leo apretó el hombro de Jurand.

—Te lo mereces.

—Una cosa que hasta mis enemigos reconocerían —dijo Savine — es que siempre pago mis deudas.

—Podemos empezar por asientos en la Asamblea de Representantes. —Leo hizo cosquillas a su hija bajo la barbilla y la niña se revolvió—. Para ti y para Glaward, y así… nuestro éxito será también el vuestro.

El lado de la cara de Jurand se contrajo al apretar la mandíbula.

—*¿Cómo lo haremos?*

El suelo tembló. Un momento después llegó el grave retumbar de otra explosión.

Rencillas

Le dio una bofetada tan fuerte como pudo. La mano le escoció de dolor, así que estaba bastante segura de que a él debía de dolerle más la mejilla.

—¡Eres un puto gilipollas! —chilló.

—¡Y tú una zorra loca! —rugió él, salpicándole saliva en la cara—. ¡Se acabó! ¡Me voy!

Y abrió la puerta de una patada y salió como una exhalación de la alcoba que había pertenecido a Bethod, que había pertenecido a Scale Mano de Hierro, que había pertenecido a Stour Ocaso y que pertenecía a Rikke la Pegajosa.

Corleth, que llevaba un tiempo esperando fuera, se aplastó contra la pared para dejar pasar al furibundo Clavo.

—¡Estás más loca que una bota llena de abejas! —rugió el Clavo por encima del hombro, intentando cerrarse el cinto a la vez y haciendo mal ambas cosas.

Los pies descalzos de Rikke sonaron contra los peldaños mientras lo perseguía.

—¡Mejor estar loca que ser idiota, en mi opinión!

—¿Para qué elegir? ¡Ya tienes las dos cosas!

Salió a la tenue luz del día, a las gotas de lluvia que pinchaban los helados charcos del patio, y ella fue tras él.

—Conque huyendo, ¿eh?

—Sí —gruñó el Clavo—, antes de estrujarte ese cuello flacucho que tienes.

La gente había levantado la cabeza al oír los gritos. Una chica

que iba cargada de leña los miraba boquiabierta desde debajo de una goteante capa de hule.

—¡Nos volvemos a los Valles Occidentales! —El Clavo hizo una brusca seña a sus hombres, que echaron a andar tras él formando un taciturno grupo que salió de la fortaleza de Bethod a la ciudad, a su oscura piedra ennegrecida por el agua, a sus oscuros tejados relucientes por la lluvia—. Puedes pelearte tú sola contra Calder.

—¡Eso haré, y le daré una puta paliza!

—Perderás como la gilipollas que eres y perderás todo lo que ganaste.

—¡Mi padre siempre decía que los Valles Occidentales son una puta pocilga! —chilló a la espalda del Clavo—. ¡Y no hace falta el ojo largo para ver que engendraron una camada de puercos en vosotros!

—¿El puto ojo largo? —El Clavo dio media vuelta y se cernió sobre ella, con la cara tan contraída de ira que Rikke tropezó al retroceder y estuvo a punto de caer de culo—. ¡No me hagas reír! —Y le puso con tanto ímpetu el enorme índice lleno de cicatrices en la cara que casi se lo hincó en una fosa nasal—. ¡Pero si no ves ni lo que tienes delante de las narices, bruja medio ciega!

—Bueno, al menos uno de los dos tiene algo largo. —Rikke dio un paso adelante y le acercó el meñique a la cara—. ¡Ahora ya sabemos por qué te llaman el Clavo!

—¡Tengo la polla… de buen tamaño! —El Clavo escupió a los pies de Rikke—. Antes te cagabas por toda Uffrith, ¡y ahora te cagas por toda la Silla de Skarling!

Dio un ladrido de furia que casi la hizo resbalar otra vez y se marchó pisando más fuerte que antes, seguido por su malcarada familia.

—¡Eso, marchaos! —gritó Rikke a sus espaldas—. ¡Volved con vuestras mamaítas, hatajo de cobardes! ¡No tenéis ni un par de redaños decentes entre todos! ¡Con viento fresco, montón de putos follagallinas! ¡No había visto nunca una cuadrilla de cobardicas de mierda como vosotros! ¡Sois unos putos… putos…!

Se le habían terminado los insultos. Incluso los malos. Y el Clavo y sus chicos ya habían llegado a la puerta de Carleon y

desaparecido por el pasadizo de entrada. Rikke estaba dejándose la garganta para gritar al aire húmedo.

Cayó en la cuenta de que había recorrido media ciudad, descalza sobre los fríos y mojados adoquines, las piernas desnudas con la carne de gallina bajo la capa, el pelo empapado pegado a la cabeza por la helada lluvia. Pensó que debía de haber pisado algo de camino, porque llevaba un pie manchado de marrón por un lado.

—Por los muertos —masculló, dando saltitos mientras intentaba quitarse aquello contra el resbaladizo rellano de un portal.

Entonces vio que había congregado a una multitud curiosa. Vecinos de la ciudad. Carls y siervos. Un par de críos sucios con un perro grandote y zarrapastroso.

—¿No tenéis nada mejor que hacer, panda de mamones? —les gritó, arrebujándose en aquella tela roja y en los pocos jirones de dignidad que le quedaban.

Se volvió de nuevo hacia el Salón de Skarling con la barbilla bien alta, poniendo todo su empeño en fingir que pelearse a voz en grito semidesnuda bajo el chaparrón era solo un paso más en su grandioso plan.

Corleth, Isern y Escalofríos habían salido a la calle detrás de ella y no parecían nada convencidos.

—He oído decir que una mujer lista puede convertir a enemigos en aliados mediante su coño —caviló Isern en voz alta, con los pensativos ojos entornados—. Parece que el tuyo funciona al revés.

—Muy graciosa. —Rikke pasó rozándola y empezó a subir por la ladera—. El Clavo tenía metido en la cabeza que fuésemos ya a por Calder. Si es que se le puede llamar cabeza. No había manera de hacer cambiar de opinión al muy capullo. ¡Ahora, nada menos! ¡Con el invierno a la vuelta de la esquina!

—La advertí sobre envalentonarse —murmuró Isern quedamente —. A lo mejor debería haberla advertido sobre ponerse cachonda.

—¡Nos apañaremos bien sin él! —rugió Rikke a la ciudad en general—. ¡Una puta zanahoria puede hacer su mismo trabajo!

Escalofríos enarcó la ceja buena.

—Dudo que venzamos a Calder el Negro con una zanahoria — dijo.

—No lo venceremos con ningún tipo de verdura —repuso Isern mientras regresaban por la puerta de la gran muralla de Bethod—. Para eso nos harán falta hombres, y supongo que el Clavo se llevará a sus primos y sus tíos y sus amigos de vuelta a los Valles Occidentales.

—Nos faltará gente si viene Calder llamando a la puerta.

—*Cuando* venga llamando a la puerta.

—¡Vale, que sí! —espetó Rikke, trastabillando con el borde cargado de barro de su capa. Tuvo que recogerlo con torpeza por encima de los tobillos—. Puede que me haya dejado llevar un poco. Pero ya nos las apañábamos antes de que apareciera, ¿verdad, Isern?

Isern la miró con una ceja levantada, moviendo los músculos de la quijada mientras mascaba una bolita de chagga.

—¿Cuando huíamos de la muerte por un bosque congelado, quieres decir?

—Me refería a un poco después de eso.

—¿Cuando te arrastramos medio muerta y loca del todo a las colinas para que te pinchara y te pintara una bruja que llevaba la cabeza cosida?

—Ya te ha dado una vena de esas —le soltó Rikke.

—No —dijo Isern—. Te ha dado a ti. Sentarte en la Silla de Skarling no te convierte en Skarling, y llevar el collar de Savine dan Comosellame no te convierte en Savine dan Comosellame. No son los berrinches ni la ira lo que te trajo hasta aquí, sino la cautela y la planificación y un humilde respeto por tus enemigos y tus aliados. Y esas cosas son las que te mantendrán aquí. Como sigas por donde vas, acabarás cayendo por la ventana antes de lo que creía. —Dio un largo suspiro y levantó el mentón al aire—. Y dando al traste con todos mis esfuerzos.

Rikke se quedó de pie bajo la lluvia que arreciaba, viendo a Isern marcharse con arrogancia. Se moría por hacer un disparo de despedida, pero encontró vacío el carcaj. Alzó la mirada hacia Escalofríos, que la miraba adusto, con el pelo gris oscurecido por la lluvia.

—¿Debo suponer que estás de acuerdo?

El ojo real de Escalofríos no reveló nada más que el metálico.

—Bueno, no estoy en desacuerdo.

Rikke siseó disgustada mientras entraba, haciendo sonar los pies mojados contra las losas.

—Ten —dijo Corleth, ofreciéndole una bolita de chagga.

—Menos mal que todavía queda alguna gente de fiar.

Se metió la bolita detrás del labio y abrió de un empujón las puertas del Salón de Skarling.

Stour estaba limpio y casi todos sus moratones habían sanado, aunque sus piernas jamás lo harían. Había dejado de suplicar. Había dejado de hablar en absoluto. Se limitaba a quedarse allí sentado, con una mano blanca en los negros barrotes, esperando. Rikke sintió sus brillantes y húmedos ojos siguiéndola, y se le pusieron de punta los pelillos de la nuca.

Jonas Trébol no parecía nada afectado por la presencia del Gran Lobo, por cierto. Era de esos cabrones que podían parecer pagados de sí mismos estando sentados sobre cristal roto, y Rikke lo vio calentarse las manos al fuego como un viejo gato engreído, con la capa mojada tirada sobre un banco a secar como si aquel salón le perteneciera.

—¡Jefa! —exclamó, levantando la mirada—. Ya no oigo tan bien como antes, pero juraría que había algún tipo de revuelo.

—Era solo el Clavo, marchándose.

—¿Un viaje corto o largo? —Trébol miró con gesto interrogativo a Corleth, pero no recibió más detalles—. Bueno, hemos estado en el valle Aguarroja, como nos ordenaste.

—¿Y había muchachos de Calder allí abajo? —preguntó Rikke, dejándose caer en la Silla de Skarling. O la silla estaba ablandándose o su culo endureciéndose, porque ya no la notaba tan incómoda como antes.

—Topamos con una docena, liderados por un tipo llamado el Trampero.

—¿Los devolvisteis al barro?

Una breve pausa, y Rikke tuvo la sensación de que Trébol estaba pensando en cómo presentar algo de la manera más favorable. Lo hacía mucho.

—A algunos.

—¿Y los demás?

—Los enviamos de vuelta a Calder el Negro con mis saludos cordiales y mis deseos de un futuro mutuamente beneficioso.

—Te dejaste abiertas las opciones, en otras palabras.

Y Rikke oyó que Stour Ocaso daba un leve siseo despectivo desde su jaula.

—Dejé abiertas las líneas de comunicación, diría yo —respondió Trébol—. Pensé que podría ser útil en algún momento.

—¿Útil para mí o para ti?

—¡Nuestros destinos están entrelazados, jefa! No veo ninguna diferencia entre ambas cosas.

—Ya. —Se pasó la bolita de chagga de un lado de la boca al otro y se inclinó hacia delante, volviendo el ojo izquierdo hacia él—. He visto tu futuro, Trébol.

Él hizo una mueca.

—Por lo menos dime que podré sentarme.

—Todavía no, eso seguro. Vas a hacer una visita a Calder el Negro.

La mueca se convirtió en un rictus completo.

—No suena a algo que haría yo.

—¿Pensar si te conviene estar donde estás y decidir que prefieres estar en otro sitio? Suena justo a la clase de cosa por la que eres famoso.

—Ya sabía yo que eso terminaría dándome problemas. Bueno, y si Calder no me mata por traicionarlo al verme llegar, ¿qué hago?

Rikke estudió a Trébol un momento. Estudió la posición. Se volvió en la silla para estudiar a Stour Ocaso, sentado tranquilo en su jaula, con los ojos hambrientos resplandeciendo en la sombra. Sopesó sus siguientes palabras con mucho cuidado.

—Dile que estoy dispuesta a negociar. Paz en el Norte. A cambio de su hijo.

Trébol desvió la mirada hacia la jaula. Rikke oyó la cadena chirriar cuando Stour cambió de postura dentro, apretándose contra los barrotes. Lo oyó hacer otra vez aquel siseo.

—¿Estás segura? —preguntó Trébol.

—Estoy segura de proponérselo.

—Como quieras. —Trébol recogió la capa mojada del banco y se la echó al hombro, con un chapoteo del cuello de piel de lobo—. Si te llega como respuesta mi cabeza en un frasco, no digas que no te lo advertí.

—Lloraré a mares. Y… ¿Trébol?

—¿Sí?

—Será mejor que no menciones el asunto este con el Clavo. No nos interesa que Calder piense que somos débiles.

—Sobra decirlo.

Trébol hizo una pequeña inclinación y se marchó.

Corleth apoyó una mano en el brazo de la Silla de Skarling y se inclinó hacia Rikke.

—¿Crees que podemos confiar en él?

—Calder no hablará con nadie en quien podamos confiar. A veces necesitas a un hombre al que el aire no pueda mover. —Rikke giró la cabeza hacia una parte del suelo que estaba manchándose un poco de tanto escupirle chagga y escupió—. A veces necesitas a alguien que se combe con el viento.

Demasiados principios

—¿Esto es la Rotonda de los Lores? —preguntó Glaward, estupefacto.

—Lo era —dijo Leo. El lugar que su padre había descrito como la cuna de los ideales nobles. Donde los grandes lores de la Unión habían entablado solemnes debates. Donde Arnault se había alzado en solitario para desafiar a Morlic el Loco y cambiar el rumbo de la historia. Qué fácil era olvidarlo—. Ahora la llaman la Rotonda de los Comunes.

Las ventanas de cristal tintado, con sus escenas que representaban momentos de la orgullosa historia de la Unión a lo largo de los siglos, habían sido declaradas símbolos de represión y reemplazadas con un cristal transparente que era libre, igualitario y de ideología sólida, procedente de una fábrica nueva en las Tres Granjas. La inclemente luz del día no hacía ningún favor al lugar.

Las galerías del público habían sido el patio de juegos de la alta sociedad aduense. Pero en esos momentos la alta sociedad, si no había muerto o huido del país, evitaba asomar la cabeza. Ocupaba su lugar la más baja de todas, cada vez más pendenciera. A veces algún grupo se arrancaba con canciones soeces por encima de la Asamblea de Representantes, y entonces el gobierno de la Unión se detenía crujiendo como un carro enfangado hasta que podían expulsarlos torpemente.

Los días iban acortándose y las interminables sesiones se prolongaban en la oscuridad, los rostros macilentos iluminados por titilantes velas. El lugar era frío como una tumba por las mañanas y

sofocante a mediodía, hediendo a sudor rancio y mal aliento y humo de chagga. Los representantes comían en sus asientos y los restos de comida se pudrían bajo los bancos grasientos. Gunnar Broad y sus hombres tenían que disolver peleas a todas horas. Una semana antes, un borracho había caído por la baranda de la galería superior durante una reyerta y se había despachurrado en el suelo ante la mesa presidencial. Habían detenido la sesión el tiempo suficiente para despegar el cadáver con rasqueta y llevárselo, y luego la discusión había proseguido mientras fregaban el pringue del suelo.

—¡Tenemos que ser civilizados, joder! —Ramnard, un viejo sastre con la cara picada por alguna enfermedad de su infancia, estaba haciendo una de sus groseras exigencias de cortesía—. Insisto otra puta vez en que el ciudadano Sworbreck reduzca el número, por no mencionar la virulencia, de sus ataques contra miembros de esta asamblea en sus boletines y panfletos.

Sworbreck saltó como si estuviera engastado en un muelle.

—¡Nada me deleitaría más que hacerlo! ¡En el mismo instante en que reduzcamos el número, por no mencionar la corrupción, de los traidores, usureros y simples incompetentes que pueblan esta asamblea!

Risas, aplausos. Las galerías públicas estaban tan hambrientas de dolor, lágrimas y pasión como el público de un teatro. Leo ya nunca podría aplaudir, pero palmeó el banco a su lado con una mano en falsa aprobación.

—¡Amigos, por favor! —plañó Risinau desde su silla dorada—. Aún queda mucho trabajo en nuestra *constitución*. La gente está inquieta. Se deja incitar a la ira por cualquier cosa. —Como si el propio Risinau no hubiera llegado al poder sobre una oleada de ella —. Ciudadano Sworbreck, no solicitamos más que un poco de *moderación* en la histeria de tus acusaciones.

—La moderación no vende panfletos —murmuró Leo.

Sworbreck era más que consciente de ello.

—¿Y mancillar con deshonestidad los elevados principios de este augusto organismo? ¡Antes entregaría la vida! —Se abrió la camisa de un tirón para mostrar un triángulo de pecho blanquecino—. ¡Hunde aquí tu daga, ciudadano! ¡De mil amores lavaré los bancos

de esta asamblea con mi propia sangre en pro del Gran Cambio, como tan a menudo afirmo!

—Lavarlos con lo que sea sería un avance —masculló Jurand al oído de Leo.

Sentarse entre él y Glaward distaba mucho de ser cómodo, dado el pasado que compartían. Dado lo sucedido en Sipani. Lo que quizá aún estuviera sucediendo… Pero seguía pareciéndole mejor que dejar que se sentaran juntos.

Entre el clamor suscitado por la última oferta de martirio de Sworbreck, los representantes gritaban unos por encima de otros para hacerse oír. Era tan ruidoso como una batalla, y Leo observó el tira y afloja con la cautela de un general esperando el momento de avanzar. Un viejo mercader de pelo blanco se había impuesto a los demás con una voz de bajo tan poderosa que los bancos parecían vibrar.

—¿Sería posible desviar la atención de la asamblea a otros asuntos? —Demasiado fácil, si acaso—. ¡Propongo que el comisario Pike comparezca para explicar sus actos más recientes!

—¡Eso, eso! —vociferó aquel patán gordinflón que antes era socio de Savine. ¿Kort, se llamaba?—. La guerra privada que ha desatado el comisario contra los bancos es mala para los negocios. ¡Estamos perdiendo nuestra ventaja sobre los estirios! ¡Hay una guerra en los mercados ahí fuera!

Un capataz de las Tres Granjas agitó un enorme puño en el aire. Lo llamaban por el certero nombre de Robusto, aunque Leo no sabía muy bien si era un mote o su apellido.

—¡Hay una verdadera guerra en la que se usa algo más que las lenguas! —Aullidos en las galerías. Robusto se puso rojo como un tomate—. Con perdón por la expresión. —Risas en las galerías. Se puso más rojo—. ¡Pero deberíamos preocuparnos de los rebeldes monárquicos en el este!

—¡Hijos de puta traidores que pretenden elevar de nuevo al rey sobre nosotros!

—Eso sí que no puede ser de ninguna manera —farfulló el mismo rey, cuyo recinto dorado había pasado a ser de madera, luego un estrado elevado, después un estrado bajo y por último una

mecedora rodeada por una barandilla.

Mientras tanto, el furor de costumbre arriba. Llovían panfletos arrugados. Un corazón de manzana rebotó en el hombro de un exnoble a unos asientos de distancia y Jurand se encogió.

—Tranquilos —dijo Leo—. No suelen tirar nada pesado.

—¿Qué está haciendo el Ejército Popular? —bramó alguien.

—Tengo tropas, pero no líderes. —El general Brint fruncía el ceño desde su silla contigua a la de Risinau—. Os suplico, ciudadanos, que me permitáis reclutar oficiales de la antigua Guardia Real para…

—¿Cómo vamos a confiar en hombres que servían al antiguo régimen?

—¿A quién iban a servir si no? ¡Era el único régimen que había!

—¡Tienes a patriotas acérrimos! —Robusto señaló con el dedo a Broad, que parecía más preocupado que acérrimo—. ¡Hombres de un buen linaje común!

—¡No es cuestión de cuna, sino de experiencia!

—¡Los principios están por encima del pragmatismo! —chilló alguien.

—¡No en el campo de batalla! —rugió Brint—. ¡Pero cuando necesite el consejo de un tendero para comandar un ejército, tu puerta será la primera a la que llame!

Leo hizo una mueca. Brint era bastante buena persona, pero no comprendía las normas de aquel enfrentamiento.

—¿Esto siempre es así? —preguntó Glaward en voz baja.

—Casi siempre.

—¿Y cómo logran que se haga algo?

—No lo logran. —Leo percibió un leve respiro en el altercado y acomodó el muñón en la concavidad de su pata de hierro, la muleta en su dolorido sobaco—. ¿Me ayudas a levantarme?

—¡El Joven León! —aulló alguien mientras Glaward lo ponía en pie.

La sala quedó en silencio. O lo más cerca que llegaba a estar jamás de él, al menos.

—¡Ciudadanos! —Leo renqueó unos pasos por el enlosado para destacarse de los demás—. ¡Amigos! ¡Buenos hombres y mujeres

de la Unión! —Eso último lo dirigió a las galerías del público y recibió un reconfortante murmullo de apoyo. Había descubierto que si ponía de su parte a la chusma de allí arriba, la chusma de abajo nunca se atrevía a oponerse—. ¡No podemos permitirnos estas riñas! ¡Tenemos enemigos por todas partes, ansiosos por dividirnos!

Leo se cuidó mucho de nombrar a esos enemigos, por supuesto. Que cada cual aportara los suyos.

—¡Cabrones estirios! —gritó alguien.

—¡Putos sureños!

—¡Los aristócratas!

—¡Hemos obtenido una gran victoria sobre la tiranía! —exclamó —. ¡Nos hemos ganado la oportunidad de forjar una Unión que sea la envidia del mundo! —Se colocó para poder descargar la muleta contra las losas con un impacto resonante—. Pero debemos construir puentes. Debemos atraer a buenos hombres. Como a mis viejos amigos de Angland. La discordia no nos beneficia en nada. Necesitamos igualdad. Necesitamos lealtad. ¡Necesitamos unidad!

Cojeó de vuelta a su asiento con el fragor del aplauso en los oídos, se dejó caer con un gesto de dolor y sacudió la pata para aflojarla del palpitante muñón. Glaward parecía más estupefacto que nunca.

—Pero si no has… dicho nada.

Sería un hombre leal y diligente, como había dicho Savine, pero Leo había olvidado lo lento que podía ser también.

—Solo un idiota se levanta ante esta turba para decir algo —murmuró Leo, secándose la pátina recién sudada de la frente—. Tienes que meter por ahí unas cuantas palabras de las buenas y asegurarte de que los miras a los ojos. —Compuso la sonrisa humilde que había estado practicando. Hizo un gesto para descartar las felicitaciones mientras los hombres se inclinaban desde sus bancos para darle palmadas en el hombro—. Lo que buscas es un sentimiento. Hacerlos creer que eres uno de ellos. Demostrar que la plebe está contigo. Cuando quieres que se haga algo, buscas a unos pocos y hablas con ellos a puerta cerrada.

Jurand parecía casi admirado. Un feliz atisbo de la forma en que solía mirar a Leo antes de… todo aquello.

—¿Tú no eras un soldado que no se andaba con rodeos?

—Sigo siendo un soldado. —Leo removió el brazo inútil en la casaca y saludó a la galería con el otro—. Lo que ha cambiado es el campo de batalla.

—¿Cuándo se ha vuelto tan elocuente ese capullo? —rezongó Orso, hundiéndose en su ridícula mecedora. Casi estaba por ponerse a aplaudir él también—. ¿Igualdad? Pero si debe de ser el cabrón más privilegiado de aquí dentro.

—Aparte de ti —murmuró Hildi.

—Aparte de mí, en efecto, Hildi, gracias por recordármelo. Su familia lleva siglos sentándose en esta puta cámara. Casi eligieron rey de la Unión a su abuelo, y entonces traicionó al país al perder la votación. De tal palo, tal astilla, ¿eh?

—Pero no puedes negar que cae bien a la gente.

—Eso desde luego. La gente siempre ha adorado al Joven León.

Aparentaba ser el mismo anglandés sincero de siempre, la antítesis del estilo florido de Sworbreck, pero ya llevaba un tiempo haciendo cantar a la turba como si fuese su propio coro personal, y llevando a los antiguos nobles por donde quería. Para colmo, había traído a una docena de héroes jóvenes y viriles desde Angland y los tenía en los primeros bancos asintiendo a cualquier palabra que decía como si hubiera salido de la boca del propio Euz. Orso empezaba a pensar que era muchísimo más peligroso ahora que cuando tenía todas las extremidades.

—Un llamamiento a la lealtad, ¿te lo puedes creer? ¡Pero si hace unos meses estaba liderando su propia rebelión!

La hipocresía era abrumadora. Pero el apetito del público por la hipocresía parecía insaciable. Isher, que poco tiempo antes se había enriquecido más allá de los sueños de cualquier avariento expulsando a los arrendatarios empobrecidos de la tierra común, estaba predicando la frugalidad con la ropa más ostentosamente humilde y del color más terroso que uno pudiera imaginar.

—¡Ciudadanos, por favor! —Risinau se esforzaba en vano, como llevaba semanas haciendo, para imponer el orden en aquel desastre

—. ¡Nuestra constitución!

Y a Orso le entró la risa. Un pequeño resoplido al principio. Trató de contenerlo, pero estalló de nuevo. Una risita explosiva. Cada cara que veía la empeoraba. Aquel traidor ricachón de Isher, escondiéndose en la ropa de vestir de un honesto trabajador. Aquel pringado chaquetero de Brock, ovacionado hasta hacer saltar el techo por su patriotismo y su arrojo. Aquel cobarde fantasioso de Sworbreck, haciéndose pasar por el intrépido campeón del pueblo llano. La arremetida de sermones pretenciosos, de imposiciones sentimentaloides, las enfurecidas defensas de unos principios cambiantes, las lacrimógenas declaraciones de una lealtad movediza. Lo peor de la humanidad ocupando los puestos donde debería estar lo mejor. Una corona con zurullos por gemas.

—¿Estás bien? —susurró Hildi con cara de preocupación.

Orso temblaba ya de la risa, que resonaba por toda la cámara. Nadie más parecía divertido. El presidente quien menos.

—¿Quizá su majestad querría explicarnos qué es lo que encuentra tan gracioso?

—¿Qué no lo es? —Orso tenía los ojos rebosantes de lágrimas—. ¿Vuestro gran experimento? ¿Vuestro maravilloso sistema nuevo? Creedme, a nadie le gustaba menos la antigua manera de hacer las cosas que a mí, pero mis antecesores gobernaron la Unión durante seis siglos. Vosotros podéis daros con un canto en los dientes si llegáis a los seis meses.

—¡Capitán Broad! ¡No podemos permitir que este caballero falte al respeto a nuestra asamblea!

Broad se subió los anteojos con gesto cansado y echó a andar despacio hacia el cercado real. Orso se levantó de un salto.

—¿Acaso no somos todos iguales aquí? —Se dirigió a las galerías del público en una gimoteante imitación de los recargados gestos de Sworbreck—. ¿Acaso no merece todo ciudadano la oportunidad igualitaria de hablar? ¿Incluso una criatura tan aborrecible como un rey?

—¡Dejad que hable! —gritó alguien.

—¡Dejad que se gane él solito la soga!

—¡Empiezo a desear que cumplierais esas amenazas! —gritó

Orso. Había descendido sobre él una inexplicable valentía, igual que había ocurrido en Stoffenbeck. Una valentía nacida del miedo, el aburrimiento, la frustración y al menos un poco de borrachera. No eran unos ingredientes heroicos ni por asomo, claro, pero nadie cuestionaba qué llevaba el pastel mientras tuviese buen sabor—. ¡Ya habéis ahorcado a muchas personas decentes! Preferiría unirme a ellos antes que seguir soportando este coro de aduladores, matones e hipócritas.

—¿Cómo osas? —Pero la voz de Risinau sonaba más a gimoteo quejumbroso que a rugido indignado—. ¡Estamos conformando el *futuro*!

Orso casi empatizó con él.

—Si te sirve la opinión de un hombre que ha ocupado ese puesto, eres el mascarón de proa en un barco de necios. Me atrevería a decir que tienes a buena gente aquí, con buenas intenciones. Tuvisteis la ocasión de mejorar las cosas y, lo creas o no, nadie tenía más ganas de verlo que yo. Pero no has conseguido nada en absoluto. Sé que menudo soy yo para decirlo, pero… lo que pasa es que eres un pintamonas. Un inepto saco de bravatas. Una cerilla gastada.

—Jamás pensé que estaría de acuerdo con su puta majestad.

Hubo un susurro de ropa mientras los representantes se volvían para mirar hacia la parte superior del pasillo. A la Jueza se le podrían criticar muchas cosas, pero nunca que no sabía hacer entradas espectaculares. Descendió por los peldaños entre los bancos con toda la bravuconería de un campeón llegando al círculo de esgrima, con sus cadenas robadas tintineando contra el peto de la armadura, con el pelo rojo engrasado hacia arriba en una cresta llameante, la dura punta de una lanza compuesta por hombres de mirada hosca, de rostro agresivo, de ropa roja. Sus negros ojos barrieron los bancos con la clase de propósito ardiente de la que tanto carecía la asamblea, pero lo que sintió Orso cuando la mirada de la Jueza cayó sobre él distaba mucho del alivio.

—Siéntate, ciudadano Orso —dijo la mujer.

Orso se sentó.

La Jueza se detuvo ante la mesa presidencial con los brazos en

jarras y plantó los pies descalzos separados en el suelo.

—He estado observando la puta pantomima que os traéis en esta guardería de niños malcriados con creciente repugnancia —dijo.

—¡Sí! —gruñeron los Quemadores en retumbante unísono.

—Teníais que arreglar las cosas, pero no habéis hecho más que parlotear y parlotear. Casi podría decirse… —Se inclinó hacia Risinau, apoyó los puños cerrados en la mesa—… que quienes han permitido que la situación se deteriore de este modo… —Retorció los labios, desnudó los dientes—… son, por acción u omisión… —Salpicó saliva, rugió las palabras—… ¡culpables de traicionar al Gran Cambio!

—¡Nosotros *somos* el Gran Cambio! —Risinau alzó el mentón hacia ella, haciendo que se bamboleara la papada bajo los carrillos caídos—. Te oímos quejarte, ciudadana, ¡pero no exponer el motivo de tu presencia!

La Jueza sonrió. Una sonrisa de calavera que ni de lejos se le reflejó en los ojos.

—Ah, he venido para detener a los infractores.

Una secretaria dejó la pluma para corretear en torno a la mesa presidencial, meneando un dedo manchado de tinta.

—Con el debido respeto, no tenéis una orden que os permita…

—¿Estás segura? Hermano Sarlby, ¿quieres presentarle nuestra acreditación?

—Con mucho gusto.

Un quemador con cara de rata y un gorro manchado de rojo dio un paso adelante y se metió una mano en el bolsillo de la chaqueta. La sacó delante de la secretaria. Allí no había nada excepto su puño. Se lo estampó en la cara, la derribó al suelo y la cabeza de la mujer rebotó en el enlosado. La dejó allí mirando asombrada mientras manaba sangre de su nariz rota.

Se hizo un silencio anonadado en la Rotonda de los Comunes. Orso tuvo la sensación de que en ese preciso instante todas las reglas habían cambiado. Otra vez.

Entonces la Jueza se echó a reír.

—Os habéis vuelto todos tan consentidos como solía estar Su Majestad, imbéciles. Tan inútiles como solía ser el Consejo Abierto.

¿Qué le pasa a según qué gente, que el poder los hace débiles?

Risinau había empalidecido.

—¡Sigo siendo el presidente de esta asamblea! —Aferró los brazos dorados de su silla como para demostrárselo a sí mismo, pero el eco de su voz sonó a cacareo temeroso en la espaciosa altura de la cúpula—. ¡Capitán Broad! ¡Que esta mujer sea expulsada de inmediato!

Broad miró hacia las puertas torciendo el gesto. Llevaba haciéndolo desde que había entrado la Jueza. Pero ella no había sido la última persona en cruzarlas. Habían entrado en la sala decenas de personas con ropa roja. Gorros rojos, mangas rojas, trapos rojos rodeándoles la frente. Algunos tenían las manos ocultas a la espalda, o al costado, o metidas en las chaquetas. Una niñita sonriente llevaba un enorme tarro goteante de pintura y estaba rociando todo el sucio mármol de manchas rojas.

Quemadores.

Había toques de rojo por todas partes. Broad levantó la cabeza para ver a través de las lentes y vio ballestas rojas en la baranda de la galería pública.

—¿Capitán Broad? —La voz de Brint tenía un repentino tono extraño. Era menos una orden que una súplica.

—No, no, no —ronroneó la Jueza.

La harapienta cola de su vestido siseó por las mugrientas losas hacia Broad, aquellos ojos negros no se apartaron de él en ningún momento y la Jueza levantó la mano y le tocó la cara con las yemas de los dedos. El más leve contacto, justo debajo de la oreja, que resbaló por la mandíbula hasta cogerle la barbilla y le puso la carne de gallina y el corazón atronando al mismo tiempo.

Broad podría haberla apartado de un empujón. Con lo flacucha que era, podría haberla enviado al otro lado de la sala de un revés. Pero lo único que hizo fue quedarse allí plantado, impotente. Impotente como cuando había estado atado a una silla en un sótano de Valbeck con ella sentada encima a horcajadas.

—El capitán Broad y yo nos entendemos —dijo la Jueza en voz

baja.

Y tenía razón, que los Hados lo asistieran. La Jueza eran los líos hechos carne. El monstruo suelto de la correa. Era la locura y el fuego y la violencia y todo lo que Broad se decía a sí mismo que no quería.

Pero la triste verdad es que cuando alguien no quiere una cosa, no tiene que repetírselo una y otra vez.

La niña sostuvo en alto el tarro de pintura y la Jueza metió la mano en él. Unos goterones rojos cayeron a las losas mientras pintarrajeaba cuatro franjas horizontales en el peto de Broad con sus dedos rojos.

—Ahora eres de los nuestros. —Se puso de puntillas para susurrarle—: Aunque sabemos que siempre lo fuiste.

Nadie movió ni un dedo mientras los Quemadores sacaban cadenas y empezaban a poner grilletes a los hombres y mujeres que rodeaban a Risinau. No hizo nada el rey, sentado sumiso en su mecedora. No hizo nada el Joven León, mirando cauto entre sus anglandeses. No hicieron nada los artistas y los pensadores que Risinau había llevado a la asamblea. Hasta los alborotadores de las galerías públicas se habían tragado la lengua.

Y Broad era el más callado de todos. Identificaba las causas perdidas nada más verlas.

—¡No puedes hacer esto! —Risinau intentó aferrarse a su silla cuando Sarlby lo agarró por el brazo y la arrastró por el suelo—. Acudiré al Tejedor y…

Los ojos rojizos de la Jueza se deslizaron hacia él de soslayo.

—¿Quién te crees que me ha dado la llave de esta cámara, gordo idiota?

Risinau la miró boquiabierto mientras por fin lo desatascaban de la silla y Sarlby le cerraba unos grilletes en torno a las muñecas.

—Pero… necesitamos una nueva *constitución* porque…

—Lo que necesitamos es propósito —replicó burlona la Jueza—. Lo que necesitamos es pureza. Lo que necesitamos es empezar de cero.

—¿Vamos a ahorcarlos? —preguntó Sarlby.

—¿Ahorcarlos? No. Enviaría un mensaje erróneo. —La Jueza se

dejó caer en la silla de Risinau y barrió con el brazo unos papeles al suelo para hacerse espacio—. El brillante futuro por fin ha llegado. —Apoyó un pie descalzo en la superficie pulida y cruzó el otro por encima, enseñando las plantas grises de polvo—. No vamos a darle la bienvenida con un ahorcamiento, ¿verdad?

Broad inhaló de golpe. Acababa de darse cuenta de que había estado conteniendo la respiración. La clemencia era lo último que habría esperado de la Jueza.

—A estos hijos de puta hay que cargárselos de manera más visceral —dijo—. Necesitamos algo espectacular. ¿Alguien tiene alguna idea?

No era clemencia, por tanto, sino lo opuesto. Cayó un silencio tenso. Los representantes se miraron entre ellos, y a Risinau encadenado con sus subordinados, y a los Quemadores armados hasta los dientes, y nadie quiso destacar entre la multitud.

Entonces Ramnard carraspeó.

—Supongo que… siempre tenemos la decapitación, ¿verdad?

Los mismos cabronazos que habían competido por la atención de Risinau esa mañana se pusieron a rivalizar para proponer la forma de matarlo más brutal por la tarde.

—A mí la máquina de ahorcar de Curnsbick me pareció una gran mejora.

—¡Aburrida! —canturreó la Jueza.

—¿Ahorcarlos y eviscerarlos?

—Son métodos del antiguo régimen —desdeñó la Jueza.

—He oído que a veces en el Norte aplastan a los malhechores con rocas.

—Bah —gruñó la Jueza.

—¿Hervirlos vivos?

—¿Empalamiento?

—¿Ejecución a cañonazos?

—¿Me permitís? —Sworbreck se había levantado y le brillaban los ojos de emoción apenas contenida—. Esta situación requiere algo *inolvidable*. Algo que sirva de *lección* y tenga efecto *disuasorio*. Algo *representativo* del crimen que han cometido.

La Jueza lo miró entornando los ojos.

—Sí.

—Yo sugeriría que quienes hayan caído en desgracia según los principios del Gran Cambio… ¡caigan *también* a su muerte! A plena vista de los ciudadanos a quienes han fallado. ¿Desde lo alto de la Torre de las Cadenas, tal vez?

Un murmullo recorrió el salón. ¿Miedo? ¿Asombro? ¿Entusiasmo? ¿Todo mezclado?

—Por los Hados —susurró Brint.

Un quemador había cerrado un grillete sobre la única muñeca que tenía el general y estaba rascándose la cabeza sin saber qué hacer con el otro.

—Hum. —La Jueza levantó la cara para mirar hacia la cúpula dorada y se rascó un poco el sarpullido del cuello con la superficie de las uñas rotas. Muy despacio, la sonrisa se expandió por su cara —. Gracias, ciudadano Sworbreck, de mi parte y de parte de la nación. —Hizo un gesto con la cabeza en dirección a la puerta—. Subidlos a la Torre de las Cadenas. Y dadles un empujón.

Un detenido soltó un tenue gemido. Otro flaqueó apoyado en la mesa presidencial.

—¿Sin juicio? —Era el rey, que ya no se reía. Se le movió la garganta al tragar saliva, nervioso.

La Jueza dirigió hacia él su sonrisa.

—El juicio tendrá lugar de camino hacia abajo. Que el suelo dé su veredicto. Ve con ellos, Broad. Cerciórate de que caen todos. ¿Sarlby?

—¿Jueza?

—Cerciórate de que se cerciora.

Broad se bajó los anteojos por la nariz para frotarse el caballete irritado, volvió a colocarlos en su sitio y empezó a arremangarse. Despacio. Meticuloso. Venía bien tener una rutina, a fin de cuentas. Luego se puso a ello con calma, como si fuese cualquier otra tarea. O quizá su cuerpo se puso a ello sin necesidad de que él se implicara en absoluto. Pusieron en fila a la docena de prisioneros que habían estado tras la mesa, Brint cerca del principio, Risinau cerca del final, rodeados por miembros de los Quemadores con las armas desenfundadas. Luego empezaron a avanzar por el enlosado

hasta el pasillo y subieron por él, entre los silenciosos bancos. Todos miraban. Nadie habló.

—Empecemos por el principio —estaba diciendo la Jueza mientras Broad salía impasible de la Rotonda de los Comunes tras los presos—. Esto ya no será tanto una asamblea como un juzgado. Y en él purgaremos a la Unión de sus enemigos.

Las puertas se cerraron con estruendo.

Fuera hacía frío, pero Broad notaba la cara caliente. Cruzaron la plaza de los Mariscales, o de la Igualdad, o del Asesinato, o comoquiera que la llamasen, seguidos todo el camino por ojos curiosos. Broad entrecerró los suyos cuando llegó una ráfaga de viento helado y las hojas marrones se persiguieron unas a otras por el suelo.

—¡No podéis hacer esto! —gorgoteó Risinau—. ¡No podéis *hacer* esto!

—Cállate, gordo —dijo Sarlby.

—Me encargaré de que os castiguen a…

Sarlby le dio un sopapo, y otro, y otro. Lo abofeteó hasta ponerle la cara de color rosa.

—¿Lo entiendes ya?

Risinau infló una burbuja sanguinolenta por la nariz, respirando deprisa y bizqueando un poco.

—Sí —graznó.

Broad cruzó una arcada y vio ante ellos la Torre de las Cadenas, esbelta como el dedo de una dama, su piedra blanca manchada con franjas de mugre y hollín. Había oído decir que se derrumbó el día en que Bayaz destruyó a los devoradores y que el mago la había hecho reconstruir incluso más alta.

Una mujer que iba por delante en la fila debió de desmayarse al verla, porque cayó al suelo de repente en un revuelo de faldas. Broad la levantó por una axila. Sin maltratarla, pero con firmeza. Podían hacer aquello sin ser irrespetuosos. La llevó de vuelta a la fila.

La torre estaba cada vez más cerca. Era como si Broad estuviese fuera de sí mismo. No podía cambiar ni una sola cosa. Si él no hacía aquello, lo haría otra persona y él caería con los demás y nunca

podría volver a casa con Liddy y May.

—Capitán Broad —susurró Brint por la comisura de la boca—, tienes que detener esto ya. Tienes la oportunidad de pararlo.

Broad no habló. No estaba seguro de poder hacerlo.

Había un prisionero que lloraba. Otro intentó a la desesperada quedarse en el umbral de la torre, apretando la cara contra la piedra.

—¡No! ¡No! No…

Un quemador le dio un porrazo en la cabeza y lo dejó inconsciente, cayendo mientras la sangre de la herida salpicaba la entrada de la torre.

—Estupendo, ya lo creo que sí —dijo Sarlby, con los brazos en jarras.

El quemador parecía un poco ofendido.

—¿Qué querías que hiciera, dejarlo ahí?

—¡Pues suéltale una patada, hombre! Ahora tendremos que cargar con el muy mamón. Tendrás que cargar tú, mejor dicho.

—Joder —dijo el hombre, y se agachó para echarse al caído al hombro.

Emprendieron el ascenso por una pulcra escalera de piedra tallada, empujando a los prisioneros por delante. Ecos de pisadas. Ecos de respiración, de sollozos, de gimoteos, de palabras. El tono fue cambiando a medida que subían. En la parte de abajo, bravatas.

—¡Cómo os atrevéis!

—Tengo amigos, ¿sabes?

—¡Pagaréis por esto!

Un atisbo de los tejados fuera del Agriont, a través de una estrecha ventana. Entonces llegó el regateo.

—Puedo daros mil marcos. ¡Dos mil!

—¡Deja que meta la mano en el bolsillo!

—¡Tengo amigos, amigos muy ricos!

El raspar, raspar y raspar de botas sobre la piedra. Entonces llegaron las súplicas.

—¡Por favor!

—¡Tengo tres hijos! ¡Ni siquiera saben lo que ha pasado!

—¡Por favor!

—Solo intentaba hacer lo correcto. ¡No hay nadie más leal al Gran

Cambio que yo!
—¡Por favor!
Todo aliento desperdiciado. Todos siguieron pastoreados hacia arriba por la interminable escalera.
—Sé fuerte —susurraba alguien—, sé fuerte.
Broad no sabía si hablaba consigo mismo o con otra persona. ¿De qué podía servir a nadie ser fuerte? Fuesen fuertes o débiles, la caída seguía siendo la caída.
¿Cuántos peldaños llevaban? Parecían centenares ya. Los resuellos de Risinau empeoraban más y más a su espalda. No era un hombre hecho para subir escaleras.
—¡Tira para arriba, gordo cabrón!
—¿No podemos tirarlo desde aquí y ya está?
—No hay ventanas lo bastante grandes.
Risas.
Broad siguió subiendo. Le dolían las piernas. La respiración le estaba lijando el pecho. Pero apenas sentía nada. Eran las piernas de otra persona. La respiración de otra persona.
Salieron de la oscuridad al tejado y Broad parpadeó hacia un día claro y fresco. Adua se extendía por debajo de ellos: chimeneas sobresaliendo, columnas de humo que se llevaba el viento frío, minúsculos barcos en los diminutos muelles de la bahía. Gente de juguete arremolinándose en una ciudad de juguete.
—¡Joder, qué alto!
Sarlby se quitó el gorro rojo para secarse la frente y el pelo ralo aleteó en torno a una sonrisa llena de dientes amarillos. Había encontrado una caja vacía en alguna parte y la arrastró contra el parapeto. Un pequeño estrado desde el que caer.
Obligaron a los presos a avanzar desde la escalera, jadeando por el ascenso, algunos sollozos agudos, volutas de vaho en el aire gélido. Los Quemadores miraban con sus sombreros rojos y sus fajines rojos y su ropa manchada y salpicada de pintura roja, con las armas desenvainadas y los ojos brillantes y virtuosos.
Broad se fijó en un pájaro posado sobre la pequeña torreta en la que terminaba la escalera. Observaba el proceso sin parpadear.
—Vamos allá.

Sarlby y otro quemador asieron al prisionero más cercano por los brazos y lo llevaron hacia el parapeto. Era un tipo alto, con una marca de nacimiento bajo la oreja. Se dejó llevar con bastante sumisión hasta que llegó a la caja; ahí empezó a gritar y retorcerse, raspando la piedra con los zapatos.

—¡Ayúdanos, Toro!

Broad agarró la chaqueta del hombre desde detrás, le apartó el pie con el suyo y ayudó a empujarlo sobre la caja. El reo se quedó allí, haciendo ruido al respirar, mirando incrédulo la ciudad por debajo, sus pies alineados con la almena que tenía delante.

Broad vio que se le movía la nuez al tragar saliva.

—Decidle a mi mujer que la… ¡Oh!

Sarlby le había dado un empujón. El hombre dio la vuelta en el aire, sorprendido. Al instante desapareció. Broad tuvo la sensación de que debería encogerse, apartar la mirada, taparse la cara con las manos. Pero se limitó a mirar. El sudor del ascenso le hacía cosquillas bajo el peto embadurnado de rojo. Se rascó el sobaco pegajoso.

Sarlby miró ansioso por encima del almenado, como un crío que hubiera tirado algo desde un puente al río y estuviera esperando a que apareciese por el otro lado.

Se oyó un nítido golpe muy abajo. Como el chasquido de un látigo. Sarlby se enderezó, inflando los carrillos.

—Pues nada, ahí termina eso, ¿eh?

Sarlby había sido un buen hombre. En Estiria, en Valbeck. De los mejores. Más buena persona de lo que había sido Broad. Un buen hombre. Pero ¿qué tenía aquello de bueno? ¿Qué habría dicho Liddy al respecto? ¿Qué diría May? Broad tuvo la sensación de que debería estar llorando. Debería estar chillando. Pero lo único que hizo fue comprobar que tenía las mangas bien enrolladas antes de ir a por otro a la escalera. Un secretario, si no recordaba mal, que solía sentarse en el extremo de la mesa con un libro de contabilidad. El hombre había mirado a Broad y luego al techo en una ocasión mientras Risinau daba una arenga, y Broad había tenido que contenerse para no sonreír. Cruzó la azotea de la torre hacia la caja, tropezó por el camino y un quemador lo sostuvo antes de que

cayera y lo ayudó a erguirse. No fuera a ser que se precipitara antes de tiempo.

—Lo siento —murmuró el hombre, intentando subir a la caja un pie tan tembloroso que se negaba a responder—. Lo siento mucho.

—Para allá que vas.

Sarlby lo envió de un empujón al otro lado del parapeto e hizo un gesto para que trajeran a otro preso.

—¡Solo soy escultora! ¡Solo soy escultora! —La mujer lo repetía y lo repetía, con acento estirio, lo cual no la ayudaba en nada. A la gente ya no le gustaban los extranjeros—. ¡Solo soy escultora! —Como una plegaria. Con voz cada vez más aguda, cada vez más rápida, cada vez más frenética—. ¡Solo soy escultora! —Se había meado encima. Un rastro de manchitas por la piedra, el borde del vestido arrastrándose por ellas—. ¡Solo soy escultora!

—Eres una escultora culpable de traición —dijo Sarlby, y la hizo subir a la caja a punta de cuchillo.

—¡No! ¡Solo he venido para ayudar a tallar estatuas nuevas! ¡Solo soy…!

Y cayó al otro lado. Sarlby ni siquiera dejaba que terminaran las frases. Como si nada que pudiesen decir tuviera importancia. Como si fueran basura arrojada a una zanja. Y los que quedaban detrás se limitaban a mirar. Como si aquello no fuese con ellos. Ni siquiera mientras los acercaban al parapeto. Mientras Broad ayudaba a hacerlo.

El siguiente era Brint. No habían encontrado nada sobre lo que cerrar aquel otro grillete, dado que el hombre era manco, así que cuando un quemador intentó agarrarlo Brint se zafó de él, hizo un gesto a los demás para que se apartaran y anduvo sin mediar palabra hacia la caja. Inspiró, subió por sí mismo, saltó por sí mismo y no hizo ningún ruido de camino hacia abajo.

Broad parpadeó. Brint había sido un buen hombre. Estaba razonablemente seguro de eso. Había intentado hacer lo correcto, cuando todo se vino abajo. Pero fuese bueno o malo, acertara o se equivocara, la caída seguía siendo la caída.

Algunos iban haciendo aspavientos, como intentando encontrar algo a lo que agarrarse. Otros caían flácidos. Algunos no hacían

ruido. Otros los hacían muy raros cuando los empujaban. Un respingo conmocionado. Un pequeño gañido de sorpresa. Un sollozo asustado. Muchos chillaban. Chillaban hasta llegar abajo. Esos eran los peores. El chillido, y la forma en que el chillido cesaba de sopetón. El sonido al llegar al fondo. Como una fuerte bofetada. Pero con una cierta cualidad húmeda. Y luego quizá un distante chapoteo. Como restos tirados por la ventana del piso de arriba.

Ya se había congregado una muchedumbre. Se oían sus aullidos y sus vítores y sus gritos ahogados allá abajo en la ciudad, al otro lado del foso seco. No se veían a diario cosas como aquella.

Broad miró las manchas de pintura roja que le cruzaban el peto. ¿Lo habían obligado a hacer lo que estaba haciendo? ¿Había elegido hacerlo él? ¿Había querido hacerlo? ¿Era uno de ellos, como decía la Jueza? ¿Siempre lo había sido? Se quitó los anteojos, se frotó los párpados.

—¿Estás bien, Toro? —preguntó Sarlby.

Broad tragó saliva mientras volvía a ponerse las lentes y las empujó al surco que era su sitio. Venía bien tener una rutina.

—Sí —mintió—. Bien.

Risinau ya parecía casi muerto por el ascenso. Tenía el rostro blanco perlado de sudor y lágrimas, la boca abierta, resollando.

—Querría… decir…

—Ya has dicho bastante, joder —lo interrumpió Sarlby, y pinchó con el cuchillo el culo del presidente para obligarlo a subir a la caja.

Vick contempló cómo caía otra motita de polvo desde la Torre de las Cadenas. Tardó mucho en hacerlo. Pensó que era una suerte que desde donde estaba no se los viese dar contra el suelo. Estarían cayendo al cieno en el fondo del foso, supuso. Pero sí que le parecía oírlo. El tenue chillido, traído por el viento, segado de repente. Tuvo la sensación de que las últimas briznas de esperanza por aquel mundo mejor de Sibalt quedaban segadas con él.

Vick había presenciado bastantes horrores a lo largo de su vida. En los campos. En las minas. En la rebelión de Starikland, en la sublevación de Valbeck, en la Batalla de Stoffenbeck. Pero nunca

había visto nada como aquello.

—¿Qué habéis hecho? —susurró.

Pike la miró arqueando una ceja pelada.

—Qué *hemos* hecho, querrás decir. Fuiste tú quien me dijo que Risinau debía desaparecer. Y tenías razón.

—Risinau tenía que caer, pero… —Le entró una arcada mientras decía el nombre—. ¿La Jueza?

—Tener demasiados principios no nos ha funcionado.

—¿Así que ahora probaremos a no tener ninguno? —Su voz se había transformado en un graznido incrédulo.

—Ya no es momento de andarnos con medias tintas. —Pike volvió a mirarla inexpresivo—. A veces, la única forma de mejorar algo es destruirlo para poder reconstruirlo mejor. —Hubo un tiempo en que Vick pensó que aquella cara quemada era la máscara perfecta para que Pike ocultara sus sentimientos. En ese momento se preguntó si existiría alguno debajo—. Si quieres cambiar el mundo, a veces primero tienes que quemarlo.

Otra motita se precipitó desde la cúspide de la Torre de las Cadenas.

Al otro lado de la destrozada muralla del Agriont, la multitud aplaudió.

Octava parte

«En las muchedumbres lo que se acumula no es el talento, sino la estupidez.»

Gustave Le Bon

Un mar de terror

—Sed bienvenidos, ciudadanos y ciudadanas, al decimosexto encuentro semestral de la Sociedad Solar de Adua. Con un cierto retraso, lamento decir, debido a los… acontecimientos.

Curnsbick, discreto en un chaleco de áspero tejido que recordaba a un mandil de obrero, alzó al aire sus amplias manos para pedir silencio, aunque fue más por costumbre que por necesidad. Antes el estruendo de los presentes amenazaba con derrumbar el teatro. Esa noche estaban sentados, inquietos pero callados.

—Muchísimas gracias a nuestra distinguida mecenas, la ciudadana Brock.

Curnsbick hizo un gesto en la dirección del palco donde estaba sentada Savine, que forzó una sonrisa incómoda antes de internarse un poco más en las sombras. Había pasado media vida intentando destacar entre la multitud, pero en los últimos tiempos solo los necios llamaban la atención.

—¡Me presento ante vosotros lleno de optimismo! —exclamó Curnsbick, con la sudorosa actitud de un vendedor ambulante que jamás compraría lo que se veía obligado a ofrecer—. ¡El Gran Cambio nos trae a todos felices nuevas oportunidades! Los trabajadores llegan en masa a las ciudades. —O los llevaban hacia ellas el frío, la penuria y la guerra para morir congelados en los caminos o de hambre en los portales—. Las regulaciones se han relajado. —Porque nadie sabía quién estaba al mando ni si se haría cumplir alguna norma—. Terrenos que llevaban largo tiempo ocupados han pasado a estar disponibles. —Sobre todo mediante

incendios descontrolados.

Curnsbick pasó por alto mencionar el agravamiento de la escasez de comida, carbón y materias primas, el peligro de los disturbios y las detenciones sumarias y los continuos juicios por mercantilismo, especulación y usura. Los muchos asientos vacíos entre el público ya atestiguaban todo ello con más elocuencia que la que podría emplear jamás el gran maquinista.

—Nuestros amigos de Starikland, Angland y Westport se muestran… un tanto desconfiados. —Al borde de declarar su independencia de la Unión, de hecho—. Es posible que, por el momento, los mercados tradicionales estén cerrados. ¡Pero se abre todo un mundo de posibilidades para los innovadores con iniciativa! —Al menos, para los que no habían terminado hechos papilla al pie de la Torre de las Cadenas—. Hay una enorme cosecha que recoger, no solo material, sino, lo que es mucho más importante, moral, social y cultural. —Si se podía hacer caso omiso a las consignas de los Quemadores garabateadas en cada planta y factoría—. Con la libertad y la igualdad sumadas a nuestras tradicionales virtudes de imaginación y esfuerzo, ¡sin duda el Gran Cambio traerá la prosperidad a todos sus hijos! —A los que no se comiera vivos. Curnsbick abrió los brazos en preparación de su clímax de insinceridad—. ¡Nadie puede detener, ni querría detener, el progreso!

Ninguno de los presentes se atrevió a destacar siendo el primero en aplaudir, de modo que el silencio agónico se prolongó denso y colosal.

A Savine le resultó rarísimo que al salir al vestíbulo, bajo las dos enormes lámparas de araña y el yeso agrietado donde había pendido la tercera, no hubiera nadie chillando. Nadie llorando, vomitando ni arañándose la cara. La vida seguía sin más. Los corrillos de gente hablando, el parloteo de los negocios, las ofertas, las promesas, las inversiones únicas e irrepetibles.

—¿Dónde está Hogbeck? —preguntaba alguien—. ¿Detenido?

—El viejo idiota se mató probando un globo volador. Esperaba descender en picado y recoger al vuelo a jóvenes ciudadanas, cabe suponer.

—Ninguna mujer que entrara en su cesta salió jamás con la virtud intacta. ¿Y Zillman?

—Arruinado. Invirtió todo lo que tenía en acristalamiento, por la cantidad de ventanas que se están rompiendo. El problema es que nadie se molesta en poner nuevas, por si alguien vuelve a cargarse las muy cabronas al día siguiente.

No había nada más alterado por el Gran Cambio que la moda. El traje de los hombres ricos se había cargado de detalles de obrero, mientras que el ideal en ropa femenina era la pastorcilla ingenua. Las mejillas se pintaban con un tono rosa de culo azotado y los abanicos se habían convertido en un detestable artificio aristocrático. Algunas mujeres habían dejado de llevar peluca y lucían orgullosamente su soso cabello real como una insignia de orgullo revolucionario. Las curiosidades exóticas habían sido el último grito, pero últimamente todo lo extranjero se desdeñaba con una patriótica mirada de soslayo. Las joyas habían caído en desgracia, pero se gastaban verdaderas fortunas en flores secas y cestas de mimbre. Era sorprendente que nadie hubiera llevado un rebaño de cabras como complemento. Los bustos maternales estaban sostenidos tan en alto que amenazaban con sofocar a los contertulios. El Gran Cambio había traído la libertad a todo el mundo, por supuesto, pero la corsetería propia de una ciudadana era, si acaso, incluso más constreñida que la que soportaban las damas durante la época del rey Jezal.

—La igualdad nunca se reparte del todo a partes iguales —murmuró Savine.

—Soy de Gurkhul —dijo Zuri, mirando el reloj—. Lo sé muy bien.

—Lo único que vende son los emparejamientos y las caídas de culo —se quejaba el propietario del teatro a un conocido con una trémula voz de bajo—. ¡Antaño, la exhortación del gran Juvens a los senadores resonaba desde las vigas! Y ahora solo tenemos a un gordo tropezando con el orinal y a gente guapa que finge follar.

—¿No podríamos reconocer que follar siempre ha estado de moda?

—Supongo que sí. Últimamente ya casi no sé si estoy contratando a actrices o a rameras.

—¿Qué diferencia hay?

El chiste provocó una forzada ráfaga de risitas entrecortadas. Estaban todos patinando en hielo fino, sus sonrisas crispadas sobre el terror que sentían, resbalando mientras las grietas crecían disparadas debajo de ellos. La gente se sobresaltaba con cualquier ruido que llegara desde la calle, esperando que los Quemadores irrumpieran en el teatro y se llevaran a todos los miembros de la Sociedad Solar sin distinciones. Los trabajadores de Adua habían vivido con un miedo constante a la gente que ocupaba aquel vestíbulo. Ahora les tocaba a ellos. Pero la vida seguía adelante, incluso mientras el mundo a su alrededor se congelaba y ardía al mismo tiempo. ¿Qué otra opción les quedaba?

—¡Crédito! —bramaba echando espumarajos un hombre con unas monumentales patillas—. No se encuentra crédito por ninguna puta parte. ¡Todos los bancos están clausurados!

—La mayoría de los banqueros están en el Pabellón de la Verdad. Perdón, en el Pabellón de la Pureza. Los que aún no han hecho la larga caída, al menos. Por usura. ¿Eso es un delito siquiera?

—Y si lo es, ¿no somos todos culpables?

—Si Pike quería estrangular los negocios, desde luego lo ha hecho bien.

Antes no había otro lugar donde Savine se sintiera más a sus anchas, revoloteando de una oportunidad a otra, dejando a su estela esperanzas y sueños malogrados. En esos momentos lo único que quería era rajar los cordones de su corsé y reclinarse con sus hijos, quitarle el tapón a la licorera y no volverla a tapar nunca.

—Por los Hados —musitó Savine—, me he convertido en mi madre.

—Hay cosas peores en las que convertirse —respondió Zuri.

Todo aquello habría sido mucho más divertido con un buen suministro de polvo de perla y sin la omnipresente amenaza de muerte. Pero el polvo de perla era imposible de encontrar y la vida nunca había valido menos.

—He oído que el viejo Marnavent hizo la larga caída —rebuznó alguien a la ligera.

—¿Y quién dirige ahora la oficina de patentes?

—Estás suponiendo que aún existe una oficina de patentes. Me contaron que la han convertido en una porqueriza.

—Considérate afortunado si lo único que te roban son las ideas. Yoslund se quedó sin un solo mueble en la sublevación. ¡Se llevaron hasta las putas puertas!

—Por lo menos, cuando gobernaba el rey Jezal, sabías a quién tenías que sobornar, joder.

—¡Ciudadana Savine!

—Ciudadana Selest.

Si la moda era la sencillez, Selest Heugen nadaba a contracorriente. Se había vestido como una gran duquesa alborotando por el precio del pan. Como una millonaria militante con un matiz de prostituta de lujo. Por su cuello caían rubíes oscuros como sangre de una garganta abierta y su vestido negro tenía un ingenioso corte que dejaba ver una franja de escarlata quemador. Casi todas las mujeres habían dejado de llevar espada. Tener las heridas de Leo todo el día en la cara había acabado del todo con la afición de Savine por las armas. Selest había tomado el camino opuesto y llevaba una auténtica hacha de caballería colgando del cinturón carmesí.

—Te veo… maravillosa.

Savine había intentado sonar sincera, pero le faltaba toda una vida de práctica y el busto de Selest se hinchó por la ofensa. Lo más probable era que Savine no hubiera podido decir nada que no la ofendiera, y sin duda nada que hubiera impedido que aquel busto se hinchara. Selest miró desdeñosa a Savine de arriba abajo.

—Te veo… maternal.

En otros tiempos habría sido un insulto penado con una lenta muerte social, planificada hasta el último detalle. A Savine apenas le provocó un encogimiento de hombros.

—Con el añito que he tenido… —Las secuelas de Valbeck, su matrimonio con Leo, la traición al rey de ambos, la violencia masiva en la Batalla de Stoffenbeck, el casi ahorcamiento de su marido, la violencia aún más enorme del Gran Cambio, el nacimiento de sus hijos, el advenimiento de la Jueza y el lento y doloroso desmembramiento del mundo entero. Savine cayó en la cuenta de

que se había llevado la mano a la bien maquillada cicatriz de la frente y se obligó a bajarla—. Lo que me sorprende es verme viva.

—Ahora paso mucho tiempo en el Tribunal Popular. Deberías ver a tu marido dirigiéndose a los representantes. Aún hace que las damas se sonrojen en la galería. Menudo hombre está hecho. Aunque ya solo sea medio hombre, claro.

Savine sonrió.

—Con lo agotada que estoy, medio ya es más de lo que puedo manejar.

—Qué cosas. Y mira que antes tenías buen apetito.

Selest dio media vuelta y aquella hacha ridícula le rebotó en la pierna.

—¿No te ha llegado la noticia? —murmuró Savine cansada a su espalda—. Todo ha cambiado.

—¡Ciudadana Brock! —exclamó un hombre al que Savine no conocía, ropa barata y un brillo ambicioso en los ojos—. ¿Dispones de un momento para hablarte de un nuevo tipo de espejo? Más duro, más nítido y más barato. Vamos a sacar del negocio a esos palurdos de Visserine con…

—Me temo que tendrá que ser sin mí.

Antes acostumbraba a abalanzarse sobre la menor oportunidad, con ojos de halcón y zarpas de águila, cada presa levantada un triunfante punto marcado contra el mundo. De un tiempo a esa parte, solo pensar en los beneficios le daba náuseas. Un poco por el remordimiento, al recordar las colas del pan, los indigentes en los portales, los muertos en los cementerios helados. Y un mucho por el miedo, al imaginarlos convertidos en acusaciones en el Tribunal Popular, chilladas desde los bancos, arrojadas desde las galerías públicas.

Terminaría ocurriendo. Sabía que acabaría por llegar. Todos ellos tendrían su momento en el banquillo de los acusados. Savine apretó una sonrisa encima de su pavor como la tapa de una caja de serpientes.

—Pero ciudadana…

—Te deseo todo el éxito del mundo, pero no persigo ganar dinero. Estoy buscando oportunidades de regalarlo.

Un atisbo de incomprensión y el hombre se marchó de allí.

—Con lo mucho que te esforzaste en adquirirlo. —Curnsbick estaba a su lado, negando con la cabeza—. Y ahora te dedicas a repartirlo por ahí. ¿De verdad crees que la caridad servirá de algo, Savine?

—Nos queda la esperanza —dijo ella, estrechándole la mano.

—Nos queda. —El gran maquinista había perdido peso. Parecía una sombra de sí mismo—. Pero, dada la situación, casi sería mejor no tenerla.

—Tu discurso de este año ha sido muy… comedido.

—Ha sido una carretada de mierda. Pero ¿qué iba a decir? ¿La verdad? No tengo más ganas de subir la escalera de la Torre de las Cadenas que los demás. Aunque pronto no tendrá que subirlas nadie. —Se secó la frente sudada con un pañuelo—. Me han encargado que instale un elevador.

—¿Disculpa?

—Los Quemadores no pueden subir a los presos por la escalera lo bastante rápido. Gritan, se desmayan, suplican clemencia. La Jueza quiere que construya una plataforma a vapor que pueda elevar a dos docenas en cada viaje.

La piel de Savine hormigueó bajo el vestido.

—Vaya. —¿Qué otra cosa podía responder a eso?

—Cuando yo era niño —musitó Curnsbick—, el patriotismo era besar la bandera y hacer como que adorabas al rey. Ahora, de pronto, consiste en escupir al rey y tener muebles malos. Hay que seguir muy de cerca las definiciones actuales. Ser poco patriótico podría resultar letal. Creo que puedo reconocer delante de ti, como la vieja amiga que eres, que desde el Gran Cambio… estoy aterrorizado a todas horas.

Soltó una risita, pero Savine vio que tenía lágrimas en las mejillas. Se quitó los anteojos y los limpió con el dorso de la manga. Savine le puso una mano amable en el brazo.

—Me extrañaría mucho que fueras el único.

—Admito sin ambages que nunca he sido un hombre valiente. Una vez, allá en las Tierras Lejanas, conocí a un hombre llamado Lamb que había recorrido centenares de kilómetros, enfrentándose

a los Fantasmas y a mercenarios y al Pueblo del Dragón y a todos los peligros imaginables en busca de sus hijos. Por muy arriesgado que fuera, ese hombre… no se dejaba amilanar. Pienso en él muchas veces. Ojalá me pareciese más a él, pero cada día que salgo ahí fuera, me asusto. Soy un…

—Eres un inventor. —Savine tomó entre las suyas su mano caliente, flácida, pegajosa—. Has hecho más bien al mundo que mil guerreros. Tráeme a alguien que lo niegue y le escupiré en un ojo.

Curnsbick compuso una sonrisa tensa.

—Me creo que lo harías.

—Ciudadana Brock. —El recién llegado tenía el pelo rizado y nada digno de mención aparte de sus ojos de colores distintos—. Confiaba en veros aquí.

—Ciudadano Sulfur. ¿Es el tratamiento correcto para dirigirme a un mago?

—Ahora ya no sé cuál es el tratamiento correcto para nada. Y aunque lo supiera, me temo que ya no iba a serlo mañana por la mañana.

—¿Qué os trae de vuelta a la Sociedad Solar?

—Tengo una enorme suma de dinero que invertir, de hecho.

—En ese caso, no os faltarán los amigos aquí. La inagotable cruzada del comisario Pike contra los bancos ha dificultado mucho encontrar inversores.

—Tengo entendido que estáis proporcionando pan y carbón a los pobres. Quizá podríamos hacer algún bien juntos. ¿Os plantearíais aceptar un préstamo?

Savine notó un sudor frío en la nuca. Recordó las palabras de su padre. Sobre los magos. Sobre Bayaz. Sobre Valint y Balk. Se aseguró de seguir sonriendo, pero también se aseguró de mostrarse firme.

—Me temo que no puedo ayudaros.

—Ah, qué lástima. Recuerdo la última vez que nos vimos, en el puerto de Ostenhorm, antes de vuestra rebelión contra la corona. Tampoco pudisteis ayudarme entonces, y eso demostró ser un error garrafal.

Mantener la sonrisa requirió un esfuerzo.

—No será ni de lejos el primero que cometo. Aun así, es un no. Comprenderéis que una mujer no debe endeudarse demasiado.

—Debe tener cuidado con los socios que escoge.

—Exacto.

—Pero más si cabe con los que rechaza. —Cuanto más bajaba la voz Sulfur, más se preocupaba Savine—. Sobre todo en el caso de una mujer con secretos.

Savine deseó tener un abanico para poder zanjar con él la conversación.

—Todos tenemos secretos, maese Sulfur.

—No todos somos la progenie bastarda de un rey.

La sonrisa de Savine se desmoronó. El tiempo pareció ralentizarse. Tenía frío y un calor sofocante a la vez. El vestíbulo era un remolino de caras demasiado brillantes. Oídos atentos. Ojos condenatorios.

—¿Quizá… querríais reconsiderarlo? —Sulfur se había acercado mucho a ella—. La corona se ha transformado en un lastre espantoso. —Le rozó el brazo con el dorso de la mano—. Y dado que el rey Orso no tiene descendencia, ¿quizá podría heredarla uno de vuestros hijos? —Los labios de Sulfur se retrajeron para mostrar unos dientes afilados—. Decidme, ¿cuál salió en primer lugar, el niño o la…?

—¡Te mataré, cabrón! —rugió Savine en la cara del mago, agarrándole la chaqueta con un puño tembloroso—. ¿Estás amenazando a mis hijos? ¡Te veré muerto y enterrado!

Sulfur pareció mucho menos sorprendido de lo que estaba ella. Y solo por un instante. Después ladeó despacio la cabeza.

—De veras que vos habríais sido la primera elección de mi maestro. Pero en mi experiencia, y osaría decir que también en la vuestra, nunca hay que buscar mucho para encontrar a alguien que acepte el dinero de uno. O sus secretos. ¡Ciudadana Heugen! —Sulfur se zafó de la mano sin fuerza de Savine y se internó en la multitud—. ¿Puedes atenderme un momento?

Savine vio que los ojos de Selest giraban raudos, tan ansiosos por hallar una oportunidad como lo habían estado los suyos. Intentó sonreír, pero los músculos de su cara se negaron a funcionar como

solían. No encontraba a Zuri por ninguna parte. La sangre le palpitaba tras los ojos.

Tuvo el instinto de salir corriendo. A los muelles. Luego a Angland. Estiria. La lejana Thond, ya puestos. Pero sabía que la vigilaban. No llegaría muy lejos con dos bebés. Y huir significaría reconocer que era culpable. De qué, apenas lo sabía.

Ya se les ocurriría algo.

Conspiraciones

—¡Una conspiración típica de las que *asolan* Adua! —atronó Sworbreck—. ¡Igual que los gusanos asolan las cosechas si se permite que medren!

Orso no dudaba de que era típica. En el sentido de que era fantasiosa a más no poder.

Sworbreck pasó por delante de la tarima y señaló a los acusados uno tras otro, con un dedo que vibraba de incorruptible ira.

—¡Un banquero… un molinero… un panadero… y una agente estiria!

Sonaba como el principio de un chiste malo, pero había poco de lo que reír desde que la Jueza hiciera arrojar a su predecesor desde la Torre de las Cadenas. Risinau había cambiado a los antiguos mentirosos de los bancos por otros nuevos, había arrancado todo el cristal de colores y había convertido la Rotonda de los Lores en la Rotonda de los Comunes. La Jueza había instalado burdos palcos, tarimas y pasamanos de madera mal serrada, había embadurnado las paredes de mármol con consignas y la había transformado en el Tribunal Popular. Por la mañana, los representantes forcejeaban por los detalles del gobierno con la misma ineficacia que antes. En el momento en que la Jueza se arrojaba a la silla que había ocupado Risinau y subía los pies sucios a la mesa presidencial, el tribunal iniciaba su sesión y los enemigos del pueblo ya podían echarse a temblar.

—El banquero prestó el dinero —vociferaba Sworbreck— para que el molinero pudiera adulterar la harina y así el panadero la

vendiera a precios inflados, ¡provocando hambrunas y discordia al servicio de un complot estirio para manipular los mercados y socavar el Gran Cambio!

Chillidos de horror desde las rebosantes galerías del público. Gruñidos de amargura desde los bancos de los representantes. Orso se preguntó cómo habrían elegido a los acusados. ¿Qué horrible lanzamiento del dado los había empujado sobre la línea que separaba formar parte del pueblo y ser enemigos del pueblo? El ciudadano Brock guardaba un cauto silencio, observó Orso. Había desarrollado una certera intuición sobre cuándo hablar y cuándo no. Sobre qué decir y qué no. Mal estaban las cosas cuando uno desearía poseer el buen juicio del Joven León, además de a su esposa. Orso frunció el ceño. ¿De verdad acababa de pensar eso?

—¡No los conozco de nada! —gemía la mujer estiria, retorciéndose las manos—. ¡No los había visto nunca antes de ahora!

Orso hizo una mueca al oír su marcado acento, que provocó instantáneos abucheos desde arriba. El menor rastro de diferencia levantaba sospechas. «¡Manteneos vigilantes!», chillaba una consigna tallada en la pared con letras que duplicaban la altura de un hombre. «Libertad significa castigo», rugía otra en rayas rojas. «¡Hay conspiraciones por todas partes!» Devoradores gurkos enviados por el profeta Khalul para devaluar la moneda. Tretas imperiales para debilitar el Ejército Popular y anexionarse las Tierras Cercanas. Tramas estirias para propagar la polla podrida mediante furcias infectadas. Incluso Angland, Starikland y Westport eran inmundos pozos de regresión, sentimientos monárquicos y traición contra el Gran Cambio.

Orso tenía experiencia directa y personal en el gobierno, y le daba la impresión de que el mezquino egoísmo, la incompetencia y la mala suerte eran unas explicaciones mucho más probables de sus carencias que unas intrincadas redes maliciosas que abarcaban todo el Círculo del Mundo. Pero claro, también eran unas explicaciones mucho menos satisfactorias. Casi habría preferido que las teorías más descabelladas fuesen veraces. De existir la mitad de los monárquicos ocultos de los que afirmaba la gente, nunca

habrían llegado a destronarlo. Y así estaría él sentado en esa silla dorada presidiendo la administración de su propia y más cortés forma de absoluta injusticia. El títere coronado que Bayaz podía menear ante la nación con una mano mientras le vaciaba los bolsillos con la otra. El sonriente mascarón de proa de un barco tripulado por despiadados torturadores como el Viejo Palos, interesados malversadores como lord Isher o brutales abusadores como lord Wetterlant.

Orso se encogió y se frotó el caballete de la nariz.

Sworbreck estaba ocupándose del panadero en primer lugar. Era un hombre orondo, lo que lo hacía culpable de comer bien, y sudaba a mares, lo que lo hacía culpable de estar calentito, ambos delitos capitales en aquel crudo invierno del Gran Cambio.

—Soy panadero desde hace veinte años —estaba diciendo—. Mi padre también fue panadero.

—¡Acaparadores! —gritó alguien.

—¡Llevadlos a la torre!

—¡Que caigan todos!

La estiria se agarró la cara con las manos como si quisiera aplastarla entre ellas.

—¡Piedad! —farfulló—. ¡Piedad!

Tampoco era que el tribunal careciese de ella. La Jueza era la voz de la turba. Era su rabia enconada, su envidia y su avaricia, pero también era su sentimental clemencia. Cuando el ánimo giraba a favor de algún anciano bienhablado o de alguna joven con aspecto inocente, al principio a la Jueza se le arrugaba la barbilla, luego le temblaba el labio inferior y por último sus ojos negros se anegaban de lágrimas. A veces saltaba desde detrás de la mesa presidencial, besaba al acusado, le acunaba la cabeza contra el herrumbroso peto de armadura. Entonces unos guardias sollozantes lo abrazaban y salía del tribunal entre aplausos mientras se entonaban canciones y se proclamaban consignas, ¡ciudadanos y ciudadanas libres, ya no enemistados!

Tal vez a la Jueza le gustara ver la esperanza en los ojos de los acusados para después verla hecha trizas. Tal vez de verdad creyera que estaba obrando bien y se regocijase tanto con los

justamente absueltos como con los justamente condenados. Tal vez —sin duda la posibilidad más aterradora de todas— de verdad estuviera obrando bien y de algún modo Orso no fuese capaz de darse cuenta.

El panadero intentaba defenderse, pero ¿cómo demostrar la falsedad de algo que ya era absurdo de por sí?

—¡Cobraba los precios más bajos posibles para no tener que cerrar el negocio! Pero la harina ha subido tanto que…

—¡Y eso nos lleva a *ti*! —gritó Sworbreck al molinero.

Era un hombrecillo huesudo y muy serio, con una costumbre de mirar furtivo con la frente por delante que no lo beneficiaba en nada.

—¡Hubo una mala cosecha! —ladró—. Y ahora el frío ha congelado los canales y atascado los caminos. Es difícil traer mercancía a la ciudad.

—Ah, ¿conque la culpa es del *gobierno*? —Sworbreck extendió los brazos hacia los bancos tras los acusados, donde los representantes menearon la cabeza con gravedad ante tal calumnia —. Y dado que el gobierno lo conforman aquellos que ha elegido el pueblo… —Echó atrás la espalda y levantó los brazos hacia las galerías—. ¿Es culpa del *pueblo*?

—¡No es cuestión de culpa! —gritó el molinero, aunque apenas se oyó entre los insultos que llovían de arriba—. ¡Es cuestión de hechos!

Pero no era en absoluto cuestión de hechos, sino puramente de culpa, al menos en lo que respectaba a las galerías del público. Alguien arrojó algo. ¿Una moneda? Falló al molinero y dio a la estiria en la frente. La mujer chilló y se desplomó en la tarima.

—¿Quién coño ha tirado eso? —chilló la Jueza, con las venas destacadas sobre la erupción del cuello.

El capitán Broad, que había estado semioculto tras la mesa presidencial dando tragos de una petaca, embistió hacia delante apartando de su camino una silla, que rebotó en el enlosado e hizo que todo el mundo, Orso incluido, se encogiera en un radio de veinte pasos.

—¿Quién coño ha tirado eso? —rugió, los tendones asomando en sus grandes puños, enfurecido por la furia de la Jueza igual que un

perro por la de su ama.

En el silencio culpable que siguió, el banquero por fin pudo hacer su intento de defensa.

—Yo solo trabajaba para la Banca Valint y Balk, jamás me beneficié personalmente de ningún…

—¡Usurero! —aulló alguien.

Por supuesto que había especuladores y explotadores por todas partes. Antes del Gran Cambio a eso lo llamaban hacer negocios sin más, y a los peores infractores se los festejaba como los mayores éxitos de la sociedad.

Las lentes agrietadas del banquero destellaron cuando miró nervioso hacia arriba.

—Como podéis ver… —Equilibró un grueso libro de contabilidad en la barandilla para que Sworbreck pudiera leer las apretujadas cifras—. Los préstamos de los que me encargué iban dirigidos sobre todo a intereses mineros, sondeos minerales y unas pocas fundiciones.

Los representantes estiraron el cuello hacia delante para escrutar los números. La Jueza arrugó la nariz. Las pruebas ya solían interesarle poco, pero reservaba un desdén particular para el papeleo.

—Este es un ejemplo típico, mirad: seis mil marcos para…

—El tribunal no tiene tiempo que perder en estas trivialidades —gruñó Sworbreck, descartando el libro con un gesto.

El hombre empezó a parecer alarmado. Era evidente que había supuesto que aquello sería una defensa irrebatible.

—Pero… este libro de contabilidad demuestra mi inocencia de…

—¡Hijo de puta! —gritó alguien—. ¡Embustero!

—Basta ya de números —dijo la Jueza en tono brusco—. ¡A la mierda con ese tocho!

El quemador flaco, Sarlby, aferró el libro de contabilidad. El banquero y él forcejearon para quedárselo, arrancándole páginas.

—Pero estas cifras demuestran que… ¡Au!

Sarlby por fin se había apoderado del libro y empezó a atizar al banquero con él en la coronilla. Los demás presos miraban horrorizados, pero la galería pública parecía de lo más entretenida.

—¡Haced que se lo coma! —chilló alguien entre risotadas—. ¡Que se lo coma!

—¡Orden en la puta sala! —bramó la Jueza.

Sarlby lanzó a un lado el libro de contabilidad y sus páginas aletearon en el aire mientras rodaba sobre las losas. El banquero se quedó de pie boqueando, con los anteojos torcidos, el cuello de la camisa rasgado, la sangre manando de un corte en la cabeza.

—Las cifras demuestran… —farfulló anonadado.

Orso se tapó la cara con las manos y miró entre los dedos. El pobre hombre lo había entendido al revés. Fuera cual fuese la pregunta, el Gran Cambio era la respuesta. Ese era un hecho que nadie se atrevía a desafiar. En consecuencia, los fracasos y las derrotas debían de estar provocados por la usura, la traición y la conspiración. Solo con que se lograra purgar a todos los desleales, todos los infieles y todos los agentes extranjeros, llegaría la victoria. Y con ella, la abundancia. Si la medicina recetada estaba matando al paciente, solo podía significar que no se le había administrado la suficiente. No era un argumento racional. Los hechos eran inútiles contra él. Era un argumento basado en la fe. Su lugar era un templo, no un juzgado. La ironía, claro, era que los Quemadores habían quemado los templos. Así que habían convertido la Rotonda de los Lores en un templo y lo llamaban juzgado.

Y no había mayor fanatismo en la fe que el de los conversos. Sworbreck llegó con andares pomposos ante la sollozante estiria.

—¡Y faltas tú! —aulló—. ¡*Tú* eras el cerebro de la operación!

La mujer lo miró con el labio tembloroso y una mano ensangrentada contra la herida de la moneda. Pocas veces había visto Orso a alguien que pareciera menos el cerebro de ninguna operación. La punta rosada de su lengua volaba sobre los labios blanquecinos y estaba respirando muy deprisa. Pánico irracional, ¿y quién podría reprochárselo? Orso notó que se le hundían los hombros. No había nadie en el tribunal que no supiera lo que iba a pasar a continuación.

—¡Los acuso a todos! —clamó la mujer a la desesperada—. ¡Yo no sabía lo que estaban haciendo! ¡Son culpables! ¡Son todos culpables!

—¡Lo *sabía*! —gritó Sworbreck, encantado.

—¡No la conozco de nada! —chilló el panadero.

—¡Miente! —exclamó el molinero—. Miente.

El banquero se quitó los anteojos con una mano trémula y se tapó los ojos con la otra.

—¡Culpable! —gritó la Jueza, mellando la mesa presidencial con el martillo de herrero que usaba de mazo judicial—. ¡Culpable, culpable, culpable de mierda!

No había necesidad de dictar sentencia. Los únicos resultados allí eran la absolución o la Torre de las Cadenas. Hildi miró a la Jueza, y a Broad, y a Sarlby, y a los Quemadores manchados de rojo que jaleaban desde la barandilla de las galerías públicas.

—Son monstruos —la oyó susurrar Orso.

—Casi desearía que lo fueran —murmuró él—. Así sería más fácil. Pero solo son personas.

—Son las peores personas que he visto en la vida.

—Pues claro que lo son. A todas las mejores las colgamos. A las que podrían haber ayudado, llegado a acuerdos, tendido puentes, las dejamos balanceándose en el camino a Valbeck. Pues claro que estas son crueles, y codiciosas, y salvajes. Son las lecciones que les enseñamos. Es el ejemplo que les dimos.

—¡No los conozco de nada! —gorgoteó la estiria mientras se llevaban a todos los presos pasillo arriba—. ¡Soy inocente!

Pero ya era demasiado tarde para eso. Era demasiado tarde desde el instante en que los habían llevado al banquillo de los acusados. Allí solo había una verdadera conspiración. La de encontrar gente a la que echar la culpa, y de esa conspiración eran todos cómplices.

La Jueza soltó el martillo en la mesa, se reclinó y empezó a hurgarse los dientes.

—¿Qué tenemos para comer? —preguntó.

Peor que el asesinato

—Mierda —susurró Sebo con una vaharada—, qué frío hace.

Y se abrazó fuerte las flacas costillas con los flacos brazos y metió la barbilla en la bufanda.

El hermano de Vick solía hacer justo eso mismo, en los campos de prisioneros. Se envolvían los dos en toda la tela que tenían, hasta el último retal, y se acurrucaban juntos para darse calor bajo una manta robada que a Vick le había costado una nariz sangrante. Recordarlo le dio un repentino impulso de abrazar a Sebo, de frotarle la espalda, de taparle las puntas rojas de las orejas con sus manos enguantadas.

Pero el último hombre al que había abrazado era Sibalt, que había terminado rajándose su propia garganta. Así que en vez de eso sorbió un moco frío nariz arriba y lo escupió al suelo helado junto al carro.

—¿Por qué nunca tienes suficiente ropa?

—Ahora nadie tiene suficiente ropa.

—Un alguacil con bufanda. No es precisamente temible, ¿verdad?

—Más temible que uno muerto por congelación, diría yo.

Vick le dio la razón con un humeante gruñido. Tampoco sería el primero en morir congelado; los encontraban todas las mañanas. En callejones. En portales. En sótanos. Con escarcha en las cejas. El suelo helado estaba demasiado duro para enterrar a los pobres desgraciados.

—¿Tú nunca tienes frío? —preguntó él.

Vick tenía frío. Llevaba días con la garganta irritada, con la nariz

pelada de moquear y sonarse, moquear y sonarse. Pero sabía que no debía mostrar el dolor. Dejarlo traslucir equivalía a pedir más.

—Hacía más frío en los campamentos. Mira el lado bueno. —Se sorbió más mocos—. Si hiciera calor, tendríamos una plaga.

—Suena a que estás enferma de todos modos —murmuró Sebo.

—Si te preocupa contagiarte, siempre puedes unirte a los Quemadores —dijo Vick, señalando con el mentón calle abajo hacia ellos.

Habían encendido una pira enorme. Imágenes de la realeza. Símbolos del pasado. Retratos del rey Orso, del rey Jezal y de los muchos gilipollas coronados que los habían precedido. Muebles con el llameante sol de la Unión tallado. Cortinas bordadas con los escudos de grandes familias. Cubertería grabada con lemas patrióticos. Banderas. Uniformes. Pelucas. Abanicos. Cualquier cosa que pudiera considerarse aristocrática. Un quemador salió dando zancadas de una casa y echó una vajilla entera que se hizo añicos entre las llamaradas. La gente se había amontonado peligrosamente cerca, con manos ansiosas estiradas hacia el fuego, la luz jugueteando en rostros enjutos.

Sebo se encogió incluso más en su bufanda.

—Creo que me quedaré aquí.

—Vaya suerte la mía —dijo Vick.

Aunque, si por una vez era sincera, se alegraba de tener compañía. Era una triste revelación de la vida que había escogido. La única persona en quien confiaba era a la que había chantajeado para que traicionase a sus amigos.

Pike salió a zancadas del sótano, poniéndose unos guantes.

—Buen trabajo, inspectora jefe Teufel —dijo con voz ronca mientras observaba a los alguaciles que subían por la escalera para descargar en el carro brazadas de papeles, alguno de los cuales salía volando para quedarse pegado al fango a medio congelar—. Un banco escondido en la bodega de un vinatero. Los hemos hecho huir al subsuelo, como a ratas.

—Una especie de banco —matizó Vick—. Prestaban dinero a chulos y peristas aquí en los barrios pobres, poseían casas de empeños y tugurios, invertían en casas de apuestas, casas de

cáscaras, casas de huéspedes, casas de putas.

—Un banco de criminales —murmuró Sebo.

Pike entornó los ojos.

—Todos los bancos son criminales. Puede que este hiciera préstamos más pequeños y a intereses más altos, pero los beneficios iban a parar a las mismas arcas. A los mismos libros de cuentas. Al mismo pozo sin fondo de avaricia. Esta bodega era tan oficina de la Banca Valint y Balk como el impresionante edificio de las Cuatro Esquinas.

Ese cuya inmensa puerta de la cámara acorazada seguía frustrando todos los esfuerzos de los cerrajeros, los ingenieros y el fuego gurko.

—Las raíces de estas viles instituciones se han extendido por toda la sociedad de la Unión. —El labio de Pike se contrajo mientras los alguaciles arrojaban más papeles sobre el carro—. Una telaraña de deudas y corrupción que abarca desde lo más bajo hasta lo más alto. Su podredumbre debe amputarse. —Dos alguaciles habían sacado a rastras a un oficinista chillón a la calle—. Sin dudar. —Las porras se alzaron y cayeron, negras contra el fuego—. Sin vacilar. —Se llevaron un cuerpo flácido, con la cabeza colgando—. Sin piedad.

La guerra de Pike contra los bancos empezaba a parecer una obsesión fanática, pero no podía negarse que el fanatismo estaba de moda.

—¿Y qué hay de todo lo demás? —preguntó Vick.

El comisario se volvió, su aliento una nube humeante en torno a sus solapas alzadas.

—¿Qué hay de todo lo demás?

—Reconozco que últimamente no hay disturbios, eso es verdad…

—Hace demasiado frío —susurró Sebo, intentando contener el calor de su aliento en sus dedos pálidos.

—Pero hay tantos atracos, robos y violencia como cuando Risinau era presidente.

—Más, si acaso —musitó Sebo.

—Y muchos vagabundos en la calle. Mucha gente desesperada. Llegan desde todas partes. Buscando trabajo, cuando hay menos que nunca. Molinos que cierran. Factorías clausuradas. No hay

carbón. No hay comida. —Vick se lamió los labios irritados mientras observaba cómo sacaban con grilletes a los empleados de Valint y Balk de la bodega—. No hay dinero.

—Debemos concentrarnos en los delitos mayores. Que los Quemadores se ocupen de los menores.

Vick miró encogida calle abajo, hacia la pira. No estaban quemando a gente en ella, por lo que se veía desde allí, pero solo porque la Jueza quería dar el espectáculo de arrojarlos desde la Torre de las Cadenas más adelante.

Debería haber tenido la boca cerrada. Siempre tenía la boca cerrada. Pero de algún modo, cada vez era más y más difícil tener la boca cerrada.

—Con todo el respeto, comisario, es tan probable que los Quemadores castiguen a inocentes como a culpables.

Pike pareció no acabar de oírla.

—Los bancos seguirán siendo nuestro objetivo. La usura es el peor de los delitos.

—¿Peor que el asesinato?

—Un asesinato resulta en un ciudadano muerto. Los bancos nos infectan a todos de codicia. —Las llamas que ardían calle abajo resplandecieron en el rabillo de los ojos de Pike—. ¿Hemos avanzado algo en encontrar al director de la sede de Valint y Balk en Adua? Me gustaría mucho ver el interior de su cámara acorazada.

—Estamos acercándonos. Interrogamos a los empleados. Pero son cientos, y la mayoría solo conocen su pequeña parcela del negocio. El banco es dueño de propiedades por toda la ciudad. Nadie habría imaginado que fuesen tantas.

—Lo recuperaremos todo —afirmó Pike—, y se lo entregaremos al pueblo.

Vick lanzó una mirada hacia el fuego.

—¿Qué harán con ello?

—A veces, si quieres cambiar el mundo primero tienes…

—Que quemarlo —terminó ella la frase en voz baja. Pero le sonaba cada vez más a algo que diría un demente para justificar todos los incendios que adoraba provocar—. Si el director está en la ciudad, lo encontraremos.

Pike le dedicó un asentimiento envarado.
—Mantenme informado.
Se marchó, seguido de una docena de alguaciles, pasando junto a alguien que estaba de pie en la sombra de un portal al otro lado de la calle. Era una mujer con una tablilla apoyada en la cadera, de ojos brillantes que pasaron raudos de Pike y su séquito a la bodega y el carro y terminaron en la muchedumbre iluminada por el fuego.
—Asegúrate de que todo esto llega al Pabellón de la Verdad —gruñó Vick a Sebo.
—Ahora se llama el Pabellón de la Pureza, ¿recuerdas?
Vick ya estaba yendo hacia la mujer, metiendo la mano en el bolsillo y rozando los fríos ángulos de su nudillera. Era mejor acercarse a todo el mundo como si fuese una amenaza, aunque aquella mujer no parecía muy de armas tomar. Tenía una tonalidad azulada en los labios, los agujeros de la nariz rosados y llevaba una vieja colcha sobre los hombros con un agujero para sacar la cabeza.
—¿Tu nombre, ciudadana?
—Groom, inspectora. Carmee Groom. —Bajó la tablilla. Tenía un papel sujeto con una pinza, y la mujer llevaba un pedazo de carboncillo en los dedos ennegrecidos de la otra mano—. Soy pintora.
Vick se relajó un poco. Más o menos lo máximo que lo hacía jamás.
—Ya veo.
—Estoy haciendo un boceto. Para un cuadro.
Vick frunció el ceño hacia la pira, las figuras andrajosas calentándose las manos, los Quemadores sacando a gente por la fuerza de los edificios, los alguaciles vaciando la bodega que había sido un banco.
—¿Quieres pintar esto?
—Las generaciones futuras podrían no creerse que sucedió. —Se quitó un mechón de la cara con un soplido vaporoso y siguió bosquejando entre los siseos del carboncillo sobre el papel—. Y entonces podría ocurrir de nuevo.

Lecciones

—Aquí se libró una batalla tremenda —dijo Escalofríos, deteniéndose en la ladera de la colina para contemplar adusto el valle nevado, silencioso de esa manera frágil en que solo podía serlo el campo en invierno.

Isern soltó vaho con un bufido.

—Eso podría decirse de todo el Norte. ¿Hay algún pedazo de tierra entre el Crinna y el Torrente Blanco que no se haya regado con sangre en un momento u otro?

—No como se regó aquí —dijo Escalofríos—. Fue la mayor batalla que el Norte haya visto nunca. El estandarte de Dow el Negro estaba en esta misma colina. —Señaló hacia los blancos campos que se extendían por debajo a su derecha, cortados por negras paredes, tachonados de negros árboles—. Scale ahí abajo, cuando aún tenía las dos manos, y Brodd Tenways, Cairm Cabeza de Hierro, Glama Dorado y Caul Reachey allá a la izquierda, en Osrung. —Mientras Rikke llegaba con esfuerzo junto a él, Escalofríos dio media vuelta y siguió ascendiendo—. Todos ellos han vuelto al barro.

—Bueno —dijo Isern, que usaba su lanza a modo de cayado—, ser jefe guerrero es un oficio cargado hasta arriba tanto de riesgos como de recompensas.

—El mariscal Kroy estaba al otro lado —continuó Escalofríos—, y miles de soldados de la Unión, y también tu padre. Tuvimos tres días bien rojos. Los hombres lucharon aquí con todas sus fuerzas por cada paso de terreno. Murieron y mataron por cada puñado de

fango. —Frunció el ceño hacia la blancura fría y queda que se extendía hasta las neblinosas laderas por todo su alrededor y negó con la cabeza como si no acabara de entenderlo—. Y ahora nadie lo diría. Solo han pasado unos años y… ya son solo campos.

—Te has puesto hablador —comentó Rikke. No recordaba la última vez que Escalofríos había dicho tanto en una sola tarde.

—Estar aquí me lo recuerda todo, supongo. —Escalofríos llegó a la cima llana de la colina y clavó la mirada en el gran círculo de piedras a las que llamaban los Héroes, negras sobre el cielo blanco, como los florones de la corona de un gigante—. Lo bueno y lo malo.

—Ahora no hay problema en plantar aquí tu bandera. —Corleth, con la cara llena de manchas rosadas por el frío, hincó en la nieve el estandarte enrollado del ojo largo de Rikke.

Una piedra estaba partida a media altura, dos se habían venido abajo con el paso de los siglos y otra estaba segada y hendida por una grieta, como si la hubieran golpeado con un poderoso martillo. Rikke se acercó a la primera que encontró y le dio unas patadas para quitarse la nieve de las botas. Por los muertos, menudo tamaño tenía. Cuatro veces la altura de un hombre como mínimo, coronada de nieve, manchada de humedad, salpicada de liquen, cubierta de musgo.

—¿Cómo pudieron subir hasta aquí a las muy cabronas? —Rikke tenía la cara crispada y el pecho atenazado por el frío, pero el cuerpo todo caliente y pegajoso por el ascenso bajo la capa, así que no sabía si arrebujarse en ella o quitársela—. A mí ya me ha costado subirme a mí misma.

—Aquí es donde Dow el Negro se enfrentó a Calder. —Escalofríos se había detenido antes de llegar a las piedras y miraba hacia el nevado círculo de hierba y cardos enmarañados—. En un duelo a muerte.

—Sí, y tú hiciste trampa —dijo Isern—. Partiste el cráneo a Dow el Negro por la espalda con esa espada que llevas, y así fue como Calder se convirtió en Calder el Negro y robó el Norte y dio a su hermano la Silla de Skarling para que se sentara, que a su vez se la dio a su sobrino para que se sentara. —Sacó el labio de abajo y se rascó el cuello—. Si te paras a pensarlo, todo esto es culpa tuya.

Escalofríos bajó la mirada ceñuda al puño gris de su espada y luego la alzó de nuevo hacia Isern.

—Calder parecía la mejor opción por aquel entonces.

—¿Y ahora?

—Y ahora —intervino Rikke— ya no se puede descoser la urdimbre de todo lo que se dijo y se hizo ese día. Las decisiones ya no son mejores ni peores que el viento que sopla o la nieve que cae.

Y con mucho tiento, como quien toca a un perro dormido, posó la palma de la mano en una piedra. Quizá esperara que su ojo largo se abriese de sopetón y le mostrase verdades ocultas, pero si en algún momento hubo magia allí, se había extinguido mucho tiempo atrás, o por lo menos ella no tenía llave que la abriera. Era solo una piedra.

Corleth sacó una cantimplora, dio un sorbito y la ofreció a los demás.

—Parece que tu amigo aún no ha llegado.

—No es un amigo —respondió Rikke, y dio también un sorbo.

—Entonces podemos largarnos antes de que llegue —dijo Isern —. Conquistaste Uffrith sin su ayuda, y conquistaste Carleon sin su ayuda, y has conquistado medio Norte sin su ayuda, ¿y ahora es cuando se presenta, husmeando como un tejón en el gallinero? No necesitas que te ayude para echar mano al otro medio.

—Podría necesitarlo para conservar la mitad que tengo, tal y como van las cosas.

—Verás, has sido tú envalentonándote la que ha hecho que vayan así. ¿No te dije que esa sería la tumba en la que caerías si no tenías cuidado de no tropezar?

—Solo como unas mil veces. Tampoco hará daño oír lo que tenga que decir.

Isern giró el cuello, escupió jugo de chagga y le cayó un hililllo marrón mejilla abajo.

—Lo siguiente será que tampoco hace daño meterte un cangrejo por los pantalones.

—Ya, bueno —gruñó Rikke, pasando la cantimplora a Escalofríos —. Mis pantalones, mi decisión.

—Desde luego, yo solo digo que estás tomando una decisión muy

mala, como lo han sido la mayoría desde que tu culo flaco tocó la Silla de Skarling.

Rikke apretó los dientes.

—Empiezan a cansarme tus referencias ofensivas a mi culo.

—A mí empieza a cansarme tu forma de gobernar el Norte.

—No, si eso lo has dejado muy claro. Es imposible no captarlo cuando no paras de repetírmelo a la cara, y delante de todo el que quiera escuchar.

—Una líder sabia absorbe a conciencia la sabiduría de sus consejeros.

—Lástima que mis consejeros no tengan ninguna, ¿a que sí?

—Eh —dijo Escalofríos, bajando la cantimplora—. Yo he aprendido de toda una vida de derrotas.

Rikke no le hizo caso.

—Hubo un tiempo en que tus lecciones rebosaban de sabiduría, Isern-i-Phail. Ahora rebosan de sandeces y locuras conjuradas en el momento. O peor aún, las partes más locas están entresacadas de las sandeces y las locuras de tu padre, como una ardilla borracha entresacando semillas de un zurullo. Me iría mejor sin que estuvieras siempre socavando mi autoridad.

—No se puede socavar mucho lo que apenas existe —restalló Isern—. Primero te cagaste encima con el Clavo, ¿y ahora crees que Jonas Trébol es la cesta en la que guardar todas nuestras esperanzas?

—Hay tareas para las que no valen los hombres de fiar —gruñó Rikke—. Los conejos se cazan con comadrejas, no con bueyes.

—Esa comadreja podría terminar metida en tus pantalones.

—¿A qué viene esa obsesión con meterme animales en los pantalones?

—Yo tampoco lo entiendo —murmuró Corleth.

—¡Tú cierra el pico, niña! —rugió Isern, volviéndose hacia ella y agitándole su lanza en la cara—. Que como te lo cierre yo, tardarás en volver a abrirlo.

—¡Déjala en paz! —Rikke se interpuso entre las dos—. La tienes tomada con ella desde el principio, cuando lo único que quiere es ayudar. ¡Por los muertos, qué puta manera de cotorrear! Corleth, ¿tú

has oído a alguna mujer que cotorree más que esta?

Corleth parpadeó mirando a Isern, luego a Rikke, y tragó saliva.

—La verdad es que prefiero no meterme entre vosotras.

—Ahí tienes la sabiduría —dijo Escalofríos, con el gesto torcido porque la pelea iba a más.

Rikke habló a la vez que él.

—¡Eres demasiado altruista, Corleth! ¿Has visto lo altruista que es? ¡Tú no podrías cotorrear más ni siendo una cotorra!

Los nudillos de Isern estaban blancos sobre el asta de su lanza.

—Te salvé, ¿o no? ¿En el bosque? ¿En invierno? No está mal para un pájaro.

—Sí que me salvaste, y me duelen los oídos de que me lo recuerdes, y me duele la garganta de agradecértelo. Si planeara volver a perderme en el bosque, te elegiría a ti de compañera. Pero como planeo seguir en la Silla de Skarling, empiezo a dudar que puedas cumplir el papel. —Movió la mano hacia Corleth—. Hay gente más juiciosa y con mejor carácter que tener al lado.

Isern entrecerró los ojos.

—¿Ah, sí?

—¡Claro que sí! Y si te cuesta tragar esa verdad, puedes volverte a las colinas de donde saliste a construir casas con mierda, o lo que sea que hagáis allá arriba. Hiciste una promesa a mi padre, pero mi padre ha vuelto al barro y por lo que a mí respecta tu promesa volvió con él. *Verás*, así son las cosas.

Rikke hizo una imitación burlona del acento montañés de Isern empezando en el «verás» con la que se quedó bastante contenta. Isern no lo estaba tanto. De hecho, mientras hablaba había visto crecer en ella una furia un poco preocupante, que hizo que Rikke se preguntara si quizá no se había pasado un poco.

—¡En ese caso, vete a cagar, pequeña gusana desagradecida! —ladró Isern, escupiendo jugo de chagga y haciendo retroceder a Rikke—. ¡Manchurrón de pis pintarrajeado! ¡Puta tuerta gilipollas!

—Hay gente tuerta muy agradable —gruñó Escalofríos.

—¡Así te den por saco! —siseó Isern en la cara de Rikke—. ¡Así te maldiga la luna y te caiga la gota muerta en el ojo largo! ¡Hazte tú las bolitas de chagga!

Y echó a andar presa de la cólera, soltando humo por las orejas, apartó a Corleth con el hombro, cruzó las piedras y siguió hacia el norte en la dirección por la que habían llegado.

—Me temo —dijo Escalofríos, arrugando la frente llena de cicatrices— que eso ha sido un error.

—No será el primero —espetó Rikke, muy consciente de lo que había hecho—, y dudo que vaya a ser el último.

—No lo dudo. Pero podría ser mejor que los espaciaras un poco.

—Supongo que volverá —musitó Corleth, aunque no parecía muy convencida y sí un poco asustada.

—Me importa una sangre del mes que lo haga o no —casi gritó Rikke—. ¡Anda y que te jodan! —rugió a la cabeza desgreñada de Isern, que ya desaparecía tras la hierba helada de la cima.

Isern no respondió.

—¿Es mal momento? —llegó una voz desde atrás.

Y ahí estaba. Sin túnicas arcanas ni varas doradas. Solo un antiguo abrigo desgastado, un cayado pulido por el tiempo y el sol reflejándose en su calva. No jadeaba, aunque bien sabían los muertos que no había manera de llegar a los Héroes sin subir la colina en la que se alzaban. Era como si llevara allí desde el principio pero no hubieran reparado antes en su presencia.

—¡Bayaz! —Rikke se guardó los sentimientos y echó a andar tranquila y sonriente hacia él, aplastando con las botas aquel círculo de nieve reciente, cruzando el anillo de reprobadores gigantes que eran los Héroes, frunciendo el ceño a su encuentro—. ¡El Primero de los Magos! ¡El primer aprendiz del gran Juvens! Qué gran honor haber tenido público.

—¡Rikke del Ojo Largo! —El mago anduvo también hacia ella, con una expresión bastante menos astuta y engreída que en la Cámara de los Espejos de Adua. En esos momentos Rikke le vio una expresión hambrienta. Los ojos hundidos. La barba descuidada—. Hija del Sabueso, señora de Uffrith, Carleon y también de medio Norte. Has crecido mucho desde que nos vimos por última vez.

—Será por la capucha —dijo Rikke—. Debe de ganarme un par de centímetros.

Cuando llegaron ambos al centro del círculo, Rikke se quitó la

capucha, se apartó el pelo a un lado y volvió su ojo izquierdo hacia él. Por un instante, atisbó un destello de sorpresa.

—No me refería a crecer en estatura —respondió él en voz muy baja, mirando toda la cara de Rikke con aguda curiosidad—, sino más bien en poder. ¿Quién te tatuó las runas alrededor del ojo largo?

—Una amiga. Arriba, en las montañas.

—Una amiga de talento excepcional, en estos tiempos que corren. Once guardas y once guardas invertidas. ¡Un encantamiento de veras potente! Me siento más afortunado que nunca de que aceptaras reunirte conmigo.

Rikke se rebajaba sin problemas a disfrutar de los halagos. Pero no a que se le notara.

—Pidiéndomelo un hombre de tu edad, al aire libre con tan mal tiempo, pensé que debía de ser importante. —Y sonrió de oreja a oreja. «Tu mejor escudo es una sonrisa», decía siempre su padre, y a Rikke le daba en la nariz que iba a necesitar un escudo o dos para aquella conversación—. Además, ya estaba por la zona. Tenía asuntos que atender en Osrung. —Señaló hacia el vaporoso humo que salía de las chimeneas del pueblo, allá río abajo—. He estado haciendo una pequeña gira por el Norte. O por las partes en las que estoy al mando.

—¿Y cómo lo has encontrado?

—Parece que estoy más al mando en unos sitios que en otros —respondió ella, lanzando una mirada ceñuda hacia donde se había marchado Isern—. No es tarea fácil mantener a un montón de norteños encarados en la misma dirección.

—Yo llevo siglos intentándolo y nunca parece durar mucho. Cuando estábamos en Adua, te dije que esperaba que pudiéramos hablar más adelante.

—Así que el más adelante ha llegado —dijo Rikke.

—Tiene la mala costumbre de hacerlo —masculló Escalofríos, cuya vigilante presencia un par de pasos por detrás Rikke agradecía bastante.

—Había pensado que podríamos hablar del futuro —dijo Bayaz.

—Podríamos. —Rikke echó a andar, despacio, trazando un

círculo alrededor del anciano mago—. Pero yo creía que a un hombre tan viejo como tú le interesaría más el pasado.

El mago sonrió mientras la seguía con la mirada.

—El pasado no me ha interesado nunca. Para bien o para mal, está hecho, y fijado, y lleno de decepciones como un campo de batalla termina lleno de cadáveres. Pero el futuro es un campo arado, lleno de potencia. El futuro podemos retorcerlo para darle formas maravillosas. Con mi ayuda, el Norte podría ser tuyo. Todo entero, y no solo para hoy. Imagina todo el bien que podríamos hacer juntos.

—¿Quién dice que quiera hacer el bien?

—¿No es lo que queremos todos? —Bayaz suspiró por la nariz—. La historia no es un relato de las batallas entre el bien y el mal, sino entre el bien de una persona y el de otra. El mal no es lo contrario del bien. Es como llamamos a la noción del bien que tiene otra persona cuando difiere de la nuestra.

Rikke tenía sus dudas respecto a eso.

—Entonces, ¿quieres ayudarme a estampar mis nociones en el Norte?

—¿Por qué no? Todos necesitamos ayuda, de vez en cuando.

—Ah, ya lo creo. Todo lo que tengo, lo conseguí con ayuda. —Había completado una vuelta y dio una cariñosa palmada a Escalofríos en el hombro al pasar, para luego mirar a Bayaz pensativa, sin dejar de caminar, despacio, cruc, cruc, cruc. Nunca le había gustado quedarse quieta—. Bethod contó con tu ayuda, si no me lo explicaron mal. ¿Qué tal le va?

—Lo hice rey. Pero se volvió arrogante y cayó.

—Nueve el Sanguinario, según creo, fue el siguiente en tener tu ayuda. ¿Cómo lo lleva él?

—También lo hice rey. Pero se volvió iracundo y cayó.

—Luego fue Calder el Negro a quien ayudaste. ¡Debió de prosperar mucho!

—Lo hice el hombre que hacía reyes —respondió Bayaz mientras Rikke pasaba a su espalda, y entonces volvió la cabeza y la miró por el rabillo del ojo—. Pero se volvió perezoso y permitió que te colaras por la puerta de atrás. Mi ayuda no es la palabra de Euz. No

puede proteger a un hombre de sus propios defectos.

—Entonces, si tengo tu ayuda, ¿quién me protegerá de todos mis defectos?

Bayaz inhaló impaciente, como el profesor de un pupilo que no hay manera de que sume bien.

—Sé que últimamente las cosas no te han ido muy bien. Sé que algunos amigos tuyos ya no son amigos. El Clavo y su gente de los Valles Occidentales. Hasta la montañesa Isern-i-Phail pierde la paciencia. Sé que en tu pequeña gira por el Norte se te considera demasiado blanda, demasiado salvaje, demasiado extraña. Pero es que, como demuestra tu lista de nombres, sentarse en la Silla de Skarling es una cosa. Quedarse en ella es otra muy distinta.

Rikke había dado otra vuelta completa, dejando al mago en el centro del círculo de sus pisadas en la nieve, y lo miró a los ojos.

—Sabes mucho.

—El conocimiento es la raíz del poder. Podría compartir el mío contigo.

Rikke dudaba mucho que Bayaz se hubiera convertido en Bayaz a base de compartir más de lo necesario.

—Yo también veo cosas —dijo, volviendo hacia él su ojo izquierdo y abriéndolo mucho—. ¿Quién sabe? Puede que hasta alguna que tú no. Sé que últimamente las cosas tampoco te han ido muy bien a ti. Dejaste el Norte en manos de Calder el Negro y se meó en los pantalones. Su hermano ha muerto y su hijo está en una jaula y ahora te toca oírme a mí decir cómo son las cosas. Y luego está tu Unión, donde te vi dar aquel discurso tan bueno, con un mar de gente pequeña extendiéndose ante ti como una alfombra ante un emperador. Dudo que te reciban con los brazos tan abiertos desde su Gran Cambio, ¿eh? Ya no hay tantas estatuas tuyas en el Agriont como antes. ¿Y quién iba a reprochárselo? No fue hace tanto cuando les concediste a ellos tu ayuda, y esa ayuda arrasó su orgullosa ciudad y los mató a carretadas. ¿O me contó mal la historia mi padre?

—Hablar contigo es toda una aventura. —Haría mal tiempo, pero la voz de Bayaz tenía un matiz incluso más gélido—. Divagas en todas las direcciones.

—¡No dejo de sorprenderme ni a mí misma!

Otra impaciente vaharada, en esa ocasión entre dientes apretados, como un pastor cuyo rebaño se niega a obedecer.

—¿Ves estas piedras, niña?

—Las veo. —Y Rikke empezó a andar otra vez, en dirección a la que estaba quebrada—. Es difícil pasarlas por alto, viejo.

—Aquí es donde murió Dow el Negro. En este mismo lugar. Gobernó el Norte, después de que cayera el Sanguinario. Un poderoso guerrero. Un líder temible. Contuvo a la Unión aquí. Pero pensó que podría arreglárselas sin mí. —Bayaz entornó la mirada hacia el terreno llano y blanco que se extendía al norte—. Yace en un agujero ahí fuera, sin marcar y sin reconocimiento.

—La Gran Niveladora nos atrapa a todos —dijo Escalofríos en voz baja.

—Y ni tiene favoritos ni hace excepciones. —Rikke levantó el brazo para pasar las yemas de los dedos por el gran corte de la piedra, ya un poco suavizado, un poco desgastado por los años transcurridos desde la batalla—. ¿De dónde salieron las piedras? —preguntó.

El Primero de los Magos frunció el ceño.

—¿Los Héroes?

—Sí. ¿Quién las puso aquí? ¿Y cómo? ¿Y por qué?

—No hay nadie vivo que lo sepa. —Bayaz lanzó una mirada asesina a Corleth, que tragó saliva y bajó la mirada parpadeando al suelo—. Proceden de una era anterior a los Viejos Tiempos. Ya eran antiguas incluso cuando nació mi maestro Juvens.

—¿Tan viejas son? Vaya, menos mal que las piedras no se arrugan, ¿eh?, ni les salen lorzas, ni se les cae el pelo, ni ven cómo todas sus pequeñas argucias se desmontan a su alrededor, ¿verdad? Diría que en general tienen tan buen aspecto como el día en que las erigieron. Pero ¿cómo acabó tan destrozada esta? ¿Por el arte de los magos?

El ceño de Bayaz se acentuó.

—No.

—Fue un cañón —dijo Escalofríos.

—¡Un cañón! —Costaba caminar de vuelta hacia el mago. Era

como enfrentarse a un vendaval. Pero Rikke se obligó a pavonearse despreocupada por la nieve, dejando un nuevo rastro de pisadas en la blancura—. Como los que mi buena amiga Savine dan Brock, que me regaló estas preciosas esmeraldas, fabrica a docenas en su nueva fundición de Ostenhorm. Total, que yo tampoco sé de dónde vienen las piedras, pero sé qué fue lo que rompió esta de aquí. En este asunto al menos, parece que soy igual de sabia que tú. Hubo una era de piedras antes de ti. Y habrá una era de cañones después. Y la era de antes fue, igual que la de después será, tan vasta y tan profunda que el tiempo de tu dominio parecerá como el chasquido de los dedos de un niño.

Y chasqueó los suyos en la cara de Bayaz. Plic.

Los ojos del mago dejaron escapar una levísima contracción de enfado.

—Parece que Rikke la Truculenta es un nombre bien merecido.

—Y Rikke la Pegajosa también —murmuró ella por la comisura de la boca—, te lo prometo.

—Por supuesto que vendrá una era después de mí. —Bayaz tenía los ojos fijos en los de ella, duros y con un brillo verde—. Pero esa era aún no ha llegado. Para ser una chica bendecida con el ojo largo, has cometido algunos errores muy miopes.

Rikke llegó tan cerca como pudo de un desenfadado encogimiento de hombros, lo cual no era fácil teniendo encima el peso de la desaprobación de Bayaz.

—Una vez me dijiste que hay que permitir a la gente que cometa sus propios errores.

El mago estrechó los ojos y recorrió de un paso el espacio que los separaba. Rikke notó que Escalofríos se movía a su espalda, oyó el leve traqueteo de su espada al empuñarla, y a duras penas reunió la presencia de ánimo para levantar un dedo que lo detuviera.

—Eres muy valiente —dijo el Primero de los Magos, y su voz casi le dolió en el oído—. O muy temeraria. Por poner reparos a un hombre que ha invocado tormentas y descargado relámpagos. Que dispersó las poderosas Cien Palabras como cáscaras al viento. —Se inclinó hacia delante, desnudando los dientes, y Rikke necesitó toda su fuerza de voluntad para no encogerse, trastabillar hacia

atrás, caer de rodillas—. Pues debes saber que, con solo pensarlo, podría deshacerte en cenizas.

Ese sí que fue un momento difícil. Peor que esconderse en un arroyo helado mientras oía planear su muerte en la orilla. Peor que cuando vio al Joven León perdiendo contra el Gran Lobo. Peor que cuando tuvo que elegir qué ojo iban a sacarle. Le hizo falta todo lo que tenía para sostener la mirada a Bayaz. Todo lo que había aprendido y todo lo que había perdido. Como si la ira del mago fuese una gigantesca mano aplastante que le estrujaba el aire fuera del pecho. Pero lo hizo. Entonces sacó los labios en un mohín pensativo, apretó el dedo contra ellos un momento, levantó los hombros.

—No —dijo en tono alegre—. No me encaja. Si todo el mundo supiera que tú escogías los reyes, y que tú tenías todo el poder, se les podría meter entre ceja y ceja quitártelo. Me da a mí que prefieres quedarte detrás de la cortina, bien a salvo, y dejar que sean otros quienes se ocupen de quemar.

Descendió un silencio gélido entonces, mientras el viento frío se colaba entre las piedras y cruzaba la hierba cargada de nieve. Un silencio duro y helado, que se prolongó y se prolongó, dando tiempo a Rikke para preguntarse si acababa de cometer su último error. Entonces el Primero de los Magos dio un suspiro, y un paso atrás, y la espantosa presión se liberó.

—En ese caso, has tomado tu decisión. Quizá vaya a Currahome. Creo que Calder el Negro agradecerá mi apoyo.

—Imagino que sí —dijo ella, intentando impedir que la voz le temblara de alivio—. Buena falta le hace. A lo mejor, cuando haya ajustado cuentas con él, deberíamos hablar otra vez. ¡Para entonces, a lo mejor quieres comprarme secretos tú a mí! Que te vaya bien, Primero de los Magos.

—Te diría que te vaya bien, Rikke del Ojo Largo. —Bayaz hasta le dedicó un asomo de sonrisa mientras se volvía—. Pero me temo que va a irte muy mal.

Y echó a andar deprisa entre las piedras y tardó poco en perderse colina abajo.

Corleth infló los carrillos y se quitó el sudor de la frente con el

dorso de la mano.

—No me hace mucha gracia ese viejo cabrón —murmuró.

—Ni a mí —susurró Rikke, cruzándose de brazos y deseando que el aporreo de su corazón se calmara pronto.

Escalofríos estaba mirando adusto hacia las laderas blancas en el lado sur del valle.

—Estuvo aquí, después de la batalla.

—Supongo que vendrían muchos cuervos a picotear las sobras.

—Él más que ninguno. Cuando Calder el Negro llegó a un acuerdo con la Unión y con tu padre.

—Y mi padre escupió en la mano de Calder y juró matarlo si alguna vez volvía a cruzar el Cusk.

—Exacto. Bayaz era quien manejaba todos los hilos.

—Bueno, pues de los nuestros no van a tirar.

El ojo bueno de Escalofríos se volvió hacia ella.

—Mejor que tire de ellos a que los corte, tal vez.

—Tal vez.

Pero su padre había luchado toda su vida para que pudieran ser libres. Rikke se estremeció, y se apretó el cuello de pieles y se bajó la capucha, y empezó a regresar por donde habían venido. Hacia el norte, dejando los Héroes atrás.

—Hasta entonces, bailaremos a nuestra propia melodía —dijo.

Lejos de acabar

Trébol apartó unos arbustos mojados y escudriñó hacia el otro lado del río. Sus ojos ya no eran los de antes, pero le dio la desagradable sensación de reconocer algunas caras al final del puente.

—Por los muertos, vaya suerte la mía —masculló, intentando atrapar cualquier calor que llevara su aliento en las manos ahuecadas—. ¿Esos son el Trampero y sus chicos?

—Sí —dijo Sholla—. Los que no mató Contratiempo, al menos.

—Mejor eso que dejar agravios a tu espalda —repuso Contratiempo.

Sholla lanzó la mirada a lo alto.

—¿Y qué hay del agravio que nos guarda el Trampero porque mataste a tres de los suyos?

Contratiempo se rascó la poblada barba mientras lo meditaba.

—¿Estás diciendo… que debería haber matado también a los demás?

Trébol suspiró.

—Desde luego, la vida se las apaña para acosarte con tus viejas afrentas.

—Fue solo hace unas semanas —dijo Zas.

—Tus nuevas afrentas, entonces. —Trébol había llegado con pocas esperanzas de sobrevivir a aquel día y sus probabilidades acababan de desplomarse de nuevo—. Será mejor que os quedéis aquí fuera.

—No sabía que te importara, jefe.

—Y no me importa. —Arqueó una ceja mirando a Zas—. Pero tú

eres tan tonto que empeorarías las cosas. —La volvió hacia Sholla —. Y tú eres demasiado flaca para esconderme detrás de ti. —La desvió hacia Contratiempo—. Y tú, mejor que no me hagas hablar.

—¿Seguro que quieres llevar eso puesto para lo que vas a hacer? —preguntó Sholla.

Trébol miró la estupenda capa de piel de lobo que antes llevaba Stour. Sholla tenía razón. Presentarse a hablar con Calder el Negro vestido con la prenda robada a su hijo no sería muy inteligente.

—Mierda —dijo soltando la hebilla con cierta reticencia, ya que hacía demasiado frío para quitarse ropa, y se la arrojó a Sholla—. Si tengo una suerte mucho mejor que la de siempre, volveremos a vernos pronto aquí.

—¿Y si tienes la suerte de costumbre? —siseó Sholla mientras Trébol se marchaba, sonriendo al echarse la capa en sus huesudos hombros.

—Entonces supongo que te quedarás con una buena capa.

Trébol salió de entre los árboles, se metió las manos en las axilas y emprendió pesaroso el camino hacia el puente. El Trampero estaba al otro lado con los pulgares metidos en el cinto y una arruga en el labio.

—Pero si es el puto Jonas Trébol.

—Es la versión larga de mi nombre —dijo Trébol, ya estremeciéndose—, pero se usa tanto que no me queda más remedio que responder a ella.

—Muy gracioso —intervino el hombre con la capa de piel de cordero, ese al que Contratiempo había atizado en la cabeza la última vez que se habían visto—. Pero me haría más gracia verte destripado.

—No parece que estéis matándome, ¿eh?

El Trampero giró la cabeza y escupió con amargura.

—No.

—Es una situación mejor que la que esperaba, siendo sincero.

—Ya. Calder el Negro nos dijo que aparecerías.

—¿Cómo lo sabía?

—Es Calder el Negro, ¿no? Todo el mundo sabe que sabe cosas. —El Trampero extendió la mano y chasqueó los dedos.

—A la orden. —Trébol se quitó el cinto con la espada y lo entregó. De todas formas, ya casi no recordaba la última vez que hubiera desenfundado ese trasto excepto para aceitarlo—. Quiero que sepáis que lamento lo que pasó en nuestro último encuentro —añadió, siguiendo al Trampero por el camino enfangado—. No quería que muriera nadie, pero el puto Contratiempo es de esos cabrones que dejan un rastro de destrucción a su paso.

—Si decides llevar a un hombre como ese en tu banda, podrías contenerlo un poco mejor. —El Trampero negó con la cabeza, disgustado—. Sería difícil hacerlo peor.

—No me parece justo del todo —dijo Trébol—. Tú aún proyectas sombra.

Lo raro habría sido que no hicieran el resto del camino en un silencio malhumorado. Había nieve en los campos en pendiente, y en los muretes de piedra, y en los árboles pelados del lado del valle, y en los empinados tejados de las casas diseminadas más arriba. También había tiendas alrededor, y hogueras, y guerreros acurrucados cerca del calor que daban. Eran menos de los que Trébol había esperado, sin embargo. Siervos y carls, algunas viejas cabezas canosas que reconoció. No los suficientes para suponer ninguna amenaza a Rikke, ni siquiera después de que el Clavo y sus chicos del Valle Occidental se marcharan.

Quizá Calder el Negro estuviera perdiendo facultades. Le pasaba a todo el mundo, al final. La gente se acomodaba. Se acostumbraban tanto a pensar que eran los mejores, los más fuertes, los más astutos, que cuando llegaba alguien mejor, más fuerte y astuto, ni siquiera se daban cuenta de que ya eran agua pasada. Hasta que era demasiado tarde.

Calder estaba esperando bajo el alero con los bordes helados del salón que se alzaba en la cima de la colina. El hombre que había gobernado el Norte durante veinte años. Algo más encanecido, tal vez, que la última vez que Trébol lo había visto. Un poco más arrugado. Pero ¿no lo estaban todos? Parecía relajado, para ser un hombre cuyos sueños se habían venido abajo.

—¡Jonas Trébol! —Calder abrió los brazos como saludando a un viejo amigo, gesto que Trébol encontró todo menos tranquilizador—.

Bienvenido a Currahome. ¿Qué te parece el pueblo?

—Una encantadora escena invernal —dijo Trébol mientras contemplaba el valle que había dejado atrás, recobrando el aliento e intentando quitarse el frío de las rosadas yemas de los dedos a base de frotárselas—. Estoy subiendo muchísimas más montañas de las que me gustaría a mis años, eso sí.

Calder señaló hacia los escasos hombres acampados en la ladera.

—¿Y crees que reunir guerreros era lo que planeaba yo para la vejez, cabrón haragán? Me gustaba mucho más Carleon, pero el idiota de mi hijo la perdió. Devuélvele la espada, Trampero, ¿se puede saber qué haces?

El Trampero miró de soslayo a Trébol.

—No sé, he pensado que a lo mejor intentaba algo.

—Es Jonas Trébol, ¿qué va a intentar? ¿Hacer chistes malos? Seguro que ni lleva una espada en la vaina. Será una salchicha para cuando lleguen las vacas flacas.

Trébol se ofendió un poco mientras volvía a ponerse la espada en la cintura. Supuso que no debería hacerlo. Ofenderse nunca servía de nada a nadie, a fin de cuentas, y Calder tenía razón. Intentar alguna cosa era la clase de locura varonil que Jonas el Escarpado podría haberse planteado. Y mira cómo había terminado ese capullo.

—Entremos, que hace frío. —Calder se volvió hacia el salón—. Eres un entendido en esgrima, así que esto te gustará.

Al abrirse las puertas resonó el inconfundible tañido del acero contra el acero. La música de las hojas, como lo llamaban los escaldos, que se ganaban la vida atribuyendo términos poéticos a los horrores del mundo. Las sombras danzaban entre las vigas talladas del salón iluminado por el fuego, caliente como una fragua después del helor de fuera, tanto que a Trébol le cosquillearon las extremidades entumecidas por el frío. Había hombres sentados en los bancos, bebiendo, comiendo y soltando exclamaciones sobre los dos guerreros que combatían. O quizá entrenaban. Uno grandote y un chaval fibroso. A primera vista no parecía una lucha nada justa, pero a medida que se acercaron Trébol vio que la cosa no iba como

cabría esperar.

Durante su larga y poco distinguida carrera de profesor de esgrima, había visto a centenares de chicos practicar con la hoja, en general con un semblante de dolorida decepción. En todo ese tiempo no habría visto a más de una docena que tuvieran verdadero talento. Lo que hacía falta para ello no era tanto la valentía, que era algo razonablemente común, como la ausencia de miedo. Que no te asustara salir herido, lo cual era muy poco frecuente. Que no te asustara herir a otra persona, lo cual, por extraño que pareciera, era menos frecuente aún.

El chico tenía el denso pelo negro pegado a la cara por el sudor, y cada vez que superaba en astucia al hombretón, o que esquivaba algún ataque suyo, o que provocaba un respingo en el público, saltaba a la vista que no sonreía, ni gritaba, ni levantaba los brazos triunfante. Era como si su rostro estuviera esculpido en arcilla blanca y no pudiese expresar emoción alguna. No era tanto ausencia de miedo como un agujero donde ese miedo debería haber estado. Tenía una cicatriz entre la boca y la nariz. El labio leporino.

—A ese chico lo conozco —dijo Trébol, quitándose el sombrero con torpeza y frotándose los mechones sudados que tenía pegados en la coronilla—. Iba contigo el día que te ofrecí una manzana.

—Así es.

El chico rodeó con velocidad una acometida, sacó la espada de lado y pinchó la mano del hombretón, que ahogó un grito entre dientes apretados y dejó caer la espada a la paja. El joven entró hacia él con el arma alzada.

—¡Basta! —gritó Calder—. No tengo tantos guerreros como para que los rebanes por diversión. ¿Te acuerdas de Jonas Trébol? Antes lo llamaban el Escarpado. Ganó algunos duelos.

—Y perdió uno —murmuró Trébol para sí mismo.

—Me acuerdo —respondió el chaval, mirando desde detrás de aquella cortina de pelo negro. Sin mostrar el menor signo de respeto. Sin mostrar el menor signo de desprecio. Limitándose a absorberlo todo.

—No es muy hablador, ¿eh? —dijo Trébol.

—No, pero sabe hacer cantar la espada —dijo un viejo cabrón

fornido y calvo, con una barbita entrecana, que había llegado junto a ellos. A Trébol no le sonaba de nada, lo cual era raro, porque creía conocer a todo el mundo en el Norte con el suficiente renombre como para ponerse a hablar sin más con Calder el Negro—. En eso me recuerda a Skarling cuando era joven.

—¿Ah, sí? —repuso Trébol con las cejas levantadas, porque Skarling el Desencapuchado había vuelto al barro hacía generaciones.

—Este es Bayaz. —Calder había compuesto la sonrisa de un hombre ansioso por complacer, que no le sentaba nada bien—. El Primero de los Magos.

Las cejas de Trébol se dispararon más hacia arriba. Eso explicaba algunas cosas. Que hablara con tanta familiaridad de héroes muertos mucho tiempo atrás, para empezar. Que Calder el Negro se mostrase tan servil con él, para seguir. A decir verdad, no parecía un mago legendario. Tenía el cuello más grueso y la sonrisa más rápida de lo que debería. Pero había algo en la mirada de Bayaz cuando se detuvo a estudiar a Trébol. Algo que le hizo pensar que aquel hombre no le convenía nada como enemigo.

—¿El Escarpado, te llamabas? —preguntó.

Trébol tenía por norma no corregir nunca a los magos.

—En efecto.

—Vienes a Currahome con el mismo objetivo que yo, sin duda: asegurarte de que se sienta la persona adecuada en la Silla de Skarling.

Dado que las opiniones sobre el mejor culo que podía ocupar aquel asiento tan incómodo podían diferir, Trébol no tuvo ningún problema en responder con un enfático:

—Exacto.

—No podemos permitir que nuestros planes para el Norte naufraguen por culpa de una listilla con un ojo mágico.

Trébol carraspeó.

—Sin ánimo de ofender, parece que ya los ha hecho zozobrar un poco.

Los ojos de Bayaz destellaron a la luz de las llamas.

—Nada que no pueda volver a enderezarse, con el conocimiento

y los amigos adecuados. —Parecía hablar a la ligera, pero había una amenaza por allí en alguna parte.

—Nunca se tienen suficientes amigos —dijo Trébol, mientras pensaba que había algunos que lo mejor era mantener bien lejos.

Calder estaba retorciéndose una mano con la otra, como una criada esperando que su señor no protestara por la cerveza que le había servido.

—Ya sabéis lo mucho que os he agradecido siempre vuestra ayuda.

—Fuiste un poco maleducado cuando viniste por primera vez a verme, si no recuerdo mal. —Bayaz miró despectivo a Calder como si aún fuese un cachorrillo altanero—. Pero en los años transcurridos desde la batalla de los Héroes, nunca te ha faltado mi apoyo.

—Ni a vos el mío. —Calder tragó saliva, con cara de estar un poco mareado—. A la buena educación debe responderse con modales equivalentes, he pensado siempre.

—Bien dicho. Ojalá la siguiente generación tuviera esa sabiduría que tanto te costó adquirir.

Y Bayaz saludó a Trébol agachando la cabeza un instante y fue hasta la puerta, entreteniéndose solo para sonreír de lado a aquel chaval moreno, que ya estaba dejando en ridículo a otro guerrero adulto.

Trébol lo vio marcharse con el ceño fruncido.

—¿No te he oído decir alguna vez que la ayuda de los magos nunca vale lo que cuesta?

—Solo aparece cuando sabe que no te queda otra opción. —La cara de Calder había vuelto a agriarse al instante, igual que un sauce doblado recuperaba de golpe la forma con la que había crecido—. Pero llega un momento en el que tienes que jugar todas las cartas, cuesten lo que cuesten. —Llevó a Trébol recorriendo la larga hoguera que ocupaba el centro del salón hacia la alta silla que había al fondo, dejando atrás el choque de aceros y las exclamaciones de los guerreros—. Este era el salón de mi padre. Antes de que conquistara Carleon. Aquí fue donde nació su sueño de un Norte unido.

—Y como en todos los nacimientos —dijo Trébol—, he oído decir que hubo mucha sangre.

—En aquellos tiempos no se podía hacer nada sin mucha sangre.

—¿Y ahora sí?

Calder le dio la razón con un leve encogimiento de hombros y se dejó caer en la silla donde en otro tiempo debió de sentarse Bethod.

—¿Quieres cerveza, Trébol?

—Aún no he dicho nunca que no a la cerveza.

Pasó una pierna al otro lado de un banco, dejó el sombrero a modo de cojín y se sentó junto al fuego a mirar cómo una chica llenaba una jarra de cerveza para él.

—Debo reconocer que temía no recibir una bienvenida tan cálida.

—Siempre nos hemos llevado bien, ¿no es así?

—Es cierto. —Trébol miró los duros rostros que tenía alrededor. Las duras manos cerca de las duras armas. Decidió que si Calder lo quisiera muerto, no desperdiciaría veneno, así que dio un sorbo—. Pero luego os traicioné a ti y a tu hijo.

Quizá pareciera un disparate sacar el tema, pero Trébol prefería afrontarlo ya que encontrarlo apuñalándolo en el culo más adelante. Calder entornó los ojos.

—Daba por hecho que venías a decirme lo mucho que lamentas todo eso.

Las mentiras no lo llevarían a ninguna parte con Calder el Negro. Quizá la verdad tampoco, pero Trébol lo veía algo más probable.

—Traicionarte a ti sí que lo lamento. Traicionar a tu hijo, no.

—¿Estás diciendo que lo merecía?

—Estoy diciendo que lo pedía a putos gritos.

Calder se reclinó y se le marcaron los tendones en el dorso de las delgadas manos al agarrar los brazos de la silla.

—He oído que Caul Escalofríos lo dejó tullido.

Trébol se secó el sudor de la frente e intentó dejar pasar algo de aire tirándose del cuello. Por los muertos, qué calor hacía allí dentro. Otro motivo para alegrarse de haberle dejado la capa a Sholla.

—Así es. Y el Clavo le dio una somanta de palos, y Rikke la Truculenta lo tiene en la jaula que Stour hizo forjar para su propia diversión. No puede decirse que la chica no tenga sentido del

humor.

La ira no habría sorprendido a Trébol, pero lo único que hizo Calder fue contemplar las brillantes ascuas y asentir despacio.

—Puede que ahora por fin aprenda las lecciones que yo nunca tuve el ánimo de enseñarle. El amor puede ser una debilidad. Me culpo a mí mismo.

—Eso también lo he hecho yo alguna vez, con los años. —Trébol dio otro sorbo a la jarra—. No sirvió de nada.

—Je. —Y Calder le dedicó una amplia sonrisa, llena de dientes que brillaron a la luz del fuego—. Aún me caes bien, Trébol. Nunca he podido confiar del todo en los hombres leales. No los entiendo, a esos cabrones.

—En eso estoy contigo.

—Un hombre dispuesto a ser leal con alguien podría levantarse un día y decidir que prefiere ser leal a otro. —Meneó un dedo en dirección a Trébol—. Pero ¿un hombre cuya primera lealtad es consigo mismo? Siempre será así. Tú no finges ser lo que no eres. Eres predecible.

—¿Ah, sí?

—Dejémoslo en predeciblemente impredecible. Cosa que te convierte en una elección curiosa como mensajero.

—Rikke no lo dijo con todas las palabras, pero me da la sensación de que pensó que no escucharías a alguien menos flexible. Que podrías enviarle de vuelta su cabeza en un saco, de hecho.

—¿Y no le enviaré la tuya?

Trébol se rascó con suavidad el cuello sudado.

—¿La verdad? Dudo que le importe mucho si lo haces o no.

—¿Es lista?

—Lo es.

—Un poco más lista de lo que le conviene, quizá.

—Quizá.

—Dime, ¿cuál es el mensaje?

Trébol se inclinó hacia delante. Hacia Calder. Hacia el calor del fuego que ardía en el centro del salón.

—Me envía con una oferta. Dividiros el Norte. Dejarlo tal y como está. Ella se queda con Uffrith y Carleon. Tú te quedas con lo que

tienes. Y recuperas a tu hijo.

Calder lo observó, en un silencio tan calmado como un lago en las montañas. Llegaron risas y aplausos de donde estaban entrenando con la espada. Hubo un crujido y un remolino de chispas cuando un tronco encendido se movió sobre las brasas. Trébol miró alrededor. Seguían allí los rostros duros, las armas duras. Seguía allí la constante amenaza de una travesía rápida de regreso al barro.

Carraspeó.

—Así que…

—La verdad es que estoy cansado, Trébol. —Calder se acomodó con un hastiado gruñido—. Ha vuelto al barro mucha gente. Mi padre, mi esposa, mi hermano. Más amigos de los que puedo contar. Estoy cansado y solo y ya no me acuerdo de la última vez que reí. A lo mejor es con lo que cuenta ella. Con que la crueldad es cosa de jóvenes. —Y torció el gesto mirando el fuego como si lo encontrara lleno de decepciones—. De quienes no saben adónde te lleva.

—Entonces… ¿habrá trato?

Los ojos de Calder el Negro se deslizaron hasta los de Trébol.

—¿Hacer un trato con esa escuchimizada?

—Entonces… ¿no habrá trato?

—Estoy cansado, no muerto. —Se levantó—. Ven conmigo.

Trébol apuró la jarra, volvió a ponerse el sombrero y siguió a Calder el Negro por la puerta trasera del salón.

Tras la colina había otro valle. Era como funcionaban las colinas y los valles, al fin y al cabo. Nieve en los campos, y en los muretes de piedra, y en la aulaga y los juncos que crecían en las pendientes, y en los techos de las cabañas y las chozas. Pero aquel valle no estaba salpicado de hombres como el anterior. Estaba inundado de los muy cabrones. Había tiendas por todas partes, cubriendo el terreno hasta el arroyo medio congelado que corría por el fondo y otras tantas subiendo por el otro lado. Hogueras y antorchas como estrellas en un cielo nocturno. Trébol oyó risas, y retazos de canciones, y el incesante golpeteo de los martillos en las muchas herrerías, y vio las finas volutas de humo salir de sus chimeneas y perderse en el rosado atardecer.

—Por los putos muertos —mascculló, abofeteado por la vista y por el frío al mismo tiempo.
—¿Creías que esos cuatro hombres mal contados de delante eran todo lo que puedo reunir? —preguntó Calder—. El mal genio que tiene mi hijo habrá ofendido a unos cuantos, pero a mí aún me quedan amigos. En el sur, allá cerca de Ollensand. En los Valles Altos, yendo hacia Yaws. Unos cuantos hombres buenos que aún están regresando de esa puta calamidad en Midderland. —Señaló hacia la cumbre de la montaña de delante, donde más brillaban los fuegos, y Trébol alcanzó a distinguir unos raídos estandartes alzados hacia el gélido ocaso—. Y gracias al Primero de los Magos, también tengo amigos al otro lado del Crinna. ¿Conoces ya al Alzado en el Túmulo?
—No, pero me da la impresión de que el nombre sugiere lo que cabe esperar.
—¿Te acuerdas del Extraño que Llama?
—Con cierta mala gana.
—Al lado del Alzado en el Túmulo, era todo un humorista.
—¿Y estás seguro de que traer al Norte a gente como ellos es una buena idea?
—No fue decisión mía. Si te preocupa la que puedan armar, yo que tú lo hablaría con tu amiga Rikke.
—¿Tendré ocasión?
—Cuando marchemos sobre Carleon.
Trébol dio un vaporoso suspiro.
—Ya me temía que dirías eso.
—Empezaba a pensar que mi trabajo estaba hecho. Que ya era hora de poner los pies en alto y dejar las intrigas para la siguiente generación. Pero ¿sabes qué? Resulta que me alegro mucho de que me corresponda salvar el Norte una vez más.
—Ah. Entonces, ¿aquí el héroe eres tú?
—Como un hombre al que se ha considerado héroe y villano, tú mejor que nadie deberías saber, Jonas el Escarpado, que el héroe es quienquiera que gane. —Calder sonrió hacia todos aquellos fuegos y las profundas arrugas se extendieron por las comisuras de sus ojos—. Me parece que aún me queda un truco o dos que

enseñar a Rikke la Truculenta. Desde luego que es taimada, pero he oído que está cometiendo errores. He oído que tuvo una pequeña desavenencia con el Clavo.

—Sí, bueno, es de esos cabrones con los que la gente empieza a tener desavenencias nada más conocerlos. Oyes muchas cosas.

—Solo es cuestión de escuchar. —Calder dio una bocanada satisfecha del frío aire del atardecer y lo dejó salir con un suspiro—. Aquí es donde nació el sueño de mi padre. Un solo Norte. Una nación con un rey. La necedad del imbécil de mi hermano no pudo detener ese sueño. La necedad del imbécil de mi hijo tampoco lo hará. El Sabueso no pudo detenerlo, ni teniendo a la Unión entera detrás de él. Y su hija te aseguro que tampoco podrá, tenga el ojo largo, el ojo corto o el puto ojo que sea.

—Debería traer a mi gente al calor del fuego —dijo Trébol—. Están allá abajo en el bosque, junto a…

—Están detenidos y desarmados.

—¿En serio?

—En serio.

—Vaya.

Trébol se rascó la cicatriz pensativo y resistió el impulso de preguntar si iban a sobrevivir a aquel día. Calder sabía lo que estaba pensando, de todos modos.

—No te preocupes, los estoy tratando como a invitados. No soy ni mi hermano ni mi hijo. No rompo las cosas que puedo utilizar. Solo hay un asunto del que deberías preocuparte.

—¿Dónde ir para mear?

—De qué lado estás.

Trébol infló los carrillos. Con tanta bravuconería y tanto desperdicio cuando Stour estaba al mando, había olvidado lo formidable que podía ser el cabronazo de Calder el Negro. Es lo que pasa con los pensadores. Mientras tienes la mirada puesta en los guerreros, cuando te quieres dar cuenta, los tienes encima. No era así como Trébol había querido que fuesen las cosas. Pero ¿cuándo lo eran?

—Bueno, si soy tan predecible… —Miró hacia el valle, hacia todas aquellas hogueras que llegaban a las montañas del fondo—. Ya

sabrás de qué lado estoy.

La única explicación

—¡La única explicación para tu derrota es la *traición*! —chilló Sworbreck, dando un puñetazo en la barandilla.

Leo había perdido una batalla teniéndolo todo a favor, así que se le ocurrían muchas otras. Temeridad, arrogancia, engaños, vacilación, mal tiempo, malos aliados, mala suerte. O, por ejemplo, que cuando por fin reunieron el dinero para enviar botas nuevas al ejército, Risinau hubiera ordenado que les proporcionaran una colección de sus ensayos en vez de calzado. Sworbreck había escrito el prólogo. Pero el Tribunal Popular no quería oír hablar de ningún motivo que no fuese la traición.

—¡Hice todo lo que pude para ganar, señor! —vociferó el general Bell—. Ciudadano, quiero decir. ¡No encontrarás a nadie más leal que yo!

—¡Eso es *justo* lo que diría un traidor! —chilló Sworbreck, mientras los borrachos de las galerías abucheaban como el público de un combate clandestino en los bajos fondos.

Después de que la Jueza se hiciera con el poder, Leo había visto cómo ascendían al sargento Bell a general, de pie con la cara roja en el mismo lugar donde estaban juzgándolo en esos momentos. Lo habían puesto al mando del Ejército Popular sin contar con un solo día de experiencia como oficial. La casaca de Brint no le había quedado nada bien. Las responsabilidades de Brint, peor todavía. Pero aun así los representantes habían llenado la cúpula con sus sentimentales aplausos. Le habían dado palmaditas en la espalda mientras lo enviaban a combatir contra el lord mariscal Forest y sus

tropas monárquicas. Seguro que la mayoría había previsto cómo iba a terminar aquello. Leo, desde luego, sí. Pero desde el Gran Cambio, las apariencias eran más importantes que las realidades. Savine habría dicho que siempre lo fueron.

—Según tengo entendido —murmuró Leo—, ese hombre era el mejor sargento de todo el ejército.

Glaward asintió con tristeza.

—Firme, cauto, sin mucha imaginación. —Podría estar describiéndose a sí mismo.

—Todas las cualidades de un general horrible —susurró Jurand.

—¿Es cierto que serviste junto al infame monárquico del *lord mariscal Forest*? —Sworbreck pronunció el nombre con desprecio, como si Forest fuese algún monstruo en el que ningún adulto creía —. ¿En la Batalla de Osrung, cuando él era sargento primero? ¿Durante las guerras en Estiria, cuando fue ascendiendo por los rangos de oficial gracias al favor del rey?

Bell miró a los bancos parpadeando, pero ese día no llegó ningún aplauso sentimental.

—Así es, pero…

—¿Lo conocías bien?

—Todos lo conocíamos en el ejército.

—¿Y lo respetabas?

—Por supuesto, era un… —Bell vio la trampa demasiado tarde. Se le puso la cara más roja incluso que en su ascenso—. Nadie tenía razones para no respetarlo. ¡Nadie tenía nada malo que decir de él!

—¡Admiración! —aulló Sworbreck—. ¡Por uno de los más implacables y pérfidos enemigos del Gran Cambio! ¡Por un hombre que derrama sangre de la Unión en territorio de la Unión para volver a poner a esa *serpiente* de Orso por encima de nosotros!

Sworbreck señaló al rey con aquel dedo que nunca dejaba de temblar. Risinau había puesto a Orso en una silla cada vez más pequeña. Luego la Jueza había dado un paso más y lo tenía encerrado en una jaula mientras presidía el tribunal. Nada de aquello había servido más que para conferirle una especie de dignidad sórdida. La sonrisa astuta del rey parecía estar

preguntando qué clase de cobarde había que ser para tener miedo de un cobarde como él.

Sworbreck volvió a descargar el puño sobre la tosca barandilla de la tarima de los acusados.

—¡Un ejército de *honrados patriotas* jamás caería derrotado en justa batalla por los *mercenarios monárquicos* del mariscal Forest! —Se frotó la mano, donde a todas luces se le había clavado una astilla de la madera mal pulida—. Llegaste a un *acuerdo* con ellos, ¿verdad? ¡Traicionaste al Gran Cambio!

Respingos asqueados por todas partes. Leo suponía que la verdad era mucho más simple. A Bell lo habían ascendido muy por encima de sus capacidades y lo habían lanzado contra un enemigo motivado en un terreno escogido por él. Su ejército estaba mal aprovisionado, mal equipado y lleno de oficiales de pureza que corrompían con su política toda decisión militar. Lo raro era que la catástrofe no hubiera sucedido antes.

—¡No hubo ningún puto acuerdo con el enemigo! —gritó Bell—. Nos sorprendieron cuando marchábamos en columna por el camino, bajo la lluvia. Mis hombres estaban agotados. ¡Los oficiales de pureza se empeñaron en avanzar a marchas forzadas!

—¡Siempre hay alguien a quien culpar! ¡Ahora son los oficiales de pureza, unos quemadores de irreprochable historial ansiosos por enfrentarse a nuestro odiado enemigo!

—Pero el Ejército Popular lleva semanas desplegado. Apenas han recibido ningún salario. Ahora apenas se les da de comer y…

—Y si se me permite preguntarlo, ¿sobre quién recae la responsabilidad de que el ejército esté preparado sino en el general al mando? ¿En nosotros, tal vez?

Los bancos se erizaron. Hasta Leo masculló negativas. No se podía permitir que la simiente de la acusación tuviera oportunidad de echar raíces. O cuando quisieras darte cuenta, brotaría la sospecha por todas partes. La indignación llovió sobre Bell desde las galerías del público.

—Pobre desgraciado —murmuró Glaward, con la empatía de un hombre grande y sin lustre por otro.

—Siempre he sido leal. —Bell tenía lágrimas en los ojos—.

Preguntad a cualquiera que haya servido conmigo.

La cámara quedó en silencio cuando la Jueza se echó adelante en su silla, deslizando por la mesa sus largos dedos como una gata desperezándose para afilarse las zarpas. Sworbreck podía parlotear por los codos tanto como quisiera, pero todo el mundo sabía que eran las escasas palabras de la Jueza las que contaban.

—Es cierto que me llegaron buenos informes sobre tu conducta, Bell. Por eso te ascendimos en un principio. Te ponías en peligro para salvar a soldados heridos. Renunciabas a tus raciones para que otros pudieran comer. Caminabas para que tu caballo pudiera llevar a hombres enfermos. Un comportamiento muy noble. Me haría llorar en un libro de cuentos. —La Jueza se estiró más y fijó sus ojos negros en el acusado—. Pero yo soy de lágrima fácil. Nos has dicho que hiciste todo lo que pudiste para ganar.

—Lo hice, ciudadana Jueza, por favor, tienes que…

—Pero no ganaste.

Bell parpadeó, con la boca entreabierta.

—No puedo afirmar a ciencia cierta que seas un traidor —declaró la Jueza—, pero de lo que no cabe duda es de que eres un perdedor. Y para un general, eso es igual de malo. Podría decirse que incluso peor, cojones. —Alzó el martillo y golpeó la maltratada mesa—. Culpable. Llevadlo a la Torre de las Cadenas.

Broad asió a Bell por debajo del brazo y lo sacó de la tarima.

Leo tenía el vago recuerdo de un tiempo, unas semanas antes, en el que había existido un punto intermedio. Un espacio para llegar a acuerdos, en algunas cosas, algunas veces. Pero desde entonces todo el mundo era o bien un extremista o bien un traidor a la causa, y cualquier atisbo de duda se consideraba condenatorio.

—¡Necesitamos un nuevo general! —rugió alguien desde los últimos bancos, mientras al anterior aún estaban llevándoselo a su final.

—¡Hay que detener a esos condenados monárquicos!

Jurand se inclinó hacia Leo.

—¿Ahora?

Leo tuvo que contener una sonrisa. Jurand y él pensaban más parecido que nunca.

—Tanteemos el terreno, por lo menos —murmuró.

—¡Ciudadanos! —Jurand se levantó de un salto—. ¡Representantes! ¡Miembros del tribunal! Por culpa de las intrigas extranjeras y las conspiraciones monárquicas, hemos sufrido frecuentes derrotas en el campo de batalla. —Siempre había sido uno de los pensadores más rápidos que conocía Leo, y no le había costado nada aprender el idioma del Gran Cambio. Jurand era un buen orador, sobrio y creíble, con un leve rubor apasionado en las mejillas—. Al mariscal Forest y sus traidores nunca se les debió permitir que derrotaran al Ejército Popular. Pero ahora nuestros patriotas están en un estado lamentable. Bajos de moral. Paralizados por la corrupción, la conspiración y la incompetencia criminal.

Leo miró hacia Kort y le hizo un disimulado asentimiento. El hombre se alzó para rugir el discurso acordado.

—Hace solo cinco días, un grupo de granjeros en la costa cerca de Keln se había unido para combatir a los invasores gurkos, pero unos pescadores armados los confundieron precisamente con invasores gurkos y los atacaron. ¡Murieron doce hombres!

En realidad había sido uno, pero un solo cadáver ya no emocionaba a nadie.

—¡Lo que necesitamos con urgencia es organización! —exclamó el pionero de la moda lord Heugen, reconvertido en el sobriamente vestido ciudadano Heugen, sin perder comba—. ¡Lo que nos hace falta es un liderazgo experto y probado en batalla!

—¿Se me permitiría proponer un nombre conocido por todos? —preguntó Jurand, con una ferviente sacudida del puño—. Un nombre que ya está en la punta de la lengua de todo hombre de bien en lo referente a la defensa de la Unión. Un nombre que es sinónimo de coraje, lealtad y espíritu guerrero. ¡El nombre del ciudadano Brock, el Joven León!

Leo había esperado una reacción variada. Los exlores y los anglandeses lo aclamaron, junto con Kort y otros representantes a los que Savine había sobornado para hacerlo. Hubo algunos aplausos en las galerías públicas. Leo no había perdido todo su encanto junto con la pierna. Pero también llegó un tenue murmullo

de suspicacia. Había cabezas negando y miradas hoscas.

Y luego estaba la Jueza, que evaluaba a Leo con los mismos ojos entornados que acababan de evaluar al malhadado Bell. Utilizar el encanto contra ella era como encender una cerilla contra el invierno cada vez más cruel de fuera: inútil con toda probabilidad.

—Tendría más fe en un hombre que hubiera ganado una batalla en vez de perderla —dijo la Jueza.

—¡Stoffenbeck fue una batalla que sabía que no podía ganar! —mintió Jurand con soltura, dando a Leo una palmada en el hombro—. Pero que decidió librar de todos modos, le costara lo que le costara. Contra toda esperanza. Contra un sinfín de tropas monárquicas. ¡Cualquier ciudadano puede ver los sacrificios que hizo en su nombre!

El bufido despectivo que soltó el rey tuvo que llegar a la galería superior. Sin duda Orso recordaba Stoffenbeck de otro modo, y sin duda no era el único, pero si aquellos juicios habían enseñado algo a Leo era que lo sucedido de verdad no importaba ni la mitad que lo que la gente quería oír. Se agarró al hombro de Glaward y tiró para ponerse en pie, cogió el bastón que le tendía Jurand y salió renqueando al enlosado mientras la cámara enmudecía.

—¡Ciudadanos! —exclamó—. ¡Ciudadanas! Renuncié al «dan» de mi apellido. Renuncié a él de mil amores, en este mismo lugar. Renuncié a mi cargo de lord gobernador, a mi derecho de nacimiento, porque creo en lo que estamos haciendo aquí. ¡Porque creo en el Gran Cambio!

Hizo un gesto para acallar los gritos de apoyo de los representantes a los que había persuadido para dar gritos de apoyo.

—¡Sin embargo, es cierto que antes fui noble! Y el Ejército Popular debería estar comandado por un hombre del pueblo. —Como lo había sido el sargento Bell cuando le habían encasquetado el uniforme del general Brint, que tan mal le quedaba, y lo habían enviado allá fuera armado con ensayos para ser derrotado por los monárquicos—. Lamento no poder aceptar este honor.

El rey Orso dio otro poderoso bufido, pero se perdió al instante entre los aplausos a su altruismo y su sacrificio. Quizá hubiera convencido a unos pocos de los dubitativos para que lo vitorearan.

Hasta la Jueza le dedicó un frío asentimiento mientras Leo volvía a dejarse caer en su banco.

—¿Lo rechazas? —susurró Glaward.

—Es mejor rechazarlo antes de que se nieguen a ofrecérselo —murmuró Jurand, con los labios fruncidos mientras calibraba meticuloso el sentimiento de las galerías—. Así podremos aceptarlo más adelante.

—¡Necesitamos a un patriota! —estaba gritando alguien.

—¡Basta ya de putos generales! ¡Basta ya de putos expertos!

—¡Necesitamos a alguien con verdadera fe!

Leo se ajustó el brazo inútil en la casaca. La fe no detendría una piedra de cañón. Eso podría habérselo dicho él.

Caridad

La nieve caía pesada sobre los barrios bajos. Volutas y remolinos, sucios por el humo de los hornos, llevados por el viento a las esquinas de las ventanas, los portales, los callejones.

Había consignas de los Quemadores por todas partes, garabateadas con pintura roja en las fachadas de las casas. «Todos iguales» y «Muerte a los monárquicos» y «Sacrificadlo todo». La furia de Sworbreck y los de su calaña hacia el mundo y todo lo que contenía se había propagado como una plaga desde los libros a los boletines de noticias y los panfletos, hasta que aquellos berrinches mal impresos terminaban adheridos a las paredes tiznadas de hollín, hasta que la diatriba del día contra quienes pretendían arrastrar a la Unión de vuelta al pasado quedaba pegada encima de la de ayer, el papel rasgado aleteando al viento.

Llegaron flotando los compases de una canción por la calle helada. Pasó un hombre trastabillando y dando tragos a una botella. Sonó una aguda risotada desde la ventana de un piso de arriba y Savine se encogió. De un tiempo a esa parte, reírse en Adua parecía tan inapropiado como reírse en un funeral. En una ejecución.

—Espero encontrarte con buena salud, ciudadano Vallimir.

—Estoy vivo, ciudadana Brock, y mi esposa está viva, lo cual considero todo un golpe de suerte después de los acontecimientos que soportamos en Valbeck.

—¿El dinero no va tan bien? —preguntó Savine, aunque bastaba un vistazo para saber que no. Vallimir siempre había sido delgado,

pero estaba esquelético, su raída ropa zurcida con esmero—. Aún recuerdo con cariño aquella gelatina que servías en tu casa de Valbeck.

Vallimir dio un bufido.

—Ahora ya no hay gelatina. Trabajé una temporada de capataz en una factoría textil, pero después del Gran Cambio… con el precio del carbón… el negocio quebró. Mi mujer lava ropa en casa. Yo me dedico a tallar juguetes. Los soldaditos nunca pasan de moda. —Se inclinó hacia ella para murmurar—: Siempre que no luzcan símbolos monárquicos.

—Son tiempos difíciles para todo el mundo.

Había quincalleros por todas partes, tratando de sacarse unas monedas vendiendo cerillas, cintas, manzanas, cordones de zapato. También mendigos, que mostraban a los transeúntes sus heridas, sus enfermedades, su miseria, sabiendo que pese a la pobreza había más generosidad allí que en los barrios más ricos. La gente de allí sabía lo que era no tener nada. La mayoría estaba a solo un salario de ello.

Las prostitutas tiritaban en una esquina, con las mismas botas altas y faldas abiertas que habían llevado cuando el rey Jezal ocupaba el trono. El Gran Cambio no había cambiado gran cosa para ellas. Había que ser valiente para enseñar una pierna al gélido invierno, pero ellas hacían todo lo que podían, con la pálida carne de gallina y las enjutas caras enrojecidas de frío, con el vaho de su aliento al gemir desesperados coqueteos al insensible invierno. Luego estaban los rateros y los estafadores, rondando a cualquiera con pinta de poder llevar una moneda encima. En otra época Savine había contado con que el apellido de su padre la mantendría a salvo en calles como aquellas. Ahora ya no salía de casa sin llevar consigo a Haroon y unos pocos hombres bien armados.

—Sabes que te tengo en muy alta consideración como mujer de negocios. —Vallimir carraspeó. Tenía un crepitar enfermizo en la voz —. Pero los contactos destacados no son muy seguros en los tiempos que corren. ¿Puedo preguntar por qué has enviado a buscarme?

—En Valbeck me ayudaste a ganar dinero. Ahora… quiero que

me ayudes a regalarlo.

Habían llegado al final de la cola. Decenas y decenas de figuras humildes abarrotaban un lado de la calle, envueltas en fardos sin forma de ropa desgarrada, mantas, harapos. Daban pisotones a la nieve para calentarse, se abrazaban a sí mismos, se abrazaban unos a otros. Más hacia delante alguien tocaba un violín mientras una mujer bailaba. Y bailaba bien. Los niños jugaban a lanzarse bolas de nieve. Daban a los peatones. Había risas. Aplausos. Un ambiente alegre que ni por asomo era la tónica en la ciudad.

—¿Para qué hacen cola?

Savine suspiró. Aún le daba un poco de vergüenza pronunciar las palabras.

—Para mi obra de caridad, ciudadano Vallimir. —Señaló hacia una chimenea de latón que asomaba sobre los tejados, eructando humo oscuro al cielo mientras las motas blanquecinas caían en espiral—. Ahora soy dueña de seis panaderías en el distrito y tengo a agentes peinando toda Midderland en busca de harina. La sopa se hace de cualquier cosa que encontremos. El hilo llega desde Valbeck y las mantas se tejen ahí, calle arriba. El carbón procede de mis minas en Angland por medio de un acuerdo con la señora gobernadora Finree. Estaba usando el canal que poseo junto con Dietam Kort para transportar la mercancía, hasta que se congeló.

Todo en la ciudad se había congelado. El agua de las fuentes. El río en torno a las barcas. Pendían festones de hielo de las canaletas rotas. En las tabernas más baratas, según tenía entendido Savine, se había visto el vino congelarse en los vasos.

—Cuando empecé a regalar pan, hubo disturbios. Volcaron un carro. La gente peleaba en el barro por llevarse un mendrugo. A quienes conseguían marcharse con lo que les había dado los atracaban en la siguiente calle. Presencié todo el desafortunado asunto metida en un portal mientras los hermanos de mi dama de compañía me escudaban con sus cuerpos.

—No es propio de ti mostrar demasiada buena fe en la naturaleza altruista de la gente.

¿Quién iba a saber que la generosidad podía ser más peligrosa que la avaricia?

—Un error que no volveré a cometer. Desde ese día, aplico el mismo rigor a entregar mi dinero que el que aplicaba a ganarlo. —Recorrieron la nieve machacada hasta la cabecera de la cola, que entraba por las puertas de hierro de un almacén—. Los precios de las propiedades en esta zona han caído en picado. Este almacén lo adquirí a un coste que no te creerías. —De hecho, Savine había comprado la mitad de los edificios en decadencia del barrio, para reducir los alquileres casi a la nada—. Hice arreglar el tejado e invertí en guardias y puertas. Contraté a lugareños para llevar carros, manipular mercancías, atizar hornos, amasar harina. Distribuí algunos sobornos muy meticulosos entre los Quemadores del barrio, me procuré la ayuda de una vieja conocida en la hermandad criminal y le pedí que mantuviera el orden en la calle. —Señaló hacia un brasero vigilado por un par de matones de Majir.

»La gente hace cola, con un poco de suerte, sin morir congelada. Se les entrega un saco de carbón, dos hogazas de pan y una manta. Si es un buen día, puede haber carne o leche para los niños. Para disuadir el fraude se les toma el nombre y la dirección y se les firma una nota. Pero a veces, aun así, es necesario dar algún ejemplo.

Vallimir la miró con una ceja arqueada y Savine se encogió de hombros.

—No es propio de mí mostrar demasiada buena fe en la naturaleza altruista de la gente. Ahora tenemos menos altercados.

—Caridad a escala industrial —murmuró Vallimir—. Nunca fuiste muy de medias tintas.

—No. Pretendo poner en marcha una operación similar al otro lado del río, y necesito dejar la gestión de esta en manos capaces.

—¿Las mías?

—A no ser que estén muy ocupadas tallando juguetes. Estoy segura de que también daría buen uso a los talentos de tu esposa. La casa de mis padres ahora está llena de huérfanos. El trabajo es interminable y…

Dejó la frase en el aire, que se cargó de un silencio incómodo. Vallimir estaba estudiándola con una sana dosis de escepticismo.

—Leí ese panfleto, ¿sabes?

Los panfletos que habían circulado en el antiguo régimen ya eran bastante horribles. Algunos de los que circulaban en la actualidad superaban con mucho la calumnia y entraban de lleno en el terreno de la fantasía sórdida.

—Casi ni me atrevo a preguntarte cuál —dijo Savine, que ya empezaba a acusar el frío.

Vallimir se sacó del bolsillo un papel arrugado y con la tinta ya casi borrada. *La Bienamada de los Barrios Pobres*. Con aquel grabado de una radiante Savine dan Brock repartiendo monedas a los hambrientos mientras unos huérfanos le agarraban las faldas. Verlo le dio un poco de náusea.

—¿Qué te pareció?

—No pude evitar la conclusión de que eras una mentirosa de tomo y lomo.

Savine compuso una frágil sonrisa.

—Ni se me ocurriría negarlo.

—Así que tengo que preguntarte… qué ganas con esto. —Era comprensible, claro, dado que Vallimir la había conocido antes de Stoffenbeck. Antes de Valbeck. Costaba creer que solo hiciera un año y medio de aquello. Savine dan Glokta daba la impresión de ser una conocida de vista, apenas recordada, y sin demasiado aprecio —. ¿Hay algún beneficio oculto en este asunto?

Savine pensó en Zuri negando con la cabeza al repasar las cifras del libro.

—No de tipo financiero, puedes estar seguro.

—¿Buena voluntad, entonces? ¿Popularidad?

—A todos nos vendría bien un poco de buena voluntad en estos tiempos atribulados, pero calculo que podría lavar mi imagen por una fracción de lo que estoy gastando aquí.

—En ese caso, ¿a qué viene…? —Vallimir señaló a una mujer que salía torpemente del almacén con un saco de carbón y el bulto de su embarazo visible incluso a través de toda la ropa, con tres niños de alturas decrecientes siguiéndola como patitos a su madre, el último con una hogaza en las manos rosadas y dos brillantes franjas de moco bajándole por la cara—. ¿A qué viene todo esto?

¿A qué venía, en efecto? Savine inhaló una profunda bocanada,

casi dolorosa por el frío, y contempló las llamas del brasero.

—Es algo, como ya habrás adivinado, egoísta del todo. La verdad es que… el pasado es como una costra que no puedo dejar de rascarme. Pienso mucho en Valbeck. En la sublevación, y en lo que hice allí… y en lo que había hecho antes. En los niños que utilizábamos en nuestra factoría. Los niños… que te hice utilizar. —El fuego, la cola y la calle nevada se habían transformado en una titilante neblina al enfocar los ojos más allá—. También pienso en el campo de batalla de Stoffenbeck. En las tumbas. No te creerías… lo enormes que eran esas fosas comunes. La verdad es que… me pregunto si el Gran Cambio de verdad ha empeorado las cosas o si solo las ha empeorado para mí. ¿Hay más mendigos o lo que pasa es que ahora los veo por primera vez? ¿Era yo mejor en algo que la Jueza, cuando tenía el poder? ¿Era peor? La verdad es que… me despierto sobresaltada, en plena noche, segura de que los Quemadores por fin vienen a por mí, y sé… que lo merezco. —Savine carraspeó y se pasó un dedo enguantado por los irritados párpados inferiores.

»He empezado a pensar que podría estar bien… que el mundo mejorase en algo por mi existencia. —Curnsbick siempre le había dicho que tenía un corazón generoso y ella lo había considerado un bobo sentimental. Tal vez fuese solamente que lo había tenido escondido bajo todo el polvo de perla y la ambición. Escondido incluso de ella misma—. Resulta que… me siento un poco más liberada con cada marco que entrego. Ese… es el beneficio.

Arrancó la mirada de la cola y encontró a su antiguo socio observándola, con el panfleto aún en la mano, casi tan sorprendido por aquel momento de espontaneidad como ella.

—Si quieres echarme ahora el sermón, adelante —dijo con más brusquedad—. No me dirás nada que no me haya dicho yo misma. Que esto es una triste esponja para absorber los ríos de miseria que derramé en mi propio beneficio. Que es el súmmum de la hipocresía empalagosa. ¿Una mujer que esclavizaba a niños, repartiendo unos pedazos de carbón como si eso hiciese de ella una heroína?

Vallimir se quedó callado, con la boca entreabierta, quizá indeciso entre negarlo todo por cortesía y aceptar la evidente verdad.

Entonces se volvió hacia la cola, guardándose *La Bienamada de los Barrios Pobres* en el bolsillo del abrigo, y dio un humeante suspiro.

—Supongo que… es mejor regalarlo que quedártelo.

Y siguieron allí juntos de pie mientras caía la nieve, viendo cómo regalaban las hogazas.

—Han tirado al general Bell desde la Torre de las Cadenas —dijo Leo.

Un momento después Savine oyó el golpetazo de la pata tirada al suelo de cualquier manera mientras Leo apoyaba la espalda en las almohadas.

Savine hizo una mueca. No por pensar en la ejecución, sino por la naturalidad con que Leo hablaba de ella.

—Me he enterado.

—Jurand ha dicho al tribunal que deberían darme a mí su puesto.

Entró en el dormitorio y lo miró tendido en la cama a la luz de una vela.

—¿Y lo quieres?

—Aún no. Cuando llegue el momento. —Leo pareció sorprenderse de que estuviera sorprendida, aunque llevaban ya un tiempo arrojando a generales de la Torre de las Cadenas casi tan rápido como a los banqueros—. El mando del Ejército Popular, Savine. Podría ganármelos. Aunque he oído que están hechos polvo, eso sí. No tienen comida, ni suministros, ni moral.

—Podemos enviarles mantas. Casacas de invierno para los oficiales. Pan, a lo mejor. —Aún no se había acostumbrado a la forma que hacía el cuerpo de Leo bajo la colcha. A esa pierna y la extraña ausencia de la otra, como si fuese un truco de feria. Costaba trabajo apartar la mirada—. Que sepan que todo procede del Joven León. De un grupo de héroes a otro.

A Leo se le vio el hueco de los dientes al sonreír.

—Siempre sabes cómo dar lustre a las cosas.

Ojalá. Savine miró hacia el suelo, pensando en si habría modo de dar un mínimo de lustre a lo que tenía que confesarle.

—Hay una cosa… que necesito que sepas. Una cosa de la que

me enteré poco antes de casarnos.

Leo entrecerró un poco los ojos.

—¿Por qué no me lo dijiste entonces?

Sí que había cambiado. Antes de Stoffenbeck ni se le habría ocurrido preguntarlo.

—Debí hacerlo. Pero creí que nunca te enterarías. Creí que nadie se enteraría.

Él entornó más los ojos. Como un cliente cauto al sospechar que le están colando mercancías inferiores.

—¿Y alguien se ha enterado?

—Eso parece. Y podría contárselo a más gente. —Tragó saliva. Cada palabra le parecía un peso que tuviera que levantar—. Sé muy bien que los secretos rara vez se quedan enterrados.

—Así que has decidido que es mejor contármelo ahora que arriesgarte a que lo averigüe por mi cuenta. Excelente estrategia. No esperaba menos.

—Por favor, Leo.

—¿Qué clase de secreto es el que te preocupa?

La clase repugnante y potencialmente letal. Savine apretó los puños. Obligó a las palabras a salir.

—El rey Orso… y yo…

Leo le quitó importancia con un gesto.

—La dichosa Selest dan Heugen ya me contó que fuisteis amantes, ¿recuerdas?

—No es eso. —Bueno, sí, eso también, pero había muchísimo más. Todavía la conmocionaba decirlo. Todavía la repelía pensar en ello. Cerró fuerte los párpados, con los oídos acometidos del fragor de la sangre, y lo soltó de sopetón—. ¡Tenemos el mismo padre!

Silencio. Cuando abrió los ojos, Leo la miraba sorprendido. Desconcertado. Como si pensara que no lo había oído bien.

—Un momento…

—¡El rey Jezal y mi madre fueron amantes! Hace mucho tiempo. Antes de que lo coronaran, incluso. Y yo fui el resultado.

—¿Orso es tu hermano? —susurró Leo.

Ella torció el gesto.

—Sí.

—Por eso no me ahorcó.
—Tal vez. En parte.
Leo se reclinó y miró adusto el techo.
—Entonces… mi esposa…
Savine cerró los ojos de nuevo, con la cara ardiendo.
—Sí.
—¿Es la primogénita del rey Jezal?
—¿Cómo?
Que Savine se hubiera dedicado con entusiasmo a practicar el incesto no parecía habérsele ocurrido. O si lo había hecho, había otros aspectos del asunto que le interesaban mucho más.
—Nuestros hijos… son nietos del rey Jezal. ¡Por los muertos, Savine, nuestros hijos podrían ser los siguientes en la línea sucesoria!
No era miedo lo que había en su voz, ni repulsa. Era emoción. De algún modo, eso la preocupó incluso más.
—Pero ¿no te das cuenta…? —Se sentó en la cama y agarró nerviosa un puñado de colcha—. ¿No ves el peligro en que nos pone? ¿En que los pone a ellos?
—Por supuesto. —Leo le cogió la mano, con ojos brillantes a la luz de la vela—. Pero el peligro y la oportunidad suelen ir de la mano.
Savine clavó la mirada en él.
—Eso lo decía mucho mi padre.
—¿Cuál de los dos? ¿El Viejo Palos? —Leo se sentó al borde de la cama y recogió del suelo la pata de hierro—. No puede decirse que nos lleváramos bien. —Encajó de golpe el muñón en la oquedad acolchada y empezó a ceñirse las correas—. Pero nadie ha negado nunca que era un cabrón muy listo. No puedo quedarme aquí mano sobre mano, Savine. ¡Tengo trabajo que hacer!
Cogió el bastón y se levantó. Savine se quedó sentada en silencio, apretando los dientes, mientras él salía renqueando. Chasquido, golpe, gruñido. Chasquido, golpe, gruñido. Aquella combinación de astucia, saña, ardiente ambición y constante dolor distaba mucho de serle desconocida.
Había oído decir que toda mujer terminaba casándose con su

padre. Hasta ese preciso instante, Savine siempre se había considerado la excepción.

La buena obra

El sol poniente era un enorme manchurrón llameante alrededor de la Torre de las Cadenas, a través de la neblina invernal y el humo de los hornos, sobre los dientes rotos de la muralla semiderruida del Agriont. Habían renunciado a arrasarla, más o menos. Otro trabajo abandonado antes de terminar ni la cuarta parte, como la mayoría desde el Gran Cambio. La mayoría salvo el asesinato, al menos.

La plaza de los Mariscales había pasado a llamarse la plaza de los Mártires y su mar de losas tenía tallados a cincel los nombres de los Rompedores y los Quemadores muertos durante veinte años de purgas del Viejo Palos. Los martillos daban golpes, golpes, golpes todo el día añadiendo más. Centenares. Miles.

Salía menos gente a ver las ejecuciones que cuando la Jueza se puso al mando. Quizá estuviesen cansándose de la sangre. Desde luego estaban cansándose del frío. Hacía un frío del carajo allí fuera. Se veían nubecillas de vaho cuando los más furiosos chillaban insultos a los condenados.

Broad no encontraba mucho sentido a gritar a gente que ya podía darse por muerta. Pero estaba lo que no podía llamarse de otra manera que borracho como una cuba. Pasaba borracho como una cuba la mayoría del tiempo. Igual que había hecho en Estiria. Era la única forma de soportarlo.

Había una sociedad en miniatura, allí en la plaza de los Mártires. Todos los tipos de personas y todos los tipos que se aprovechaban de ellas. Lo normal sería que los aristócratas y los burócratas ni se acercaran, pero allí estaban también, con cintas rojas en el pelo de

las que habían sido damas y manchas rojas en la ropa de los que habían sido lores, aullando su odio a los condenados con más fuerza que nadie, como si eso pudiera salvarlos de ser los siguientes.

Habían llevado carros al Agriont y los habían abierto para montar improvisadas tiendas de recuerdos, tabernas al aire libre, puestos de comida. Algún cabrón con iniciativa había convertido una garita de guardia en casa de empeños, para que uno pudiera vender su reloj por la cuarta parte de su valor y subir derecho a donde habían abierto un burdel en la oficina de algún administrador, tirando al suelo las estanterías para crear escenarios obscenos, convirtiendo las mesas en camas, los sillones en fumaderos de cáscaras. El emprendimiento siempre se abría camino.

Broad dio un empujoncito al prisionero que tenía más cerca, para que no dejara de avanzar. Mantuvo cerrada la boca. Decir algo los animaba a decir también algo ellos, y lo último que querías era una conversación. Tenerla te recordaba que no eran objetos lo que estabas tirando desde una torre, sino personas. Dio otro sorbo de su petaca. Tenía que seguir bebiendo. Con regularidad, como debía ser. Se dejaba siempre una botella junto a la cama al irse a dormir, para poder empezar a beber nada más lograba zafarse de las pesadillas. Venía bien tener una rutina.

No dejaba de preguntarse a cuántos habría hecho cruzar la plaza de los Mariscales. Intentaba contarlos. Los había llevado de uno en uno al principio de los juicios, pero ya iban por parejas, tríos, cuartetos. «¡Venga ese triplete!», solía exclamar Sarlby. Iba abriendo la marcha, con la ballesta bajo el brazo. Trotaba casi con garbo de un lado a otro de la plaza, sobre los nombres de aquellos muertos. Antes era un buen hombre. Últimamente le faltaba un pedazo de sí mismo. A Broad no le cabía duda.

A veces le daba la sensación de tener solo dudas. Pero dudar no cambiaba nada. Dio otro sorbo. Cuanto más bebía, más le costaba llevar la cuenta. Cuanto más bebía, menos le importaban la inocencia y la culpabilidad. Cuanto más bebía, menos le molestaban sus llantos. Sus discusiones. Su puto razonamiento incesante. Un porrazo en la cabeza los silenciaba, cuando ya no podía aguantarlo.

Había pasado lo mismo con los prisioneros en Estiria. No había comida que dar al enemigo, así que… traed a Gunnar Broad. Hará lo que es necesario.

Y lo hacía. Vio a las familias congregadas allí, a la fría sombra de la Torre de las Cadenas, para decir su último adiós. Para mantener la esperanza de un indulto en el último minuto que nunca llegaba. Había una mujer envuelta en una manta, la cara toda roja y pelada por el frío, los ojos relucientes por las lágrimas. Se acercó con torpeza y se aferró al prisionero más cercano a Broad.

Se abrazaron. Se susurraron algo, sus frentes una contra la otra. Broad se preguntó qué habría hecho si fuesen Liddy y él. May y él. Tal vez lo averiguaría cualquier día. Si es que había algún tipo de justicia.

Dio otro sorbo y el licor le ardió en el irritado gaznate. Era como quitarse los anteojos de la mente. Lo emborronaba todo. Así no tenía que ver la cara de Liddy, ni la de May. No tenía que pensar en lo que dirían. No tenía que imaginarlas al lado de eso en lo que se había transformado. No tenía que temer lo que podría hacerles. Estar borracho lo facilitaba todo. ¿O sería tener algo a lo que culpar lo que lo facilitaba? Iba borracho, así que no pensaba bien. Iba borracho, así que no pude evitarlo. Iba borracho, así que no era yo en realidad, aunque cuando Broad iba borracho era más él en realidad que cuando iba sobrio. Nunca era él en realidad hasta que se emborrachaba.

Para ser sincero, era un hombre que lo destrozaba todo. Llevaba huyendo de eso desde Estiria, y lo único que había hecho era correr otra vez a lo mismo. Se decía a sí mismo que para Liddy y May lo más seguro era quedarse en Estiria y que él se quedara allí. Se decía a sí mismo que lo hacía por ellas. Era mejor que la alternativa. Que no lo hacía por nadie más que por él.

Los dos de la plaza se aferraron entre ellos con fuerza desesperada, intentando posponer de algún modo su última despedida. Broad notó el picor de unas lágrimas sentimentales al fondo de la nariz mientras los separaba, con las manos adormecidas de frío, adormecidas de alcohol. Pero aun así lo hizo.

—¡Te quiero! —exclamó la mujer mientras otro quemador la

apartaba y Broad empujaba al hombre hacia la Torre de las Cadenas.

«Te quiero.» Como si su amor fuese un cojín en el que el hombre pudiera rebotar cuando llegara al suelo congelado.

Entre la ira de la multitud, tenue desde el otro lado del muro roto del Agriont, llegaba el ruido de los perros. Tenían una sed de sangre distinta. Había manadas merodeando por las calles. Se habían vuelto casi tan salvajes como la gente. Y lobos y zorros también, atraídos desde el frío campo a la ciudad por un atisbo de fuego, un olisqueo de sangre. Se colaban entre la gente fuera del Agriont y llegaban corriendo a lamer el pringue a medio congelar en la base de la torre.

Broad se quitó las lentes para frotarse el caballete de la nariz con una mano temblorosa, pero incluso sin ellas podía olerlo. Incluso con el frío que hacía podía olerse a calles de distancia. El lugar de la ejecución. El lugar donde la larga caída dictaba su sentencia irrevocable.

Ya ni siquiera lo alteraba. Formaba parte de su jornada laboral, como fregar las cubas en la cervecería de Valbeck. Lo inenarrable hecho cotidiano.

Entregaron los presos a los Quemadores que esperaban al pie de la torre, que a su vez los metieron en el nuevo elevador de Curnsbick. Una maravilla de la era moderna. Dieron la señal, la maquinaria cobró vida con un traqueteo y la plataforma empezó a alzarse con una sacudida. Hacerlos subir por la escalera casi habría sido menos cruel.

Las familias lloraban y gemían, lanzaban besos al aire entre regueros de lágrimas, en un bosque de manos alzadas. Esposas y maridos, padres e hijos. Los condenados intentaban guardar la compostura. La misma escena agotadora de siempre.

Broad le dio la espalda. Cruzó con paso cansado las piedras cubiertas de escarcha hacia el Tribunal Popular. Sarlby iba silbando una cancioncita. Todas las caras que dejaban atrás estaban levantadas hacia arriba, con la luz de las antorchas bailando en sus sonrisas expectantes, el ocaso resplandeciendo en sus ojos ansiosos mientras esperaban a ver las motitas empezando a caer y

gozar de la sensación de ser, sin duda, quienes aún seguían vivos.

Dio otro trago. Era más fácil si estaba borracho, así que no dejaba de beber. Venía bien tener una rutina. La inocencia y la culpabilidad no habían supuesto ninguna diferencia en Estiria, ni tampoco la suponían allí. Tampoco era que hubiese nadie más culpable que él, ¿verdad? Pero no era él quien estaba cayendo, sino quien daba los empujones.

Lo único relevante era lo que dijera la Jueza. Era lo único que importaba a la gente de los bancos, a la gente de las galerías. Culpable, culpable, culpable. ¿Cómo iba Broad a discrepar? No era nadie especial. Desde el Gran Cambio, ser especial no era buena idea.

Se decía que no quería hacerlo, pero tenía miedo. Que era un cobarde. Era mejor que la alternativa. Que sí quería hacerlo, porque había un pozo de ira en su interior que no había manera de llenar. Prefería convencerse de que odiaba a la Jueza a reconocer que era igualito que ella.

Miró sobre los peldaños llenos de basura hacia el Tribunal Popular.

—Ya informo yo a la Jueza —dijo.

—Claro, hombre, ¿cómo ibas a perdértelo?

Chispas le estaba sonriendo. Le gustaba pinchar a Broad. Quizá por la paliza que Broad le había dado aquella vez en Valbeck. Había hombres que nunca aprendían.

—¿A qué ha venido eso?

—A que te tiene bastantes ganas y la Jueza suele conseguir lo que le gusta.

—Déjalo estar —gruñó Sarlby—. Broad es un buen hombre de familia.

—¡Perfecto! —La sonrisa de Chispas se había hecho burlona y dio unos empujones de cadera por si había alguien que no terminara de captar a qué se refería—. Mientras tienes a una familia allá arriba, en Angland, puedes empezar otra aquí y…

Broad agarró a Chispas por el cuello de la casaca y le estampó el puño en la cara. Luego lo levantó sobre un pedestal cuya estatua habían derribado de forma que sobresaliera el cuello por el borde

del bloque de piedra, le apoyó el pulpejo de la mano en un lado de la mandíbula y empezó a empujar.

Chispas intentó en vano asir las muñecas de Broad, le arañó el peto manchado de rojo, gimió algo entre un gañido y un siseo y se le desorbitaron los ojos mientras Broad le giraba el cráneo más y más.

—Debería arrancarte la puta cabeza —dijo Broad. No era una amenaza feroz. Solo una observación desganada. Aburrida, casi.

—Venga, Toro —intervino Sarlby—. Es capullo hasta decir basta, sí, pero si eso fuese delito, estaríamos todos para caer, ¿no?

Broad lo soltó y Chispas cayó del pedestal y se quedó arrodillado en el suelo, sacando burbujas sanguinolentas por la nariz, agarrándose el cuello.

—Estamos todos para caer —dijo Broad, y subió los peldaños del tribunal pisando fuerte.

Se dijo que había perdido el control un momento. Que se había detenido antes de hacer algo que lamentaría. Era mejor que la alternativa. Que había disfrutado de cada instante y que no lamentaría en absoluto haberle partido el cuello a Chispas.

La sesión del tribunal había terminado, las galerías estaban vacías y los pocos representantes que quedaban salían ya por el vestíbulo, cuyas paredes de mármol estaban manchadas por consignas pintarrajeadas en rojo, que se veían negras a la luz de las velas. Broad pasó entre ellos a empujones, fulminándolos con la mirada. Estaba con ganas de gresca. Siempre lo estaba.

Banderizo montaba guardia en la antesala, con una fea sonrisa en la cara y pintura roja por todas las mangas. No hacía mucho tiempo estaba apaleando a trabajadores para Savine dan Brock. Luego se había unido a los Quemadores y se dedicaba a apalear a aristócratas para la Jueza, disfrutando de su trabajo en igual medida. Lo más probable era que quien hacía daño a la gente para un amo no tuviera muchos reparos en hacerlo para otro. Un alfarero no necesitaba una causa grandiosa para moldear la arcilla, ¿a que no? ¿Por qué exigírsela entonces a un matón?

Broad pensó en darle un puñetazo en la cara. Pero era lo que pensaba al ver a todo el mundo en los últimos tiempos, más o menos. No se hablaron. No se saludaron. ¿Qué tenía que decir

ninguno de los dos?

—Hijoputa —mascullό Broad para sus adentros, y estuvo a punto de tropezar consigo mismo.

Cojones, qué borracho estaba, pero cojones, aún no lo suficiente. Habían sido sesenta y cinco desde el amanecer. Por si alguien se lo preguntaba. Al alba se habían ocupado de los veinte que condenaron la víspera, ya de noche. Se quitó los anteojos y se apretó el caballete. Lo apretó tanto que le dolió la nariz. Por lo menos en Estiria habían tenido un enemigo. Ahora el enemigo estaba por todas partes. El enemigo era todo el mundo. El enemigo era uno mismo.

—Un día duro.

La Jueza estaba en su silla, la misma en la que se había sentado Risinau, la que había ocupado el rey, la silla desde la que emitía sus juicios y dictaba sus sentencias, con un pie descalzo encima de la mesa maltratada a martillazos. Tenía una pipa de cáscaras en la mano y le dio una larga calada y exhaló una gran nube de humo dulzón que hizo que a Broad le picara la garganta, le dio ganas de toser, de vomitar, de arrancarse la cara con las uñas. La Jueza dejó caer la cabeza hacia atrás, estirando el largo y fino cuello, y Broad juraría que vio palpitar las gruesas venas.

—Estás sufriendo —dijo mirándolo de reojo.

—Estoy bien.

¿Había dicho eso? No sonaba nada propio de él. Estaba casi lo más lejos de bien que podía estar. Más lejos incluso que en sus tiempos de Estiria. Había prometido que no más líos. Pero si la vida le había enseñado algo, era que sus promesas no valían una mierda.

—Sesenta y cinco hoy —farfulló su boca.

—Mañana se nos dará mejor.

Cuando decía «mejor», ¿se refería a que matarían a menos gente? Broad tenía la horrible sensación de que se refería a matar a más.

Tenía la pipa en la mano tatuada. Apenas recordaba haberla cogido, pero la tenía. Le dio una calada tan fuerte como pudo, tan profunda como pudo, hasta que las cáscaras le llenaron los

pulmones y la cabeza, y cuando soltó el humo todo se embotó.

—No es fácil —dijo la Jueza—. Créeme, sé que no es fácil. —Estaban de pie al lado de la mesa. ¿Se había escurrido ella por debajo como una serpiente o había pasado él por encima?—. Pero si la buena obra fuese fácil, ya estaría terminada hace mucho.

Parecía como si sus ojos negros pudieran ver el interior de Broad. Como si vieran sus remordimientos y su horror y sus recuerdos oscuros. No había duda en aquellos ojos. Solo fuego. Solo certeza, más fulgurante que nunca. ¿O era él, reflejado en ellos?

—¿Sabes por qué me llaman la Jueza? —preguntó ella, y tenía los puños apretados y los labios retraídos, como si cada palabra le hiciera daño—. Porque si el mundo va a cambiar, alguien debe pronunciar el veredicto. Alguien tiene que enterrar los sentimientos y condenar el pasado a muerte. —Notó que la Jueza le ponía la mano contra el peto—. Y alguien tiene que ejecutar la sentencia. No porque queramos, sino porque tiene que hacerse y nosotros estamos a la altura de la tarea.

Estaban solos en aquel espacio inmenso, solos con los bancos vacíos y las galerías vacías y las consignas vacías, y la oscuridad les enviaba de vuelta los ecos de sus susurros.

—No se nos dará las gracias. No se nos concederá el perdón. Nadie va a hacerlo. Y nosotros, quienes menos.

Podría matarla allí mismo. Agarrar ese cuello flaco y lleno de sarpullidos y estrujarle la vida. Machacarle la cabeza contra la mesa, regar las losas con su sangre, como quien aplasta un escarabajo. Podía poner fin a aquella locura.

Pero lo único que hizo fue quedarse plantado. Se dijo que era un cobarde. Era mejor que la alternativa. Que había algo en ella a lo que no podía resistirse. Algo que anhelaba como un borracho anhela la botella, sabiendo que es mala para él, mala para todos, pero sabiendo que no es capaz de detenerse.

—Nosotros tenemos que llevar esa carga —susurró la Jueza—. Por esos nombres que hay fuera tallados en la piedra. Por quienes dieron todo lo que tenían. Por quienes vendrán después de nosotros.

La Jueza entornó los ojos, y subió una mano, y Broad se quedó

allí callado y borracho mientras le quitaba los anteojos de la nariz, mientras el Tribunal Popular se reducía a unos puntidos de luz con aureolas en una enorme penumbra emborronada y con olor a cáscaras.

—No veo tres en un puto burro —murmuró.

—Quizá sea mejor así —susurró ella, su aliento cálido en la cara de Broad y oliendo a licor—. Quizá sea el momento de dejarte llevar.

Lo agarró. ¿O la agarró él a ella? Estaban besándose, de todos modos, si es que aquello podía llamarse besar. Demasiado fuerte, demasiado violento, demasiado doloroso. Gruñendo y mordiendo. Como si estuvieran devorándose.

Trató de apartarla. ¿O la apretó más contra él? La aferró. Le rasgó la ropa ya rasgada, se enredó los puños en los jirones del viejo vestido raído y se llenó la nariz de aquel olor a humo acre que tenía. La deseaba más de lo que nunca había deseado a nadie. La odiaba más de lo que nunca había odiado a nadie. Excepto a sí mismo, tal vez.

La tenía agarrada por la docena de cadenas que llevaba al cuello, y ella a él por el cinturón que estaba abriendo con una mano, la otra arañándole la cara con fuerza, la mandíbula despiadada, su pulgar hundido en la mejilla, obligándolo a bajar la cabeza hacia ella, obligándolo a bajar el cuerpo sobre ella. Broad quería que le hiciera daño. Los pies descalzos rodeándole el culo desnudo, impidiéndole soltarse, y él le subió de un manotazo la falda por encima del tratado que llevaba tatuado en el muslo, y la Jueza tiró de su cara hacia ella, tan cerca que le distinguió el fuego reflejado en los ojos.

—Eres mío —le susurró en la cara—. Eres mío.

Y se dieron dentelladas y se gruñeron como dos gatos apareándose.

Broad había prometido que no más líos, y allí estaba follándoselos, o dejándose follar por ellos, quizá, en el suelo de la Rotonda de los Lores. O como la llamaran ahora.

Estaba llorando mientras lo hacía, tal vez. Por lo menos al principio.

Pero no por ello dejaba de estar haciéndolo.

Del mundo un campo

La procesión emergió de entre la tenebrosa nevada. Los Quemadores caminaban en fila de a diez con su ropa manchada de pintura, su armadura salpicada de rojo, todos ellos con antorchas en alto que derramaban la cruda luz en sus rostros demacrados. Todos los demás tenían que apartarse de su camino, apretarse contra los edificios y los portales. Hasta Vick y sus alguaciles y sus prisioneros.

Ahí llegaba el féretro, a hombros de ocho mujeres que parecían heladísimas en sus vestidos blancos con el borde manchado de aguanieve. Todo daba una sensación de antigüedad, como si el cortejo fúnebre del gran Juvens hubiera salido desfilando de las páginas de un libro de cuentos para pasar por delante de ellos.

—¿Quién va en el ataúd? —gruñó Vick.

—Un quemador. He oído que lideró la revuelta en Keln. —Sebo miró alrededor y se acercó para susurrar—: Dicen que lo mataron los monárquicos, pero era un moderado.

—¿Qué significa eso? —El extremismo de la semana anterior era la moderación del presente. La semana siguiente pasaría a ser colaboracionismo.

—Se rumorea que la Jueza se ha deshecho de él. Dicen que está ebria de sangre. Que la ha vuelto loca.

—Para volverte loca, antes tienes que haber estado cuerda.

Vick vio que la comitiva desaparecía bamboleándose en la nieve hacia el Mausoleo del Gran Cambio, que no estaba ni a medio construir junto a las Cuatro Esquinas, el lugar donde sepultaban a los héroes de los Rompedores y los Quemadores.

—¡Andando! —gritó.

Cruzó con paso trabajoso la nieve a medio derretir y la muchedumbre y el aire gélido, dejó atrás una gran pira de libros ardiendo que dejaba escapar alguna página en llamas a la noche y descendió por el resonante túnel de entrada al Agriont.

En la avenida que antes se llamaba la vía Regia habían reemplazado las estatuas. O por lo menos habían reemplazado sus caras, sus manos, su ropa. Unas modificaciones chapuceras habían transformado a los reyes y consejeros de los últimos siglos en mineros, albañiles, granjeros, mujeres maternales. Héroes del pueblo llano. Allí estaban los planes de Risinau, realizados burdamente, con poses torpes, algo doliente y acusador en sus semblantes tallados apresuradamente.

—Joder, qué frío hace. —Sebo se abrazó el pecho y siguió parloteando vaho a la penumbra del atardecer—. Mi hermana tiene hielo dentro de la ventana. Se pasa la mitad del día haciendo cola. Para el carbón, para el pan, para la carne. Cuando por fin le toca, lo mismo se les ha terminado ya. Había un lunático en la esquina que estuvo toda la noche gritando «Larga vida al rey», predicando que Harod se levantaría de la tumba y traería el orden, y que el propio Bayaz estaba volando hacia la ciudad a lomos de un águila gigante para nombrar un nuevo Consejo Cerrado.

—Ojalá viniera un águila gigante —murmuró Vick—. Podríamos comérnosla.

Pasaron por delante del Tribunal Popular, en cuyas ventanas aún ardía la luz. Estaban juzgando a la gente ya por docenas, hasta el ocaso y más allá, mezclando a aquellos contra quienes había pruebas con otros contra quienes no las tenían, como si sus casos estuvieran relacionados, de forma que la culpabilidad de uno salpicara a los demás y se los llevara a todos a pique, como nadadores encadenados entre ellos. Los únicos que salían absueltos eran los que denunciaban en abundancia. Los que denunciaban a cualquiera, a sus amantes, sus padres, sus hijos.

El Pabellón de la Pureza estaba a rebosar de banqueros y oficinistas. A los detenidos por los Quemadores que esperaban juicio acusados de traición al Gran Cambio, a los sospechosos de

conjuras aristocráticas, de conspiraciones extranjeras, de maquinaciones monárquicas, tenían que embutirlos en algún otro sitio. Habían transformado en prisión la Fortaleza de los Mensajeros Reales, y luego los edificios amurallados del Tesoro. Las familias deambulaban por los patios suplicando saber dónde retenían a sus seres queridos, se congregaban en la nieve al otro lado de las ventanas con los niños subidos a los hombros para que pudieran entrever a papaíto.

—He oído que están organizando más tribunales —dijo Sebo.

—Supongo que la Jueza no puede dictar las condenas a muerte lo bastante rápido ella sola.

—Quieren abrir uno en cada distrito de Adua.

—¿En todos los distritos?

—Y en cada ciudad de Midderland. Tres en Keln, dos en Valbeck. Dicen que habrá que establecer más cuando por fin lleven ante la justicia a Forest y sus monárquicos. Están nombrando a magistrados nuevos para juzgar todos los casos. He oído que les pagan por condena.

—Joder —susurró Vick.

—También hay nuevos lugares de ejecución.

—Supongo que les harán falta.

—Intentaron usar el campanario de la antigua sede del Gremio de los Especieros, pero… bueno, no era lo bastante alta.

Vick hizo una mueca.

—Joder.

—No morían todos al caer. Tuvieron que poner a un quemador al pie del campanario con un pico para rematar a los pobres desgrac…

—Ya, ya, Sebo, me hago una idea.

Las cosas estaban mal de verdad si una hija de los campos de prisioneros encontraba demasiado sombría la vida en la capital. La mente de Vick vagó de vuelta hacia allí. Hacia los campos. Hacia su padre, tosiendo sangre en aquel frío invierno. Vick había intentado hacerse con una manta a cambio de algo, trabajar por un saco vacío, robar una pizca de carbón, pero nunca era suficiente. Su madre se había consumido hasta quedar en nada. Al final estaba tan flaca que se le veían los huesos. Oyó los chillidos de su

hermana detrás de ella en la mina, mientras el agua de la riada inundaba el túnel.

Vick se detuvo en la nieve y miró cómo los alguaciles guiaban a la última remesa de presos por la plaza de los Mártires.

—Esperaba que esto pudiera mejorar —masculló—, pero está empeorando.

Sebo saltó de un pie al otro para calentarse.

—Eso podrías haberlo dicho en cualquier momento desde que nos conocimos.

—¿Así te consuelas? ¿Pensando que aún no hemos tocado fondo? Ahora mismo la Jueza tiene más poder que el que tuvo jamás el rey. Hasta Harod el Grande respondía ante Bayaz. La Jueza solo responde ante el fuego. No se quedará contenta sin haberlo quemado todo hasta los cimientos.

—Ni siquiera entonces, diría yo. —Sebo echó una mirada hacia otro penoso grupo de presos a los que llevaban encorvados por la nieve—. Pero deberías bajar la voz.

—Se suponía que esto iba a liberarnos a todos. Y lo único que hemos hecho es convertir el Agriont entero en una cárcel. —Vick bajó la mirada torva a los nombres tallados en piedra bajo sus pies, atisbados bajo el aguanieve. Se preguntó si el de Sibalt estaría por allí en alguna parte. Recordó estar tumbada en su estrecha cama, hablando de cómo iban a cambiar el mundo. Entonces ya sabía que eran solo sueños. Pero sueños bonitos, por lo menos. ¿Aquel era el mundo mejor por el que Sibalt había muerto?—. Hemos hecho de la ciudad entera un campo de prisioneros. De la Unión entera.

—Siempre dices que hay que estar con los ganadores.

Una prisionera se salió de la fila, las cadenas de sus tobillos tintineando, las manos envueltas en harapos agarrando el aire. Vick se preparó para darle un puñetazo. Estuvo a punto de hacerlo. Pero lo único que quería la mujer era poner algo en las manos de Vick. Un papel doblado.

—¡Tienes una cara amable! Llévale esto a mi hija, por favor.

—Ven aquí —gruñó un quemador, agarrándola por debajo de los brazos sin mezquindad, sin gentileza. Igual que un pastor agarraría una oveja—. Lo siento, inspectora.

—¡Por favor! —sollozó la mujer mientras el guardia se la llevaba.

Vick sabía que no tenía nada parecido a una cara amable. Una bolsa de cinceles era lo que le venía a la mente cuando se miraba al espejo. La mujer le había dado la carta a ella, y no a Sebo ni a nadie más blando, porque parecía una persona resolutiva. La desdobló, con dedos fríos y torpes incluso bajo los guantes.

—¿Qué pone? —preguntó Sebo.

No había poesía en el texto, garabateado en un trozo de envoltorio de vela con un pedacito de carbón de un fuego muerto. Era solo todo su amor, y sus mejores deseos, y sigue adelante, y no me olvides. Vick cayó en la cuenta de que no tenía ni idea de a quién llevarla. Ni idea de quién había sido la mujer. Podría haber sido cualquiera. Casi podría haber sido la propia Vick. Solo que ella no tenía nadie a quien escribir una carta.

—Pone que adiós. —Arrugó el papel cerrando el puño—. Lleva a los prisioneros donde toque.

Dio media vuelta y se marchó a zancadas por donde habían venido, aplastando con las botas sus propias pisadas, que ya estaban volviéndose de un blanco sucio con la nieve recién caída.

Al parecer, el Gran Cambio había sido casi tan duro con los espías estirios como con todo el resto de gente. El laberinto de tenebrosos sótanos bajo el letrero de la mujer pez recordó a Vick a las minas de Angland más que nunca. No solo estaba bajo tierra, sino también helado, con charcos de gélida aguanieve procedente de las calles de arriba en los rincones.

No había música. No había nadie bailando. Pocos clientes de ningún tipo. El tabernero estaba en el mismo sitio que en su anterior visita, con el mismo impresionante surtido de bebidas detrás, pero en muchas botellas apenas quedaban restos. Bien mirado, parecía una buena metáfora del lugar al que los había llevado el Gran Cambio. Las mismas botellas. Pero vacías.

—Victarine dan Teufel honra mi local con su presencia por segunda vez —dijo el tabernero, enarcando una ceja anaranjada.

—Ahora ya no hay «dan» que valga, ¿recuerdas? ¿Dónde está tu

mono?

—De baja por enfermedad.

—Qué pena. De vosotros dos, era mi preferido.

El tabernero sonrió.

—La mayoría de mis parroquianos coincidiría contigo.

—¿Te queda algo de ese meado que me serviste la última vez? ¿Cómo se llamaba?

—Espafene, y me temo que no. El abastecimiento, entre el tiempo y la política, es una pequeña pesadilla. Conseguir pan rancio al final de la calle ya es toda una suerte. Para conseguir licor de Jacra haría falta un hechicero. —Pasó la mano por las botellas y sacó una. Colocó un vaso delante de Vick y lo llenó un dedo—. ¿Qué tal si pruebas esto?

Vick hizo una mueca al saborearlo.

—Caray, sí que es dulce.

—A veces necesitamos un reto. A veces necesitamos consuelo.

—¿Tan mal me ves?

—Te veo bastante mejor que a la mayoría en Adua.

Vick bebió de nuevo.

—Sí que estoy mal, entonces. Supongo que a nuestra amiga común de Talins, la mujer a la que le llegan todos los susurros, no le apetecería interceder en los asuntos de esta orilla del mar Circular, ¿verdad? ¿Ayudar a poner fin a este… caos? ¿Hacer que el licor vuelva a fluir?

El tabernero le dedicó una sonrisa apenada.

—No nos rebajaría a ninguno de los dos haciendo tal sugerencia a nuestra amiga común. Su ama, no nos olvidemos, no es la gobernante más espléndida del mundo ni en sus mejores momentos, y está sumamente encantada con que haya caos en esta orilla del mar Circular. Dicen que las noticias le provocan risitas a diario mientras desayuna.

—No tenía a la Serpiente de Talins por una risitas.

—Ni tú ni nadie hasta ahora.

Vick movió el vaso vacío hacia él. Al igual que la mayoría de las bebidas, aquella mejoraba con el tiempo.

—Ha sido un poco optimista por mi parte, lo reconozco. Por no

decir desesperado.

El tabernero le sirvió otro dedo de licor.

—En nuestro negocio no hay lugar ni para el optimismo ni para la desesperación.

Vick levantó el vaso.

—Por el pesimismo y las cabezas frías.

—Por eso puedo brindar. —Y el tabernero subió otro vaso a la barra—. La Unión, me temo, ya es un caso perdido. Este Gran Cambio es una fiebre que tiene que quemarse sola. Pero tú siempre me has parecido una mujer dispuesta a salvarse. —Vick dejó de beber para observarlo sobre el borde del vaso—. Si decidieras que Adua ya no tiene ningún encanto para ti… —Miró el sótano desde la bóveda hasta el suelo—… lo cual sería absolutamente comprensible… supongo que nuestra amiga común aún te recibiría con los brazos abiertos.

—En Talins es primavera, ¿eh?

—Solo por el clima ya merecería la pena el viaje. Llega un momento… —Se tragó la copa entera y golpeó el vaso vacío contra la barra—. Llega un momento en el que hay que marcharse.

Vick asintió despacio. No sería la primera vez que se marchaba. Se había salvado en los campos de prisioneros, al fin y al cabo. Y en Rostod, durante la rebelión. Y en Valbeck, durante la sublevación. Se había salvado, aunque no salvara a nadie más.

Lo cierto era que no la echarían de menos. Ya se había asegurado de ello. Nunca te quedes en un lugar del que no puedas irte sin mirar atrás. Nunca poseas nada que no puedas abandonar. Nunca hagas un amigo al que no puedas dar la espalda. Lleva una vida que no deje marca. Pensó en ello como si fuese la primera vez. En toda la gente a la que había engañado, traicionado, dejado atrás, y se preguntó si una vida que no dejase marca era una vida en absoluto.

No había ido allí buscando una salida. En realidad, no. Había ido a probarse una y ver cómo le quedaba.

—No es que no me tiente. —Pensó en aquella última mirada en el rostro de su hermano, antes de que se lo llevaran. En las últimas palabras de Sibalt antes de apuñalarse a sí mismo en el cuello—.

Pero llega un momento… —Apuró el vaso y lo dejó en la barra—. Llega un momento en el que hay que alzarse.

—¿Adónde vas?

Vick hizo rodar una moneda en la barra y se marchó sin mirar atrás.

—Con los perdedores.

Mejor que la carnicería

Orso despertó por el estrépito de la porra del cabo Halder contra los barrotes de su bodega. Prefería con mucho llamarla «bodega» que «mazmorra». El lugar estaba pensado para almacenar vino, a fin de cuentas, aunque el propósito que estaban dándole en esos momentos fuese, había que reconocerlo, más bien mazmorril.

—Arriba, majestad —gruñó Halder.

Orso suspiró, apartó los harapos a los que prefería llamar mantas y bajó los pies al suelo húmedo.

Cojones, qué frío hacía allí abajo. Pero es que hacía frío en todas partes. A Orso le producía un placer perverso soportar las mismas condiciones que debían de estar sufriendo los menos afortunados de entre sus súbditos. Antes tenía muchos privilegios y muchos remordimientos. Se notaba mucho más liviano sin nada de eso encima.

Hildi había estado atareada limpiando su otra camisa. Con agua fría, claro, dado que no había ninguna otra. Estaba colgándola a secar con pinzas cerca de los barrotes. La colada ya se había congelado allí un par de veces y la tela se volvía rígida como el cartón helado.

—Apártate de la puerta, chica —ordenó Halder con las llaves en la mano.

Orso lo distrajo desperezándose con ademán ostentoso.

—¿Sabes? Mi madre pasó años buscándome una prometida que superara mi listón, pero nunca pudimos hallar el equilibrio adecuado entre belleza excepcional, estirpe impecable, intelecto penetrante,

elegancia etérea, diplomacia sutil y paciencia ilimitada. —Se puso una mano en el pecho—. Si te hubieras presentado allí en esa época, cabo Halder, quizá a estas alturas ya habría un heredero real o dos.

Halder lo miró con aquellos ojos de gruesos párpados.

—Te crees un hijo de puta muy gracioso, ¿verdad?

—La risa es balsámica en los tiempos difíciles. Lo hago por tu bienestar.

—En el sitio al que vas, nadie se ríe.

—¿Qué significa eso? —preguntó Hildi, frunciéndole el ceño.

—Reclaman la presencia de Su Majestad. —Halder abrió la puerta de barrotes.

—Mierda. —Orso se acomodó con toda la despreocupación que pudo contra la columna mojada del centro de la bodega—. ¿De verdad tengo que abandonar mis aposentos?

—Eso me temo.

—Que la cocinera tenga mi ágape matutino preparado a mi regreso, Hildi.

Y salió con paso ostentoso de la celda. Sabía cuánto repateaba a sus ujieres que lo hiciera. Prefería con mucho llamarlos «ujieres» que «carceleros».

No se había dado cuenta de lo calentito que estaba bajo el palacio hasta que salió al aire libre.

—¡Aquí fuera hace un frío que pela! —respingó.

Los jardines estaban congelados, hasta la última rama del último árbol resaltada con una línea de nieve, las cañerías llenas de brillantes témpanos, los montones de hojas caídas de la enredadera que cubría el palacio destellando por la escarcha. Quizá lo hubiera encontrado hermoso en caso de ir mejor vestido, pero incluso llevando puesta toda la ropa que poseía, el aire gélido era cortante. No sabía muy bien si echarse el aliento en las manos o metérselas en los sobacos. Optó por soplarse la izquierda mientras se guardaba la derecha e ir alternándolas cada pocos pasos.

—¿Adónde vamos, por cierto?

—Ah, te encantará —respondió Halder, con una mirada de soslayo que sugería que no.

Tampoco era que a Orso le hubiera gustado mucho nada de las últimas semanas. Antes del Gran Cambio solía bromear diciendo que ser el gran rey de la Unión era el peor trabajo del mundo. Tras el Gran Cambio, ni siquiera era broma. Había oído que estaban vendiendo orinales con su cara al fondo. En otros tiempos las damas de Adua habían competido por meterse en su cama. Ahora hacían cola para cagarse en él. Y ni siquiera podía decir que no lo mereciera.

Nevaba sobre el parque. Eran solo manchas y motas sucias contra el fondo de la Casa del Creador, que se veía silueteada en la neblina invernal. Aquello estaba casi vacío. Figuras solitarias bamboleándose en los gélidos senderos, con volutas de vaho saliendo de sus caras. Un par de niños, con una escasez de ropa que resultaba absurda para el tiempo que hacía, se perseguían entre ellos dejando espirales de huellas, con las manos y las caras rosadas, recogiendo nieve del suelo y arrojándola. No eran tanto bolas de nieve como inútiles lanzamientos de reluciente polvo. Sus risitas resonaron mientras caían juntos a la blancura.

—Es bueno ver que alguien se divierte —murmuró Orso.

Deseó poder unirse a ellos. Sobre todo cuando su destino se hizo evidente. Habían pasado a llamarlo el Pabellón de la Pureza, cómo no, pero su aspecto no era más reconfortante que antes. La misma fachada plomiza y casi sin ventanas. Los mismos guardias, prisioneros, preguntas. Hasta los delitos venían a ser los mismos. Lo único que había cambiado era el sentido de la traición.

Orso había ido de visita varias veces, para desagradables entrevistas con el archilector Glokta, pero nunca antes había tenido motivos para bajar al sótano. Imaginó que las entrevistas llevadas a cabo allí abajo serían mucho más desagradables aún. Era tan lóbrego y frío como un almacén de hielo. No era un lugar evocador. Daba una sensación práctica y barata, y olía a humedad.

Halder llamó a una pesada puerta con refuerzos de hierro. Orso se preguntó cómo reaccionaría a la tortura. Mal, sospechaba. ¿Quién reaccionaba bien? ¿Y qué posible preparación podía haber sido una vida de consentida indulgencia, al fin y al cabo, para el dolor aplicado con despiadada experiencia? Cerró los ojos,

intentando hallar aquella relajada valentía que de algún modo lo había embargado en Stoffenbeck.

—Adelante.

La sala era una caja blanca y austera, de yeso moteado de moho en una esquina. Había algo parecido a un manchurrón de sangre mal lavado en una pared mal encalada.

Había una mesa maltrecha con dos sillas maltrechas. Una estaba desocupada. En la otra, observándolo fría con aquellos ojos duros que nunca revelaban nada, estaba la inquisidora Teufel. O la inspectora jefe Teufel, supuso Orso. Todo el mundo tenía un título distinto a antes del Gran Cambio. Bueno, tampoco todo el mundo. Él conservaba su título, pero significaba lo contrario.

Teufel alzó la mirada hacia Halder.

—Puedes retirarte.

—Creo que es mejor que me quede.

En la frente de Teufel se marcó la hermosa simetría de unas arrugas cuando frunció el ceño.

—¿Cómo te llamas?

Orso deseó ser capaz de inquietar a aquel hombre con tanta facilidad.

—¿Para qué quieres saberlo?

—Para poder informar al comisario Pike de quién interfiere en su trabajo.

Se oyó a Halder tragando saliva mientras oscilaba la nuez en su cuello.

—Esperaré fuera.

Y cerró la puerta con toda la delicadeza del mundo al salir.

—¡Inspectora jefe Teufel! —exclamó Orso—. Qué sorpresa tan encantadora, y qué uniforme tan cautivador. Hasta ahora ha sido una excursión de lo más placentera, debo decir. ¿Vamos a recorrer todos los sótanos del Agriont? Seguro que son kilómetros y kilómetros de…

—He encontrado una carta, majestad. En vuestro pan.

Hubo un breve y muy incómodo silencio. Orso se esforzó por mantenerse animado a pesar del abismal pozo de pánico que acababa de abrirse bajo su silla.

—Sí que debes de estar pasando apuros si me robas el pan, inspectora, porque es en verdad espantoso.

—Todos pasamos apuros. —Teufel le acercó un papelito manchado, muy parecido a los que Hildi había estado llevándole desde la visita de Tunny a su desván—. Los traidores monárquicos están haciendo sufrir al Ejército Popular, allá en el este de Midderland. Y por lo que he leído, parece que vos estáis en contacto con el mariscal Forest.

Y ahí acababa todo. Orso había tenido muchas ganas de borrar de la cara de la Jueza aquella sonrisa asesina, a ser posible por medio de una caída desde la Torre de las Cadenas, pero pensó que las probabilidades de que lo descubrieran siempre habían sido altas.

—Le he dicho que desista, pero ya sabes lo difícil que es parar los pies a un admirador cuando ya tiene el bocado entre los dientes.

—Desde luego. Yo vivo acosada por los muy cabrones. —Desdobló la carta muy despacio y desvió la mirada de la escritura a la cara de Orso. ¡Joder con esos ojos! A la hora de ocultar secretos, y de desenterrarlos, Orso no podía estar más superado, y lo sabía bien—. Parece que Forest y sus monárquicos quieren devolveros al trono. Parece que también mantienen contacto con vuestra madre y vuestra hermana en Sipani. Parece que han estado enviándoos mensajes a través de vuestra sirviente…

—¡Asumo toda la responsabilidad! —exclamó Orso, con demasiada ansia y seguramente muy poco sentido común, pero cuando la seguridad de Hildi estaba en entredicho se terminaban las bromas—. Mi sirviente no sabía nada de… ninguna conspiración para…

Teufel tenía una mano levantada para detenerlo. Miró furiosa hacia abajo, con los dientes desnudos, como haciendo acopio de valor para una tarea molesta. Orso no quería ni imaginarse qué clase de amenazas, chantajes o torturas podrían hacerla titubear así. La mujer dio unos golpecitos con una uña mordida en la rayada mesa, testigo de vete a saber qué horrores bajo el antiguo régimen y el nuevo, y por fin alzó la mirada hacia él. Cuando habló, su voz había adoptado una sorprendente suavidad.

—Forest no es el único a quien le gustaría ver la monarquía

restaurada.

Orso había estado preparándose para casi todo excepto eso.

—¿Ah, no?

—No. —Teufel estudió a Orso un momento más—. Esta locura ya ha durado bastante. Demasiado. Hay que detener a la Jueza. —Encogió los hombros con resignación y los dejó caer—. Y dado que no va a hacerlo nadie más…

Orso sintió una oleada de alivio que estuvo a punto de aflojarle las entrañas.

—¿Tienes intención… de ayudarme?

—Muy a mi pesar. La verdad es que, por lo visto hasta ahora… vos sois la mejor posibilidad que tiene la Unión.

—¿Crees… que yo…?

Orso notó que se le ensanchaba la sonrisa por toda la cara. Una sensación que llevaba sin experimentar bastante tiempo.

—No os entusiasméis, majestad. Estoy diciendo que sois mejor que la carnicería, la hambruna y el caos.

—Para ser sincero, es lo más parecido a una alabanza que he oído desde hace meses. —Y no procedía de una fuente muy dada a los cumplidos. Orso se irguió ansioso hacia delante—. ¿Cómo planeas hacerlo? —Teufel le parecía la clase de persona que no se levantaba de la cama sin tener tres o cuatro planes sólidos en mente —. Es decir… ¿tienes un plan?

—No con buenas posibilidades de éxito. Pero se me ocurren unas cuantas personas a las que podría ser factible atraer a vuestra causa. Con los incentivos adecuados. Las amenazas adecuadas. Los sobornos adecuados.

Orso se palpó los pantalones.

—No llevo mucho encima ahora mismo. De hecho, tengo una deuda monstruosa con mi ayuda de cámara. No te haces una idea de lo que cuesta una camisa en estos…

—Cuatro asientos en el Consejo Cerrado.

Orso levantó las cejas.

—¿Quieres tumbarte usándolos todos?

—Quiero venderlos.

—Cuatro asientos son un precio alto.

—Yo diría que es bastante bajo, dado que ahora mismo no tenéis ni uno solo.

Orso hizo un mohín pensativo.

—Tengo una caja vieja para sentarme, en realidad. Hildi y yo la llamamos el trono. Cuando tengo el día benevolente, dejo una esquina para ella. Estaba pensando que, cuando se restaure la monarquía, podría hacerla llevar al salón del auténtico trono. Para que me mantenga humilde.

Se preguntó si quizá habría provocado un atisbo de sonrisa en la comisura de la inflexible boca de Teufel.

—Os vendría bien un poco de ayuda en ese aspecto.

—Y en todos los demás, seamos sinceros.

—Entonces, ¿cuento con vuestro permiso? ¿Para hacer ofertas?

—¿Puedo preguntar a quiénes?

—Creo que sería mejor que no lo supierais.

—¿Vas a hablar con mis enemigos?

—Si sale bien, tendréis menos enemigos y más amigos. ¿No es lo que quiere todo el mundo?

Orso se quedó sin hablar un momento. Tenía frío. Estaba exhausto. Y sospechaba que la Jueza no tardaría mucho en sacarlo de su jaula en el Tribunal Popular y subirlo al banquillo de los acusados. Necesitaba confiar en alguien y, la verdad, si Victarine dan Teufel quisiera traicionarlo, había tenido oportunidades clarísimas en el pasado, y con mucho más que ganar.

—Tienes mi permiso, para esto y para cualquier otra cosa. Puedes hablar con mi plena autoridad, por poca que quede. Y permíteme decir, por una vez siendo franco, que no hay nadie a quien preferiría tener en mi bando. Desde que te conocí, siempre me he sentido seguro en tus manos, inquisidora Teufel. O… ¿inspectora Teufel? ¿Tal vez…?

—Vick. —Apretó el puño contra la mesa, respiró hondo por la nariz y exhaló un suspiro—. Si nos vamos a ir a pique juntos, llamémonos por el nombre de pila, ya puestos.

—Muy bien, Vick. No me cabe duda de que hay una buena dosis de interés propio en esto, y una dosis más grande aún de bien común, pero a título personal… —Se echó más hacia delante y puso

la mano encima de la de ella—. Querría agradecerte con toda mi alma tu lealtad.

Vick tuvo una extraña contracción en la cara al oírlo, y se quedó mirando la mano de Orso en la suya y tensando los músculos de la mandíbula casi con furia. Por un minúsculo instante, Orso tuvo la estrambótica sensación de que estaba a punto de llorar. O quizá de darle un puñetazo en la cara. Serían unas reacciones extrañas, en cierto modo, al sentido agradecimiento de su monarca. Pero al final lo único que hizo fue asentir con brusquedad, sacar la mano de debajo de la de Orso y frotarse el dorso con la otra como si el contacto la hubiera quemado.

—¡Hemos terminado! —gritó hacia la puerta.

Cuando se abrió y entró Halder con grandes zancadas, Vick ya no tenía aspecto de haber derramado una lágrima en su vida. Torció el labio mirando a Orso con un desprecio interpretado a la perfección. O él esperaba que fuese interpretado, al menos.

—Este puto idiota no sabe nada —dijo.

Cuestión de tiempo

—Un poco más hacia… Eso es.

Subió a horcajadas a la pierna buena de Leo, se frotó contra ella, le besó la boca con delicadeza, le cogió la mano y la llevó arriba por su costado mientras metía los dedos bajo la camisa de dormir y empezaba a masajearlo para que cobrara vida.

—¿Esto es otra obra de caridad tuya? —preguntó él.

En el pasado, no hacía tanto tiempo, Savine habría respondido a eso con un bofetón. Y él habría ahogado un grito de dolor y con los ojos habría pedido que lo abofeteara de nuevo. Cuando Leo estaba entero y fuerte como un león, cuando habría podido arrojarla al otro lado de la alcoba con un movimiento de muñeca, hacerle daño habría sido un acto atrevido, emocionante, una apuesta embriagadora.

Ahora, tan tullido y tan vulnerable, la idea de pegar a Leo le daba ganas de vomitar. Ahora, mirándolo a los ojos, le pareció ver una especie de odio hacia ella. Una envidia herida. Imaginó que Leo la culpaba por cómo habían salido las cosas casi tanto como se culpaba ella misma. Y supuso que le encantaría arrojarla al otro lado de la alcoba, solo para demostrar que aún podía.

En el pasado, no hacía tanto tiempo, había sido casi demasiado suave con ella. Ahora la estaba aferrando con su única mano, apretando, tirando y aplastando y retorciendo, como para hacer patente lo fuerte que la tenía aún. En el pasado, follándose a su marido, Savine se había descubierto al borde del aburrimiento. Ahora a veces se descubría al borde del miedo.

No era como antes. Pero ¿qué lo era? Había que aprovechar las cosas como mejor se pudiera.

Siguió frotándolo arriba y abajo.

—Lo que tenía en mente… era un intercambio justo… para ambas partes.

—Ah, un acuerdo de negocios. Eso puedo aceptarlo.

Y la asió por debajo del brazo y le empujó la espalda contra la cama. Seguro que había pretendido darle la vuelta sin esfuerzo, pero al tener solo una pierna y un brazo tuvo que balancearse a un lado y luego al otro y terminó con el muñón enredado en las mantas.

Savine tenía una mano atareada entre las piernas, guiándolo, y la otra rodeándole la nuca para atraerlo hacia ella mientras le sostenía el hombro en alto con el antebrazo para que su mano inútil dejara de meterse inerte en medio.

Él tenía los dientes apretados de dolor y esfuerzo, gruñía más de rabia que de placer. A ella le dieron ganas de acariciarle la cara, de susurrarle ruidos tranquilizadores. Que los Hados la asistieran, los mismos arrullos que hacía a sus hijos cuando lloraban. ¿Por qué no dejaba Leo que lo montara? Sería mucho más gozoso para los dos. Pero había que trabajar con lo que una tenía. Se estiró hacia arriba para besarlo en…

Llegó un repentino lloro desde la habitación de al lado y los dos se quedaron inmóviles.

Savine cayó de nuevo contra las almohadas.

—Joder.

—Déjalos llorar —susurró Leo con furia.

—No.

Leo gruñó cuando Savine salió arrastrándose de debajo de él y bajó de la cama al frío.

—No tienes por qué estar a su merced.

Después de todo el daño que había infligido, la maternidad era su oportunidad de hacer una cosa bien. Se puso la bata.

—Todos estamos a merced de alguien, Leo.

Pasó por la sala de estar, apenas iluminada por el resplandor de un fuego moribundo, y fue al cuarto de los niños. Podía distinguirlos por el llanto. Los aullidos de Ardee eran exigencias de matona. Los

gemidos de Harod, súplicas de clemencia. Qué diferentes eran con solo tres meses de edad. Ardee mamaba resuelta y cuando se dormía no había manera de espabilarla. Harod mordisqueaba y se distraía y se despertaba de golpe al menor sonido.

Lo levantó de la cuna, temblando de tan fuerte que lloraba. Se lo apretó contra el pecho, chistando y arrullando desesperada. Volvió a la sala, entornó la puerta y fue a sentarse en una butaca junto al fuego, la que tenía el chal sobre el respaldo y aún olía a su madre…

Se detuvo y ahogó un grito.

Ya había alguien ocupando la butaca. Alguien con el uniforme negro de la Inspectoría Popular, en quien la luz de las llamas resaltaba los huesos y las oquedades de un gesto hosco. Vick dan Teufel.

—¿Alguien me ha denunciado? —preguntó Savine.

Era sorprendente lo fría que le salió la voz. Quizá fuera una especie de alivio, si el momento había llegado, saber que ya no tenía que seguir preocupándose por cuándo llegaría.

—Aún no —dijo Teufel—. Pero las dos sabemos que es cuestión de tiempo. La Jueza os odia.

Después de haber controlado el aporreo de su corazón, Savine no iba a dar la menor señal de estar sobresaltada. Se dejó caer en la otra butaca y se abrió la bata como si su pecho fuera un arma oculta que hubiese decidido mostrar.

Harod se retorció, buscando desesperado el pezón con la boca en todas partes menos donde estaba. Savine por fin logró colocarlo y se reclinó, arrugando la frente.

—La Jueza odia a todo el mundo.

—Ah, pero tiene sus favoritos.

—Si lo único que traes son amenazas, puedes hacerlas en horario de trabajo.

—También traigo una oferta. Para vos y vuestro marido.

—¿Una oferta que es mejor que nadie te vea hacer?

—No soy muy de puertas principales.

—No. Sé muy bien lo engañosa que puedes ser.

—¿Mientras la Bienamada de los Barrios Pobres jamás ha tonteado con ninguna falsedad?

El silencio se prolongó mientras las dos se evaluaban con mutua cautela, igual que hicieran tiempo atrás, cuando habían compartido carruaje de camino a Valbeck.

—Supongo que ahí me has pillado —reconoció Savine. El problema que tenía con Teufel no era que fuese una mentirosa, a fin de cuentas, sino que había demostrado mentir mejor que ella—. ¿Sabes dónde está mi padre? —se sorprendió de estar preguntando.

—No. Ojalá lo supiera.

—Ni siquiera conoce a sus nietos. —Era una ridiculez emotiva decir algo así a una torturadora profesional. Casi esperaba que Teufel estallara en carcajadas, pero lo único que hizo fue entornar los ojos, pensativa. Savine bajó la mirada hacia Harod—. Me atrevería a decir que soy la única que lo echa de menos.

—Ah, no sé yo. Su tiempo en el cargo empieza a parecer una época dorada. ¿Dónde está vuestro marido? Os necesito a los dos.

—Supongo que no tardará.

La puerta se abrió de sopetón y Leo hizo tañer la pata de hierro al dar un paso, con el hombro del brazo inútil contra el marco, la espada desenvainada empuñada con la otra mano, en pelota picada y aún medio empalmado.

Teufel le lanzó una mirada, indiferente a las dos armas.

—Cuidado, podríais sacarle el ojo a alguien con eso.

Leo bajó la espada.

—Si te cuelas en casa de alguien, no puedes protestar por lo que veas.

—No, si me encanta que aún quede alguien divirtiéndose en la ciudad.

Teufel lo observó mientras renqueaba hasta el diván, soltaba la espada y caía en los cojines. Leo hizo una mueca al girar la pata de hierro para soltarla y luego se reclinó echando el muñón hacia delante. En sus tiempos de perfecto espécimen masculino, siempre había tenido una extraña modestia. Desde que dejó de serlo le encantaba exhibir sus muchas cicatrices y ver cómo reaccionaba la gente. Para sorpresa de nadie, la inspectora se quedó impasible.

—Agradezco la visita —dijo Leo—, pero sabiendo lo mucho que

valoras la sinceridad… no te tengo ningún aprecio.

—Bien. La suspicacia mutua es la mejor base para una alianza. Así todo el mundo sabe qué esperar.

Leo frunció el ceño.

—¿Una alianza?

—Disculpa que te lo recuerde —dijo Savine—, pero la última vez que viniste a ofrecernos ayuda resultó bastante mal para nosotros.

—Entonces estabais traicionando al rey Orso.

—¿Y ahora?

—Me ayudaríais a devolverlo al trono.

Hubo una pausa que solo podía calificarse de embarazosa. Savine la dedicó a pensar en la antigua Unión, en su antigua vida, en su antiguo yo, y a intentar que no se le notara el ansia desesperada.

—No sé por qué, pero dudo mucho… que la Jueza vaya a renunciar al poder sin más.

—No. —Vick se inclinó hacia delante, con el brillo del fuego en un lado de la cara y el otro sumido en la sombra—. Tendremos que arrebatárselo.

Savine se abrazó un poco más fuerte a Harod. Más sangre. Más muerte. Echó un vistazo a Leo. No había ni rastro de duda en sus ojos. Más bien al contrario.

—¿Qué obtenemos nosotros?

—Cuatro puestos en el Consejo Cerrado, cuando vuelva a convocarse.

Savine no pudo evitar una brusca inhalación. En otra época, cuatro puestos habrían sido un pago desorbitado. El archilector Sult y el juez supremo Marovia habían destrozado vidas a centenares por uno solo.

—¿Y si quiero más? —preguntó Leo.

—No he venido a regatear. Cuatro son los que tengo y cuatro son los que ofrezco. Es un trato justo.

—Lo justo puede tener un aspecto distinto desde donde estoy —replicó Leo—. Con lo que he perdido.

—Siempre podéis pedirle más a la Jueza.

—Y ella podría hacerme caso si le ofrezco a cambio a una

inspectora jefa traidora.

Las amenazas de Leo no alteraron más a Teufel que sus cicatrices o su polla.

—Adelante. Pero luego no os sorprendáis si digo que era todo idea vuestra, pero os entró la avaricia y quisisteis más de lo que estaba en condiciones de ofreceros. Como ambos sabéis, puedo ser bastante convincente. Supongo que terminaríamos todos juntos en el banquillo, acompañados tal vez por un sastre, un grabador y un par de extranjeros de piel oscura, acusados de conspiración para hacer que el río se congele.

Sonaba tan plausible que daba hasta pena.

—¿Y qué esperas que aportemos nosotros, en concreto? —preguntó Savine. A cambio de cuatro asientos, imaginaba que sería bastante.

—Vuestros amigos de Angland. Vuestros amigos del Consejo Abierto. —Teufel hizo una breve pausa—. Y el Ejército Popular.

—Eso no lo tengo —espetó Leo.

—Si os estiráis un poco, creo que podríais echarle mano.

—¿Y tú que aportas?

—Al mariscal Forest y sus rebeldes, a un grupo bien organizado de monárquicos dentro de la ciudad, información interna de la inspectoría, contactos estirios y dinero estirio. Por no mencionar la bendición del rey. Y el perdón del rey.

—¿Has hablado con Orso? —preguntó Savine.

Teufel le devolvió una mirada inexpresiva.

—Así es.

Savine resistió el impulso de preguntarle cómo estaba.

—¿Y tienes su beneplácito?

—Así es.

—¿Se supone que debe bastarnos con tu palabra al respecto? —preguntó Leo en tono burlón—. Perdóname si…

Savine lo interrumpió.

—Hay que detener a la Jueza. —La noche anterior había soñado que caía de un lugar elevado y había despertado con sudores fríos—. A toda costa.

Leo soltó un gruñido insatisfecho.

—Bueno, en eso estamos todos de acuerdo.

—Cuatro asientos en el Consejo Cerrado es un pago justo —dijo Savine. Después de todo lo sucedido, era mucho más de lo que podrían haber esperado—. Aportaremos los anglandeses, los exnobles del Consejo Abierto y el Ejército Popular.

Leo respiró hondo y suspiró ruidoso, abriendo mucho los ollares.

—Las grandes tempestades arrojan a la playa extraños compañeros, decía Farans.

—Nunca os tuve por un filósofo —comentó Teufel.

—He estado poniéndome al día con los clásicos.

La inspectora hizo un leve y brusco asentimiento.

—En ese caso, todos tenemos mucho trabajo por delante. No hace falta que me acompañéis.

La puerta se cerró con un chasquido. Harod había dejado de mamar y tenía la cabeza hacia atrás, la boca abierta, un chorrito de leche en la barbilla. Savine lo levantó, lo llevó al cuarto de los niños, lo bajó con delicadeza a la cuna, se mordió el labio concentrada para sacarle las manos de debajo y lo dejó junto a su hermana.

Los miró a los dos, dormidos. Ardee de lado, con el ojo visible de largas pestañas cerrado y la boca abierta del todo. Harod bocarriba, mostrando las diminutas palmas de las manos como en gesto de rendición. Qué pequeños eran. Qué perfectos. Qué vulnerables. Savine recordó una cosa que le había dicho su padre en una ocasión. Tener hijos significaba tener miedo siempre. Miedo por tus niños. Miedo de tus niños.

Cuando se volvió después de cerrar la puerta de la habitación con toda la delicadeza posible, Leo estaba observándola.

—Así que ahora estamos en la cama con el rey Orso, ¿eh?

Savine torció el gesto. ¿De verdad había tenido que expresarlo así?

—Estamos aprovechando la mejor oportunidad de acabar con esta pesadilla. —Y quizá de reparar una fracción del daño que habían hecho—. La Jueza no es de fiar, Leo, y lo sabes.

—Yo le caigo bastante bien.

Torció el gesto incluso más al oír eso. Leo solo podía estar diciéndolo para disgustarla.

—De momento, tal vez. Eres un tipo agradable. —Si elegía serlo—. Pero cuando haya arrojado de la Torre de las Cadenas a todos los que odia, empezará con la gente que le gusta. Es su naturaleza.

Leo se miró ceñudo el muñón, se rascó suavemente las cicatrices.

—Supongo que tienes razón.

—Suelo tenerla.

—Sigue siendo un riesgo.

—Tal y como van las cosas, sería más arriesgado no hacer nada. Estamos viviendo en tiempo prestado. Nosotros y cualquiera que antes tuviera algún poder. Cualquiera que *tenga* algún poder. Todos nosotros.

Leo dejó caer la cabeza hacia atrás y bajó la mirada hacia ella.

—Hemos luchado contra Orso.

—Eso fue en el pasado.

Tenía aquella expresión cruel. Aquella expresión amargada, celosa.

—¿Aún lo amas?

Llegó de nuevo el deseo de soltarle un bofetón.

—Nunca lo he amado —mintió Savine.

—¿Ni siquiera como hermano?

En esa ocasión le entraron ganas de atizarle un puñetazo. Se dio cuenta de que tenía la mano cerrada para hacerlo. Se obligó a abrirla. La satisfacción no le habría durado mucho. Y podía permitir a Leo que se enfadara. Ella aún tenía todas las extremidades, al fin y al cabo.

Bajó una rodilla junto a él.

—¿Qué puedo hacer… para demostrártelo?

Y subió la otra rodilla al sofá para montar a horcajadas sobre él. Se tiró de la bata hacia arriba con la mano izquierda, hacia abajo con la derecha, el fresco de la noche en un hombro desnudo, el calor del fuego en el otro. No lo miró a los ojos. No estaba segura de que fuera a gustarle lo que encontraría en ellos. En el pasado, no hacía tanto tiempo, él había afirmado amarla y ella, desenfocando un poco la mirada, casi había sido capaz de convencerse a sí misma de que también lo amaba. Pero había que aprovechar las cosas como mejor se pudiera.

Le cogió la mano, la guió, se la pasó pecho arriba. Le cogió la cara, lo besó, movió las caderas contra su abdomen. No era como antes. Pero ¿qué lo era? Llevó una mano atrás, encontró su polla, se frotó contra ella buscando el lugar correcto…

El llanto resonó desde la otra habitación. Esa vez era Ardee, dura e insistente. Al momento Harod se sumó al escándalo, más agudo, más rápido, más débil. Savine cerró los ojos y flaqueó.

—Joder.

Conquistar y conservar

Nunca se le había pasado por la cabeza mientras sucedía, pero Rikke tuvo que admitir que le gustaba bastante que la gente se pusiera bravucona con ella. Tenía un montón de práctica y sacaba a la superficie su mejor parte, la tozuda. Rikke la Resuelta. Esa chica les gustaba a todos. Mente afilada, lengua afilada, con las probabilidades en contra, pero lo correcto a su favor.

Era lo contrario lo que le daba problemas. La gente que mendigaba, lisonjeaba y suplicaba la ponía toda débil y angustiada. Rikke la Inquieta. Esa zorra no valía para nada. Lo malo era que, al estar sentada en la Silla de Skarling, le llegaban muchas más súplicas que bravuconadas.

—¡Por favor! —El granjero llegó hasta a dejarse caer de rodillas, el muy ladino, mientras retorcía el sombrero con las manos—. Estoy a tu merced.

Justo ese era el problema. Rikke podía enviarlo a casa con una caja llena de plata o podía enviar su cabeza a casa y quedarse el resto de él. Estaba en su derecho de hacer las dos cosas.

Entrecerró su único ojo que veía algo con la esperanza de atravesarle la piel y llegar a la verdad. Que era un pobre idiota sincero con la esposa enferma y doce niños hambrientos que alimentar. O que era un embustero avariento con seda escondida bajo la camisa manchada y cacerolas llenas de oro enterradas en el granero.

Pero el ojo largo se negó a abrirse, y de todos modos lo más seguro era que la respuesta no fuese ni una cosa ni la otra, sino

algo intermedio, como eran siempre las respuestas. Corrían malos tiempos y Rikke podía exprimir más al hombre, pero dolería. Le dolería a él y le dolería a ella. A él más, claro, pero solo iban a exprimirlo una vez ese día. Rikke tenía a toda una cola de retuercesombreros fuera del Salón de Skarling dispuestos a arrojarse al suelo de rodillas a la menor provocación. Si se mostraba blanda con uno, tendría que hacerlo con todos. Y ser blanda podía sentar bien para un día, pero también podía hacer daño a largo plazo. Daño a todo el mundo.

—Hum —musitó—. Hum.

Mientras tanto, desde dentro de su jaula, los ojos acuosos de ese bravucón nato que era el puto Stour Ocaso estaban fijos en ella, como diciendo: «A mí no me verías mostrando demasiada clemencia».

El padre de Rikke había llevado lo de ser líder con tanta ligereza que nadie se daba cuenta de que lo estuvieran liderando. Escuchaba mucho más que hablaba. La gente asentía a sus palabras como si jamás hubieran oído semejante sabiduría, hasta cuando lo único que hacía era excusarse para salir a mear. Allí sentado en su banco con la antigua piel de oveja sobre los hombros, apoyando la barbilla en el puño. Rikke había intentado sentarse igual, pero en la Silla de Skarling no podía hacerse y había terminado revolviéndose sin parar, como si no le correspondiese estar allí. Su padre se había ganado el respeto de todo el mundo con los años. Rikke no tenía años. Y a veces parecía que la gente consentía los errores de un hombre mientras le reprochaba los suyos a una mujer.

Si Isern estuviera allí, le habría dicho que hiciera del corazón piedra. Que enterrase sus dudas en una tumba poco profunda. Que un chorrito de sangre en el momento podría impedir una riada después. Que la ferocidad era una característica muy apreciada por la luna. Pero Isern no estaba allí. Rikke cayó en la cuenta de que estaba toqueteando el anillo que le atravesaba la nariz, se obligó a apartar la mano y acabó rascando el brazo de la Silla de Skarling con una uña, que casi era peor.

—¿A ti qué te parece, Corleth?

La chica parpadeó, sorprendida.
—¿A mí?
—Que yo sepa, eres la única Corleth de aquí.
Corleth miró al granjero y luego de nuevo a Rikke.
—Supongo que ha habido mala cosecha. Y ha sido un mal invierno.
—Sí. Un mal invierno para todo el mundo. —Rikke se hundió en el asiento, desdichada—. Puedes pagar la mitad ahora. Pero lo compensarás después de la próxima cosecha, ¿me has oído?
En su padre habría sonado paciente y cabal. En ella sonaba a concesión motivada por la debilidad. Lo veía en las caras de los presentes. En Hardbread rascándose la rala coronilla. En los guerreros del salón suspirando como fuelles. Todos los granjeros del Norte iban a intentar hasta el último truco para moverla a la compasión.
—¡Me lo vas a compensar! —chilló mientras el hombre se marchaba a toda prisa, sonando más débil que nunca.
Mientras el hombre salía estaba entrando otro. Un guerrero de Uffrith, que antes era carl de Sombrero Rojo.
—¡Traigo noticias! —exclamó, y por la cara que tenía no eran buenas. Daba la impresión de que las buenas noticias eran algo de lo que había oído hablar pero nunca había visto en persona, como los dragones o los desiertos.
—Pues no te las guardes —gruñó.
—¡Es el Clavo! ¡Llegó con cuatrocientos carls! Ha conquistado Buddlehay, junto al río. Ha matado a tres hombres y dice que el pueblo es suyo. Y que Uffrith será suya también.
—¡Ese puto mamón traicionero! —rugió Rikke, saltando de la Silla de Skarling—. ¡Se cree que puede apuñalarnos por la espalda mientras estamos ocupados con Calder! ¡Haré que le corten la cruz de sangre!
Hardbread parecía incluso más preocupado de lo normal.
—Si enviamos a hombres a luchar contra el Clavo, apenas nos quedarán para conservar Carleon, y no digamos ya para defender la muralla si viene Calder.
Escalofríos se rascó la barbilla.

—La gente de aquí aún no está muy convencida contigo.

—¿Crees que Calder les gusta más? —restalló Rikke.

—Calder el Negro no le gusta a nadie. Les preocupa lo que pasará si gana y…

Hubo un silencio.

—Y creen que lo hará —terminó Rikke la frase por él.

Hardbread separó las manos.

—Isern-i-Phail se ha ido, el Clavo se ha vuelto en nuestra contra…

Ahí estaba el asunto otra vez. La gente decía que quería a gobernantes justos, pero al final prefería tener a un cabronazo al mando. Sería porque era a lo que estaba acostumbrada, tal vez. Rikke saltó para bajar de la tarima y hablar más de cerca con los dos viejos Mejores Guerreros.

—¿Y qué hacemos, renunciar a la Silla de Skarling? ¿Con lo mucho que nos costó conseguirla?

Hardbread se encogió de hombros.

—Al fin y al cabo… es solo una silla.

—¡Qué va a ser solo una silla, cojones! —espetó Rikke, haciendo que Hardbread apartara la cara arrugada y vieja como de un viento helado—. Es un símbolo de quién está al mando. Si dejo que Calder el Negro la recupere, volverá a conquistar el Norte poco a poco y nosotros estaremos como al principio, pero sin Angland para ayudarnos. ¿Sabemos algo de Trébol?

—Nada —dijo Escalofríos—. Pero sabemos que Calder está reuniendo tropas.

Hardbread no dejaba de asentir.

—Nunca hace las cosas a medias. Podría tener ya un ejército listo para marchar.

—Pero aún es invierno —dijo Corleth en voz baja. Todos se volvieron para mirarla y ella se sonrojó un poco, pero siguió hablando—. Ya no hace tanto frío como antes, pero hay mucha nieve en los caminos que van a Currahome. Calder no va a venir hasta que haga más calor. Debería dar tiempo a enviar a hombres a los Valles Occidentales y que vuelvan antes de la primavera.

Escalofríos parecía descontento. Incluso más de lo normal.

—Es un riesgo.

Rikke deseó tener una bolita de chagga para pasársela de un lado a otro de la boca, pero no estaba Isern para hacérselas, así que había dejado de tomarlas.

—Hay que arriesgarse un poco si quieres ganar. Hardbread… reúne a todos los guerreros que podamos permitirnos.

El anciano lanzó una mirada preocupada a Escalofríos.

—Muy bien.

Rikke lo atrajo hacia ella y bajó la voz.

—Como habíamos hablado, ¿eh, Hardbread? ¿Te acuerdas de lo que hablamos?

—Me acuerdo —dijo él—. Puedes confiar en mí.

Rikke frunció el ceño.

—No me gusta cuando alguien me dice que se puede confiar en él. Sugiere la posibilidad muy clara de que no se pueda. Mi padre tenía a tres jefes guerreros. Sombrero Rojo, Oxel y tú. Los recuerdo con cariño. Bueno, menos a Oxel, que era un capullo. Pero tú eres el último que queda de todos. —Extendió el brazo y le ajustó con amabilidad la cota de malla—. No querría que te pasara lo que a ellos.

—Los dos murieron asesinados en el círculo —dijo Hardbread.

Rikke le lanzó una mirada significativa.

—Lo sé. Soy quien lo organizó.

Hubo una pausa. Hardbread tragó saliva.

—Recuerdo lo que hablamos.

—¡Pues a trabajar, viejo cabrón! ¡Quiero ver al Clavo colgado de los putos huevos!

—Pero ¿no se le… bueno… arrancarían?

—No me refería a hacerlo al pie de la letra. —Rikke se rascó la cabeza—. Aunque supongo que si pasara eso, enviaría el mensaje adecuado.

Y desde luego, después nadie se quejaría de que Rikke fuera demasiado blanda.

Hardbread hizo un asentimiento cansado, indicó a los guerreros de Uffrith que lo siguieran y echó a andar hacia las puertas.

—Sí que teníais cosas de las que hablar —murmuró Corleth.

—Ya sabes cómo son estos putos viejos. —Rikke rodeó con un brazo los sólidos hombros de la chica—. Me has dado un consejo sabio.

—Era solo… lo que parecía correcto.

—No tengas miedo de decir lo que piensas. Necesito buenos consejos, ahora que Isern no está. De hecho, me habrían venido bien cuando aún estaba. Del corazón piedra y muy apreciada por la luna y bla, bla, puto bla. Quiero que sigas cerca de mí.

Corleth parpadeó.

—Claro, jefa.

—Ya sé que es una carga eso de que te caigan encima responsabilidades de arriba así sin esperártelo, créeme que lo sé, pero tienes buenos hombros para llevarla, ¿a que sí? —Rikke la abrazó más fuerte y se la llevó hacia las puertas—. Qué curioso, ¿verdad?, que el azar te ponga a la gente adecuada en el camino. Pero imagino que querrás ir a ver a tu abuela. Llenarle la leñera, con el tiempo que hace.

Aunque no hacía ni mucho menos el frío de antes, y el agua goteaba descongelada desde el arco.

—Sí —dijo Corleth—. Me parece que voy a acercarme.

—Tráeme un plato de esa sopa que hace, ¿quieres? —Rikke la vio cruzar el patio hacia el portón. La nieve ya casi había desaparecido, derretida hasta dejar solo unos charcos a medio deshelar en las esquinas del muro—. ¡Te juro que es la mejor sopa de toda Carleon!

Rikke hizo un alegre gesto de despedida con el brazo. Luego, mientras Corleth se perdía de vista, dejó caer la mano, esfumarse la sonrisa, hundirse los hombros, y la preocupación la reconcomió.

—Por los muertos —masculló—, no es fácil ser jefa.

Escalofríos llegó a su lado.

—A lo mejor por eso todo el mundo te decía que iba a ser difícil —respondió, con aquel susurro intenso que tenía.

—Ya, bueno, pero no suelo escuchar las cosas que no quiero oír.

—No me digas.

—Tienes que pasarte el día aparentando que sabes lo que te haces. —Rikke descubrió que estaba jugueteando otra vez con el

collar y tuvo que apartar la mano. Era mala costumbre eso de estar siempre toqueteándolo todo. La hacía parecer débil—. Como si siempre estuvieras segura, aunque se te escapen las dudas del culo a cada paso que das. —Miró alrededor para cerciorarse de que no miraba nadie y alzó los ojos hacia él—. ¿Estoy haciendo lo correcto, Escalofríos? Dime que estoy haciendo lo correcto.

—Tú tranquila —respondió él, mirándola de reojo—. Solo es sopa.

—¡No me tomes el pelo, viejo mamón, ya sabes a qué me refiero! A si estoy haciendo lo correcto con Isern, con el Clavo, con el puto Calder el Negro. —Meneó una mano flácida hacia la Silla de Skarling y abarcó también con ella la jaula de Stour Ocaso—. Con todo esto.

—Tú eres la del ojo largo —dijo él.

—Más maldición que bendición, así de claro te lo digo. —Se apretó la mano contra la mitad tatuada de la cara, que notaba fría y húmeda, y se la frotó impaciente—. Puedo fingir que sé lo que viene, pero en realidad lo único que te da son más preguntas.

—Ojalá tuviera respuestas. Pero lo cierto es… —Escalofríos se acercó para susurrarle al oído—. Lo cierto es que llevo casi toda la vida tropezando de una cagada a otra.

Rikke echó un vistazo a su cara hecha trizas.

—Nadie lo diría al mirarte. —Y se dio cuenta de que estaba trasteando otra vez con el collar y obligó a su mano a dejarlo con un gruñido frustrado—. Es solo que a veces… querría ser todavía alguien sin importancia.

—Para mí siempre has tenido importancia. —El peso de la mano de Escalofríos cayó sobre el hombro de Rikke, que lo agradeció en silencio—. Solo hay una cosa que puedo decirte seguro. Venga lo que venga, estaré aquí.

Rikke puso su mano sobre la de él, y respiró hondo, y expulsó el aire en un humeante suspiro. Se quedaron juntos en la entrada del Salón de Skarling, viendo el agua derretida hacer plic, plic, plic, desde el arco.

Deshielo

Plic, plic, plic. Agua fría cayendo en la cabeza de Trébol, en sus hombros, su espalda, colándose por cada costura, culebreando, hormigueando por su piel irritada y pegajosa.

—Putas gotas —masculló con una mirada malhumorada a las ramas, pero la lluvia era solo otro varapalo de la vida que era incapaz de evitar.

—También podríamos salir de debajo de los árboles —murmuró Zas.

—Sí, pero entonces nos tocaría aguantar el barro. —Trébol negó con la cabeza y rascó una mancha terrosa de los pantalones con la uña del pulgar. Un esfuerzo inútil, ya que iban a salpicarse otra vez en cualquier momento—. Puto barro. Es lo peor que tiene la guerra.

—¿Peor que la muerte? —preguntó Sholla, que llevaba al menos las últimas cuatro horas enfrascada en su interminable misión de cortar la rodaja de queso más fina imaginable.

—La muerte no es más que un peligro esporádico. El barro es una constante. —Trébol frotó pensativo un pellizco de tierra entre el pulgar y el índice—. Qué raro, ¿verdad? La tierra y el agua son cosas buenas. No se puede vivir sin ellas. Pero si las mezclas y añades un ejército, lo que tienes es una pesadilla.

Había sido un invierno frío, con ventisqueros que llegaban a la altura de un hombre en las Altiplanicies. Desde que empezaba a hacer un poco más de calor, parecía que el mundo se estaba derritiendo. El agua goteaba desde los árboles. Goteaba desde los aleros de las empapadas casas de Currahome. Se filtraba por la

hierba empantanada y fluía a los arroyos y los hinchaba hasta convertirlos en sucios ríos. Contratiempo llegó chapoteando, derribando nieve a medio fundir de los zarzales.

—¿Dónde te habías metido? —le preguntó Trébol.

—Hay dos cosas que me gustan, follar y matar. Una no puedo hacerla, así que estaba con la otra.

Sholla no levantó los ojos de su queso.

—¿Y a tu mano le ha gustado tanto como a ti?

Trébol soltó una risita. Zas soltó una risita. Contratiempo arrugó la frente mientras lo descifraba, y entonces lo descifró y arrugó más la frente. Pero no dijo nada. No había duda de que podría retorcer la cabeza a Sholla en un combate de lucha, pero sabía que en una batalla de ingenio ella iba mucho mejor armada.

—Por los muertos, chaval —gruñó Trébol cuando Zas le dio un codazo en las costillas—, tienes los codos más puntiagudos de todo el puto Norte.

Entonces vio por qué lo había hecho. Calder el Negro se aproximaba con un adusto grupo de Mejores Guerreros, todos ellos intentando parecer poderosos mientras avanzaban de puntillas por el fango invernal.

—¡Jefe! —Trébol se levantó de un salto y se sacudió la tierra de las posaderas. Sabía que estaba en la cuerda floja con Calder, así que procuraba ser de lo más complaciente—. ¡Qué alegría verte!

Calder levantó la mirada hacia él desde debajo del ceño arrugado.

—A ver si me lo desgastas de tanto lamer. Vengo a decirte que partimos.

—¿Partimos hacia dónde?

—Carleon.

—Ya era hora —murmuró Contratiempo con un asentimiento de aprobación, y uno sabía que tenía una imprudencia entre manos cuando Contratiempo la aprobaba.

—¿Quieres marchar *ahora*? —Trébol abarcó con un gesto el mugriento valle, en su mayor parte barro negro con unas tristes franjas de nieve blanca aferrándose a las hondonadas, rociado de basura y restos de tiendas caídas, plagado de hombres descontentos como un tronco podrido de cochinillas, azotado por un

viento empeñado en levantar ceniza de las hogueras muertas y echarla en la cara de la gente—. ¿Tal y como está esto?

—Viene mejor tiempo.

—Sí, pero lo dejará todo aún más mojado. Los ríos estarán desbordados, los vados nos llegarán al cuello, los caminos serán putos lodazales. Y eso antes de que empecemos a pasar. ¡Estaremos ahogados en barro para cuando lleguemos a Carleon!

Calder entornó los ojos.

—Igual perdemos a unos pocos debiluchos, pero llevaré allí a los demás. ¿Tú no estás siempre dando la paliza con que un hombre tiene que escoger su momento? El momento ha llegado, haga el tiempo que haga. Rikke está débil. Tiene al Clavo meneando la polla en el sur y ha tenido que enviar a Hardbread para ocuparse de él. —Soltó un bufido—. Cuando tu solución es el puto Hardbread, sabes que andas escaso de opciones. —Algunos Mejores Guerreros forzaron una risita—. Apenas tiene bastantes guerreros para conservar Carleon, no digamos ya para defenderla de nosotros. Quiero llegar antes de que encuentre más. Y el Alzado en el Túmulo se está impacientando. Si no le buscamos gente para matar, la encontrará él aquí.

Trébol miró hacia los estandartes de hueso y piel plantados en el terreno alto.

—Sabes quiénes son los mejores aliados porque se obsesionan tanto con sacar huesos que desuellan a los amigos si se quedan sin enemigos.

—Todos los aliados tienen sus defectos.

—Unos más que otros.

—¿Como los capullos perezosos cuya primera prioridad es sentarse bajo un árbol y la segunda traicionarte? No abuses de mi paciencia, Trébol, que últimamente ando bien escaso. Marchamos hoy.

Trébol respiró hondo y forzó una sonrisa en los labios.

—Lo que tú digas, jefe.

Se aseguró de seguir sonriendo mientras Calder y sus hombres seguían hacia el salón, difundiendo la mala noticia por todas las hogueras que encontraban. Zas ahogó la que tenían con un siseo y

Trébol se volvió para clavar la mirada en él.

—Pero ¿qué haces?

—Bueno, vamos a marchar, ¿verdad? No quiero dejarla encendida.

—¿Cómo? ¿Te preocupa que esta ciénaga se incendie? Hay un valle entero que vaciar y solo un camino. Tendremos suerte si nos movemos de aquí antes de que anochezca. Y ahora, para colmo, pasaremos frío.

—Un momento —susurró Sholla—. Un momento. —Tenía el semblante crispado por el esfuerzo mientras movía despacio el cuchillo, afeitando una rodaja de queso tan fina que la luz pasaba a través—. Joder… Que nadie… se mueva… —Lo que levantó con la hoja era como un papelito, blanquecino y perfecto, meciéndose un poco al aire—. Lo he conseguido.

Y entonces cayó un goterón enorme del árbol al cuchillo, que hizo pedazos la rodaja y los esparció por el suelo fangoso.

—¡Me cago en la puta! —ladró Sholla, y Contratiempo echó la cabeza hacia atrás y dio una carcajada.

—Para que veas —dijo Trébol—. El destino puede destrozar nuestros planes en un instante.

—Ah, pero ¿tienes planes? —preguntó Zas, con cara de verdadera sorpresa.

—Tengo planes igual que tengo botas. —Trébol se miró el calzado lleno de agua—. Siempre me gustaría que fuesen mejores, la verdad.

Sholla se había levantado, el queso en una mano, el cuchillo en la otra, y miraba a los hombres cansados que se movían en torno a sus fuegos desmontando las tiendas, recogiendo sus cosas a medida que iba difundiéndose la orden de Calder.

—¿Qué pasará cuando lleguemos a Carleon?

—Aún no tengo respuesta para eso.

Rikke estaría preguntándose por qué no había recibido respuesta de su oferta a Calder y, con buen motivo, pensaría que Trébol la había traicionado. Calder, por su parte, sabía que Trébol ya lo había traicionado una vez y que había entregado a su hijo al enemigo para que lo sometiera a vejaciones. Por expresarlo con delicadeza. Tal

vez fuese verdad que Trébol le caía bien, como había dicho. Pero Calder el Negro había matado a hombres que le caían mejor por afrentas más leves. Y todo eso, añadido a lo que podría pasar si el Gran Lobo llegaba a liberarse.

Trébol contrajo el gesto. Algo que hacía cada vez que se planteaba la situación actual.

—Parece que podríamos vernos atrapados entre las montañas y el mar, por así decirlo.

—Eso tú —respondió Sholla—. Dudo que los demás importemos mucho a nadie.

—Ah, te sorprendería cómo la venganza, cuando cae desde muy alto, puede salpicar a los espectadores más inocentes. Y tú, mi belleza afeitaquesos, no entras en esa categoría ni de lejos.

—Hum. —Sholla miró hacia el Trampero, que pasaba por allí con los restos de su docena, y se apartó el pelo enredado de la sucia cara para probar con una sonrisa. Como tal vez era de esperar, no obtuvo ninguna reacción—. Salir corriendo podría ser una opción —murmuró entre los dientes de su sonrisa fija.

—Por mí puedes salir perdiendo el culo, pero correr es cosa de jóvenes. Yo necesito sentarme. En algún sitio seco. Y creo que la mejor manera de poder hacerlo es seguir cerca de la acción y probar a torcer un poco las cosas según me convenga. —Trébol se rascó la cicatriz con delicadeza—. Cerca de la acción, por los muertos. Pones todo el empeño en no acercarte a algo y al final terminas enfangado hasta el puto cuello en ese algo.

—Vamos a enfangarnos todos bien pronto. —Zas contempló el lodazal que era el fondo del valle y se sorbió la nariz pesaroso.

Sholla se inclinó hacia él.

—¿Crees que llega un momento en que has traicionado tanto a la gente que ya no queda nadie a quien traicionar?

Trébol dio un cansino suspiro.

—Puede que lo averigüemos.

Amor, odio, miedo

El palacio no estaba en absoluto como lo recordaba de su última visita, pero entonces el rey Jezal aún vivía, y Leo había sido un leal lord gobernador con todas las extremidades, y la Rotonda de los Lores albergaba una idealista hermandad de nobles en vez de una gentuza sanguinaria gobernada por los caprichos de una bruja demente.

Los tiempos cambiaban, supuso. Los triunfadores eran quienes cambiaban con ellos.

En el oropel de los pasillos resonaban extraños ruidos, algo a medio camino entre un festival enloquecido y una revuelta. Llegaba música entrecortada desde alguna parte. O quizá alguien estuviera destrozando un arpa. Había un tufo raro, como a burdel barato. Los cuadros rajados de engreídos monarcas estaban colgados bocabajo. En una silla se sentaba un hombre bien vestido de piel oscura, retorciendo nervioso su sombrero entre las manos y sobresaltándose a cada ruido. Sería algún embajador. Dos mujeres con vestidos rojos apenas abrochados pasaron riendo y trastabillando, una con una botella de vino, otra con un tarro de pintura abierto, dejando un rastro serpenteante de pisadas rojas a su espalda.

—Antes decían que el corazón del estado estaba podrido —musitó Glaward, echando una rápida mirada atrás—. Miradlo ahora.

—Es el infierno —susurró Jurand—. Lo han convertido en el puto infierno.

La nieve entraba arremolinada por una ventana rota, haciendo

que el postigo golpeara y golpeara y golpeara contra el marco, y formaba un charquito de agua helada en el pasillo. Aun así, las llamas demasiado avivadas en todas las chimeneas creaban un ambiente bochornoso y, por si no bastara con eso para que a Leo le sudase la frente, había Quemadores armados por todas partes, con armaduras manchadas de pintura roja. Algunos hasta llevaban la cara embadurnada con un colorete carmesí de mujer que los dejaba a medio camino entre salvajes con pintura de guerra de más allá del Crinna y payasos asesinos.

—¡Por favor, él es inocente! ¡Lo juro! —Una voz refinada, sollozando e implorando a la vez, desde el otro lado de una puerta entreabierta que tenía la cerradura destrozada a hachazos—. ¡Van a llevárselo hoy a la torre!

—A lo mejor podría hablar con la Jueza en tu nombre, Lilott. —Otra voz, esa de hombre. Sonaba a estar pasándolo bien.

—¡Dime qué puedo hacer!

—Quitarte la ropa, para empezar.

Glaward titubeó, con la mandíbula tensa iluminada por la franja de luz que dejaba salir aquella puerta entornada.

—¿Deberíamos hacer algo? —susurró.

Leo ni siquiera aflojó el paso.

—No digas gilipolleces, joder.

Antes del Gran Cambio habría sido él quien hubiera preguntado si debían hacer algo. Quien hubiera irrumpido por la puerta regurgitando una gallardía autocomplaciente y autodestructiva. Pero en aquellos tiempos era un necio imprudente y compasivo. Recordó estar repartiendo pan y mantas con Savine en los barrios bajos, hacía mil años. Se había tirado de los pelos al ver cómo estaba aquella pobre gente. Había sollozado por no poder hacer más.

En esos momentos hizo una mueca de hastío por la cargante interrupción que suponía el dolor de aquella mujer. Le resultaba nimio, comparado con el dolor de su muñón. Como decía siempre su madre, no podía dejar que guiara sus actos la primera emoción que le pasara por la cabeza. No debía perder la perspectiva.

—¿Qué me dices? —ronroneó la voz del hombre—. ¿Quieres que se salve o no?

—No podemos hacer nada. —Jurand agarró a Glaward por el brazo para meterle prisa y los lloriqueos de la mujer tardaron poco en desaparecer tras ellos.

Leo apretó los dientes y forzó la marcha, crispando el semblante cada vez que su pie metálico arañaba el suelo. Él estaba encontrando la forma de vivir con toda esa mierda, ¿verdad? Pues ella también podía.

Las paredes estaban todas rayadas y marcadas, las tallas del sol de la monarquía arrancadas, cinceladas, pintarrajeadas hasta dejarlas irreconocibles. En su lugar había consignas embadurnadas con pintura roja. «Alzaos.» «Igualdad.» «Midderland para su pueblo.» Y por último, cubriendo el suelo enlosado al pie de una escalinata cubierta de hojas doradas, «Que os jodan».

Jurand enarcó las cejas.

—Aún no había visto expresar la filosofía de los Quemadores con tanta concisión.

—Ahí tienes su esencia —murmuró Leo mientras empezaba a subir con dificultades.

El terreno llano ya casi podía recorrerlo sin bastón. Las escaleras seguían siendo una vergüenza. Tenía que subir los peldaños de uno en uno, un poco ladeado. Primero el bastón, después la pierna falsa, después la buena. Siempre había un momento, cuando el peso bajaba por el muñón, por la cavidad, por el pie de hierro, en que tenía la sensación de estar a punto de irse al suelo. Siempre había un momento en que le rechinaban los dientes de dolor y se negaba en redondo a caer.

Se fijó en que Glaward estaba merodeando a su lado, como para atraparlo.

—Déjame —gruñó.

—Creo que Glaward preferiría que no te abrieras la cabeza —dijo Jurand, subiendo al trote.

Leo se detuvo al llegar arriba para recobrar el aliento, dejar que remitiera el dolor en el muñón palpitante, quitarse el sudor con el dorso de la manga buena, encajarse bien la otra dentro de la casaca. Fue consciente de un crujido intermitente de mobiliario que llegaba a través de una puerta cerrada que tenía al lado. De

ruidosos gruñidos, quejidos, gemidos. Por lo menos cuatro voces distintas. Tal vez una estuviera llorando.

—O están follando o matándose entre ellos —murmuró Jurand.

—O las dos cosas —dijo Leo, adoptando una postura tan orgullosa como pudo para dar los últimos pasos hasta la puerta de la Jueza.

La oficina era una enorme cámara abovedada repleta de basura. Botellas vacías. Botellas llenas. Cubertería doblada. Hachas y ballestas. Manojos de documentos manchados y rasgados. Un pollo a medio comer. Jarrones antiguos utilizados como ceniceros. Había una cama ornamentada del tamaño de un pequeño barco de guerra, con el dosel de seda pendiendo hecho harapos y una almohada rajada cuyas plumas, esparcidas por todo el suelo, danzaban en una corriente de aire. Jurand tenía la vista fija en algo con una expresión vagamente horrorizada. Leo siguió sus ojos. Esperó equivocarse. Lo esperó de todo corazón. Pero parecía que alguien se había cagado en el suelo.

A través de una puerta abierta, Leo entrevió extremidades flácidas y desnudas. Quemadores durmiendo la mona, tal vez, pero tampoco lo habría sorprendido nada descubrir que eran cadáveres. Una mujer cubierta de bandoleras llenas de pequeños cuchillos estaba acuclillada contra la pared, tirando dados. Dos hombres llenos de cicatrices miraban nevar a través de una estrecha ventana. Un cabrón bien feo con la cara partida a conciencia los miraba desdeñoso, cruzado de brazos.

Gunnar Broad estaba de pie en fornido silencio, bebiendo de una botella mientras miraba a Leo entrar cojeando. Había cambiado tanto como el palacio, y más o menos en la misma dirección. No quedaba ni rastro del cuidadoso guardián que había protegido a Leo y Savine aquel día en los suburbios. Sus ojos, diminutos tras aquellas gruesas lentes, tenían una horrible inexpresividad con la que Leo no quería cruzar la mirada. Como si el único motivo de que no hubiera estallado en un frenesí de violencia fuese que no sabía muy bien qué cabeza aplastar primero.

La Jueza estaba tumbada a su lado en un monstruoso sofá delante de un monstruoso fuego. Llevaba un andrajoso vestido de

brillante seda de Suljuk que dejaba ver un pálido y huesudo esternón y un inflamado sarpullido que le subía por todo el cuello. El pelo le caía formando una enmarañada cortina naranja sobre un ojo y tenía el otro entornado, enrojecido, clavado en Leo.

—Pero si es el mismísimo ciudadano Brock. —Ese ojo negro pasó a Jurand y a Glaward—. Y los miembros supervivientes del grupito de chicos anglandeses del Joven León. Bienvenidos a mi salón.

Las paredes estaban cubiertas por un antiguo mural, o al menos por sus maltrechos restos. Por encima de la cabeza de la Jueza se veía a un anciano sangrando en el bosque, con cinco figuras alejándose de él por un lado y seis por el otro. Leo nunca había hecho mucho caso a sus tutores, así que solo tenía una idea muy general de lo que representaba. La muerte de Juvens, desangrándose mientras sus aprendices, los magos, partían para vengarlo. Supuso que el que se veía delante del resto quedándose calvo sería Bayaz, pero alguien le había raspado la cara y había pintarrajeado una polla roja en su lugar.

Lo más probable era que el mural fuese toda una obra maestra hasta unos meses antes, pero los Quemadores se habían aplicado en él como en todo lo demás, dándole tajos y martillazos, pintándole encima atrevidas consignas y furiosas citas y toscos cuernos y colas y pueriles obscenidades, añadiendo heridas a Juvens hasta dejarlo sangrando en una enorme riada en torno a la chimenea.

La Jueza sonrió de oreja a oreja.

—Fuego, muerte y venganza. Y mi mago preferido. —Señaló la pared de detrás de Leo, que se retorció para mirar a su espalda. Alzándose sobre la puerta por la que habían entrado, adusto, imponente e ileso de pintura roja, estaba el hermano de Juvens y su asesino, el Maestro Creador Kanedias, con los brazos muy separados y un mar de llamas detrás—. Ese sí que era un cabronazo que sabía encender fuegos.

Leo compuso una sonrisa por encima de su aversión y renqueó al interior, sintiéndose como un gallo al meterse en una zorrera.

—¡Ciudadana Jueza! Creo que me has hecho llamar.

—Crees bien. ¿Por qué no os sentáis todos? —La Jueza señaló unas sillas maltrechas—. Empujad toda esa mierda al suelo.

—Prefiero estar de pie.

La Jueza bajó la mirada a la pierna de Leo y arrugó la nariz con una sonrisita incrédula.

—Curiosa preferencia para un cojo. Venga, descansa un poco la pierna. Tomaos todos un puto té. —Empujó una tetera sobre la mesa a través de una temblequeante masa de basura, derribando una pila de libros que cayeron aleteando al suelo—. No soy muy dada a las costumbres sureñas, pero un poco de té puede acercar posturas.

Glaward enderezó una mecedora derribada y se sentó nervioso en el borde. Uno de los hombres de la ventana enseñó los dientes y profirió un extraño siseo. Leo hizo una mueca al intentar sentarse con cierta dignidad. La Jueza había pescado una pipa de cáscaras de entre la basura y estaba chupándola con tanta fuerza que se le ahuecaron las mejillas.

—Todos creéis que estoy loca, ¿verdad? —dijo, dejando salir dos chorros de humo por la nariz como una dragona.

Se hizo un silencio inquieto. Jurand carraspeó.

—Yo no diría…

—Estar loca tiene su utilidad. O hacer que la gente crea que lo estás. Así no te ven venir. A ti el rey Orso te vio venir en Stoffenbeck, ¿eh, Joven León?

—Me vio —dijo Leo—. A mil kilómetros de distancia. Fue una lección dolorosa. Una que nunca tendré que volver a aprender.

—Esas son las mejores. Risinau me tomaba por loca. Aún deben de quedar trocitos suyos aplastados por el foso, supongo. Para que digan de la locura. Para que digan de la cordura. —Les tendió la pipa—. ¿Fumáis?

—Debería mantenerme lúcido.

—Buena idea. —Envió la pipa rodando por el suelo, dejando una estela de ceniza humeante—. Muy… cuerda.

Que los muertos lo asistieran, a Leo aún le parecía oír a aquella gente follando. O matándose entre ellos. Quizá fuese un grupo distinto.

Jurand carraspeó de nuevo.

—Tengo entendido que… hemos sufrido otra derrota. En el este.

—Mmm —gruñó la Jueza—. Forest ha derrotado al Ejército Popular una vez más. Estamos haciendo volver a Adua al general Cutler y a algunos de sus oficiales perdedores para juzgarlos por traición. Parece que dar botas de hombre grande a hombres pequeños no los hace grandes. Solo los hace tropezarse. —Dejó caer la cabeza a un lado—. Ahora Forest y sus traidores marchan hacia Adua para devolver el trono al zopenco que tenemos por rey, ¿podéis creerlo? Menudo follón estratégico. Parece que el Gran Cambio requiere de un héroe que lo salve. —Arqueó las cejas como si se le acabara de ocurrir la idea—. ¿Qué te parecería, Joven León? ¿Tienes ganas de volver a la silla de montar?

Desde hacía unos meses ya, de hecho, y sobre todo desde la reciente visita de Vick dan Teufel, pero Leo estaba procurando no dejarse llevar más por sus deseos.

—Si se requiere que defienda el Gran Cambio —dijo con calma—, cumpliré mi deber.

—Vaya. —La comisura de la boca de la Jueza se dobló hacia arriba—. ¿Sabes por qué me llaman la Jueza? Es una buena historia. Poneos un té, joder, en serio.

Se reclinó en sus cojines y apoyó un pie descalzo en la mesa, alzando la mirada hacia el Maestro Creador, pensativa. Y Leo reparó con un frío sobresalto en que se le había abierto el vestido y estaba enseñando a media sala su coño pelirrojo. No habría sabido decir si era a propósito, pero había algo en la manera de ponérselo delante con tanta despreocupación que le daba un leve pavor. No había nada que tuviera menos ganas de ver, pero de algún modo tenía que apartar los ojos una y otra vez.

—No sé quiénes fueron mis padres —dijo la Jueza con la voz perdida, moviendo los dedos del pie—. Colonos en las Tierras Lejanas, tal vez. Pero los mataron cuando era niña y a mí me raptaron los fantasmas. Me criaron los fantasmas. En el clan del gran Sangeed, Emperador de las Llanuras.

La mujer de los cuchillos levantó la mirada de los dados y se rio. La Jueza le frunció el ceño.

—¿Te hago puta gracia?

La mujer negó con la cabeza y volvió a sus dados.

—Los fantasmas me trataban peor que a un perro. Peor que a una esclava. Pero como era forastera, me hicieron jueza de las disputas entre sus clanes. Lo importante no era la justicia, ni la inocencia, ni la culpa. Lo importante era lo que debía hacerse. Mantener el equilibrio entre los distintos grupos de la llanura, para que ninguno obtuviera demasiado poder sobre los demás. —Se rascó el pelo mal rapado del lado de la cabeza—. Pero claro, cada vez llegaban más colonos, más caravanas, y fueron acabando con los fantasmas uno por uno y ahuyentando la caza y envenenando el agua. Un día vinieron al pueblo, mataron a toda la gente que conocía y me dijeron que me habían rescatado. Y cuando me preguntaron cómo me llamaba, ¿sabes qué les dije?

—La Jueza.

—No eres tonto —dijo la Jueza chasqueando los dedos—. Es posible que por eso ahora haga de jueza. Porque me inculcaron la pasión por conservar el equilibrio.

—Suena más a excusa que a motivo —murmuró Jurand.

Leo lo miró de soslayo, ceñudo.

—Es lo mismo visto desde lados distintos.

—¡Ja! —La Jueza pinchó el aire hacia Leo con el índice—. ¡Iba a decir justo lo mismo! No es solo una cara bonita, ¿eh, Broad?

Broad clavó la mirada en Leo, tensando los músculos de la mandíbula, y dio un trago de su botella. Leo se preguntó si estaría tan furioso que no podía hablar o tan borracho que había olvidado cómo se hacía. Quizá las dos cosas.

—¿Sabes qué problema tiene una cara bonita? —estaba diciendo la Jueza—. Que la gente se acostumbra a sus ventajas y, cuando se la quitan, les faltan los recursos para buscar el triunfo. No hay nada más triste que una persona que antes era hermosa. Tienen como una sonrisa desesperada. «Admírame, admírame», dice, aunque ya no quede nada que admirar.

Echó la espalda hacia delante, devolviendo su entrepierna a la sombra, gracias a los muertos, y cogió una hachuela de la mesa. Glaward se removió nervioso mientras la levantaba, pero lo único que hizo la Jueza fue cortar un muslo de pollo con un par de golpes resonantes que provocaron un adormilado quejido en la sala

contigua. Tiró el hacha al suelo, empezó a mordisquear hambrienta el hueso y entonces se detuvo.

—¿De qué estábamos hablando?

—Del mando del Ejército Popular —respondió Leo, como si el asunto le trajera sin cuidado. No había dicho gran cosa, pero aun así sintió como si los ojos de la mujer estuvieran sopesándolo y abriéndolo en canal y estudiando sus entrañas como un médico ante un cadáver.

—¡Exacto! —La Jueza lo señaló de golpe con el hueso de pollo y un trozo de carne salió volando y se quedó pegado al suelo detrás de él—. Mucho ha cambiado en este último par de años, pero sigues siendo un hombre popular. Eres militar hasta la médula y los guerreros te respetan. Derrotaste a Stour Ocaso en un círculo de sangre y todo eso. Tengo entendido que antes eras temerario, pero supongo que ya te habrás curado de eso. No puede decirse que confíe en ti, pero es que nunca confío en nadie en quien confíe, no sé si me entiendes. Eres un riesgo, pero en estos tiempos no hay nada seguro, y de todas formas lo seguro nunca merece la pena.

—Así que…

—Así que eres la elección perfecta.

La Jueza volvió a reclinarse y siguió mordisqueando el hueso.

—¿Pero…?

—Pero no eres el único que quiere algo. —La Jueza tiró al suelo el hueso pelado, se lamió los dedos y los secó apartándose el pelo de la cara—. ¿Sabes quién es la persona a la que más me gustaría llevar a juicio?

Leo no quería prolongar aquello. Toda conversación con la Jueza era un juego que podía volverse letal en cualquier momento. Se preguntó a quién querría ver él juzgado.

—¿Al rey Orso?

Ella arrugó la nariz.

—¿Esa polla andante? No. ¿Has leído algún libro de Sworbreck?

Leo preferiría beberse el meado de Sworbreck.

—No soy… muy aficionado a leer.

—Deberías. A mí me ayudó a superar una época difícil. El último capítulo siempre es la despedida sentimental. Pero el clímax de la

historia está un poquito antes. El peligro. La emoción. El triunfo. ¿Comprendes? —Hizo un marcado encogimiento de sus huesudos hombros—. Llevar a juicio al rey Orso es el último capítulo. Tiene que hacerse, pero tampoco será algo muy estimulante, ¿verdad, Broad?

Broad se quedó callado.

—No, la persona a la que más me gustaría juzgar es al mismísimo Viejo Palos. Al puto Sand dan Glokta. Era él quien definía la política. Quien torturaba y levantaba la horca y daba ejemplo. Quien acabó con la mayoría de los hombres que hemos tallado en la plaza de los Mártires. —La Jueza torció el labio, asqueada—. Pero, como la vieja rata astuta que es, se ha escabullido por las ranuras. Necesito a alguien en el banquillo de los acusados que me ayude a hacer salir al tullido.

Levantó las cejas, expectante.

—Bueno, nunca nos hemos molestado en tenernos cariño, eso te lo prometo. No tengo ni idea de dónde…

—Quiero llevar a juicio a tu esposa.

La Jueza estaba sonriendo, así que Leo se lo tomó a broma y compuso también una sonrisa amarga.

—Estás de broma.

—No estoy de puta broma —siseó ella, enseñando los dientes—. Quiero tu palabra de que, si llevo a tu mujer al banquillo, no harás nada para detenerme. Si ella acusa a su padre y nos dice dónde encontrarlo, me atrevo a afirmar que el tribunal podría mostrarse clemente. ¿Eh? ¿Eh? *¿Eh?*

Leo tragó saliva. El corazón le latía muy fuerte. Lanzó una mirada a Broad, pero sus lentes reflejaban la luz de una ventana y estaban de un blanco brillante, impidiendo que Leo le viera los ojos. Había algo muerto en su rostro de poblada barba de unos días. Costras en los nudillos tatuados. Verdugones a un lado del cuello. Broad levantó la botella y dio un sorbo.

—Leo… —susurró Glaward, y Leo levantó una mano para silenciarlo.

Era increíble que hubiera pasado menos de un año desde que presentara a Savine al pueblo de Angland, que le vitoreaba en el

puerto lleno de orgullo y admiración. Leo recordó hasta haber utilizado la palabra «amor», aunque ya no estaba seguro de a qué se había referido con ella. Si en esa época alguien hubiera amenazado con tocar un solo pelo a su esposa, se habría enfrentado a su impulsiva y recta furia. Pero desde entonces había tenido lugar un Gran Cambio. Un cambio en muchísimas cosas. Ya no podía permitirse la impulsividad ni la rectitud, ni mucho menos la furia.

Leo habló despacio y con precisión.

—Si existen pruebas contra mi esposa, la nación debe juzgarla. Acepto tus condiciones.

Hubo un silencio largo y nervioso. Luego la Jueza se echó a reír.

—Ay, Joven León, pero qué maravilla. —Se dio una palmada en el muslo tatuado—. El amor puede unir a la gente cuando hace buen tiempo, pero no la mantiene atada cuando llega el frío. El odio es mejor, lo sé por experiencia. Un enemigo común hace que la gente colabore. Pero los enemigos terminan derrotados y dejados atrás, igual que los Rompedores vencieron al rey, igual que los magos vencieron a Kanedias, ¿y qué pasa entonces? Que la gente se acostumbra a tener enemigos. Siempre necesita que haya más. Se vuelven unos contra otros.

Había entrado alguien desde la sala contigua. Un hombre bajito y robusto, vestido con un chaleco y nada más.

—¿Qué coño…? —farfulló, entrecerrando los ojos para protegerlos de la luz.

—Ponte algo encima, puto animal. —Los ojos de la Jueza regresaron a Leo—. El amor y el odio son lujos. Puede que los poetas digan que proceden del corazón, pero yo digo que no. Son mentiras que nos contamos a nosotros mismos. Son elecciones que se hacen. En cambio, el *miedo*… —Levantó un puño tembloroso—. El miedo es un instinto. El miedo y la lujuria y el hambre son universales. Hasta los insectos más despreciables los tienen. El miedo está en las entrañas. Está en los huesos. Está en las pelotas y en el ojete y en el coño. El miedo y la lujuria y el hambre son lo que nos unirá y nos mantendrá en el buen camino. La gente no necesita amor ni odio, Joven León, pero siempre debe *temer*. Nunca

lo olvides.

Leo le dio un par de vueltas en la cabeza y asintió.

—Un sabio consejo —dijo, y ni siquiera tuvo que mentir—. Entonces… —Levantó con esfuerzo el pie bueno, apartó un poco de basura con el talón y lo apoyó en la manchada mesa junto al de la Jueza—. ¿Voy poniéndome la bota de montar?

—¡Ya tardas, general Brock! ¡El Joven León cabalga de nuevo! —Levantó los brazos y uno de los dos hombres de la ventana dio un breve aplauso—. ¡Menuda ironía! Por obra del rey tenemos a un plebeyo nombrado lord mariscal, y por obra del pueblo tenemos a un lord gobernador que se nombró plebeyo él mismo. La vida puede ser horrible —dijo, señalando con el pulgar al Juvens muerto—. Pero también puede ser una delicia. —Y señaló a Kanedias y su mar de fuego—. Ahí reside su verdadera belleza, ¿eh? En su variedad. Si no ando errada, tendrás algún viejo uniforme tirado en alguna parte. Aunque puede que tengas que remeterlo un poco por la rodilla, supongo.

—¿Los representantes lo aceptarán?

—Bueno, últimamente no he visto que nadie me lleve la contraria, ¿tú sí? —La Jueza señaló con el mentón al hombre de la nariz rota —. ¿Chispas? Irás con él.

El hombre parecía tan descontento con la orden como lo estaba Leo, pero lo ocultó mucho peor.

—¿Yo?

—¿Me estás llevando la puta contraria?

Broad se movió, cerrando el puño libre, y Chispas dio un cauteloso paso atrás.

—Claro que no, Jueza, claro que no.

—Hará de… ¿Cómo se llamaba? De enlace, entre los oficiales de pureza y tú. Así todo el mundo se mantendrá centrado, leal y con el mismo objetivo.

—Seguro que nos es de gran ayuda.

Leo echó el peso hacia atrás, balanceándose para levantarse de la silla, y apretó los dientes cuando se volvió a acentuar el dolor en el muñón.

—Lo enviaré contigo después. Cuando hayamos hablado un

momentito. Asuntos de Quemadores, ya sabes.

—No tendrá problemas para alcanzarme. —Leo se dio un golpecito en la pierna falsa con el bastón—. De un tiempo a esta parte, no ando muy deprisa.

—No querría entrometerme en el viril asunto de la guerra, pero acéptame un consejo, general, antes de cabalgar hacia la gloria. —La Jueza echó atrás la cabeza sin dejar de mirarlo—. No pierdas. ¡Y ahora, que alguien me frote los putos pies! ¡O mejor dicho, que empiece por ahí y siga hacia arriba!

Cuando Leo regresó renqueando hacia la escalera, las voces parecían haber cesado, al menos. Excepto la que lloraba. Esa aún se oía, tenue.

Glaward llegó apresurado junto a él y siseó:

—Esa mujer pretende llevar a Savine a juicio.

Leo tiró el bastón al suelo, agarró al hombretón por la casaca, apoyó el peso en él y lo llevó contra la pared.

—¿Te parece que no me he dado puta cuenta?

—Podría avisarla de…

—No vas a hacer eso. Vas a reunir a todos los hombres que sean de fiar y luego partirás conmigo para reunirnos con el Ejército Popular de inmediato.

Glaward se lo quedó mirando. Conmocionado. Como si nunca hubiera visto del todo bien a Leo hasta ese momento y no le gustara su aspecto ahora que se fijaba.

—Pero… tus hijos…

Leo lo empujó de nuevo y siseó entre dientes apretados:

—Si Savine huye, la Jueza sabrá que no hemos cumplido el trato y todo habrá acabado. Tiene que *confiar* en mí. O confiar lo suficiente, al menos. Es la única manera de que esto tenga la menor posibilidad de funcionar.

—Tiene razón —dijo Jurand en voz baja, metiendo entre ellos el bastón de Leo a la altura del pecho y haciendo palanca para separarlo de Glaward—. No tenemos elección.

Jurand lo había comprendido al instante, cómo no. Nunca había sido un sentimental.

—Esto es lo que quería Savine —espetó Leo—. Debería haber

sabido cómo podría terminar. —Arrebató el bastón a Jurand y siguió renqueando hacia la escalera, entre el eco que devolvía el techo dorado del roce de su pata de hierro contra el mármol—. ¿Debería haber dicho que no? —Señaló con la cabeza la consigna del pie de la escalera—. ¿Debería haberle soltado a la Jueza un «que te jodan»? Habríamos acabado todos juntos en el banquillo antes del anochecer.

A su espalda, Jurand hizo una larga inspiración.

—Aún es muy posible que acabemos ahí.

Conspiración de medio pelo

Vick caminaba calle abajo esquivando a la gente, entre un amasijo de huellas medio derretidas y la nieve manchada de negro que se acumulaba en los desagües y contra los portales. Iba a contracorriente, como de costumbre, y pensando en todo lo que podría salir mal.

Había echado al agua una red muy amplia para rebañar del fondo aquella conspiración suya de medio pelo. No le había quedado más remedio, si quería darle una mínima posibilidad de salir bien. La red se había cerrado en torno a algunas de las personas en quienes menos habría confiado. Savine Brock, la manipuladora más despiadada con la que una querría no hacer negocios jamás. Su marido, Leo, cuya temeridad ya había enviado a pique un intento de traición. El cabo Tunny, legendario en fumaderos de cáscaras y casas de apuestas por su enorme bocaza y su diminuto coraje. Su compinche, Yema, que por el breve trato que habían tenido parecía ser uno de los hombres más estúpidos de la creación. Y luego estaba la piedra angular de todo el asunto, el rey Orso, nacido con una flor en el culo que llevaba metida tan arriba que cuando bostezaba se veía la punta. Vick solo esperaba que su ayuda de cámara, una chica de catorce años a la que había dado trabajo cuando estaba de lavandera en un burdel, fuese capaz de impedirle cometer alguna metedura de pata letal.

La única persona de quien de verdad se fiaba era Sebo, y también era la única persona a la que se había asegurado de mantener completamente al margen.

Todas las lecciones que tanto le había costado aprender en los campos de prisioneros. Todos los meticulosos cálculos de riesgos. Todas las mentiras que había contado para garantizar que seguía en el bando ganador. Todo enviado a la mierda en un momento de necedad.

Se detuvo en una esquina para quitarse la nieve sucia de las botas contra la pared, y para echar otro cuidadoso vistazo atrás mientras tanto.

El cabrón enorme de la capucha aún estaba al otro lado de la calle, con la cara oculta salvo por una áspera barba entrecana en una mandíbula ancha. Vick ya sospechaba que estaba siguiéndola. Quedaba confirmado. Había algo que no le hacía ninguna gracia en su postura. El hombre se inclinaba un poco hacia el lado izquierdo. Como si intentara disimular un arma demasiado grande para esconderla.

Los nervios estaban a flor de piel en el mercado. Las escasas existencias seguían menguando, los altos precios seguían disparándose. Había un trabajador corpulento discutiendo con el pescadero, pies separados y dedo acusador. Vick serpenteó hacia él entre el gentío y, al pasar, le metió la mano entre las piernas por detrás y le levantó con suavidad las pelotas. El hombre dio media vuelta, pero para entonces Vick ya estaba examinando los cubiertos de segunda mano en el siguiente puesto.

—¿Qué coño haces?

El trabajador agarró al hombre que tenía más cerca y empezó a gritarle a la cara. Vick saltó al suelo y se deslizó bajo un carro, corrió entre la muchedumbre agachada, agarrándose fuerte la cadera mala para que no le doliera, mientras la gente estiraba el cuello y se ponía de puntillas para ver la enorme bronca de atrás. Entró en una casa de empeños que conocía, cuya puerta trasera daba a la vía Media. Saludó con la cabeza al dependiente, que la miró arrugando la frente sobre sus anteojos agrietados, se subió las solapas para protegerse del frío y se incorporó a la multitud que caminaba encorvada hacia el sur.

Había mucha gente en la taberna. El ruido de la charla ociosa y el calor del aliento desperdiciado, las ventanas empañadas que convertían la calle en una neblina centelleante. Era de esos locales donde los jóvenes ricos se reunían para fingir ser jóvenes pobres y regurgitar la última opinión que hubieran oído. De esos locales donde los jóvenes ricos antes rebuznaban a favor de un Gran Cambio y ahora bebían sin parar y soñaban desesperados con que este desapareciera.

Vick había hecho por llegar pronto, pero su contacto se le había adelantado. Era un tipo anodino con una ramita de acebo en la solapa, sentado a una mesa con un vaso vacío y un plato de salchichas nada apetecibles.

—Inspectora Teufel.

—¿Y tú eres…?

—Un empleado del canciller Sotorius en Sipani. —Aunque lo dijo sin el menor acento.

Vick se sentó delante de él.

—¿Te han seguido?

—No. ¿Y a ti?

Vick repasó la estancia sin que se le notara, pero no había ni rastro del hombretón que había tenido detrás de ella. Cerca solo vio a una mujer regordeta con un sombrero caro manchado de rojo, leyendo un poema sobre los horrores de ver pasar hambre a los hijos de una.

—No.

—Bien. Deberías probarlas. —Movió el plato hacia ella mientras susurraba con un hilo de voz—: Un regalo de la princesa Carlot.

—Qué buena pinta —mintió Vick, y se acercó el plato para que le cayera en el regazo el paquete que había debajo. Dio un mordisco a una salchicha—. Y sabe tan bien como parecía.

Eso último al menos no era mentira. Pero poder llevarse algo a la boca ya era toda una suerte. La comida con buen sabor era una verdadera extravagancia en los últimos tiempos.

—Con esto concluye nuestro trato —dijo el anodino hombre del

canciller Sotorius—. Buena suerte con tus planes.

Vick le cogió la muñeca mientras se levantaba para marcharse.

—La princesa es consciente de que no puedo prometer nada, ¿verdad?

—Con que haya una posibilidad de que esto ayude a su hermano, se da por satisfecha.

El hombre hizo un rápido asentimiento y desapareció entre la gente. Tras él, un grupo de jóvenes hizo entrechocar las jarras, envió al aire una rociada de espuma y estalló en ruidosas carcajadas.

Ay, quién fuera una joven estúpida y sin preocupaciones.

Paró al lado de un chico que vendía cerillas, tan envuelto en una bufanda que apenas veía.

—Lo primero, dame unas cerillas —le dijo, tendiéndole un marco de plata que le iluminó la mirada.

—¿Y lo segundo?

Vick se aseguró de no volverse.

—¿Ves a un hombre grande observándome? ¿Con capucha y barba gris?

El chico miró detrás de Vick.

—Está quieto a unos veinte pasos.

Vick enseñó los dientes. El muy hijo de puta había vuelto a encontrarla, de alguna manera.

—Voy a irme por la izquierda. Entretenlo todo el tiempo que puedas.

—Por un marco más, me peleo con él.

—Así me gusta. —Le puso otra moneda en la mano—. Pero eso déjamelo a mí.

Pasó junto al chico, corrió por delante de un caballo esquelético que tiraba de una carreta casi vacía y dobló la esquina por un callejón que daba a una de las cicatrices negras que había en la ciudad. Alguien había incendiado un templo sureño y se había llevado por delante unas pocas calles. Las casas estaban abiertas y vacías: vigas ennegrecidas, ventanas abrasadas, atisbos de

escombros chamuscados a través de portales derruidos.

Allí reinaba el silencio. Ese silencio mullido y amortiguado que traía la nieve. Unos cuantos pares de pisadas, de gente refugiada en las ruinas o que las usara para negocios turbios de un tipo u otro, pero se habían llenado en parte con la nevada más reciente. Vick pisoteó dejando una docena de huellas claras en la blancura y luego retrocedió deprisa, metiendo los pies donde ya había pisado para no dejar más. Cogió impulso, saltó de lado a un portal que goteaba y apretó la espalda contra el enlucido quemado. Se volvió silenciosa, se volvió pequeña, esperó.

Podría haberse escabullido. Pero si aquel cabronazo la había localizado dos veces, volvería a encontrarla, y cuando lo hiciera podría ser él quien le tendiera la emboscada. Vick tenía que saber quién era, quién lo había enviado, en cuál de las mil maneras posibles su desvencijado plan estaba haciendo aguas. En esos momentos podía haber una docena de Quemadores esperándola en sus habitaciones, con un puñado de cartas del rey que llevaban su nombre escrito por todas partes. Tenía que saberlo.

Sacó la porra, pesada, dura y negra. Una cosa que no había cambiado cuando la Inquisición pasó a ser la Inspección. Un utensilio para obtener respuestas, romo pero sorprendentemente efectivo, si se usaba bien. Era increíble la cantidad de problemas que podían resolverse con un pedazo de madera.

Todo aquello le recordaba a los campos. La nieve, el frío, la oscuridad. Estar esperando a un hombre en la sombra con un palo y una mandíbula tensa. Lo oyó acercarse. Pasos pesados, que hacían crujir la nieve. El hombre vio las pisadas. Mascculló una maldición. Luego pasó por delante del portal, cabeza gacha, siguiendo el rastro. A Vick le pareció que tenía la mano metida en el abrigo. Sobre la empuñadura del arma, tal vez, y sujetó la porra con más fuerza y salió del portal.

El hombre aún le daba la espalda, pero era incluso más grande de lo que había pensado. Sus hombros daban una horrible sensación de robustez. No podía arriesgarse a darle ninguna oportunidad. Pegar primero, con todas sus fuerzas. Las oportunidades, para después.

El corazón le atronaba en los oídos mientras se le acercaba con sigilo por detrás. El hombretón había llegado al final del rastro y estaba mirando alrededor, intentando comprender qué había pasado. Vick dio otro paso cauteloso hacia él y entonces se encogió por una punzada en su puta cadera. La nieve crujió levemente bajo su bota cuando levantó la porra.

El hombre giró la cabeza de sopetón. Un vistazo a su cara de barba entrecana, al rabillo de un ojo.

Vick retrajo los labios mientras descargaba la porra apuntando al lado de la rodilla, pero en el último momento el hombre levantó la pierna y encajó el golpe en la carne de la pantorrilla con un sonido apagado. No cayó. Ni siquiera gritó. Un leve gruñido, tal vez, y un trompicón lateral. Mientras el hombre se volvía, Vick plantó los pies y ya estaba atacando de nuevo, desde arriba, con toda la fuerza que tenía.

Él echó la cabeza a un lado y la porra le cayó en el hombro. Esa vez ni gruñó. Solo dio medio paso atrás. Vick atacó de nuevo, pero el hombre desvió la porra con el antebrazo y se abalanzó sobre ella tan rápido que apenas pudo verlo, mucho menos apartarse.

Vick había recibido muchos golpes. Pero jamás ninguno tan fuerte.

Se dobló como una bolsa de papel, la porra le cayó de los dedos entumecidos y se quedó de rodillas en la nieve con la boca abierta y un hilillo de saliva colgando del labio, emitiendo una especie de impotente resuello, abrazada a sí misma y presa de enormes y palpitantes sacudidas de dolor en un lado de la tripa.

Llevaba un cuchillo en la bota. Pero no podía moverse. No podía ni respirar.

El hombre se acuclilló delante de ella, pero Vick no veía nada de él por encima de las rodillas.

—¿Inspectora Teufel? La sirviente del rey me dijo que te buscara.

Aquella vocecita aguda no podía ser de nadie más. Era Bremer dan Gorst.

—¿No hay nadie más aquí? —preguntó Gorst mientras Vick abría la

puerta empujando con el hombro.

Casi se echó a reír, pero hasta eso le provocó un fogonazo de dolor en el costado.

—No. No hay nadie más aquí. —Su último invitado había sido Sebo, cuando Vick le pagó por traicionar a sus amigos. Miró a Gorst —. ¿Nunca tienes la sensación de haber tomado muchas malas decisiones?

El hombretón no respondió. Por algún motivo, Vick se lo tomó como un sí. Cojeó por el pasillo, tan estrecho que Gorst tuvo que poner los enormes hombros un poco de lado para poder pasar. Qué frío hacía allí dentro. Parecía que incluso más que fuera. Vick se sentó poco a poco junto a la pequeña mesa en el pequeño comedor, sacó las cerillas que había comprado y encendió el cabo de una vela. Apoyó la espalda agarrándose el costado.

Gorst estaba en la puerta, la tenue luz cincelaba sombras en la losa que tenía por cara.

—¿Duele?

—Solo cuando respiro. —Vick sospechaba que tenía una o dos costillas rotas—. Yo no te he hecho daño, ¿verdad?

Gorst dejó la porra de Vick con cuidado en la mesa y negó con la cabeza.

—¿No podrías fingir aunque sea un poco, para no herirme el orgullo?

—¿Bromeas? —Lo dijo como una pregunta sincera. Como si de verdad no supiera distinguirlo.

—Eso intentaba. Supongo que a todos nos gusta creernos más duros de lo que somos. Que te destruyan esa ilusión nunca es agradable. —Hizo un gesto hacia los aparadores vacíos y un par de puertas que seguían rotas desde cuando los Quemadores habían invadido el Agriont—. Te ofrecería algo, pero… no tengo nada.

Vick contempló la estancia como si la estuviera viendo con nuevos ojos. Si el lugar donde una vivía era un reflejo de su vida, la de Vick apenas podía estar más vacía. El polvoriento tablero de cuadros con el que no jugaba nunca. Los polvorientos libros que no leía nunca. Aparte del manoseado ejemplar de *La vida de Dab Sweet* que había pertenecido a Sibalt, tal vez. Pero mirar una

ilustración una y otra vez mientras pensabas en todo lo que habías desperdiciado tampoco contaba.

—No acostumbro a tener muchos invitados —murmuró.

—Ni yo a serlo.

Gorst se quitó la capucha. Vick lo recordaba con toda la cabeza rigurosamente afeitada, pero le había crecido una mata entrecana por los lados y un ralo copete arriba. Parecía más un abogado descomunal que un espadachín.

—El cabo Tunny me tenía escondido en su…

—¿Casa de putas?

—Vinieron los Quemadores. Tuve que salir por la ventana.

—Debía de tener ventanas más grandes de lo que cabría esperar.

—Tuve que apretarme. —Gorst puso cara de perplejidad—. Se me acusa de ser monárquico.

—Bueno, estuviste al mando de los Caballeros de la Escolta para dos reyes. No se puede ser mucho más monárquico que eso.

—¿Y tú?

—Hice trabajo sucio para dos archilectores, supongo. Me crié en los campos de prisioneros… —Se quedó un momento con la boca abierta, pensando hacia dónde llevar aquello—. Allí se aprende a estar con los ganadores.

—¿Y qué te trae al bando perdedor?

Era una buena pregunta para una mujer que había sufrido más que la mayoría bajo el antiguo régimen. Que le había arrebatado su infancia, su juventud y su familia. Nadie debería haberse regocijado por su caída más que ella. Pero ahí estaba, arriesgando la vida para restaurarlo.

—Ya he visto a demasiada gente arrojada desde la Torre de las Cadenas. Y me cae bastante bien el rey Orso. —Era raro oírse hablar así. Apenas lo conocía. Solo aquel breve agradecimiento, cuando Vick volvió de Westport. Y su mano sobre la de ella, en una sala bajo el Pabellón de Interrogatorios. ¿No hacía falta más para ganarse su devoción? A lo mejor Glokta había estado en lo cierto. De verdad buscaba con desespero algo a lo que ser leal—. Puedes quedarte aquí de momento. Dudo mucho que vengan a buscarte a unos pocos cientos de pasos del Tribunal Popular. Y tienen a gente

de sobra a la que perseguir. Me da la sensación de que les trae bastante sin cuidado a quién ejecutan, siempre que haya cola.

—¿Qué estabas haciendo en esa taberna? —preguntó él.

—¿No confías en mí?

Gorst no respondió. Vick supuso que, en lo relativo a la seguridad del rey, un primer guardia no confiaba en nadie.

—Estaba recibiendo esto. —Hizo una mueca al sacar el paquete de debajo de su cinturón y dejarlo en la mesa—. Joyas. De la hermana del rey, en Sipani. Vamos a utilizarlas para comprar las puertas de la ciudad.

—¿La avaricia aún funciona?

Vick dio un bufido.

—La gente aún es gente, así que…

Alguien llamó fuerte a la puerta.

Vick cruzó la mirada con Gorst y se llevó un dedo a los labios. Un gesto inútil, dado que el hombre apenas hablaba de todos modos. Gorst se pegó a la pared y desenvainó sin hacer ruido su acero corto, una hoja como un antebrazo de inmaculado metal pulido que reflejó la luz de la vela.

Así que esa docena de Quemadores cuya llegada se temía habían sido listos y esperado a que volviera a casa antes de hacerle una visita. Vick torció el gesto al agacharse para sacar el cuchillo de la bota, que ocultó tras el brazo.

—¡Ya voy! —exclamó animada volviendo a paso tranquilo por el pasillo, mientras el corazón le aporreaba en los oídos.

Intentó abrir la puerta como si no fuera culpable de nada ni tuviera costillas rotas, y entonces sintió una vertiginosa oleada de alivio seguida por una vertiginosa oleada de dolor al respirar demasiado fuerte.

—¿Qué pasa, Sebo? Estoy acompañada.

Sebo estaba plantado en la gélida penumbra, mirándola.

—Llevaba un par de días sin saber de ti. Me he preocupado. Y en fin, he oído voces y…

—Y el único motivo por el que un hombre vendría a mi casa es para matarme, ¿verdad? —Se movió para bloquear el umbral. No era difícil. No era un umbral muy grande—. Todos tenemos

necesidades, Sebo.

Al principio el chico pareció sorprendido, luego algo perturbado por la idea de que Vick pudiera tener necesidades.

—Ah. Claro.

—Agradezco que te preocupes.

Sebo se quedó mirándola. Vick meneó los dedos hacia la noche.

—Puedes irte.

Y cerró la puerta de un empujón con el hombro. Se apoyó un momento en la pared, con una mano en el costado y respirando con cuidado, ni demasiado flojo ni demasiado fuerte. Luego regresó por el pasillo, rodeó a Gorst en dirección a la ventana y abrió una minúscula rendija el postigo para asegurarse de que Sebo estuviera marchándose.

—¿No confías en él? —murmuró Gorst.

—No confío en nadie.

Por algún motivo, era más fácil decirse eso a sí misma que admitir que no quería ponerlo en peligro. Lo miró alejarse encorvado por la nieve hasta que desapareció doblando una esquina. Joder, era igualito que su hermano.

Lanzó una mirada a Gorst, una franja de tenue luz bajándole por el rostro arrugado, una franja de hirsuta barba y un mechón de pelo grasiento caído en la frente.

—¿Así que nosotros dos somos la gran esperanza? —dijo agarrándose el costado mientras volvía a sentarse despacio en la silla—. Que los Hados asistan a la Unión.

Una denuncia sensacional

—Pero ¿tú has visto cómo están? —murmuró Orso mientras lo llevaban entre las nuevas estatuas de lo que antes era la vía Regia.

El clima gélido y el posterior deshielo no las habían tratado bien. La nariz de una inmensa mujer de aspecto maternal ya había caído en pedazos, que yacían desperdigados en torno a su pedestal. También tenía unas preocupantes grietas en el busto. Sería lo siguiente en caer, partiendo el cráneo a algún desafortunado transeúnte. Aplastado por tetas gigantes. Era la forma en que Tunny siempre había deseado morir.

—Risinau trajo a una escultora de Estiria para que las rehiciera —dijo Hildi, alzando la mirada—, pero la tiraron de la Torre de las Cadenas con él. Así que encargaron el trabajo a unos mamposteros.

—Ah, sí. —Tenía el vago recuerdo de los representantes hablando de eso un día antes de empezar los juicios. Un joven alborotador de provincias echando espumarajos por la boca—. Porque un escultor de verdad habría sido un lujo aristocrático. ¡No hay tarea que supere la destreza de un orgulloso trabajador de la Unión! —Infló los carrillos—. Por los Hados, es que ni destruir bien las cosas saben.

—¿Estás diciendo que echas de menos las antiguas? —preguntó Hildi.

Orso abrió la boca para responder, pero se detuvo. Como le pasaba con tantas cosas en tiempos recientes, tenía sentimientos encontrados. Lord Hoff se había referido en una ocasión a las estatuas de la vía Regia como el tesoro más valioso de la Unión. Un

homenaje a la mayor nobleza concebible. Una auténtica maravilla del mundo, siempre que la arrogancia patriótica fuese el fetiche de uno.

Solo que, por supuesto, también habían sido una absoluta sarta de mentiras. Un desfile de prepotencia interesada en el que un día Orso habría ocupado su lugar, donde se celebraba a los torturadores más dedicados por su compasión, se alababa a los belicistas más vengativos por su templanza, se elogiaba a los haraganes más negligentes por su concienzudo celo. Y como para establecer el tono de aquella desvergonzada distorsión de la historia, a Bayaz, el ladrón más descarado que había visto jamás el mundo, lo habían alzado literalmente sobre un pedestal en ambos extremos por todo lo que había entregado a la Unión.

—¿Qué prefieres tú? —preguntó Orso encogiéndose de hombros —. ¿Unas mentiras grandiosas o unas feas verdades?

—Creo que podría irnos mejor sin ninguna de las dos —masculló Hildi.

Orso tenía sentimientos más encontrados si cabe por los cambios que habían hecho a la plaza de los Mariscales. Trató de levantar la barbilla y caminar con aquella fanfarronería descuidada que tanto irritaba a sus muchos guardias, pero no conseguía impedir que sus ojos se desviaran hacia abajo. No podía evitar leer los nombres tallados en las losas donde en una ocasión había terminado un desfile en su honor. Aquí y allá se veían montoncitos derretidos de cabos de vela, coronas de flores marchitándose, empapadas cartas de gratitud, altares improvisados junto a los nombres de los mártires más dignos de admiración. Cuántos nombres había. Miles y miles, cada cual una persona muerta para que él pudiera sentarse en una silla dorada y aparentar que ostentaba el poder.

Por suerte o por desgracia, al poco tiempo desviaron su atención los abucheos. El invierno había reducido sin piedad el tamaño de las multitudes que se congregaban ante el Tribunal Popular, pero los fanáticos que seguían allí lo compensaban a base de pura rabia, haciendo presión alrededor de los guardias, agitando panfletos en el aire y vociferando insultos.

Orso sonrió, saludó, lanzó besos como hacía siempre.

—¡Qué amables sois, súbditos míos! Venir con el frío que hace, por mí. ¡No se merece! —Una mujer que abucheaba le escupió, y Orso llevó el gargajo a su chaqueta manchada como si fuese un ramillete—. ¡Lo conservaré por siempre!

—¡Larga vida al rey! —llegó un chillido.

—Oh, no —dijo Hildi.

Alguien se había subido a un pedestal roto cerca de los peldaños del tribunal. Un destello del sol dorado de la Unión en un pedazo de tela, que ondeaba con frenesí. La furia se extendió entre la turba.

—¡Larga vida al…!

El grito acabó en gañido cuando derribaron al hombre al suelo. Un tropel de gente que se esforzaba en acercarse para contribuir a la paliza.

Esas cosas pasaban cada vez más. ¿Aquellos monárquicos impulsivos serían unos lunáticos? ¿Unos simplones? ¿Unos suicidas? ¿O quizá era solo que las decepciones del Gran Cambio se les habían amontonado hasta tal punto que les provocaban algún tipo de obsesión? Orso agradecía todo apoyo, pero ¿no podían apoyarlo en silencio? Las demostraciones públicas de apego a la monarquía no hacían ningún bien a nadie. A quien menos al propio monarca.

En su último mensaje, Teufel le había dicho que el plan estaba en marcha. Que debía prepararse. Que sería cuestión de días. Tuvo que contener los nervios desbocados al pensarlo. Se inclinó hacia Hildi para susurrarle:

—Creo que la Jueza va a subirme al banquillo pronto.

—Llevas semanas diciéndolo.

—Esto se pone peligroso.

—También llevas semanas diciéndolo.

—Y con razón. Hildi, en serio te lo digo, este sería un momento excelente para que me abandonaras.

La chica bajó la voz aún más, balbuciendo entre labios apretados.

—Tus amigos cumplirán.

Orso entrevió a su más reciente partidario siendo arrastrado inconsciente, con sangre en el pelo. Un guardia le soltó un puntapié desganado. La muchedumbre había caído sobre la vieja bandera

como lobos sobre un cadáver y estaban pisoteándose entre ellos en su ansia por pisotearla. El cabo Halder contemplaba la escena con un aire de aburrido desapego y los brazos en jarras.

—Sigo esperando que lo hagan —musitó Orso—, pero siendo realista…

—¿Cuándo lo has sido en tu vida?

—Siendo realista, la probabilidad de fracaso es muy alta. —De hecho, cuanto más se acercaba el día, más alta le parecía esa probabilidad—. Y las consecuencias del fracaso… —Casi no merecía la pena enumerarlas. A fin de cuentas, pasaba todo su tiempo despierto rumiando impotente sobre ellas, y todo su tiempo dormido soñando con ellas—. Si al final no cumplen…

—Lo sabrás porque me oirás denunciarte al Tribunal Popular.

Orso sonrió.

—Esa es mi chica. Pero que sea una denuncia jugosa, ¿quieres? Nada de recitar nombres y más nombres como hace la gente ahora. Quiero que rebose de escándalo, detalles indignantes y baja estofa moral.

—Tranquilo, será de aúpa —dijo Hildi—. Haré que se caguen en las galerías.

—Mejor un poco antes. Ahí dentro ya huele bastante mal.

—Vamos —gruñó Halder, empujando a Orso por la escalinata del Tribunal Popular.

En otro tiempo el acceso a su augusta persona habría estado regido por un libro de normas que tenía cuatro dedos de grosor. Ahora cualquier idiota podía manosearlo con impunidad.

La Jueza estaba aposentada en la silla presidencial mientras metían a Orso de mala manera en la jaula del soberano, pero había un hueco en los primeros bancos donde el ciudadano Brock y sus anglandeses deberían haber estado acicalándose. Orso casi deseó que hubiera habido una denuncia sensacional contra ellos y los estuvieran llevando a rastras al Pabellón de la Pureza, pero sería una casualidad demasiado afortunada. La suerte no había estado muy de su parte en el último par de décadas.

—¡Silencio en la sala!

El murmullo remitió mientras Sworbreck avanzaba dando

zancadas. Se había hecho con un traje rojo sangre después de que lo nombraran procurador fiscal en jefe por el Gran Cambio. Dado que los procedimientos tenían menos que ver con la ley que con la fantasía reconfortante y el melodrama cutre, desde luego el escritor estaba más que capacitado.

—Tras semanas de minuciosa investigación —aulló, refiriéndose a una noche sacando de la cama a la última hornada aleatoria de desgraciados—, los leales servidores del Gran Cambio —siguió en referencia a los Quemadores, borrachos, drogados y adictos al asesinato— han arrancado de raíz la más siniestra de las conspiraciones… ¡y han traído a sus responsables a la luz de la justicia!

Siempre había nuevas conspiraciones. Siempre eran las más siniestras. Cada vez más enrevesadas, diabólicas, imposibles de refutar. Unas intrigas que de algún modo implicaban a los estirios, los gurkos y los norteños, todos a la vez. Unas maquinaciones que exigían de los enemigos del Gran Cambio ser al mismo tiempo unos manipuladores inescrutables y unos completos idiotas. Orso se preguntó qué ocurriría cuando hubieran matado a todo el mundo. ¿La Jueza se juzgaría a sí misma en último lugar en un Tribunal Popular vacío, se condenaría a muerte y se arrojaría desde la Torre de las Cadenas? Se le escapó un chisporroteo de risa de lo más inapropiado al pensarlo. Lástima que no iba a estar vivo para verlo, sino hecho papilla en el foso seco unos años antes. A menos que su amiga del Pabellón de la Pureza acudiera en su ayuda más pronto que tarde…

Desvió la mirada hacia el último grupo de desdichados que el capitán Broad llevaba al banquillo y enderezó la espalda de sopetón.

La mayoría de los presos intentaban mostrarse humildes. También era difícil no hacerlo, después de unos días con escasa comida y sin bañarse en algún rincón helado del Agriont convertido en celdas a toda prisa. Pero la mujer que iba en último lugar de aquel trío había hecho justo lo contrario, y llegaba ataviada como si se dirigiese al Certamen Estival en el apogeo del antiguo régimen, toda ella poblada peluca rojiza, dramática seda negra y tetudo contoneo.

—Selest dan Heugen —murmuró Orso.

Sabía que esa mujer no tenía ni un pelo de tonta, así que ¿por qué se había disfrazado de villana para aquella pantomima? Se alzó orgullosa en la tarima, desafiando los abucheos, los insultos y las propuestas obscenas de las galerías públicas, pero se distinguía la cerosa palidez del miedo bajo su exagerado colorete. Heugen miró a la Jueza, y la maestra de ceremonias de aquel circo demencial le devolvió una amplia sonrisa mientras subía los sucios pies a la mesa presidencial y asentía a su procurador fiscal para que diera inicio a su justa labor.

—¡Henrik Jost! —rugió Sworbreck al primer acusado, un hombre corpulento con papada y un chaleco remendado—. ¡Se te acusa de usura a gran escala y conspiración! ¿Tienes algo que alegar?

El hombre se levantó como puso, con aspecto atontado y una enorme magulladura encima de un ojo.

—Reconozco que he trabajado doce años como gestor de préstamos en la Banca Valint y Balk. —Bisbiseos desde arriba—. ¡Pero se consideraba un oficio respetable, respetable del todo! Organizaba préstamos para negocios dignos, molinos y factorías a lo largo y ancho de Midderland. Iniciativas que daban empleo a un sinfín de…

—Y entre esos *negocios* y esas *iniciativas* —siseó Sworbreck como si hablara de los peores excesos de un aquelarre—, ¿figuraban propiedades de esta mujer, Selest Heugen?

Un coro de abucheos. Varios pedazos de materia vegetal en descomposición cayeron desde las galerías y salpicaron el enlosado. El banquero miró a Selest. Ella le sostuvo la mirada, respirando fuerte con las fosas nasales muy abiertas.

—Bueno… sí, pero en esos tiempos nadie los veía como delitos…

—¡El tiempo no escuda a nadie del castigo! —bramó la Jueza—. ¡Culpable!

Jost iba a protestar, pero Sarlby se inclinó sobre la barandilla para darle un coscorrón que lo derribó en su asiento. Sworbreck ya había llegado pavoneándose frente al siguiente preso, un hombre tembloroso con un halo de pelo desarreglado y los ojos inyectados en sangre tras unas lentes agrietadas.

—¡Piater Norlhorm, se te acusa de declaraciones desleales,

simpatías monárquicas y conspiración para incitar altercados! ¿Tienes algo que alegar?

—¡Tengo mucho! —El hombre se levantó de un salto y agitó un puñado de papeles sueltos, escritos por las dos caras—. ¡He compuesto una defensa a toda prueba! —Gente refunfuñando en las galerías mientras Norlhorm se colocaba los anteojos en su rala cabeza y empezaba a rebuscar entre las páginas dispares—. Me temo que hubo daños provocados por la humedad en el último registro de mi celda y…

—¿No era a toda prueba? —dijo algún graciosillo en la galería superior.

Se oyeron risas.

—¡Ah, sí! —El anciano carraspeó e infló el pecho para leer las notas garabateadas en un retal de camisa vieja, declamando con plañidera voz de orador—. ¿Acaso no fue el mismo Juvens quien advirtió a los samnitas: «La justicia es más que castigo, más que venganza»? Esto… —Revolvió los papeles de nuevo y un par de trozos cayeron revoloteando al suelo—. ¿Y no fue Bialoveld quien…? No, fallo mío, un segundo, creo que fue Verturio quien dijo…

—¡No estamos aquí para una puta clase de historia! —exclamó desdeñosa la Jueza, dando un martillazo en la mesa—. ¡Culpable también!

—Pero si apenas había empezado con el preámbulo de…

Broad arrancó el manojo de papeles de las manos de Norlhorm y lo sentó de un empujón. No acertó en la silla y el hombre cayó despatarrado al suelo, moviendo a su alrededor bolsas de papel, envoltorios de velas y partituras.

—¡Selest *dan* Heugen! —gritó Sworbreck.

Selest se levantó, con manchas de aspecto enfermizo en las clavículas pero los puños cerrados como un luchador profesional a punto de entrar en el cuadrilátero.

—Se te acusa de usura, especulación, explotación y conspiración. —Unos cargos lo bastante difusos como para que fuese imposible demostrarlos o refutarlos, como lo eran siempre—. ¿Tienes algo que…?

—¡Quiero hacer varias denuncias! —exclamó ella de sopetón, como frenética por hablar antes de perder la oportunidad. Ni siquiera iba a molestarse en afirmar su inocencia. Con toda probabilidad era una actitud sabia. La inocencia era una pérdida de tiempo en aquel tribunal.

La Jueza se lamió los labios con expresión hambrienta.

—Adelante.

Selest empezó a cantar nombres como a un borracho le cantaba el aliento. Su círculo entero de conocidos salió en farfullada avalancha. De algunos, Orso sabía que ya estaban ejecutados. Empezaron a derramarse lágrimas por la cara de Selest, dejando surcos de polvo negro hasta los labios mojados de saliva. Denunció a amigos, socios, parientes. Boras Heugen, su primo, se encogió en el asiento con su característica cobardía. No era sorprendente en esos tiempos, claro. Orso había visto valentía en aquel banquillo, e inspiradora camaradería, y altas cotas de dignidad. También había visto hermanos denunciando a sus hermanas, esposas denunciando a sus esposos, padres denunciando a sus hijos.

La Jueza empezó a arrugar el ceño. Se removió impaciente en la silla. Curvó el labio y movió la mano hacia el martillo.

—¡Denuncio a Savine Brock! —chilló Selest.

Orso sintió como si las tripas se le acabaran de salir de repente por el culo. Y no fue el único sobre quien el nombre cayó como una lápida. No hubo aclamaciones. Solo un murmullo incrédulo. Los exnobles parecían malhumorados. Aquello era un ataque a su líder. Un ataque a ellos. Y en los últimos tiempos Savine se había ganado una gran popularidad en el otro extremo de la escala social. Había dado de comer a la gente, la había vestido, les había llevado carbón y leña en el duro invierno mientras los Quemadores no les llevaban más que cadáveres.

Sworbreck miró preocupado a la Jueza, pero ella estaba haciendo un ansioso gesto de ánimo a Selest.

—¿De qué la acusas?

—¡De mercantilismo, especulación y usura a la mayor de las escalas! ¡Es un hecho que pasó años explotando a los trabajadores y trabajadoras de la Unión en su propio beneficio! ¡Que conspiró con

su padre, el archilector Glokta! ¡Que conspiró con banqueros, agentes gurkos y espías estirios! —Selest levantó un dedo tembloroso para señalar directamente a Orso—. ¡Es un hecho que conspiró con el rey!

Él la miró con estupefacta irritación.

—¡Pero si todo el mundo sabe que conspiró contra mí!

—Entonces, ¿por qué los salvaste a ella y a su marido de la horca? —aulló Selest. Era una buena pregunta. Una a la que a Orso le costaba hallar una respuesta satisfactoria. Selest fue menos comedida—. ¡Porque es un hecho que Savine Brock fue durante años amante del rey!

Orso se echó hacia atrás en su taburete con el ceño fruncido, mientras los susurros recorrían las galerías del público. Esa acusación ya era más difícil de negar con mucha convicción. Eran unos recuerdos de los que a menudo se sorprendía disfrutando culpable, al fin y al cabo.

—¡Y no solo eso! ¡Hay otro *hecho*! —Selest escupió la palabra con una especie de regocijo salvaje—. ¡El hecho de que Savine Brock es *hermana* del rey!

Orso notó que palidecía. Supuso que debería haber mentido como un bellaco. Era lo que hacían todos los demás allí. Pero lo habían pillado demasiado por sorpresa. Como a todo el mundo.

—¡Es un hecho! —Selest ya estaba desgañitándose, rociando saliva, haciendo resonar la voz cascada—. ¡Savine Brock es hija bastarda del rey Jezal Primero!

Cayó un silencio ahogado sobre el tribunal mientras la gente intentaba encontrar sentido a lo que estaba oyendo. Los representantes estaban boquiabiertos en sus bancos. Las galerías públicas dieron un respingo colectivo. El capitán Broad se quedó quieto con la petaca cerca de la boca. La Jueza irguió la espalda en su silla, con la boca torcida en una sonrisa encantada.

En su último mensaje, Teufel había dicho a Orso que podía ser cuestión de días.

Parecía que cuestión de días podía ser demasiado tiempo.

—Eso sí que ha sido una denuncia sensacional —susurró Hildi.

Pureza

—¡Oficiales de pureza del Ejército Popular! —exclamó Leo.

Había cien de esos mamones con ropa manchada de rojo. Dos por compañía. Estaban allí para cerciorarse de que toda decisión militar fuese coherente con la política y todo soldado se mantuviera leal al Gran Cambio. Eran los Quemadores más veteranos y comprometidos. Los fanáticos que habían apoyado a la Jueza cuando apoyar a la Jueza parecía una locura.

—¡Todos sabéis quién soy! —rugió. Ya no tendría piernas de héroe, pero seguía teniendo voz de héroe y pensaba utilizarla—. Me llamo Leo Brock. Hay quien me llama el Joven León.

Un aplauso sería mucho esperar, pero hizo una pausa por si le mostraban reconocimiento. Tampoco recibió ninguno. Solo brazos cruzados, gruñidos impacientes, cejas arrugadas en caras llenas de cicatrices. No eran hombres que se dejaran impresionar por cualquier cosa. Tenían escaso aprecio a los exnobles, los exgobernadores o los exhéroes de la Unión, y ya habían enviado a varios grupos de comandantes fracasados de vuelta a Adua para afrontar la larga caída.

Leo respiró fuerte por la nariz y lanzó una mirada a Chispas, que se encogió desdeñoso de hombros.

—La ciudadana Jueza me ha nombrado general del Ejército Popular. —A Leo le pareció oír unos cuantos bufidos de aversión en las últimas filas—. Quiere que os lleve a la victoria contra los monárquicos. —Alguien soltó un sonoro escupitajo en el suelo del granero—. Luché contra Stour Ocaso en el círculo y gané. Luché

contra el rey en Stoffenbeck…

—Y perdiste como un mierda —gruñó alguien.

Murmullos de acuerdo con él. Leo notó que Glaward se movía molesto a su lado.

—¡Sí, perdí! —gritó—. Era imprudente. Era temerario. Era vanidoso. Me costó a dos de mis mejores amigos, por no mencionar un brazo y una pierna. —Dio un golpecito a la metálica con el bastón —. Pero escarmenté. Y escarmiento de nuevo cada vez que intento sostener a un bebé, subir una escalera o sacarme el puto nabo para mear. —Algunos asentimientos reticentes. La mayoría de ellos eran veteranos. No respetarían muchas cosas, pero sí las heridas y las palabrotas—. ¡Antes era todo un héroe! Y todo un gilipollas. Pero no soy tan gilipollas como para repetir el mismo error.

Miró de reojo y Jurand le hizo un leve asentimiento de ánimo, suficiente para calmar toda duda con una cálida oleada de confianza. Siempre sabía justo lo que Leo necesitaba. Dejarlo en Angland había sido la peor equivocación de todas. Una que nunca volvería a cometer.

Leo infló el pecho como solía hacer cuando daba sus discursos al ejército de Angland.

—Conmigo al mando, no habrá más concesiones. No más medias tintas. No más derrotas. —Algunos brazos empezaban a descruzarse. Algunos ceños empezaban a disiparse—. Sé que habéis ido cortos de comida y suministros, que lleváis semanas sin cobrar. Eso es lo primero que solucionaré. —Los gruñidos habían pasado a ser de aprecio. Hasta a los fanáticos les gustaba que les pagaran—. ¡Pero comprendo por qué podríais no aceptarme! Antes era noble. Ahora soy un puto tullido. —Su sonrisa despertó un par de carcajadas adustas—. No os impondré mi mando, me eligiera la Jueza o no. Pero tampoco discutiré con vosotros todas las decisiones. Pretendo liderar. Así que necesito que consintáis, aquí y ahora, que os lidere. Voy a dejaros tiempo para debatirlo, pero cuando regrese, querré una respuesta clara.

Un hombre corpulento con la barba salpicada de rojo alzó la voz.

—Joven León, creo que hablo en nombre de todos al…

Leo levantó la mano.

—¡Discutidlo! Votad si os hace falta. Luego no quiero oír que no se os dio la oportunidad. —Dio un golpecito en el hombro de Chispas con el puño de su bastón—. El ciudadano Chispas garantizará que todos podáis expresaros.

Y antes de que nadie pudiera ponerle pegas, dio media vuelta, salió cojeando del granero al frío de la mañana y oyó las puertas cerrarse con un chirrido a su espalda.

Esperó, asiendo el bastón con fuerza. Esperó, escuchando el piar de los pájaros en los árboles goteantes, en los setos perlados de rocío. Esperó, contemplando la niebla abajo en el tranquilo valle. Inhaló una fría bocanada por la nariz y sonrió. No le supuso un esfuerzo. Le sentaba mejor de lo que había esperado estar otra vez de uniforme y al mando de soldados, aunque el uniforme no le quedara nada bien y los soldados fuesen un hatajo de gentuza.

Cuando partió desde Angland, su madre le había advertido que no era un general. Cuánta razón había tenido. Impulsivo e indeciso a la vez, y horriblemente sentimental. Perderlo todo, y ver a sus amigos muertos con sus propios ojos, y los meses de dolor transcurridos desde entonces le habían curado esas afecciones. Quizá tuviera la mitad de extremidades, pero creía ser el doble de hombre que antes. Tenía la cabeza más fría, el corazón más duro y, lo más importante de todo, mucho más estómago.

—Los generales se forjan en los fuegos de la derrota —murmuró para sí mismo. ¿Stolicus, tal vez? Leo se preguntó que diría su madre si lo viera.

—No estarás dándole más vueltas al asunto, ¿verdad? —preguntó Jurand, que llegaba a su lado.

—Ya me conoces. —Leo gruñó al pasar el peso a la pata de hierro—. A duras penas le doy la primera siquiera.

—Antes, puede. Ahora ya no eres así.

Jurand le sonrió. Por los muertos, qué sonrisa. Leo podría pasarse el día mirándola.

Oyó voces insistentes en el granero. A los Quemadores y los Rompedores les encantaba debatir. Discutir. Votar. Cuanto más ruidoso y aburrido fuese todo, mejor. ¿Cuántas idioteces de aquellas había tenido que soportar Leo en la maltrecha Rotonda de los

Lores?

—¿Qué crees que decidirán? —preguntó.

Jurand parecía casi perplejo.

—¿Qué importa?

—Curiosidad, supongo. No sé, a todos nos gusta que nos aprecien.

Leo torció el gesto al volverse e hizo una seña a los anglandeses de uniforme oscuro que rodeaban el granero. En silencio, con cuidado, los hombres avanzaron. Unos deslizaron una tranca en los soportes para cerrar las puertas desde fuera. Otros derramaron aceite sobre las vigas del granero. Avanzaron más de ellos con antorchas, las acercaron a la construcción y brotaron las llamas. Al cabo de un momento ya ardían altas, por todo el granero, hasta los aleros del tejado. Leo oyó gritos dentro, por encima del chisporroteo y el fragor. Las puertas se tambalearon, retumbaron.

Los hombres de Leo habían soltado las antorchas y estaban desenvainando espadas y cargando ballestas.

—¡Rodead el granero! —ordenó—. Matad a cualquiera que salga.

—Sí, excelencia.

—Glaward, asigna a anglandeses leales en los puestos que ocupaban los oficiales de pureza. Jurand, ocúpate de alimentar y pagar al Ejército Popular con lo que te dio Savine. Cuando llegue el momento, los quiero leales. O lo bastante leales, al menos.

Leo alcanzaba a entreoír los aullidos de horror entre el rugir de las llamas. Sumados a la peste a quemado, le recordaron no poco a Stoffenbeck. Él había sido concebido en un campo de batalla. Había renacido en otro. Dio un cauto paso atrás, entornó los ojos por el calor y vio el humo ascender al cielo del amanecer.

—Supongo que había que hacerlo —dijo Glaward, con los ojos ensanchados y titilantes por el reflejo de las llamas.

—¿No les gustaba tanto el fuego? —dijo Leo. Se alisó la casaca y se volvió para marcharse—. Pues al fuego con ellos.

Ninguna carta

—¡Llega Calder! —rugió el mensajero, resbalando hasta detenerse en el centro del Salón de Skarling, casi cayendo de culo.

—Por los muertos —susurró alguien.

Rikke notó que le hormigueaba el estómago. De miedo y duda, claro, aquellos viejos amigos suyos, pero también de entusiasmo. Tanto que no podía contener del todo la sonrisa en la cara. Lanzó una mirada a Corleth.

—Parece que al final el mal tiempo no lo ha retrasado.

El mensajero estaba a punto de vomitar de tanto correr y tosió, escupió y sacó más palabras en guturales ráfagas.

—No está a más… de un día o dos de distancia. Avanza lento por cómo está el camino, pero… muchos hombres. Una hueste poderosa. ¡Miles! Y un montón de cabrones del otro lado del Crinna, también. Un mamón que va en un carro de huesos. El Alzado en el Túmulo, lo llaman.

Corrió un murmullo por el Salón de Skarling. De miedo y duda, claro, pero… en realidad solo de miedo y duda. Procedente de unos hijos de puta que habían sido tigres no hacía ni unos meses, cuando habían llevado a Stour Ocaso al salón arrastrando las rodillas destrozadas. Rikke recordó que su padre le decía: «Todos los guerreros son valientes cuando tienen segura la victoria». Era curioso los pocos que seguían valientes cuando tenían los números en contra y cuando toda esperanza parecía vana.

—Están quemando todas las granjas que encuentran —siguió diciendo el mensajero—, ¡y desollando a la gente y llevándose sus

huesos!

—¿Sus huesos? —farfulló alguien, con la cara crispada de horror enfermizo.

—Son esas cosas que te mantienen de pie —gruñó Rikke—. No estaría mal tener aquí algunos más, me parece a mí. Escalofríos, envía a exploradores a las colinas y que no pierdan de vista a Calder y sus hombres. No queremos más sorpresas. Y haz correr la voz por los valles de alrededor. No queremos que ese cabrón de Túmulo mate a nadie que podamos salvar con un aviso. Decid a todos los amigos que encontréis que Calder el Negro viene de camino y más vale que se preparen.

—Sí —se limitó a responder Escalofríos.

No había ni rastro de miedo en su cara llena de cicatrices mientras elegía a unos pocos guerreros y los enviaba corriendo hacia las puertas. Ese hombre no sabía lo que era el miedo. O si lo sabía, lo había enterrado tan hondo que nadie lo vería nunca ni de lejos. Rikke se envalentonó al pensarlo, aunque el corazón le atronaba tanto que temió que Calder el Negro pudiera oírlo, incluso a un día o dos de distancia.

Corleth se inclinó hacia la Silla de Skarling.

—Aún están lejos. No es tarde para huir.

—Es tardísimo. —Rikke le sonrió de lado. Tenía que seguir sonriendo, por mucho que le burbujeara el estómago y le cosquilleara la piel y quisieran temblarle las manos—. Ya hui una vez de Calder el Negro y no lo pasé nada bien. Me prometí que no volvería a hacerlo nunca.

—¿Nos quedamos, entonces? —refunfuñó un guerrero, con pinta de que no habría sido su primera opción.

Escalofríos enarcó su única ceja a Rikke.

—Nos quedamos —dijo ella a Escalofríos.

—Nos quedamos —declaró Escalofríos al resto del salón.

—¡Pero no tenemos ninguna carta! —gritó alguien. Insinuando, imaginó Rikke, que ella las había desperdiciado todas—. El Clavo se fue, Hardbread se fue, Isern-i-Phail se fue…

—Calder nos supera en número —gruñó un guerrero de voz cascada pero intimidante palidez—. Puede que nos supere diez a

uno.

—Tendrá más tropas —dijo Rikke—, pero nosotros tenemos la muralla.

—Pero si esos hijos de puta del Crinna entran, no habrá piedad…

—¡Desear la piedad de tus enemigos es una manera bien cagona de empezar una pelea! —Se levantó de un salto de la Silla de Skarling y los miró despectiva con el mentón alzado—. No tendría que hacer falta explicároslo. ¡Se supone que tenéis que hacer que deseen ellos la vuestra! ¡Miraos todos, cloqueando y refunfuñando mientras las mujeres nos morimos de ganas de luchar! —Movió una mano hacia Corleth, que en realidad parecía albergar serias dudas sobre el asunto—. Por cierto, Corleth, tráete a tu abuela aquí al salón para que esté a salvo. ¡O más a salvo, al menos!

Y soltó una carcajada. Un poco de audacia era lo que necesitaban ver en ella. A lo mejor se les contagiaba.

Corleth no había dejado de mirarla.

—Creo que estaría más contenta en su cas…

—Mejor triste y viva. Escalofríos te ayudará. —Rikke ya estaba caminando con calma hacia la jaula de Stour—. Y todavía nos quedan una carta o dos que jugar.

Allí estaba el que había sido el terror del Norte, con los ojos brillando en la sombra y una pierna flácida colgando entre los barrotes, casi rozando la piedra con los dedos.

—Tu papaíto te quiere, ¿verdad? —canturreó Rikke—. No hay nada que no daría por ti. Ni siquiera Carleon.

La cara de aquel guerrero pálido de antes estaba incluso más lívida.

—Puede que Calder el Negro quiera hacer un trato, pero ¿de verdad crees que lo cumplirá cuando le entregues a este cabronazo?

Stour puso una delgada mano en los barrotes y tiró de sí mismo hacia la luz, haciendo crujir la cadena. Era la primera vez en mucho tiempo que Rikke veía aquella sonrisa de dientes afilados y ojos húmedos, y le dio una sensación muy desagradable que añadir al nerviosismo. La gente rara vez mejoraba con el sufrimiento, a fin de cuentas. Cuando se liberara de aquella jaula, lo más posible era que

se volviese más terrorífico que nunca.

—Deberías huir —susurró Stour—. Deberías huir ya y no parar nunca.

Rikke notó un escalofrío cruzándole los hombros, pero lo convirtió en un encogimiento despreocupado.

—Voy a quedarme. Todos acabamos volviendo al barro de una manera u otra. La única cuestión es cómo. Y cuándo. Y respecto a eso… —Sonrió mientras se tocaba la mejilla, donde estaban las runas—. A lo mejor sé algo que tú no.

Horror sobre horror

—Por fin apareces —gruñó Trébol al sol—, cabrón remilgado.

Le gustó sentir su calor en la cara por fin. Era como un viejo amigo, muy añorado. Como Wonderful, en ese aspecto. No pudo evitar encogerse un poco al pensarlo. Ella no iba a volver. Su puñal se había asegurado de ello. Y en cuanto al sol, había aparecido demasiado tarde para servir de mucho.

Después de un par de semanas de marcha, a la hueste que con tanta meticulosidad había hilvanado Calder el Negro se le estaban abriendo las costuras. Hombres enfermos. Hombres hambrientos. Hombres congelados y a punto de estarlo. Hombres insomnes y agotados. Hombres tan cubiertos de mugre que parecían demonios, con ojos blancos que miraban dementes desde sucias caras grises. Otros muchos habían preferido dar la espalda a aquella pesadilla pantanosa y correr, a pesar de los desertores colgados de árboles junto al camino con la cruz de sangre cortada, las entrañas colgando llenas de gusanos. Los exploradores miraban sus hogueras en vez de hacia las colinas lejanas. Los carls se preocupaban más del frío que de sus armas. El único enemigo que estaba en mente de todo el mundo era el barro, contra el que no había victoria posible, el barro, que ya había dejado atrás un largo rastro de equipo abandonado, carros atascados y caballos muertos, por no mencionar a hombres muertos, sobre el terreno machacado por las botas.

No muy lejos de aquel parche de hierba protegido con celo donde Trébol y los suyos habían logrado encender una pequeña hoguera, pasaba una columna maldiciendo por la ciénaga pantanosa al fondo

del valle, con sus lanzas oscilando en todos los ángulos como los pinchos de un erizo y un inmundo estandarte que caía a plomo de su inmunda asta. Trébol pensó que bajo aquella porquería una vez había existido un camino, ya perdido en el recuerdo, una historia fantástica escuchada mucho tiempo antes, igual que las botas secas, el calor y los cojones no irritados.

—Empiezo a pensar —murmuró Zas mientras añadía unos palos mojados al fuego con extremada cautela— que la guerra no es ni la mitad de divertida de lo que dicen.

—Todo el esfuerzo merece la pena —gruñó Contratiempo—, si luego tienes una buena batalla.

—Buena… batalla. —Sholla tenía las manos tan cerca de las llamas que solo la tozuda humedad de los harapos que las envolvían evitaba que se prendieran—. No sé yo si esas dos palabras pueden ir juntas.

—Viene a ser como decir que unas semanas de muerte lenta merecen la pena por disfrutar de un par de horas de frenético asesinato.

Trébol intentó arrebujarse más en el cuello de piel de lobo de su chorreante capa, pero nada podía ocultarlo del cortante viento que apuñalaba las laderas del valle, que aún tenían parches nevados aquí y allá.

—Hablando de frenético asesinato… —Zas miraba con ojos desorbitados hacia atrás, de donde llegaba despacio un enorme carro que hacía a los hombres apartarse horrorizados a su paso—. Ahí viene el Alzado en el Túmulo.

Trébol había esperado a un gigantón malcarado de pelo negro, como había sido el Extraño que Llama. Pero el nuevo Jefe de un Centenar de Tribus era un hombre más bien soso, con remolinos de cicatriz grisácea cortados en las mejillas demacradas y gruesas venas marcadas en las cadavéricas ojeras, donde casi daba la impresión de ver latir la sangre.

Iba meciéndose en el pescante del carro mientras las ruedas trituraban surcos en el fango, tranquilo y sereno como un granjero en su carreta llena de nabos. Lo malo era que su cargamento no eran nabos, sino huesos. Montones y montones de huesos, hervidos

para quitarles la carne, blancos y amarillos. Los cuatro caballos del tiro iban cubiertos por huesos de la cabeza a los cascos, convertidos en corceles diabólicos cuyos ojos se entreveían enloquecidos a través de cráneos de caballo partidos, con huesos colgando de las raídas crines, entretejidos en sus colas. El hombre también llevaba unos huesos diminutos cosidos a la armadura, formando extraños patrones. Huesos de dedo. Huesos de dedo de niño, tal vez.

—Los huesos son lo suyo, parece —masculló Sholla.

—Y se los toma con entusiasmo —añadió Zas, sus ojos más como platos que nunca.

El carro tiraba de un desgraciado grupo, encadenado al pescante por argollas en el cuello. Chicos y chicas, hombre y mujeres, semidesnudos y pringados hasta el pelo, apaleados y sanguinolentos, tropezando y resbalando. Entonaban una miserable melodía de gemidos a la que el golpeteo de los sucios ejes del carro servía de percusión.

—Pero ¿queréis mirar esa puta pantomima? —murmuró Trébol, como si alguien pudiera apartar la vista. No era un hombre de repugnancia fácil, pero aquel espectáculo lo había logrado.

Tras ellos trotaba una multitud de salvajes pinchudos, llenos de cicatrices y pintura de guerra, con sus armas dentadas y sus extraños estandartes y sus caras perforadas, poniendo los ojos en blanco de éxtasis al pensar en la sangre que derramarían. Llevaban perros, unos monstruos enormes que tiraban de las correas con puntas de hierro, animales crueles tratados con crueldad, grandes como lobos y mucho más malvados, sus dientes afilados en punta, rugiendo y echando dentelladas a todo el que fuese tan necio de acercarse por descuido.

Los carls y los siervos se apresuraban a dejar paso a aquel desfile salido del infierno, o de más allá del Crinna, que más o menos era lo mismo, con diversas expresiones de adusto odio, sorpresa, miedo, indignación o asco.

Contratiempo acumuló flema haciendo mucho ruido y la escupió en la dirección aproximada de los salvajes.

—Son gilipollas como estos los que dan mal nombre al Norte.

—Por una vez estamos de acuerdo —dijo Sholla.

El Alzado en el Túmulo tiró de las riendas de sus caballos cubiertos de hueso, impertérrito a la repulsión de sus supuestos aliados, y Trébol vio que Calder el Negro llevaba su propia montura junto al carro. Cualquiera esperaría que de aquella cara de cadáver fantasmagórico sentada en el pescante emanara un aullido ronco. Fue casi peor oír una voz normal y corriente, diciendo cosas normales y corrientes.

—Calder el Negro, amigo mío. Me alegra ver el sol. Tal vez secará las cosas.

—Eso espero —respondió Calder, con voz un poco tensa—. Los exploradores ya tienen a la vista Carleon, al otro lado de esas colinas. —Alzó la mirada a las nubes en movimiento—. Creo que mañana habrá batalla.

—Maravilloso. —El Alzado en el Túmulo tenía los ojos anodinos fijos en el horizonte—. Aún me quedan carros vacíos y Bayaz me dijo que tú me ayudarías a llenarlos. ¿Pararemos pronto para cenar? —Se volvió para hablar con una de sus esclavas—. ¿Qué tenemos de cena?

Los labios partidos de la chica se movieron. Susurró algo.

El Alzado en el Túmulo agarró su cadena de entre el montón y tiró de ella con tanta fuerza que la muchacha dio contra la esquina del carro y cayó al fango. Él se enrolló la cadena en el puño y la izó hacia su cara hasta que los pies descalzos apenas rozaban el suelo.

—¿No me has oído? Te he preguntado qué hay de cenar.

La joven tenía los dedos metidos en la argolla del cuello, la piel toda blanca alrededor por la presión.

—Cordero —dijo con un hilo de voz.

El Alzado en el Túmulo la dejó caer y la mujer se quedó arrodillada en el barro, escupiendo y jadeando.

—Me gusta el cordero. Lo tomaremos con una buena salsa. —Hizo chasquear los labios—. Siempre insisto en que haya buena salsa.

—Es lo que da gusto a la carne —masculló Calder, viendo cómo la chica gateaba de vuelta con los demás esclavos.

—¿A ti te gusta el cordero, Calder el Negro? ¿Vendrás después a cenar cordero en salsa conmigo?

—Me ocupan otros asuntos, por desgracia. Tengo que preparar a los hombres.

—¡No paras de trabajar! Un hombre debe sacar tiempo para divertirse. Pero en fin. —El Alzado en el Túmulo soltó una risotada aguda y bienhumorada—. ¡Más cordero para mí!

Hizo restallar las riendas y su carro de pesadilla empezó a traquetear de nuevo.

—¿Nunca os parece que estáis en el bando malo del asunto? —musitó Zas mientras miraba a los esclavos detrás del carro, rebotando unos contra otros, agarrándose las argollas, alzando un coro de sollozos.

—Cada vez más. —Trébol se rascó suavemente la cicatriz—. Elija el bando que elija.

—Es que a ver… —Zas estaba mirándose a sí mismo, palpándose el pecho como si visualizara un disfraz parecido al del Alzado en el Túmulo—. ¿Por qué cubrirte de huesos?

—Porque ser temido es un licor que se sube a la cabeza —murmuró Contratiempo, sacando la piedra para su afición favorita, afilar el hacha—. Los hombres se emborrachan de él.

—Al principio el miedo es su arma. —Trébol recordaba haber ganado algunas peleas antes de que empezaran, valiéndose solo de una mirada dura y el peso de su nombre—. Luego se convierte en su escudo. Es lo único que impide a sus enemigos intentar matarlos. Lo único que impide a sus amigos intentar matarlos. Temen no dar bastante miedo, así que acumulan horror sobre horror. Se transforman en monstruos. Y como la memoria tiende a hacer que el pasado parezca más grande, los cabronazos de hoy siempre están buscando formas de ser más cabronazos que los cabronazos de antaño.

—Es una especie de… concurso de atrocidades —dijo Sholla pensativa, dándose golpecitos en el labio mientras miraba a Contratiempo afilar la hoja de su hacha.

—Eso es —dijo Trébol, suspirando—. Y el ganador se lleva el mismo premio que los perdedores. Una tumba temprana.

—Hace que eches de menos a Nueve el Sanguinario. Puede que matara a más hombres que el invierno, pero nunca hizo de ello un

puto espectáculo itinerante.

—La triste verdad es que a los hombres les encanta seguir a alguien a quien temen los demás —dijo Trébol—. Hace que también se sientan aterradores. De vez en cuando contamos alguna historia entrañable sobre los hombres buenos. Los rectos. Un Rudd Tresárboles, un Sabueso. Pero son los carniceros sobre quienes la gente adora cantar. Los incendiarios y los asesinos. Un Whirrun el Tarado, un Dow el Negro. Un Nueve el Sanguinario. Los hombres no sueñan con hacer lo correcto, sino con arrebatar lo que quieren al mundo con su fuerza y su voluntad.

—¡Y eso es lo que haremos mañana! —Contratiempo dio una última pasada al hacha con la piedra y la levantó a la luz para admirar el filo—. Qué ganas, ¿eh?

Trébol lo miró, todo sonriente a la luz del sol por la idea de desatar el caos. Por los muertos, ¿él había sido así en algún momento?

—¿Por qué Rikke no ha huido? —murmuró, frunciendo el ceño hacia las colinas. Pensó en ella, sentada en la Silla de Skarling con aquella sonrisa avispada. Aquel gran ojo negro rodeado de runas, con la pupila abierta como un pozo lleno de secretos—. ¿Qué ha visto con ese ojo largo que tiene?

Se estremeció. Una nube había vuelto a tapar el sol y llenado otra vez el valle de sombra.

El tesoro del dragón

Aún hacía frío, pero ya no se metía en los huesos de la misma manera. La nieve se derretía deprisa, el agua helada goteaba de los aleros, la sucia aguanieve pisoteada llenaba las calles, una asquerosa bazofia burbujeaba en los desagües. Ya había mucha cola delante de la panadería y la tienda de carbón, ciudadanos abrigados dispuestos a luchar a muerte por lo que hubiera logrado colarse en la ciudad la noche anterior. En la esquina un pregonero voceaba con alegría los nombres de los denunciados de la víspera. Aún debía de quedarle un buen rato.

—¿Han encontrado ya al director, entonces? —preguntó Sebo, y se sorbió la nariz contemplando el banco.

Antes del Gran Cambio, Valint y Balk se había alzado sobre todos los negocios de la Unión, por pequeños que fuesen, como un coloso intocable. Desde entonces, habían arrancado la piel marmórea a las columnas de su sede para descubrir los ladrillos baratos de debajo, y la palabra «Usureros» estaba pringada en pintura roja mil millares de veces por toda la maltrecha fachada.

Habían dejado el vestíbulo casi limpio del todo. Vick lo encontró frío y cavernoso, a excepción de unos muebles rotos, unos papeles rasgados, dos o tres docenas de adustos alguaciles y polvo. El comisario Pike estaba de pie con la mirada fija en la gigantesca puerta de la cámara acorazada, con su rueda de latón, sus dos diminutas cerraduras y unos pocos arañazos brillantes en la negra superficie, el único resultado de todos los esfuerzos de la Inspección Popular por acceder a su interior.

—¿Habéis encontrado al director? —preguntó Vick.

Pike la miró un momento mientras llegaba.

—Gracias a tu trabajo, de hecho. Cuando se cerró aquella bodega de las Tres Granjas, no quedó nadie que le llevara comida. Una anciana lo oyó cantando y avisó a las autoridades.

—¿Cantando?

—Se había emparedado en un espacio oculto entre dos viviendas del suburbio que eran propiedad del banco. Llevaba semanas escondido allí. —Sería casi tan incómodo como tener a Bremer dan Gorst embutido en sus minúsculas habitaciones, supuso Vick—. Al parecer, se había vuelto loco.

Vick contuvo el impulso de preguntar quién no.

—Pero tenía esto encima. —Pike sostuvo en alto una larga llave de acero y tendió otra a Vick. La que le había entregado el interventor de préstamos el día que irrumpió en el banco con un cañón descargado—. ¿Podrías ayudarme a hacer los honores?

Vick miró la altísima puerta y tuvo la impresión de que debería requerir para abrirse algo más trascendental que el giro de una barrita de metal. Pero así era como funcionaban las puertas cerradas con llave. Metió la suya en una de las dos cerraduras y miró a Pike mientras el comisario hacía lo mismo.

—A la de tres, supongo —le dijo.

—¿Por qué no? Un, dos, *tres*.

Giraron las llaves a la vez con un leve chasquido.

—¿Alguacil? —llamó Pike.

El hombre más fornido que había cerca asió la rueda, hundió el hombro y empezó a girarla. Se oyó el runrún de engranajes bien engrasados, un traqueteo como en respuesta, tenue, procedente del interior, y la puerta empezó a abrirse despacio y con toda suavidad.

A Vick nunca le había interesado mucho el dinero. Pero ni siquiera ella pudo evitar estremecerse al pensar en lo que podía haber al otro lado de aquella poderosa capa de acero. Su imaginación tejió montones de relucientes monedas, cofres llenos de gemas, espadas enjoyadas, cuernos de beber de marfil. Incienso y perlas, y también sedas y resinas, ¿por qué no? Reliquias esculpidas del Viejo Imperio, obras perdidas de Aropella, escrituras de propiedad de

países enteros, los diarios privados del Maestro Creador. Los saqueos de un ejército bárbaro y los beneficios de una ciudad de príncipes mercaderes combinados.

Cuando la abertura se hizo lo bastante amplia, le costó no empezar a avanzar. Pero Pike estaba esperando con inconmensurable paciencia mientras aquel inmenso peso de acero llegaba a ellos centímetro a centímetro, y mientras los superaba, y por fin la cámara acorazada de la oficina central en Adua de la Banca Valint y Balk se abrió por completo.

No era un espacio muy grande. La sala era un poco más ancha que la enorme puerta y estaba cubierta desde el suelo hasta el techo por estanterías. Y en los estantes, cuando Vick entró tras Pike cruzando el gigantesco umbral y pasó al ponderoso silencio del otro lado, cuando se le ajustaron los ojos poco a poco a la penumbra, había…

Nada.

La cámara estaba vacía del todo.

Vick había afrontado algunas decepciones en su vida, pero no creía haber experimentado jamás un anticlímax tan intenso.

—Se llevaron el dinero hace mucho tiempo —murmuró Pike.

Vick pasó la yema de un dedo por un estante y dejó un nítido rastro en la fina capa de polvo. Sellado allí dentro a cal y canto, debía de haber tardado años en acumularse. Décadas.

—Si es que alguna vez hubo dinero aquí.

—El poder de Valint y Balk se reduce a una cámara vacía. —Pike sonaba casi impresionado—. Eran solo promesas, solo mentiras, solo…

—Nada —dijo Vick.

Pike había empezado a hacer una especie de resuello gorgoteante. Al principio Vick pensó que podría estar ahogándose. Ya estaba a punto de pedir ayuda cuando reparó en que se estaba riendo. De todas las cosas inesperadas que había visto desde el Gran Cambio, que su principal instigador estuviera descojonándose en la cámara acorazada vacía de Valint y Balk quizá fuese la más extraña.

El comisario enderezó la espalda con un último estremecimiento

de humor y se secó los ojos empañados.

—Ay, madre mía. Encontrar una gran fortuna en oro nos habría venido muy bien.

—Suele ocurrir —respondió Vick, con la mente puesta en los sobornos que ya había acordado con las joyas de la princesa Cathil y los que aún tenía que organizar.

—Sin embargo… lo único que cambia esto es la cronología —estaba diciendo Pike—. ¿Qué tal va tu conspiración, por cierto?

Durante un vertiginoso momento, Vick no lo asimiló del todo. Se quedó allí plantada con la expresión perpleja de quien ve manar la sangre pero aún no ha comprendido que es su propio cuello el que han rajado.

Su primer instinto, después de repasar las palabras de Pike y extraerles el significado, fue correr. El segundo, luchar. Era la costumbre adquirida en los campos. Sus ojos volaron a la puerta de la cámara. Sus dedos se tensaron con el deseo de armarse. Pero el lugar estaba repleto de alguaciles. No lograría dar ni cinco pasos. Y con esa certeza llegó una extraña calma. Siempre había esperado que la descubrieran. Todo momento en que no ocurría había sido una sorpresa para ella. Cerró los ojos y respiró hondo.

¿La matarían allí mismo y luego hallarían su cuerpo flotando junto a los muelles, como a su antiguo patrón, el archilector Glokta, tanto le gustaba decir? ¿Se la llevarían al Pabellón de la Pureza para interrogarla, luego al Tribunal Popular para juzgarla y por fin a la Torre de las Cadenas para la larga caída? ¿O Pike haría una excepción en su caso, viendo la ironía de enviarla de vuelta a los campos de prisioneros de Angland?

—Sebo no ha tenido nada que ver con esto —dijo.

Era un error, claro. Estaba incumpliendo todas sus propias normas otra vez. Era como si se hubiera abierto la camisa y señalado la posición exacta de su corazón. Pero era un error que no pudo evitar cometer. Fue como si quisiera, al final, haber hecho algo que mereciera la pena.

—Te cae bien el chico, ¿verdad? —El rostro de Pike volvía a ser una máscara—. No es malo que te caiga bien alguien. A mí me caes bien tú, en realidad. Mucho más que la mayoría. ¿Meter a Brock y al

rey Orso en una misma intriga? Combinar unos ingredientes tan volátiles demuestra ambición. Temeridad, incluso. No me lo esperaba en absoluto. Siempre te he considerado cautelosa hasta decir basta.

—Yo también —dijo Vick. Entonces pensó en Sibalt. En aquella sonrisa triste, a la media luz de la fundición, antes del final—. Pero llega un momento… —Supuso que podía permitirse una pequeña floritura—… en el que hay que alzarse.

—Sí. —Los labios quemados de Pike se retrajeron de sus dientes—. Esa es la lección que me enseñaron los campos a mí.

Pike desvió la mirada de los estantes vacíos para observarla, hizo una larga inhalación por la nariz y soltó el aire con un suspiro. Entonces dio un leve y brusco asentimiento.

—Procede.

Cayó un pesado silencio en la cámara. Llegó un golpeteo amortiguado desde algún lugar de fuera, donde los alguaciles debían de haber encontrado algo que aún valiera la pena destrozar. De nuevo, a Vick le costó un momento asimilarlo. Entonces carraspeó con suavidad.

—¿Qué?

—El Gran Cambio ha cumplido su cometido.

—¿Su cometido?

—Un hombre sabio me dijo una vez que a veces… si quieres cambiar el mundo… primero tienes que quemarlo. Pero la Jueza es un incendio descontrolado. Es el momento de apagar las llamas y restaurar el orden, antes de que quede todo reducido a cenizas.

—Entonces… —El silencio se prolongó entre ellos—. ¿Procedo?

—Exacto. Ojalá pudiera ofrecerte más ayuda que hacer la vista gorda, pero me temo que, en las circunstancias actuales, no hay nadie en la Inspección Popular en quien tenga plena confianza. Nadie aparte de ti, por supuesto, inspectora. —Pike devolvió su atención a los estantes vacíos, agarrándose las manos por detrás de la espalda—. De verdad que últimamente se ha vuelto casi imposible saber en qué bando está la gente.

Vick se irguió y lo miró durante un largo momento.

—Joder, ya te digo —murmuró.

Fuera, en la gélida calle, la nieve aún se derretía. Las colas aún se extendían. El pregonero aún seguía con su lista de nombres condenados.

—Te veo contenta —dijo Sebo, aún abrazado a sí mismo—. Debía de haber mucho dinero en esa cámara.

En la cara de Vick se estaba formando una infrecuente sonrisa.

—Estaba vacía.

No estaba muy segura de cómo había ocurrido, pero empezaba a pensar que tenían una oportunidad. Si Pike estaba con ellos, o al menos no contra ellos, si el mariscal Forest y el Joven León podían cumplir con su parte sin matarse el uno al otro, si Bremer dan Gorst podía mantenerse oculto, si el rey Orso podía tener la boca cerrada, si podían evitar los desastres durante unos pocos días más, tenían una oportunidad.

—¡Y por último…! —rugió el pregonero con un ostentoso gesto de despedida—. ¡Acusada de mercantilismo y especulación, de explotación y usura mayor, de traición al Gran Cambio, de simpatías monárquicas e incesto… la ciudadana Savine Brock!

La sonrisa de Vick desapareció tan rápido como había llegado.

—Mierda —susurró.

Nadie se salva

—Debo advertirte —dijo la ciudadana Vallimir, deteniéndose en la puerta— de que puede ser bastante… abrumador.

La mujer llevaba un sobrio vestido negro y un delantal manchado. Savine casi no la reconocía como la ajetreada anfitriona con la que había cenado en Valbeck. Pero ¿quién había llegado al otro lado del Gran Cambio igual que antes?

—Créeme, ya podía ser bastante abrumador cuando mis padres… aún residían…

Savine dejó la frase en el aire al cruzar el umbral. Bromear no parecía nada apropiado. El recibidor estaba lleno de niños. Atestado contra ambas paredes. Andrajosos. Costrosos. Asquerosos. Entre ellos se movían cinco o seis macilentas cuidadoras que apenas tenían mejor aspecto. La madre de Savine había insistido en que allí hubiera flores nuevas todos los días. Ya no había flores. Alguien se había llevado la araña del techo y el lugar olía a rancio. Savine forzó una sonrisa desencajada. Saludó con la cabeza a nadie en particular. Oyó que Zuri daba un respingo, tan inquietante en ella como podría haberlo sido un chillido de horror en otra persona.

—¡Niños, esta es la ciudadana Brock! La casa es suya. Es gracias a su generosidad que tenéis comida, un techo y…

—No hace falta —dijo Savine—. De verdad.

Cayó en la cuenta de que la extraña alfombra de harapos sobre la que estaban los niños eran sus mantas, apartadas a derecha e izquierda para dejar un angosto camino de suelo rayado.

—¿Duermen aquí? —musitó, zafándose crispada de los enormes

ojos oscuros de una chica que no quería, no podía, dejar de mirarla. Eran como ojos de pájaro, sin parpadear.

—Nos falta espacio.

La ciudadana Vallimir abrió la puerta que daba a la sala donde Savine en otro tiempo había bebido con su madre, reído con su madre, enfermado de terror por el secreto que le reveló su madre. Las ventanas estaban entabladas casi por completo y sus ojos tardaron un momento en ajustarse a la penumbra.

Se había permitido imaginar ordenadas filas de huérfanos limpios, agradecidos, hermosos. Huérfanos salvados. Ver a los del recibidor ya la había conmocionado, pero en ese momento comprendió que habían sido los más presentables.

Los niños que se amontonaban en la austera sala parecían pertenecer a una especie distinta. Retorcidos, atrofiados, heridos, extraños. Los rayos de luz polvorienta caían sobre detalles espantosos. Una enorme superficie costrosa en una caja torácica ahuecada. Una figura encorvada que no dejaba de mecerse. Bocas abiertas y babeantes. Moscas zumbando alrededor de ojos llorosos. Algunos estaban desplomados, inertes. Otros agachados, enseñando dientes ennegrecidos. Estaban flacos como gatos callejeros. Estaban histéricos como perros hambrientos. Una niña tenía vómito en el pelo. La cara de un niño era un campo de llagas. Otro miraba el papel descascarillado de la pared, dándose palmadas en el lado de la cabeza medio calva una y otra vez. Hacían ruidos raros. No eran palabras, no del todo. Gorjeos y resuellos y gruñidos. Era como una casa de fieras abandonada en la que todos los animales se hubieran vuelto locos.

Cuando Savine contempló las hileras de caras famélicas, no la embargó un sensiblero deseo de abrazarlos y acariciarles el pelo, sino el pánico de sentirse atrapada. El instinto de huir, apartando niños a manotazos. El reto que le planteaba cada uno de sus dos bebés propios ya era casi más de lo que podía abarcar. ¿Cómo podía nadie satisfacer la escala de la necesidad que había en aquella sala, no digamos ya en la casa entera?

—Por los Hados —susurró, incapaz de evitar taparse la boca ante el penetrante hedor.

—Se te olvida cuando te acostumbras —dijo la ciudadana Vallimir—. Hacemos lo que podemos por tenerlos limpios, por contener las enfermedades y los piojos, pero somos muy pocas, no hay jabón por ninguna parte, ni el suficiente carbón para calentar agua. Tenemos a los niños más pequeños en la planta baja y a los mayores arriba. —Lanzó una mirada a la enorme escalinata del recibidor, por la que Savine solía descender majestuosa a la ultimísima moda, como un general evaluando la tierra de nadie—. Esos son más… malévolos. Se agrupan en pandillas. Se atacan entre ellos. Por la noche… bueno, por la noche aquí hay que andarse con cuidado.

—¿Cuántos tenéis? —susurró Savine, con la mirada perdida en el viejo salón de su madre. Le recordó al telar de Valbeck, donde en otro tiempo los niños habían trabajado hasta la extenuación en su beneficio.

—Para ser sincera… no lo sé. Al principio llevábamos registros cuando podíamos. Nombre, lugar de nacimiento, edad, pero… cuando nos dimos cuenta de lo que pasaba en la ciudad… —Soltó un suspiro impotente—. Los niños se juntan y se acurrucan en cualquier lugar caliente. Corren un peligro terrible. Los cazan, los reúnen como a ganado. Los compran y los venden. Los envían a la esclavitud en las factorías. Los obligan a… un tipo peor de esclavitud. Empezaron a venir aquí por iniciativa propia. Al poco tiempo ya teníamos a decenas amontonados contra la puerta cada mañana. Contarlos dejó de interesarnos más que sacarlos del frío, alimentarlos, y entonces…

Levantó las manos desesperada, las dejó caer desesperada, transmitiendo con elocuencia la magnitud del desafío.

Savine notó la mano tranquilizadora de Zuri en el hombro.

—Aquí habéis hecho una buena obra. Tan buena como podíais. No lo olvidéis.

A Savine le costaba imaginar, en esos momentos, que hubiera hecho algo más que concentrar la cúspide de la miseria en un solo lugar. Se obligó a quitarse la mano de la boca, contuvo el pánico por la fuerza e intentó que el pensamiento se impusiera a él, como cuando se enfrentaba a cualquier otro problema. Había esperado que el problema fuese la educación, las salidas laborales, la mejora

de las condiciones. Pero dar unos pasos después de entrar le había dejado claro que nadie miraba más allá de la mera supervivencia.

—Necesitáis dinero para comida, combustible, ropa. —Había entregado lo último que le quedaba a Leo para que pudiera sobornar al Ejército Popular—. Si acudiera al gobierno… —Eso si aún había algo digno de ese nombre—. O si encontrara a algún benefactor pudiente… —Aunque quienes tenían dinero estaban acaparándolo para ocultarse tras él—. Por lo menos necesito hacerme una idea de cuántos tenemos.

—Intentaré hacer un conteo —se ofreció Zuri.

Se sacó el lápiz de detrás de la oreja y fue señalando con él a cada niño mientras daba una vuelta rápida por la sala, cada sacudida de la punta una vida entera que reconstruir desde cero. Ni siquiera contarlos era tarea fácil. Había unas literas precarias, de tres pisos, pero las mantas también ocupaban todo espacio del suelo disponible, se amontonaban en cada rincón.

—Empeora a cada día que pasa —dijo la ciudadana Vallimir mientras Zuri salía de la sala para seguir contando niños. Savine flaqueó al pensar que toda la casa estaría igual, desde los sótanos al ático—. Niños huérfanos, abandonados, los que han llegado a la ciudad huyendo de la situación desesperada del campo. Las historias que cuentan… son cosas de las que ningún niño debería saber, ni mucho menos sufrirlas. —Bajó la voz a un susurro y miró a los lados como inquieta por si alguien la oía—. Y con tanta ejecución… No hay un procedimiento para los hijos de quienes caen de la Torre de las Cadenas, así que…

Llegó un estruendo desde el recibidor y Savine se volvió de golpe. Otro golpe, el ruido de algo astillándose, voces levantadas.

—¿Qué puede estar pasando? —preguntó la ciudadana Vallimir.

Savine cerró los ojos y respiró hondo. Ella sí que lo sabía.

Los Quemadores estaban entrando en tropel por la destrozada puerta principal, con sus armaduras manchadas de pintura roja, apartando a niños cuyos chillidos temerosos resonaban por toda la casa. Ya subían por la escalera, trabando torpemente las picas con la barandilla. Estaban por todas partes.

Así que parecía que por fin la Jueza tendría una auténtica

conspiración que exponer ante el Tribunal Popular. Habrían pillado a Teufel, o bien Orso habría cantado, o quizá Leo hubiese fracasado. Savine estaba pensando que todo estaba perdido, pero también que la pica era un arma absurda que llevar a un espacio reducido, y notó lágrimas en los ojos y ganas de reír a la vez.

La ciudadana Vallimir se irguió en toda su altura.

—¿Qué significa…?

—No pasa nada —la interrumpió Savine, apartándola con delicadeza. Agradecía el gesto, pero no iba a servir de nada—. Creo que han venido por mí.

—Exacto, a la primera —dijo un quemador fibroso con una huella de mano roja en el peto y una amplia sonrisa en la cara. La sonrisa de un amable comerciante que se dispone a hacer una entrega muy esperada—. Me llamo Sarlby.

—Te recuerdo. De las barricadas en Valbeck.

Entonces el hombre soltó una carcajada incrédula.

—¡Pero si eres la chica que vivía con los Broad! ¿Quién iba a decirlo? Mira, Toro, es…

—Ya sé quién es.

El suelo crujió cuando Broad entró en el recibidor. Se había dejado una barba desaliñada y tenía algo seco en las comisuras de la boca. Savine recordó su primera visita a aquella casa, acompañado de Liddy y May, encorvado y sobrecogido. En esos momentos iba bien recto, con el caballete de la nariz arrugado en permanente furia, con la actitud amenazante que en otro tiempo había intentado ocultar, la que Savine había querido que sacara contra sus trabajadores en huelga, exhibida con salvajismo. Los niños que había cerca de la puerta se encogieron en las esquinas. Savine apenas pudo evitar encogerse ella también.

Sarlby levantó un papel manchado.

—Ciudadana Brock, se ha hecho una acusación contra ti, espectacular del carajo, por cierto, y se te reclama en el Pabellón de la Pureza para esperar juicio.

—¿Quién me ha denunciado? —preguntó Savine, aunque tampoco importaba mucho.

—Una noble. Toda pechos. No me quedé con el nombre, pero…

—Heugen —gruñó Broad.

Había sido Selest. No Teufel, ni Orso. ¿Sería que se había visto atrapada sin más en la despiadada trituradora del Tribunal Popular? Qué amarga broma de mal gusto sería que la derribara no una amplia conspiración para traicionar al Gran Cambio, sino una vieja rencilla con una rival envidiosa. Savine tragó saliva, pensando a toda velocidad. Si era así, tal vez Leo siguiera libre. Sus planes quizá aún pudieran seguir adelante.

—Ciudadana Vallimir —murmuró—, te agradecería mucho que hicieras llegar un mensaje a mi marido diciendo…

—Ah, el Joven León ya está al tanto de todo —dijo Sarlby, sacando unas pesadas cadenas que brillaban pulidas de tanto uso por el lado de los grilletes—. Hizo un trato con la Jueza, tengo entendido. Tú estabas allí, Toro, ¿verdad? ¿Qué fue lo que dijo Brock?

La luz destelló en los anteojos de Broad.

—La nación debe juzgarla.

Savine no pudo más que quedarse de pie mirando mientras Sarlby le cerraba los grilletes en torno a las muñecas flácidas. Con la misma celeridad con que la esperanza se había avivado, se apagó. ¿Su propio esposo se había vuelto contra ella? ¿O había hecho lo necesario para asumir el control del Ejército Popular? Savine ya casi no lo reconocía. Casi no podía predecir lo que iba a hacer al minuto siguiente.

—Tú tranquila —dijo Sarlby dándole una palmadita tranquilizadora en el hombro—, que no tendrás que esperar mucho. Te han colado al principio de la lista. No hay nada como tener amigos bien situados, ¿eh?

O enemigos. El peso de las cadenas, lo frías que estaban, de algún modo había dejado a Savine sin aliento. Se preguntó cuántos otros habrían llevado puesto ese mismo juego. Se preguntó si quedaría alguno vivo. Los motivos de la sentencia en el Tribunal Popular influían bien poco en la condena, a fin de cuentas. La caída seguía siendo la caída.

—Ciudadana Vallimir —logró decir—, ¿podría suplicarte un favor? Lleva a mis hijos al Pabellón de la Pureza. Corren peligro,

¿comprendes? —La voz le iba saliendo cada vez más aguda al pensar en ellos, indefensos en sus cunas con solo una nodriza—. Tienen que estar conmigo.

—No creo que pueda ser —masculló Sarlby, moviéndole los grilletes en las muñecas para confirmar que estaban bien cerrados.

—Si quiere llevarse a sus hijos… —Broad se quitó los anteojos, les echó el vaho y empezó a limpiarlos con el puño de la camisa. Sus ojos se cruzaron con los de Savine, rojizos e inyectados en sangre. Daba la impresión de que apenas la conocía—… que se lleve a sus hijos.

Llegó un estruendo desde arriba y aparecieron unos Quemadores llevando en volandas a alguien escalera abajo.

—¡La tenemos! —gritó uno, triunfal.

Savine vio con una sacudida de horror que su prisionera era Zuri, encadenada de pies y manos con enormes grilletes negros y eslabones de un dedo de grosor. Casi no podía moverse por el peso.

—¡Por el amor de los Hados! —exclamó Savine—. ¿Hacen falta esas cadenas?

—Mejor no arriesgarse —dijo Sarlby mientras ponían de pie a Zuri al pie de la escalera—. Podría ser una devoradora.

Se le había soltado el pelo y lanzó a Savine una fugaz mirada entre la negra maraña que tenía sobre la cara.

—No pasa nada, yo…

—¡Cierra el pico, zorra marrón!

Un quemador arrancó a Zuri el reloj de plata del cuello, impasible al respingo que dio cuando la cadenita se le enganchó en la oreja, hizo un gruñido de apreciación y se lo guardó en el bolsillo. Otro le echó la cabeza hacia atrás y empezó a ponerle un artilugio con hebillas y alambre encima de la cara. Por los Hados, estaban amordazándola.

—¿Os habéis vuelto locos? —chilló Savine. Lo lamentó al instante. Saltaba a la vista que ya estaban todos locos—. ¡Es una dama de compañía, no una hechicera! Tú la conoces, Gunnar.

Broad hizo una mueca, como si oír su nombre de pila le doliera.

—No depende de mí —farfulló, y levantó una petaca y le dio un

sorbito—. Depende del tribunal.

—¿A cuántos sospechosos de ser devoradores habéis detenido? —preguntó Savine mientras llevaban a Zuri hacia la puerta, apartando a patadas las mantas de los niños.

—A docenas.

Savine juntó las manos, haciendo tintinear sus propias cadenas.

—¿Y cuántos eran devoradores de verdad?

—Cuando están encadenados y amordazados, ¿qué diferencia hay? Esa mujer tiene hermanos, ¿verdad?

—Pero son… buena gente —susurró Savine.

Qué sinsentido era decirlo. Miró a los huérfanos, que lloraban contra las paredes descascarilladas. Qué idiota había sido al pensar que podría salvar a alguien. No podía salvarse ni ella misma.

Sarlby la agarró por debajo del brazo y la obligó a caminar hacia la puerta.

—Es una pena, pero ya no viene tanta gente a las ejecuciones —estaba diciendo, como si charlaran del tiempo—. Se habrán aburrido, supongo. Si hay una capacidad humana que siempre me ha asombrado, es el aburrimiento. Lo vi en Estiria. Lo vi en Valbeck. Da igual lo raro que sea algo, lo demencial o indignante: la gente se aburre de todo. Pero no te preocupes. Teniendo en cuenta quién es tu padre… o quiénes eran tus padres… seguro que no va a faltar interés. —Le guiñó un ojo mientras la sacaba al aire frío por la puerta de la casa donde había soñado con ser reina—. Y las mujeres bonitas todavía reúnen a bastante público.

El mismo bando

Leo tenía un truco para ponerse la camisa. De un tiempo a esa parte le hacían falta trucos para casi todo. Primero cogió la manga y la enrolló en torno a su mano mala.

El brazo se había ajado. Estaba flaco, blando, pálido aparte de las dispersas cicatrices rosadas. A veces le parecía sentir el metal enterrado en la carne. Astillas afiladas entre sordas palpitaciones. La mano izquierda estaba rara. Las uñas tenían un tono púrpura. La piel vieja se le caía de las yemas insensibles. Parecía la mano de un cadáver, y venía a ser igual de útil.

Tensó la mandíbula, subió la manga por el brazo entumecido hasta el hombro y luego pasó deprisa la mano derecha por detrás de la cabeza, dejando resbalar el cuello de la camisa entre el índice y el pulgar, y la metió en la otra manga con un chasquido de tela tensándose, exacto como un paso de baile.

Tenía un truco para ello. Pero de un tiempo a esa parte, a Leo le hacían falta trucos para cualquier cosa más compleja que girar el pomo de una puerta.

Jurand entró agachándose en la tienda.

—Han llegado los monárquicos.

Leo enarcó las cejas mientras se metía la espalda de la camisa por el cinturón.

—La inspectora Teufel nos ha hecho a todos monárquicos.

—Están desplegándose al otro lado del valle. —Jurand cogió la casaca de general del respaldo de una silla plegable y fue hacia Leo. No lo avergonzó preguntándole si quería ayuda. Sabía lo que

había que hacer sin decírselo, igual que siempre—. Si a eso se le puede llamar desplegarse.

Leo se dejó manipular como el maniquí de un sastre. O como un cadáver por un enterrador. El truco más importante que había aprendido quizá era tragarse el orgullo y aceptar toda ayuda que recibiera.

Jurand frunció el ceño mientras le abotonaba la casaca a Leo, con tanta rapidez y pericia como el mejor ayuda de cámara.

—Sus tropas parecen casi tan debilitadas como las nuestras. Casi. Anoche tuvimos más deserciones.

—Tampoco es tan malo —musitó Leo—. Así nos libramos de quienes tienen dudas… sobre el nuevo mando…

Jurand estaba tan cerca que Leo llegaba a olerlo, cuero y abrillantador y pelo de caballo y jabón. Oía su lenta respiración. Veía cada pelo de sus largas pestañas, la minúscula mancha de su mejilla, los labios apretados de concentración, pero con esa mínima curva en la comisura que solía poner siempre cuando estaban juntos, antes de… todo lo que había pasado.

No le habría supuesto ningún esfuerzo inclinarse hacia delante y besarlo. Casi era más esfuerzo no hacerlo. Leo se preguntó qué sensación le daría la aspereza de su mentón recién afeitado en la mejilla. Qué sensación le daría su pelo entre los dedos. Qué sabor tendría su boca si…

Jurand alzó hacia él los ojos y Leo se quedó paralizado, sin respirar, con la cara cosquilleando.

—Debería… haber estado allí —murmuró Jurand—. En Stoffenbeck. Si hubiera estado…

—Me alegro de que no vinieras. Me alegro de que no… salieras herido. —Entonces Leo pensó en Antaup, y en Jin, y en las botas de Bremer dan Gorst crujiendo al cruzar la plaza destrozada—. No puedo permitirme… perderte. —Apartó los ojos, que empezaban a picarle, y levantó la barbilla para que Jurand pudiera abrocharle el botón de arriba—. Estarás ahí esta vez —logró decir con voz áspera.

—Siempre estaré ahí.

¿Jurand estaba moviendo el brazo con suavidad hacia la mano

inútil de Leo, como para ayudarlo también con eso? Leo la alcanzó primero y, con gesto torpe, la metió en el hueco de la casaca mientras se volvía hacia el espejo con una sonrisa forzada.

—¿Cómo estoy?

Jurand atrapó una pelusilla del galón que Leo llevaba en el pecho y la tiró al suelo.

—Igual de guapo que siempre —dijo en voz baja.

—¡Lord mariscal Forest! —gritó Leo mientras llegaba a caballo.

Por lo menos aún podía montar bien, ya que la mayor parte del trabajo la hacía el caballo. Apretar las piernas contra la silla hacía que le doliera el muñón, pero en ningún caso iba a dejar que lo sujetaran a ella con correas. Se planteó agarrar las riendas con los dientes, decidió que sería un poco demasiado informal y las soltó en la silla para poder tender la mano al mariscal, confiando en que el caballo se comportara.

Forest, con el uniforme manchado por la batalla, la cara llena de cicatrices endurecida por el clima, la barba un revoltijo entrecano, contempló esa mano con escaso entusiasmo y por fin acercó la suya para estrecharla con fuerza.

—Joven León.

—Es un honor conoceros. De verdad lo es. Nada enseña a respetar a un hombre como perder una batalla contra él. Solo os vi desde lejos, defendiendo aquella cima de Stour Ocaso. No cedisteis ni un palmo de terreno. Fue toda una visión.

—También lo fue aquella carga vuestra —respondió Forest a regañadientes—. Terminara como terminara.

—Confío en que esta vez habrá un mejor resultado —dijo Leo—. Que quede entre nosotros, pero se me terminan las extremidades a un ritmo endiablado.

Uno de los adustos ayudantes de Forest llevaba un estandarte de batalla de la Unión, y Leo se sorprendió por la agridulce punzada de nostalgia que sintió al verlo, incluso pendiendo lacio como un ahorcado en el gélido rocío matutino. Habían arrancado el sol llameante de todas las astas de Adua, lo habían borrado con

cinceles de la mampostería, lo habían quemado en tela y papel un millón de veces. Se preguntó cuántas cuberterías solares habrían quedado destruidas desde el Gran Cambio.

—Según afirma el cabo Tunny, ahora estamos en el mismo bando —dijo Forest.

—Gracias a las buenas artes de Victarine dan Teufel. —O por lo menos a su hábil astucia.

—No hace mucho tiempo luchabais contra el rey —gruñó Forest—. ¿Ahora peleáis por él?

Leo infló los carrillos y alzó la mirada a aquella bandera.

—La verdad es que casi ya ni recuerdo cómo era el mundo antes. —Acomodó el brazo izquierdo dentro de la casaca, intentó mover los dedos, torció el gesto por el dolor abotargado en el codo—. Casi ya ni recuerdo lo que era no estar siempre dolorido. Los motivos por los que luché contra vosotros… incluso si alguna vez fueron buenos… se han evaporado como la neblina del alba. —No mencionó los puestos en el Consejo Cerrado que le habían ofrecido. Había mejorado mucho en juzgar qué debía decir. Y qué debía callarse—. Hay que revertir el Gran Cambio, al menos en parte, antes de que la Unión se devore a sí misma. Con eso tendrá que bastar.

Los hombros de Forest se hundieron un poco.

—Ya que estamos siendo sinceros, aceptaré toda la ayuda que me ofrezcan. Pero vuestros hombres parecen en bastante mal estado.

Leo se retorció para mirar hacia arriba por la larga pendiente, hacia donde el Ejército Popular formaba bloqueando el camino hacia Adua. Ya eran una turba indisciplinada cuando habían caído sobre la capital y liberado a Leo en el Pabellón de Interrogatorios. Y estaban mucho peor que entonces. Decir que sus filas eran irregulares sería demasiado halago. Apenas eran filas siquiera.

—Estos desgraciados están en un estado espantoso —dijo Leo—. Hambrientos, cansados, helados, pobres. Pero sobre todo están hartos. Hartos de luchar, hartos de la Jueza, hartos de todo este puto asunto. —Se volvió de nuevo hacia Forest, sonriendo—. En definitiva, diría que están preparados para la restauración de la

monarquía.

—¿Y os seguirán a vos? —preguntó un ayudante de Forest.

—Seguirán a quien les dé de comer —intervino Jurand—, sobre todo si los lleva en dirección a sus casas.

—Nos hemos deshecho de los peores Quemadores y los hemos reemplazado por hombres leales —dijo Leo—, pero lo cierto es que ya no quieren combatir. —Señaló con el mentón hacia las raídas compañías de Forest, desplegadas por delante más arriba, entre las que no había dos del mismo tamaño—. Por lo que parece, a vuestras tropas les pasa lo mismo.

Le llegó el turno a Forest de retorcerse en la silla de montar y mirar ceñudo sus propias líneas curvadas. Cuando volvió a mirar a Leo, de pronto parecía tener sus años, exhausto y demacrado.

—En mi opinión, es muy posible que ya solo podamos sacarles una batalla más.

—Mejor que sea buena, entonces —dijo Leo, haciendo girar a su montura—. ¡Glaward, da la orden! ¡Marchamos hacia Adua!

Romper todo lo que ama

Aunque el sol brillaba sobre la cubierta del baluarte, Rikke notó frío el viento mientras el ejército de Calder el Negro se desplegaba rodeando las murallas de Carleon. Pero seguro que a cualquiera le entraría un poco de frío al ver a miles de hombres preparándose para darle muerte.

—Pues nada, aquí están —murmuró, bajando el catalejo—. Parece que lo han pasado mal con el barro del camino. Hay que ver en qué estado están los muy cabrones.

Escalofríos asintió despacio.

—Pero hay que ver cuántos son, también.

Escalofríos se había preparado a conciencia para la batalla, con la cota de malla reluciente y el cuerno de guerra al cinto, el pelo entrecano recogido con la meticulosidad de una novia y el escudo recién pintado de rojo con el símbolo del ojo largo, el umbo negro su enorme pupila.

—Sí.

Rikke buscó algo gracioso que añadir pero no encontró nada a mano. Y mucho menos con el estómago intentando escapársele por la boca y huir de allí. Llegaban cada vez más y más guerreros coronando las colinas desde el norte, cruzando las sombras que reptaban sobre el terreno proyectadas por las nubes llevadas por el viento, formando desaliñadas filas en los campos que rodeaban la ciudad, donde los últimos reductos de nieve se aferraban blanquecinos y sucios a las hondonadas.

Sí que eran un buen montón de hijos de puta, sí. Tantos como

había llevado Calder el Negro a la Batalla de Colina Roja, tal vez. Muchos más de los que había deseado Rikke. Sus propias tropas parecían muy dispersas en los adarves sobre los muros de Carleon. Nerviosas y solitarias. Eran carls de Uffrith que habían servido a su padre, muy lejos de casa y con una líder que parecía tambalearse cada vez más con el paso de los días.

Rikke tenía incluso menos fe que ellos en su propio juicio. Había visto cosas, allá arriba en las montañas, cuando la bruja le tatuó las runas alrededor del ojo. Astillas y fragmentos. Lo suficiente para intuir lo que sucedería. Pero ni por asomo tanto como para estar segura.

—Traen escalas —dijo Corleth, con el pelo azotándole la mandíbula tensa y el estandarte del ojo largo ondeando sobre la cabeza.

—Muchas escalas —matizó Escalofríos.

—Mucho de todo —dijo Rikke—. ¡Esperemos que no tengan cañones! —Ladró una carcajada pero estuvo a punto de vomitar y tuvo que tragarse como pudo el liquidillo acre de la garganta—. No tienen cañones, ¿verdad? ¿Qué hay en esos carros? —Escrutó por el catalejo—. ¿Son… huesos?

—Será el Alzado en el Túmulo. Esa gente del otro lado del Crinna siempre tiene ideas raras. Recuerdo que el Extraño que Llama estaba obsesionado con las cañerías.

—Bueno, ¿quién querría morir a manos de un hombre sin aficiones?

Rikke dio una bocanada fuerte y fría y la soltó. De un modo u otro, todo iba a terminar ese día. Los rencores que habían nacido cuando Scale Mano de Hierro invadió el Protectorado hacía ya tantos meses. Rencores muy anteriores a ese, incluso. Cuando su padre dijo a Calder el Negro que le cortaría la cruz de sangre en la Batalla de Osrung. Cuando Calder el Negro mató a Forley el Flojo años antes de eso. Cuando el padre de Rikke y el Sanguinario luchaban en el bando de Bethod, y luego contra él, cruzando todo el Norte y de vuelta y dejando un rastro de cadáveres en los dos sentidos. Enemistades que surgían de enemistades, sangre que fluía de la sangre, y todo se resolvería ese día. O quizá fuese una estupidez

pensar así. Quizá ese día solo vería nacer nuevos rencores.

—¡Estoy emocionada! —exclamó Rikke, poniéndose de puntillas y forzando una sonrisa de oreja a oreja, como si supiera a ciencia cierta lo que iba a pasar aunque estuviera rebosante de dudas. Dio una palmada a Corleth en el hombro. Le gustaba hacerlo. Los hombros de la chica daban una sensación carnosa, tranquilizadora —. ¿Tú estás emocionada?

Corleth tragó saliva.

—La verdad, me estoy cagando encima.

—Son dos maneras de decir lo mismo. —Rikke se frotó la tripa, probó a mover las piernas para quitarse los dolores—. Por los muertos, qué horror.

—¿Estás bien?

—Solo son los dolores de la luna. Me vino la sangre anoche.

—Anda, a mí también.

—Qué cosas, ¿eh? ¡Nuestros vientres han encontrado un ritmo! Me pasó lo mismo con Isern. —Rikke dio un suspiro nostálgico—. Bueno, supongo que ya es hora de sacar a Stour de la jaula.

—Sí —dijo Corleth, y se fue trotando hacia la escalera.

Escalofríos miraba los campos con la frente arrugada, y el sol se reflejó en su ojo metálico al salir de entre las nubes.

—Dudo que vaya a ser la única sangre que viene hoy —dijo.

Calder estaba con los brazos en jarras, fulminando Carleon con la mirada. La ciudad desde la que había gobernado el Norte durante veinte años. Tenía que doler que te la arrebatara una chica con un ojo mágico. Tenía que doler suplicar por la vida de su único hijo.

Pero, claro, cuando se llegaba a cierta edad, todo dolía.

—Trébol —gruñó Calder—, te quiero a mi lado.

—Claro, jefe. Aunque los campos de batalla me dan sarpullidos.

—Hoy todos tendremos que soportar alguna incomodidad. Tengo un caballo para ti.

—De maravilla —dijo Trébol, con marcado sarcasmo.

Había sido dueño de un caballo una vez, mucho tiempo antes, pero solo porque era más o menos lo que la gente esperaba que un

guerrero famoso poseyera. No recordaba haberlo montado nunca. Excepto una vez, cuando lo compró, fingiendo que no estaba acojonado de caerse, y solo porque era más o menos lo que la gente esperaba que hiciera alguien al comprar un caballo. Todo el resto del tiempo lo había tenido en una cuadra, con aspecto triste, comiéndose su heno y costándole dinero. Era raro la de tiempo que había dedicado a preocuparse por lo que la gente esperaba. Cualquiera habría dicho que la única ventaja de ser un guerrero famoso era poder hacer lo que te diese la gana.

—Deberíamos atacar —dijo el Alzado en el Túmulo, montado con su armadura cubierta de huesos en su caballo cubierto de huesos—. Atacar, atacar, barrerlos como una ola negra. Expulsarlos a la nada. Al infierno. —Ese venía a ser el alcance completo de su estrategia —. No nos entretengamos con eso de hablar antes. Lo que se dice antes siempre son embustes y fanfarronadas. Una pérdida de tiempo para ti. Una pérdida de tiempo para mí. Algún día moriré. Antes quiero reunir tantos huesos como pueda. Dicen que las ciudades del Sur son inmensas y que la gente fluye por ellas como ríos. Y toda esa gente está llena de huesos. Hasta el último de ellos. —Compuso una sonrisa ensoñada—. Quiero visitar esos lugares.

—Tienen a mi hijo —dijo Calder, aún con la mirada fija en la ciudad—. Cuando lo haya recuperado, podrás hacer lo que quieras con Carleon y con todos los huesos que contiene.

La sonrisa del Alzado en el Túmulo se ensanchó.

—Me parece aceptable.

Trébol lanzó una mirada a Sholla y la encontró con los ojos puestos en él, incapaz de ocultar su horror.

—Tú quédate aquí con Zas —murmuró.

—Jefe, quiero…

—Que te quedes aquí —insistió él, mirándola a los ojos.

—No te preocupes —dijo Contratiempo—, que yo cuido de ellos.

—Muy tranquilizador.

Trébol subió incómodo al caballo que le habían prestado. Lo encontró hasta más desagradable de lo que recordaba. Uno se olvidaba de lo altos que eran esos putos animales. Y el caballo dio una vuelta completa mientras Trébol se agachaba para coger las

riendas.

Calder el Negro también estaba teniendo problemas para montar. Tuvo que hacer un par de intentos antes de lograr auparse a la silla. Al conseguirlo tenía un aspecto débil, macilento y adusto. No quedaba gran cosa del apuesto bromista que había robado el Norte delante de las narices de todo el mundo. Era un hombre que ya estaba durando más de lo que debía. Un hombre al que habían obligado a librar una batalla de más.

Pero, claro, una ya era una de más.

Trébol tuvo un mal presentimiento mientras cabalgaba hacia Carleon. Al mirar a la izquierda, hacia la enorme masa de cabronazos del Crinna preparándose para la cosecha de huesos. Al mirar a la derecha y ver a los carls de Calder haciendo avanzar su muro de escudos de muchos colores por los campos salpicados de sol. Al mirar hacia delante, en dirección a las negras almenas sobre las puertas de la ciudad. El presentimiento de que todo aquello iba a acabar mal.

Pero claro, si se deja el tiempo suficiente, ¿qué no termina mal?

Rikke respiró hondo. Por los muertos, qué ganas tenía de mear. Había ido hacía poco, pero parecía tener la vejiga a punto de estallar. No quedaría muy elegante que la temible bruja del ojo largo se meara en las almenas a plena vista de sus dos peores enemigos y de un ejército hostil. Pero en fin, su padre siempre decía que estaba a punto de mearse en todas las peleas. Eso no le había impedido ganar la mayoría.

—Hala, vamos allá.

Retorció la cara con aquella sonrisa astuta y llegó pavoneándose al parapeto. Al mismo lugar en que Nueve el Sanguinario había matado a Bethod. Tal vez las piedras en las que estaba apoyando las manos fuesen las mismas contra las que habían sacado los sesos al primer rey de los norteños. Confió en que el detalle no pasara desapercibido a nadie mientras se inclinaba hacia fuera, sonriendo a las dos docenas de jinetes detenidos ante las puertas.

Allí estaba el símbolo de Calder, un círculo rojo sobre negro, y

también otros estandartes famosos. Distinguió a Jonas Trébol merodeando en las últimas filas. Parecía atribulado, y Rikke no podía reprochárselo. Iba en una compañía capaz de atribular a cualquiera. Era imposible no ver a los cabrones del otro lado del Crinna. Eran los de la pintura y los huesos. Había uno en particular, de pelo gris, cara gris, ojos grises fijos en ella, cubierto de huesos de la cabeza a los pies, que llevaba el cráneo de algún animal enorme y cornudo encima del yelmo. Y delante de él, a lomos de un caballo negro, estaba un hombre flaco de rostro picudo y una bonita piel negra sobre los hombros.

—¡Calder el Negro! —exclamó—. ¡Bienvenido otra vez a Carleon!

Su montura estaba nerviosa y Calder tuvo que tirar con fuerza de las riendas para encararla de nuevo, sin dejar de mirarla ceñudo en ningún momento.

—¡Rikke del Ojo Largo!

Ella se tocó la cara.

—Es el único que tengo. ¿Quién es tu payaso?

—¿Payaso?

—El mamón de los huesos.

—¡Soy el Alzado en el Túmulo, chica! ¡Jefe de un Centenar de Tribus, señor de toda la marisma que se extiende entre el Crinna y el océano, amo de diez mil lanzas! He venido a recoger huesos para mi gran túmulo. Huesos de hombre y mujer, de lobo y halcón. Huesos de niña y niño, de cordero y potro. Quizá pueda ver cuántos huesos te saco del cuerpo mientras aún vives. Es uno de mis pasatiempos favoritos.

Hubo un silencio, una ráfaga de viento frío que sacudió los árboles jóvenes en la lejanía y suspiró al cruzar las murallas de Carleon. Rikke se metió el meñique en la oreja, lo giró, lo sacó, examinó el resultado y lo tiró por ahí.

—No es muy gracioso, ¿verdad? —preguntó.

—Hasta yo soy más gracioso —dijo Escalofríos.

—Pero tú eres gracioso porque nadie espera reírse con un hombre que tiene un ojo de metal. —Señaló hacia el Alzado en el Túmulo—. ¡Eh, si te pones la botarga, más te vale prepararte para que haya diversión! Pero no nos alarguemos, que tengo la sangre

del mes en marcha y me vendría bien cambiarme el trapo. Si te gusta la sangre, puedo tirar el viejo muralla abajo.

El Alzado en el Túmulo torció los labios para escupir alguna respuesta, pero Calder se le adelantó.

—Nuestro amigo común, Jonas Trébol…

—No tengo muy claro que Jonas Trébol sea amigo de nadie aparte de sí mismo —dijo Rikke.

El hombre en cuestión puso una sonrisa tímida.

—Solo intento sobrevivir cada día, nada más.

—Me dijo que estás dispuesta a hacer un trato —levantó la voz Calder—. Mi hijo a cambio de medio Norte. ¿Es verdad?

—Podría ser. —Rikke se apoyó en el parapeto con los brazos cruzados, dejando caer las manos, dejando colgar el collar, y recorrió con la mirada a todos aquellos hombres desplegados alrededor de Carleon—. Pero te has traído a un buen montón de amigos por un buen montón de barro solo para que podamos cerrar un acuerdo.

—Mi padre siempre decía: «Por supuesto que hay que hablar, pero las palabras de un hombre armado siempre suenan mucho mejor». Así que se me ocurrió hacer que mis palabras suenen tan bien como puedan.

—Sí que dicen que en tus tiempos eras famoso por encandilar a las damas. ¡Traed al Gran Lobo para que lo vea su padre!

Escalofríos llevaba a Stour bajo un brazo, sosteniéndolo en alto y arrastrándolo hacia delante a la vez, con las manos atadas a la espalda y los pies descalzos resbalando inútiles por el suelo. Había perdido la mitad de su peso y todo el orgullo, tenía los labios agrietados y los ojos hundidos, que se entrecerraron por el sol como si no lo hubiera visto nunca. Llevaba meses sin salir de aquella jaula en el Salón de Skarling, así que el cielo estaba dejándolo bastante mareado.

—¡Aquí lo tenéis! —gritó Rikke mientras Escalofríos acercaba a Stour al parapeto para que todo el valle pudiera verlo bien—. ¡El nieto de Bethod! ¡El verdugo de Scale Mano de Hierro! ¡El rey de los norteños en toda su gloria, Stour Ocaso!

Y lanzó un brazo en dirección al tullido maloliente que en otro

tiempo había sido el terror del Norte. Se hizo el silencio mientras la gente de abajo iba asimilando el estado en que se hallaba y preguntándose si de verdad podía ser el mismo hombre. En los ojos de Calder se entreveía quizá un reflejo húmedo, pero a lo mejor era por el viento.

—¿Estás bien, hijo? —graznó.

—Me rajaron las piernas. —En la voz de Stour había un quejido lacrimoso que recordó a Rikke a un niño quejándose por tener la porción de tarta más pequeña—. Me rajaron las piernas.

De entre todo lo que podía sentir, Rikke se vio asaltada por un rasguño de remordimiento y tuvo que recordarse todas las cuentas que le faltaban por ajustar con él.

—Bueno, quería hacer que me follaran unos cerdos —alzó la voz Rikke—. ¡Romper todo lo que aman, dijo! Yo diría que aún le ha pasado poco.

Incluso desde tan lejos, vio que a Calder le rechinaban los dientes.

—Carleon es tuya —gruñó desde el caballo—. Libéralo y envíalo para abajo.

—La verdad es que ya no me sirve de nada. —Rikke chasqueó los dedos hacia Escalofríos—. Algún cuchillo llevarás encima, ¿verdad?

—Nunca se tienen suficientes. —Escalofríos desenfundó uno y se lo tendió, con el puño pulido por el uso hacia ella. No era grande. Pero una hoja pequeña valía igual casi todas las veces—. ¿Seguro que no quieres que lo haga yo? —preguntó con aquel ronco susurro.

Rikke había visto ese momento. Sabía cómo iba a desarrollarse. Lo que vendría después era la cuestión. Negó suavemente con la cabeza.

—Mi padre diría que hay cosas que un líder debe hacer en persona.

—Que lo haga quien sea de una vez —mascculló Stour girando la cabeza hacia ella, moviendo las manos atadas en su dirección.

—Paciencia, Gran Lobo.

Rikke tomó el cuchillo de la mano de Escalofríos. Había visto venir aquello, sabía que tenía que ocurrir, pero aun así no era fácil. Tuvo

que hacer del corazón piedra, como Isern le decía siempre, aunque tuviera la boca seca como el serrín y un sudor helado en la espalda y el cuchillo pesara como un yunque. Estiró los brazos, cogió una muñeca de Stour y con mucho cuidado cortó las cuerdas que lo ataban.

Stour le dedicó una sonrisa retorcida.

—Llevaba un tiempo esperando esto.

Ella se obligó a devolverle la sonrisa.

—Ah, yo también.

Y lo apuñaló en el cuello. La hoja del cuchillo apenas sonó al clavarse de lado hasta la guarnición en la base del cuello, ni al salir de nuevo junto con un chorro de sangre que empapó la mano de Rikke. La impresionó lo caliente que estaba.

Al principio Stour se encogió y dio un pequeño respingo, como si le hubiera picado una abeja. La miró con los húmedos ojos muy abiertos y la cara laxa toda manchada de rojo por la borboteante herida.

—Odda —dijo, babeando saliva en su sucia camisa.

Rikke miró a Escalofríos, y la mano le temblaba pero su voz salió firme.

—Anda, envíalo para abajo.

—A la orden.

Y Escalofríos dio un paso adelante y arrojó al Gran Lobo por encima del parapeto.

Trébol había estado allí cuando Nueve el Sanguinario luchó contra el Temible. Fue incluso antes de ganarse el nombre de Escarpado. Mucho antes de perderlo. Sostuvo un escudo en ese duelo. Había visto cómo lanzaban a Bethod desde la muralla. Y estaba viendo cómo lanzaban al nieto de Bethod desde más o menos el mismo sitio, y cómo caía a plomo más o menos en el mismo sitio, doblado en la hierba húmeda donde habían trazado el círculo ese día.

La sangre salpicó el caballo del Alzado en el Túmulo, pero el animal casi ni se inmutó. Seguro que estaba más que acostumbrado a la carnicería. Stour había quedado tendido con los brazos

abiertos, como saludando a su padre, pero con la cabeza retorcida del revés, las piernas destrozadas bajo el cuerpo y la sangre manando negra en la verde hierba. Hasta unos momentos antes había sido el futuro del Norte. Ahora era barro. Una severa enseñanza para todo aquel que acariciase ambiciones elevadas.

Calder lo contempló boquiabierto y luego alzó la mirada al baluarte, donde Rikke y Escalofríos eran siluetas negras resaltadas contra el cielo brillante.

—¡Matadlos! —chilló crispando el rostro—. ¡Matadlos a todos!

Si alguien le hubiera preguntado, Trébol habría dicho que era más que improbable que aquello se resolviera hablando. Pero la gente nunca es consciente de cuánta esperanza alberga hasta que alguien la apuñala y la arroja desde una torre.

—¡Nos veremos pronto! —les chilló Rikke, dando una cuchillada al cielo con su hoja ensangrentada.

Así que quizá no era lista ni había visto nada en absoluto con su ojo largo, sino que simplemente era la más loca de todos y acababa de condenarse a sí misma y a todos sus seguidores. Quizá también a Trébol, que no había hecho otra cosa que intentar hallar un rumbo seguro cruzando una tempestad de creación ajena.

Ya le costaba esfuerzo controlar a su caballo yendo al paso. Controlarlo para que se alejara de la muralla a un galope que le sacudía todos los huesos en medio de dos docenas de bestias que se entrechocaban, resbalaban y ponían en blanco unos ojos dementes era tarea imposible. A duras penas logró mantenerse en la silla, aferrado al animal con las piernas doloridas mientras las riendas latigueaban de un lado a otro. Caían flechas por todo alrededor, destellos de movimiento hacia la hierba. Le cosquillearon los hombros, seguro de estar a punto de recibir un flechazo. Fue lo que le pasó a un salvaje del Alzado en el Túmulo, que cayó chillando del caballo con la melena enmarañada sobre el rostro pintado. Era el problema de utilizar huesos como armadura. Que no servían para una puta mierda.

Trébol nunca había agradecido tanto llegar al borde de un bosque en toda su vida. Logró refrenar a su caballo tirando de las riendas, pero casi acabó poniéndolo al trote de vuelta hacia la muralla, y casi

seguro que lo habría hecho si Sholla no hubiera agarrado la brida. Desmontó resbalando en la silla y se quedó allí con las manos en las temblorosas rodillas, respirando y nada más.

—¿Estás bien? —le preguntó Sholla.

—Por los muertos —resolló, agarrándole el brazo para enderezarse. Aún se notaba mareado—. Creo que casi me cago encima.

—¿Qué coño ha pasado?

—Lo que ha pasado es… —Trébol entornó los ojos hacia los muros de Carleon, como un hombre temeroso de una tormenta—. Es que tenía esperanzas de no luchar nunca más en una batalla.

Las tropas de Calder el Negro habían empezado a avanzar. No era la carga más entusiasta del mundo, después de toda la mierda por la que habían tenido que vadear para llegar hasta allí. Pero aun así estaban avanzando. Trébol soltó un suspiro que le salió de las entrañas.

—Pero así son las esperanzas.

La gente pequeña

Corleth había estado segura de tenerlo todo bien atado. De saber cómo iba a desarrollarse hasta el último detalle. No podría haberlo sabido mejor ni viéndolo ella misma con el ojo largo.

Entonces Rikke había apuñalado a Stour en el cuello y lo había tirado baluarte abajo. Así que habría batalla y luego habría saqueo y ¿quién sabía cómo leches podía terminar todo eso? De pronto, la vida de todo el mundo pendía de un hilo, la suya incluida. Sería difícil tener las cosas menos bien atadas que eso.

Alrededor de la ciudad, los hombres de Calder corrían en oleada hacia los muros. Eran miles. Multitudes harapientas, enfangadas y desordenadas con metal reluciendo en medio, estandartes raídos azotados por el viento, docenas de escalas entre ellos, gritos sanguinarios resonando por todo el valle. Los arqueros de la muralla tensaron sus cuerdas y dispararon flechas veloces al gentío que llegaba. Desde donde estaba, aferrada al asta del estandarte de Rikke, Corleth vio caer a unos cuantos. Demasiado pocos para suponer ninguna diferencia.

Había estado segura de tenerlo todo bien atado. De tener calada por completo a Rikke. Sabía que era demasiado blanda, demasiado confiada. Pero allí no tenía nada de blanda, con la sonrisa moteada por la sangre de Stour y ese único ojo que resaltaba en su rostro tatuado fijo en Corleth. Mirándola, y sonriendo, con aquel cuchillo ensangrentado suelto en la mano y Caul Escalofríos enorme y hosco a su lado. Corleth tuvo una mala sensación en la barriga, y no era por los dolores de la luna.

Llegaban ya flechas en el otro sentido, algunas en llamas. Caían sobre la ciudad, rebotaban en los tejados de pizarra. Corleth se agachó, sin muchas ganas de que le diera alguna. Le pareció oler a humo. Gritos por todas partes. Pánico por todas partes. Excepto allí, sobre el baluarte. Excepto en la cara de Rikke.

—Tu abuelita tiene muchas visitas —dijo.

—¿Cómo?

—Isern-i-Phail es una mujer muy suspicaz. A lo mejor es lo que pasa cuando tienes a un loco por padre y a la luna por única madre. Le entraste mal desde el principio. Así que puso a gente a vigilar a tu abuela y… ¡caray! —Rikke infló los carrillos—. Entraban y salían de su casa como si fuera un burdel.

—La gente va a pedirle consejo. —Corleth intentó mantener la voz firme, lo cual no era proeza pequeña en plena batalla—. Está muy bien considerada y…

—En concreto, tres hermanos. A ellos les da pero que muchos consejos.

—Una vez por semana —dijo Escalofríos, bajando el ceño hacia Corleth.

Con el pelo recogido mostrando la cicatriz en todo su esplendor parecía un monstruo, y aquel ojo metálico destelló cuando el sol asomó entre las nubes. ¿Cómo había podido Corleth acostumbrarse aunque fuese un poco a eso? Sus ojos no dejaban de revolotear por el techo del baluarte. Muchas miradas duras allí arriba, teniendo en cuenta que la batalla estaba en la otra dirección, y la mayoría apuntándola a ella.

—Y esos hermanos hacen cerveza, ¿sabes? —estaba diciendo Rikke—, así que viajan de un lado a otro con sus carros. Hay un sitio donde parece que tienen muchísimo aprecio a su cerveza.

—Currahome —gruñó Escalofríos.

—Un momento, un momento. —Rikke arrugó la frente—. ¿A quién conozco yo que vive en Currahome? Es alguien a cuyo hijo acabo de matar. Lo tengo en la punta de la lengua…

—¿Calder el Negro?

La cara tatuada de Rikke se iluminó.

—A ese cabrón me refería.

Corleth había tensado el cuerpo para correr, pero no había lugar al que huir. Estaban preparando escalas fuera de la muralla. Vio un par llegando contra el parapeto, y a hombres intentando enviarlas de vuelta hacia abajo.

Rikke seguía parloteando como si no hubiera ni el menor peligro.

—La última vez que uno de esos hermanos cogió el camino de Currahome, lo paramos antes de que llegara. Y no te lo vas a creer, pero… llevaba todos los toneles vacíos.

—Una gran decepción —dijo Escalofríos—, si te gusta la cerveza.

—¿Y a quién no? Debía de estar llevando algún otro cargamento hasta allá arriba. No quería decirnos cuál. Pero la gente cuenta a Caul Escalofríos cosas que no diría ni a su propia madre. —Rikke le dio una cariñosa palmada en el brazo—. Tiene que ser por ese bonito ojo de metal que tiene.

Escalofríos se encogió de hombros.

—Eso o que no dejo de cortarles cosas.

—Ya, igual es eso. ¿Sabes cuál era el cargamento?

Corleth se lamió los labios. Aquello no estaba bien atado para nada. Estaba desmoronándose por todas partes.

—¿Cómo voy a saberlo? —susurró.

—¡Porque se lo diste tú, tontita!

Y Corleth notó que la agarraban desde atrás. La agarraban y la retenían, mientras el estandarte caía traqueteando a las piedras. Forcejeó, más por instinto que en un intento real de liberarse, pero un hombre la tenía por el brazo izquierdo y otro por el derecho y un tercero le rodeó el cuello y le puso una daga en la garganta y el frío roce del acero contra su piel la dejó floja como un trapo.

—Secretos —dijo Rikke, acercándose con paso tranquilo, la pupila de su ojo largo muy abierta, la otra solo un puntito ciego—. Ese era el cargamento. Lo que estábamos haciendo aquí. Cuántos hombres teníamos. Quién había reñido con quién. Las cosas que yo decía. Las que pensaba. O las que pensabas que pensaba, al menos, que podrían no ser del todo las mismas. Tú se las contabas a la abuelita, y la abuelita se las contaba a los hermanos, y los hermanos tiraban hacia Currahome con su puto carro de cerveza vacío y se las contaban a Calder el Negro.

Por los muertos, no muy lejos muralla abajo habían llegando al adarve hombres de Calder, que luchaban haciendo brillar las hojas. La ciudad ya no podía tardar mucho en caer. Aunque quizá demasiado para Corleth, eso sí.

No tenía sentido aferrarse a la mentira. La habían descubierto mucho tiempo antes.

—Escucha —dijo con voz insegura—, puedo hablar con Calder después de la batalla, llegar a algún tipo de trato…

—¿Después? —Rikke la miró como si fuese ella quien hubiera perdido el juicio—. ¿Para qué voy a necesitar tu ayuda entonces? Después de la batalla, Calder suplicará poder hablar conmigo.

Corleth parpadeó sorprendida.

—¡Pero si no puedes ganar!

—Ya me lo habían dicho antes.

—¡Estás muy superada en número! ¡Ahuyentaste a todos tus amigos!

—¿Ah, sí? —Rikke se dio unos golpecitos en el tatuaje de la mejilla—. ¿O quizá vi venir todo esto y lo que está pasando es justo lo que quería?

Corleth había creído tenerlo todo bien atado. Por lo visto, había sido ella quien había estado bien atada desde el principio.

—Estás loca —susurró.

—¡Eso también me lo habían dicho antes! Pero la locura es solo una manera distinta de ver las cosas. Escalofríos, ¿te parece que ha llegado la hora de soplar ese cuerno tuyo?

Escalofríos observó la batalla igual que la abuela de Corleth miraba la sopa, juzgando si era el momento de echar las zanahorias.

—Sí —respondió él, con un mechón suelto de pelo canoso bailando sobre la frente por el viento—. Es de mala educación tener esperando a la gente.

Y se llevó el cuerno a los labios y proyectó una poderosa y larga nota.

—¿Qué está pasando? —murmuró Hardbread, intentando escrutar

entre los árboles.

Pero lo único que veía eran más árboles. Un lejano titilar de luz del día, quizá, entre los troncos, a través de las hojas. Pero la idea era estar lo bastante internados en el bosque para que no los vieran. Lo cual significaba, casi por definición, que ellos tampoco veían gran cosa.

—Calder habrá atacado, supongo —farfulló Brandal, mordiéndose la uña del pulgar.

—¡Sí, ya, eso lo sé, estoy oyéndolo, cojones! —Llegaba un lejano clamor de voces, resonando perezoso desde la distancia. Como si hubiera una feria en el valle de al lado—. Aparte de eso, quiero decir.

Joder, qué nervioso estaba. Aparte de un par de exploradores de Calder a los que habían capturado y otro al que habían disparado mientras huía a caballo, no habían visto nada de acción. Parecía un plan demencial. Había parecido un plan demencial desde siempre. No había forma de que un hombre tan listo como Calder el Negro picara. Pero Rikke se había limitado a asentir y tocarse la mejilla como solía, como sabiendo algo que los demás no, y decir: «Lo he visto». Era innegable que había visto la forma de hacerse con el banco de su padre en Uffrith. Era innegable que había visto cómo llegar a la Silla de Skarling en Carleon. Todo eso también había parecido demencial. ¿Quién sabía ya lo que era la cordura? Hardbread desde luego que no. Y siendo sinceros, haría falta un hombre más valiente que él para negarle algo a Rikke.

Pero no por ello dejaba de estar nervioso. Tenía el estómago revuelto. Contuvo un eructo, se frotó el esternón donde el agrio fuego parecía abrasarle la garganta. Por los muertos, si esperaban mucho más tendría que ir a cagar otra vez. Con su suerte, seguro que la llamada lo pillaba agachado entre los matorrales con los pantalones bajados.

—¿Qué coño está…?

Entonces oyó el cuerno. Un sonido largo, grave, que vibró por todo el valle. Hardbread llevaba horas esperándolo. Días pensando en él. Había soñado con ese ruido el poco rato que había podido maldormir la noche anterior. Pero, de algún modo, cuando llegó fue

una sorpresa.

—¡Por los muertos! —Se levantó con esfuerzo, hizo una mueca por una fuerte punzada en el tobillo entumecido, casi cayó de bruces y estuvo a punto de tragarse la lengua mientras bramaba la orden—. ¡Es la hora! —Desenfundó con torpeza y sostuvo la espada en alto —. ¡A la carga!

Hubo un enorme estruendo, un enorme traqueteo, un enorme griterío mientras por doquier los hombres se levantaban de un salto y echaban a correr por el bosque.

Hardbread renqueó junto a ellos un momento. Joder, sus rodillas, sus caderas, le crujían como a un hombre de madera por las horas que llevaba agachado en el frío y la humedad. Tuvo que parar, agarrarse al hombro de Brandal mientras intentaba reavivar las piernas sacudiéndolas y los hombres lo adelantaban veloces hacia la luz.

—¡Allá vamos!

Corrió de nuevo. Fue más bien trotar, siendo sinceros, porque era mal terreno con tanto árbol. Estaba lleno de hoyos y ramas caídas y raíces para hacerlo tropezar. Jadeaba cuando salió del bosque y oyó el ruido, mucho más alto, mucho más cerca, mucho más estridente.

Sus ojos ya no eran los de antes y los tenía llenos de lágrimas por el aire de correr, así que tuvo que entrecerrarlos hacia el brillo, bajarlos entornados hacia Carleon. Hacia las tropas de Calder, que llenaban los campos alrededor de la ciudad. Toda una inundación de los muy cabrones. Estaban ya en las murallas, con las escalas alzadas, entre flechas que silbaban de un lado a otro.

—Por los muertos —murmuró.

Había parecido un plan demencial, pero también daba la impresión de que Calder había picado, y de lleno. El enemigo estaba con el culo en pompa, atrapado entre la gente de Hardbread y el muro.

—¡A la carga! —rugió, aunque la voz le salió floja por el esfuerzo y el viento se la llevó al instante y todos estaban cargando ya en cualquier caso, saltando de entre los árboles a campo abierto, descendiendo en tropel por la ladera.

Hardbread avanzó de nuevo, con Brandal a su lado llevando el estandarte bien alto. Era más un paseo que una carrera, siendo sinceros, porque era mal terreno fuera del bosque. Duro en las rodillas, con tanto surco en la tierra labrada que lo sacudía y le hacía entrechocar los dientes, con el sol brillando y deslumbrándolo cuando lo destapaba el correr de las nubes. ¿No podían haber encontrado un trecho de camino liso para cargar por él?

Se tambaleó hasta detenerse, con una mano apoyada en el muslo y la espada colgando de la otra. Joder, estaba reventado. Hubo un tiempo en que podía correr durante horas. Era el corredor más rápido de toda Uffrith. Siempre lo enviaban a cruzar las montañas con mensajes. Aunque ahora que lo pensaba, eso había sido cuarenta años antes.

—¿Estás bien, jefe? —preguntó Brandal, clavando el estandarte de Hardbread en la tierra blanda a su lado—. ¿Quieres agua? —Y le ofreció una cantimplora.

—Sí. —Hardbread eructó, escupió, cogió la cantimplora y bebió y tragó—. Por los muertos que este asunto es cosa de jóvenes.

—¿Cuál? —preguntó Brandal.

—La guerra, ¿cuál va a ser si no?

—Yo qué sé, ¿correr?

—Sí, bueno, están bastante relacionados. —Hardbread eructó de nuevo, y estuvo a punto de vomitar pero logró tragárselo—. El trabajo de un viejo es colocar a los cabrones jóvenes donde tienen que estar. —Apoyó las manos en las caderas y contempló a los orgullosos guerreros de Uffrith bajar a raudales delante de él por la larga cuesta hacia la ciudad—. Y visto así, debo decir… que estoy bastante complacido… con este viejo.

Notó que se le ensanchaba la sonrisa por la cara. Había pasado tantos años asustado de perder que ya no recordaba lo bien que sentaba ganar.

—Muy bien, Brandal, levanta bien ese estandarte, chaval, y no nos entretengamos. ¡Hay una batalla que librar!

—¡Tira para arriba, mamón! —rugió Piedrallana, dando una palmada

a un hombre en la espalda y enviándolo por la escala—. ¡Sube ahí, hijoputa! —Un puñetazo amistoso en el hombro al siguiente hombre nada más hubo unos peldaños libres—. ¡Arriba, capullo, arriba! —Y un azote al próximo en el culo.

Estaban llegando demasiado lentos a la muralla, atascándose en el terreno irregular fuera de la ciudad bajo una lluvia de flechas. Tenía que meterles prisa. Tenía que moverlos hacia delante.

—¡Venga, joder, venga!

Puso su propio pie en la escala y empezó a ascender. Los cabrones de arriba tenían todas las ventajas: estaban bien descansados y alimentados, y secos, y contaban con la altura y el parapeto, así que había que abrumarlos, caerles encima en horda, arrojarles hombres sin pensar en las bajas. Pero tampoco se podía ir demasiado deprisa, porque entonces resbalabas, caías y te llevabas por delante a los hombres de abajo. Te quedabas sin fuelle y no podías luchar en caso de que llegases arriba. Y los hombres de Piedrallana estaban en su mayoría enfermos y todos ellos cansados. Se habían deslomado llegando a marchas forzadas desde Currahome por el puto fango. De las peores marchas que había visto nunca, y eso que las había visto malas.

Oyó un chillido y alguien cayó al suelo desde la escala de al lado. Casi ni se fijó. No había nada que hacer. Se concentró en las piedras que tenía delante de la cara y siguió haciéndolas pasar.

Al poco rato ya oía su propio aliento, pero no era la primera vez que Piedrallana subía por una escala de asalto y sabía lo que se hacía. Llevando el ritmo, pies en los peldaños, uno y luego otro, manos en los rieles, deslizándose suaves, aunque aquellas escalas no estaban muy bien hechas y la madera tampoco era la mejor, cosa de las prisas, y se le estaban clavando astillas. Aun así, se le clavarían peores cosas que astillas si no llegaban muchos de ellos ahí arriba. Cuando ya habías hecho subir a los primeros hombres a la muralla, tu deber con ellos era enviar más para acabar con los defensores.

—¡Venga, coño, sube! —rugió a nadie en particular. A los hombres de abajo, a los de arriba—. ¡Vamos!

Más gritos. No pudo evitar una mirada al lado. Vio una escala

oscilando hacia atrás. Vio al hombre que estaba arriba agarrando el aire, con los ojos desorbitados de terror. Vio a otro cayendo, haciendo aspavientos, con un aullido ronco. Piedrallana devolvió la atención a las piedras de delante de la cara. Siguió hacia arriba. Llevando el ritmo.

Y de pronto llegó al parapeto. Se izó por encima y cayó al otro lado, desde donde se veía toda Carleon, una colina de calles enrevesadas y tejados grises con el Salón de Skarling en la cima. Sacó el hacha del cinto, se quitó el escudo de la espalda. Y justo a tiempo, menos mal. Llegaron flechas desde las ventanas de un edificio que había a veinte pasos. Una dio contra su escudo. Otra rebotó en el yelmo del hombre que tenía al lado. Otra dio en el blanco y alguien cayó chillando, embistió a otro hombre, lo derribó del adarve por la cara interior del muro, retorciéndose en el aire.

Ardían fuegos. Le llegaba el olor. El humo manchaba el cielo. Le escocía un poco la garganta mientras jadeaba recuperando el aliento. Pasaron flechas encendidas por encima de ellos. Había hombres combatiendo por todas partes. Tañidos de metal mientras sus carls llegaban por las escalas y rebasaban el parapeto. Una lóbrega tensión de hombres esforzados en hacer retroceder a los defensores, escudos chirriando contra escudos, botas perdiendo pie y resbalando en sangre, tropezando con cadáveres.

—¡Sí! —vociferó Piedrallana, señalando al norte con el hacha.

Por encima de los hombres que forcejeaban vio el baluarte desde el que había caído Stour. El baluarte donde debía de estar aquella bruja. Habían tomado más de treinta pasos de muralla y estaban ganando terreno a los defensores.

—¡Apretad! ¡Avanzad! ¡Matadlos!

Había un siervo sentado contra el parapeto, muerto sin duda, pero Piedrallana le partió la cabeza con el hacha. Era imposible llegar entre la multitud hasta la pelea, al menos de momento, pero siempre iba bien llevar el arma roja, la cara roja, las manos rojas, establecer el tono para lo que vendría después.

—¡Matad a esos…!

—¡Jefe! —bramó alguien en su oreja, tirándole del hombro—. ¡Jefe!

—¿Qué coño pasa? —gritó Piedrallana dando media vuelta, y al instante vio lo que era.

Había una inmensa multitud de hombres descendiendo en masa por la larga pendiente al sur de la ciudad. En dirección al muro que Piedrallana y sus hombres acababan de escalar. Una marea de escudos de colores y malla resplandeciente. ¡Refuerzos! ¡Llegaba ayuda para arrasar la ciudad! Sintió que una infrecuente sonrisa asomaba a su labios.

Entonces vio los estandartes que ondeaban al viento. Entonces los reconoció.

—¿Qué leches…?

Había luchado contra algunos de aquellos cabrones en la Batalla de Colina Roja. Había visto esos escudos de armas balanceándose sobre la muralla desmoronada del fuerte en ruinas, donde había tomado posición el Sabueso. Y allí los tenía, cargando derechos hacia su retaguardia.

—¿De dónde han salido esos hijos de puta? —resopló.

—Del sur, diría yo.

—¡Eso ya lo veo, imbécil!

—Deben de haber reservado tropas.

—¿Ah, sí? ¡No me digas!

Piedrallana miró desesperado alrededor, pero vio que por delante también había problemas. Carls saliendo de los edificios de la ciudad, subiendo las escaleras en oleada para reforzar a los hombres que combatían en los adarves.

—Mierda —susurró.

Tenían que avanzar hacia el norte, sumarse a las demás tropas de Calder, luchar en mejores condiciones sobre las murallas y en los campos fuera de la ciudad. Los habían pillado con el pie cambiado, tal vez, pero seguían teniendo superioridad numérica.

Se inclinó sobre el parapeto.

—¡Subid aquí! —bramó a los hombres de las escalas, a los que esperaban al pie de la muralla, a los que llegaban corriendo hacia ellos, algunos dándose cuenta ya de lo que venía por detrás y empezando a dispersarse—. ¡Avanzad al norte! —rugió a quienes ya estaban arriba, señalando hacia el baluarte. Le pareció ver a la

bruja encima, el brillante rojo de su capa, lo que significaba que el hijo de puta alto que tenía al lado sería Caul Escalofríos, y de hecho el sol relució un instante en su ojo metálico—. ¡Quien me traiga la cabeza de esa bruja se llevará en plata lo que pese! —rugió.

Había estado pensando en ofrecer oro, pero incluso en momentos como aquel había que dar buen uso al dinero.

Estaban luchando en lo alto de la muralla. Ignet los veía, asomando el ojo por la esquina de su casa. Algo estaba ardiendo. Podía olerlo. Como a pastel quemado.

Miró con los ojos como platos, el corazón aporreando. Vio que un hombre mataba a otro, arriba, en el adarve. Le clavaba una lanza. La víctima cayó a un tejado no muy lejos y resbaló hasta tener una pierna colgando del alero de paja.

—¡Entra en casa, Ignet! —chilló su madre, y la agarró de la muñeca y la llevó dentro.

Su padre cerró la puerta de golpe. La cerró y pasó los dos cerrojos. A Ignet siempre la había impresionado lo fuertes que parecían esos cerrojos, lo pesados que eran. En ese momento los vio como poco más que endebles palitos de hierro para contener a todos aquellos guerreros furiosos fuera de la casa.

Se encogió en el rincón. Aún oía luchar fuera. Las murallas siempre le habían parecido inmensas, pero ya no. ¿Los invasores podrían cruzarlas? ¿Entrarían en la ciudad? ¿Empezarían a golpear la puerta?

Miró los cerrojos, con las orejas hundidas en los hombros, esperando a que empezaran a temblar y saltar en los soportes.

—¿Qué pasa si gana Rikke? —preguntó su madre.

Su padre siguió mirando.

—¿Qué pasa si pierde? —preguntó su madre.

Su padre negó con la cabeza, como aturdido.

—¿Qué vamos a hacer? —chilló su madre, agarrando a su padre por las muñecas.

—¿Qué podemos hacer? —farfulló él.

Ignet gateó para meterse bajo la mesa y se tapó la cabeza con las

manos. Fuera, profundo y vibrante, oyó que aquel cuerno sonaba otra vez.

—Venga, venga —murmuró el Clavo, con los ojos fijos en la cima de la colina, en la hierba azotada por el viento—. Venga, venga, venga…

Se moría de ganas de ir. Ardía en deseos de luchar. Notaba el ansia en los hombres que tenía alrededor, en los que tenía detrás, tensos como arcos cargados, tirantes como perros en sus correas. Le llegaba el sonido de la batalla desatada, la alegre música y la risa del acero tras la pequeña ladera. No pudo resistirse y subió arrastrándose a la cumbre, a la hierba que se mecía, y miró abajo, hacia el valle, con la lengua encajada entre los dientes desnudos.

Allá a la izquierda, los cabrones del Crinna, los hombres de hueso y pieles, en las murallas de Carleon. Por delante, los carls de Calder el Negro, con escalas de asalto apoyadas en la piedra. A su derecha, las tropas de Hardbread habían bajado hasta la ciudad y luchaban en los campos, luchaban sobre el muro, y el Clavo no pudo contener una risita.

Así que el plan de Rikke había salido bien. Le había parecido una estratagema descabellada cuando ella se la había susurrado, sus ojos en la oscuridad, el que no veía nada y el que veía demasiado, su aliento cálido en la cara del Clavo y con un agradable olor a cerveza. Le había parecido una estratagema descabellada, pero tan atrevida que no había podido negarse. Ni se le había ocurrido negarse. No sabía cómo podría negarle nunca nada.

Era una mujer sincera y sabia y hermosa y rara y que sabía cosas que nadie más sabía y decía cosas que nadie más se atrevía a decir y lo hacía reír cuando nadie más podía. Nunca había conocido a una mujer como ella. No las había.

—Venga, venga —susurró—. *Venga*.

Aunque el Clavo había oído hablar del amor, nunca había creído que debiera preocuparse por él. Pero quizá aquello fuese amor, eso de tener a una mujer siempre al fondo de la mente. Esa sensación de que todo momento sin su compañía era tiempo perdido. Ese

anhelo que tenía de volver a meterse en su cama.

El recuerdo de ella quitándose los pantalones, sentándose en la Silla de Skarling con los ojos puestos en él y las piernas abiertas, hacía que se empalmara en los peores momentos. Por los muertos, estaba empezando a ponérsele dura allí mismo, tumbado en la húmeda cima de una colina contemplando una batalla.

Pero aquel no era día para pensamientos de enamorado. Aquel era un día rojo, para pensamientos rojos y actos rojos. Rikke lo necesitaba, y la Gran Niveladora haría una roja visita a cualquiera que se interpusiera entre los dos.

—Venga, venga, venga, ven…

Ya estaba de pie y corriendo incluso antes de que los ecos de la segunda señal de Escalofríos remitieran, bajando como una centella por la ladera salpicada de junzas.

Nunca había sido aficionado a los gritos de guerra. ¿Qué sentido tiene decirle al enemigo dónde estás? Tardará poco en saberlo.

La sorpresa, esa es la clave. Estés combatiendo a un hombre, a mil o a diez mil. Y cuanto más luchas, más importante se vuelve, porque la conmoción se propaga a más velocidad que la peste, a más que el fuego, y convierte a los más valientes en cobardes.

Así que corrió sigiloso como el invierno, sigiloso como una plaga. Sabía que los demás estaban con él. Sus hermanos, sus primos, hasta el último hombre que había podido reunir lo había acompañado por el largo y frío camino desde los Valles Occidentales en la secreta oscuridad para estar allí.

El bagaje estaba justo delante. El blando vientre de Calder. Los caballos sucios y los carros enfangados que transportaban los pertrechos. Los herreros y los cocineros. Las mujeres y los niños que seguían rezagados a los hombres. Matar a los guerreros era como amputar los dedos, pero atacar el bagaje era como rajar las entrañas. Y el Clavo sintió la feroz sonrisa extendiéndose por su cara, la feroz llama ardiendo en las extremidades, más y más fuerte con cada zancada.

Tal vez amara a Rikke, pero la batalla era su amor más antiguo, su primer amor. Era su manera de ser y la que siempre tendría.

Había unos pocos guardias, pero la mayoría ya estaban huyendo.

Oír sus gritos desesperados lo animaba a apretar el paso. También oyó a mujeres chillando y gimiendo. Vio a un guerrero delante, en brillante malla con una brillante lanza, intentando dar la vuelta a sus hombres, formar una tambaleante muralla de escudos, pero no la tenían ni a la mitad. Demasiado tarde, demasiado pocos. El Clavo corrió hacia él más deprisa que nunca, con el viento en la cara. Siempre se abalanzaba sobre el cabrón de aspecto más duro que encontraba. Derribar al más fuerte, desmoralizar a los demás.

El Clavo cayó sobre él. Dio en su escudo con el hacha, lo hizo trastabillar por la fuerza del golpe, descargó la espada e hizo saltar una chispa contra el brocal, notó la sacudida en la mano, una sacudida encantadora. La respiración le raspaba el pecho, le pelaba la garganta, siseaba a través de su sonrisa fija, sus dientes apretados. Siguió acometiendo, hizo retroceder al hombre encogido y entonces alcanzó su pierna con un tajo de la espada y le sacó un grito. Saltó sangre.

Esquivó el desesperado ataque de una lanza, enganchó hacia abajo el escudo tambaleante con el hacha, dio una estocada con la espada en la visera abierta del yelmo. El hombre cayó hacia atrás, con sangre manando de la boca partida. Intentaba decir algo, pero lo único que salió de su boca fue sangre y eso ya era bastante elocuencia, a su manera. La elocuencia del campo de batalla.

—¡Matadlos a todos! —chilló el Clavo, ya que no seguía haciendo falta la sorpresa, solo la furia, y dio un pisotón a la cabeza de ese guerrero al correr de nuevo, lo hundió en el barro.

Había otros a su alrededor, blandiendo armas, dando tajos, aullando, riendo, esquivando entre los carros, moviéndose entre los bufidos de los caballos inquietos. Fluyendo a través del bagaje como una marea roja. Todos ebrios de batalla. Todos locos por ella.

Pasó junto a un carro subido en tarugos para cambiarle la rueda y un hombre enfangado salió arrastrándose de debajo, sollozando y gimoteando. Debía de haberse escondido allí al huir de alguien.

—Hola —dijo el Clavo, descargando ya el arma mientras el hombre intentaba ponerse a gatas, mirando con ojos lacrimosos.

Le dio en el cuello con el ángulo bueno y envió su cabeza rodando contra el lado del carro. La sangre roció al caballo medio

sujeto a los varales y el animal corcoveó, soltó coces y salió a un frenético y esforzado medio galope, tirando del carro que saltaba sobre una sola rueda y dejaba caer barriles y cajas por detrás, se enganchó con una tienda y la rasgó, se la llevó arrastrada como la cola de un vestido de novia, soltando una estela de ropa raída y cacerolas abolladas y cucharas torcidas por la hierba aplastada.

Había buen saqueo allí, buen botín. Una tienda se encendió en llamas al caer sobre una hoguera. Apestaba a humo y miedo. El Clavo vio que un chico daba unas desequilibradas zancadas a la carrera, caía, se levantaba y trastabillaba unos pasos más, caía de nuevo, se ponía en pie, volvía a caer. Los hombres de Calder habían llegado perezosos, despistados, cansados por la marcha y centrados en la ciudad que tenían delante. Ahora se desperdigaban como una bandada de cuervos y el Clavo era el halcón entre ellos.

Dio un hachazo por la espalda a alguien que llevaba delantal, lo tiró de bruces al suelo con un chillido y una bota salió volando. Alguien sonreía mientras aplastaba la cabeza de un hombre contra la esquina de un carro. Un tajo del Clavo en la parte de atrás de los muslos envió a otro al suelo, dando vueltas y más vueltas. Alguien estaba destrozando a martillazos un cofre de madera, haciendo saltar bonitas astillas. El Clavo hundió el hacha a un hombre por encima de la nuca, lo dejó tambaleándose con buena parte del cráneo colgando y siguió corriendo con un aullido de placer, dejando atrás a una mujer sentada que miraba la hierba con perplejas lágrimas surcándole las mejillas manchadas de sangre. Alguien se rio mientras pisoteaba la cara de alguien en el barro. El Clavo oía a sus hermanos, sus primos, sus hombres, aullando y cortando y vitoreando. Esquivó un tajo desesperado de una espada, soltó un hachazo al brazo que la empuñaba, saltó sangre, dio otro hachazo, apartó al hombre de un empujón, soltó otro golpe mientras lo veía caer, falló y siguió adelante sin darle importancia.

Apretó la mandíbula, clavando la mirada en la ciudad. Había más hombres por delante, y esos no iban a huir a las primeras de cambio. Se estaban congregando en algo parecido a una línea, dando la espalda a Carleon. Encarados hacia él. Inhaló una brusca bocanada y sopló sangre y sonrió más que nunca. La matanza fácil

ya estaba hecha.

Ahora tocaba la matanza difícil.

—¡Formad una línea! —rugió el Trampero.

Había estado avanzando hacia la muralla, haciendo acopio de valor para subir, cuando vio a los hombres llegar colina abajo desde el sur. Y entonces los había visto atacar la retaguardia también desde el oeste. Desde luego habían pillado a Calder el Negro con los putos pantalones bajados, y los culos de todos estaban al aire junto al suyo.

—¡Que forméis una puta línea! —bramó, atrapando por el hombro a un hombre que corría.

—¡Forma tú la línea!

Recibió un puñetazo en la mandíbula que lo envió de lado tropezando. Ni siquiera sabía quién se lo había dado. No tenía más que una veintena de hombres, cada uno encarado en una dirección distinta, contemplando aturdidos la confusión. Tenía que colocarlos en su sitio, pero ya apenas sabía hacia dónde debía situar la línea. ¿Hacia la ciudad o de espaldas a ella?

—¿Qué hacemos? —gimoteó alguien.

Había enemigos por todas partes. El Trampero no estaba seguro de quiénes eran. No sabía de dónde habían salido. Aquella bruja de Rikke debía de haberlos invocado desde el infierno. Allá en Currahome se habían reído todos del ojo largo. Ya nadie se reía.

—¡Escudos, pandilla de mamones!

Lo miraron con ojos húmedos, muy abiertos, aterrorizados. Un caballo pasó al galope arrastrando los restos destrozados de un carro. Un hombre dio un gran chillido con una flecha en el costado. Otro estaba de rodillas, tratando de agarrar algo con los dedos, las manos pegadas a su cara ensangrentada.

—¡No veo, no veo!

—¡Escudos! —rugió el Trampero, sin saber qué otra cosa podía hacer aparte de chillar.

Pero sus hombres ya estaban corriendo. Hasta los que él había reunido. El pequeño grupo se disgregaba en todas las direcciones,

tirando al suelo las armas. El Trampero también estaría huyendo, si viese algún sitio hacia el que huir.

Vio a hombres cargando hacia él. Cortando, tajando, espantando a siluetas por delante a la carrera. Al frente de los atacantes iba un cabrón alto y flaco con un hacha y una espada y una mata de pelo claro, su cara desencajada de demonio toda pringada de rojo.

Por los muertos, era el Clavo. Se suponía que ese hijo de puta loco estaba a kilómetros de distancia. El Trampero soltó el escudo.

No había ningún sitio hacia el que huir.

Huyó de todos modos.

Sholla había creído que estarían lejos del combate en aquel montículo al borde del bosque. Era un pequeño promontorio con una roca grande y plana hundida en la frondosa hierba de la cima, el lugar perfecto para sentarse a cortar queso en un día más feliz. Allí estarían a salvo, y tendrían buena vista de la carnicería, y sería una buena lección sobre por qué las batallas eran cosas que convenía evitar.

Había visto a los hombres de Calder y los capullos del Crinna avanzar, desplegar las escalas de asalto, empezar a subir a la muralla. Y entonces todo se había venido abajo. Primero habían llegado lo que parecían hombres de Uffrith por las lejanas colinas del sur, y luego lo que parecían combatientes de los Valles Occidentales desde el oeste, arrasando a través del bagaje, dividiendo en dos las fuerzas de Calder. Algunos de esos avanzaban hacia el interior no muy lejos de donde estaban Sholla y Zas.

Era el problema que tenía evitar las batallas. Que a veces estiraban el brazo y te alcanzaban de todas formas.

Los guardias de Calder habían formado un anillo de escudos en la cima del montículo, en torno a la piedra plana junto a la que estaba clavado el estandarte de Calder, el mismo bajo el que antes luchaba Bethod. El propio Calder el Negro estaba a su sombra, cruzado de brazos con gesto sombrío, viendo cómo se desmoronaban su ejército y sus esperanzas.

Trébol merodeaba por allí cerca a su manera encorvada, como intentando hacerse invisible. Sholla se alegraba de tenerlo allí, aunque no dejó que se le notara. Le caía bien Trébol. Era un jefe razonablemente bueno. Era un hombre razonablemente bueno. Y eso era todo lo buenos que llegaban a ser los jefes y los hombres, que ella hubiera visto.

—¿Estás bien? —le preguntó, con el arco en una mano y una flecha en la otra para al menos aparentar que podía servir de algo.

—De momento, sí. ¿Y tú?

—Bien, aparte de… todo esto. —Sholla movió la flecha hacia el encarnizado combate que se libraba ya a menos de cien pasos de distancia—. ¿De dónde han salido?

—De los Valles Occidentales, supongo. El Clavo y sus chicos. Parece que al final no había reñido con Rikke. —Trébol se rascó la barbilla con algo parecido a la admiración—. Pinta a que la chica nos ha tendido una trampa inteligente y hemos caído todos como unos idiotas. Sabía que debería haberme quedado con ella. —Puso una mano a Sholla en el hombro y se acercó a ella—. Podría ser una buena jugada que Zas y tú os metierais en el bosque.

Había mucha otra gente metiéndose en el bosque, poniendo pies en polvorosa hacia los árboles. La mayoría de los hombres asignados a Trébol ya habían desaparecido. Era más o menos lo que habría hecho su jefe, al fin y al cabo.

—¿Y qué harás tú?

Trébol lanzó una mirada de soslayo a Calder.

—Me da la sensación de que nuestro jefe preferirá que me quede.

—Yo quiero quedarme —dijo Zas, sopesando su espada.

—No quieres —respondió Trébol, escueto—. Voy a darte una última lección. Ganar batallas es bastante malo ya. Nunca esperes a ver cómo se pierde una.

A Sholla le caía bien Trébol. Pero ni de lejos tanto como para morir por él. Asintió mirándolo a los ojos, se echó el arco al hombro, agarró a Zas por la camisa y se lo llevó hacia los árboles, aferrando aún la flecha con la mano sudorosa.

Contratiempo lo había visto todo y les enseñó furioso los dientes cuando pasaron, mientras daba vueltas y vueltas al mango de su

hacha en la mano. Saltaba a la vista que estaba ansioso por meterse en el follón, el puto loco cabrón.

Sholla no iba a echarlo de menos.

—¿Cuándo llegará nuestro momento? —gruñó Scenn, escrutando ceñudo la batalla a través de la hierba agitada por el viento.

Tampoco era que hubiese manera de no ver la batalla, si uno tenía los ojos abiertos. Era una batalla enorme. Diez batallas puestas juntas. La más grande que Scenn había visto nunca con diferencia. Más inmensa que cualquiera que hubiese visto su padre, por mucho alarde exagerado que hiciera, lo cual había sido uno de sus muchos defectos. Una vez su padre afirmó que había matado a doscientos hombres en Yarnvost, y luego Scenn se había enterado de que fueron solo cien, y eso entre los dos bandos. Pensar en su padre hizo que sonriera. Había odiado a aquel hijo de puta gordinflón, pero también había sido un hombre muy gracioso cuando estaba de buen humor. Muy apreciado por la luna, eso había sido. Apreciado por la luna, y seguro que en esos momentos estaba riendo con la luna, sonriendo ambos con cariño a la matanza.

Su hermana Isern no sonreía con cariño. Pero, en fin, no lo hacía nunca. Era uno de los muchos defectos que tenía.

—Cuando vuelva a sonar el cuerno —dijo Isern, sin dejar de hurgarse la nariz.

—¿Seguro que no se nos ha pasado?

—Caul Escalofríos sabe manejar bien el cuerno. —Y soltó una seca carcajada—. Créeme. Dice que aprendió en Estiria.

Scenn pensó que debía de ser una broma, pero no la había captado. Lo cual tenía que reconocer que era uno de sus muchos defectos.

—Están haciendo un buen trabajo y tengo ganas de cumplir con mi parte. —Levantó la maza, le dio la vuelta en el puño y sonrió contemplando las muchas mellas que tenía en la cabeza de armas—. La maza de nuestro padre tiene hambre.

—Es una puta maza —respondió Isern, lanzando el resultado de hurgarse la nariz entre las hojas podridas—. No siente hambre.

—Bueno, su hacha tiene hambre, entonces —dijo Scofen alzando el hacha, que no estaba menos curtida por la batalla.

—Al hacha le pasa lo mismo. Sería como decir que su lanza tiene sueño. —Isern la sacudió en el aire—. Son todo bobadas. Están hechas de madera y metal y no tienen sentimientos.

—¡Pero quiero ir a por esos cabrones pintarrajeados! —rugió Scofen, frotándose impaciente los tatuajes de la cara. Enumerar sus muchos defectos los habría tenido entretenidos todo el día.

—Tendrás ocasión de hacerlo —dijo Isern.

Y entonces llegó el sonido del cuerno, haciendo vibrar las raíces de los árboles y que a Scenn le cosquillearan los dedos de los pies.

—¡Ahí está! —exclamó Scofen—. ¡Es la hora!

Scenn sonrió a su hermana de oreja a oreja.

—¡A papá le habría encantado esto!

—Como si me importara lo que le gustaba a ese hijo de puta. —Subió de un salto a una roca, enarboló la lanza de su padre, se le subieron las faldas y se le marcaron los nudosos tendones en las piernas desnudas—. ¡Vamos a dar a esos follaovejas del Crinna una follada que no olvidarán!

Y con aquellas inspiradoras palabras aún resonando, saltó hacia delante y la siguieron todos, saliendo de entre los árboles y bajando por la cuesta hacia la ciudad gris, con el buen viento soplando entre ellos y sus canciones de guerra resonando por todo el valle.

—¡Por la luna! —aulló alguien.

—¡Por las montañas! —gritó otro.

—¡Por Crummock-i-Phail! —rugió Scenn.

A su espalda estaban los montañeses a quienes había apetecido luchar, que por supuesto venían a ser la cuenta completa, llegados de todos los recovecos de las montañas. Se les había ofrecido la oportunidad de pelear, cosa que adoraban, y de hacerlo contra Calder el Negro, a quien odiaban casi tanto como habían odiado a Bethod, y además Rikke había prometido dos ricos valles a quienes lucharan, y aunque había quien pensaba que los montañeses llevaban vidas sencillas, en realidad eran tan codiciosos como cualquiera, si no un poco más.

Los cabrones del Crinna estaban desplegados por delante en una

línea erizada y pintada. Eran unos salvajes espantosos, todos perforados y arrugados y cubiertos de huesos sanguinolentos. Habían visto lo que les había pasado a sus amigos. Habían tenido tiempo de apartarse de la ciudad, de rodar para encararse hacia el Clavo y sus chicos que llegaban desde el oeste. Pero no tenían ni idea de que los hijos de Crummock-i-Phail iban a caer sobre ellos desde el norte, y los que estaban más cerca se volvieron con los ojos desorbitados, se dispersaron gimiendo y agarrándose la cabeza mientras los montañeses se empotraban contra ellos.

Scenn vio que Isern ensartaba a uno en la cara. Vio que Scofen abría el pecho a otro con el hacha de su padre, haciéndole saltar las rojas entrañas. Había un capullo ridículo con un yelmo ridículo hecho de quijadas, y Scenn descargó sobre él la maza de su padre como un peñasco de un alud y le hundió la cabeza en los hombros con un enorme chorretón de sangre.

Lanzó mazazos a diestra y siniestra, y rugió y rodó con el arma y envió a hombres chillando y tambaleándose y volando. Era un puto remolino, como su padre en sus mejores tiempos. O en sus peores. Muy apreciado por la luna, eso era Scenn, y muy sonreído por la suerte. Le pareció que alguien podía haberle hecho un corte, pero no parecía tener mucha importancia. Seguía blandiendo la maza, así que supuso que sobreviviría, y si no, bueno, sería una muerte a la que la luna sonreiría.

Había un salvaje alto señalando, chillando a sus hombres en un idioma entrecortado, pero Isern subió de un salto a un carro desperdigando huesos por todas partes y se precipitó sobre él, con una estocada de la lanza que le atravesó el esternón. El hombre salpicó sangre por la boca y cayó de rodillas y Scofen le partió la cabeza en dos con el hacha de su padre.

Quizá compitieran para ver quién de todos odiaba más a su padre, pero para bien o para mal les había dado aquello, los había preparado para aquello, había llamado la atención de la luna sobre ellos.

Un cabrón del Crinna cubierto de huesos iba hacia él parloteando y Scenn rugió, y atacó, y la maza impactó en un costado con todo su impulso, lo barrió como a una telaraña, le destrozó los huesos de

dentro y los de fuera y lo hizo saltar rodando en una explosión de manchas rojas y astillas blancas. Un perro enorme y enloquecido pasó corriendo con una flecha en el flanco. Otro se abalanzó contra Scenn, pero Scofen le dio en la barriga con un gran arco de su hacha y lo lanzó rebotando contra el suelo hasta rodar y gemir y retorcerse.

La muerte lo manchaba todo y la buena hierba estaba regada de buena sangre y la luna no podía más que sonreír ante el trabajo de aquel día. Sobre todo ante el que había hecho Rikke del Ojo Largo, que, pálida y escuchimizada, había parecido tan poca cosa cuando la habían llevado a las montañas, pero había visto venir aquello, había hecho venir aquello, había dispuesto los buenos presentes para que todos se llenaran los sacos.

Scenn rio mientras daba un puntapié en la espalda a un salvaje renqueante y le aplastaba el culo con la maza y le aplastaba la cabeza mientras se arrastraba. Trazó un arco hacia otro que corría y falló, y el impulso lo hizo trastabillar en círculo y estuvo a punto de irse al suelo.

La maza era un arma temible, pero pesaba como una montaña. En ese momento casi deseó que le hubiera tocado la lanza, y así podría haber revoloteado por el campo de batalla igual que su hermana, pinchando y desapareciendo como la lengua de un sapo. Aunque él no tenía el estómago para aquel trabajo tan escurridizo, ni tampoco el ingenio, la verdad, ni la resistencia, ya puestos.

Bajó la cabeza del martillo al suelo y se apoyó en él para recobrar el aliento, observando cómo Scofen remataba a los caídos con su hacha e Isern subía a la espalda de un hombre y le atravesaba la garganta y los demás montañeses perseguían a los cabrones del Crinna y los dispersaban como a estorninos.

Se enorgulleció al ver a los montañeses luchando juntos. Hacía largos años que no ocurría. Desde la Batalla de las Altiplanicies, tal vez, cuando Nueve el Sanguinario había matado a su hermano Rond. Aunque gracias al insaciable apetito de su padre por tomar esposas no le faltaban hermanos ni hermanas, así que tampoco se había perdido tanto. Triste era la vida que se araba sin dejar unos pocos hermanos muertos en el surco. Los débiles eran cribados

para dejar a los fuertes. Las cascarillas se las llevaba el viento, para que la simiente apreciada por la luna pudiera florecer.

Frunció el ceño al ver unas inmensas ollas, de la altura de un hombre, sobre fuegos apagados con tierra, de las que salía vapor.

—¿Para qué cojones son esas cacerolas? —preguntó Scenn—. ¿Para hacer sopa, o algo?

—Verás, son para ablandar los cadáveres. —Isern observó la punta ensangrentada de su lanza—. Y así sacar los huesos.

Scenn negó con la cabeza, casi sin poder creérselo.

—Menuda panda de capullos.

Rance empuñó con fuerza el hacha y trató de avivar la furia. Habían venido a quemar su ciudad, ¿verdad? Venían a matar a su gente. Era el momento de ser un hombre.

Al sonar por cuarta vez el cuerno de Escalofríos, ensordecedor desde tan cerca, dos corpulentos carls levantaron la tranca de sus soportes y otros dos empujaron las puertas hacia fuera, y salieron a los campos.

Por los muertos, qué ruido. En el último momento, los pies de Rance parecían estar pegados a los adoquines, pero se lo llevaron hacia fuera de todos modos, como un corcho en una riada de guerreros al romperse el dique.

Los hombres de Calder no estaban preparados. El pánico se había apoderado de ellos con los ataques de retaguardia y los aterrorizó aún más ver que llegaba otro por delante. Flaquearon y sus lanzas se bambolearon en el aire, pero Rance no tenía muchas ganas de correr hacia ellos. No le apetecía nada. De pronto le vino a la mente lo dura e implacable que era una punta de lanza, y lo blanda y fácil de cortar que era la tripa de un hombre.

Se apartó a trompicones del flujo de hombres aullando, chillando, cargando. Se encogió cuando alguien cayó de la muralla a unos pasos de allí, seguido por una escala de asalto destrozada que acabó de aplastarlo. El mundo olía a sangre y humo. Había cadáveres por todas partes. Heridos reptando, gimiendo, aferrando.

Su tío ya le había advertido que aquello no era para un chico de

doce años. En ese momento vio que no solo era trabajo de hombres, sino de hombres locos. Alguien topó contra él desde atrás y casi lo tiró al suelo, enredado en la vieja y enorme cota de malla de su tío. Le faltó poco para tropezar con un cuerpo. Era joven y se le había caído el casco revelando un pelo rubio apelmazado con sangre. Tenía un ojo abierto, contemplando no gran cosa.

Vio a Caul Escalofríos abriéndose paso a tajos entre el enemigo, su espada gris subiendo y cayendo con una velocidad terrible, con una fuerza terrible, y a Rance le vino a la mente lo afilada y cruel que era una hoja de espada, y lo frágil que era el cráneo de un hombre. Los guerreros de Calder estaban retirándose. Desbandándose. No parecía que Rance hiciera mucha falta, en realidad. Seguro que ya habría tiempo para ser un hombre más adelante.

Se escabulló pegado a la muralla y volvió a entrar a las sombras de la ciudad.

—¡Corred! —vociferó el Alzado en el Túmulo mientras cambiaba de dirección hacia los árboles, y Scunlich lo siguió a grandes zancadas.

Un gran guerrero debía saber no solo cuándo luchar, sino también cuándo no, y Scunlich estaba tan orgulloso de las pocas malas peleas de las que habían huido como de las muchas buenas que habían ganado. Aquella era de las malas, muy mala, la peor.

Los montañeses los persiguieron un trecho, pero luego se pusieron a registrar a los muertos para llevarse sus baratijas y fueron quedando atrás. Dispararon flechas tras ellos, silbidos de despedida que trinaron internándose en el bosque, chasquearon al clavarse en los troncos con las plumas aleteando. El Alzado en el Túmulo mantenía un ritmo rápido con sus largas piernas y tardaron poco en dejar de oír la batalla.

Se detuvieron para recuperar el aliento y escuchar. Gromma tenía una flecha en la espalda y se sentó junto a un árbol, resollando rojo, y ya no se levantó.

—¡Qué necios fuimos al confiar en Calder el Negro! —gritó Yort—. La astucia de los astutos siempre termina agotándose, y suele ser

en el peor momento. Ya lo dije allá en…

El Alzado en el Túmulo lo aferró por el cuello y lo bajó al suelo y se acuclilló encima de él, estrangulándolo, golpeándole el cráneo contra una raíz hasta que manó la sangre, y luego le cogió la cabeza y le dio la vuelta hasta que el cuello se le partió con un sonoro crujido.

—Eso ha estado bien hecho —dijo Scunlich.

—Sí —dijo el Alzado en el Túmulo, levantándose—. Ojalá pudiera llevarme sus huesos.

Los demás gruñeron mostrando su acuerdo. Era un pensamiento valioso. Entonces el Alzado en el Túmulo echó a correr de nuevo, hacha en mano, y Scunlich corrió tras él, pero parecía que cuanto más se internaban en el bosque y más frondoso y más oscuro y más verde se ponía todo, menos de ellos quedaban.

Hacía frío entre los árboles. Se notaba una gélida humedad y la neblina que se pegaba a los arbustos hacía que las ramas llegaran de la nada como latigazos y las zarzas salieran como manos de entre el gris para agarrar pies y tobillos y derribar a hombres chillando al sotobosque.

—¿De dónde surge esta niebla? —siseó el Alzado en el Túmulo, avanzando ya despacio, y era cierto que parecía un ser vivo, retorciéndose entre los troncos negros, acariciando a los hombres con sus zarcillos.

Llegaron tambaleándose a un claro, Scunlich a tropezones con las manos por delante como un ciego. En la penumbra se entreveía un árbol atrofiado. No, era un tocón, y sobre el tocón una silueta. De una anciana, encorvada, pero algo brilló en su frente cuando alzó la mirada y Scunlich retrocedió fascinado, pues vio que la mujer tenía la cara partida por una gran cicatriz y las dos mitades estaban cosidas con hilo dorado.

—Es un diablo —susurró—. Un diablo.

Los recolectores de huesos se habían apiñado, menos de una docena donde antes habían sido centenares, miles. Rodearon de cerca al Alzado en el Túmulo, espalda contra espalda, obteniendo fuerza de su fuerza.

—¿Has creado tú esta niebla? —espetó el Alzado en el Túmulo a

la mujer.

—Así es —dijo ella—, y la considero buena.

Y aunque la mujer era anciana, su voz era joven, tan hermosa de escuchar como ella espantosa de mirar.

—Yo no, bruja. —El Alzado en el Túmulo dio un paso adelante y su pisada cayó con fuerza en el silencio—. Retírala.

—Como desees.

La niebla se escurrió del claro igual que agua de un cuenco roto, pero Scunlich no se alegró de su desaparición. Vio figuras entre los árboles al borde del claro. Fantasmas al principio, rodeándolos por todas partes, pero se volvieron más reales y horribles a cada momento que pasaba, y Scunlich se descubrió deseando que regresara la neblina.

—Dioses —susurró, notando que se le helaba la sangre.

Eran unos seres retorcidos. Unos seres impíos. Unas cosas hechas de carne y metal. De colmillos y dientes y remaches. De placas herrumbrosas y cicatrices entrecruzadas. Unas criaturas con las cabezas aplanadas y los miembros torcidos, divididos y cosidos de nuevo. Aferradas en sus zarpas llevaban crueles lanzas, crueles arcos, crueles cuchillos y hachas y dagas.

—A estos también los creé yo —canturreó la bruja, acariciando la cabeza calva de uno de ellos.

Los seres avanzaron, cerrando el círculo, decenas y decenas, cientos, sus ojos resplandeciendo en la lobreguez de la espesura.

—¿Qué quieres? —Y Scunlich oyó algo que jamás había oído en la voz del Alzado en el Túmulo ni pensó que oiría jamás. El gorjeo del miedo.

La bruja sonrió, su piel retorciéndose y abombándose en torno a los puntos dorados.

—Vuestros huesos —dijo.

Satisfacción y arrepentimiento

—Se acabó —dijo Calder.

Sonaba perplejo. Pero, para ser un hombre que veía disolverse todos sus sueños, también muy calmado. Llevaba la derrota mucho mejor que la mayoría de los grandes guerreros que Trébol había conocido. Parecía casi divertido por el repentino giro hacia el desastre.

—Mi hijo está muerto. El Norte está perdido. Se acabó.

Nadie le llevaba la contraria, y Trébol quien menos.

Los guardias de Calder se habían colocado como un muro con forma de medialuna en torno a aquella pequeña colina verde con la roca plana en la cumbre, sus escudos trabados y sus armas listas. Era muy posible que fuese la única disciplina que quedaba en todo el ejército. El regimiento derecho se había venido abajo cuando llegaron las tropas de Uffrith. El centro se había hecho trizas cuando los hombres de los Valles Occidentales atravesaron el bagaje para atacar su retaguardia. Los montañeses habían llegado aullando desde los árboles para enseñar a aquellos cabrones del Crinna quiénes eran los auténticos salvajes. Luego se habían abierto las puertas y Caul Escalofríos había atrapado a la última resistencia entre martillo y yunque. Todo dirigido con solo unos bocinazos de su cuerno, tan pulcro como un baile de primavera. Pero con muchos más cadáveres.

No muy lejos, uno de aquellos perros enormes brincaba y rodaba y ladraba, con el costado en llamas por algún motivo, corriendo enloquecido por la hierba, intentando escapar de sí mismo. Algo que

Trébol llevaba años intentando, con el mismo escaso éxito.

—Tenemos que huir —musitó, lanzando a los árboles una mirada anhelante—. Huir o rendirnos.

—Huir o rendirte. —Calder lo fulminó con la mirada—. Ese es siempre el consejo de Jonas Trébol. Me sorprende que no estés animándome a cambiar de bando.

Trébol hizo una mueca.

—Me temo que es un poco tarde para eso.

—Sí. Solo tengo que hacer una cosa antes. Iba a hacerla después de ganar. —Inhaló y dejó salir un suspiro—. Pero supongo que tendrá que ser ahora.

Quizá los años no hubieran embotado tanto el instinto de Trébol como siempre había creído, porque de algún modo lo notó llegar. Se arrojó a un lado y el viento del hacha le besó el cuero cabelludo. Rodó con torpeza, retrocedió reptando lo bastante rápido para que el segundo hachazo de Contratiempo se clavara en la tierra justo entre sus piernas. Se levantó a toda prisa, casi volvió a caer mientras trastabillaba hacia atrás colina arriba y se metió tras la gran piedra de la cima, jadeando.

No era una maniobra muy digna, pero Trébol había decidido hacía mucho tiempo que prefería conservar la vida antes que la dignidad. Que los muertos lo asistieran, desenfundó su espada. Siempre era la primera lección que impartía al enseñar esgrima: nunca desenvaines el puto trasto. Pero lo desenvainó, y lo sopesó, y vio el brillo por todo el metal pulido.

—¿Qué coño haces, Contratiempo? —gritó por encima del ruido de la batalla.

—Matarte. ¿No es evidente?

—¿Porque Calder te ha pagado por hacerlo?

Contratiempo pareció confuso.

—Pues claro.

—¡Pero está acabado! —Trébol hizo un gesto con la mano libre hacia la batalla, que no era difícil de acertar porque estaba por todas partes, aproximándose a los guardias de Calder con cada bocanada de aire que daban—. ¡Salta a la vista que está acabado, joder! ¡Hasta él mismo lo dice!

—Voy a decirte la verdad, Trébol. —Contratiempo avanzó hacia él, buscando una apertura, hundiendo bien las pesadas botas en la hierba—. No soy lo bastante listo para estar al corriente de todos los giros y los cambios. Me dan dolor de cabeza. ¿Tanta astucia, solo para terminar en el mismo sitio donde estabas? Qué va. Si yo digo una cosa, la hago.

Y saltó hacia delante. Era rápido para lo grande que era. Lo mejor que pudo hacer Trébol fue esquivar retrocediendo, tropezar y casi hacerse un lío con los pies antes de encontrar de nuevo el equilibrio. Se rodearon uno al otro, con aquella roca plana entre ellos. Por lo menos los demás guardias de Calder no suponían ninguna amenaza. Estaban demasiado ocupados luchando para salvar la vida, con enemigos que los acosaban más de cerca a cada segundo que pasaba.

Le pareció toda una injusticia, después de haber llevado consigo a Contratiempo cuando nadie más quería a aquel puto loco cabrón. Pero Trébol supuso que un hombre que había defraudado a tanta gente como él no podía enfadarse mucho cuando se llevaba una decepción.

Había perdido la cuenta de las personas a las que había fallado. A las que había traicionado. Cairm Cabeza de Hierro, Glama Dorado, Stour Ocaso. Magweer con la saeta de ballesta en el cuello. También Wonderful, arqueando en punta aquella hermosa ceja. Una multitud acusadora de decepcionados amigos, camaradas, líderes, mirándolo mientras meneaban la cabeza desde la tierra de los muertos. Trébol se sacudió el pensamiento de la cabeza. No era de los que querías que te lastraran en una pelea. Ya se notaba bastante pesado mientras retrocedía, mirando alrededor en busca de cualquier cosa que pudiera servirle de algo y no encontrándolo.

Contratiempo parecía enorme cuando estaba en el bando de uno. Pero mucho más enorme en el contrario, con el escudo lleno de muescas en alto, la pesada malla desde el cuello a las rodillas y un casco de acero en la cabeza. Era un hijoputa duro para derribarlo con una espada. Era más rápido que Trébol, y más fuerte, y estaba mejor armado. Pero es el ingenio de un hombre lo que lo distingue de las bestias. O eso le gustaba decirse a sí mismo. Contratiempo

avanzó de nuevo y Trébol se movió de lado, intentando mantener la roca plana entre ellos y confiando en que quizá se le presentaría alguna oportunidad. La postura baja que adoptaba antes para combatir ya no era muy cómoda. Tenía las articulaciones más rígidas y la barriga mucho más hinchada que la última vez que la intentara, tal vez.

El portaestandarte de Calder estaba a unos pasos de distancia, un chico joven con los ojos como ruedas de carro al contemplar tanta batalla y tanta muerte, por no mencionar el duelo que había estallado ante sus mismas narices.

—¡Tú! —gritó Calder—. Mátalo.

El portaestandarte desenvainó su espada, aturdido. Miró a Trébol. Miró a Calder. Miró a un guardia de Calder, que se arrastraba por la hierba con una flecha en el hombro mientras los demás se movían para cerrar el hueco. Entonces soltó el estandarte y corrió hacia los árboles. Calder se lo quedó mirando. Casi con cierta envidia, mientras su estandarte caía y resbalaba colina abajo. Durante veinte años, su autoridad había sido de hierro forjado. Ahora era una telaraña en plena tempestad. Solo hacía falta una pelea perdida. Trébol podría habérselo dicho, pero estaba un poco liado.

Dio un respingo cuando Contratiempo se abalanzó sobre él, logró esquivar el primer y velocísimo tajo del hacha. Buscó una abertura para una estocada, pero el enorme escudo llegaba rápido hacia él y el brocal le impactó con un crujido en la boca, haciéndole levantar la cabeza. Se recobró justo a tiempo de ver el hacha destellando hacia él por el otro lado y se zafó con torpeza. La pesada hoja pasó sibilante y partió un buen pedazo de la piedra. Trébol se alejó tambaleándose, intentando quitarse el embotamiento de la cabeza, la palpitación de la mandíbula, y casi topó contra un guardia de Calder que corría con ojos frenéticos hacia los árboles. Contratiempo sonrió por encima del reluciente brocal de su escudo. Trébol metió la lengua en el irritado hueco donde antes había un diente y escupió sangre.

La verdad era que aún quedaba una tozuda astilla de Jonas el Escarpado enterrada en él. Enterrada tan profunda que no podía sacársela. Tan profunda que le pinchaba siempre que retrocedía,

siempre que huía, siempre que cambiaba de bando. Y esa astilla estaba emergiendo a la superficie. Afloró y salió en un largo y grave rugido.

—Muy bien, hijoputa —gruñó, apretando el puño de su espada—. Voy a matarte.

—¿Matarme? —se burló Contratiempo—. ¿Puedes siquiera…?

Una flecha voló girando desde los árboles y se clavó en el hombro de Contratiempo. No muy profunda. Solo se le había atascado en la malla. Seguro que ni le había hecho sangre. Pero bastó para que volviera la cabeza, solo un instante.

Al final, lo único que de verdad puede hacer un hombre es escoger su momento. Buscar una abertura, reconocerla cuando la ve y aprovecharla.

Trébol fintó a izquierda, cambió a derecha, oyó el gruñido de sorpresa cuando el hacha de Contratiempo se clavó en el terreno donde debería haber estado. Ya estaba rodando sobre la piedra plana, se alzó girando, sacó la espada y su filo encontró la parte trasera de la bota de Contratiempo, por debajo de la cota de malla.

Su adversario casi ni se dio cuenta, rugió mientras se volvía, alzó el hacha, dio un paso adelante. Entonces se tambaleó de lado con un gañido de sorpresa, agarró el borde de la piedra con la mano del escudo. Trébol supuso que sería el tendón partiéndose detrás del tobillo.

Contratiempo dio un saltito sobre la pierna buena, profirió un enorme y salivoso rugido, lanzó tajos frenéticos. Trébol se echó atrás, dejó que la pesada hoja le pasara delante de la nariz. Mientras Contratiempo giraba, dio un paso adelante y una estocada bajo el brocal del escudo.

El metal rechinó al deslizarse la punta a través de la malla de Contratiempo en el interior de su abdomen. Quizá Trébol nunca desenfundara el puto trasto con ánimo de matar, pero aun así lo mantenía afilado.

Los ojos de Contratiempo se dilataron. Trastabilló hacia delante cuando Trébol retiró la espada, su tobillo destrozado cedió y cayó sobre una rodilla. Dio una ruidosa bocanada.

—Creo que…

—No le importa a nadie.

Trébol lo decapitó de un poderoso tajo. La cabeza rebotó una vez y luego rodó cuesta abajo, hacia donde los últimos guardias de Calder estaban tirando al suelo sus armas. El cuerpo se derrumbó de lado, derramando sangre en una enorme rociada que sin duda habría complacido mucho a Jonas el Escarpado.

Calder la contempló levantando las cejas.

—Así que aún sabes blandir esa espada.

—Procuro no anunciarlo. —Trébol volvió la cabeza y escupió sangre otra vez—. Si lo haces, a la gente le dan ganas de intentar matarte.

Rikke estaba a las puertas de Carleon, frotándose con suavidad la mano manchada de rojo y contemplando ceñuda el cadáver destrozado de Stour Ocaso. Nadie más le prestaba mucha atención. No tenía nada que mereciera la pena robar, a fin de cuentas.

Había oído muchas veces que no había espectáculo más dulce que el de los enemigos muertos. Solía decirlo gente que en realidad nunca había tenido enemigos, no digamos ya que los hubiera matado. La verdad era que no le procuró ninguna satisfacción ver al Gran Lobo de vuelta al barro. Pero tampoco sintió arrepentimiento alguno. Había sido necesario hacerlo. Por su padre. Por su pueblo. Por ella misma. Ya lo había postergado demasiado.

La batalla había concluido, más o menos. Aún quedaban unos pocos hombres luchando, en pequeños grupos contra la muralla, y otros muchos corriendo, puntitos en las laderas del valle, pero en general los guerreros de Calder estaban soltando las armas, levantando las manos, arrodillándose en el terreno surcado por las ruedas, pisoteado por las botas, hendido por las flechas. Eso quienes no yacían para no levantarse jamás, claro, de los cuales había muchos.

Verlo no le procuró ninguna satisfacción. Pero tampoco arrepentimiento alguno.

—¡Esa es mi chica!

Isern llegaba fanfarroneando entre la matanza, con franjas de

sangre en la cara por un corte en la frente pero luciendo el hueco del diente que le faltaba con una gran sonrisa.

—Isern-i-Phail. —Rikke la abrazó fuerte, y le besó la mejilla, y se sorprendió de lo mucho que la reconfortaba su olor agridulce y a chagga—. Sabía que no ibas a dejarme en la estacada.

Isern se lamió los dedos y formó una pelotita de chagga.

—Siempre dije que llegarías lejos, ¿verdad? Nunca lo he dudado ni por un momento.

—Me decías lo mucho que lo dudabas todas las mañanas y a mediodía y de noche —protestó Rikke, intentando quitarle el chagga.

Con maravillosa destreza, Isern se lo metió en la boca antes de que Rikke pudiera acercar los dedos siquiera.

—Si nadie te enseña a las claras tus defectos, ¿cómo vas a mejorar los muy cabrones?

Los hombres retrocedían a su paso, con la cabeza gacha. Se apartaban de su camino, respetuosos. Le abrieron un pasillo, y dieron pisotones con las botas, y agitaron las espadas, y golpearon las hachas contra los escudos hasta lanzar al aire un gran estruendo de aprobación mientras Rikke avanzaba a zancadas. El mismo estruendo que podrían haber hecho por el Sanguinario, o por Skarling el Desencapuchado, o por cualquiera de los grandes jefes guerreros del pasado. La verdad era que Rikke apenas podía creer que el plan hubiera funcionado. Pero no era cuestión de que nadie más lo supiera. Así que anduvo con la cabeza alta, los hombros atrás, como había visto caminar a Savine dan Brock, como si en la vida hubiera dudado de nada, hasta el pie de un montículo verde al borde del bosque donde había gran profusión de muertos.

Escalofríos la saludó con la cabeza, su escudo mellado y rayado en la pelea y su pelo suelto de nuevo y cayéndole lacio en la cara.

—¿Todo bien?

—Todo bien. —Entre ellos dos no hacía falta más.

Calder el Negro estaba en la cima. Junto a la roca plana medio enterrada donde yacía su estandarte caído. El hombre que había moldeado el Norte durante veinte años, de rodillas, con la espada de Jonas Trébol al cuello. Era admirable lo calmado que estaba en la

derrota. Rikke se preguntó si ella se la habría tomado con tanta frialdad, o si habría maquinado y gimoteado y suplicado por su vida. Pero ¿a quién le importaba una mierda lo que hicieran los perdedores? Eran los vencedores quienes cambiaban las cosas.

Trébol le hizo un asentimiento.

—Lo he pillado, jefa.

—¿Ah, sí? —Rikke empujó con el pie un corpulento cadáver tirado en un charco de sangre—. ¿A este también lo has pillado?

—Era un hombre mío, Contratiempo. Siempre padeció de demasiadas ganas de pelear y no el suficiente juicio.

—¿Así que por fin has elegido un bando?

—Siempre he estado en el mismo —respondió Trébol—. En el que sea que gana.

Calder no había dejado de mirarla con el ceño fruncido.

—Encontraste a mi espía.

—Isern-i-Phail sospechó de ella en el momento en que llegó.

—Huelo las mentiras —dijo Isern, sujetando la lanza sobre los hombros con la mano azul y la blanca colgando sobre el asta—. Y esa zorra apestaba.

—Ya me parecía todo demasiado fácil —musitó Calder pensativo, desviando el ceño hacia Carleon, al otro lado de los campos sembrados de cadáveres donde en esos momentos los restos de su ejército huían o eran capturados.

—Sí, bueno —dijo Rikke—, todos somos propensos a creer lo que queremos. La idea me la dio Escalofríos, en realidad.

Escalofríos hizo un modesto encogimiento de hombros.

—No hay fuerza como la de parecer débil.

—Lo único que hice yo fue… —Rikke meneó los dedos—… echarle un poco de purpurina.

—Ha estado bien hecho. —Calder la miró entornando los ojos, pensativo—. Dime una cosa, entre tú y yo: ¿de verdad funciona? ¿El ojo largo? ¿Sabías lo que iba a pasar desde el principio?

Rikke lo miró desde arriba, con el pulgar enganchado en el collar de esmeraldas que llevaba.

—Sé lo que va a pasar ahora. Hace años, mi padre juró matarte si volvías a cruzar el Cusk.

—Lo recuerdo. —Calder asintió despacio, con la mirada perdida —. Al final tienen que saldarse todas las cuentas.

—He tardado un poco en cumplir su palabra —dijo Rikke—. Pero todo llega. ¿Escalofríos?

—Sí —respondió él, y desenfundó su espada.

Calder alzó la mirada mientras la sombra del arma caía sobre él.

—Hacía mucho tiempo.

—Sí —dijo Escalofríos.

—Recuerdo cuando me salvaste la vida. En el círculo de los Héroes.

—Sí.

—Valiente ironía. Que seas tú quien termine esto.

—Sí.

—Bueno, tampoco puedo decir que no lo merezca.

—Parece que el sueño de tu padre se ha cumplido al final —dijo Rikke—. El Norte unido. —Se puso las manos en la nuca y se estiró tan alta como era—. Lo único es que no será su sangre la que lo lidere. Scale ha vuelto al barro. Stour ha vuelto al barro. La estirpe de Bethod termina contigo.

—Ah. —Por algún motivo, Calder tenía el esbozo de una sonrisa al final. Se inclinó hacia delante y habló en voz tan baja que solo ella lo oyó—. Así que no lo ves todo.

La hoja cayó. Hubo un nítido crujido, la sangre saltó en oscuros chorros y Calder se derrumbó de bruces en la sucia hierba.

Cayó un largo silencio, tras el estruendo de la batalla. Todos los ojos estaban fijos en la borbollante herida de Calder el Negro en la parte trasera de la cabeza. Escalofríos se quedó mirando abajo adusto en el centro de aquellas caras que no podían apartar los ojos, con la espada que había pertenecido a Nueve el Sanguinario en el puño, la hoja de un gris apagado con la letra de plata manchada y salpicada de sangre.

Entonces Scenn-i-Phail elevó al cielo su maza, que parecía tener algo de pelo pegado a la mellada cabeza de armas.

—¡Ha estado bien hecho! —rugió.

—¡Sin duda esta chica es muy apreciada por la luna! —exclamó su hermano Scofen, riendo y meciendo su hacha en alto.

—¡Calder el Negro gobernó el Norte! —Isern dio una dura palmada en el hombro de Rikke—. La que lo ha derrotado debería hacer lo mismo. ¡Los hijos de Crummock-i-Phail apoyan a Rikke la Negra!

—¡Y yo! —rugió el Clavo antes de que Rikke pudiera mediar palabra, saliendo de entre la multitud, tan lleno de sangre de la cabeza a los pies que parecía que hubiese nadado en ella—. ¡Yo apoyo a Rikke la Negra!

—Y yo —gruñó Hardbread, coronando con cierto esfuerzo la pequeña loma. Soltó un eructo y miró el cadáver de Calder—. Tu padre estaría orgulloso.

Rikke los miró parpadeando, sorprendida. Calder había robado el nombre a Dow el Negro, aquel día en los Héroes. Por lo visto, ella acababa de robárselo a él.

—¡Rikke la Negra! —gritaban todos los hombres a su alrededor, incluso algunos que habían servido a Calder hasta que cayó la espada. A alguien tenían que servir después de aquello, al fin y al cabo—. ¡Rikke la Negra! —Todos competían entre ellos para ver quién gritaba más fuerte, como si tener al mando a una chica con la cara tatuada que antes se cagaba encima por las calles de Uffrith fuera el sueño de sus vidas—. ¡Rikke la Negra! —Como si aquello hubiese sido lo que todos deseaban desde un primer momento. Como si fuera lo que tanto habían estado esperando.

Escalofríos limpió cuidadosamente la espada con un trapo, la luz del sol destellante en su ojo metálico.

—Me parece que has ganado —afirmó.

Rikke paseó la mirada desde aquella pequeña colina por el nauseabundo campo de batalla antes de bajarla al cadáver de Calder. No le procuró ninguna satisfacción.

Bueno, quizá un poquito sí.

Novena parte

«La historia se repite dos veces, primero como tragedia, luego como farsa.»

Karl Marx

Listos para combatir

—Ya está bastante apretado —dijo Savine con voz ahogada y los puños cerrados sobre la mesa, y oyó a Freid gruñir de esfuerzo al atarle los cordones.

Alguien había embadurnado la chimenea con las palabras «Quemaremos el pasado» y aplicado un hacha al papel de la pared, pero, para tratarse de una celda, Savine supuso que podría haber sido mucho peor. Era un salón del palacio donde algún dignatario extranjero de segunda fila podría haber envejecido poco a poco esperando a que su majestad lo recibiera. Casi podría hasta confundirse con el vestidor de una dama a la moda. Excepto por las barras torcidas fijadas de cualquier manera a los marcos de las ventanas y la sensación de terror mortal apenas contenido.

Le habían dado buena comida y sábanas limpias. Le habían dado unas cunas a juego en las que roncaban Harod y Ardee, felizmente inconscientes del peligro que corrían. Le habían proporcionado todos los jabones y aromas, los polvos y pinturas, las pelucas y vestidos que podría necesitar la mujer de la alta sociedad más exigente para hacer una grandiosa aparición pública. Hasta habían enviado a buscar a sus antiguas doncellas, Freid y Metello, para ayudarla a prepararse. A Savine le recordaba un poco a los tiempos más felices, antes de ser señora gobernadora, antes de traicionar al rey, antes de que llegara el Gran Cambio. Exceptuando que Lisbit estaba muerta y Zuri en la cárcel.

Torció el gesto al pensarlo. Torturaban a gente sospechosa de acaparar harina. ¿Qué podrían hacer a una mujer acusada de ser

una hechicera devoradora al servicio del Profeta? Acusaban de lo mismo a Haroon y Rabik, que con tanta lealtad la habían seguido. ¿Esa lealtad los había condenado a brazadas y brazadas de cadenas? Era de locos. Era de risa. Pero en la atmósfera imperante, la locura y lo risible podían volverse letales con mucha rapidez.

Savine cerró los ojos e inhaló una trémula bocanada. Tenía acusaciones propias a las que responder. Algunas casi tan locas y risibles como las de Zuri y sus hermanos. Otras demasiado certeras y horrorosas. Tenía que luchar por sí misma en primer lugar. Si la declaraban culpable, no podría ayudar a nadie.

—¿Este? —preguntó Metello con su marcado acento estirio.

Tenía un vestido doblado sobre un brazo, una enorme extensión de brillante seda azul de Suljuk con encaje ospriano en los puños y flores bordadas por todo el dobladillo. Se lo habían hecho para una función en el teatro, creía recordar, pero nunca se lo había puesto. El color siempre le había parecido muy de quiero y no puedo.

Savine lo descartó con un gesto.

—Por los Hados, no.

La Jueza pretendía engañarla tratándola bien. Hacer que bajara la guardia a base de lujos familiares. Animarla a presentarse en el juicio con el aspecto de su antiguo yo. Como una personificación de la élite despiadada, explotadora y privilegiada que el Gran Cambio se había propuesto destruir.

Hasta había provisto a Savine de joyas. Unos pendientes maravillosos y un excelente collar de rubíes, sin duda obtenidos como sobornos de la esposa de algún exnoble a cambio de un indulto que nunca llegó. La Jueza no era muy de indultos, ni siquiera a cambio de rubíes tan espléndidos como aquellos. Savine los levantó con un dedo y los sostuvo a la luz, admirando su sangriento centelleo. Luego apartó el joyero con firmeza.

Era muy posible que la Jueza terminara enviándola a la Torre de las Cadenas, pero era idiota de remate si creía que Savine iba a colaborar.

—Queremos algo muy simple, señoras mías. Muy limpio y muy humilde. Nada de joyas ni peluca. —Oyó que Metello cacareaba molesta, con una mirada torva al pelo castaño cortísimo de Savine

—. Nada de seda ni…

Llegó un estruendo de fuera y Savine se volvió hacia la puerta, rápidamente se acercó a los niños, una mano apretada contra el estómago revuelto, la otra estirada hacia las cunas.

Desde un punto de vista práctico, y dejando aparte el suplicio de dar a luz y el daño permanente que habían infligido a su cuerpo, sus bebés no eran más que una gigantesca molestia. Unos monstruos muerdepezones, sueltacacas y matasueños que no le daban ni la menor conversación. Pero estaba incluso más aterrorizada por ellos que por sí misma.

Risas al otro lado de la puerta. Otro golpe, y luego voces alegres cuyo balbuceo se fue reduciendo al silencio. Solo eran Quemadores, haciendo cosas de Quemadores. Savine apartó el pánico por la fuerza. Se obligó a bajar la mano extendida y entonces se volvió sorprendida por un enorme sollozo. Freid estaba con la cara contraída y los hombros temblando.

—Pero ¿qué te pasa? —le preguntó Savine imperiosa. Si alguien debía estar llorando, creía ser ella quien más derecho tenía a hacerlo. Apenas había dormido desde que la detuvieron. Le daba la impresión de que solo seguía en pie gracias a la salvaje presión de la corsetería.

—Cuando empezó todo esto… el Gran Cambio, quiero decir. —A Freid le tembló el labio inferior y entonces lo soltó todo de golpe—. ¡Creía que podría ser algo bueno! Pareció serlo, durante un tiempo, la libertad y demás, y qué contenta estaba la gente, pero entonces… —Desvió la mirada al rincón, con los ojos llenos de lágrimas—. Pero entonces… ¡por los Hados, mi señora, perdonadme!

El primer impulso de Savine fue darle un bofetón. Sabía que podría considerarse afortunada si veía ponerse el sol y no tenía muchas ganas de pasar las horas que le quedaban calmando los lamentos de una doncella de guardarropa. Cómo echaba de menos a Zuri. Ella nunca lloraba. Ni cuando se la habían llevado amordazada. Pero hay que arreglárselas con los instrumentos de que disponemos, como tanto le gustaba decir a su padre. Contuvo la ira y posó una mano amable en el hombro de Freid.

—No hay nada que perdonar —dijo, con cierto esfuerzo—. Quizá

sí que podría haber sido algo bueno. Debió serlo. Y ahora ya no soy una señora. Solo una ciudadana corriente y moliente. Eso es lo que necesito que vea la gente.

Freid se sorbió las lágrimas y cogió los polvos.

—Os disimularé la cicatriz y…

—No —la interrumpió Savine, mirándola en el espejo, rosada y subiendo tortuosa por la frente hasta perderse en el pelo recortado—. Trae el colorete. Resáltala un poco. Que vean que sé lo que es el dolor. No conocemos de nada a Savine dan Glokta, terror de los salones, ¿entendido? Que juzguen a la Bienamada de los Barrios Pobres.

—¿Entonces…? —preguntó Metello mostrándole uno de sus vestidos de amamantar, blanco y simple.

—Perfecto.

Un golpe seco en la puerta trajo otra oleada de terror angustioso.

—Soy Gunnar Broad —llegó la voz áspera desde fuera.

—¿Le digo que os estáis vistiendo? —susurró Freid.

Savine volvió a apretarse la tripa. Volvió a sofocar el miedo. Una ventaja de estar afrontando la muerte era que la modestia no parecía una consideración tan apremiante. Levantó la voz para que se oyera bien al otro lado de la puerta.

—Gunnar Broad me salvó la vida en Valbeck después de que una turba me persiguiera medio desnuda, Freid. Dudo que mis enaguas vayan a escandalizarlo. ¡Y la llave la tiene él, a fin de cuentas!

Giró el pomo y se abrió la puerta, dejando a Broad silueteado en el umbral, gigantesco en su armadura y con los ojos rojos. Entró pesadamente en el interior de la estancia. Frunció el ceño hacia los niños. Lo frunció hacia Freid, que se encogió tras el tocador. Lo frunció hacia Savine.

Parecía enfermo, borracho, furioso y sentimental a la vez. El ejemplo perfecto de quemador, de hecho. Como si no pudiera decidirse entre implorar el perdón de Savine o hundirle el puño en la cara.

—Tienes una hora —dijo, volviéndose ya hacia la puerta.

—Gracias por el aviso. Y tengo una cosa para ti. —Savine le ofreció un papel doblado—. De Liddy.

La cara inexpresiva de Broad se contrajo al oír el nombre.

—Liddy no sabe escribir.

—Se lo dictaría a May, supongo. Ha llegado con unos despachos de la madre de Leo.

Broad movió la mandíbula, con los ojos irritados fijos en la carta y la mano a medio camino hacia ella.

—¿Qué pone?

—No digas bobadas, Gunnar, no leo las cartas que no van dirigidas a mí. ¡Por favor! ¿Qué será lo próximo, decir que Zuri come gente?

Le dejó la carta en la mano con ademán despreocupado y volvió a su maquillaje, pero lo observó por el espejo. Broad estuvo mirando el papel un largo momento, luego salió muy despacio por la puerta y la cerró con toda lentitud. Savine tensó la mandíbula y cerró un puño tembloroso. Quizá acabara precipitándose de la Torre de las Cadenas, y los Hados sabían que lo tenía todo en contra, pero no iba a caer sin pelear.

Freid estaba agachada sobre una cuna, arrullando en voz baja a Harod.

—¿Queréis que me lleve a los niños? —Se le empezaban a empañar los ojos otra vez—. Me refiero a… cuando os suban al banquillo.

—Puede que necesite que te los lleves… —Le falló la voz un momento y tuvo que carraspear—. Cuando me condenen. —Era mejor decir «cuando» que «si». No se atrevía a decir «si»—. Hasta ese momento, en el tribunal, en el banquillo… estarán conmigo.

Aquello no era un juicio. Era un espectáculo. Y Savine sabía cómo dar espectáculo. Mejor que nadie.

Adua estaba oculta tras un promontorio, pero la inmensa sombra de su humo se veía desde kilómetros a la redonda.

—Los hornos siguen encendidos —dijo Jurand.

—Por mucho que lo intentes —masculló Leo—, no se puede detener el progreso.

El mariscal Forest entrecerró los párpados hacia el sol, que daba

algo de calor por primera vez desde lo que parecían meses.

—No me gusta marchar así, en campo abierto.

—Si esto puede llamarse marchar —repuso Leo.

Los tambores tocaban a paso ligero, pero a los desmoralizados restos del Ejército Popular y al exhausto remanente de la División del Príncipe Heredero les pesaban los pies, sus filas se habían disuelto en una desastrada aglomeración de banderas lacias y alabardas caídas que dejaba una estela de fango y basura a su paso. Una gigantesca babosa militar que reptaba agotada por el terreno húmedo.

—Apenas parecen listos para combatir.

—No lo están —dijo Glaward—. Hemos perdido a más desertores sin luchar que las bajas que podríamos haber sufrido de haberlo hecho.

Leo miró hacia las escasas unidades de caballería bien entrenadas que avanzaban al principio de la columna con sus uniformes oscuros.

—Por lo menos, podemos confiar en los anglandeses.

—Están contigo hasta la muerte —dijo Jurand.

Glaward dejó caer una pesada mano abierta en el hombro de Leo.

—Y nosotros también.

Durante un emotivo momento, casi fue como en los viejos tiempos.

Forest estaba arrancándose hilos de los raídos puños de la casaca mientras miraba nervioso aquella mancha del cielo.

—Tienen que saber que venimos.

—Creen que estamos matándonos entre nosotros a kilómetros de distancia —respondió Leo—. Y la inspectora Teufel se encarga de que la Inspección Popular no corrija a nadie en ese aspecto.

—¿Confiáis en ella? —preguntó Forest.

—No —dijo Leo—, pero la confianza es un pésimo fundamento para una alianza. Descubrí muy a mi pesar que esa mujer es de lo más efectiva.

—Aun así, es imposible mantener en secreto mucho tiempo a miles de soldados.

—¿Quién es ese?

Glaward espoleó su montura por delante de la de Leo, con la mano en la espada. Un par de exploradores de Forest llevaban un caballo desaliñado por la brida, en cuya silla había un prisionero desaliñado con las manos atadas a la espalda.

—¡Hemos atrapado a este sujeto más adelante en el camino, lord mariscal! —gritó uno de ellos.

—¿Atrapado? —graznó el prisionero—. ¡Pero si venía buscándoos a vosotros, cojones! ¡Traigo un mensaje del cabo Tunny!

Forest sonrió.

—Este sujeto se llama Yema, y lamento decir que está en nuestro bando. Liberadlo.

Cuando recuperó el uso de las manos, el hombre hizo un descuidado saludo marcial.

—Con quien tengo que hablar es con lord Brock. Quiero decir… ¿Ahora volvéis a ser lores? Es todo un poco…

—Suéltalo —espetó Leo.

—Es vuestra esposa. Está… Bueno, no hay manera fácil de decirlo…

—Dilo a la manera difícil, entonces.

—La han detenido. La Jueza va a acusarla de mercantilismo y traición, y… esto… —Yema tragó saliva—. Bueno, se ha mencionado el incesto.

Nadie habló. Por detrás de ellos seguían oyéndose los tambores, los pesados pasos de las botas, el traqueteo del armamento. Leo se preguntó cómo debería sentirse. Lo que se esperaría que sintiera. Cerró el puño con la mano buena.

—¿Cuándo?

—Hoy mismo. El rey estará presente. Qué leches, media ciudad estará presente, porque va a ser la ejecución más importante desde que Risinau cayó de la torre. O sea, quiero decir…

—Llegaremos a tiempo —dijo Jurand—. No te preocupes. Llegaremos.

—Lo sé —masculló Leo.

Era muy mala noticia, por supuesto. Corría peligro su esposa. Sus hijos. Se aseguró de que todo el mundo viera lo mucho que le

afectaba. Una muy mala noticia. Pero Leo no podía evitar verle una parte positiva. Los Quemadores estarían distraídos. El juicio podía darles una oportunidad.

Forest acercó su caballo al de Leo.

—Escuchad, Joven León, lo lamento mucho, pero no podéis permitir que esto se interponga. La seguridad de su majestad debe prevalecer.

—Estarán ambos en el Tribunal Popular —dijo Leo—. Salvando a uno, salvamos a la otra.

Jurand volvió la vista atrás y miró ceñudo a los soldados sonámbulos.

—A este ritmo no vamos a salvar a nadie.

—En efecto —convino Forest.

—Si algo aprendí en Stoffenbeck —dijo Leo— es que no se puede hacer nada bueno con malas tropas. Lord mariscal, os sugiero escoger a doscientos hombres de vuestra plena confianza, los mejor armados y montados. Los más leales. Cuando crucemos la Muralla de Arnault…

—Si la cruzamos.

—*Cuando* la crucemos, Glaward y vuestros oficiales pueden repartir a los demás por toda Adua. Tomar las puertas de la ciudad, los muelles, los puentes, las plazas y las encrucijadas, contener a la población por su propia seguridad. Mientras tanto, nosotros llevaremos a los mejores de mis hombres y de los vuestros directos hacia el Agriont y tomaremos la puerta sur. Liberaremos al rey antes de que sepan que llegamos.

Forest asintió con gesto sombrío.

—Y también a vuestra esposa.

Leo contempló la enorme mortaja de humo en el horizonte. ¿Empezaban a asomar ya los alfileres de las torres más altas de Adua por encima de la herbosa pendiente? ¿La Casa del Creador? ¿Las primeras chimeneas? ¿Quizá incluso la punta de la Torre de las Cadenas?

—Y también a mi esposa.

Savine lo entendería. Antes le encantaban las apuestas, al fin y al cabo.

—Ya está bastante apretado —trinó Gorst.

Vick pasó la correa por la hebilla y dio un golpe con el puño al espaldarón. Le pareció que era lo adecuado después de ayudar a un hombre a ponerse la armadura. Tampoco era que pudiera saberlo con certeza. Ayudar a hombres a ponerse o quitarse ropa era algo que había hecho menos de lo que le habría gustado en su vida.

—Brock y Forest vienen hacia aquí —dijo.

—¿Llegarán a tiempo?

Vick solo pudo encogerse de hombros. No tenía ni idea de cuánto tardarían en llegar a la ciudad. Ni idea de la resistencia que encontrarían cuando llegaran. Ni idea de cuánto podría alargarse el juicio. Había demasiadas variables, todas muy lejos de su control. Mientras Gorst enfundaba sus aceros pulidos hasta brillar como un espejo, ella apartó el tablero de cuadros, desplegó el plano y lo estudió como si de pronto pudiera revelarse en él alguna respuesta oculta con tinta invisible.

—Tengo sobornados a los guardias de las puertas en la Muralla de Casamir y la de Arnault. Con un poco de suerte, nuestros amigos podrán pasar sin aflojar el paso. El problema es la entrada del Agriont. —Y señaló en el plano la puerta meridional de la ciudadela, que siempre había sido el punto más débil en un plan ya de por sí endeble—. Hicieron explotar algunas partes de la muralla, pero no las suficientes para servirnos de algo, y la Jueza tiene a su gente más leal vigilándola. Habría sido demasiado arriesgado intentar comprarlos. Esos cabrones paranoicos sacaron todos los portones de sus goznes, pero los rastrillos siguen montados. Si los hacen caer, nuestros amigos se quedarán fuera. Podrían tardar días en cruzar. Si es que llegan a hacerlo.

—¿Así que…?

—Así que tenemos que apoderarnos de la sala de cadenas.

—¿Tenemos?

—Tú y yo. Contaré a los guardias alguna historia sobre dudas acerca de su lealtad, intentaré sacar de allí al menos a un par y

luego… nos ocuparemos del resto. Atrancaremos la puerta. Resistiremos hasta que llegue la caballería del Joven León.

Gorst asintió despacio. No dijo si le parecía un plan bueno o malo. No hacía falta. Vick ya sabía que era un plan espantoso. Pero no había tenido tiempo de urdir ninguno mejor.

—Tendrá que ser en el momento justo —murmuró mientras empezaba a recoger la pulcra hilera de armas de la mesa y a guardarlas una por una en sus diversas vainas, bolsillos y escondrijos—. Si vamos demasiado tarde, estarán preparados y no podremos tomar la sala. Si vamos demasiado pronto, aunque la tomemos, podríamos perderla antes de que llegue Brock. —Pensó en eso un momento—. Y seguramente también estaríamos muertos.

Gorst, que había vuelto a afeitarse la cabeza, se pasó una mano por el pelo cortísimo y plateado con un tenue siseo.

—¿Cuántos hombres son?

—La dotación habitual es de ocho —dijo Vick, y se lamió los labios.

Gorst no hizo comentarios. Vick dudaba mucho que reaccionara aunque le hubiera dicho que eran mil.

—¿Te parecen muchos? —preguntó.

—Es lo que hay. ¿Estás dispuesta a matar?

Oírlo así, tan directo y brutal, la hizo pensar.

—Comprendo lo que hay en juego —dijo, metiendo la daga en la vaina de la bota—. Haré lo que sea necesario. Si tú puedes ocuparte de los otros siete.

Lo había dicho en broma, pero Gorst no sonrió.

—Menos sería mejor.

Lo cierto era que, siendo solo dos, aquello no iba a ser fácil. Vick podría haber pedido ayuda a Sebo, pero se dijo que solo iba a entorpecerlos. Podría haber contratado a mercenarios, pero no había ninguno en quien confiara.

—Así es mi vida —mascculló entre dientes.

Confiar demasiado podía matarla en un santiamén. Eso lo había aprendido en los campos. Y demasiado bien, quizá, porque empezaba a parecerle que no confiar lo suficiente podía matarla de igual manera. Solo que era un proceso lento, a lo largo de años de

soledad y miradas furtivas hacia atrás.

De todos modos, si solo podía llevar a un hombre a una lucha de la que dependía el futuro de la Unión, Bremer dan Gorst era una buena elección. Vio cómo se ponía el gabán de alguacil con cierta dificultad. Era el más grande que Vick había encontrado, y aun así Gorst estuvo a punto de desgarrarlo por los hombros, el peto de la coraza brillaba por encima del primer botón y se notaban a simple vista los bultos de sus muchas armas.

—Nunca he sido muy sutil —dijo con timidez.

—Con un poco de suerte, la gente estará mirando hacia otro lado. —Vick terminó de prepararse metiendo la cachiporra en el cinturón —. Dicen que la Jueza quiere dar un buen espectáculo con lo de hoy.

Sabemos quién eres

Orso estaba sentado en el taburete de su jaula en el Tribunal Popular, sudando, esperando, preocupándose. Llevaba ya bastante tiempo sin hacer mucho más que eso.

A lo largo de las semanas anteriores el público había ido menguando y mostrando cada vez más hastío. Orso había visto juicios en los que había más acusados que observadores. Había visto llover migajas desde la galería porque la gente estaba disfrutando de un tentempié mientras se hacían unas acusaciones que helaban la sangre. Había visto a representantes ancianos dando una cabezadita en el banco mientras unas jóvenes madres suplicaban por su vida.

Pero ese día era distinto. Las galerías estaban a rebosar, los bancos apretujados. Por primera vez en mucho tiempo el sol brillaba fuera, perforando el Tribunal Popular y a sus deslumbrados ocupantes con largas franjas resplandecientes. Un entusiasmado parloteo llenaba la cámara hasta el punto más alto de su cúpula manchada de consignas con un aire de ahogada expectación. Aquello iba a ser un verdadero acontecimiento.

Orso movió el taburete hasta la esquina de la jaula. Era lo más cerca que podía estar de Hildi, sentada con las piernas cruzadas en las losas de fuera con la espalda contra los barrotes.

—¿Dónde coño está el Joven León? —susurró sin mover los labios.

No hacía tanto tiempo, antes de la batalla en Stoffenbeck, había pasado varias noches en vela deseando que Brock no llegara

nunca. Y allí estaba, anhelando con fervor cualquier indicio del muy hijo de puta.

Hildi lanzó una mirada fugaz hacia el cabo Halder, pero tanto él como los demás guardias de Orso habían abandonado hacía mucho toda pretensión de estar vigilando, se habían escabullido como lagartos para que les diera el sol y no estaban prestándole la menor atención.

—Vienen hacia aquí —susurró Hildi por la comisura de la boca.

—¿Y si no llegan a tiempo? —Orso era muy consciente de lo rápido que podía llegar a un veredicto el Tribunal Popular—. ¿Y si a Savine la… condenan?

—Entonces no será la mejor persona a la que he visto que le pase.

Orso no podía negarlo, aunque por algún motivo deseaba poder hacerlo desesperadamente.

—Lo que me preocupa es que la próxima vez le pase a alguien peor —susurró—. Es decir, a mí.

Hildi mostró una deprimente ausencia de desacuerdo mientras la Jueza entraba majestuosa en el salón, con las cadenas de su peto centelleando y el borde de su maltrecho vestido arrastrando por el enlosado y levantando oleadas de motas de polvo a los haces de luz solar. Sworbreck, Broad, Sarlby y unas decenas más de los Quemadores más fieles llegaron tras ella. El alboroto cesó, dando paso al habitual y horrible silencio mientras la vengativa pesadilla de la Unión se sentaba en la silla que antaño estuviera reservada para Orso, cogía su martillo de herrero y daba a la mesa presidencial, ya hecha polvo, un golpe atronador.

—¡Se abre la puta sesión del tribunal! —rugió.

Orso intentó que le entrase un poco de aire por el cuello de la camisa. Durante meses apenas había podido recordar cómo era no pasar frío. Ese día en el Tribunal Popular hacía un calor sofocante. El calor del sol primaveral destellando y titilando a través de la distorsión de las ventanas. El calor del aliento emocionado de la multitud. El calor de los rumores, el cotilleo, el escándalo, el miedo. Lo único frío que había en toda aquella cámara, cuando los portones se abrieron de par en par, era la acusada.

Savine llevaba un sencillo vestido de amamantar, de un blanco puro. Nada de joyas. Nada de peluca. Llevaba el cabello oscuro rapado casi al cero, por lo que parecía esquilada de toda pretensión, y la cicatriz se le marcaba roja en la frente. Orso jamás la había visto tan hermosa. Pero claro, pensaba lo mismo cada vez que la veía, con tediosa inevitabilidad. Aferró los barrotes de su jaula y casi apretó la cara contra el metal mientras ella pasaba.

Quiso lanzarle alguna frase de ánimo. Un «¡Sé fuerte!», o un «¡Puedes con esos cabrones!», o un «¡Te quiero!», pero Savine no cruzó la mirada con él. Se deslizó sobre las losas con las manos entrelazadas y la cabeza bien alta, como haciendo gala de pertenecer a alguna especie más virtuosa que la sudada masa reunida en los bancos y las galerías. Iba seguida de dos doncellas que llevaban en brazos lo que parecían pequeños fardos de mantas.

—¿Eso son sus hijos? —murmuró Hildi, enderezando la espalda.

Uno de los fardos se removió, dio un pequeño gemido y Orso captó un atisbo de su minúscula carita perpleja al pasar.

—Me cago en la puta —susurró mientras un murmullo se apoderaba del gentío. ¿Eran… sus sobrinos, entonces? La idea le dio una cierta náusea.

Sworbreck, con su traje rojo sangre de fiscal, los contempló con patente desdén.

—¡No se permiten bebés en el Tribunal Popular!

—Tal vez mi inocencia esté en tela de juicio —replicó Savine, con una voz que resonó sin el menor matiz de miedo—, pero ¿qué delito han cometido mis hijos para que deba separárselos de su madre?

Lo normal habría sido que sobre la acusada llovieran insultos, y a veces también comida, monedas o cristal roto, o un cubo de orina en una ocasión memorable, pero ese día había una atmósfera distinta. El murmullo que llegó desde arriba era de aprobación. De apoyo, incluso. Parecía haber casi tanta admiración por la sosegada dignidad de Savine en las galerías del público como en la jaula de Orso. No pudo contener una leve sonrisa, una leve agitación del puño. En el Tribunal Popular había que celebrar las pequeñas victorias.

Pero la Jueza le restó importancia con un gesto perezoso.

—También son ciudadanos, ¿no? Aquí todos somos iguales e igual de bienvenidos. —Se hundió de nuevo en la silla, levantó las piernas y dejó caer los pies descalzos en la mesa con un golpetazo que sonó definitivo—. Tampoco es que vayan a cambiar el resultado.

Lo cual era dolorosamente evidente para cualquiera que hubiese visto al tribunal enviar a centenares de personas a su muerte, haciendo caso omiso de las pruebas o del procedimiento debido. Savine podría tener la astucia de Glustrod, la dignidad de Juvens, la voluntad del mismísimo Euz, podría haberse presentado allí sobre una montaña de bebés flotando en un océano de solidaridad, y Orso no veía la manera de que hubiera supuesto la menor diferencia. Lo único que podía servir de algo era la llegada a tiempo de varios miles de hombres armados.

Savine dio una última caricia a sus hijos y subió a la tarima de los acusados con la misma tranquilidad con que podría haberlo hecho a su palco del teatro. Orso miró hacia los bancos y vio a Tunny despatarrado en la primera fila, con los brazos extendidos y los perezosos ojos entornados para protegerlos del sol. Su antiguo compañero de apuestas, procurador de mujeres y portaestandarte ocasional no cruzó la mirada con él, pero sí hizo un sutil movimiento circular con un dedo, dando vueltas y vueltas.

Tiempo. El plan de Teufel estaba en marcha. Forest venía de camino con el Joven León. Orso se mordió el labio, mirando por todo el tribunal con un renovado apremio. Tenía que encontrar alguna manera de ganar tiempo.

La Jueza dio otro golpetazo para exigir orden y soltó el martillo, que cayó con estruendo al suelo.

—¡Atrancad todas las puertas! —chilló—. ¡No quiero ni una puta distracción!

Y cayó un opresivo silencio.

—¡Ciudadana Brock!

Sworbreck caminaba arrogante hacia Savine con su ridículo traje escarlata, meneando un fajo de documentos en una mano. Parecía

que el pretencioso memo se había embaucado a sí mismo con el papel que interpretaba y había pasado a considerar que en verdad era la mente legal más grandiosa de su era.

—¡Se te acusa de mercantilismo y usura a gran escala, de asociación con enemigos de la Unión y de conspiración contra el Gran Cambio!

Había proclamado las acusaciones como si fuesen los famosos últimos versos de una obra favorita del público, y con la misma expectativa de aplauso. Pero el antiguo socio de Savine, el ciudadano Vallimir, debía de haber cumplido sus instrucciones al pie de la letra, llenando las galerías de gente que se hubiera beneficiado de su obra caritativa y pagando a los demás para comportarse como si así fuera. Mientras los ecos de las acusaciones de Sworbreck morían en un taciturno silencio, la última inversión de Savine dio sus dividendos y los rostros del público que abarrotaba las barandillas contemplaron hoscos al fiscal con fría hostilidad.

Savine había practicado su actitud ante el espejo. La había calibrado hasta el más ínfimo detalle. Desafiante, pero no arrogante. Digna, pero no orgullosa. Al terminar la espera y emprender por fin la batalla, su miedo se había disipado. A pesar del calor febril que hacía, sentía una calma gélida. No respondió a las acusaciones. Daba a entender que tales acusaciones no merecían respuesta.

Sworbreck carraspeó, movió la boca y se preparó para una nueva incursión, señalándola con un brusco dedo acusador.

—¡Veo que hoy eres el vivo retrato de la modestia! Pero quienes presenciábamos tus apariciones públicas estamos acostumbrados a verte envuelta en sedas y rebosando de diamantes. ¡Tu nombre es sinónimo de ostentación! Parece ser que eres toda una maestra del disfraz. Un verdadero camaleón.

—Te aseguro que soy tan humana como el que más. —La voz de Savine resonó en la cúpula con una satisfactoria confianza—. Y con mi juego completo de defectos humanos.

—¡Más que un juego completo, dirían algunos! Finges ser una humilde ciudadana de la Unión, como cualquier otra. Ocultas tu infame pasado tras el célebre apellido de tu esposo. —Sworbreck se

dirigió de nuevo al público de las galerías—. ¡Pero sabemos quién eres! ¡Eres nada menos que Savine dan *Glokta*, la infame… la infame… ¿Se puede saber qué estás haciendo?

Lo que hacía Savine era desabrocharse el pecho del vestido.

—Salta a la vista, ciudadano Sworbreck, que estoy atendiendo a las necesidades de mis hijos.

Corrió un murmullo por el tribunal mientras Savine se desataba el corsé de crianza y se sacaba un pecho. Sworbreck se apresuró a apartar la mirada mientras un rubor invadía sus mejillas. Sabiendo que era un necio y un cobarde, Savine no se sorprendió de descubrir que también era un puritano.

—No creo… que este sea lugar para…

—¿Qué mejor lugar que este? —Chasqueó los dedos para que Freid le acercara a Ardee—. ¡El Gran Cambio nos liberó a todos! —Acomodó a su hija contra el pecho y, como la pequeña heroína que era, Ardee empezó a mamar al instante—. Y, sin embargo, desde entonces, he oído muchos discursos sobre las responsabilidades que tiene una ciudadana. La maternidad siempre es la primera de todas. Al otro lado de estas ventanas hay una estatua de varios pisos de altura que representa la Naturaleza sustentando a los jóvenes del mundo. ¿Debería rechazar su ejemplo? ¿Debería abandonar mi responsabilidad hacia mis hijos solo porque mi vida está en la cuerda floja? ¿Debería renunciar a los principios del Gran Cambio aquí, en su mismo corazón, en el Tribunal Popular? ¡No, ciudadano Sworbreck, me niego! Nutriré a mis hijos hasta el último aliento.

Hubo hasta aplausos. Dispersos, pero aplausos. Quizá Savine hubiera tocado la fibra sensible a algunas madres presentes. De todos modos, la Jueza detuvo los aplausos con unos pocos martillazos, mirando furiosa hacia las galerías.

—Nutre todo lo que quieras —gruñó—. Es tu propia culpabilidad lo que nos atañe hoy aquí. ¡Procede, joder!

—Cómo no, ciudadana Jueza, cómo no. —Sworbreck revolvió sus papeles, que Savine no se habría extrañado de descubrir que estaban en blanco, intentando recobrar el ritmo perdido—. Pasemos a… ¡Pasemos a las acusaciones concretas, entonces! ¡Promoviste y

ayudaste a fundar ese aquelarre de especuladores al que llaman la Sociedad Solar!

—Y bien orgullosa que estoy —repuso Savine—. Es un faro de progreso cuyo objetivo es traer la prosperidad a todos.

—Eso —oyó que gruñía Curnsbick desde los bancos a su espalda. No muy alto, pero sí lo suficiente.

—¡Has conspirado con otros para arrebatar los beneficios al ciudadano común! —chilló Sworbreck.

—Me he asociado con otros para construir cosas donde antes no había nada.

—En efecto —oyó que decía Kort, sentado entre los representantes.

—¡Te has confabulado con agentes extranjeros contra la Unión! —A Sworbreck le falló la voz, soltó un repentino gallo y tuvo que carraspear—. ¡Con salvajes norteños y degenerados estirios! ¡Has dado cobijo a espías gurkos en tu propia casa!

—He hecho negocios por todo el Círculo del Mundo y cultivado amistades allá donde las encontraba. Mis únicas confabulaciones fueron junto a personas bienintencionadas, para derrocar el desalmado gobierno de la Unión.

—Muy cierto, muy cierto —alzó la voz Isher, en quien siempre se podía confiar para que saltara en su propia defensa.

Ya se oía un continuo refunfuño desde las galerías. Sworbreck se secó una grasienta pátina de la frente.

—¡En tus factorías se explotaba a los trabajadores, se los mutilaba, esclavizados en todo salvo en nombre al servicio de tu insaciable codicia!

—A los trabajadores se les ofrecía empleo, un salario justo y la oportunidad de aspirar a una vida mejor. Nunca se obligó a nadie a nada. —Savine guardó el pecho en el corsé y sacó el otro.

Sworbreck dio un desgarbado carraspeo y bajó la mirada a sus notas mientras Savine recolocaba a Ardee. La niña podría haber seguido mamando en pleno terremoto.

—¡Has sido cómplice de la usura a gran escala! ¡Has impuesto unos arrendamientos intolerables a gente desesperada! ¡Has vivido como una emperatriz mientras tus inquilinos se amontonaban en la

mugre! ¡Has conspirado con la Banca Valint y Balk para…!

—¡No! —ladró ella—. *Jamás* he aceptado dinero de Valint y Balk. Ni un solo marco. Ni un solo cobre. La precisión es importante en un proceso judicial, ¿no crees?

Sworbreck estaba con el pie cambiado. Era evidente que nunca había tenido que enfrentarse a un inculpado a quien de verdad se concedía la oportunidad de rebatir su culpa. Alzó la mirada a la luz del sol y tuvo que hacerse una torpe visera con sus papeles.

—En ese caso… bueno, ¿cómo podrías demostrarlo?

—No cuento con tu experiencia en materia legal, ciudadano Sworbreck, pero tengo entendido que la carga de prueba recae en la acusación. —Llegaron unas risitas desde las galerías del público. Savine se acomodó a Ardee contra el pecho—. Podría aportar esas pruebas sin ningún problema, de todos modos. —Sabía que debía mantener la calma, pero no pudo eliminar del todo un matiz despectivo en su voz—. Podría si no hubierais encerrado a mi contable acusada de ser una hechicera.

Esa vez las risas sonaron más fuertes.

—La muy zorra está dejándonos como unos putos idiotas —gruñó Sarlby—. Y usando las tetas, nada menos. ¿Habrá sobornado a esos mamones o algo?

A Broad le sorprendería que no lo hubiera hecho. Ya había advertido a la Jueza que era un error dejar que Savine hablara. Pero ella estaba empeñada en dar un gran espectáculo. En humillarla además de castigarla. No estaba saliendo del todo bien. Pero lo único que le importaba a Broad era la carta. La notaba pesada en la mano sudorosa. Como una lámina de hierro al rojo vivo.

No podía dejar de pensar en Liddy y May. En todo lo que había hecho desde la última vez que las vio. En cómo podrían mirarlo si lo viesen ahora. En su decepción. Su absoluto horror. Ni siquiera estaba borracho. La petaca seguía intacta en el bolsillo, pero aun así le daba vueltas la cabeza.

La gente estaba abucheando a Sworbreck. Abucheos de verdad, como en una antigua obra de teatro que ya empezaba a aburrir al

público. Los Quemadores parecían inquietos. Banderizo estaba cerca del banquillo de acusados, cruzado de brazos, mirando ceñudo y preocupado hacia las galerías.

Broad rasgó el borde de la carta para abrirla. Ya casi no recordaba cómo era la letra de May. Tampoco es que fuese muy buen lector, ni siquiera llevando las lentes. Se le desenfocaron los ojos. El Tribunal Popular se emborronó. El nervioso balbuceo de las preguntas de Sworbreck, el frío restallar de las respuestas de Savine, el refunfuñar de Sarlby y el creciente cotorreo de las galerías públicas, todo se desvaneció.

Oyó la voz de Liddy al leerla. Oyó la de May.

Gunnar, padre:

Nos han dicho que tienes problemas. Nos han dicho que te has perdido a ti mismo. Te echamos de menos. Cada día te echamos de menos.

Sabemos quién eres. Nuestro marido. Nuestro padre. Un buen hombre. Solo tienes que recordarlo.

Todos los días esperamos poder volver a verte pronto.

Tu familia, Liddy y May.

Un buen hombre. Cayó una gota de algo al papel y diluyó la tinta. Sería sudor de la frente, seguro. Broad arrugó la carta cerrando el puño, se quitó los anteojos y se secó la cara con el dorso tatuado de la mano. Le temblaba.

—Y ahora —estaba diciendo Sworbreck con voz chillona—, ¿pretendes hacernos creer que estás dedicando toda tu demostrada astucia a proyectos caritativos? ¿Que la gran explotadora se ha transformado en una gran filántropa?

—Abrí mi casa a los huérfanos —respondió Savine en tono más duro—, y en los suburbios procuro repartir pan y carbón entre los necesitados. Los Hados saben que de ellos no hay escasez.

—Ah, ¿no la hay? —Sworbreck tenía una sonrisa ladina. Creía que la tenía atrapada, como un pescador con la madre de todos los peces en el anzuelo, y que ya podía recoger carrete.

—Hay muchos para quienes el Gran Cambio ha cambiado bien poco —dijo Savine—. Gente sin trabajo, sin comida, sin combustible. El abismo entre ricos y pobres nunca fue tan profundo. Yo solo hago lo posible por tender un puente.

Sworbreck estaba exultante.

—¿Eso es lo que afirmas?

—No —dijo Savine—. Es lo que afirmas tú.

—¿Cómo?

Savine metió la mano bajo el bebé que mamaba para sacar algo. Un papel manchado, deteriorado, barato, con los bordes raídos. Pero el nombre del autor estaba impreso en letras muy grandes. Lo bastante para que todo el tribunal las distinguiera.

—*La Bienamada de los Barrios Pobres* —dijo Savine—, por Spillion Sworbreck.

Broad recordaba el día en que se escribió aquel panfleto, allá en las Tres Granjas, y dio un bufido de incredulidad. Había que admirar la soberana desfachatez.

—Eh… bueno… —Sworbreck se había puesto casi tan rojo como su traje—. No estoy… seguro de recordar…

—Permíteme refrescarte la memoria leyendo un pasaje típico. —Savine abrió el panfleto y, sin dejar de mecer al bebé, empezó a leer—. «Lady Brock recorre las calles tenebrosas como el brillo de un faro. Ilumina el camino hacia una vida mejor para estos pobres abandonados. Es como si el sol atravesara el humo de las factorías. Reparte pan, sí, y reparte consuelo, sin duda, y reparte plata con su mano abierta, pero lo más valioso de todo es que reparte *esperanza.*» Alabas mi abnegación y mi altruismo. —Volvió a mirar el panfleto—. Perdón, mi *notable* abnegación y altruismo. —Savine enarcó las cejas—. ¿Estás llamándote embustero a ti mismo?

Llegó una aclamación desde las galerías del público. La gente se había puesto de pie allí arriba. Había hasta algunos representantes aplaudiendo. El rey Orso golpeaba gozoso los barrotes de su jaula y hacía traquetear la puerta.

—¡Larga vida a la Bienamada de los Barrios Pobres! —vociferó alguien desde la barandilla más alta.

Broad nunca había visto a la Jueza tan furiosa, y eso que la furia

era su razón de ser. Una cosa era ver a su fiscal odiado. Otra muy distinta era ver cómo se burlaban de él.

—¡La muy zorra está dejándonos como unos putos idiotas! —rugió Sarlby.

La carta estaba medio aplastada en el puño de Broad, pero aún se veían unas palabras escritas por May: «Sabemos quién eres».

Leo ya no podía blandir la espada como antes, pero un corcel de guerra entrenado era un arma temible. Lo azuzó a través de la puerta abierta, con el semblante fijo en aquella mezcla de sonrisa y rugido con la que acostumbraba a cargar hacia la batalla. Entrevió unos ojos como platos, aferró silla y riendas mientras un hombre caía arrollado bajo los cascos de su caballo y otro salía despedido contra la pared y dejaba una franja de rojo en la piedra.

No estaba seguro de si habían ido armados o no. Solo sabía que empuñarían las armas más terroríficas vistas jamás en el cuadro que habría pintado de aquel momento.

Había otros jinetes cruzando al galope la arcada, irrumpiendo en la ciudad a su alrededor. Teufel había hecho casi todo el trabajo, pero aún había que completarlo con el acero. Aún quedaban Rompedores y Quemadores empeñados en luchar.

—¡Disparad a esos cabrones! —bramó, señalando calle arriba hacia dos figuras a la carrera.

Jurand apuntó desde la silla y derribó a una a veinte pasos de distancia.

—¡Blanco! —gritó Leo, deseando tener una mano libre para poder darle una palmada en el hombro.

Chasquearon más ballestas. El otro hombre trastabilló unos pasos y luego cayó gimiendo de rodillas a los adoquines.

—¡Avanzad! —estaba voceando Forest, y los cascos atronaron mientras el mariscal hacía pasar a más jinetes por la puerta—. ¡Avanzad! —Leo se preguntó si quedaría sitio para él en el cuadro. Era un líder fuerte y un hombre honorable. En algún lugar al fondo, tal vez—. ¡Al Agriont!

Leo se inclinó en la silla para gritar a Glaward:

—¡Cabalgad al sur hacia el puerto! Desplegaos y poneos al mando de la ciudad. Si alguien se resiste, hacedlo preso.

—¿Y si no se deja apresar?

—No podemos permitirnos que nadie se interponga. ¿Me has entendido?

Glaward tragó saliva.

—Entendido.

Él también era un buen hombre, a su manera, pero demasiado blando para llegar a estar nunca en el primer plano.

Ya estaban izando un harapiento estandarte de batalla en la barbacana, y el sol dorado se hinchó al viento y ondeó resuelto por primera vez desde el Gran Cambio. Leo lo contempló con una gran sonrisa. Para eso sin duda habría espacio en el lienzo.

—¿Qué hacemos con esos? —Jurand señaló con el mentón hacia una fila de hombres taciturnos a los que estaban sacando de la barbacana y obligando a arrodillarse.

—Encerradlos —ordenó Leo—. Ya nos ocuparemos de ellos cuando esto se resuelva.

—Podría ser más prudente ahorcarlos ya. —Jurand se había vuelto menos sentimental que nunca en los últimos tiempos. Como si Leo le hubiera dado permiso a volverse más despiadado—. No queremos lanzar un mensaje erróneo.

—Exacto. —Leo hizo un gesto con la cabeza hacia los rostros asustados de las ventanas—. La gente ya ha visto bastantes ejecuciones. Tenemos que demostrarles que venimos a acabar con todo eso. —Sonrió a una niña. Una breve muestra del encanto del Joven León—. Colgaremos a esos cabrones más adelante. En privado.

—¿Creéis que tendremos problemas en el Agriont? —Forest miraba muy serio hacia el extremo opuesto de la plaza, donde la silueta de la Casa del Creador destacaba sobre los tejados—. Si no saben ya que venimos, poco tardarán.

—Habrá que confiar en que la inspectora Teufel nos abra las puertas.

—¿Vamos a apostarlo todo a una mujer que se gana la vida mintiendo?

—El mundo está del revés, desde luego.

Y Leo desnudó los dientes y espoleó al caballo por la plaza. Tenía el muñón ardiendo de tanto galopar, pero no podía detenerse, aún no. El futuro de la Unión se dirimiría en las horas siguientes. Y Leo se había prometido a sí mismo que nunca más volvería a estar en el bando perdedor.

—¿Preparado? —preguntó Vick.

Los ojos de Gorst centellearon en la sombra.

—Preparado.

Vick compuso la expresión hosca de una oficial muy cabreada de la Inspección Popular y abrió de un empujón la puerta de la sala de cadenas.

Era un lugar atestado y confuso. La luz se colaba por angostas aspilleras a ambos lados, pero también fluía hacia arriba desde unas ranuras en el suelo para vigilar el pasaje de entrada inferior. Había cadenas colgando, engranajes y mecanismos, soportes para lanzas y armaduras, el enrejado grueso como un brazo de los tres rastrillos alzados, todo ello proyectando sombras engañosas. Pero Vick no tardó mucho en asimilar que allí no estaban los ocho hombres que había esperado encontrar. Eran solo cuatro.

Parecía que la buena suerte quizá sí que existiera de verdad, al fin y al cabo.

—¡Tú! —espetó Vick al que tenía la pinta más peligrosa de todos, un cabrón grandote y rapado con orejas de soplillo y una mancha roja que le cruzaba el jubón—. ¿Cómo te llamas?

El hombre miró a los demás y se lamió nervioso los labios, pero no halló ninguna escapatoria.

—Cabo Sonrisas —farfulló, como si no estuviera convencido del todo.

—¿Sonrisas? —gruñó ella—. ¿Me estás tomando el pelo?

—¡No! Empezaron a llamarme así en Estiria porque nunca sonreía, y supongo que se me quedó y… —Trató de apaciguar a Vick con una endeble sonrisa y, en efecto, se le daba fatal. Carraspeó y adoptó la posición de firmes—. ¡Ardo en deseos de

ayudar, inspectora!

—Más vale que alguien lo haga. El comisario Pike tiene dudas sobre la lealtad de las tropas apostadas aquí.

—¡No encontraréis a nadie más fiel! —soltó uno que tenía la cara extrañamente asimétrica.

—¡El Gran Cambio! —gritó otro, levantando el puño. Cuando Vick se volvió para lanzarle una mirada asesina, tosió y escondió la mano tras la espalda.

—¿No deberíais ser ocho? —preguntó Vick, mirando ceñuda a su alrededor como si buscara debilidades que rectificar y no a las que sacar provecho.

El cabo Sonrisas carraspeó de nuevo, moviendo el grueso cuello.

—Bueno, lo normal es que sí, pero…

—¿Y dónde están los demás?

—Supongo que… en el juicio…

Vick le dejó unos segundos para que se macerara en la preocupación. Sus compañeros estaban apartándose centímetro a centímetro de él, como harían de alguien infectado. Uno intentaba esconderse detrás de un rastrillo, ajeno al hecho de que la esencia de un rastrillo era que podía verse a través de él.

—¿Quién está al mando aquí? —preguntó Vick a ese, con brusquedad.

—¡El sargento Hambeck!

No hubo dudas a la hora de nombrar a otra persona. Si había algo que todo el mundo sabía hacer en los últimos tiempos era denunciar a los demás.

—No me lo digáis: está en el juicio.

—Dicen que este de hoy va a ser la repanocha, así que lo hemos echado a suertes y…

—Vosotros dos, id a traerlo. Ya.

—¡A la orden! —graznó Sonrisas.

Agarró a su amigo de detrás del rastrillo y se lo llevó a toda prisa hacia la puerta, mientras Gorst se apretaba contra la pared para dejarlos pasar.

Y sin más complicaciones, estaban igualados. Solo quedaban dos guardias, el de la cara asimétrica y uno más mayor con barba, que

miraba a Gorst con las cejas arrugadas como si no acabara de situarlo.

—¡Tú! —restalló Vick, haciendo que la cabeza del hombre se volviera hacia ella como un látigo—. Enséñame los cabestrantes.

—¿Los cabestrantes, inspectora?

—Debo comprobar que no han sido saboteados —dijo ella, mientras pensaba cuál sería la mejor manera de sabotearlos.

—¿Saboteados, inspectora?

Vick dio un paso hacia él.

—¿Es que aquí dentro hay eco?

—Lo digo porque… es absurdo.

—¿Ah, sí? ¿Te apetece subir al banquillo y explicarle a la Jueza lo absurdo que es?

Su rostro reveló a las claras que no le apetecía.

—El primero está aquí —dijo el hombre con voz temerosa, agachándose bajo un par de cadenas que colgaban flojas para guiar a Vick—. No es muy complicado. Este trasto con mangos como una rueda de timón se gira para levantarlo, y eso de ahí son engranajes para el peso, pero aun así hacen falta tres hombres fuertes para alzar un puto trasto de esos, créeme.

Vick apenas lo oía por encima del golpeteo de su propio corazón mientras sacaba la porra del cinturón. Intentó no mirar la bufanda que llevaba el hombre. Era bonita, a cuadros, de las que una esposa tejería para un marido o una hija para un padre. Prefirió concentrarse en la calva que tenía en la coronilla. Había poco pelo, y bastante canoso. Vick no quería matarlo, pero sabía que era mucho mejor golpear a un hombre demasiado fuerte que quedarse corta.

—Esta palanca de aquí es la que lo deja caer en caso de ataque y…

La porra sonó con un crujido carnoso cuando Vick le atizó en la cabeza por detrás. El hombre se derrumbó sobre el cabestrante, chorreando sangre de un corte irregular en el cuero cabelludo que roció las cadenas, los engranajes, el suelo.

Oyó un grito amortiguado desde el otro lado de la sala. Vio formas difusas moviéndose en las sombras. Entonces una cayó y Gorst

siguió de pie, con el acero corto brillando rojo.

—Huy. —El de la barba estaba empujando el cabestrante para levantarse, mientras la sangre le caía por la cara a latidos periódicos y le manchaba la bufanda—. Tengo toda la cabeza…

Vick le asestó un porrazo en la sien, más fuerte que el anterior. Tan fuerte que lo levantó de golpe rodando sobre un talón. El hombre topó contra el rastillo y se desplomó de espaldas, se sacudió como un pez fuera del agua y espumeó por la boca en una especie de ataque convulsivo. Soltó una patada involuntaria y derribó un soporte de lanzas, que rebotaron estruendosas por el suelo.

Vick soltó la porra, cayó encima de él y forcejeó para contenerlo.

—Ayúdame a aguantar a este cabrón y luego…

Sonó un nítido crujido cuando Gorst le atravesó la cabeza partida con su acero corto. El hombre cayó como un trapo, quieto de repente. Vick echó la espalda hacia atrás, todavía acuclillada.

—Mierda —susurró.

Debería haber sabido que su esperanza de controlar la violencia era en vano. Pero al menos parecía que seguían teniendo suerte. Habían tomado la sala de cadenas, que era la parte que más preocupada la tenía. Era un lugar pensado para resistir incluso si el enemigo lograba controlar la muralla a su alrededor. Solo tenían que encerrarse dentro y…

Había un niño en el umbral, mirando con ojos desorbitados a Gorst y Vick, ambos cubiertos de sangre y arrodillados sobre un quemador muerto.

Vick se levantó a toda prisa.

—¡No te muevas!

El niño huyó como un hurón. Cuando Vick llegó al pasillo, lo único que quedaba de él eran los tenues ecos de sus rápidas pisadas.

—¡Mierda! —susurró de nuevo, pero bastante más alto en esta ocasión.

Agarró la hoja de la puerta, comprobó que el sólido roble tenía buen grosor y la cerró con un reconfortante y grave golpetazo. Estiró la mano hacia la tranca para bajarla a los firmes soportes y se quedó petrificada.

La tranca no estaba.

Había un gozne en el marco de la puerta, con un par de tornillos colgando, pero la tranca en sí había desaparecido. Su mirada frenética la buscó entre las sombras, pero no había ni rastro de ella. Quizá la hubieran destrozado cuando los Rompedores asaltaron el Agriont. O quizá los Quemadores la hubieran arrancado como las puertas de abajo. Poco importaba por qué hubiera desaparecido. Ese niño iba a traer guardias. Muchos guardias. Y pronto.

—¡No hay tranca! —gritó.

—Vaya —dijo Gorst, inexpresivo.

Si de verdad existía la buena suerte, por lo visto sus existencias estaban muy limitadas.

El bando de los santos

—¡Ya está bien! —chilló la Jueza, levantándose de un salto y golpeando la herida mesa con tanto salvajismo que le hizo una grieta enorme—. ¡Parad de una vez, joder!

Savine no había pagado lo suficiente para todo el apoyo que estaba recibiendo de las galerías. Una parte debía de ser genuina por fuerza. Gente asumiendo un riesgo nada nimio al mostrar sus sentimientos sinceros. Savine llevaba toda la vida esforzándose para que la envidiaran. Nunca había imaginado que de verdad pudieran apreciarla.

—¡Broad! —exclamó la Jueza con una lluvia de saliva y los tendones marcándose en la mano mientras sacudía el martillo hacia las galerías—. ¡Al siguiente cabrón que haga el menor ruido, subes ahí y le enseñas el camino rápido hasta abajo!

Broad miró furibundo hacia las galerías, luego a la Jueza, luego a Savine. Tenía un papel arrugado en el puño. ¿Sería la carta que ella le había dado? El salón se había quedado mudo como un cementerio. Que la apreciaran era muy agradable. Pero las limitaciones de ese aprecio como escudo contra el terror quedaron reveladas muy a las claras.

—Si algún otro gilipollas quiere prestar su apoyo a la acusada, que baje y se reúna con ella en el banquillo. —Los ojos de la Jueza barrieron las barandas, los bancos—. ¿No? ¿Nadie? —Un silencio tan absoluto que casi hacía presión en los oídos—. Ya me parecía a mí, joder.

Sworbreck se frotó las manos.

—Ciudadana Jueza…

—¡Siéntate de una puta vez, zopenco pomposo! —lo interrumpió ella con un rugido—. ¡O serás el primero al que envíe a la torre!

Sworbreck se sentó.

La Jueza desvió la mirada furibunda hacia Savine.

—Dejémonos de cosquillitas en el borde y vayamos a lo serio. Te has vestido de nodriza, has sonreído a unos huérfanos y has repartido unas pocas mantas, sí, enhorabuena. Pero sigues siendo Savine dan Glokta. Sigues siendo la hija no ya de un tirano, sino de dos, por no mencionar que también eres la hermana de un tercero.

—¿Se me debería castigar por mi cuna? —preguntó ella, pero le fallaba la voz. Sonó insegura.

—He visto a gente condenada por menos. —La Jueza señaló con un gesto de cabeza hacia la jaula de Orso—. Pero si quieres delitos más consistentes, tengo entendido que el rey y tú os conocíais un poquito mejor de como deberían un hermano y una hermana.

A pesar de todo, Savine no pudo evitar que sus ojos se desviaran hacia Orso. No pudo evitar cruzar la mirada con él. No pudo evitar sentirse como siempre lo había hecho.

La Jueza siguió la mirada entre ellos, con las cejas rojas muy arqueadas.

—En fin, no encontrarás mentes más abiertas que la mía, pero hasta a mí me da un poco de repelús el incesto.

Savine notó que le ardía la cara y supo que debía de parecer más culpable que la peste. Supo que *era* más culpable que la peste.

—No sabía… que era… —Ni siquiera pudo terminar la frase.

—Ahórrate el sonrojo. —La Jueza movió la mano a un lado en gesto generoso—. Olvidémonos de lo de follarte a tu hermano. Y pongamos todo lo demás a la mejor luz nutrebebés, albergahuérfanos y repartehogazas que tengas. La verdad sigue siendo que eres una especuladora. Que explotaste a hombres, mujeres y niños. Que construiste tus palacios con sus huesos. Que eres todo lo peor del antiguo régimen condensado en forma de mujer. Eres culpable del carajo, chica, más culpable que Glustrod, y yo lo sé, y tú lo sabes, y todos lo sabemos sin que haga falta ni una puta palabra más.

Savine desde luego lo sabía. La lista de personas a las que había utilizado se desplegó despiadada ante ella. Los desesperados suplicantes en la Sociedad Solar. Los socios a los que había intimidado y chantajeado. Los trabajadores a los que había apaleado y torturado. Los niños que trabajaban como esclavos en su telar de Valbeck. Los soldados enterrados en tumbas poco profundas cerca de Stoffenbeck. Incluso su propio marido, a quien había manipulado con destreza en favor de sus ambiciones y al que luego había dejado pagarlas con un brazo y una pierna.

No se podía subir muy alto sin alzarse sobre otros, y lo único que ella había querido siempre era llegar a la cumbre. Qué desperdicio le parecía todo aquello. Al final, en la cumbre no había nada salvo una larga caída.

De las galerías estaba llegando un tipo de murmullo distinto, y ni por asomo tan amistoso como antes.

—¡Pero que no se diga que este tribunal carece de clemencia! —exclamó la Jueza, alzando una mano para exigir silencio—. Nos damos cuenta de que has intentado compensarlo. Nos damos cuenta de que has hecho algún bien. Las mismas manos que arrancaban beneficios al pueblo los han devuelto a los necesitados. ¡Has puesto un dedo del pie en el camino recto, aunque dejaras el otro pie en el malvado! Así que vamos a darte la oportunidad de caer en el bando de los santos, como dirían tus amigos gurkos. —La Jueza se inclinó hacia delante y señaló a Savine con su largo dedo índice.

»Reconoce tu culpabilidad y denuncia. Denuncia a tus dos padres. Dinos dónde encontrar al Viejo Palos. Súbelo a esa tarima en tu lugar y sobrevive. Y si te niegas… —Se dejó caer de nuevo en la silla, con los ojos negros fijos en Savine como los de una loba en su cena—. La Torre de las Cadenas está esperándote.

Nadie gritó en defensa de Savine, hubiera cobrado o no, ¿y cómo reprochárselo? Solo había acusación en las hileras de rostros apretujados que se veían en las galerías superiores. Savine se agachó sobre la barandilla para dejar a Ardee en el brazo doblado de Freid, junto a su hermano. La mantita se había soltado y Savine arrebujó de nuevo a la niña con dulzura, puso una mano sobre ella,

la otra sobre Harod. El pequeño se revolvió y gimió. Qué ganas tenía de sostenerlo una última vez. Pero solo serviría para ponerlos en peligro. Tenía que ser valiente para variar. Poner a alguien por encima de sí misma y dejar marchar a los niños.

—Intenta protegerlos —susurró.

Freid asintió aturdida, con lágrimas en las mejillas. Eran lágrimas más de miedo que de tristeza, en opinión de Savine, ¿y cómo reprochárselo?

Se enderezó el vestido mientras se volvía de nuevo hacia la Jueza. Era una idiotez, claro, pero también una costumbre imposible de incumplir. Su madre siempre le había advertido que a un hombre se le juzga por su mejor momento, a una mujer por su peor. Había que hacer el esfuerzo, aunque fuese para una ocasión informal. Savine echó los hombros atrás, alzó el mentón en aquella postura de leve y eterna incomodidad a la que su institutriz solía llamar porte.

—No tengo ni idea de dónde está mi padre —dijo.

La Jueza entornó los ojos.

—Venga, venga, ciudadana Brock, eso no te salvará la vida.

Aparte de que el archilector Glokta se quitara de golpe una capa y revelara su presencia en las galerías públicas, Savine no creía que nada pudiera hacerlo. Pero se negó a permitir que la subyugaran. La dignidad no valía de mucho, al final, pero ella estaba decidida a conservarla de todos modos.

—Elegisteis bien el nombre que os pusistéis. —Savine miró a su alrededor por el salón destrozado que en otro tiempo había sido la Rotonda de los Lores. El mármol quemado, los muebles rotos, las consignas vacías, los matones embadurnados de rojo—. Sois Quemadores. No construís nada, no creáis nada. Lo único que sabéis hacer es destruir. El antiguo régimen estaba podrido. La gente pedía libertad a gritos. ¿Y qué le habéis dado? —Levantó los hombros con derrotismo—. Cadáveres. No sé dónde está mi padre. Pero aunque lo supiera, no os lo diría.

Los ecos remitieron. No se oía nada salvo la rápida respiración en sus fosas nasales y el tenue gimoteo de Harod.

Sus esfuerzos no habían hecho ninguna mella en la sonrisa de la

Jueza.

—En ese caso, ciudadana Brock, no me dejas más opción que condenarte a muerte por caída desde la Torre de las Cadenas. Y permíteme decir que, en mi larga carrera, no hay sentencia que me haya gustado más dictar.

Alzó el martillo.

—¡Esperad! —chilló Orso, con la cara sudorosa pegada a los barrotes de su jaula.

La Jueza se volvió con toda parsimonia para contemplarlo con ojos entrecerrados.

—¿A qué, ciudadano Orso?

—¡Si ella no quiere hacer denuncias, las haré yo! —Se levantó una oleada de susurros, pese a las amenazas de la Jueza—. ¡Denunciaré a cualquiera! ¡Denunciaré a todo el mundo! ¡Os daré las mejores denuncias que hayáis oído en la vida!

La Jueza lo observó durante un prolongado y tenso momento, mientras una gota de sudor le cosquilleaba despacio cuero cabelludo abajo. Entonces dejó escapar una risita encantada.

—Ah, esto sí que tenemos que oírlo. Cabo Halder, permite a su lamentable puta majestad dirigirse al tribunal.

Halder llegó a la puerta de la jaula y abrió la cerradura mientras un animado parloteo se extendía por todo el salón.

—¿Qué estás haciendo? —susurró Hildi mientras Orso salía del cautiverio.

—Ganar tiempo.

No era ningún poderoso guerrero. No era ningún docto erudito. Pero a la hora de decir sandeces, no conocía rival.

—¡Representantes! —atronó, avanzando por el enlosado donde en otro tiempo condenara a Wetterlant a muerte—. ¡Exlores y damas, exsúbditos míos y de mi padre, buenos ciudadanos y ciudadanas de la Unión! ¡Yo, Orso Primero, rey de Angland, Starikland y Midderland, Protector de Westport y Gran Rey de la Unión, últimamente ubicado en un sótano gélido bajo el palacio, me presento ante vosotros en esta sofocante ruina para hacer

denuncias!

—Pues ya tardas en hacerlas —dijo la Jueza.

—Las haré, ciudadana, las haré. —Orso carraspeó, dedicó al tribunal una sonrisa de disculpa, estiró el expectante silencio—. Me temo que no puedo revelaros dónde se esconde el Viejo Palos. ¡De ninguna manera porque me niegue a hacerlo, sino porque no lo sé! Siendo sinceros, ¿no habría que ser muy tonto para confiarme a mí una información importante? ¿Vosotros confiaríais en mí? ¡Ni yo mismo sé si lo haría! —Negó con la cabeza mientras resonaban unas risitas desde las galerías—. Ni yo mismo sé si lo haría. —De mil amores sería su bufón, si con eso ganaba unos momentos a Savine—. ¡Pero denunciaré al muy hijo de puta sin ningún problema! ¡Pero si fue archilector de la Inquisición, por el amor de los Hados, y eso viene a ser como denunciarse a sí mismo! —Sentidos gritos a favor—. ¡Fue el pútrido corazón del Consejo Cerrado durante treinta años! Hambriento de poder. Un prolífico torturador. Un implacable enemigo tanto de nobles como de plebeyos. Y lo peor de todo es que ha permitido que su hija… —Miró hacia Savine, que tenía los ojos fijos en él desde la tarima, con las manos aferrando la barandilla—. Ha permitido que su hija *adoptiva* pague por sus crímenes en su ausencia. ¡Menudo mierda, el alfeñique ese! ¡Menudo cobarde, el tullido ese! ¡Menudo tirano de tres al cuarto!

Vítores y risas con cada insulto, y Orso miró a Tunny de pasada. El antiguo portaestandarte tenía un atisbo de sonrisa y seguía haciendo girar y girar aquel dedo. Estíralo. Estíralo. Orso dio una enorme bocanada de aire.

—Sí, mis buenos ciudadanos y ciudadanas, su eminencia el archilector Glokta era un espécimen tan repugnante en términos morales como en los físicos. ¡Pero no descalabró la Unión él solo! ¡Por favor, permitidme que os presente a mi noble padre, el rey Jezal Primero!

Al nombre lo siguieron unos pedazos de comida arrojados y unas leves interrupciones que la Jueza se vio obligada a acallar.

—¡Interrumpid a la defensa tanto como queráis, pero no las putas denuncias!

—Gracias, señoría. —Orso hizo una extravagante reverencia, tal y

como le había enseñado su madre—. Me gusta pensar que mi padre tenía buenos instintos, muy enterrados. Los comentaba con frecuencia cuando practicábamos esgrima juntos. Proyectos para paliar la pobreza. Para una distribución justa de medicinas y educación. Para la paz en nuestras fronteras. Pero que tuviera buenos instintos solo hace que su fracaso absoluto en seguirlos sea incluso más deleznable. A un hombre insensato se lo puede perdonar. Uno que hace caso omiso de lo mejor de sí mismo solo merece la condena. ¡Qué desperdicio de carne resultó ser! ¡Qué inútil ventosidad! ¡Qué recipiente vacío!

—¡Eso, eso! —La Jueza dio un perezoso martillazo en la mesa—. ¡Declaro al muy cabrón culpable en ausencia!

Distaba mucho de ser la peor injusticia que había presenciado el Tribunal Popular. A pesar de sus muchos defectos, el padre de Orso había sido un hombre generoso. No le habría importado soportar una leve calumnia por una buena causa. Sobre todo cuando esa buena causa era la vida de su primogénita ilegítima.

—¡Gracias, amigos por vuestra paciencia! —vociferó Orso—. Pero mi cuadro de la ignominia no está completo ni por asomo. ¡Si suponéis que la culpa se limita al trono, no podéis equivocaros más! Siempre ha existido un hombre detrás del trono de la Unión… —Dejó que el momento se prolongara, que la expectación creciera—. ¡A continuación querría denunciar al mismísimo Bayaz, el Primero de los Magos, cuya estatua se alzaba hasta hace poco en la vía Regia! Qué digo una, *dos* estatuas de ese valiente hijo de puta, así de monstruosa era su vanidad. ¡La cabeza y la cola de siglos y más siglos de explotación! Él fue quien daba órdenes a mi padre y al Viejo Palos. Él fue el concienzudo relojero que armó el corrupto sistema que machacaba a todo ciudadano de la Unión. Él fue quien volvía cuando le interesaba, para asegurarse de que el sistema siguiera machacando a la gente con la misma eficacia de siempre. ¡Él fue quien arrasó el Agriont como si nada, quien mató a miles en nombre de sus ambiciones, quien obligó a los supervivientes a festejarlo como su salvador! ¡La viva personificación de la crueldad, el titiritero que empleaba a reyes como sus marionetas!

Todos los ojos estaban fijos en él mientras deambulaba por las

mugrientas losas. Captó un atisbo de Savine susurrando a su doncella, y vio que esta se alejaba poco a poco con los niños en brazos. Orso redobló sus esfuerzos.

—Estas cosas, por horribles que sean, eran ya de general conocimiento, pero ¿sabéis cómo se beneficiaba de todo ello? ¿Cómo se beneficiaba más allá de los sueños del avaro más febril? ¿Queréis usureros? ¿Acaparadores? ¿Especuladores? Bayaz es el abuelo de todos. ¡Un mago más enamorado del dinero que de la magia! —Los secretos ya no parecían tan importantes, ni los magos inmortales tan temibles—. ¡Bayaz es tanto Valint como Balk! Los préstamos que arruinaron al estado los concedía él, sus intereses los cobraba él. Fue él y no ningún otro quien hizo inevitable un Gran Cambio. ¡Necesario incluso! ¡Él es quien debería estar en ese banquillo y someterse a la justicia del pueblo!

—Tendré una orden de detención calentita para él —dijo la Jueza, con los negros ojos destellando—, pero lamento decir que el Primero de los Magos está fuera de nuestro alcance. ¿Has terminado?

—¡Solicito paciencia al tribunal para una acusación más! La del peor de toda la pandilla. La escoria de la escoria. En último lugar, y con más ahínco que a nadie, quiero… denunciarme a mí mismo. —Orso separó los brazos como invitando al gentío a acribillarlo a flechazos. Hubo risas. Hubo aplausos, de la variedad burlona—. He sido perezoso. He sido banal. He sido tan mezquino como mi madre y tan indeciso como mi padre. Podría haber hecho algún bien, pero ¿para qué molestarme? Podría haber hecho la paz, pero estaba demasiado ocupado haciendo el amor. ¡Podría haber hecho de la Unión un lugar mejor! Con solo que no hubiera estado tan, tan borracho. No albergo duda alguna de que la historia me juzgará no solo como el último rey de la Unión, sino también como el peor, y a mi breve reinado como el más desastroso de…

Llegó un estruendo cuando las puertas que coronaban el pasillo se abrieron de golpe y un quemador con la armadura embadurnada de rojo llegó tambaleándose y sin aliento a los peldaños.

La Jueza se levantó de un salto y levantó el martillo como si se dispusiera a arrojárselo.

—¡He dicho que no quería interrupciones!

—¡Pero hay monárquicos acercándose al Agriont! —gritó él, encogiéndose.

—¿Que hay *qué*?

—¡Dentro de la ciudad! ¡Comandados por el mariscal Forest!

Ya no hubo forma de impedir el escándalo. Respingos de «¿monárquicos?». Chillidos de «¿traición?». Aullidos de «¿Forest?».

—¿Dónde está el puto Joven León? —exigió saber la Jueza.

—¡Está con ellos!

Por un instante, hasta ella se quedó sin palabras. Le faltaban a todo el mundo. Y cuando Orso recorrió con la mirada las caras boquiabiertas en los bancos de los representantes, desde los ciudadanos Isher y Heugen hasta un mendigo sorprendentemente popular elegido en las Tres Granjas, supo que estaban todos haciendo a la desesperada el mismo cálculo, intentando discernir dónde se hallaban ahora sus intereses, y en consecuencia qué combinación de emociones exhibir. Sospechó que las lealtades estaban cambiando más deprisa en esos momentos que en ningún otro desde que su padre salió elegido de manera inesperada para ocupar el trono.

Los más leales al Gran Cambio sacudieron los puños al aire y rugieron su consternación. Varios antiguos lores no parecían sorprendidos, no digamos ya molestos. La mayoría escogió, tal vez con sabiduría, curarse en salud y permanecer en silencio. Pero allá arriba, en las galerías públicas, la gente tenía menos pelos en la lengua.

—¡El Joven León! —gritó alguien, en lo que sonaba mucho a entusiasmo.

—¡La Bienamada de los Barrios Pobres! —llegó una voz de mujer —. ¡Tú salvaste a mi…! —Y se interrumpió con un chillido.

—¡Libertad, libertad! —Aunque para quién y de qué no quedó explicado.

Había estallado una especie de fiebre. Una locura de esperanza, miedo e ira. Como la del día en que los Rompedores se apoderaron de la ciudad, tal vez. La gente corrió hacia las puertas. Huyó hacia la

seguridad, hacia sus familias. Otros se abrieron paso a codazos hasta las barandas de las galerías para bramar su repulsa o sus ánimos.

—¡Muerte a los aristócratas!

—¡Basta de sangre! ¡Basta de sangre!

—¡Abajo el Gran Cambio!

—¡Colgadlos a todos!

—¡Hijos de puta!

Hasta llegó un quejumbroso grito de «¡Larga vida al rey!». Si era de desproporcionada sinceridad, de locura absoluta o sencillamente una apuesta temprana por una nueva realidad, nadie podía saberlo.

—Eso lo dudo mucho —masculló la Jueza. Señaló a Orso con un dedo que lucía al menos cuatro alianzas de boda robadas—. Dado que tantas ganas tienes de denunciarte a ti mismo en su nombre, puedes hacer la larga caída con ella. ¡Cabo Halder, retén a este imbécil!

Halder parecía con muchas más ganas de escabullirse por una puerta lateral, pero la obediencia era una costumbre difícil de romper. Un compañero y él tiraron de los brazos de Orso a su espalda y de la cuerda dolorosamente tensa en torno a sus muñecas, mientras Broad hacía bajar a Savine de la tarima y le ataba las manos, con la gruesa mandíbula apretada y los ojos rojos fijos.

—¡Quemadores, a mí! —chilló la Jueza.

Empezaron a converger desde todos los rincones del tribunal. Desde los bancos, desde las galerías, desde sus puestos de guardia contra la pared. Hombres y mujeres con ropa manchada de rojo, armadura salpicada de rojo, con el fuego del fanatismo todavía ardiente en sus miradas. Hombres y mujeres que preferían caer en llamas a ver regresar ni un solo jirón de la antigua Unión.

Halder agarró a Orso por debajo del brazo y empezó a llevarlo hacia el pasillo, mientras cerca de cien Quemadores se congregaban a su alrededor en una lúgubre piña, con la Jueza como furiosa punta de lanza.

La puerta se sacudió contra el hombro de Vick con un sonido de madera astillándose.

Habían traído un hacha, pues, y por el topetazo era de las grandes. Vick se preguntó cuánto tiempo podrían mantener cerrada la puerta entre Gorst y ella. Se preguntó cuántos Quemadores habría ahí fuera. Se preguntó qué pasaría si entraban. No le gustó ninguna respuesta de las que se dio.

Los hachazos cesaron y llegó un súbito empujón a la puerta, más poderoso que nunca, tanto que estuvo a punto de tirar a Vick al suelo.

Había colocado trozos de una lanza rota en los soportes donde debería estar la tranca, pero al no encajar bien, saltaban y se doblaban. Oía a los atacantes fuera, con una voz marcando el ritmo.

—¡Empujad! ¡Empujad! ¡Empujad!

Un leve chirrido y Vick vio con gélido horror que un soporte estaba soltándose, sus clavos herrumbrosos saliendo de la madera que se astillaba por la presión.

—¡El marco está podrido! —siseó entre dientes apretados.

Se había abierto una rendija en la puerta, que se ensanchó, y los gruñidos y los rugidos llegaron más intensos que antes desde el otro lado.

Cruzó la mirada con Gorst y tuvo la impresión de que los dos habían concluido lo mismo: que no podrían mantener cerrada esa puerta por mucho más tiempo.

—A la de tres —susurró Gorst, sin dejar de empujar con el hombro contra la madera, pero usando la otra mano para desenvainar su acero corto—. A la de tres la abrimos.

—¿Qué coño dices? —le espetó Vick.

—Y luchamos.

La puerta se separó otro dedo con el siguiente empujón. Algo entró por el hueco, tan cerca de Vick que tuvo que apartar la cara y mirarlo bizqueando. La hoja de una lanza. Alguien estaba haciendo palanca con ella para seguir abriendo la puerta.

—Una —trinó Gorst.

Vick dio un último empujón a la puerta, retrocedió a toda prisa y recogió del suelo su porra ensangrentada.

—Dos.

El soporte se soltó del marco y rebotó contra el suelo, dejando caer los pedazos de lanza rota mientras las botas de Gorst resbalaban hacia atrás contra su voluntad.

—¡Tres!

Gorst se apartó desenfundando su acero largo. Entre la penumbra y el pánico, Vick no estaba muy segura de cuántos irrumpieron en la sala de cadenas. Demasiados. Iban gritando. No tenía ni idea de qué, por lo rápido que respiraba. Serían solo maldiciones, tal vez. Solo bramidos inarticulados, tal vez. Era posible que ella misma estuviera dándolos también.

Uno llegó doblado y tambaleándose, a punto de caer por la presión de los que iban detrás. El acero largo de Gorst le hendió la nuca con una salpicadura de sangre. Otro recibió una estocada del acero corto en el vientre y trastabilló, aullando, enredado con su propia alabarda. Otro llegó con el escudo alzado, embistió contra Gorst y logró alejarlo más de la puerta.

Que fue por lo que uno consiguió ir directo hacia ella, gritando a pleno pulmón. Vick pudo verlo bien un instante cuando pasó por una franja de luz, con los labios retraídos y una mancha de pintura roja de quemador cruzándole la mejilla.

Entonces la porra se estrelló contra la boca del hombre e hizo saltar pedacitos de diente. Su cabeza se levantó de golpe, el rugido se convirtió en gañido. Vick intentó atacar de nuevo, pero el hombre topó contra ella y la porra falló a la cabeza y lo golpeó débil en la espalda. Vick dio un paso atrás, tropezó con un cuerpo caído y se fue al suelo de culo. Con una especie de bramido herido, el quemador al que había dado en la boca se dejó caer hacia el cabestrante más cercano, babeando sangre.

—¡Mierda!

Vick se levantó a toda prisa, alzó los brazos a su espalda, descargó la porra con las dos manos. Le dio en la cabeza, pero el hombre ya tenía las manos cerca de la palanca. Se derrumbó sobre ella como un peso muerto.

Se oyó un ruido sordo. Los engranajes traquetearon mientras el rastrillo empezaba a caer por los rieles y su sombra entrecruzada se movía en la pared.

Un golpeteo metálico cuando Gorst soltó sus aceros y aferró el cabestrante. El impulso lo arrastró un momento, pero Gorst se retorció con los dientes rechinando, hincó el hombro contra una manija y se plantó temblando, gruñendo, tensándose con todas sus fuerzas para mantener el rastrillo alzado. Durante un extraño momento, todo se quedó muy quieto.

Entonces alguien cruzó la puerta a espaldas de Gorst. El cabo Sonrisas, que en modo alguno sonreía. Vio a Gorst, vio a todos los Quemadores muertos y a uno que aún chillaba, reptaba, chillaba más intentando contener las tripas en el abdomen con la mano. El recién llegado alzó una enorme hacha, la que debía de haber estado usando contra la puerta, y la hoja casi rozó el techo, a punto de partir en dos el cráneo de Gorst.

Hizo un sorprendido «uuuf» cuando Vick cargó contra él y lo llevó a la pared hasta estamparlo, mientras el hacha le rebotaba en la espalda y caía al suelo. Vick acometió con todas sus fuerzas. Trató de darle en las pelotas un torpe golpe con la punta de la porra pero solo llegó a la cadera, le hundió el otro puño en la tripa pero apenas le sacó un resuello. Enderezó la espalda para poder atacar al cuello.

Captó un destello de movimiento en la oscuridad y oyó un crujido angustioso.

Dio un soplido gorgoteante. Boca llena de sangre. Notaba rara la cara. Había alguien chillando. Ahogándose, unos gritos horribles. ¿Era ella?

Había algo importante que tenía que hacer. No podía pensar qué era. No podía pensar en absoluto.

Algo sobre un pasadizo. ¡Ah, los rastrillos! Sacudió la cabeza, atontada. Vio a Gorst, aún forcejeando con el cabestrante, contrayendo los músculos de la mandíbula, pero parecía estar a mucha distancia. Todo borroso.

Había algo tirante rodeándole el cuello. Intentó quitárselo pero tenía las manos muy débiles. Apretaba más, más, más. No podía respirar.

Sonrisas la tenía aferrada por el cuello, apretada contra la pared, los pies apenas rozando el suelo. Estaba gritándole a la cara dolorida. Vick le arañó las manos, boqueando sin aliento, salpicándole el rostro de sangre. Se retorció, forcejeó, pero el hombre era demasiado fuerte. No podía respirar.

Logró subir el talón por la pared que tenía detrás. Él le dobló la cabeza hacia arriba, hacia atrás, como si estuviera matando un pollo. Estrujándole el cuello. Vick se revolvió, se contorsionó hasta encontrar a tientas el puño del cuchillo que llevaba en la bota. Notaba como si fuesen a arrancarle la cabeza, como si fuese a explotarle el cráneo. No podía respirar.

Sonrisas le dejó una manaza en el cuello, cerró la otra en un puño, la atrasó para darle otro puñetazo en la cara y Vick sacó el puñal y le dio una cuchillada desde arriba. Tenía el brazo entumecido, entorpecido por el codo de Sonrisas, pero aun así la hoja cortó algo.

El hombre la soltó y Vick cayó al suelo como un trapo, a cuatro patas. Casi ni oyó su grito por encima del repentino rugido de sangre en los oídos. Vio que el hombre se apartaba tambaleándose, con la palma de una mano contra un lado de la cabeza, y tropezó en la oscuridad y cayó hacia atrás.

Joder, Vick quería tumbarse. El cabrón de los intestinos estaba acurrucado de lado, sollozando. Vick tuvo ganas de imitarlo. En vez de hacerlo se levantó con esfuerzo, apoyada en la esquina de una caja llena de saetas de ballesta, con las rodillas dobladas como un marino en la resbaladiza cubierta de un barco zarandeado por la tormenta. Tragó aire, jadeando, resollando, queriendo vomitar con cada inhalación. Su cara era una palpitante masa de dolor.

Gorst seguía haciendo fuerza contra las manijas del cabestrante, las venas marcadas en el cuello, el sudor perlado en la frente, el mecanismo rechinando. Desvió un momento la mirada a sus aceros, en el suelo junto a su bota, y luego al fondo de la sala. Allí, en las sombras, Sonrisas estaba levantándose con torpeza, gruñendo con los dientes apretados. Tenía un enorme corte torcido en un lado de la cabeza, la sangre le goteaba en el hombro y le manchaba la armadura, la oreja pendía de un jirón de cartílago. Una herida lo

bastante mala para enfurecerlo mucho. Pero no lo bastante mala para derribarlo.

A Vick le vendría de maravilla que Gorst la ayudara. Pero si soltaba el cabestrante y caía aquel rastrillo, todos sus planes se irían a la mierda.

—¡Tú zigue! —le gritó, su maltrecha garganta apenas capaz de soltar el aire, su maltrecha boca apenas capaz de componer las palabras—. Yo me ocupo de ezto.

Cogió el mango de la enorme hacha y lo arrastró hacia ella, haciendo raspar la hoja contra las piedras. Joder, cómo pesaba. El grueso mango estaba remachado con tiras de acero y apenas pudo levantarlo.

Sonrisas ya estaba de pie, encarado hacia ella en el otro lado de la sala de cadenas, cerca de la puerta abierta, con la espada caída de algún camarada muerto en una mano y la otra tapando el tajo que Vick le había hecho a un lado de la cabeza. Tenía el jubón de cuero lleno de manchurrones, sin manera de saber qué era pintura roja, qué su sangre, qué la de Vick. Crispó la cara en una expresión burlona.

—¡Ven aquí, zorra! —le rugió.

Vick se lanzó a la carga. O al menos medio tropezó, medio cayó. Pero no directa hacia él. De lado hacia el rastrillo. Se desplomó, lo cual no le fue difícil, y deslizó el hacha por el suelo hasta meter la empuñadura entre los barrotes de manera que la hoja hiciera tope.

Gorst soltó el cabestrante. Hubo un rechinar de engranajes mientras el rastrillo descendía, luego un tañido cuando un barrote horizontal se atascó con el mango del hacha y se quedó allí con un tintineo de cadenas sin tensar.

Gorst dio un suave gruñido al separar los dedos de las manijas. Se agachó, con los ojos entrecerrados fijos en Sonrisas. Se irguió con sus aceros sanguinolentos en los puños. Movió los hombros en círculo y luego estiró el cuello a un lado y al otro.

—Ven aquí, zorra —dijo con aquella voz aflautada.

Sonrisas miró a Vick, que se quedó arrodillada y levantó un poco los hombros. El hombre tiró la espada al suelo y salió corriendo por la puerta abierta. Gorst pasó por encima de un cadáver, pegó el

hombro a la puerta, la cerró de nuevo con un empujón y terminó sentado en el suelo con la espalda contra la madera. El quemador al que habían abierto el vientre había dejado de chillar. Estaba allí tendido de lado en un gran charco de sangre, cada aliento un levísimo gañido.

—¿Estás herida? —preguntó Gorst.

Vick se llevó los dedos con cuidado a la nariz. Un pegote pringoso y apenas reconocible asomando de la cara palpitante.

—Lo he eztado máz —farfulló.

Habría sonado más intrépida si hubiera podido pronunciar la ese, tal vez. Le pareció oír algo. ¿Era la sangre atronándole en el cráneo o unos cascos en la lejanía? Se tambaleó sobre piernas que flaqueaban, agarrándose la dolorida cadera, hasta las aspilleras que daban al foso seco. Escrutó en el fulgor de fuera, con la cara contra la piedra.

Vio el puente. Los edificios pintarrajeados al otro lado. La amplia calle que llevaba a la ciudad. Y llegando por ella, a un retumbante galope, una gran multitud de jinetes. Armados y acorazados, erizados de acero. El estandarte con el león de Leo dan Brock ondeaba al frente, con el sol de la Unión a su lado.

—Ya vienen —gorjeó. Habría sido un alivio mayor si le hubiera dolido menos el cuello, tal vez. Trató de sorberse la nariz y no pudo, movió la lengua por la boca y escupió más sangre—. Eso es bueno.

La maltratada muralla del Agriont estaba cada vez más cerca.

Leo tenía los ojos entornados contra el viento, su caballo daba rápidas sacudidas sobre la calle adoquinada, los jinetes gritaban y se empujaban a su alrededor, pero ya alcanzaba a distinguir que los rastrillos seguían alzados, sus dientes de hierro resplandecientes sobre el pasadizo de entrada.

Teufel había cumplido. Esa mujer procuraba no caer bien a nadie, pero de un tiempo a esa parte Leo prefería con mucho la competencia al encanto. La arcada de luz blanca les daba la bienvenida desde el otro lado. El acceso al Agriont estaba abierto.

Leo sonrió de lado a Jurand, y este le devolvió la sonrisa. Por los

muertos, casi había olvidado lo que era cabalgar hacia el enemigo acompañado de buenos hombres.

La gente se dispersó apartándose de la entrada. Rostros conmocionados saltando a los lados. Podían ser Rompedores, Quemadores, idiotas que habían ido a perder el tiempo en el juicio de Savine o necios corriendo para salvar la vida. Lo único que Leo sabía con certeza era que estaban en su camino.

Espoleó su montura, provocando una punzada de dolor en su propia pierna, y el flanco de su caballo envió a un hombre rodando hasta estrellarse contra la pared del pasadizo. Su chillido se perdió entre el eco atronador. Golpeteo de cascos, tembleteo de armaduras, tintineo de armas, rugido de órdenes, todos los sonidos que Leo adoraba. Volvía a ser el Joven León.

Salieron a la luz. Había algo parecido a una resistencia organizada calle abajo, donde se estrechaba entre dos edificios blancos. Unas pocas decenas de Quemadores, todos manchados de rojo, intentando levantar una barricada en torno a un carro volcado.

Leo no podría haber parado ni aunque hubiera querido, y no quería.

—¡Por la Unión! —rugió, dolorido por el esfuerzo de aferrarse al caballo—. ¡A la carga!

Eligió su objetivo, se dobló sobre la montura mientras saltaban un enredo de sillas y aterrizó como un huracán entre los aullantes Quemadores, esparciendo cuerpos a ambos lados.

Tuvo que soltar las riendas para liberar su espada. Cabría pensar que con un brazo aún podría descargar el arma bastante bien, pero sin la pierna para proporcionarle agarre ni el otro brazo para equilibrarlo, se bamboleó en la silla, meneó la espada sin mucho tino, dio a alguien con la parte plana de la hoja y estuvo a punto de soltarla. Su torpeza lo llenó de ira y apretó los dientes, dando tajos alrededor hasta que por fin acertó uno decente por el otro lado y la sangre le salpicó el pelo rubio.

No era el mismo hombre de antes, eso era evidente. Chorreaba de sudor bajo la armadura, jadeaba, el brazo inútil le palpitaba abotargado.

Seguían llegando jinetes contra los restos de la barricada. Saltándola con sus hojas destellando a la luz del sol. Jurand descargaba tajos con los dientes desnudos. Había un par de caballos derribados moribundos y un oficial de Leo de rodillas, tosiendo sangre, pero los Quemadores habían roto filas y ya huían.

Algunos hombres de Forest se lanzaron tras ellos a caballo, seguidos de cerca por el propio mariscal, agachado en la silla mientras su montura saltaba la barricada a medio construir.

—¡Salvad al rey! —rugió volviendo la cabeza, y Leo puso su caballo al galope tras él, aferrando las riendas y la espada al mismo tiempo.

Ante ellos se abría el parque, una fangosa y descuidada burla del titilante verdor que había cruzado arrogante en su primera visita a Adua. Había gente corriendo por todas partes. Corriendo hacia él, corriendo para alejarse. Casi tanta confusión como el día del Gran Cambio. Sobre los tejados de delante se veía ya la enorme cúpula dorada, su brillo apagado bajo la capa de hollín, y al otro lado la negra aguja de la Torre de las Cadenas.

De pronto le vino a la mente que las cosas podrían ser mucho más sencillas si Savine hubiera hecho ya la larga caída.

Leo apartó el pensamiento con furia. Savine era su esposa. La madre de sus hijos. El deber le exigía hacer todo lo posible por salvarla. Quizá el Joven León ya no se dejase guiar por la primera emoción que le pasara por la cabeza, pero seguía tomándose sus obligaciones muy en serio.

—¡Avanzad! —bramó por encima del hombro—. ¡Hacia la Rotonda de los Lores!

No iba a dejar que nadie volviera a llamarla el Tribunal Popular nunca más.

La sentencia

Savine se había convertido en una especie de entendida en tumultos. Había estado atrapada en la violenta revuelta de Valbeck, presa en el Agriont el día del Gran Cambio y presenciado en persona el terror que lo siguió. Pero la confusión que reinaba en la plaza de los Mártires no era del tipo deliberado que los Rompedores, y luego los Quemadores, habían elegido imponer sobre la Unión. Aquello le recordaba más a la retirada después de Stoffenbeck. Al pánico total del bando perdedor de una batalla. Al cruel frenesí de cada cual mirando por sí mismo.

Debía de haberse congregado una gran multitud para su ejecución, pero tras la noticia del ejército monárquico aproximándose, la gente tenía toda la atención puesta en su propia muerte inminente. Se habían formado turbas en los arcos por los que se salía de la plaza, llenos de gente gritando y empujándose y pisoteándose unos a otros, entorpecidos por jinetes y carros de quincalleros. Así era como terminaban las cosas, no con un grandioso drama, sino con una vergonzosa refriega contra una puerta.

Por encima de los chillidos aterrorizados que recordaban a un matadero, Savine creyó oír el tenue sonido de la batalla. El mismo clamor distante de hombres y metal que había oído en Stoffenbeck, y le despertó la misma mezcla de esperanza y miedo, aunque con un matiz incluso más desesperado en esa ocasión.

La Jueza volvió la mirada furiosa hacia los peldaños llenos de basura que llevaban a la Rotonda de los Lores. La Rotonda de los

Comunes. El Tribunal Popular. El corazón de la Unión, fuera cual fuese la versión de la Unión que suscribiera cada cual, reconstruido incluso más grandioso sobre las grandiosas ruinas del que Bayaz había arrasado, con la mampostería marcada y rayada y pintarrajeada con las consignas del Gran Cambio.

—Quemadlo —dijo.

La forma en que emprendieron la tarea sugería que se trataba de un plan acordado hacía tiempo. Los Quemadores salieron al trote con antorchas, y a los pocos momentos Savine se sorprendió al ver que las llamas lamían ya los lados del edificio. Debían de tener madera preparada de antemano, supuso, y brea embadurnada en los contrafuertes.

La Jueza aspiró una profunda bocanada y la soltó en un gruñido amargado, como una mujer contemplando la casa de sus sueños de la que acaban de desahuciarla.

—El tribunal se toma un receso —murmuró—. Vamos.

—Vamos —dijo Broad, llevando a Savine por el hombro. No había violencia en el gesto, pero tampoco manera humana de resistirse a él.

Los Quemadores se amontonaron en torno a ella mientras empezaban a cruzar la plaza. Savine no veía nada entre sus cuerpos salvo figuras a la carrera y, de cuando en cuando, el atisbo de algún rostro aterrado. Ni siquiera sabía dónde estaba Orso. En algún otro lugar de aquel atropellado, apestoso y manchado de rojo apiñamiento de fanáticos. Deseó tenerlo a su lado. Aquella última vez.

Tropezó y habría caído de bruces si Broad no le hubiera agarrado el brazo. Unas velas rodaron por el suelo. Habían formado un pequeño altar junto a un nombre grabado en las losas. Uno de los asesinados para mantener en el poder al antiguo régimen, entrevisto bajo los pies que arrastraba, emborronado por la humedad de sus ojos. Los nombres de aquellos a quienes su padre había apaleado, torturado y ahorcado para que ella pudiera ser rica.

Broad le había atado las manos por delante en vez de por detrás. No temían en absoluto que Savine hiciera un enloquecido intento de liberarse. A veces había visto cómo se llevaban a los detenidos,

callados y dóciles, y se había preguntado por qué no se resistían, por escasas que fuesen las posibilidades. Pero en esos momentos estaba dejándose llevar a su muerte sin siquiera…

¡Los niños! Una repentina oleada de horror. Miró alrededor frenética, agarrándose el vestido, tirando de las cuerdas que le ceñían las muñecas. Los tenía Freid. Aspiró una bocanada trémula. Freid los protegería. Y en caso de que no fuera así, ¿qué podía hacer Savine? Nada de nada.

Se había empeñado en convertirse en una persona mejor para ellos. Mejor de lo que sus padres habían sido para ella. Su mejor amiga, su fiel protectora, su sabia maestra, su sincera confidente. Pero iban a crecer sin conocerla siquiera. Sin recordarla siquiera. Desde que la habían detenido se decía a sí misma que estaba condenada. Pero fue en esos instantes cuando empezó a creerlo de verdad.

Algo se estrelló con un estruendo contra el casco de un quemador.

—Esto es de locos —susurraba alguien—, de putos locos.

El hombre no dejaba de mover los ojos, nervioso, a todas luces menos convencido que los demás.

—No paréis —llegó el gruñido de la Jueza.

La batalla sonaba más fuerte. Más cerca. Leo podría estar a punto de llegar a la plaza. Podría estar abriéndose paso hacia ella en esos precisos momentos. Los Quemadores cambiaron de dirección de repente y la empujaron de lado, se le enganchó el zapato en algo, se mordió la lengua a punto de caer. El brazo extendido de un cuerpo flácido, el pelo ensangrentado extendido sobre las losas agrietadas.

—No pares —dijo Broad, dándole un empujoncito.

Le había resultado fácil ser valiente en el Tribunal Popular. Interpretar a la noble mártir. Pero la Torre de las Cadenas se alzaba majestuosa por delante, el cuello de Savine se estiró más y más para contemplar su cima y el miedo empezó a atenazarla. Igual que había hecho en Valbeck, cuando se arrastró entre su ruidosa maquinaria, cuando corrió por las calles destrozadas. Se le secó la boca. Le flaquearon las piernas. Respiraba cada vez más deprisa.

Estaba tan absorta con la cima de la torre que no vio el elevador de Curnsbick hasta que ya casi habían llegado a él. Al hacerlo, reparó en que tenía pocos de los adornos que caracterizaban las mejores obras del inventor. Consistía en una vertiginosa columna de raquítico andamiaje y una plataforma de madera en la base, rodeada por una barandilla y con una cadena en cada esquina. Mirándola, Savine no parecía capaz de contener la respiración acelerada, y al mismo tiempo no parecía estar entrándole aire como debía. Repentinamente, tontamente, anhelaba tener consigo a su madre.

—¡No es demasiado tarde para hablar! —soltó de sopetón.

—Siempre ha sido demasiado tarde. —La Jueza la miró enarcando una ceja, pensativa—. ¿Sabes por qué me llaman la Jueza?

Savine le devolvió la mirada sin hablar.

—Si te soy sincera, yo tampoco. —Hizo un brusco gesto de cabeza hacia el elevador—. Subidla ahí.

Broad medio la guio, medio la levantó sobre la plataforma. Se notaba tan débil que temió caer cuando subió también el propio Broad y su enorme bota hizo que todo el artilugio temblara.

—Tienes al rey —dijo Savine—. Podrías negociar un trato.

Unos pocos Quemadores se estaban mostrando indecisos por fin, pero no la Jueza.

—Eso es lo que tú harías, pero yo no. Nadie va a salir de esta negociando. ¡Vosotros, montad guardia aquí! Que no pase nadie, ¿entendido? Sarlby, Halder, vamos.

Obligaron a Orso a subir a la plataforma junto a ella. Aún tenía esa sonrisa burlona en la comisura de la boca. La que todos creían que era de desprecio por el mundo, pero ella sabía que en realidad era de desprecio por sí mismo. Parecía tan calmado como si fuese de camino a una partida de cartas. Se inclinó hacia ella mientras otros Quemadores abarrotaban el elevador en torno a ellos.

—¿Alguna vez habías subido?

—¿Cómo? —graznó ella.

Era la primera vez que cruzaban una palabra en meses. Desde que Savine le suplicó que perdonara la vida a Leo. Desde que le dijo

que era su hermana. Y Orso le habló como si fuesen dos conocidos bien educados que acababan de cruzarse en el parque.

—La vista es sobrecogedora. Es el lugar perfecto para ver cómo arde la Rotonda de los Lores. Te va a encantar.

Savine lo miró con la boca entreabierta.

—¿Estás… *bromeando*?

—Tengo la fundada opinión de que podría ser mi última oportunidad.

Savine descubrió que se le había escapado una risotada incrédula. Estaría riendo y llorando al mismo tiempo, quizá. Orso le dio un codazo.

—Supongo que tampoco sirve de mucho, pero me alegro de estar contigo.

—Yo también. —Se sentía más fuerte en su compañía. Logró componer la clase de mirada de soslayo que podría haberle lanzado en el despacho de Sworbreck, hacía mucho tiempo—. Mi madre siempre me decía lo importante que es con quién se deja ver una chica.

—Oooh —dijo la Jueza—. Pero qué bonito. Creo que se me saltan las lágrimas, Sarlby.

—A mí ya se me han saltado —repuso Sarlby—, pero igual es por el humo.

Ya se notaba al respirar, mientras las llamas, cada vez más altas devoraban el Tribunal Popular. ¿O volvía a ser la Rotonda de los Lores, mientras ardía?

Broad no parecía a punto de llorar. Parecía un hombre de madera, movido por las palabras de la Jueza como una máquina por palancas. Otro quemador subió a la plataforma con ellos, envarado. Como si prefiriese con mucho quedarse, pero no viese forma de evitar la ascensión. Savine cayó en la cuenta de que lo conocía. Era uno de los hombres que había contratado Broad, para las relaciones laborales. ¿Banderizo, se llamaba? Lo había visto sonriendo en el juicio. Ya no sonreía. El hombre cruzó la mirada con ella y tragó saliva con un marcado movimiento de la nuez.

El ruido de la batalla sonaba aún más alto. La gente retenida en la plaza estaba aún más desesperada. Los demás Quemadores

formaron un semicírculo en torno a la base de la torre, con las armas apuntando hacia fuera.

La Jueza levantó el pulgar hacia el firmamento.

—¡Subidnos!

Hubo un chirrido de engranajes y la plataforma se sacudió y empezó a ascender traqueteando.

—Por lo menos no tenemos que subir la puta escalera —dijo Orso, levantando la cara para seguir las cadenas hacia arriba por el pozo de andamios hasta el cuadradito de cielo que lo coronaba—. Gracias al excelente elevador de maese Curnsbick.

—Así es el progreso —susurró Savine.

—¡Salvad al rey! —chillaba Gorst, abriéndose paso entre las aterrorizadas multitudes.

Las virtudes del Gran Cambio, burdamente esculpidas, bizqueaban contemplando la confusión, gente corriendo, gimiendo, encogiéndose, tropezando unos con otros. Era difícil saber en qué bando estaba cada cual, si es que aún seguían existiendo bandos. La mayoría se limitaba a intentar sobrevivir.

—¡Salvad al rey!

Gorst derribó a alguien con su acero largo, lo envió rebotando contra un pedestal, derramando sangre en el manchado mármol. Daba patadas, empujaba, soltaba gritos agudos mientras avanzaba entre la muchedumbre y Vick cojeaba tras él, su cara un enorme palpitar, con un ojo vigilante en los aceros de Gorst por si la decapitaba al dar un tajo, preguntándose qué probabilidades tenía de encontrar allí fuera a alguien que supiera colocar una nariz rota.

Llegaron a la plaza de los Mariscales y Vick dejó de renquear y estuvo a punto de resbalar hacia atrás, con la mano libre alzada para escudarse la maltrecha cara. El Tribunal Popular estaba en llamas. Era una antorcha gigantesca de furiosas, rugientes llamas. Un enorme ventanal estalló y llovieron cenizas que arrojaron una luz estridente sobre el caos.

Algo golpeó a Vick desde atrás en la cabeza y la hizo tropezar. No sabía qué era. Ni de dónde procedía. Se llevó los dedos al pelo y los

sacó ensangrentados. Pero de todos modos ya estaba cubierta de sangre por todas partes. Tenía la nariz taponada por ella, la barbilla encostrada por ella, la boca salada por ella.

—¡Salvad al rey!

Gorst seguía dando zancadas y la gente se apartaba de delante de él. Llegaron jinetes desde los edificios pintarrajeados de la derecha y cruzaron estruendosos la plaza matando a todo el que encontraban a su paso, sin discriminar. Un caballo cayó justo delante de Vick, rodó, aplastó a su jinete. Ella misma estuvo a punto de caer mientras lo rodeaba cojeando, al chocar contra una mujer que tenía los brazos llenos de candeleros.

—¡Salvad al rey! —chilló Gorst, sin dejar de avanzar hacia la Torre de las Cadenas.

Entre las lágrimas que le había provocado el picor del humo, a Vick le pareció ver el elevador de Curnsbick subiendo poco a poco por el andamiaje pegado a la torre. Había Quemadores en su base, formando una línea curva, armas listas, acero afilado resplandeciendo en los colores del fuego. Una última línea de defensa en torno a su lugar de ejecución.

Los jinetes cargaron contra ellos. Quizá fuesen anglandeses, por los uniformes oscuros. Las lanzas atacaron. Las espadas se alzaron y cayeron. El ruido era abrumador. Metal torturado, animales torturados, hombres torturados. Algo impactó contra el costado de Vick y la envió rodando y rodando por el suelo hasta un carro volcado con una rueda que chirriaba al girar en el aire. Se puso bocarriba y se palpó la chaqueta. Solo había tierra. No estaba herida. O no más que antes, por lo menos. La cachiporra todavía pendía de su muñeca por la correa y Vick la asió por el mango mientras se levantaba con torpeza.

La línea de los Quemadores estaba deshaciéndose. Vick se apartó encogiéndose cuando pasaron unos jinetes atronando. Vio que uno recibía una lanzada en el cuello y caía de la silla. Vio a un hombre derrumbarse con el casco abollado. Vio a Gorst, con el semblante fijo en un rugido, descargando unos tajos salvajes.

Un quemador estaba mirándola. Vick fue hacia él y lo agarró por el peto manchado de su coraza. Antes de que pudiera levantar la

porra siquiera, el acero largo de Gorst pasó silbando, se llevó la cabeza del hombre y dejó a Vick mirando conmocionada la sangre que escupía el cuello. Tenía la mano atrapada en su armadura y cayó también encima de él, con sangre nueva en los ojos, en la cara.

Retorció el brazo y se liberó, escupiendo y tosiendo. Vio a un hombre con barba sentado, muy sorprendido, con un asta de lanza rota saliéndole del vientre. Una mujer arrodillada sollozando, con grandes hilos de moco pendiendo de la nariz. Un jinete con la cara manchada de hollín miraba su montura derribada, tendida de costado, raspando las ensangrentadas losas con sus débiles cascos.

—¿Dónde está? —rugió alguien—. ¿Dónde está?

—¡Socorro! ¡Que alguien me ayude!

—¡Por el rey!

—¡Mi hombro! ¡Por favor, mi hombro!

Vick se quedó de pie mirando, respirando jadeante por la boca irritada, aferrando aún la porra con tanta fuerza que le dolía la mano.

Gorst empuñaba los aceros sanguinolentos con los puños apretados, mirando hacia aquel enorme andamiaje, hacia la plataforma que subía centímetro a centímetro.

—Otra vez no —gruñó—. Otra vez no.

Los Quemadores estaban acabados. La mayoría muertos o heridos, los demás soltando las armas. Para bien o para mal, parecía que había llegado el final del Gran Cambio. O quizá aquello era un nuevo Gran Cambio, pero en qué iba a cambiar las cosas no podía saberlo nadie aún.

Brock se alzaba por encima de aquel desastre en su alto caballo, entre un grupo de anglandeses con uniformes negros, señalando la Torre de las Cadenas con su espada.

—¿Cómo funciona ese puto elevador? ¡Tenemos que hacerlo bajar!

Vick miró hacia arriba. La plataforma había dejado de moverse. Ya estaba en la cima.

Se lamió el labio partido y escupió una vez más antes de soltarse la correa de la muñeca con dedos torpes y tirar la porra al suelo.

Después de pensarlo un momento, se sentó agotada al lado del arma. La sangre había goteado sobre el nombre de un mártir y destacaba en rojo la mitad de las letras.

—Llegamos tarde —farfulló.

Broad subió a la azotea de la Torre de las Cadenas. Al final se había quedado un buen día. Brillante y soleado, con una brisa fresca que se llevaba los vapores y permitía contemplar toda la ciudad. Era el mismo paisaje espectacular que ya había visto cien veces, pero no había ni una sola que no lo sorprendiera de algún modo.

Cruzó la mirada con Banderizo. El hombre había perdido toda la arrogancia. Parecía asustado y confuso a la vez. Como si no entendiera cómo habían terminado allí arriba. Broad sí sabía cómo. Algunos hombres no podían evitarlo.

Broad no iba borracho. No había probado ni una gota en todo el día. Pero se sentía borracho. La cabeza le daba vueltas. Se preguntó a cuánta gente habría arrojado ya desde allí. A cuánta habría visto arrojar. Pero nunca había sido nadie a quien conociera bien. A nadie que le hubiera salvado la vida. La suya y la de su familia.

Apretó más la carta, una bola aplastada y sudorosa en su puño.

Nos han dicho que tienes problemas.

Ya no le parecía seguir oyendo pelea. El viento traía solo el tenue ruido de los heridos. ¿Habría ganado el Joven León? ¿Habría terminado el Gran Cambio? La idea no le provocó ningún sentimiento real. Quizá estuviera haciéndose el muerto. Igual que en Estiria, cuando se había dicho que estaba muerto, así que nada de lo que le hicieran podía importar. Nada de lo que hiciera podía importar.

Se estaba tranquilo allí arriba, tan por encima de la ciudad. Tan alto como las chimeneas humeantes más altas. Vio que Banderizo empujaba a Savine por los tres peldaños de la tarima. Vio que Orso se zafaba de la mano de Halder y los subía por su cuenta para ponerse junto a ella. De cara a la ciudad. De cara al mar.

Nos han dicho que te has perdido a ti mismo.

—No te preocupes —dijo la Jueza a Broad, con la maraña roja de pelo sacudida y azotada por el viento, y tras ella las llamas titilaban, el humo ascendía al cielo desde el ardiente Tribunal Popular. La Jueza puso una mano en la mejilla de Broad—. Sé que esto no es fácil. ¿Sarlby?

—No —replicó Broad. Tiró la carta por encima del parapeto, la vio caer hasta perderse de vista—. Debería ser yo.

Sabemos quién eres.

Echó a andar. Apartó con el hombro a Sarlby y a Banderizo y a Halder. A sus camaradas de los campos de batalla en Estiria, de las barricadas en Valbeck, de las palizas nocturnas a trabajadores en huelga. Todo le costaba esfuerzo. Como si estuviera vadeando por un cenagal.

Nuestro marido.

Al subir a la tarima vio mejor la ciudad. Las sucias torres blancas, las oscuras chimeneas de las factorías, el laberinto de tejados que llevaba hasta el destellante mar. Todo olía a quemado, tanto que costaba respirar.

Nuestro padre.

Savine tenía la mirada fija en la larga caída y tensaba una y otra vez los músculos de la cara. Un poco agachada, como si quisiera acurrucarse contra el suelo. Orso tenía las manos atadas a la espalda y la sonrisa petrificada de un hombre obligado a asistir a un acontecimiento que encontraba insoportable y tedioso.

Un buen hombre.

—¿Preparado, majestad?

Broad dio otro paso hacia él, cortó la cuerda que le ataba las muñecas con un rápido movimiento del cuchillo y se lo puso en la mano al rey.

Orso volvió la cabeza hacia él, levantando las cejas de golpe.

—Estoy dispuesto a intentarlo.

Solo tienes que recordarlo.

Broad se subió los anteojos por la nariz con un dedo, respiró hondo, bajó de la plataforma y empujó a Banderizo hacia fuera de la torre.

Banderizo no se lo esperaba. No tenía los pies bien plantados.

Solo hizo falta un firme empellón de una mano. Lanzó la cabeza a un lado, soltó la espada y tropezó consigo mismo.

Dio un gruñido de sorpresa al caer al otro lado del parapeto, como quien va a sentarse y descubre que algún gracioso acaba de quitarle la silla.

—¿Cómo? —dijo otro quemador.

Broad le atizó un puñetazo tan fuerte en la cara que el casco salió volando. El hombre retrocedió, topó con el parapeto, lo agarró con una mano frenética.

Broad se agachó, le cogió el tobillo y lo levantó. El quemador chilló mientras caía, haciendo aspavientos.

—¡No! —gritó la Jueza, medio por furia, medio por herida incredulidad.

Orso había apuñalado a Halder, le había clavado el cuchillo bajo la mandíbula y la sangre chorreaba sobre la mano apretada del rey y le empapaba el sucio puño de encaje de la camisa. Savine estaba a su lado, enmarcada por el cielo azul, los ojos enormes en su cara pálida, unas manchitas de sangre en el vestido blanco.

Otro quemador se abalanzó sobre Broad con una cachiporra. Luvonte, se llamaba. Estirio. Qué raro que se hubiera hecho quemador. Pero claro, ¿quién habría pensado que Broad terminaría siéndolo también?

Broad se agachó para esquivar el ataque y la porra le dio de refilón y le rebotó en la coronilla. Se irguió, agarró a Luvonte por el peto de la armadura, lo levantó en volandas y lo empotró de cabeza contra el suelo.

Notó una sacudida, una punzada en la espalda. Apenas le dolió. Solo se sorprendió al ver que tenía una daga clavada en el hombro, con la mano de Sarlby en la empuñadura.

Broad bramó a pleno pulmón mientras se volvía. Sarlby le soltó un puñetazo. Rebotó en su mejilla, pero un nudillo dio en las lentes de Broad y las dejó torcidas, colgando de una oreja. De pronto el mundo fue todo niebla. Un chispeante borrón.

Intentó aferrar el cuello de Sarlby, pero era escurridizo como un pez. Atacó a ciegas con los dos puños, pero Sarlby lo esquivó. Broad tropezó con algo. Con Luvonte, gimiendo mientras rodaba

sobre la espalda, su rostro una mancha roja. Broad sacudió la cabeza, entrecerró los ojos, logró atrapar las lentes y volver a ponérselas. Una tenía una grieta. Una grieta en el mundo.

Vio a Halder sentado contra el parapeto, agarrándose el cuello, con sangre manando entre sus dedos negra como la brea.

Entonces vio a Sarlby, con la espada de Banderizo en la mano y los dientes al aire. Lanzó un tajo y Broad lo esquivó retrocediendo. La hoja tañó contra el parapeto y levantó una nube de polvo de piedra. Sarlby levantó la espada para atacar de nuevo, pero Broad fue hacia él, agarró la empuñadura con una mano antes de que bajara y la hoja se meció hacia el cielo entre ellos.

Broad lanzó un puñetazo, pero Sarlby levantó el brazo libre y lo desvió. Broad lo estampó contra el parapeto y lo dejó sin resuello. Sarlby soltó la espada, que cayó centelleando, rebotando contra el muro, rodando hacia el foso, que esperaba manchado de sangre mucho más abajo. Había unas figuras diminutas allí, mirando hacia arriba.

Oyó que Orso renegaba a pleno pulmón.

Dio más puñetazos, escupiendo, rugiendo, gruñendo, con el extraño y hermoso paisaje extendiéndose al otro lado, y agarró la cara de Sarlby y le estrelló la cabeza contra el parapeto, dejando sangre en la piedra. ¿Cuántas veces habían luchado hombro con hombro?

Sarlby había sido un buen hombre. Mejor que Broad. Tal vez aún lo fuese.

Broad hizo todo lo que pudo para hundirle la cara en el cráneo de todos modos.

Qué deprisa había ocurrido todo.

Savine apartó la mirada de la larga caída y vio que dos de los Quemadores se habían precipitado desde la torre. Un tercero estaba sentado con la mirada perdida y la garganta rajada. Un cuarto yacía gimiendo, la cara cubierta de sangre. Broad tenía a Sarlby medio apresado sobre el parapeto y subía y bajaba un brazo como un pistón dándole puñetazos. Orso escupía maldiciones mientras

forcejeaba con el último.

Se tambalearon hacia un lado, peleándose por un hacha, dejando que Savine y la Jueza trabasen la mirada sobre la llana azotea de la Torre de las Cadenas.

El frío cálculo había sido el origen de las numerosas victorias de Savine. Pero había momentos en los que solo servía la ciega furia.

Se arrojó chillando desde la tarima. Si hubiera tenido las manos libres, estaría soltando puñetazos con ambas. Como las llevaba atadas, las juntó para formar un solo puño.

No pensaba en sus hijos, ni en la Unión, ni en ella misma. No pensaba en nada aparte de reventar la cabeza a la Jueza con sus propias manos.

—¡Muere, tarada del coño! —rugió, y golpeó a la Jueza en toda la cara, enviándola trastabillando hacia el elevador.

Savine la agarró por el cuello lleno de sarpullidos, la empujó de espaldas contra la barandilla y empezó a estrangularla, haciendo que la plataforma se sacudiera y se tambaleara, que las cadenas batieran, que el andamio entero temblara.

La Jueza enseñó los dientes ensangrentados, casi en una sonrisa, y sacó una mano. Sus uñas se hundieron en el cuello de Savine, arañándola. Dio un chillido, que se interrumpió con una brusca inhalación cuando la Jueza le clavó la rodilla en la tripa y la empujó tambaleándose fuera del elevador y de vuelta por el suelo de la torre.

Alguien topó contra ella y la derribó de costado. Orso, que seguía dando tumbos de un lado a otro en su desgarbado baile con un quemador. La cabeza de Savine dio contra la piedra y le pitaron los oídos. Tenía las manos en un charco de sangre. No sabía muy bien de quién era.

—¡Muere tú, joder! —gruñó la Jueza.

Un pie se clavó en las costillas de Savine, la hizo rodar y su nuca crujió contra los peldaños que subían a la tarima. La Jueza fue hacia ella y atrasó el pie descalzo para darle otra patada.

Esa vez Savine lo atrapó, se lo apretó contra el pecho y giró al levantarse, arrastrando a la desequilibrada Jueza dando saltitos. Empujó el pie hacia delante y el peto oxidado raspó la piedra

cuando la hizo caer despatarrada.

El hombre de la cara ensangrentada tenía sujeto a Broad desde atrás. Sarlby levantó un hacha, dispuesto a partirle el cráneo a Broad. Savine aferró el arma por debajo de la hoja y se la arrancó del puño.

Se volvió con el hacha agarrada de cualquier manera en las manos atadas y en ese momento la Jueza embistió contra ella con el hombro y la estrelló contra el parapeto, dejándola sin aire en una angustiosa exhalación. Forcejearon, enredadas, arañazos, codazos. Savine metió el hacha en medio, rugió mientras la empujaba contra la cara de la Jueza, pero no tenía el impulso suficiente para detenerla, solo para cortarle una rebanada de carne de la mejilla.

La Jueza dio un puñetazo a Savine en el estómago. Y otro. Y otro. Le sacó el aire a golpes. Le sacó la fuerza a golpes. El vómito le abrasó el fondo de la garganta. El hacha salió despedida de sus manos atadas, le pasó por el hombro y cayó de la torre. Savine luchó, se retorció, lanzó dentelladas, pero la Jueza la tenía retenida y estaba doblándola hacia atrás por encima del parapeto. La sangre manaba de la carne viva de su mejilla en riachuelos tortuosos, se le derramaba de la barbilla, goteaba en la cara de Savine.

—Eres más dura de lo que pareces —dijo la Jueza con una sonrisa roja. Aferró a Savine por el cuello, empujó, empujó—. Pero aun así harás la larga caída.

Era verdad. Savine estaba resbalando. Ya no tocaba el suelo ni con los dedos de los pies y el parapeto se le hundía en la parte baja de la espalda. Notó que se balanceaba, que ya tenía el peso casi sobre el vacío.

Inhaló una última bocanada y dio un rodillazo a la Jueza entre las piernas, haciendo que aflojara la presa justo lo suficiente para llevarle las dos manos a la nuca, de forma que la cuerda que le ataba las muñecas se hincó en la garganta llena de sarpullidos.

—Tú también.

Y cayó hacia atrás.

El tiempo se ralentizó.

Un borrón de nubes y cielo. Sus ojos llenos del pelo rojo de la Jueza.

Deseó que sus hijos tuvieran unas vidas buenas.

Un destello de la incendiada Rotonda de los Lores, del revés, las llamas lamiendo el cielo de debajo.

El mundo giró enloquecido, minúsculos edificios al fondo.

Estaba cayendo.

Entonces dio un respingo cuando algo le tiró del tobillo.

Una punzada de dolor en la rodilla, en la cadera.

Vio precipitarse a la Jueza. Solo un atisbo de su sanguinolento rugido antes de que desapareciera en un embrollo de brazos agarrando la nada y tela que aleteaba.

Entonces Savine se estampó contra algo, fuerte.

Pero no era el suelo. Piedra tallada.

El muro de la torre.

Oyó que Broad gruñía por el esfuerzo.

Todo era blanco. Su vestido, cayéndole sobre la cabeza.

Estaba bocabajo y Broad la tenía aferrada por un pie.

—¡Súbela! —Era la voz desesperada de Orso.

Vio el rostro tenso de Broad, salpicado de sangre. Orso tras él, rodeándole la cintura con los brazos, tirando de Broad hacia atrás.

Debería decirles que la dejaran caer, pero lo único que podía hacer con todo el aire que lograba tomar era chillar. Por lo menos debería haberse quedado quieta y dejar que la izaran. Pero dio manotazos al vestido, arañó las piedras manchadas de hollín con las uñas, gimoteando y tosiendo y atragantándose con su propia saliva.

La pared de la torre la raspaba, la arañaba, desgarraba la tela, el parapeto se le clavó en la tripa.

Cayeron todos juntos al suelo de la cumbre de la torre. Entre los cuerpos de los Quemadores. Sangre por todas partes. Sangre en las armas y rociada en el parapeto. Sangre empapando la casaca de Broad y manchándole las manos. Sangre goteando de la cabeza de Savine, cosquilleándole en el párpado, manchurrones en su blanco vestido de amamantar, todavía medio del revés.

No podía moverse. Le palpitaba toda la cara. Le dolía la pierna. En un puño tenía una gran madeja del pelo anaranjado de la Jueza encajado entre dos dedos. No parecía capaz de abrir la mano.

Respiraba, pero solo en sibilantes sollozos.

Nevaba. Nieve negra. Ceniza, del incendio de la Rotonda de los Lores, aposentándose sobre la torre.

Orso la abrazó con fuerza.

—Te tengo —susurró, entre el desbocado aporreo de su corazón—. Te tengo.

El elevador llegó abajo con una sacudida y Orso sintió una oleada de alivio tan intensa que tuvo ganas de llorar. Al final puede que hasta tuviera una vena sentimental o dos.

Había toda una horda de soldados abajo. Muchos anglandeses en uniformes oscuros. También vio a Quemadores, pero de rodillas, o dejándose maniatar, o tendidos quietos en el suelo, embadurnados de rojo y no solo por la pintura. Ya no despertaban ningún terror.

—¡Un poco de ayuda por aquí! —gritó.

Broad estaba apoyado contra la barandilla, resollando a través de dientes apretados, con la manga perdida de sangre y el cuchillo clavado aún hasta el puño en el hombro. Orso no se había atrevido a sacárselo. Dos hombres con los maravillosamente familiares uniformes rojos de la Guardia Real corrieron en su auxilio.

—Nos ha salvado la vida —dijo Orso—. A los dos.

—Nos ocuparemos de que lo atiendan bien, majestad.

«Majestad.» La palabra había sonado sincera, sin desdeñoso sarcasmo, sin utilizarse como broma ni como insulto. Orso llevaba mucho tiempo sin oírla pronunciar así.

Ayudó a Savine a bajar de la plataforma, rodeándola con el brazo. No podía soltarla. Era como si los uniera alguna fuerza irresistible. Allí había caras conocidas. Caras cuyas visión le dio aún más ganas de llorar. Viejos amigos y camaradas leales. El lord mariscal Forest, agotado por la batalla y fiable. El cabo Tunny, con cara de haber ganado una buena suma jugando a las cartas. Hildi, que había robado otro gorro de soldado de alguna parte y tenía la cara manchada de hollín. Victarine dan Teufel, aunque tenía la nariz como una patata sanguinolenta, rodeada de un espectacular círculo de cardenales. Hasta Bremer dan Gorst, con los aceros todavía en

las manos y una sonrisa de oreja a oreja nada propia de él. Por último, había un rostro que Orso debía confesar que le hacía menos ilusión ver: el de Leo, que sonreía con la cara algo descompuesta a Savine.

—Gracias a los Hados que estás bien —dijo Leo mientras Savine se soltaba de Orso, magullada y sangrando pero aun así erguida.

No se besaron, ni se arrojaron a los brazos del otro, pero Savine nunca había sido muy dada a las muestras de afecto.

—¿Dónde están los niños? —preguntó.

—A salvo —dijo Brock—. Protegidos. Nos hemos ocupado de todo.

Los ojos cansados de Teufel se desviaron hacia la antorcha gigante que antaño había sido la Rotonda de los Lores, de la que se alzaba una columna de humo más gruesa que la de todas las chimeneas de la ciudad juntas.

—¿Seguro?

—Tenemos a hombres intentando contener el incendio —dijo Forest—. Se podrán decir muchas cosas de los Quemadores, pero desde luego saben encender un fuego.

Las consecuencias de los acontecimientos recientes no habían empezado a calar hasta entonces en la mente de Orso.

—¿Entonces… vuelvo a ser rey?

Hildi observó cómo se llevaban presos a los últimos Quemadores.

—Eso parece —respondió.

—¿Quién iba a decirlo?

Cuando Orso se había denunciado a sí mismo, había sido sincero hasta la última palabra. Y contra todo pronóstico, gracias a la lealtad de sus antiguos amigos y al interés propio de más de un viejo enemigo, daba la impresión de que se le concedía otra oportunidad. Contempló la plaza de los Mariscales, sembrada de cadáveres. Estaba llegando más y más gente, mirando embobada, parpadeando sorprendida. Como si estuvieran saliendo a la luz después de mucho tiempo a oscuras. Veteranos de su División del Príncipe Heredero, en uniformes raídos. Hombres de Angland, vestidos de sombrío negro. Exlores del Consejo Abierto, armados con ballestas.

—Las cosas serán distintas esta vez, Hildi —dijo—. Lo prometo.

—Nunca se te ha dado muy bien cumplir las promesas.

—¡Pero de verdad que las cosas van a ser distintas! —No se lo estaba diciendo solo a ella, sino haciendo un voto para sí mismo. Lo exclamó a todos los presentes en aquella reunión triunfal al pie de la Torre de las Cadenas—. ¡Ahora tenemos una oportunidad! Para empezar de cero. Para una nueva Unión. —Un soldado de Forest sostenía un antiguo estandarte de batalla, y Orso se llenó de orgullo cuando le dio el aire y el sol llameante brilló una vez más en el Agriont—. La oportunidad… de hacer las cosas bien.

Contempló aquellas caras anhelantes. Algunas hasta empezaban a sonreír.

—Se acabaron los disturbios —proclamó—, se acabaron los juicios, se acabaron las ejecuciones. No habrá venganzas ni ajustes de cuentas. ¡No habrá Tribunal Popular! —Cruzó la mirada con Savine y vio su barbilla alzada, sus ojos brillantes. Si ella creía en él, sabía que podía hacerse—. Pero tampoco puede haber un Consejo Cerrado. Ni corrupción ni injusticia. Ni las zarpas de Valint y Balk estrangulando a la nación. Esta vez… pretendo gobernar para los muchos, no para los pocos. Ser un rey para todo el mundo.

—¿De verdad creéis que podéis hacer todo eso? —preguntó Vick, y parecía que tras su acostumbrada máscara de desdén no podía ocultar por completo un atisbo de esperanza.

En esos momento Orso se sentía capaz de cualquier cosa.

—Puedo intentarlo. Podemos intentarlo. Juntos. Os debo mi gratitud a todos. Sobre todo a ti, Vick. —Le cogió la mano llena de costras y se la apretó en los labios—. Te lo has jugado todo. No tenías por qué.

—Será que tengo una vena sentimental de lealtad —gruñó ella, lamiéndose el ensangrentado labio superior y soltando la mano con incomodidad.

—Y yo me alegro de todo corazón. —Orso dio una palmada en el hombro al cabo Tunny, tiró de Forest para darle un fuerte abrazo—. ¿Dónde estaría yo sin ti?

—Solo cumplía con mi deber —mascculló Forest, ruborizándose por encima de la barba descuidada.

Orso se volvió hacia el Joven León, pálido, flaco, torpe sobre la pierna falsa, con el pelo rubio oscurecido de sudor y aquella sonrisa enfermiza todavía en la cara. Por diversos motivos, varios de ellos buenos, Orso había cogido una antipatía bastante intensa al exlord gobernador de Angland. Pero su padre le había dicho una vez que se podía tomar la medida a un hombre por su manera de tratar a quienes le desagradaban. Orso acababa de decir que iba a ser un rey para todos, y era en serio. Para los más desfavorecidos además de los más favorecidos, para sus enemigos además de sus amigos. Y Brock había hecho lo necesario por él ese día. Eso era innegable.

—También estoy en deuda con vos, lord Brock —dijo Orso, ya que al parecer todos estaban recuperando su antiguo tratamiento—. Hemos tenido nuestras desavenencias. Difícilmente podríamos haberlas tenido mayores. Pero si hombres como nosotros pueden marchar juntos hacia el futuro, hay esperanza para todos. —Le tendió la mano—. Hay esperanza para todos.

Brock torció el gesto mirando la palma abierta de Orso y respiró hondo. Como si hiciera acopio de ánimo para una tarea desagradable.

—No para todos —dijo.

Sacó una daga de la espalda y apuñaló a Forest en el pecho.

Al mismo tiempo, Orso notó que lo agarraban desde atrás y le apretaban una hoja contra la garganta. Era el hombre de Brock, Jurand.

—¡Quieto! —susurró al oído de Orso—. ¡Todo el mundo quieto!

De pronto había ballestas alzadas por todas partes, las brillantes puntas de las saetas cargadas. Lord Isher llevaba una, y también varios de sus amigos que en otro tiempo habían formado parte del Consejo Abierto, y varios anglandeses. Forest dio un paso tambaleante y cayó de rodillas, mientras la sangre se extendía por su casaca en un círculo oscuro.

—¿Qué estás haciendo? —casi chilló Savine, mirando las espadas desenvainadas y las lanzas niveladas.

—Estoy poniendo fin al Gran Cambio —dijo su marido— y recuperando el Agriont en nombre del rey.

Los anglandeses ya estaban desarmando a los perplejos

miembros de la Guardia Real y obligándolos a arrodillarse junto con los Quemadores.

—Erez un baztardo —susurró Vick, pero con un aire de herida resignación.

Orso no pudo más que mirar con una familiar desazón. Debería haber sabido que en el momento en que las cosas empezaran a mejorar, sucedería algo como aquello.

—En realidad la bastarda es mi esposa —dijo Brock—, lo cual hace de mi hijo Harod el primogénito de la primogénita del rey Jezal. Y le otorga un legítimo derecho al trono.

—La sucesión no funciona así —dijo Tunny desdeñoso mientras lo obligaban a arrodillarse.

—¿Seguro? —preguntó Brock—. Porque tengo tres veintenas de ballestas que opinan de otro modo.

Gorst aún tenía sus aceros en las manos, de ensangrentado metal centelleante, y los ojos entornados. Orso vio que empezaba a tensarse.

—¡No! —gritó, notando la presión de la daga de Jurand en el cuello. Fuese el mejor espadachín del mundo o no, Gorst estaría muerto antes de poder llegar a Brock, y los demás no tardarían en seguirlo—. Suelta las armas. ¡Esto es un decreto real!

El primero que pronunciaba en bastante tiempo y, por cómo pintaba la cosa, el último.

Gorst respiró hondo, dio un bufido y tiró los aceros, que tañeron contra el suelo. Dos anglandeses se acercaron para atarle las muñecas. Otros ya estaban haciendo lo mismo a Teufel, a Hildi, a cualquiera que aún pudiese guardar alguna lealtad a Orso.

—¿Qué has hecho? —susurró Savine, con el dorso de una mano en la boca—. ¡Suéltalos, Leo, por favor, suéltalos!

—Has pasado por un verdadero suplicio —dijo Brock, inexpresivo —. Que alguien lleve a mi esposa con nuestros hijos. Necesitan a su madre.

La sangre ya manaba alrededor del cadáver de Forest.

—Era un buen hombre —susurró Orso, entumecido—. Un hombre leal.

—Demasiado leal. —Brock chasqueó los dedos—. Asegurad las

puertas del Agriont.

—Ya está hecho —se apresuró a responder Isher. Un cobarde en el campo de batalla pero un traidor tan competente como de costumbre.

—¡Esto tendrá un precio! —exclamó Orso mientras lo maniataban por tercera vez ese día. Pensaba que debía ofrecer alguna resistencia, por vana que fuese.

Brock lo contempló sin el menor rastro de remordimiento ni de vergüenza.

—Ya lo pagué. Encerrad a todos los miembros de la Guardia Real hasta que podamos asegurarnos de su obediencia. Llevad al ciudadano Orso y sus sirvientes a aposentos bajo llave en el Pabellón de Interrogatorios. Glaward ya debería de haber apostado guarniciones en todas las puertas y los puentes de la ciudad. Quiero que se impriman proclamas y se cuelguen en todas las esquinas. El Gran Cambio ha terminado.

Isher sonrió enseñando los dientes mientras bajaba la ballesta.

—Larga vida al rey Harod Segundo —dijo.

Forjando el futuro

—Muy bien —dijo Rikke, colocándose en la Silla de Skarling con una postura que pretendía ser despreocupada y majestuosa a la vez y probablemente fracasando en ambas cosas por parecido margen —. Ya es hora de entregar las recompensas.

Isern contraía los músculos de la mandíbula al mascar.

—Y los castigos.

—Sí. —Rikke se arregló aquella piel tan buena sobre los hombros y enderezó la espalda tanto como pudo—. Eso también.

Escalofríos hizo un gesto con la cabeza a los guardias y llegó un potente crujido mientras las puertas del Salón de Skarling se abrían de par en par.

Convenía empezar con una nota alegre, así que fueron los héroes vencedores de Uffrith y los Valles Occidentales los primeros a los que hicieron pasar. Los encabezaba Hardbread, pavoneándose como un hombre de un tercio de su edad. El Clavo, que de verdad tenía un tercio de su edad, llegaba a zancadas junto a él con aquel andar encorvado que tenía, la mano lacia en el maltratado pomo de su espada y unas pocas costras y rasguños nuevos de la batalla, pero nada desmejorado. Nada desmejorado en absoluto.

—¡Pero qué orgullosa me tenéis, chicos! —exclamó Rikke—. Os ofrecería regalos, pero me da a mí que ya lo han hecho los muertos.

—¡Alguna baratija de nada! —Hardbread hizo rodar una cadena dorada en el dedo alzado que provocó vítores generalizados.

—Hardbread —dijo Rikke—, apoyaste a mi padre en los buenos tiempos y los malos. Y ahora has hecho lo mismo por mí. Te nombro

mi segundo.

Sus cejas grises salieron despedidas hacia arriba.

—¿Ah, sí?

—Sí, y lo primero que tendrás que hacer es calentarme la silla un tiempo.

Las cejas se elevaron aún más.

—¿Cuál, la Silla de Skarling?

—Tal vez no fuese un héroe de tu talla, pero seguro que podrás rebajarte a su nivel durante un par de semanas.

—Y se me ocurren muy pocos hombres —dijo Isern— más expertos que tú en sentarse.

Hardbread miró la silla como si albergara sus dudas.

—¿Dónde estarás tú?

—Tengo un viajecito que hacer antes de poder sentarme aquí segura. —Rikke se dio cuenta de que estaba jugueteando con las esmeraldas que llevaba al cuello y las soltó—. He oído que mis viejos amigos el Joven León y su esposa…

—La zorra más estirada que he visto en la vida —aportó Isern.

—… han tomado el poder en la Unión.

—Menudos tomadores de poder, esos dos. Por mucho que los empujes para abajo, no dejan de salir flotando otra vez, igual que un par de zurullos de cabra en el pozo.

Escalofríos estaba dando vueltas y vueltas a aquel anillo con la piedra roja que llevaba en el meñique.

—Dicen que el pequeño Leo se ha vuelto bastante vengativo.

—Como tienden a hacer los guerreros heridos —dijo el Clavo, mirando pensativo hacia la esquina donde antes colgaba la jaula de Stour.

—Y la mayoría de los guerreros terminan heridos, de un modo u otro —lamentó Hardbread, frotándose el labio—. Vaya, todavía recuerdo el día que Whirrun de Bligh me dio en la boca con…

—Tengo que bajar a Adua —dijo Rikke—. A ver si puedo remendar los descosidos de nuestra amistad.

El Clavo dio un bufido.

—¿Descosidos? Los apuñalaste por la espalda. Más de una vez.

—Remendar las puñaladas, entonces, antes de que a Leo se le

ocurra darnos unas pocas a nosotros. Al Norte nunca le va bien meterse en guerras con la Unión. Lo que necesitamos es paz y sonrisas y comercio…

—Y chistes —dijo Escalofríos con la cara pétrea—. Siempre me ha gustado reírme.

—No se me ocurren muchos chistes mejores que yo en la Silla de Skarling —masculló Hardbread, aunque no hacía tanto tiempo a la gente le habría hecho incluso más gracia la idea de tener a Rikke en ella. Hardbread se dio un pensativo apretón en el trasero—. Tengo el culo bastante más ancho que el tuyo, diría yo.

—Así tendré el asiento bien calentito cuando vuelva —repuso Rikke, y hubo risas en el salón—. Y ahora, el Clavo. No hace tanto tiempo eras un enemigo temible. Daría las gracias a Stour Ocaso por ser tan idiota como para convertirte en amigo, pero el agradecimiento se desperdicia en los muertos. Los Valles Occidentales ya te pertenecen. Me gustaría añadir otros dos a tus tierras en el lado de oriente.

—Eres desprendida a la par que hermosa —dijo el Clavo, con la sombra de una sonrisa.

—Tendré que vivir con una de las dos cosas. Pero necesitaré algo de ti a cambio.

—Dalo por hecho.

—He oído que te gustan las peleas.

La sonrisa se ensanchó.

—Puedo soportar una escaramuza por una buena causa.

—Parece ser que a la gente de Ollensand no le ha gustado mucho que me ponga al mando. Han atrancado sus puertas. Dicen que harán las cosas a su manera de ahora en adelante.

—Eso no puede ser —susurró Escalofríos.

—Si dejas que una oveja elija su camino —dijo Isern—, cuando quieres darte cuenta al rebaño entero le ha dado por opinar.

El Clavo asintió despacio.

—Les haré saber que se equivocan.

—Con calma, ¿eh? No hace falta echarles encima a los perros desde el principio. Prefiero que vuelvan por voluntad propia.

—¿Y si no quieren?

—Traélos por voluntad ajena.

—A la orden.

El Clavo se rezagó un momento, como si tuviera algo más que decir. Rikke suponía lo que le pasaba por la mente. Lo que había ocurrido entre ellos dos antes de que él se marchara. Ella también lo tenía en mente. Habría querido decirle que se quedara. Aunque fuese solo una noche. Aunque fuese solo para un polvo rápido en la cocina. Pero una líder debe tener cuidado con a quién deja entrar. Con a quién ve la gente que deja entrar. Sobre todo si es *una* líder.

El Clavo se rascó la barba blanquecina, mirándola de reojo, con la boca abierta como a punto de hablar. Cuando no lo hizo, Rikke no le echó una mano. No podía permitirse hacerlo.

—A la orden —repitió el Clavo, y fue hacia la puerta con un gesto a sus hombres para que lo siguieran.

Apenas se habían marchado cuando los hermanos de Isern entraron al salón con paso tranquilo, seguidos de una manada de montañeses y montañesas tatuados.

—¡Scofen y Scenn-i-Phail! —saludó Rikke—. ¿Han existido alguna vez dos gordos cabrones más apreciados por la luna que vosotros?

—Mi padre siempre decía que un hombre tiene que tener algo de carne encima —respondió Scofen, poniéndose una mano en la enorme panza.

—Y que su valía está en su barriga —dijo Scenn, peinándose con los dedos la maraña roja que tenía por barba.

—La mala sangre entre los clanes del Norte y el pueblo de las montañas ya ha durado demasiado —dijo Rikke—. Desde los tiempos de Crummock-i-Phail y Bethod y desde tiempos mucho más antiguos. Pero todo eso es agua pasada. Estabais ahí cuando os necesité, y yo estaré si me necesitáis, esa es mi promesa. Pero como las promesas cuestan poco, podéis quedaros también con la tierra que acordamos.

—La verdad es que ya nos has hecho un servicio impagable al quitarnos a nuestra hermana de las manos —repuso Scenn.

—Todo momento en que su lengua te acuchilla a ti es un momento en que no nos acuchilla a nosotros —dijo Scofen.

Isern escupió jugo de chagga, que cayó en la camisa de Scofen e hizo que sonriera de oreja a oreja.

—Cuidado, no vaya a acuchillarte algo más afilado —espetó.

—Yo también la considero una hermana —dijo Rikke—. Una hermana mayor, más dura y sabia, por cierto. Supongo que eso os hace también mis hermanos. Y la familia no debería perder el contacto. —Se inclinó hacia delante—. Yo digo que abramos el paso hacia las montañas. Que construyamos mejores caminos y nos pongamos a intercambiar algo más que heridas. Recuerdo con cariño la cerveza que probé la última vez que estuve con vosotros. Y en las montañas tenéis carbón, he oído, y también cobre. Seguro que nosotros tenemos cosas hechas de hierro y acero y tela que podrían serviros de algo.

—Seguro —dijo Scenn, estirando el brazo para frotar pensativo la manga de la cota de malla de Hardbread entre el índice y el pulgar.

—Unos cuantos de vosotros deberíais hacer el viaje a Adua conmigo. Ver mundo. Probar los placeres de la civilización. Llevar algunas ideas con vosotros y traer otras pocas de vuelta. Mostrar a la gente que el Norte está unido. Juntos seremos peores enemigos, y mejores amigos, y eso es algo a lo que todos podemos sacar beneficio.

—Ah, enemigos y beneficio. —Los ojos de Scofen se iluminaron—. Cosas que nuestro padre adoraba casi tanto como a la luna.

Y hubo risas, y palmadas en la espalda, y cruces de insultos bienintencionados y exageradas historias de la batalla. Pero ser una líder no consistía solo en sonreír a los amigos. Tarde o temprano había que poner mala cara a los enemigos.

A continuación hicieron pasar a Piedrallana, el hombre de Calder, herido y vendado. Tenía las manos atadas, pero se erguía como si pretendiera morir con el orgullo intacto, lo cual Rikke supuso que podía admirar.

Merodeando a su espalda, Escalofríos sacó aquel cuchillito suyo tan brillante. Era posible que evitara la luz en la hoja a propósito y en un instante se le puso ante la cara a Piedrallana, pero Rikke no habría apostado a ello.

—Eres Brodd Piedrallana —dijo.

—Lo soy.
—Jefe guerrero de Calder el Negro.
—Lo era.
—¿A cuántos de los míos mataste en la batalla?
Piedrallana lanzó una mirada al cuchillo de Escalofríos y luego cuadró la mandíbula y levantó la barbilla.
—A todos los que pude.
—Vaya. ¿Cuánto tiempo serviste a Calder el Negro?
—Más de veinte años. Desde que me gane el nombre como Mejor Guerrero en la Batalla de los Héroes. Me uní a Calder entonces. Mucha gente lo hizo. —Piedrallana respiró por la ancha nariz y soltó el aire por la boca—. Y volvería a hacerlo. Fue un gran líder, en su época.
—Pero su época ha terminado.
—Eso no lo discuto. —Piedrallana bajó la cabeza—. Su época ha terminado, y la tuya ha llegado, y así es como son las cosas.
—La pregunta que me ronda la mente es… ¿podrías ser tan leal a mí como lo fuiste a él?
Piedrallana alzó la mirada de golpe y parpadeó mirando a su alrededor. Luego cuadró los hombros.
—Creo que podría.
—¿Un hombre grande como tú podría arrodillarse ante una mujer pequeña como yo?
—Diría que superas la media en altura —murmuró Isern.
—Sí, pero me echa a perder una frase tan buena.
—No es indigno arrodillarse ante una mujer que ha demostrado su valía como tú —dijo Piedrallana.
Rikke arqueó las cejas.
—¿Entonces…?
—Ah. Claro.
Y con un gruñido de dolor, con las manos todavía atadas a su espalda, Piedrallana hincó tambaleándose una rodilla.
—Mi padre siempre decía que para qué desperdiciar lo que tiene uso. Supongo que vale para los hombres igual que para todo lo demás. O más, con lo mucho que cuesta hacer a esos cabrones. —Algunos murmullos a favor entre los guerreros que ocupaban el

salón. No tenían problemas con que se mostrara clemencia a un luchador que se había entregado del todo al combate. Sabían que algún día todos podían terminar arrodillados donde estaba él, si la suerte se decantaba por el lado malo—. Quiero que reúnas a todos tus carls que hayan sobrevivido a la batalla y estén dispuestos a servirme, y que os llevéis los huesos de esos gilipollas del Crinna al lugar del que vinieron. Y de camino, si encontráis a algún otro que haya cruzado el agua, dadle una buena lección. ¿Entendido?

Piedrallana asintió.

—Entendido.

—¿Entendido…?

—Entendido, jefa.

Escalofríos cortó la cuerda de las muñecas de Piedrallana y, cuando se levantó, le devolvió el hacha que había rendido el día de la batalla, con remolinos de resplandeciente oro en la hoja. Piedrallana alzó la mirada hacia Rikke mientras la recuperaba.

—Te agradezco la oportunidad. No te defraudaré.

—Ah, ya lo sé. —Rikke volvió su ojo largo hacia él—. Lo he visto.

El hombre tragó saliva y se marchó hacia la puerta.

—Blanda —gruñó Isern con amargura.

—Merece la pena dar una oportunidad a tus enemigos. Saben que no pueden esperarla y a lo mejor te la agradecen. —Rikke frunció el ceño de soslayo—. Los amigos son mucho más difíciles de complacer.

Y en efecto, el gesto de Isern se torció más que nunca cuando hicieron entrar a rastras a la siguiente pareja. Corleth y su abuelita, sucias de las celdas y con las manos bien atadas.

—Calma —dijo Rikke—. Hemos ganado, ¿recordáis? Podemos permitirnos ser generosos.

—Que puedas permitírtelo no significa que debas comprarlo —rezongó Isern mientras empujaban a la joven y a la anciana ante el estrado y las hacían arrodillarse con los ojos arrugados a la luz del sol—. ¿Te llamas Corleth siquiera?

—Me llamo Corleth.

La chica no parecía muy escarmentada, por la forma de sacar la mandíbula. Se veía tan peleona como cuando llegó a Uffrith.

—¿Tienes algo que decir en tu defensa? —le preguntó Rikke.

—Podría deshacerme en excusas aquí arrodillada, pero todos me tenéis por mentirosa, así que ¿para qué?

—Hicimos lo que se nos pidió —graznó la anciana.

—Lástima que no lo hicierais mejor —dijo Isern en tono burlón—, o podríais no estar ahí arrodilladas.

Rikke levantó la mano pidiendo silencio.

—Creo que a mucha gente le gustaría verte cortada con la cruz de sangre por traidora y espía.

Dejó que se prolongara el silencio, plúmbeo con el peso de las vidas en juego.

—Pero me inclino por ser piadosa. No habríamos pescado a Calder el Negro sin que le pusieras tú el anzuelo, al fin y al cabo. Te colaste en Uffrith para poder contarle lo que hacíamos. Ahora puedes bajar hasta Ostenhorm y colarte allí. Contarme a mí qué planea la Unión.

Aquella ración de piedad no fue en absoluto del agrado de los guerreros. Podían pasar por alto que un hombre intentara matarlos, pero que una mujer los engañara era demasiado que tragar.

—¿No querías la paz con la Unión? —gruñó Hardbread—. ¿Y comercio y sonrisas?

—Sonreiré más tranquila sabiendo lo que traman —dijo Rikke.

—No conozco a nadie allí abajo —protestó Corleth.

—Con lo buena mentirosa que eres, seguro que no tardarás en hacer amigos.

—¿Y qué pasa con mi abuela?

—¿De verdad es tu abuela?

—Lo es.

—Estoy medio tentada de quedármela aquí para que me haga sopa. —Rikke se reclinó pensativa—. Pero sería una lástima dividir un equipo ganador. Suéltalas, Escalofríos.

Y él lo hizo, sin mostrar ningún signo de si le parecía buena o mala idea.

—Gracias, Rikke la Negra —dijo la abuelita de Corleth, casi besando el suelo—. No lo lamentarás.

—Cierto. —Rikke se dio un golpecito en la mejilla—. Eso también

lo he visto.

—Blanda —susurró Isern negando con la cabeza.

No era la única que lo opinaba. Había mucha gente mascullando. Algunas expresiones abiertamente agresivas. Un hombre escupió a los pies de Corleth mientras iba hacia fuera. Era agotador. Demostrar una vez la valía como líder nunca era suficiente. Había que volver a hacerlo de nuevo con cada decisión tomada.

Los siguientes en entrar eran un grupo penoso, maniatados y metidos a patadas en el Salón de Skarling, obligados a arrodillarse con malos modos en las inclementes piedras ante ella, con las cadenas tintineando. Las tropas del Alzado en el Túmulo. Desprovistos de su armadura de huesos y con la pintura toda emborronada daban mucho menos miedo. Uno estaba temblando. Otro quizá sollozara. Por muy salvaje que fuese el rostro que alguien mostrara al mundo, pocos hombres se atrevían a mirar a la Gran Niveladora a la cara cuando venía llamando a la puerta. Rikke sintió el viejo tirón hacia la piedad y se reclinó ceñuda en la Silla de Skarling.

—Cruzasteis el Crinna, hijos de puta —dijo.

Su líder se adelantó arrastrando las rodillas, con la barbilla casi contra el suelo y el pelo lacio cayendo alrededor de la cara.

—Fuimos invitados, gran reina —gimoteó, hablando norteño con un acento que hacía daño al oído—. Fuimos invitados.

—No por mí —restalló ella, haciendo que el hombre se encogiera —. El Alzado en el Túmulo, un hombre al que el mundo no añorará mucho, tenía pensado ver cuántos huesos me podía sacar estando viva.

Hubo gemidos y lloriqueos, como si Rikke tuviera una manada de perros apaleados a sus pies. Inhaló una larga y lenta bocanada.

—Pero yo no soy el Alzado en el Túmulo. —Movió una mano misericordiosa—. A mí el sufrimiento no me hace sonreír.

El líder se agachó incluso más.

—Eres sabia y piadosa, gran reina.

—Eso me gusta pensar. —Asintió mirando a Escalofríos—. Matadlos primero, luego hervidlos bien hervidos y que Piedrallana devuelva los huesos al otro lado del Crinna. A lo mejor eso enseña a

los suyos a quedarse en su lado del río.

Vio cómo se los llevaban, llorosos y gimoteantes, y le dio la sensación de que las caras de los guerreros habían cambiado en el salón. Ya no había miradas de desprecio. Casi todos los ojos estaban fijos en el suelo, de hecho. Su padre le habría dicho que era bueno mostrar clemencia. Siempre que también, cuando hiciera falta, mostrara que una podía hacer de su corazón piedra.

Isern le ofreció una bolita de chagga y Rikke la cogió y se la metió detrás del labio.

—¿Eso lo apruebas?

—¿Me has oído desaprobarlo? —preguntó Isern.

Y así siguieron. Los hacían pasar o los entraban a rastras. Según hubieran combatido en un bando o en el otro. Según la hubieran servido a ella o a Calder el Negro. Rikke se mantuvo misericordiosa en la mayoría de los casos, pero también dio algunos ejemplos. Los suficientes, a su juicio, para mantener el orden en el Norte mientras ella se marchaba a cerrar un trato con los amigos que había transformado en enemigos. El día fue pasando y las franjas de luz solar que entraban por las altas ventanas reptaron por el suelo de piedra, de un lado del Salón de Skarling al otro, hasta que la estancia quedó casi vacía, y la riada se hizo goteo, y el goteó se secó por fin.

—¿Esos eran todos? —preguntó Rikke, apoyando la espalda en el respaldo.

—Aún queda uno —dijo Escalofríos.

Una hogaza a medio cocer

Trébol estaba sentado en el patio fuera del Salón de Skarling, observando a la gente nerviosa a la que iban llamando para recibir lo que merecía. Vio que algunos salían animados, sonrientes por sus recompensas. Vio que a otros los sacaban a rastras, abatidos por sus castigos. Se fijó en que unos pocos no salían en absoluto.

Vida o muerte, dependiendo de la palabra de Rikke la Negra. Tenía más del Norte en el puño, y cerrado con más fuerza, que Dow el Negro en sus tiempos más temibles, que Calder el Negro en los suyos más astutos. ¿Quién iba a decirlo, cuando cayó por el húmedo bosque para yacer a sus pies hacía tantos meses? Trébol soltó una pequeña risotada incrédula. Habría sido necesario el ojo largo para verlo venir.

Trébol los había visto alzarse y caer. A los líderes, los jefes, los reyes. Había tenido mano en algunas de aquellas subidas y bajadas, de hecho. Bethod, y Nueve el Sanguinario, y Dow el Negro, y Scale Mano de Hierro, y Stour Ocaso, una lista siempre creciente de glorias y calamidades. También a quienes los habían servido, a la gente pequeña cuya fortuna cabeceaba con la de los hombres grandes a quienes elegían seguir, igual que barcas levantadas por la marea o dejadas varadas en la arena. Miró hacia Sholla y Zas. Esperó que no terminaran varados por haber amarrado sus fortunas a la de él.

Tal vez, después de media vida siendo demasiado temerario, al final se hubiera pasado de precavido. Se había unido a quienes ya estaban arriba y solo podían descender, en vez de tener la valentía

de buscar a aquellos cuya marea llegaba con fuerza. De buscar a aquellos que de verdad le gustaran, tal vez. Pero al menos Trébol aún seguía proyectando sombra. No podía decirse lo mismo de Wonderful, ni de Magweer, ni de Contratiempo, ni de todos a los que había enviado al barro con el paso de los años. Seguía vivo, como tanto le había gustado decir al Sanguinario. No había mucho más de lo que pudiera enorgullecerse un hombre que llevaba espada. Incluso uno que intentaba no desenfundarla nunca.

—Trébol.

Escalofríos había salido al umbral del Salón de Skarling. Era imposible saber jamás lo que pensaba aquel hombre. No mostraba más emociones con el ojo vivo que con el muerto. No había ninguna pista allí de cuál iba a ser su sentencia. Pero viendo a los que entraban y salían, Rikke la Negra estaba revelándose como una jueza más rigurosa de lo que la gente había creído. Esa chica tenía hierro dentro, era evidente, y bien afilado además.

—¿Puedo llevar a los míos? —pidió Trébol.

Escalofríos miró a Zas y Sholla.

—¿Por qué no?

Y se hizo a un lado para dejar que pasaran todos a la vez. Y para quedar a sus espaldas, claro. Caul Escalofríos era mal hombre al que tener detrás con una espada. Que se lo dijeran a Dow el Negro. Pero si Trébol no se había acostumbrado ya a rodearse de malos hombres con espada, nunca lo estaría.

Rikke esperaba sentada en la Silla de Skarling, con una antigua piel de oveja tendida sobre el respaldo y el asiento, una capa roja a los hombros y gemas verdes en el cuello, los tatuajes negros en su cara blanquecina. Parecía cómoda en aquella silla de aspecto tan incómodo, cruzada de piernas con una desgastada bota oscilando suavemente. En el salón había unos cuantos nombres importantes, pero todos sus dueños estaban un poco encarados hacia ella, como flores volviendo los pétalos hacia el sol. No había duda de quién llevaba la voz cantante allí.

—Jonas Trébol —dijo Rikke, dando pensativos golpecitos con una uña contra el brazo de la Silla de Skarling mientras él llegaba nervioso ante ella—. Tú sí que eres todo un acertijo.

—Bueno… —Compuso una leve y tímida sonrisa—. A nadie le gusta que lo tomen por simple.
—Hay gente que me ha hecho favores y gente que me ha hecho agravios. —Echó la espalda adelante, y aquellos ojos inquietantes cayeron de pleno sobre él como si pudieran ver dentro de su cabeza, dentro del corazón—. Pero no se me ocurre nadie que sea tanto una hogaza a medio cocer como tú.
Trébol se rascó la nuca.
—Reconozco que me han llamado cosas peores y me las merecía.
—Servías a Calder. Servías a Ocaso. Servías a quienes invadieron el Protectorado hace ya tantos meses.
—Que conste que a grandes rasgos deambulaba por atrás. —Escrutó entre las vigas sombrías una telaraña que se mecía al aire de las ventanas—. En esa guerra, que yo recuerde, maté a más gente de mi bando que del tuyo.
—Eso no es para estar orgulloso —gruñó Hardbread.
—No. —Trébol hizo un triste encogimiento de hombros—. Encontrarás a pocos hombres menos orgullosos de sí mismos que yo.
—Y cuando tomé la Silla de Skarling —dijo Rikke—, diste todas las muestras de que ibas a volver al bando de Calder nada más tuvieras la ocasión.
—Cuando dejaste vivo a Stour y luego echaste a todos tus amigos, empezó a preocuparme que no tuvieras redaños para la tarea. También debo decir que interpretaste muy bien el papel de estar cagándote encima.
—Es lo que tiene la práctica —gruñó Rikke—. Y a fin de cuentas, solo pude perdonar la vida a Stour porque tú me lo entregaste de entrada.
—Pero eso no fue tanto un servicio que te hice como un ajuste de cuentas entre él y yo.
Rikke lo miró desconcertada.
—Cuando digo algo en tu contra, me lo quieres discutir. Cuando digo algo a tu favor, me lo quieres discutir también.
—Si algo he aprendido… es que las cosas rara vez caen del todo

en un lado o en otro.

—En eso llevas razón —dijo Rikke, reclinándose—. Y la verdad es que me dejaste marchar, aquel día en el bosque.

—Esa sí fue una buena obra de la que me confieso culpable —reconoció Trébol.

—Un hombre que hace el bien es predecible. Un hombre que hace el mal, lo mismo. Pero ¿qué hacer con un hombre incapaz de decidirse?

—Me lo he preguntado muchas veces.

—Me caes bien. Pero no puedo tenerte conmigo. ¿Escalofríos?

Trébol cerró los ojos, esperando el espadazo en la cabeza. Como Dow el Negro. Como Calder el Negro. Pero cuando hizo acopio de valor para abrir una rendija los párpados y mirar alrededor, vio que Escalofríos estaba ofreciéndole una bola. La cogió y miró dentro. El brillo de la plata, y una buena cantidad, al parecer.

—Eso es… más que generoso —dijo—. Si yo fuese tú, tampoco me tendría conmigo. Qué leches, yo soy yo y a veces me cansa mi compañía. —Puso la mano en el hombro de Sholla y la llevó hacia delante—. Pero si me concedes un momento para escucharme, querría recomendarte a esta de aquí. Se llama Sholla, y hasta ahora no he tenido motivos para dudar de su lealtad. Sabe lo que se hace con las flechas, tiene la pisada más sigilosa que he oído nunca y es una maestra indiscutible en el noble arte de cortar queso. Lo deja como una hoja de papel. Te juro que se puede ver a través de las putas lonchas.

Rikke arqueó la ceja del ojo ciego hacia Sholla.

—Si hay algo que lamente es que nunca puedo cortar el queso lo bastante fino.

—Y luego está este, que se llama Zas. Aún no le he descubierto ningún talento, pero no me cabe duda de que alguno tendrá escondido bajo esa apariencia tan poco prometedora, y aunque no lo hubiera sigue teniendo una manera de ser agradable, lo cual estarás de acuerdo conmigo en que es de lo más infrecuente en el Norte.

Rikke paseó la mirada por su círculo íntimo. Caul Escalofríos. Isern-i-Phail. Infló los carrillos.

—Bueno, tampoco te llevaré la contraria.

—Bien. Bien. —Trébol dio un apretón de despedida al hombro de Zas y luego dejó caer la mano. Dedicó una sonrisa a los presentes —. Ándate con cuidado en Adua. He oído que ahí abajo la gente no es tan de fiar como aquí arriba.

Rikke bufó.

—Buen consejo.

—Y si alguien quisiera aprender esgrima, estoy disponible.

Y con un gesto que terminó incómodamente a medio camino entre el asentimiento y la inclinación, Trébol dio media vuelta para marcharse.

—¿Esto no podemos decidirlo nosotros? —murmuró Sholla, siguiéndolo hacia fuera con Zas.

El sol ya se acercaba al horizonte y el patio estaba medio en luz brillante, medio en profunda sombra. Rara vez del todo en un lado o en otro, como había dicho a Rikke.

—Os estoy ahorrando la incomodidad de hacerlo —dijo Trébol—. Estáis mejor aquí los dos, y yo lo sé, y vosotros lo sabéis, y cuando lo pensarais un poco veríais que teníais que decirme justo eso, y sería una conversación embarazosa para todos. Concédeme la dignidad de tomar esta última decisión por vosotros como vuestro jefe. —Los juntó a los dos en un abrazo torpe. Más que nada para no tener que escucharlos discutir con él—. Gracias por vuestro apoyo en los tiempos difíciles. Y sobre todo, gracias por esa flecha en el hombro de Contratiempo.

—Ya, en fin —dijo Sholla, y Trébol se permitió pensar que quizá le estuviera costando contener unas lágrimas—. No quería dar al muy cabrón la satisfacción de matarte.

—¡Será broma! Pero si ya tenía a ese puto zoquete justo donde lo quería. Esperaba mi momento, nada más.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Zas, que no intentaba en absoluto contener el llanto y ya tenía sucios surcos de lágrimas por las mejillas.

Trébol sonrió.

—Siempre se presenta algo.

Dio media vuelta y echó a andar, con la espada al hombro.

Albor

—No te gusta el palacio —dijo Leo.

A Savine no parecía gustarle nada últimamente, su marido lo que menos.

—Aquí me cuesta dormir bien —respondió, con una mirada hosca a uno de los anglandeses que vigilaban todos los rellanos y puertas.

Leo quería decirle que tenía suerte de estar viva, pero estaba esforzándose en ser comprensivo. Había ganado, a fin de cuentas. Podía permitirse serlo.

—Después de lo que has pasado, me extraña que puedas dormir en absoluto.

—Este sitio está en ruinas —dijo Savine, pasando ante un mural de alguna grandiosa coronación con todas las caras borradas a cincel—. Todavía huele. —Miró a un hombre con la librea del sol ardiente tambaleándose sobre una escalerilla para poder limpiar las consignas de cerca del techo—. Hay muestras de la presencia de los Quemadores por todas partes. De la presencia de… la Jueza. —Tuvo un feo estremecimiento de aversión y se abrazó más a la pequeña Ardee—. Me da la sensación de estar en la cárcel.

Leo tensó la mandíbula. La mayoría de la gente se desharía en agradecimientos si la metieran en una jaula como aquella.

—El Agriont es el lugar más seguro para los niños. —Hizo una mueca al mover el peso de Harod en el brazo doblado—. Ya estamos reparando las murallas. Un rey debe estar en palacio, y Harod va a ser el rey.

—Harod es un bebé.

—Por eso necesitará consejo.

Savine lo miró de soslayo, y ni por asomo con el afecto debido de una esposa hacia su esposo.

—El tuyo, supongo.

—El de los dos. —Pero era de cajón que el padre tuviera la última palabra en lo relativo a su hijo. Por los muertos, le dolía el muñón, le cosquilleaba el brazo malo, le ardía el hombro por el esfuerzo de llevar al niño renqueando por el pasillo—. Estamos juntos en esto.

—¿Ah, sí? Cuando hablamos de restaurar la monarquía, nadie mencionó cambiar al monarca.

—Los planes deben adaptarse según las circunstancias —gruñó Leo. Era la clase de frase que siempre lo había disgustado que le dijera su madre—. Te habría avisado, de haber podido. Por supuesto que lo habría hecho. Pero ¿cómo podía avisarte? Estaba corriendo para salvarte la vida. ¡Para salvar la puta Unión!

Tenía que parar. Había querido hacer una entrada triunfal en la Cámara de los Espejos con su hijo en brazos. Hacerse ver como padre, como el cabeza de una familia ideal. Como el brillante ejemplo a imitar por toda la nación renacida. Pero que el minúsculo rey se le cayera de cabeza al suelo y luego tropezar con él le granjearía pocos admiradores. Para ser un buen tullido, uno tenía que aceptar las cosas que no podía hacer.

—¿Jurand? —se obligó a decir entre dientes—. ¿Me ayudas?

Y soltó al futuro monarca en brazos de su amigo y siguió andando, dejándolo parpadeando sorprendido con los codos por todas partes. Sin duda era guapo y listo y leal como el que más, pero espantoso como niñera.

Aun así, la única alternativa era Zuri, y Leo confiaba en ella menos que nunca en los últimos tiempos. Aunque Savine la apreciara tanto. Porque Savine la apreciaba tanto, tal vez. En todo caso, tener caras marrones en torno a los infantes reales enviaba el mensaje equivocado.

Savine estaba mirando adusta las altas ventanas que iban dejando atrás, meciendo a Ardee con suavidad, con las sombras entrecruzadas del plomo entre las hojas resbalándole por la cara. Su meticuloso maquillaje no podía ocultar las magulladuras que aún le

quedaban de su refriega en la Torre de las Cadenas. O quizá, mucho más probable ahora que Leo lo pensaba, quizá hubiera elegido dejarlas a la vista, como recordatorio insinuado de su noble sacrificio. Nunca había nada casual en la apariencia de Savine, al fin y al cabo.

Los sirvientes estaban atareados en los desatendidos jardines, volviendo a podar los arbustos con forma de soles de la Unión, plantándolos de nuevo en los parterres, cincelándolos de nuevo en la maltrecha mampostería. Debían de haberse arrancado aquellas libreas monárquicas cuando el Gran Cambio las convirtió en letales. Y allí estaban, poniéndoselas de nuevo a toda prisa. La gente se adaptaba. Se adaptaba más deprisa y más por completo de lo que cabría imaginar.

Leo hizo una mueca al apurar el paso para alcanzar a Savine.

—¿Qué puedo hacer? —le preguntó—. ¿Qué hago para facilitarte las cosas?

—No quiero más ejecuciones.

Una pausa incómoda. Jurand lanzó a Leo una de aquellas miradas tan expresivas que sabía hacer agachando un poco la cara. Leo interpretó su significado al instante, como siempre, y estuvo de acuerdo al instante, como siempre: por lo menos tendría que haber una más. El rey Orso era un problema para el que solo existía una solución.

—Comprendo tus sentimientos —murmuró. Como si los putos sentimientos debieran dictar la política—. Te entiendo, pero…

—Ni una más, Leo.

—Savine, hay que castigar a los culpables. Con disimulo, en privado, sí, pero… tenemos que garantizar la seguridad.

—Tenemos que ser mejores que la Jueza. Si no, ¿qué sentido tiene todo esto?

—El sentido es que ganemos nosotros. —Era tan obvio que se sorprendió de tener que explicarlo, y nada menos que a ella, quien habría pisoteado encantada a su propia madre, a su padre y a su hermano si pudiera usarlos de escalera para sus propias ambiciones —. Y algunas personas siempre serán una amenaza. La chica de Orso, Hildi, es demasiado ingenua, y Bremer dan Gorst es

demasiado tozudo, y no confiaría a ese cabrón de Tunny ni para vaciarme el orinal. La verdad, estoy bastante lejos de confiar en Teufel. Esa mujer ha demostrado ser toda una conspiradora. Me preocupa que no sea leal.

—Querrás decir que te preocupa que sea demasiado leal, pero no a ti.

—¿Qué diferencia hay?

—Lo que ha demostrado ser es efectiva. Mi padre desapareció y no se pudo capturar a Pike. Debemos poner a alguien competente al mando de la Inquisición. Aún quedan centenares de Rompedores y Quemadores en libertad. Tal vez miles. Tenemos que *erradicarlos*. —Se le estiró la mejilla magullada al crispar la mandíbula—. Tenemos que asegurarnos de que no pueda volver a ocurrir *jamás* nada parecido al Gran Cambio.

—Tampoco ha resultado tan mal. —Leo la descubrió mirándolo estupefacta—. Muy bien, si así estás contenta, daré a Teufel la oportunidad de demostrar su valía.

—Así estaré menos descontenta, por lo menos.

—Por ti lo que haga falta, amor mío —dijo él, malhumorado—. ¿No confías en mí?

—Puede ser difícil confiar en hombres que apuñalan a sus aliados por la espalda.

—¡No tengo pensado hacerlo cada semana! —restalló él—. Ni nunca más —se apresuró a añadir. Sentía remordimientos por el mariscal Forest. Un buen hombre, un buen soldado. Sentía remordimientos, pero no había tenido elección. Y en realidad, lo había apuñalado por delante—. En Stoffenbeck titubeé como un mierda y perdimos como unos mierdas, y juré que nunca volvería a dejar que se me escapara el momento. Así que vi la oportunidad y la aproveché. Por nosotros. ¡Creí que te gustaría!

La verdad era que Savine había cambiado, y no a mejor. Leo había hecho sus votos a una persona que no dejaba que ningún escrúpulo se interpusiera en su camino. Pero, claro, ella había hecho los suyos a un hombre que podía abrocharse el cinturón sin ayuda. Así es el matrimonio. Las personas cambian, y no siempre como uno quisiera, y siguen atadas entre ellas de todos modos.

Leo respiró hondo cuando llegaron a las grandes puertas, con unas fabulosas tallas de comida y bebida y celebraciones, echadas a perder solo un poco por una parte quemada y unos pocos hachazos.

—Tenemos que estar unidos —dijo, preguntándose a quién intentaba convencer—. Por el bien de los niños. Por el bien de la nación. Nuestro matrimonio tenía sentido en su momento. Y aún tiene sentido. Tiene más sentido que nunca.

Resonaron los aplausos cuando Savine entró en la Cámara de los Espejos, llevando en la cara una sonrisa radiante.

—¡Lord y lady Brock! —vociferó Glaward, abofeteando entre ellas las enormes palmas de sus manos.

Habría unos doscientos representantes congregados allí, levantándose para aplaudir de un batiburrillo de asientos rapiñados a lo largo y ancho del Agriont. Maltratados sillones que perdían relleno, sillas de comedor real y de escuela infantil, hasta un taburete de ordeñar y un banco curvo con un extremo calcinado que de algún modo habían podido rescatar de las ruinas de la Rotonda de los Lores.

Savine no había puesto pie en ese edificio durante el gobierno de Risinau, pero hasta ella se percataba de que el equilibrio de los representantes había cambiado mucho desde entonces. Ni la mitad de aquella gente había salido elegida en una votación, y los que sí procedían sobre todo de las localidades y distritos más ricos. Terratenientes, mercaderes, hombres de negocios. Todos los demás habían sido nobles en otro tiempo. Miembros del Consejo Abierto con la suficiente suerte y carencia de principios para deslizarse de un órgano de gobierno a otro. Leo les había devuelto sus títulos nobiliarios. Había hasta unas pocas mujeres, ocupando el lugar de sus padres, hermanos y maridos con los que había acabado el Gran Cambio. En la primera fila, lord Isher y lord Heugen estaban dedicando una sentida ovación a su continuada supervivencia, cargados hasta los topes de las pieles y las cadenas de la aristocracia de las que con tanto ahínco habían renegado.

Miles de reflejos aplaudían también, por supuesto. A veces un espejo roto partía una cara en mitades dispares, o uno hecho añicos destrozaba el mundo en un millar de fragmentos distorsionados. Aún quedaban manchas de pintura en las esquinas, aunque habían fregado a toda prisa las consignas. Pero la Cámara de los Espejos era una sala inmensa. Adecentarla del todo costaría semanas enteras. ¿El palacio? Años. ¿El Agriont? Décadas. ¿La ciudad de Adua? ¿La Unión en su conjunto? ¿De verdad podía hacerse que todo volviera a ser como antes?

Savine recordó a la Jueza cayendo. El atisbo de su sonrisa burlona mientras se precipitaba hacia el foso. No derramaría ni una lágrima por aquella zorra malvada. Los Hados sabían que nadie había merecido nunca la larga caída más que ella. Pero, aun así, no se lo podía quitar de la mente. La mano en su cuello. El parapeto clavándosele en la espalda. La sensación hueca en el estómago al irse al otro lado.

Apretó el puño mientras se sentaba de cara a aquellas hileras de sonrisas falsas, clavándose las uñas en la palma. Se dijo que estaba a salvo. Era muy posible que los representantes estuvieran superados en número por los anglandeses bien armados de Leo, que montaban guardia ante cada puerta y ventana. Savine no podía estar más a salvo. Tenía que concentrarse en las cosas que podían cambiarse, y cambiarlas a mejor. Bajó la mirada hacia su hija, le apartó la mantita del rostro dormido. Tenía que dar la espalda al pasado y afrontar el futuro.

—¿Os encontráis bien? —le murmuró Zuri al oído.

Savine forzó una sonrisa.

—Debería preguntártelo yo a ti.

Zuri estaba tan serena como siempre. No había dicho ni una palabra sobre las torturas que pudiera haber sufrido bajo el Pabellón de Interrogatorios, y Savine no se atrevía a preguntarle. Así podía casi fingir que nunca había ocurrido. Solo que Zuri tenía unas marcas extrañas en el dorso de las manos. Pinchazos. Hoyuelos. No eran exactamente cicatrices. Pero tampoco eran normales del todo.

La dama de compañía la vio mirando y se bajó las mangas del

vestido sobre las manos.

—¡Amigos míos! —exclamó Leo cuando remitieron los aplausos —. ¡Compañeros míos! ¡Nobles y plebeyos! ¡Representantes del pueblo de la Unión! ¡El Gran Cambio… ha quedado atrás!

El aplauso llegó incluso más potente. Muy pocos lloraban la defunción del Gran Cambio, y Leo se había asegurado de que quienes lo hacían ocuparan celdas en el Pabellón de Interrogatorios y no asientos en aquella cámara.

—Gracias al coraje de mi esposa, lady Brock…

Lo interrumpieron los vítores, procedentes sobre todo del lado plebeyo de la sala.

—¡Viva la Bienamada de los Barrios Pobres! —gritó alguien.

—¡La Madre de la Nación! —rugió otro, aplaudiendo como loco.

Savine tuvo que obligarse a sonreír de nuevo. Lo hacían con buena intención, estaba segura, pero el clamor le recordaba demasiado a la muchedumbre de su juicio. A las turbas el día del Gran Cambio. Estaba a salvo. Había muchos guardias. Pero era como si su cuerpo no terminara de comprenderlo del todo. Le picaba el sudor bajo la ropa.

Leo, con aspecto algo molesto por la admiración que despertaba su esposa, levantó la mano para pedir silencio.

—Gracias a lady Brock, la Jueza ha sido derrocada. Los Quemadores y los Rompedores se baten en retirada, sus líderes están muertos, capturados o perseguidos en estos mismos instantes. ¡Descubrirán que no tienen dónde esconderse! No podrán lavarse de las zarpas la sangre de los inocentes. ¡La justicia dará con ellos, se arrastren al agujero que se arrastren!

Más aplausos. Savine tuvo que reconocer que estaba impresionada. Ella siempre había estado más cómoda en salas pequeñas, con grupos íntimos, entre quedos susurros. Pero Leo sabía cómo llenar un salón.

—Habla bien —murmuró.

—Vanidad, una voz sonora y una relación poco estrecha con la verdad —susurró Zuri—. Todas las cualidades de un político de éxito.

Leo sonrió, gozando de su momento de victoria, y un centenar de

reflejos en los grandes espejos le devolvieron la sonrisa. ¿Había algo horrible en eso? ¿Teniendo en cuenta el precio? Un centenar de reflejos de Savine lo miraban rebosantes de triunfal adoración, pero ella distinguía la pálida inquietud oculta en aquellas copias de su propio rostro magullado. No estaba segura de haberlo amado nunca de verdad, pero en otro tiempo había tenido muchas cualidades admirables. Leo había sido generoso, sincero y valiente. Ella había querido que fuese más despiadado. Más ambicioso. Más calculador. Lo había moldeado a su propia imagen. Y estaba descubriendo que lo prefería con mucho como era antes.

—¡Debemos recuperar lo mejor del pasado! —estaba proclamando Leo—. Las familias a las que una vez se honró con un «dan» en su apellido volverán a tener ese honor. Nuestro restaurado Consejo Abierto se compondrá de plebeyos y nobles a partes iguales, unidos en propósito, con el debido respeto de cada miembro a los demás miembros. Hay una solemne declaración preparada a dicho efecto. Confío en que todos los presentes la firmaréis y os uniréis a nosotros en este nuevo y claro amanecer. ¡En este nuevo albor!

Zuri dejó el gran libro abierto en la mesa y le dio la vuelta hacia los representantes. Había pulcros bloques de su perfecta caligrafía a un lado. Espacios para doscientas firmas en el otro. Para ayudar a redactar la declaración, Savine había hecho venir desde las Tierras Cercanas a su abogado Temple, quien tenía el mejor ojo que conocía tanto para el arte como para la ciencia de un contrato. Leo podía parlotear cuanto quisiera sobre el pasado, pero aquello allanaba el camino hacia un nuevo gobierno, un nuevo monarca, una nueva Unión.

Isher se levantó de un salto.

—¡Me honrará ser el primero en firmar! —exclamó, aunque nadie le había pedido serlo.

—¡Y yo el segundo! —gritó Heugen para no ser menos.

—¡Debemos instaurar un nuevo gobierno!

—¡Que se base en la justicia y la ecuanimidad!

—Debemos regresar a nuestros principios —dijo Leo, severo—. Y como primer paso hacia ello, elegir a un nuevo rey.

Los lores, que a todas luces ya se esperaban aquel giro de los acontecimientos, aplaudieron de nuevo, pero Savine vio rostros preocupados en el otro lado de la cámara. A fin de cuentas, los Quemadores habían humillado al rey, pero ni siquiera ellos se habían atrevido a reemplazarlo. Terminaron convenciendo a un anciano de pelo ralo para que se levantara, con las manos agarradas y más aspecto de suplicante dirigiéndose al trono que de orgulloso representante del pueblo.

—Milord Brock, si me permitís… Nadie de aquí, por supuesto, duda de vuestros motivos… —Desvió una mirada nerviosa hacia los muchos y leales soldados de Leo—. Ni tampoco soñaría jamás con negar vuestra contribución, ni corregiría una sola palabra de vuestro admirable discurso…

—Intuyo que ahora llega el «pero» —dijo Isher, con una ceja blanca alzada.

—… pero a la hora de elegir un nuevo rey… ¿no tenemos todavía… bueno… uno antiguo del que preocuparnos?

El silencio fue absoluto. Entonces Leo se encogió de hombros.

—Siempre he sido más de actuar que de preocuparme.

Risas burlonas desde la bancada de los nobles.

—Pero lord Brock, Orso es el gran rey ungido de la Unión. ¡Llevaba la corona! No podemos descartarlo sin más por…

—Ah, resulta que sí podemos —dijo Leo—. Tal que así. —Chasqueó los dedos con un sonoro estallido—. Ya está fuera de mi mente.

Algunos lores se rieron jactanciosos. Otros chasquearon los dedos con sorna en la cara del anciano. Otros miraron desdeñosos hacia todo el lado plebeyo de la cámara, y su desprecio se reflejó una y otra vez en los espejos hasta perderse en la lejanía. La unidad y el respeto, por lo visto, eran solo para quienes hacían lo que se les decía.

Por una vez, todo estaba yendo tal y como Leo deseaba.

—¡Quiero una votación a mano alzada! —dijo a la Cámara de los Espejos—. Sin ocultaciones. Sin sospechas. Que cada hombre deje

claras sus lealtades. Ahora mismo. Una votación abierta para elegir nuestro nuevo rey.

Una votación supervisada por él, que tenía a todas las tropas armadas de la ciudad, por no mencionar a cien hombres como mínimo en aquella misma cámara, bajo su firme mando. Solo un necio proponía una votación sin estar seguro del resultado, a fin de cuentas.

Isher se levantó sin perder comba.

—¡Propongo que el nuevo monarca prolongue el linaje del anterior! Propongo que nuestro nuevo rey sea el nieto natural de nuestro añorado rey Jezal. —Un hombre al que Isher había menospreciado en público siempre que le convenía—. ¡Propongo que nuestro próximo gobernante sea el infante Harod dan Brock!

Leo observó a los representantes. Estudió sus semblantes. Adivinó sus intenciones. Muchos no estaban nada contentos. Pero ninguno tenía las agallas para oponerse. Habrían votado a favor de coronar a una carreta de excrementos si con ello las cosas volvían a una cierta normalidad y les permitían retomar sus negocios, y hacer chistes, y dar paseos al sol sin el acuciante temor a la larga caída desde la Torre de las Cadenas.

Leo hizo a Glaward el asentimiento convenido.

—¡Que levanten la mano los representantes que voten por el infante Harod dan Brock como próximo gran rey de la Unión! —rugió Glaward.

En el lado noble de la cámara los brazos se alzaron tan deprisa que fue sorprendente que no salieran despedidos hasta el techo. En el lado plebeyo fueron más lentos. Pero no tardaron en comprender hacia dónde se decantaba la balanza. Con diversas expresiones de preocupación, desaliento y repulsa, fueron levantando la mano. Solo unos pocos opositores tozudos se quedaron cruzados de brazos fulminando con la mirada al monarca en ciernes, y Leo tomó buena nota de sus nombres. Ya los irían retirando con disimulo más adelante.

No tenía mucho aspecto de rey, pensó Leo al mirarlo. Tenía aspecto de un fardo blanco en brazos de su madre, quien con su infalible instinto para ser el centro de atención parecía haber

intercambiado a los bebés mientras los representantes votaban. Pero el rey Harod Segundo acababa de acceder al trono, como lo había hecho su abuelo el rey Jezal Primero, casi por unanimidad.

El estruendoso aplauso despertó al bebé monarca, que se puso a llorar. Pero el pequeño ya había cumplido con lo que se esperaba de él. Savine miró a Zuri y movió la cabeza hacia la puerta, y al poco tiempo el llanto del nuevo gran rey de la Unión dejó de oírse en la cámara.

Heugen ya se había puesto en pie.

—Su majestad es, a todas luces, demasiado joven para gobernar por derecho propio. —Señaló a Leo como si acabara de ocurrírsele la idea—. Propongo que su padre, lord Leonault dan Brock, y su madre, lady Savine dan Brock, gobiernen en su nombre como lord y dama regentes.

—¡Lo secundo! —gritó Isher, saltando otra vez de su asiento como un juguete a resorte.

—¡Y yo lo tercero!

Los nobles se levantaron como un solo individuo. Los plebeyos estaban más disgustados que nunca, pero Jurand hizo una seña sutil y los guardias empezaron a dar golpes con las conteras de sus bien afiladas alabardas contra el suelo para levantar un amenazante fragor, que enseguida espoleó a los rezagados para ponerse en pie. La Jueza los tenía bien enseñados. Nadie quería ser el último que quedara sentado. Habían permitido que se abriera una rendija en la compuerta y el caudal la había forzado de par en par. Ya no había forma de cerrarla y la riada se los estaba llevando a todos hacia el futuro.

Leo apretó los dientes, balanceó el peso hacia delante y se levantó. Hacer caso omiso al dolor fue fácil. Leo había padecido un infierno, pero viendo su reflejo en los muchos espejos, no era halagarse a sí mismo pensar que aún tenía buena planta.

—¡Os lo agradezco! Acepto humildemente este gran honor, esta gran responsabilidad. Yo soy soldado antes que nada, pero este es momento de cerrar heridas. De volver a fraguar lo que se quebró, más fuerte que nunca. ¡De volver a ser una Unión! —Descargó el puño en la mesa—. ¡Aquí se inicia una nueva era, amigos míos! No

habrá la corrupción del antiguo régimen. No habrá la necedad de los Rompedores ni la locura de los Quemadores. ¡Tendremos lo mejor de los dos mundos! ¡Justicia y buen gobierno para todos!

Aquello sí que recibió un apoyo absoluto. Los representantes ya estaban adelantándose a toda prisa. Haciendo cola para firmar. Los nobles primero, como correspondía, con un sonriente Isher encabezándolos.

Era el albor de una nueva era. Una era que Leo moldearía como viese conveniente. A Savine podía no gustarle cómo lo había conseguido, pero estaba hecho, y todas sus ambiciones cumplidas. ¿Cómo no iba a estar complacida? ¿Cómo no iba a agradecérselo?

Leo dio la vuelta pivotando sobre la pierna falsa para sonreírle.

Pero Savine tenía la espalda recta para mirar hacia la gran declaración, atenta a las primeras firmas que la refrendaban.

Debemos tener enemigos

Vick estaba tan agotada que, al sentarse, casi no acertó en la silla. Llevaba meses cansada. Años. No recordaba lo que era no estar cansada. Y la nariz rota tampoco ayudaba en nada.

Pero los prisioneros no iban a interrogarse ellos solos.

—Bueno… —dijo, y la palabra terminó con un suspiro que le dolió un poco—. Maese Sarlby.

Verle la cara hizo que no lamentara tanto cómo la tenía ella. Gunnar Broad se la había machacado hasta dejarla como una pulpa casi irreconocible. Podría decirse que tenía suerte de estar vivo, con la paliza que le habían dado. Pero «suerte» no era la palabra que correspondía a un hombre sentado donde estaba él.

—No hace mucha falta que refresquemos la memoria sobre tus delitos, ¿verdad? —le preguntó—. Estabas metido hasta las cejas en el Gran Cambio, desde Valbeck. Eras la mano derecha de la Jueza en el Tribunal Popular. Empujaste a docenas de personas desde la Torre de las Cadenas.

—A docenas —dijo Sarlby. Pronunciaba las des con un blando sonido de succión. Sería por la mandíbula rota—. Y lo haría de nuevo.

Vick se apretó un poco el dolorido caballete de la nariz. Estaba más allá de la repugnancia. Mucho más allá de la indignación. Todo aquello ya solo la cansaba.

—¿Dónde está el Tejedor? —preguntó, sin muchas esperanzas de obtener respuesta—. ¿Dónde está Pike?

—No lo sé —masculló él—. Pero si lo supiera, ¿crees que te lo

diría?

Vick desvió una mirada exhausta hacia la caja de instrumentos.

—Podemos probar a ver.

—Eres una traidora. A los tuyos. A ti misma. —Sarlby se pasó la lengua por los dientes partidos y escupió en la mesa—. Eres una embustera y una ladrona y una traidora a todo.

Vick se encogió de hombros.

—¿Y?

—¡Y nunca nos derrotarás! ¡Volveremos! ¡Más numerosos que nunca! ¡Más de los que podréis contar!

No tenía ninguna gracia, pero Vick no pudo contenerse y soltó una risita, y entonces tuvo que encogerse por el estallido de dolor en la cara.

—La gente se muere de ganas de librarse de vosotros. Están aclamando el final de los Rompedores y los Quemadores. Decíais que ibais a dar un buen golpe en favor del pueblo. Y lo único que hicisteis fue obligarlo a pasar hambre, congelarlo y matarlo. —Echó la espalda adelante con un gruñido. Joder, cómo dolía.

»La verdad, y te la dice alguien que pasó doce años en prisión, es que al final a la gente no le importa tanto ser libre. Lo que quiere es no pasar frío y comer bien y no tener que preocuparse. En concreto, quiere no tener que preocuparse de que la arrojen desde una torre por llevar el calzado incorrecto.

Sarlby torció los labios mirando a la mesa. O a Vick le pareció que lo hacía, al menos. No era fácil saber dónde tenía exactamente las comisuras de la boca.

—Llevábamos razón —murmuró, aunque sonaba a que estaba intentando convencerse a sí mismo más que a ella—. Ya lo verás.

—Lo dudo mucho. Pero sé que tú no lo verás. —Vick se apretó el pulgar contra la cadera agarrotada mientras se levantaba para marcharse de la mesa—. Van a ahorcarte mañana.

Sebo la estaba esperando en el pasillo, que olía a humedad. Llevaba un libro en las manos y la miraba con sus ojos grandes y tristes, como si aún confiara, incluso entonces, en que Vick pudiera de algún modo tener las respuestas. Mierda, se parecía más que nunca a su hermano. Eso también la cansaba.

—¿Otro para la lista? —preguntó Sebo mientras se ponía al paso de Vick, y sus pisadas resonaron amortiguadas en las húmedas paredes.

Vick respondió con un gruñido, mirando las puertas que iban pasando.

Sebo negó con la cabeza mientras anotaba una pequeña marca en el libro.

—Parece que las listas del lord regente son más largas aún que las de la Jueza. Pero al menos de estos se ocupan con disimulo, no los espachurran por todo el foso.

—¿Y eso es mejor?

—Supongo que cuando terminen con estos se acabará. Volveremos a lo normal.

—Eso decían los Rompedores. Y el archilector antes que ellos, ya puestos. Solo un par de enemigos que tachar. Solo tenemos que llegar al final de la lista. Pero la lista nunca para de crecer. —Aventuró un pequeño bufido, un resuello de aire que apenas se movió ante su cara hinchada, una pizca de moco salado al fondo de la garganta que nunca lograba tragarse del todo—. Debemos tener enemigos, Sebo. Siempre.

—Estás dicharachera hoy.

—Una ejecutora nunca está dicharachera. Y menos una que tiene la nariz rota.

Doblaron una esquina y Vick se detuvo en seco.

—Me cago en la puta —gimió Sebo.

Ya sabían que iba a venir, pero la visión de Savine dan Brock bajo el Pabellón de Interrogatorios seguía siendo tan impactante como encontrar de pronto un diamante en una pocilga. Parecía una mujer distinta de la que Vick había conocido en aquel carruaje bamboleante de camino a Valbeck, con la cristalina perfección de una muñeca cara. Tenía la misma pose inmaculada, tal vez, y la misma mirada calculadora, pero se la veía más sincera. Más humana. Menos joyas, menos adornos, montones de virtuoso blanco. La Madre de la Nación, habían empezado a llamarla. De algún modo, había convertido el pelo corto y la cicatriz en ventajas. Estaba hermosa y además transmitía que le importaba una mierda

lo que opinaran los demás.

—Dama regente. —Vick hizo una torpe inclinación—. Mis disculpas, pero una reverencia mía es algo que no debería tener que ver alguien de vuestro refinado gusto.

—He afrontado horrores más innombrables, inquisidora Teufel. ¿Volvéis a ser inquisidores, por cierto?

—No creo que nadie lo sepa todavía.

—Todos estamos buscando un rumbo por aguas inexploradas. —dijo la dama regente, aunque a Vick le parecía alguien que sabía con todo detalle hacia dónde iba—. ¿Te encuentras bien, maese Sebo?

—Tolerablemente… mi señora —logró gorgotear Sebo.

—Tolerablemente es lo más a lo que puede aspirarse en los tiempos que corren. Inquisidora Teufel, tengo entendido que has hecho juramento de lealtad a mi hijo.

Vick enarcó las cejas. Hasta eso era un esfuerzo.

—Trabajé durante años para vuestro padre, el adoptivo, no el otro, así que aprendí a captar las indirectas. Me dio la impresión de que la oferta de vuestro marido era hacer el juramento y seguir en la silla del inquisidor o negarme y pasar a la del preso. Pero siempre he sido una traidora y una mentirosa, así que… tampoco fue difícil. —Levantó los hombros con impotencia—. No seré yo quien ponga palos en las ruedas a la nueva Unión. O a la nueva nueva Unión, supongo.

La dama regente tuvo la decencia de mostrar un leve remordimiento por la forma en que había resultado todo. Hasta eso logró que le quedara bien.

—Por favor, créeme si te digo que las cosas no son como yo quería.

Nunca había que permitir que vieran tus sentimientos. No había que dejarles pensar que los tenías. Si mostrabas dolor, estabas pidiendo que te lo infligieran. Pero Vick estaba exhausta, rota, dolorida. Por algún motivo, solo podía pensar en la última sonrisa triste de Sibalt. En Malmer y los demás meciéndose sobre el camino que salía de Valbeck. En todos esos nombres tallados en la plaza de los Mártires. En toda esa gente que había caído de la Torre de las

Cadenas.

Descubrió que se había acercado a Savine, descubrió que estaba mirándola a los ojos, descubrió que, por una vez, estaba siendo sincera.

—Me basta con… que me digáis que mejorará. —Notaba la garganta atenazada, como si aún tuviera las manos del cabo Sonrisas en el cuello magullado—. No tiene por qué ser un paraíso. —Tuvo que forzar las palabras a través de los dientes apretados—. Pero no puede haber sido todo en vano, ¿lo entendéis? No puede.

Se hizo el silencio en el mugriento pasillo, durante un momento. La dama regente parpadeó mirando a Vick como si estuviera viéndola por primera vez. Luego asintió con delicadeza.

—Lo entiendo. Y haré todo lo que esté en mi mano.

—Bien. —Vick carraspeó—. Bien.

Se volvió, intentando tragarse aquel nudo de la garganta, secándose los párpados con un nudillo. Sebo estaba junto a la pared, mirándola como si hubiese visto a Euz levantándose de la tumba.

—¿Qué? —le ladró Vick.

—Nada —gorjeó él.

Vick cuadró la mandíbula y cogió el pomo de la puerta.

—Pues a trabajar.

Nunca había albergado mucha antipatía hacia los prisioneros. Hasta reprobarlos le suponía un esfuerzo últimamente. Pero con aquel estaba dispuesta a hacer una excepción.

—Todavía quedan hombres a los que será un placer ahorcar —dijo, plantando los puños en la mesa rayada.

Spillion Sworbreck se encogió en la silla, desnudo, con las mejillas surcadas de las lágrimas que nadie le había visto derramar por todos a los que había enviado a la larga caída.

—Inquisidora, por favor —balbuceó el preso—, vos sois mujer de *mundo*. Comprenderéis la *posición* en la que estaba, las *concesiones* que debían hacerse. Soy, lo reconozco sin ambages, un hombre débil. ¡Siempre me he dejado arrastrar! ¡Las grandes pasiones y las personalidades poderosas me llevaban como una hoja al viento! Os lo ruego. Os lo *suplico…*

—No sirve de nada pedirme clemencia —lo interrumpió Vick—. No se me permite ninguna. Podrías tener más suerte con ella. —Señaló con el mentón hacia la puerta—. Pero lo dudo muchísimo.

—Ay —dijo él, con un hilo de voz, mientras la dama regente entraba en la sala con gélida majestuosidad—. Ay, madre.

Savine se acomodó en la silla del inquisidor con un frufrú de lujosa seda mientras Sworbreck se hundía más y más en su asiento, con un tenue tintineo de cadenas. Si pudiera hundir la cabeza entre los hombros como una tortuga, Vick imaginó que lo haría.

—Lo capturaron en el puerto —dijo—, intentando salir de la ciudad disfrazado de mujer. Es de las pocas personas en todo el Círculo del Mundo que puede afirmar sin equivocarse que los vestidos le quedan peor que a mí.

—Lady Savine… —Las pestañas de Sworbreck aletearon y cayeron nuevas lágrimas por su cara—. Alteza, os lo suplico.

—Cierra la puta boca —susurró Savine furiosa, apretando los dientes. Cerró los ojos, recobró la compostura, respiró hondo y entonces los abrió, duros como pedernales—. Debes comprender… lo mucho que me estoy reprimiendo para no hacer que te lleven a rastras a la Torre de las Cadenas y te arrojen a tu muerte.

—Lo comprendo, alteza, de verdad que sí, de verdad, por favor, tenéis que ser consciente de que… de que perdí la perspectiva.

—¿La perspectiva? ¿Eso es lo que perdiste?

—Me dejé llevar… y no por primera vez. Cuando estaba en las Tierras Lejanas, que los Hados me asistan… ¡Qué fácil soy de descarriar! ¡Es que nunca aprendo! Fue culpa del *momento…* Fue culpa de la *Jueza*… ¡No sabía lo que estaba haciendo!

—¡Venga, por favor! Lo único por lo que te dejas llevar, Sworbreck, es por tu propio poder, y por tu crueldad, y por tu arrogancia.

—Soy un gusano —susurró él, dejando caer la cabeza y las lágrimas—. ¡Un inmundo gusano!

—Qué va. Los gusanos hacen algún bien. —Savine se reclinó muy despacio, con el labio torcido de repugnancia, mientras el iracundo sonrojo remitía de sus mejillas—. Quizá seas un embustero cobarde, quizá seas un ridículo fantasioso, desde luego eres una

escoria desleal, pero por razones que se me escapan del todo… la gente te escucha.

—¡Así es, lady Savine! —Una súbita esperanza le iluminó el semblante—. Alteza, dama regente, *siempre* ardo en deseos de servir en cualquier posición, por humilde y modesta que…

—Volverás a escribir sobre mí —dijo Savine.

—¿Ah, sí?

—Igual que hiciste en *La Bienamada de los Barrios Pobres*. Tu mejor obra.

Una sonrisa fugaz en los labios de Sworbreck.

—¿Eso opináis?

—El mejor zurullo de la cloaca —gruñó Vick, haciendo que se encogiera otra vez.

—Me llenarás de alabanzas —dijo Savine.

—¡Os haré llover cumplidos, alteza! ¡Bruñiré vuestra leyenda! ¡Os elevaré sobre un verdadero *almohadón* de elogios! ¡La salvadora del pueblo! ¡La Madre de la Nación! A vos y a vuestros hijos —gimoteó Sworbreck—. Y a vuestro noble marido, por…

—A mis hijos sí. Que mi marido ensalce sus propias virtudes.

—¿Seguro que no queréis ahorcar a este hijo de puta? —preguntó Vick.

Parecía no haber más justicia en el mundo que cuando la Jueza presidía el Tribunal Popular. Pero, en fin, la justicia siempre había sido un bien escaso. ¿Quién iba a saberlo mejor que ella, a quien habían robado años de su vida por crímenes ajenos?

La dama regente la observó con atención.

—Trabajaste durante años para mi padre. Deberías haber aprendido a no ahorcar lo que aún tiene uso. —Miró a Sworbreck entornando los ojos—. Te recomiendo volver a tu imprenta y no dejar que se enfríe nunca. Ahora vives para hacer que se me adore. Y vivirás el tiempo exacto que me resultes útil. —Savine se levantó y miró altiva al sollozante exfiscal—. Ni un segundo más.

Un mar de poder

—¡Sed todos bienvenidos a esta reunión general extraordinaria de la Sociedad Solar de Adua!

Curnsbick, resplandeciente en un chaleco bordado con soles en llamas, abrió los brazos y compuso una sonrisa radiante. El aplauso fue atronador. Toda la frustración y el terror contenidos en los últimos meses se liberaron en una oleada de gozo y alivio.

—¡Muchísimas gracias a nuestra esplendorosa mecenas, la dama regente y madre del rey, Savine dan Brock!

Curnsbick hizo una humilde inclinación de cabeza hacia el palco de Savine, que bajó el abanico para devolverle un asentimiento y una sonrisa. Hubo una especie de ondulación en el público a medida que todas las caras se volvían hacia ella. La ovación, si es que era posible, se hizo más estruendosa. La sonrisa de Savine, si es que era posible, se hizo más amplia. Alegres gritos, admirados murmullos. Alguien gritó:

—¡Viva la Madre de la Nación!

Savine quería creer que había cambiado. No era en ningún aspecto la misma mujer que se había sentado en aquel palco dos años antes, acaparando con celo toda la adulación. Pero ¿a quién disgustaba que la aplaudieran? Echó un beso a Curnsbick. Una bobada sentimental, quizá, pero parecían estar de moda.

—¡Cuánto se ha destruido sin motivo! —exclamó Curnsbick mientras cesaban los aplausos—. ¡Todos los presentes hemos perdido a amigos! A colegas. A socios. A parientes. —La voz se le perdía aguda y tuvo que parar. El público murmuró animándolo, se

secó los ojos, urgió al gran maquinista a continuar. Curnsbick cerró el puño y lo sacudió hacia nadie en concreto—. ¡Pero quienes seguimos aquí no debemos permitir que el pasado nos entierre! No podemos permitirnos que nos hundan lamentos y reproches. Debemos mirar hacia el futuro. Nuestros difuntos amigos no querrían que sus asientos permanecieran vacíos. ¡Y ya contamos con nuevos miembros, jóvenes inversores, dinámicos inventores que bullen de ideas y entusiasmo, que anhelan empujar adelante la gran obra!

Vítores entusiastas. Mientras la atención estaba en otra parte, Savine se ocultó un momento tras el abanico, tomó un diminuto pellizco de polvo de perla y pestañeó por aquel delicioso y vigorizante ardor en la cara. Gracias a los Hados, el comercio de todo tipo volvía a fluir en la ciudad, por lo menos para quienes tenían dinero. Savine quería creer que había cambiado, pero la madre del rey, como cualquier madre, necesitaba un empujoncito de vez en cuando.

—¡Es el amanecer de una nueva era, amigos míos! ¡Un nuevo principio! —Había lágrimas en las mejillas de Curnsbick—. ¡El Gran Cambio ha quedado atrás, y ante nosotros se abre un panorama de prosperidad como la humanidad jamás ha contemplado!

Ya estaban todos de pie. Deshaciéndose en hurras, aplaudiendo, sollozando. Era un arrebato casi religioso. Curnsbick se las vio y se las deseó para hacer oír sus últimas palabras:

—¡Progreso, amigos míos! ¡Progreso!

Savine también se levantó para aplaudir.

—¡Bien dicho! —Cogió el pañuelo que ya le tendía Zuri para secarse una lágrima del rabillo del ojo sin que corriera peligro el maquillaje—. Bien dicho.

Ya había congregada una multitud considerable bajo las dos enormes lámparas de araña y el tocón de donde había estado colgada la tercera, y el aire estaba cálido de emocionada cháchara, denso de conversaciones sobre reconstruir y renovar, sobre grandiosas visiones y enormes oportunidades. Los grupos de caballeros vestidos con vivos colores se deshacían y volvían a formarse, atraídos por vertiginosas corrientes y remolinos, y los

vestidos de las damas eran pálidos puntos en la inundación.

El vestido de amamantar blanco de Savine estaba por todas partes, como también su modesta ausencia de joyas, su pelo rapado y, que los Hados la asistieran, ¿estaba viendo a una mujer que llevaba pintada una cicatriz como la suya? Savine se había enorgullecido de ir a la vanguardia de la moda, pero aquella imitación servil era algo nuevo. Algo a la vez gratificante y un poco inquietante.

—¡Es la dama regente! —casi chilló alguien.

Las conversaciones murieron al instante. Todos los ojos se volvieron hacia ella.

Por un momento, Savine sintió que el terror se apoderaba de ella. Como si pudieran ver en su interior, encontrar todos los secretos, toda la culpa y todo lo que desearía no haber hecho. Como si pudieran denunciarla allí mismo y llevarla a la Torre de las Cadenas.

Entonces Curnsbick dio un paso adelante.

—Alteza —murmuró, hincando una rodilla.

Como si estuviera acordado de antemano, cada hombre y mujer, varios centenares de las personas más ricas y talentosas de la Unión, se inclinaron con él, haciendo reverencias, compitiendo feroces por llegar más cerca del suelo que nadie.

Savine quería creer que había cambiado. Se había llevado una paliza en Valbeck. Había superado a trancas y barrancas el año siguiente hasta recuperarse por fin y entonces se había llevado otra paliza en Stoffenbeck. Todo el mundo se había llevado una paliza con el Gran Cambio. Después había pasado seis meses escondida, entregada a sus bebés, a su marido, a su obra caritativa, y al final se había llevado otra paliza más en el Tribunal Popular y en lo alto de la Torre de las Cadenas. Aunque allí, todo había que decirlo, ella había atizado mucho más que recibido.

Savine quería creer que había cambiado. Que había salido de los calvarios siendo una mujer mejor. Pero quizá era como una lámina de acero, que la presión combaba para darle nuevas formas pero que, a la menor oportunidad, de inmediato saltaba de vuelta a la original. En la cálida corriente del vestíbulo, las ascuas de la ambición volvían a llamear más ardientes que nunca. No podía

negar la satisfacción que sentía al ver que cada hombre y mujer no solo buscaba su dinero, no solo aspiraba a su aprobación, no solo la envidiaba, sino que además se arrodillaba ante ella.

Savine quería creer que había cambiado. Pero ¿a quién no le agradan las reverencias?

Los dejó allí abajo el tiempo suficiente para que supieran que podría dejarlos arrodillados toda la noche. Luego compuso su sonrisa más dulce.

—¿Queréis dejar de hacer bobadas? Levantaos, por favor.

Tragó aquella horrible y encantadora amargura del polvo de perla y bajó majestuosa los peldaños hacia el vestíbulo. Su vestíbulo. En otro tiempo había librado batallas allí. Ahora reinaba sobre el lugar como la vencedora incuestionable. La docena de anglandeses con armadura que la seguían allá donde iba eran un poco molestos y ruidosos, y había más apostados en todas las entradas del teatro. En sus momentos más suspicaces Savine se preguntaba si Leo los enviaba con ella para vigilarla además de protegerla, pero supuso que toda figura de calibre debía llevar su séquito. Hubo una marea de cabezas agachadas, un crujir de faldas haciendo reverencias, una oleada de fascinado respeto por dondequiera que pasaba.

—Una podría acostumbrarse a esto —musitó Zuri, cogiendo el lápiz de detrás de su oreja, y tenía razón, como siempre. Lo único que tenía que hacer Savine era sonreír y venían a ella en tropel como cerdos a la hora de llenar el comedero.

—Mis estudios demuestran que hay espacio para construir tres mil viviendas dotadas de los últimos adelantos, y eso solo en la zona quemada de las Tres Granjas. ¡Los últimos adelantos, alteza! ¡Agua corriente!

—Nuevos barcos, dama regente. Barcos altísimos. Ciudades sobre el mar, erizadas de cañones. Capaces de destruir todo lo que lleven al agua esos cabrones estirios. ¡La Unión volverá a dominar los mares!

—¿Habéis tenido ocasión de echar un vistazo a mis diseños, dama regente? ¡Unas estatuas mejores en la vía Regia, que celebren lo nuevo sin dejar de remontarse a la gloria de lo antiguo!

—Una oficina de patentes nueva y mejorada debería ser

prioritaria, alteza, con la agitación que hay, unas nuevas bases para la nueva era…

Zuri era, si acaso, más habilidosa que nunca. Su lápiz se movía con una destreza inhumana, estenografiando todo lo que merecía la pena apuntar en el libro, registrando las citas, cortando los días venideros en rebanadas de oportunidad, asignando un valor a cada fracción de la atención de Savine e impidiendo que se desperdiciara ni una sola migaja. Era muy parecido a los viejos tiempos, solo que mejor. Savine había echado de menos el abanico, como haría un guerrero herido con su espada, y al regresar al campo de batalla lo blandía con renovada ferocidad.

—¡Los cañones son la mejor inversión, dama regente! ¡Con mis nuevas técnicas de vaciado, disparan con el doble de velocidad, el triple de alcance y diez veces la fiabilidad!

—¡Los raíles son la mejor inversión! ¡Qué potencial! Sin duda, una mujer con vuestra visión de futuro no puede hacer caso omiso al potencial que…

—Calles encima de calles, ¿podéis imaginarlo?

—¡Solo necesito que me concedáis un momento, alteza! ¡Solo un instante!

Uno por uno, iba haciéndolos acercarse con sus planes, sus sueños, la luz de la certeza fulgurante en sus miradas. La más leve sonrisa de Savine iluminaba sus caras con puro deleite. Su más leve fruncimiento de ceño los anegaba de terror. Cuando concluía cada entrevista con un chasquido de abanico, pensaba en lo que había sido recorrer encogida las calles de Valbeck, esconderse en el bosque después de Stoffenbeck, subir impotente al banquillo ante la Jueza, y gozaba de su poder.

—¡Lo único que necesito es el apoyo del estado!

—¡Una sola palabra vuestra podría cambiarlo todo!

—¡Solo un momento con el lord regente!

—¡Es lo único que necesito!

—¡Curnsbick! —entonó Savine, tendiéndole la mano.

—Alteza —dijo el gran maquinista, agachándose para besarla—. Y Zuri, tan radiante como siempre. ¿Cuándo diantres piensas venir a trabajar para mí?

—Un minuto después de nunca —repuso Zuri, y echó un vistazo rápido al reloj de oro que había reemplazado al de plata colgando de su cuello.

—Ha sido un discurso verdaderamente emotivo —dijo Savine—. Podría muy bien ser el mejor que has dado nunca.

—Me ha salido del corazón, ya sabéis, todo de corazón. —Curnsbick llevó la mano con toda delicadeza al codo de Savine y la atrajo a una distancia conspirativa—. Hemos salido bien parados, ¿verdad?

—Nosotros sí —dijo ella, dándole unas palmaditas en los nudillos—, aunque las… cosas que hemos tenido que hacer puedan atribularnos de vez en cuando.

—Nosotros sí. —El rey de los inventores tenía un aspecto un tanto enfermizo. Quizá pensaba en su elevador para la Torre de las Cadenas. O en su máquina de ahorcamiento automático—. Pero muchos otros no. A veces pienso… que debí hacer más. Pero mi antiguo socio Majud siempre me decía que un buen hombre de negocios debe quedarse al margen. —Carraspeó, se sacudió el ánimo sombrío, miró hacia el futuro—. Estoy planeando tender una ruta de raíles hasta Valbeck, ¿sabéis? Con un puente construido por vuestro amigo maese Kort. Espero obtener unos dividendos excelentes para mis inversores.

—Tú jamás decepcionas a tus inversores, pero tengo otros negocios que atender.

—Ya lo creo. Ya han empezado a excavar los cimientos para vuestro nuevo gran orfanato, según dicen. —Se acercó más para murmurar—: Y tengo entendido que habéis comprado la mitad de las Tres Granjas a precio de ganga. Esa podría terminar siendo la mejor inversión de vuestra vida.

Savine no se habría sorprendido si resultara ser de las mejores de toda la historia, sobre todo porque también había adquirido la mitad de los Arcos.

—Lo hago por los inquilinos, entiéndeme. La mayoría están pagando menos de medio arriendo. Por el momento, al menos.

—Siempre supe que teníais un corazón generoso.

—Recuerdo haberte oído decir algo parecido. De hecho, puede

que tenga un regalo para ti.
Curnsbick la miró por encima de los anteojos.
—¿Por qué me da la impresión de que querréis algo a cambio?
—Porque sabes que mi corazón generoso bombea sangre a un cerebro calculador. Se trata de un asiento.
—Aún no estoy pensando en retirarme, alteza.
—Por eso no temas. El asiento es decididamente incómodo. —Llegó su turno de murmurar, tapándose la boca con el abanico—. En el Consejo Cerrado.
Curnsbick trató de mantener la calma, pero Savine reparó en que sus dedos se crispaban ansiosos.
—¿A quién más se lo habéis planteado?
—Tú eres mi primera elección, por supuesto.
—En ese caso, antes de proponérmelo, querríais tener situados ya a unos cuantos amigos.
Savine sonrió.
—Es posible que me conozcas demasiado bien. He tanteado a Vallimir y a Kort.
—¿Y os han dicho que sí?
—¿Te imaginas a alguno de los dos rechazándome antes de ser la madre del rey? ¿Y ahora? —Contempló el vestíbulo repleto de aduladores que intentaban desesperados cruzar la mirada con ella y soltó una carcajada—. Venga, por favor.
Curnsbick lanzó una mirada hacia su exagerada guardia personal y bajó la voz.
—¿Y… vuestro marido ha dado su permiso?
A Savine no le gustó nada la palabra «permiso». La irritaba que la gente pudiera pensar que debía pedirlo.
—No se opondrá.
—¿Estáis segura? Dicen que el Joven León no es de trato fácil en estos tiempos. Está demostrando ser bastante reacio a la hora de compartir el poder, y más vengativo que Glustrod ante la menor insinuación de un desaire a…
—Ya me preocuparé yo de mi marido.
Curnsbick no parecía convencido del todo. Parecía, en realidad, más bien asustado.

—¿Puedo negarme?

—Por supuesto. Pero yo a ti sí que te conozco demasiado bien, y nunca has podido dejar pasar una oportunidad de moldear el futuro. Te haré saber las condiciones.

Y, concediéndole su favor con un toque de abanico, siguió adelante. Le había llamado la atención alguien que deambulaba sin apartarse mucho de la pared.

Por una vez, Selest dan Heugen no intentaba ser el centro de atención. De hecho, lo único a lo que no había llegado en sus esfuerzos por fundirse con el entorno era ponerse un vestido a juego con el papel de la pared. Pero Savine no iba a dejar que se le escapara con tanta facilidad.

—¡Selest! —llamó—. Confío en que no estés intentando evitarme.

La reverencia que le dedicó Selest tuvo algo de animal acorralado mientras Savine se le echaba encima con su falange de guardias.

—Solo… porque me asusta enfrentarme a vos —dijo, lo cual por lo menos era sincero—. Alteza, debo disculparme…

—Podría ser buena idea.

—Yo siempre… me había tenido por una persona intrépida. —Selest miró al suelo como si intentara contener las lágrimas—. Pero lo cierto es que… cuando corrí un peligro real… fui una cobarde absoluta. Es… una verdad difícil de asimilar sobre una misma.

—Si el Gran Cambio nos enseñó algo, es que la inmensa mayoría de nosotros somos unos cobardes la inmensa mayoría del tiempo.

—Vos no.

Savine sonrió. ¿Había algo mejor que ver a una enemiga humillada?

—Tengo mis buenos momentos. Pero ahora a todos se nos ofrece un nuevo principio. La oportunidad de rehacernos desde cero. Puede que no te cubrieras de gloria en el Tribunal Popular, pero saliste viva de allí. Eres implacable, ambiciosa, lista e insistente. Cualidades que podrían interesarme, si estuvieras dispuesta a servir a Su Augusta Majestad.

Selest tragó saliva.

—Estoy deseosa de ponerme a su servicio, por supuesto. —Alzó la mirada nerviosa, con la cabeza todavía gacha—. O al de vuestra

alteza. —Lo cual se acercaba más a las intenciones de Savine—. Solo… tenéis que decirme en qué.

Lo más probable era que temiese acabar enviada como emisaria a la lejana Thond o sirviendo como alfombra en el palacio. La idea tentaba un poco a Savine. Pero hay que arreglárselas con los instrumentos de que disponemos, como tanto le había gustado decir a su padre.

Dejó que la angustia de Selest se prolongara solo un poquito más antes de soltárselo como si no fuese nada del otro mundo.

—En el Consejo Cerrado.

—Pero… —Selest tenía todo el aspecto de que un aleteo de abanico pudiera derribarla—. Que yo sepa, las mujeres no tenemos permitido…

—Fui muy meticulosa con el texto de la Gran Declaración. El género de los miembros del Consejo Cerrado no se especifica en ninguna parte. No hemos llegado donde estamos teniendo demasiado respeto por la tradición, ¿verdad? Yo pretendo estar en él, eso puedes darlo por seguro.

—Lady Savine… no sé qué decir.

—No digas nada, entonces. —Savine se inclinó hacia ella—. Y deja que tu lealtad hable por ti.

—La lealtad es importantísima, ¿verdad?

Savine se volvió ceñuda y encontró a aquel secuaz del Primero de los Magos, Yoru Sulfur, mucho más cerca de ella de lo que habría querido.

—Alteza —dijo el hombre, con una leve inclinación envarada—, llevo ya un tiempo solicitando una audiencia con vos.

Savine hizo un gesto hacia la ansiosa multitud congregada en torno a ellos, aunque a Zuri no se la veía por ninguna parte.

—Hablo con quienes deseo hablar, maese Sulfur. Para el resto, no hay cantidad de solicitudes que pueda suponer la menor diferencia.

Abrió el abanico de golpe para concluir la conversación, pero Sulfur no captó la indirecta.

—¿Creéis que habéis ganado? —preguntó.

Savine sonrió al vestíbulo lleno de sonrisas, reina en todo salvo

en nombre.

—Es más bien lo que parece.

—Las apariencias engañan.

—Casi con tanta habilidad como los magos.

Eso no le hizo ninguna gracia a Sulfur, que entornó con furia sus ojos de distinto color.

—Mi maestro obtendrá satisfacción —dijo, con un matiz de amenaza en la voz—. No hay manera de esconderse de él.

—¿Quién se esconde? —replicó Savine, levantando la barbilla—. Los Rompedores hicieron todo lo que pudieron en Valbeck y aquí estoy. Los cañones hicieron todo lo que pudieron en Stoffenbeck y aquí estoy. La Jueza hizo todo lo que pudo en la Torre de las Cadenas y, aun así, aquí estoy. Tú hiciste lo que pudiste para destruirme también, si no recuerdo mal, chismorreando con mis secretos más feos por toda la ciudad, y solo sirvió para hacerme más poderosa.

—Vuestro poder es prestado. —Sulfur pronunció cada palabra con iracundo celo—. Y, como podría deciros cualquier banquero, lo prestado debe saldarse. Con *intereses*.

Mientras se inclinaba hacia ella para sisear la última palabra, un guardaespaldas de Savine se apresuró a situarse delante de él.

—¿Este hombre os está molestando, alteza?

—En realidad no —respondió Savine—. Pero echadlo de todos modos.

Dos guardias asieron a Sulfur por las axilas y se lo llevaron hacia la puerta, con los pies apenas rozando el suelo. La constante presencia de hombres armados podía sacarla a una de sus casillas un poco, pero desde luego tenían su utilidad.

—¡Tendréis noticias nuestras! —gritó Sulfur mientras lo arrastraban entre el gentío—. ¡Mi maestro obtendrá satisfacción!

—¿Tu maestro quiere algo de mí? —Savine dio la espalda a Sulfur con un bufido—. Pues que se ponga a la cola.

Y la risa burlona de la multitud siguió al mago hasta la puerta.

Savine no había hecho de la sociedad un nido de víboras. Solo había hecho voto de reptar hasta su cima.

¿Quién podía negar que lo había conseguido?

No por las recompensas

Las inmensas banderas de Angland y de la Unión cubrían por completo las fachadas de los almacenes, inflándose un poco por la brisa. Las filas de soldados con uniforme oscuro estaban en rígida posición de firmes. Las cornetas interpretaban una desmañada fanfarria. La harapienta multitud dio unos pocos hurras dispersos mientras lady Finree descendía al embarcadero, seguida de unas decenas de prohombres anglandeses mareados por la travesía.

Leo renqueó hacia el grupo, con el brazo que le funcionaba extendido para abrazarla.

—¡Madre!

No podía decirse que Leo se hubiera acostumbrado a sus heridas. Al dolor, a la vergüenza, a la bullente frustración. Pero sí se habían vuelto conocidas. Rutinarias. Ver el horror mal disimulado en la cara de su madre fue como mirarse al espejo, mutilado, por primera vez.

—Tiene peor pinta de lo que es —dijo—. La pierna me la hizo Curnsbick. ¡Va tan bien que estoy pensando en decirle que me cambie la otra! Y estoy recobrando un poco de movilidad en el brazo, además.

Meneó el codo izquierdo tanto como pudo, intentando que no se le notara el dolor y confiando en que la mano flácida no se le saliera de la casaca.

—Leo. —Su madre le quitó una mota de pelusa del uniforme y lo abrazó con fuerza, a todas luces intentando impedir que se le saltaran las lágrimas—. Creía que no volvería a verte nunca.

Apretó la cabeza contra el pecho de Leo. Tenía el pelo mucho

más canoso que la última vez que se habían visto. Por los muertos, ¿de verdad era posible que hiciera menos de un año?

—Me… alegro de que te equivocaras.

Podría quedarse allí todo el día, abrazándola. Pero había gente mirando. Un apego sentimental a su madre podía quedar bien. Una necesidad desesperada de su apoyo, no. Carraspeó, dio un paso atrás y lo dejó un momento para que se secara los ojos empañados.

—Tu carruaje te espera.

Hizo todo lo posible para caminar con ligereza, abrir la portezuela y ayudar a su madre a subir. Pero al seguirla le resbaló el pie de hierro en el estribo y el talón se quedó enganchado.

—Mierda —gruñó.

Lo retorció, tiró de él, se frustró cada vez más.

—Leo, deja que…

—¡No hace falta! —restalló él mientras por fin se liberaba y giraba el cuerpo para sentarse, con los dientes apretados de dolor.

Cerró de un portazo y el carruaje partió con una sacudida hacia el Agriont. No le gustaba ver la consternación en los ojos de su madre, así que contempló adusto por la ventanilla la guardia de honor que cabalgaba a ambos lados del carruaje, con guarniciones pulidas hasta brillar como espejos, y deseó estar a caballo con ellos. Escuchó los cascos golpeteando en los adoquines y recordó la carga en la colina roja. El Joven León, galopando hacia la gloria.

—Siempre me ha parecido que no te gustaban nada los carruajes —dijo su madre.

—Y no me gustan, pero… —Pero ir a caballo era un suplicio, ya le dolía más de lo que podía soportar y la idea le daba náuseas—. Por ti lo que haga falta. ¿Has traído más soldados?

—Mañana debería llegar otro regimiento. Juraría que apenas quedan hombres con menos de treinta años en Ostenhorm.

—Necesito hasta el último anglandés leal —dijo Leo—. Para mantener la paz. Para mantener el orden. Para mantener a la gente… a salvo.

Su madre pareció incluso más consternada al oírlo.

—Recuerdo lo que decía siempre tu padre… sobre los principios fundacionales de la Unión. —Ella siempre había opinado que el

padre de Leo era un necio, y él empezaba a darle la razón—. Es posible pasarse de orden, Leo. La gente necesita libertad.

—Díselo a los que se hicieron picadillo despanzurrados desde la Torre de las Cadenas —espetó Leo—. La libertad es un lujo que no podemos permitirnos ahora mismo.

—Por supuesto —dijo ella, bajando la mirada al suelo—. Las cosas hay que hacerlas a su ritmo. Con cautela. —Volvió a mirarle a los ojos, y parecía haber perdido color en la cara—. ¿Tienes noticias… del Primero de los Magos?

Leo frunció el ceño.

—¿De ese viejo idiota? ¿Por qué iba a tenerlas?

—En el pasado, ejercía… una influencia *muy* considerable.

—En el pasado, tal vez.

—Fue en parte gracias a su apoyo que tu padre llegó a lord gobernador.

—¿Cómo?

Su madre se inclinó hacia delante. Era una mujer que había combatido a un ejército de norteños sin ser derrotada, y parecía atemorizada hasta la médula.

—Se le hicieron ciertas promesas. No es un hombre que olvide una deuda sin más.

—Por desgracia, todos los bancos ardieron en el Gran Cambio. Me parece que las deudas ardieron con ellos.

—Dudo muchísimo que él vaya a verlo así.

—¿Qué me importa a mí cómo lo vea?

Su madre parpadeó.

—Leo, no lo comprendes…

—¡Tengo problemas más importantes que contentar a unos hechiceros! ¿Has visto cómo están las cosas por aquí?

Señaló hacia la ventana. Estaban llegando a una parte quemada de la ciudad, de ventanas chamuscadas y portales abiertos y vacíos.

—Por los Hados —susurró su madre, contemplándolo todo con los ojos como platos.

Leo se había familiarizado con las heridas de la ciudad, tal vez, igual que con las suyas, pero en ese momento también las vio con nuevos ojos.

—Los muy hijos de puta lo destruyeron todo —dijo apretando el puño—. No puede volver a pasar nunca. Necesitamos un ejército fuerte. Una Inquisición vigilante. Los Rompedores y los Quemadores siguen ahí fuera, en las provincias. ¡Como gusanos de mierda en las entrañas de la nación! Tenemos que desenterrarlos cuanto antes. Enseñar a nuestros enemigos a temernos. Los putos estirios, los putos gurkos, el puto Viejo Imperio. Tenemos que tomar el control.

A él le parecía de cajón, pero su madre ponía más cara de consternación que nunca.

—Debemos mostrar nuestra fuerza, pero… necesitaremos hacer amigos antes de buscarnos más enemigos, ¿no te…?

—¡Sabes que nunca he buscado enemigos! —Se volvió de nuevo hacia la ventanilla, amargado—. Solo derroto a los que me buscan a mí.

Compuso unas sonrisas desleídas, dio unos saludos desganados, pero no había mucha gente en la vía Media. Si en el carruaje hubiera ido la dama regente, seguro que atestarían las calles a millares. No paraban de lamer el culo a la supuesta Madre de la Nación y apenas reparaban en el hombre que de verdad había hecho el trabajo. Pero así eran las cosas. Ser un héroe siempre había sido una tarea ingrata. Se hacía porque era lo correcto, no por las recompensas.

—¿Qué tal Savine? —preguntó su madre.

—Es muy popular —dijo él a regañadientes—. ¿Os han llegado los putos panfletos, allí en Angland? Savine con los pechos al aire en el Tribunal Popular, escudando a sus bebés de las lanzas de los Quemadores. Savine librando un duelo con la Jueza sobre la Torre de las Cadenas y arrojándola al vacío igual que tu puto amigo Bayaz despeñó al Maestro Creador. Savine dando cobijo a los huérfanos, pan a los hambrientos, esperanza a los desesperados. ¡La Bienamada de los Barrios Pobres! ¡La Madre de la Nación! —Soltó un bufido—. Cualquiera diría que acabó ella sola con el Gran Cambio.

Su madre arqueó una ceja.

—Creo recordar que se cantaban unas pocas canciones algo exageradas sobre tus victorias, arriba en el Norte. Savine ha sufrido

mucho.

Si con eso pretendía que Leo estuviera menos irritado, fracasó.

—Los dos hemos sufrido —gruñó.

—Puede ser difícil, cuando llegan los niños. Tu padre y yo estuvimos meses sin follar después de que nacieras.

—¿Hace falta que me lo cuentes?

—Bueno, es verdad. No parabas de llorar. Solo dormías si estabas en la cama conmigo. Tener hijos puede cambiar las cosas en el matrimonio, es lo único que digo.

—Me culpa a mí —respondió él, hundiéndose en el asiento. Nunca había podido ocultarle nada a su madre mucho tiempo—. Me culpa de todo. De hacer rey a nuestro hijo. De hacer realidad sus ambiciones más descabelladas. De traer de nuevo el orden a la Unión. De todo.

Su madre arqueó la otra ceja.

—¿Y es culpa tuya?

—¿No llevas ni diez segundos en tierra firme y ya te pones de su lado?

—Es un matrimonio, Leo. No debería haber lados.

—Pues parece que los haya. —Frunció el ceño a través de la ventana a los escasos admiradores—. Y que todo el mundo esté del suyo.

Savine se había aplicado a conciencia a acomodarse en el palacio que tanto reprochaba a Leo haberle proporcionado. Había hecho su magia habitual en un conjunto de habitaciones incluso más cavernosas que las de la casa en la que habían vivido antes del Gran Cambio. Habitaciones en la planta baja, claro, ya que Leo no tenía más aprecio por las escaleras que el que había mostrado el archilector Glokta.

—¡Es tu abuelo! —exclamó la madre de Leo, con una mano en el pecho mientras contemplaba el enorme lienzo del lord mariscal Kroy con la mirada fija en la victoria.

—Para que monte guardia sobre su familia —dijo Savine, acercándose elegante con su mejor sonrisa. Una sonrisa que Leo

apenas veía en los últimos tiempos.

—¡Savine! Estás arrebatadora, como siempre. —Se abrazaron mientras Leo esperaba a un lado, haciendo muecas por el dolor del muñón. Su madre retuvo a Savine con los brazos estirados, observando su pelo muy corto, su ropa, su cicatriz—. Y a la última moda, por supuesto.

—Podría decir lo mismo de ti.

—Pero no te atreverás, porque sería regalarme el oído sin fundamento.

Y ya estaban marchándose, cogidas del brazo, dejando que Leo renqueara dolorido por las hectáreas de suelo hasta una mesita para servirse una copa.

—¿Ese collar es de orfebrería ospriana?

—Ya había olvidado el buen ojo que… ¡Oh! —La madre de Leo se había quedado paralizada en el umbral de la habitación de los niños, apretándose la cara con las manos—. ¿Estos son…?

«¿Quién coño iban a ser si no?», quiso espetarle Leo. Se mordió la lengua y se quedó ante la puerta mientras las mujeres iban hacia las cunas.

—Esta es Ardee —canturreaba Savine, levantando a un bebé—. Acaba de comer, así que estos son los diez segundos en los que está contenta.

—Tiene tus ojos —dijo su madre a Leo volviendo la cabeza.

—Espero que no —masculló él—. Son de las pocas cosas que tengo que aún funcionan.

Su madre tenía toda la atención puesta en el fardo que llevaba en brazos, con aquella sonrisa estúpida en la cara que se les ponía a las mujeres cerca de los bebés, como si hacer sonidos de succión fuese una gesta heroica.

—¡Pero cómo pesa! Estas cosas se te olvidan. ¿Puedo preguntarte…? ¿Tus padres han…?

—No —dijo Savine—. No sabemos nada de ellos.

—Cuánto lo siento. —La madre de Leo puso una mano en el brazo de Savine. Un gesto de sencillo apoyo y comprensión. Un gesto que nunca le hacía a él—. Tenía muchas ganas de volver a ver a tu madre. Lo pasaba muy bien charlando con ella.

—Estaría bien… saber qué ha sido de ellos. —Savine posó su mano sobre la de la madre de Leo. La apretó. Como si fuesen madre e hija, y Leo solo una visita pesada inmiscuyéndose en su reencuentro—. Pero hay mucha gente que perdió a parientes en el Gran Cambio. Supongo… que al final aprendes a vivir con las dudas. Y ahora tengo una nueva familia.

Sonrió encantada a los niños. A Leo no le dedicó ni una mirada fugaz, claro. Sería demasiado pedir.

—Ya lo creo que sí. —La madre de Leo devolvió a Ardee y se agachó sobre la cuna de Harod—. Y este debe de ser Su Majestad.

El niño aferró temeroso el aire mientras lo levantaban. A Leo siempre lo sacaba de sus casillas ver lo blando que era. Le entraban ganas de sacudir al crío, de decirle que tenía que ser un hombre. Como siempre había hecho su propio padre.

—No deberías malcriarlo —gruñó.

—Eso es justo lo que debe hacer una abuela —dijo ella, haciéndole cosquillas y meciéndolo y arrullándolo.

Leo siempre había imaginado que sería un padre maravilloso. Padre de un niño, claro. De una pequeña copia de sí mismo a quien pudiera regalar una espadita. Cabalgarían y lucharían cuerpo a cuerpo y practicarían esgrima juntos. Dio un sorbo de vino, pero le supo amargo. ¿Cómo iba a hacer nada de eso, tal como estaba? Sostenerlo ya era bastante difícil, con su único brazo bueno, con su única mano buena. Lo único a lo que podía jugar con los bebés era a dejar colgar los dedos inútiles de la otra ante sus caras.

La madre de Leo acercó la nariz arrugada a las mantitas que envolvían a Harod.

—Su Augusta Majestad se ha cagado encima.

—Tengo entendido que su bisabuelo, el rey Guslav, tendía a hacer lo mismo —dijo Savine, y lo recogió de brazos de la madre de Leo y se lo llevó de la habitación.

—Ojalá tu padre hubiera vivido para verlos. —La madre de Leo se secó las lágrimas de los ojos—. A ti te adoraba. Siempre estaba diciendo lo orgulloso que estaba de su hijo.

Era la historia que contaban siempre, pero Leo lo recordaba de otra manera. Su padre nunca había estado presente, y cuando lo

estaba se mostraba severo y reservado, y cuando Leo necesitaba cariño recibía solo insustanciales máximas sobre lo que significaba ser un hombre, secas sandeces sobre los principios de la Unión.

Recordó la ocasión en que había despertado asustado en plena noche y no encontraba el orinal, así que había meado contra el aparador. Cuando su padre se enteró, le retiró la palabra durante una semana. Luego, tan pronto como pudo, lo envió a Adua y después a Uffrith, donde el Sabueso había sido más padre para él que el verdadero en toda su vida.

Quiso decirlo todo. Vomitar sus resentimientos. Tenía la boca abierta para hacerlo. Pero ¿para qué molestarse? En realidad, el pasado no se componía de hechos, sino de historias que la gente contaba para sentirse mejor. Para quedar mejor. Lo hacía todo el mundo. Savine era la puta reina de todo el asunto, la Bienamada de los Barrios Pobres en persona. Leo se preguntó qué cuentos estaría difundiendo ya ese gusano de Sworbreck sobre el último año vil y sangriento. Dio otro buen sorbo a la copa.

—¿Qué te pasa, Leo? Pareces… de mal humor.

Fue solo entonces cuando se dio cuenta de lo mucho que había deseado la aprobación de su madre. Era un hombre que se había convertido en uno de los más poderosos de todo el Círculo del Mundo, y aun así no dejaba de intentar en vano impresionar a su madre. El lord regente de la Unión, celoso de sus propios bebés.

—¿Esto no es lo que siempre me decías que hiciera? —preguntó imperioso—. ¿Ser astuto? ¿Ser prudente? ¿No es lo que Savine me decía siempre que hiciera? ¿Ser despiadado? ¿Ser ambicioso? ¡Y cuando voy y lo hago, no sé cómo, pero aun así os decepciono a las dos!

—Leo, no digas tonterías…

—¡Yo salvé la puta Unión! —rugió, levantando la copa para estrellarla contra la pared, pero se detuvo en el último momento y solo consiguió mancharse de vino la manga—. ¿No es eso lo que querías para mí? ¿Qué fuese un héroe?

Dio un paso hacia ella, se le torció la pierna de hierro al pisar mal y se tambaleó de lado, con un respingo de dolor.

—Leo, por favor. —Su madre lo agarró. Lo sostuvo. Le puso una

mano firme en la cara—. Sé que he sido muy exigente contigo. Sé que te he echado sermones. Sé que fui demasiado dura. Lamento mucho todo eso. A lo mejor, ahora que tienes hijos, entenderás que… para ser padre… no hay plan que valga. Es solo una sucesión de errores que ni te das cuenta de estar cometiendo. Por favor, créeme… —Miró la pierna de hierro e hizo una mueca, como si le doliera a ella—. Lo único que he querido siempre es que seas feliz.

Leo tragó saliva, notando que las lágrimas le ardían al fondo de la nariz. Logró equilibrarse, se apartó de ella, se alisó el uniforme.

—Pues ojalá me lo hubieras dicho, joder.

Todo rechinar de cubertería, todo raspar de vajilla, todo regurgitar de conversación era como un clavo que le estuvieran amartillando en el cuerpo.

Leo tenía el muñón en llamas. Había estado practicando esgrima, si se podía llamar práctica a renquear chirriando por el círculo mientras Jurand le mentía diciendo que iba mejorando. Se había frustrado, como siempre, luego se había enfadado, como siempre, y luego se había esforzado demasiado, como siempre. Y ahora también le dolía la espalda y tenía punzadas en el cuello. Y no iba mejorando: cada vez lo hacía peor.

Frunció el ceño a la carne que tenía en el plato, igual que en otro tiempo se lo había fruncido en el círculo a Stour Ocaso. Un enemigo al que no estaba seguro de poder derrotar. Cogió el cuchillo e intentó cortar, pero haciendo poca fuerza solo conseguía que la carne resbalase en el creciente charco de salsa sanguinolenta. Tensó la mandíbula y apretó más fuerte, pero entonces se deslizó el plato entero, derramando jugo a la pulida superficie de la mesa.

—Joder —siseó—. ¡Me cago en todo!

Quería agarrar el pedazo de carne y devorarlo a bocados. Notaba la impaciencia de Savine a su derecha. La preocupación de su madre a su izquierda. Era el dueño y señor de la Unión y las mujeres de su vida tenían que contenerse para no acercarse y cortarle la cena.

Solumeo Shudra se inclinó hacia ellos desde enfrente con una

sonrisa aceitosa.

—Milord y mi dama regentes, nos honráis sobremanera al habernos invitado.

Era el líder de la delegación de Westport, un hombre fornido, de piel oscura y cabeza afeitada, que parecía más un sacerdote de Gurkhul que un ciudadano honrado de la Unión. Los otros cinco eran de todas las formas y colores. Leo estaba un poco asqueado por tener que tragarse las lisonjas de aquellos mestizos. Pero Savine decía que necesitaban el dinero de Westport. Había mucho que reconstruir.

Siempre había imaginado que el poder absoluto significaría hacer todo lo que quisiera, pero empezaba a parecerse más bien a una sórdida concesión tras otra. Deseó estar otra vez en Uffrith, entre los norteños, donde uno podía hablar claro y comer como le diese la puta gana y donde un par de extremidades de menos eran motivo de admiración y no de lástima.

—Y vosotros nos honráis con vuestra presencia —repuso Savine, acariciando con suavidad el hombro de Leo como si fueran una sola persona, con unos únicos sentimientos—. Estamos todos aquí para reafirmar nuestro compromiso con la Unión. Para reafirmar nuestro compromiso mutuo.

Y sonrió a Leo con tanta calidez, con tanto cariño, que casi hizo que se lo creyera. Como si el amor fuese una máquina que pudiera activar con una palanca.

—Me entristece que los líderes de una misma gran nación no nos hayamos visto las caras hasta ahora —intervino la madre de Leo—. Espero que tengamos la oportunidad de conocernos todos mejor.

—Nosotros también, señora gobernadora Finree —dijo el westportés más grasiento de todos. Filio, se llamaba, o alguna gilipollez por el estilo.

—Se habla con fascinación de vuestro coraje y vuestros logros a lo largo y ancho del Círculo del Mundo —añadió otro. Rosimiche, y por su nariz torcida parecía que alguien le hubiera atizado un buen puñetazo en la cara en alguna ocasión. A Leo no le habría importado probar también.

—Palidecen en comparación con los de mi hijo. —La madre de

Leo enseñó todos los dientes al volverse hacia él con una sonrisa. La falsedad era bochornosa.

—Es bueno que volvamos a tener un rey —dijo Filio.

—Es bueno que tengamos por delante un futuro estable —dijo Rosimiche.

—Es bueno que Angland sea una vez más inseparable de Midderland —dijo Shudra.

—Cualquier otra cosa sería inconcebible —respondió Savine.

—Pero… —Shudra levantó las cejas hacia las sillas vacías que había al otro lado de la mesa—. Es de lo más lamentable que el lord gobernador Skald y los demás representantes de Starikland no hayan acudido.

—Sí que lo es —restalló Leo, apretando el puño cerrado contra la mesa y embadurnándoselo de salsa derramada—. Se le dieron todas las facilidades, y me tomo como una afrenta personal que no haya…

—Estoy ejerciendo como mediadora entre mi hijo y el lord gobernador Skald. —La madre de Leo posó los dedos con suavidad en el codo de su brazo inútil. Era el mismo contacto tranquilizador que siempre había empleado con él, el mismo que se usaría con un caballo picajoso, aunque en los últimos tiempos Leo no sentía más que un cosquilleo adormecido—. La situación es delicada, por supuesto. La esposa de lord Skald, Cathil, es hermana de nuestro… anterior rey. Pero no me cabe duda de que, con el tiempo, aceptará nuestra manera de…

—Y si no lo hace, lo lamentará —espetó Leo, torciendo el codo para zafarse de ella.

Sus días de deferencia hacia su madre estaban bien muertos y enterrados. Sus días de deferencia hacia cualquiera. Y la idea de volver a la silla de montar, de capitanear a tropas en el campo de batalla, de ser el Joven León de nuevo, fuera quien fuese el enemigo, le produjo una oleada de entusiasmo. Fulminó con la mirada a Shudra y su pandilla de secuaces meapilas.

—Cualquiera que amenace la estabilidad de la Unión lo lamentará. *Cualquiera*. Ya sea desde fuera o desde dentro. ¿Me he explicado bien?

Shudra inclinó la cabeza.

—Vuestra alteza se explica con diáfana claridad.

—Soy un soldado que no se anda con rodeos —gruñó Leo, cambiando el agarre del cuchillo—. Y me gusta negociar sin rodeos.

—Como a mí —intervino la mujer del grupo. ¿Mozolia, se llamaba? Era alta, de hombros anchos y miraba a Leo arrugando las pobladas cejas entrecanas—. Sin rodeos, pues, a nosotros nos da la impresión de que la mayor amenaza actual para la estabilidad de la Unión procede de su anterior monarca. —Al oírlo, Leo se tensó. Notó que Savine se tensaba también a su lado—. Todavía quedan muchos que guardan lealtad al rey Orso. Siempre será una fuente de descontento.

Leo tragó saliva despacio, dejó el cuchillo despacio, se echó hacia delante despacio, miró a aquella zorra descarada a los ojos.

—Soy un soldado que no se anda con rodeos. Me gustan las soluciones sin rodeos.

Se hizo un silencio absoluto en la sala. Durante un largo momento, pareció que nadie respiraba siquiera. Shudra se encogió un poco. Filio bajó la mirada a su cena. Leo vio por el rabillo del ojo que a Savine se le marcaban los tendones en el dorso de la mano, aferrando el tenedor con tanta fuerza como un portaestandarte su asta.

La madre de Leo carraspeó nerviosa.

—Por supuesto… no nos interesa hacer nada que pueda exaltar las pasiones…

—Pero a veces es necesario —dijo Leo, interrumpiéndola sin miramientos—. Un rey no es más que un hombre, al fin y al cabo. Carne y hueso y sangre, igual que los demás, y vulnerable a las mismas cosas. A los mismos filos cortantes. A las mismas largas caídas. En realidad, no es un problema tan grave como creéis.

Mozolia dio un gruñido de satisfacción y volvió a su cena. La madre de Leo estaba menos impresionada.

—Leo, escúchame…

—No, lady Finree, debemos renunciar a los escrúpulos. —Savine, con la precisión que la caracterizaba, dejó los cubiertos en la mesa y puso la mano fría sobre la de Leo—. Mi marido y yo hablamos con

una sola voz en esto, igual que en tantas otras cosas. Es sumamente lamentable, pero, después de todo lo que hemos pasado, después de todo lo que la nación ha pasado… —Por fin miró a Leo a los ojos. Con aquella mirada pétrea que le ponía antes, cuando intentaba convencerlo de que fuese más despiadado—. Preferiría con mucho tener otro pesar que otra rebelión.

Leo sintió más alivio del que había anticipado al encontrar a la antigua Savine de nuevo a su lado. Dio la vuelta a la mano y aferró la de ella con fuerza. Necesitaba su astucia. Necesitaba su popularidad entre las masas. Los muertos sabían que no podía hacerlo todo él solo, joder.

—Qué mujer —dijo, dedicando a los delegados una sonrisa radiante—. De verdad que soy el hombre más afortunado del mundo. —Se apartó el plato de delante—. Y ahora, ¿alguien me trae de una puta vez algo que pueda comerme?

Redención

Sin duda, su alteza el príncipe heredero Orso habría considerado aquellas condiciones intolerables. Su augusta majestad el rey Orso, en cambio, se había convertido en algo parecido a una autoridad en celdas, un adepto en mazmorras, y la verdad era que aquella no era ni de lejos la peor que había ocupado. Tenía cama, mesa, silla. La ventana era más bien una rendija con barrotes, pero al menos permitía que le diera el sol en la cara por las mañanas. La comida era pasable, la temperatura cómoda, el olor nada opresivo. Los guardias, ataviados con el uniforme oscuro de Angland, no le hablaban con desprecio. No le hablaban en absoluto. En la mayoría de los aspectos, era muy preferible al sótano húmedo donde lo había encerrado la Jueza. En lo referente a maneras de salir, sin embargo, venían a ser iguales.

No había ninguna.

Orso dio un profundo suspiro. Suspirar era de las pocas aficiones que le quedaban y, con lo mucho que había practicado últimamente, le gustaba pensar que se había vuelto un suspirador consumado. No estaba ni por asomo a la altura de su madre, por supuesto, pero quizá algún día, si le ponía empeño de verdad. Si le concedían el tiempo suficiente. Pero ahí estaba la cuestión. ¿Cuánto tiempo era probable que le quedara?

Leo dan Brock había colocado a su hijo en el trono. Al sobrino de Orso por vía bastarda, de hecho, si no había interpretado mal el tortuoso árbol genealógico de la realeza. Era el rey Harod Segundo, ni siquiera de un año de edad, lo cual en la práctica dejaba la nación

en manos de sus padres. Estaban pasándose por el forro todas las leyes sucesorias de la Unión, claro. Pero las leyes no parecían ya en absoluto los rígidos pilares de antaño. Si el Gran Cambio había demostrado algo, era que con la fuerza suficiente y el miedo suficiente se les podía hacer tantos nudos como uno quisiera.

Brock tenía las tropas y las armas. Tenía encerrado a todo quien fuese leal a Orso. Tenía a los nobles ganados para su bando, y seguro que ya habría reunido un pequeño parlamento maleable de representantes en torno a ellos. Purgaría a todo el que tuviera pinta de ir a oponerse a él y los demás se desvivirían por excluir a Orso e inclinarse ante su nuevo rey infante, fuese hijo de una bastarda o no.

Orso exhaló otro suspiro. En realidad, tampoco podía reprochárselo. Él mismo era hijo de un bastardo, al fin y al cabo. Y la gente estaba desesperada, exhausta, harta del caos, harta del miedo. El mismo Orso habría estado encantado de votar a favor de cualquier cosa que acabase con el Gran Cambio. La única lástima era que ese fin significara casi con certeza su muerte.

Leo dan Brock había colocado a su hijo en el trono y eso, evidentemente, dejaba a Orso sin asiento. Los Rompedores y los Quemadores habían considerado que un rey ya era demasiado, pero hasta él tenía que reconocer que dos sí lo eran. Mientras siguiera vivo, sería un trapo sucio. Eso y un claro motivo de rebelión. Él estaba lastrado por compromisos, enemistades, decepciones. El pequeño Harod no cargaba con ningún pasado. Era todo mofletes sonrosados, nuevos inicios e ilimitado potencial.

Orso movió un par de moscas muertas por el alféizar de la ventana con el lado de la mano. Lo harían con discreción, supuso. ¿Un garrote vil nocturno? ¿Un silencioso apuñalamiento a manos de tres hombres? ¿Veneno en el agua, quizá? Sería cuando Brock ya lo tuviera todo lo bastante atado. Cuando hubiera cerrado los acuerdos, dispuesto los sobornos, atraído a su bando a quienes pudiera y silenciado al resto, cuando hubiera devuelto cierta semblanza de la deseada paz a la ciudad de Adua. Con Savine ayudándolo, no tardaría mucho. Nadie negociaba mejor que ella, a fin de cuentas.

Oyó descorrerse los cerrojos y se volvió hacia la puerta que se abría con toda la dignidad que pudo reunir.

Y allí estaba ella, en el umbral.

Había renunciado a las pelucas. Llevaba el pelo oscuro muy corto, igual que en el juicio, revelando la cicatriz de la frente, las marcas atenuadas de su pelea con la Jueza. La hacían parecer al mismo tiempo extrañamente vulnerable y extrañamente poderosa. Su color había pasado a ser el blanco, pero por lo demás el vestido que llevaba no se parecía en nada al del juicio: hilo de plata y perlas que resplandecían al moverse con más gracia incluso de la habitual.

Parecía una reina. Tanto como lo hubiera parecido jamás la madre de Orso.

Le costó un momento encontrar la voz.

—Estoy… casi tan honrado como sorprendido. —Empujó aquellas moscas muertas al suelo—. Si hubiera sabido que la dama regente iba a visitarme, habría quitado el polvo. No sé muy bien cuál sería el tratamiento adecuado…

—Alteza —se limitó a decir ella.

—No hay otro más apropiado. Tampoco estoy seguro de cómo hay que dirigirse a un rey depuesto. ¿Estoy depuesto? ¿Retirado? ¿O solo soy… inmencionable?

—Han estado hablando de ese asunto. En la Cámara de los Espejos.

—Supongo que la Rotonda de los Lores está un poco reducida a cenizas. Pero ¡qué modales los míos! —Sacó una silla, frotó el descascarillado asiento con el puño de la manga—. ¿Me permitís preguntaros el propósito de vuestra visita? ¿Una última conversación, tal vez, con el condenado?

—Eso… —Lo miró a los ojos—. Y dejarte escapar.

Orso tardó un momento en asimilarlo del todo.

—¿Eso y qué, perdona?

—No tenemos mucho tiempo. Mi marido pretende hacerte matar.

—No me sorprende tanto que él lo pretenda… como que tú no.

—Viniste a ayudarme en Valbeck, cuando apenas lo merecía. Luego tuviste piedad conmigo después de Stoffenbeck, cuando no la merecía en absoluto. Y luego, para colmo, me salvaste la vida en

la Torre de las Cadenas. Sin ti, ya estaría muerta tres veces.

Orso le quitó importancia con un gesto.

—Ahora casi desearía haber ahorcado a tu marido, pero en tu caso no lamento nada. Me habría sentido fatal por matar a una amante o a una hermana, así que imagínate por matar a las dos a la vez. No habría podido vivir con ello.

—Fueron decisiones egoístas, por tanto.

—Pregunta a cualquier enemigo mío. Soy el hombre más egoísta de todo el Círculo del Mundo.

—Supongo que podemos hacer buenos actos por malos motivos.

—O malos actos por buenos motivos —respondió él.

—O malos actos por buenos motivos.

Savine se apartó de entre Orso y la puerta y alguien asomó por el marco. Un hombre harapiento con los ojos brillantes y bigote.

—¿Tunny? —susurró Orso. Tras él iba una chica con gorro de soldado, seguida por un hombretón que estaba envainando unas enormes espadas—. ¿Hildi? ¡Gorst, por los Hados!

A Orso siempre lo había disgustado la presencia del guardaespaldas de su padre. En esos momentos le agarró la mano y se la estrechó arriba y abajo como a un viejo y muy añorado amigo. Vick dan Teufel miraba desde el pasillo, con la nariz más torcida que antes y unas cuantas magulladuras multicolores que aún no le habían desaparecido de alrededor de los ojos.

—Tienes que irte —dijo Vick—. Ya.

—¿Una osada fuga? —Orso levantó las manos en la austera celda y las dejó caer—. Tengo hecho el equipaje.

—Tenemos una ruta preparada por las cloacas. —Teufel lanzó una anilla con llaves a Tunny, que la atrapó tintineando en el aire—. Pero la ciudad está plagada de tropas del lord regente. No será fácil salir.

—Ojalá tuviera algo más que ofreceros que mi agradecimiento —dijo Orso.

—Danos las gracias no dejándote capturar.

Orso retuvo la mirada de Vick un momento.

—¿Quién iba a pensar que una chaquetera profesional resultaría ser una de las últimas personas leales de la Unión?

Teufel crispó el semblante.
—Tal vez podríamos mantener ese defecto concreto de mi personalidad entre nosotros.
—Tu secreto está a salvo conmigo. —Orso miró hacia Savine, en la puerta de la celda—. No sé muy bien qué decir.
—No tienes que decir nada. Pregunta a cualquier acreedor mío. Siempre pago mis deudas.
Orso quiso rodearla con los brazos. Que los Hados lo asistieran, quiso besarla y no parar ahí. Sabía que era su hermana. Hermanastra, al menos. Nunca había dudado de que fuera verdad. Pero no lo *sentía* como verdad. Estaba tan enamorado de ella como lo hubiera estado jamás. Más, si acaso.
Pero el amor no siempre era una solución. En ese caso era un problema, y de los graves.
—Adiós —dijo.
¿Qué otra cosa podía decir?

El primero en aparecer por el umbral fue Jurand, que se quedó mirando la celda con su cama, su silla, su mesa y su evidente ausencia de un rey encarcelado.
Miró a Savine con pesar en los ojos.
—¿Qué has hecho?
—¿Qué *habéis* hecho, *alteza*? —lo corrigió Savine.
Sacó la cajita de la manga, tomó un pellizco de polvo de perla por cada fosa nasal y sintió aquel vigorizante ardor seguido por el reconfortante embotamiento que se le extendió por la cara hasta el fondo de la garganta.
Lo normal era oír que Leo llegaba antes de verlo. El golpe de su bastón, el raspar de su pie metálico, el leve chirrido del mecanismo del tobillo. Buena falta le hacía que Curnsbick se lo engrasara un poco. Jurand retrocedió para dejarle espacio y se puso a hablar en voz baja con otro anglandés.
—Lo has soltado. —Leo miró hacia el interior de la celda, incrédulo—. ¿Lo has soltado?
—Él nos soltó a nosotros. —Savine se alisó con calma el vestido

—. Te soltó a ti.

—¡Te soltó a *ti*! —rugió Leo mientras daba un paso bamboleante hacia ella—. ¡A mí me dejó pudriéndome con la mitad de las extremidades en un carro apestoso!

Había levantado el bastón como si fuese a pegarle con la empuñadura. Savine resistió el impulso de encogerse y le puso la mejilla delante, como invitándolo a hacerlo. Igual que hacía él antes con ella. Parecían haber pasado siglos desde entonces.

—¡Será un grano en el culo para siempre! —Leo recobró la compostura y bajó el bastón—. ¿Dónde está?

—La Jueza no pudo sacarme nada —dijo Savine—. ¿De verdad crees que tú podrás?

—¡No te pongas tan dramática, cojones! Eres mi mujer. Eres la madre de mis hijos. ¡Del verdadero rey, de hecho! Estamos en el mismo bando.

—¿Ah, sí? ¡Yo no estoy tan segura!

Savine había levantado el puño para sacudirlo ante su cara y Leo reparó en el papelito enrollado que tenía dentro.

—¿Qué es eso?

—Nada.

—Enséñamelo —dijo él, y tiró el bastón a un lado para hacer un torpe intento de quitárselo.

Savine lo escondió detrás de la espalda.

—No.

—¡Que me lo des, joder!

La agarró por debajo del brazo, haciendo que ahogara un grito. Tendría solo una mano, pero la presa era tan fuerte como siempre. Savine intentó zafarse desequilibrándolo. Su marido consiguió mantenerse de pie apoyándose en ella, y su peso muerto estuvo a punto de derrumbarla. Leo gruñó por el esfuerzo de dar otro paso tambaleante, con un chirrido del tobillo de hierro, y la retuvo contra la pared, clavándole el codo del brazo inútil en el corsé cuando intentó aferrarle la mano de nuevo.

¿Qué habría pensado la gente si viera a sus nuevos lord y dama regentes, a quienes marcaban el rumbo de la nación, forcejeando en una celda, riñendo por un papelito?

Sintió la poderosa tentación de barrerle aquella pata de hierro del suelo, derribarlo, inmovilizarle el brazo bueno y liarse a puñetazos en la cara. Pero con eso no resolvería nada. Permitió que Leo le retorciera el puño para arrancarle el documento y la dejara allí de pie, ruborizada y jadeando. Permitió que creyera haber ganado. Era lo que quería, al fin y al cabo. Más que nunca antes.

Leo desenrolló el papel y sus ojos recorrieron el texto.

—¿Qué leches es esto?

—Una carta de flete —respondió Jurand, quitándosela de entre los dedos y devolviéndole el bastón como un auténtico mayordomo fiel. Últimamente no se separaba de Leo ni un momento. Costaba creer que Savine había tenido que implorar a su marido que lo trajese a Adua—. Del *Duque Rogont*, un barco estirio.

—¿Se lo has entregado a los estirios? —Leo la miró con estupefacta decepción—. ¿Has hecho de él un arma que nuestros enemigos usarán contra nosotros?

Savine irguió la espalda de nuevo.

—Empiezo a pensar que tus enemigos y los míos no son para nada los mismos.

—Luego hablaremos de esto —dijo Leo con brusquedad, y le dio la espalda—. ¡Desplegad a hombres en el puerto!

Y se marchó cojeando, golpe, raspar, chirrido. Jurand dedicó a Savine aquella mirada pesarosa otra vez.

—¿Qué habéis hecho, alteza?

Y fue tras Leo.

—¡Es ese! —Glaward frenó a su caballo con fuerza y se deslizó de la silla de montar con una facilidad que dio a Leo una profunda envidia—. ¡El *Duque Rogont*!

Era una carraca espantosa, muy hundida en el agua, con unas pocas cascarillas de pan de oro todavía aferradas al improbable seno de su mascarón de proa, pero con el rostro de una mujer reducido a una masa picada por años de viento marino. Parecía a punto de zarpar, con hombres atareados entre las jarcias y un marinero desaliñado tirando de los nudos de un cabo de amarre.

—¡Este barco tiene prohibido abandonar el puerto! —bramó Leo, y le rechinaron los dientes cuando bajó de la silla.

El marinero profirió unos gritos agudos y asustados en estirio mientras Glaward lo obligaba a tumbarse bocabajo. Llegaban más anglandeses a caballo, que desmontaron y desenfundaron sus armas.

Leo renqueó por el largo muelle, con el tañido del pie de hierro en los tablones, indicándoles que lo adelantaran con el bastón, mientras Jurand cargaba su ballesta tras él.

—¡Subid a bordo! ¡Encontrad a Orso! ¡Traédmelo!

Los soldados avanzaron estruendosos hacia la plancha del *Duque Rogont*, semioculta tras un revoltijo de cajas y toneles. El hombre que los encabezaba miró a un lado, dio una bocanada resollante, salió volando del embarcadero y cayó haciendo aspavientos al mar. Leo hizo una mueca al detenerse torpemente de golpe.

Alguien había emergido de entre las cajas y embestido al soldado con el hombro. Estaba volviéndose hacia Leo, bloqueando el estrecho muelle con su cuerpo. Un cuerpo muy grande, con una notable ausencia de cuello.

Bremer dan Gorst.

El guardaespaldas real se ciñó una última hebilla del peto sin distintivos y se enderezó, con las espadas desenvainadas a los lados y un brillante broquel sujeto al brazo izquierdo.

—Me temo que no puedo permitirlo —dijo con aquella ridícula voz de pito.

Los hombres de Leo avanzaron en tropel. Eran más de una docena, pero no había manera de rodear a Gorst. Solo aquel angosto pasaje de madera combada y el mar a ambos lados. ¿Había alguien en el Círculo del Mundo a quien uno quisiera enfrentarse en un muelle menos que a Bremer dan Gorst?

—¿Qué hacemos? —murmuró Glaward, y se lamió los labios.

Leo dio un gruñido frustrado.

—¡No siento más que respeto por ti como espadachín! Pero vamos a abordar ese barco. ¡En nombre del rey Harod, hazte a un lado!

Leo nunca había visto sonreír a Gorst. Parecía un hombre incapaz

de expresar nada. Pero estaba sonriendo mientras alzaba los aceros y el metal destellaba al sol. Como si hubiera hecho presa en él un maravilloso alivio.

—En nombre del rey Orso —trinó, plantando las botas en la desgastada madera al adoptar una guardia baja—, no.

—Que así sea —gruñó Leo—. Matad…

Gorst se movió incluso antes de que Leo pronunciara el «lo». Un anglandés cayó al mar con los sesos volando del cráneo partido con pulcritud. Otro se hundió de rodillas, intentando que no se le salieran las entrañas mientras Gorst le sacaba el acero corto del estómago. El hombre empezó a chillar. Aullidos frenéticos, desesperados.

—Mierda —mascculló Leo.

Gorst ya había retomado su guardia baja y paseaba la mirada tranquila entre los anglandeses.

Uno se abalanzó hacia él blandiendo la espada, pero Gorst se hizo a un lado y dejó que el arma se clavara en el muelle. Algo resplandeció un instante en la espalda del hombre. La punta del acero largo de Gorst al atravesarlo. Acto seguido el soldado se dobló, balanceándose hacia delante como una tienda a la que hubieran cortado los vientos de repente. Gorst saltó hacia otro anglandés con velocidad cegadora. El hombre logró detener el acero corto, pero al instante el largo le rebanó el cuello bajo el borde del yelmo y lo envió contra unas cajas apiladas, con la cabeza colgando.

Glaward tragó saliva.

—Me cago en la puta.

—¡Preparad las ballestas! —rugió Leo mirando hacia atrás—. Si tenéis línea abierta, disparad. ¡Lanzas! —gritó muelle abajo—. ¡Enviadlo al agua o bajo tierra!

Dos lanceros cargaron con las puntas niveladas. Gorst desvió una con el broquel. Machacó la cara de su portador con el pomo del acero corto y lo tiró gimoteando al agua. Gruñó cuando la otra lanza chirrió contra su peto y le hizo un corte ascendente por un lado de la cabeza, pero su pesado acero largo ya estaba trazando un gran arco desde arriba que alcanzó al lancero en el hombro y lo abrió hasta el pecho con un ruido carnoso.

La sangre empapó a Gorst, le salpicó la cara, fluyó por el embarcadero. Los hombres retrocedieron conmocionados, abriendo la línea de visión. Las ballestas chasquearon y traquetearon. Un hombre gritó cuando se le clavó en la espalda una saeta perdida. Otra se hundió en el fornido hombro de Gorst. Una tercera le rebotó en el peto. Una cuarta le dio en el brazo derecho y se quedó colgando de la manga. Gorst se retiró como una exhalación detrás de unas cajas mientras una quinta saeta se clavaba en la madera.

El hombre al que casi había abierto en canal se derrumbó y sus piernas siguieron dando débiles patadas a la madera.

—¡Estás herido, Gorst! —gritó Leo—. ¡No puedes pararnos a todos! ¡Y el puto barco no zarpará de todos modos! ¡Ríndete!

—Dile a tu madre… —llegó el agudo gorjeo—. Dile que siempre la he tenido… en muy alta estima.

Leo apretó los dientes.

—Como si le importara una mierda. Cargad las ballestas. ¡Vosotros, bajad ahí y acabad con él!

Nadie parecía muy ansioso por hacerlo. El muelle recordaba a un día ajetreado en el matadero. Avanzaron poco a poco entre aquella acumulación de sangre y cuerpos rotos.

—Socorro —estaba gimiendo el de los puñados de sus propias tripas—. Socorro.

—¡Suelta las armas! —vociferó un anglandés.

Al parecer, Gorst prefería caer luchando.

Saltó de detrás de las cajas a pesar de las saetas que tenía clavadas. Rajó el cuello de un hombre con su acero corto, salpicándolo todo de sangre, dejó el largo atravesado en el pecho de otro, pateó a un tercero y lo mandó al agua, apartó con el hombro a un cuarto y, dando un agudo bramido, corrió muelle arriba con la cabeza baja, los brazos bombeando, el acero corto empuñado por debajo a modo de daga.

—Por los muertos —murmuró Leo, soltando el bastón y buscando a tientas su espada.

Los tablones temblaron bajo las botas de Gorst. Una saeta de ballesta tintineó al rebotarle en el peto. Otra se hundió en el mismo hombro que ya tenía una clavada. Gorst casi ni se enteró, llegaba

más y más deprisa, con el rostro retorcido salpicado de rojo, los ojos fijos en Leo bajo las furiosas cejas arrugadas, levantando el acero corto.

Leo dio un tambaleante paso hacia atrás y alzó la espada, sin saber cómo habría recibido aquella acometida ni aun teniendo todas las extremidades.

Al lado de su oreja, la ballesta de Jurand dio un nítido restallido.

La saeta se clavó en la cara de Gorst, bajo un ojo.

La cabeza se le fue hacia atrás de golpe. Perdió todo el impulso.

Dio otro paso inseguro hacia delante, pero ya sin veneno. Veía borroso y bizqueaba un poco.

Otro proyectil de ballesta se le hundió en el muslo. La rodilla le cedió al bajar el pie, cayó de lado, se estrelló contra un tonel como un borracho y se apoyó en él con el brazo derecho saeteado por encima, una pierna sacada por delante, la otra doblada bajo el cuerpo y el sanguinolento acero corto encajado inofensivo entre dos tablones del embarcadero junto a su lacia mano izquierda.

Leo dejó escapar un largo suspiro y bajó despacio la espada.

—Sube a bordo —gruñó a Glaward—. Encuentra a Orso.

Una mancha roja cruzaba el ojo de Gorst por encima de la saeta clavada en el pómulo. Pero el otro ojo estaba vuelto hacia arriba en dirección a Leo. Por algún motivo, parecía que Gorst aún tenía aquella sonrisa.

—¿Tú crees… en la redención? —Su voz sonó muy parecida a la de cualquiera, susurrando.

—Me la trae muy floja.

—Eres joven. Dale tiempo.

Leo buscó una respuesta cortante, pero las conversaciones ingeniosas nunca habían sido su punto fuerte, y desde luego tampoco nunca el de Gorst. Además, el viejo espadachín ya no se movía. Tenía los ojos vidriosos. Las palabras habrían sido aliento desperdiciado. Suelen serlo.

—Qué puto sinsentido —siseó Leo, enviando al mar el acero corto de Gorst con una patada de la pierna de hierro. Hubo un tiempo en que había admirado a ese hombre más que a nadie. En que había querido ser como él—. Lo cual demuestra que uno tiene que ser su

propio héroe —gruñó.

Renqueó hacia la plancha del barco, dejando atrás cadáveres y al hombre sollozante que seguía intentando impedir que se le salieran las tripas.

—¿Y bien? —gritó cuando Glaward asomó la cabeza por encima de la regala.

—El capitán dice que no lleva pasajeros y que su barco no está fletado. Ni por la dama regente ni por nadie. Lleva un cargamento de tela y botones con rumbo a Westport, nada más.

—Por los muertos. ¡Desmantelad todo el puto barco! ¡Hasta el último madero!

Jurand llegó junto a él con la ballesta apoyada en el hombro y el cabello revuelto por la brisa marina en torno a su ceño pensativo.

—Nunca ha estado aquí —dijo, y tendió a Leo su bastón.

—No.

Leo cerró los ojos y trató de controlar la ira. Si se hubiera parado un momento a pensar, habría comprendido que era muy poco propio de Savine ponerle una pista tan obvia delante de las narices. Por lo visto Leo aún podía ser temerario, si le ofrecían el cebo adecuado.

—La carta de flete era falsa. Esto ha sido una distracción. —Leo tardó una cantidad vergonzosa de tiempo en enfundar su espada con solo una mano, tanteando con la punta en busca de la boca de la vaina y a punto de darse una estocada en la cadera—. ¡Savine nos ha engañado, joder! —Por fin logró envainarla, arrebató el bastón a Jurand de un manotazo y bajó la mirada adusta al cadáver de Gorst—. Quiero a todos los hombres leales en la calle. Quiero que se registre todo barco, carro y persona que entre o salga de la ciudad y…

—He dado las órdenes nada más descubrir que Orso no estaba en su celda —lo interrumpió Jurand—. Hay una compañía en cada portón de la Muralla de Arnault y la de Casamir. Tengo a otras peinando las calles. No saldrá de Adua ni una rata sin que lo sepamos.

Leo cerró los ojos y dio un suspiro de alivio. Habría abrazado a Jurand si tuviera los miembros suficientes para hacerlo. ¿Qué locura se había apoderado de él para que apartara a su mejor amigo?

—¿Qué coño haría yo sin ti? —preguntó.

Los cascos del viejo caballo de tiro con anteojeras hacían un perezoso cloc-cloc en el camino de sirga. El agua lamía con suavidad los costados de la barcaza. Una brisa suspiraba pacífica por el canal, llevándose lo peor de los vapores de la ciudad. De vez en cuando los barqueros se dirigían con voz ronca a los peones, las lavanderas o los niños harapientos de las ribaceras. Orso no entendía ni una palabra. En teoría eran súbditos suyos, y parecía que hablaban en un idioma distinto.

Tunny había encendido una pipa, la había hundido en su desastrado bigote canoso y estaba fumando con calma. Hildi se había calado el gorro y tenía los labios apretados, lanzando disimulados vistazos a uno y otro lado con todo el aspecto de una rata de río nacida en la proa de una barcaza.

—¿No podemos ir más rápido? —murmuró Orso.

Al fantasear sobre la huida, se había imaginado saliendo al galope de la ciudad entre sibilantes saetas de ballesta a lomos de un negro corcel, con el pelo arremolinado por el viento de su osadía. No escondido en un grasiento montón de carbón y flotando hacia la seguridad a paso de caracol. Pero había una diferencia entre la fantasía y la realidad, supuso. Un abismo al que ya debería haberse acostumbrado.

—Sin prisa pero sin pausa, majestad —farfulló Tunny con la pipa en la boca, muy bajito.

—Pareces asumir que sigo siendo rey.

—Hace falta algo más que una sala llena de capullos coronando a un bebé para hacerme cambiar de opinión en eso.

—Y a mí —convino Hildi, subiendo al techo de la bodega y sentándose con las piernas fuera.

—¿Qué haría yo sin vosotros? —Orso vio pasar los tiznados cobertizos de almacenes y factorías—. Espero que Gorst haya escapado.

—No era lo que pretendía —dijo Tunny.

—¿Perdona?

—Solo quería retrasar a Brock y sus hijos de puta el tiempo suficiente para que tú huyeras.
—¿Qué estás diciendo?
—Que esperaba dar su vida a cambio de la tuya y, teniendo en cuenta su habilidad con la espada, confío en que lo habrá logrado.
Orso se quedó mirando la nada.
—Nunca he hecho nada para merecer una lealtad como esa.
—A veces la lealtad es una excusa para otra cosa —dijo Tunny, con los ojos fijos en la lejanía—. Me parece que esto es lo que siempre había querido.
—Y a lo mejor tú eres mejor persona de lo que crees —añadió Hildi bajando de un salto con una lona de hule en las manos, que puso en la cabeza de Orso a modo de maloliente capucha—. En todo caso, no puedes dejarte ver. Honra su sacrificio asegurándote de que no sea en vano.
—¿Cuándo diantres te has vuelto tan profunda? —preguntó Orso.
—Todo el tiempo he sido una fuente de sabiduría. —Hildi volvió a subir al techo de la barcaza y se remetió un rizo rubio rebelde dentro del gorro—. Pero siempre estabas demasiado ensimismado para darte cuenta.
—Parece propio de mí —masculló Orso.
Tunny sacó una maltrecha petaca y le dio un sorbo.
—¿Adónde iremos?
Orso no había esperado salir jamás del Agriont. Con vida, al menos. Pero estaba empezando a ser consciente de que la huida podía estar lejos de ser su último problema. De hecho, quizá no fuera más que el principio. Tenía que encontrar algún escondrijo, supuso. Algún lugar desde el que pudiera rehacerse, congregar sus fuerzas. Algún sitio donde pudiera urdir un plan para reclamar su trono. Era lo que se suponía que hacían los reyes depuestos, ¿verdad? ¿Aunque nunca hubieran querido la condenada corona? ¿Aunque significara llevar problemas allá donde fuesen? Problemas para sí mismos, problemas para sus súbditos, problemas para cualquiera que los ayudara…
Orso se embozó en la lona, hundió más la espalda en el carbón. No podía evitar visualizar un mundo en el que simplemente… lo

dejara estar. En el que no viera la apuesta y dejara que el Joven León se lo quedase todo. En el que se buscara algún rincón perdido para vivir en una inofensiva opacidad. No más batallas. No más muertes en su nombre. No más responsabilidades apabullantes.

Estaba empezando a sonreír.

—¿Sabéis? Creo que…

Pero Tunny había alzado los ojos hacia Hildi, preocupado.

—¿Qué pasa?

Hildi se había puesto de pie en el techo para ver mejor.

—Hay barcas por delante —murmuró, con un matiz de advertencia en la voz.

—Estamos en un canal.

—Pero no se mueven.

Orso tuvo aquel familiar presentimiento nefasto mientras miraba por encima de la proa. Por delante se veía ya la Muralla de Casamir, entre el oscuro humo de los hornos. Barcas y barcazas, atascadas haciendo cola, sus caballos ociosos en el camino de sirga. ¿Había hombres cerca de la negra abertura del túnel que salía de la ciudad? ¿Tropas uniformadas a ambos lados del agua y subiendo a la primera barca?

El mozo ya estaba frenando al caballo y un barquero había saltado a la orilla con una cuerda, la había pasado en torno a un amarre y estaba tirando hacia atrás con fuerza para detener la barcaza entre crujidos.

—¿Qué pasa ahí? —preguntó Tunny a voz en grito a un anciano manchado de hollín en la barcaza de delante.

—Están registrando todas las barcas que salen de la ciudad.

—¿Qué buscan?

—Yo qué sé. —El hombre escupió al agua por la borda—. Putos anglandeses, son aún peores que los putos Quemadores.

—Y mucho mejor organizados. —Tunny saltó de la barcaza al camino de sirga y tendió la mano a Orso para ayudarlo a cruzar—. Es hora de irnos.

—¿En serio? ¿No crees que pueda pasar por un barquero normal y corriente?

Tanto Tunny como Hildi se lo quedaron mirando. Los barqueros

también parecían tener los ojos vueltos hacia él, y los hombres de otras barcazas, y no parecían tan amistosos como antes. Orso se preguntó qué recompensa podía esperar quien lo entregara.

—No —admitió, saliendo de la barcaza—. Supongo que no.

Por una vez agradeció los vapores de las factorías mientras se alejaban a zancadas del canal y sus pisadas caían amortiguadas en la lobreguez.

Tunny estaba negando con la cabeza.

—Brock tiene la ciudad cada vez más controlada.

—Ya había dos docenas de anglandeses en cada puerta antes de que escaparas —dijo Hildi, echando una mirada por encima del hombro y apretando el paso—. Ahora serán más.

Orso tiró de aquella lona apestosa para que le cubriera mejor la cara.

—Igual he empezado a planear mi retiro un pelín pronto.

Fue malo

El sol terminaba de salir mientras Broad hacía sus últimos preparativos. Enderezó los platos en el aparador. La clase de platos que siempre le habían gustado a Liddy. Colocó bien las flores en el jarrón. Lo único que sabía él de flores era que aparecían en primavera y que May las adoraba. Entonces se quitó los anteojos, los limpió, volvió a ponérselos y se quedó allí, frunciendo el ceño.

Después de pasar casi todo un año lejos de su familia —y un año de los negros, ahogándose en sangre un poco más cada día—, cualquiera habría pensado que un hombre estaría desesperado por ver a sus seres queridos, que esperaría la llamada a la puerta con la mayor sonrisa que pudieran contener sus mejillas.

Pero Broad estaba en silencio, como un condenado que se dispone a empezar a caminar despacio hacia la horca, y sonreía más o menos lo mismo, también. Hubo una época en la que Broad no temía a nada. Ahora tenía miedo a todas horas. Casi ya ni sabía de qué. De sí mismo, tal vez.

Qué ganas tenía de echar un trago. Solo un sorbito. Solo llenarse la boca. Algo que suavizara las duras aristas del mundo. Que emborronara el recuerdo de lo que había hecho. Pero había prometido no meterse en líos. Para él, toda botella tenía un lío al fondo.

Cuando miró hacia la puerta, con la cambiante luz que se filtraba entre los árboles mecidos por el viento fuera de la ventana, tuvo un inesperado impulso de salir caminando. Un inesperado pensamiento de que aquel ya no era su sitio, tan calentito y seguro. No después

de todo lo que había visto. No después de todo lo que había hecho. ¿Y si nadie que entrase allí con él podía librarse jamás de ello?

Pero el camino que llevaba fuera de la casa era un camino de cobardes. Respiró hondo y apretó los puños doloridos. Si alguien decía algo bueno de él en su velatorio, sería que Gunnar Broad no era ningún cobarde. Estaría mintiendo, pero qué más daba.

Tuvo que hacer acopio de toda su valentía para abrir aquella puerta, cuando por fin oyó la llamada. Más de la que había necesitado para defender las barricadas en Valbeck, o para cargar en la batalla de Stoffenbeck, o para luchar contra los Quemadores de la Jueza en la Torre de las Cadenas. Pero fue hacia ella, enderezándose el cuello de la camisa, lamiéndose los labios, y por fin giró el pomo.

La puerta se abrió con una sacudida y allí estaba ella. Había cambiado. Ni por asomo tanto como él, pero había cambiado. Tal vez estuviera menos delgada. Tal vez pareciese menos dura. Pero cuando sonrió, siguió iluminando el tenebroso mundo como había hecho siempre.

—¿Gunnar? —dijo.

Y Broad se echó a llorar. Lo primero fue un violento sollozo que le subió desde el estómago. Luego ya no hubo forma de pararlo. Se quitó las lentes de los ojos con una mano torpe y todas las lágrimas que no había derramado en los últimos seis meses cayeron ardientes por su cara arrugada.

Liddy dio un paso adelante y él se encogió, encorvado y dolorido, levantando los brazos como para apartarla. Como si Liddy fuera de papel y pudiera arrugarla en sus manos. Ella lo cogió de todos modos. Tenía los brazos delgados, pero Broad no pudo zafarse de ella y, aunque era una cabeza más bajita que él, le sostuvo la cara contra su pecho, y le besó en la cabeza, y susurró:

—Venga, venga. Chist, tranquilo.

Al cabo de un rato, cuando los sollozos de Broad empezaron a calmarse, Liddy puso las manos en sus mejillas y le levantó la cabeza para poder mirarlo a la cara, tranquila y seria. Le enjugó las lágrimas y siguió las cicatrices que ya sanaban con la yema del pulgar.

—¿Tan malo fue, entonces? —le preguntó.

—Sí —graznó él—. Fue malo.

Liddy sonrió. Puso aquella sonrisa que iluminaba el mundo. Tan cerca que, incluso sin sus lentes, Broad pudo verla.

—Pero ahora estoy en casa.

—Sí. Ahora estás en casa.

Y se echó a llorar de nuevo.

El golpe del libro de cuentas de May al abrirse contra la mesa hizo que Broad se encogiera. Le recordó al martillo de la Jueza cuando dictaba sentencia. Se dijo que estaba muerta. Se dijo que había sido la última a la que arrojarían jamás desde la Torre de las Cadenas. Estaban llenando el foso de nuevo, y el agua subía más y cubría mejor las manchas del fondo a cada día que pasaba. El Tribunal Popular había quedado reducido a escombros calcinados. Broad lo había visto. Pero no estaba seguro de creerlo. No dejaba de esperar que en cualquier momento oiría a la Jueza ladrándole que expulsara a algún idiota, que apaleara a algún idiota, que diera un puto ejemplo. No dejaba de esperar que en cualquier momento la oiría diciéndole: «Eres mío».

Intentó ocultarlo con una broma, miró por encima del hombro de May las ordenadas columnas de cifras que no entendería ni aunque le fuese la vida en ello.

—Sigo diciendo que sumar deudas no es manera de ganarse la vida.

May alzó la mirada del libro y sonrió, y Broad sonrió por poder hacerla sonreír, y se preguntó cómo era posible que alguien que había hecho tanto mal como él hubiera podido intervenir en la creación de algo tan bueno como ella. Cuando las dejó en Angland, May era huesuda, larguirucha, toda hombros y codos. Le había crecido el pelo y tenía más carne en la cara. Parecía una mujer, lo bastante mayor para tener hijos propios.

—El dinero viene de donde viene, papá. Bueno… de ahí y de las *relaciones laborales*.

Pronunció las últimas palabras con aquella curva astuta suya en

la sonrisa, y Broad se quedó helado. La voz le salió como un graznido.

—¿A qué te refieres?

—Papá, por favor. Ya no soy una niña. Puede que mamá tenga una debilidad en lo que se refiere a ti, y que siempre quiera creer lo mejor, pero yo sé cuáles son tus talentos. —May puso la mano sobre la suya, que se había quedado flácida en su hombro, y le dio unas palmaditas en el tatuaje que llevaba al dorso—. Sé cuánto te pagaba lady Savine. Puedo adivinar lo que hacías a cambio.

Broad retiró la mano, la metió en la manga tan adentro como pudo. Era de muy buena tela, pero aún dejaba ver las estrellas en sus nudillos llenos de cicatrices.

May lamió la punta del lápiz y devolvió la atención al libro de cuentas como si nada, como si las palizas, las amenazas y los chantajes fueran un oficio como cualquier otro.

—¿Y por qué no debería pagarte lo que vales? Todos los demás arramblan con lo que pueden. Alguien tiene que poner a la familia por delante.

—¿De qué estáis hablando vosotros dos? —preguntó Liddy, saliendo de la alcoba.

—De las pintorescas ideas de mis padres, nada más —murmuró May.

—Bueno, tenemos muchísimo trabajo que hacer. Ahora somos sirvientes de la dama regente de la Unión, nada menos. —Liddy se pasó las manos por el elegante vestido que llevaba, aunque estuviera ya impoluto—. Rikke la Negra viene de camino a Adua, y lady Savine quiere que cuidemos de ella durante su estancia.

—En menudos círculos nos movemos ahora —comentó May.

—¿Os acordáis de cuando vivíamos en un sótano? —Liddy miró sonriente las espaciosas habitaciones—. Al final ha salido bien, Gunnar.

Al final había salido bien. Broad tenía la boca seca. Qué ganas tenía de echar un trago. Se había propuesto no decir nada, pero en ese momento sintió que debía ser sincero, soltarlo todo. Quemarlo igual que la Rotonda de los Lores para que de algún modo pudieran empezar otra vez.

—Puede que oigáis… cosas. Sobre… lo que hice. —Se quitó las lentes y se apretó el irritado caballete de la nariz. Le temblaba la mano—. Estaba en el Tribunal Popular. Y no en el lado bueno. —Sus caras eran borrones. Apenas las veía—. Puede que oigáis cosas… sobre la Jueza. Ella…

Liddy le cogió la mano.

—¡No quiero saberlo! ¿Estamos? Hiciste lo que debías, para sobrevivir. Nada más que eso. Es agua pasada. Como Valbeck. Como Estiria. Ahora estamos juntos. Y todos en el lado bueno.

Una debilidad, como decía May. Liddy siempre quería creer lo mejor. Y al menos eso se lo debía.

Broad se secó los ojos miopes con el dorso de la mano.

—Tienes razón. —Volvió a ponerse los anteojos—. Siempre tienes razón. —Se obligó a sonreír entre las lágrimas—. La carta que me escribisteis fue lo que lo cambió todo. Es lo que me salvó. Esa carta.

Liddy miró perpleja a May, y May le devolvió la mirada y se encogió de hombros.

—No te escribimos ninguna carta. Ojalá hubiéramos podido, pero no había manera de hacer que te llegara. —May estaba atareada otra vez con su libro, apuntando números—. Y ya conoces a mamá, nunca ha sido una gran escritora.

Un fuerte golpe en la puerta sobresaltó a Broad. Quiso decirle a Liddy que no la abriera. Que los dejara como estaban, solo un ratito más. Pero Liddy ya iba a la entrada.

—¡Alteza! —exclamó después de abrir la puerta y que Savine pasara majestuosa.

Zuri iba con ella, observando a Broad atenta con sus ojos negros, calmada como siempre, con el acostumbrado libro de cuentas bajo el brazo y el acostumbrado reloj al cuello, aunque llevaba uno de oro, no de plata. Al parecer, todo el mundo iba hacia arriba. Quienes no habían hecho la larga caída, al menos.

Savine cogió de las manos a Liddy como a una vieja amiga.

—Cada vez que te veo la cara, vuelvo a recordar lo muchísimo que me alegro de que estés aquí, Liddy. Casi me alegro tanto como tu marido. En Adua ya no queda nadie que sepa hacer bien un dobladillo.

Sin duda porque la mayoría estaban hechos papilla bajo el agua que iba llenando despacio el foso del Agriont. Liddy se sonrojó e hizo una torpe reverencia.

—Ardemos en deseos de servir a vuestra alteza, por supuesto. Estar en palacio es… bueno…

—No lo que esperábamos nadie. ¿En qué trabajas, May?

—En las cuentas de vuestras minas de Angland, lady Savine.

—¡A este paso, algún día serán todas tuyas! ¿Me dejáis que hable un momentito con Gunnar?

—Claro.

May recogió su libro de cuentas y salió. Liddy lanzó a Broad una mirada de entusiasmo desde la puerta. Preguntándose qué nueva recompensa iban a obtener, tal vez. Luego desapareció también y cerró la puerta.

—En fin. —Savine lo miró enarcando una ceja mientras se sentaba, con la elegancia de siempre, en una de las nuevas sillas forradas de cuero que tenía Broad—. Debe de ser una maravilla tener de nuevo a la familia junta…

—Esa carta que me disteis —dijo él—, antes del juicio.

—¿Sí?

—La que me dijisteis que había escrito May.

Savine parecía casi impaciente.

—¿Sí?

—No la escribió ella.

Savine miró con la frente arrugada a Zuri, que tenía su enorme libro abierto como para tomar notas. Zuri hizo un leve encogimiento de hombros.

—Gunnar —dijo Savine—, si crees que no me rebajaría a imitar la letra de alguien para salvar la vida, es que no me conoces muy bien.

Broad había esperado que quizá se disculpara. Había esperado que al menos pusiera cara de vergüenza. Pero estaba sacudiéndoselo de encima como si no fuera nada.

—Supongo que pensé que habíais cambiado.

—Eso quiero creer. Pero sigo siendo yo. Necesitabas un empujoncito en la buena dirección. Yo te lo di. Ahora eres un héroe. —Savine tenía la mirada muy dura—. Habrías podido terminar como

un villano con la misma facilidad.

Broad no supo qué responder a eso. Tampoco era que pudiese negarlo.

—¿Cómo tienes el hombro? —preguntó ella.

Broad torció el gesto al mover el brazo en círculo.

—Curándose, creo.

—Bien. Mi marido se niega a sacar ningún soldado de Adua, estén asfixiando la vida de la ciudad o no. Sobre todo desde la… huida del rey. —Respiró fuerte por la nariz y soltó el aire en un suspiro—. Pero no podemos hacer como si el resto del país no existiera. Lamento mucho decir que aún quedan Rompedores por ahí fuera. Están decididos a entorpecer la reconstrucción. Decididos… a armar líos.

Broad parpadeó.

—No quiero más líos —susurró—. Se lo prometí a Liddy. Prometí a May que…

—¿Con esas me sales? ¿En serio? Necesito que reclutes a unos pocos hombres efectivos y vayas a Valbeck.

—¿A Valbeck?

—Sí.

—A los Rompedores.

—Sí. —Los ojos de Savine se endurecieron aún más—. Rómpelos.

Broad tragó saliva.

—Pero… Liddy y May acaban de llegar —gimoteó la lamentable excusa. Era como decir que ese día no podía asesinar a nadie porque tenía que cortarse las uñas.

Zuri miró su reloj.

—No tiene por qué ser ya —dijo, e hizo a Savine una fracción de asentimiento.

Savine se levantó.

—Está bien que te marches mañana.

—Mañana —graznó Broad.

—Mañana temprano. Sigo siendo yo, Gunnar. Y tú sigues siendo tú. Ve a Valbeck y haz lo que mejor haces. Si te sirve de algo, puedes decir que estoy obligándote. Puedes fingir que serías más

feliz aquí. —Se acercó a él para murmurar—: Pero los dos sabemos que no lo serías.

Zuri anotó algo en su libro, levantó las cejas, se metió el lápiz detrás de la oreja y siguió a la dama regente fuera de la sala.

Broad se quedó quieto un momento más, con la piel erizada de horror. ¿O era de emoción? Quizá la Jueza llevara razón desde el principio. Algunos hombres no podían evitarlo.

—¿Qué quería su alteza? —preguntó Liddy al volver.

—Enviarme a Valbeck —musitó Broad—. Parece que hay lío allí.

Liddy no dijo nada. Él tampoco.

¿Qué iban a decir?

Muchísimos cambios

Rikke tuvo que reconocer que se notaba un poco mareada al desembarcar tambaleándose en el muelle. El mar Circular había tenido una rabieta y Rikke se había pasado los dos primeros días de travesía vomitando por la borda. Y ahora el terreno firme estaba dándole arcadas. Pero no perdió la sonrisa en la cara. Justo en eso consistía ser jefa, le habría dicho su padre. En sonreír teniendo ganas de vomitar.

—¡Jurand! —Rikke no hizo caso a la mano tendida y le dio un abrazo—. ¿Aún sigues…? —Movió una mano hacia él, buscando las palabras adecuadas—. ¿Aún sigues jurandeando?

Él le hizo una respetuosa inclinación de cabeza.

—No sabría hacer otra cosa.

—Pero con más de… —Meneó con los dedos la fortuna en oro trenzado que le festoneaba el uniforme—. De todo esto.

—El lord y la dama regentes han tenido a bien nombrarme lord chambelán interino.

Isern estaba mirándolo de arriba abajo con expresión aprobadora.

—A mí puedes lordearme el interino siempre que quieras —dijo.

Rikke le frunció el ceño.

—¡Será que no he dicho veces que hay que comportarse! ¿Debería llamaros lord Jurand, entonces?

—Una vieja amiga puede tutearme. Tampoco es que sea el único que ha llegado lejos, al fin y al cabo.

Jurand miró hacia las extrañas y diversas gentes del Norte que iban bajando del barco para quedarse embobadas contemplando la

inmensidad, el ajetreo y lo lleno de humo que estaba todo. Eran un séquito imponente. Lo cual, por supuesto, era la idea. Mercaderes de Uffrith y Carleon, vestidos con sus mejores telas tintadas y ansiosos por ponerse a hablar de negocios. Mejores Guerreros con sus capas de día de fiesta. Jefes de los Valles Altos y de los Valles Occidentales y de todo valle entre medias. También montañeses y montañesas, con la cara azul por los tatuajes.

—¿Debería llamaros yo reina Rikke?

—¡Por los muertos, no! Rikke la Negra está bien.

Echó un vistazo a los soldados del muelle, rectos y pulidos en sus uniformes grandes y oscuros, sobre caballos grandes y oscuros bajo estandartes grandes y oscuros. Debía de haber más de cien.

—Sí que habéis preparado una buena bienvenida.

—El lord regente insistió en que no corramos riesgos con tu seguridad —respondió Jurand, conduciéndolos a unos caballos sin jinete.

—Qué conmovedor —dijo Rikke—. Nada me hace sentir tan segura como estar rodeada de desconocidos armados hasta los dientes. —Le costó un poco montar, ya que no estaba mucho más a gusto a caballo que en barco—. Confieso que estaba un poquito preocupada por si Leo y Savine no se alegraban mucho de verme. —Rikke llevó su montura cerca de la de Jurand y murmuró por la comisura de la boca—: Los traicioné, al fin y al cabo. Solo una pizca.

—Lady Savine siempre ha tenido la cabeza fría.

—Esa mujer podría congelar leche con un susurro.

—Y ya verás que no se deja llevar tanto como antes.

—¿Así que todo está perdonado?

La sonrisa de Jurand no fue demasiado convincente.

—Los dos quieren mirar hacia el futuro.

A Rikke no le pasó por alto que no había respondido a la pregunta ni de lejos.

Las chimeneas seguían echando humo, dejando una enorme mancha gris por todo el cielo. Las calles seguían atestadas de gente de todas las formas y tamaños, cortes y colores. Aquella torre a la que llamaban la Casa del Creador seguía clavándose en la niebla como el dedo de un gigante. Las piedras seguían vibrando con

aquella interminable agitación, el ronquido de algún demonio medio dormido, el refunfuñar de hombres y máquinas infelices.

Pero no todo estaba igual. En la Unión siempre les habían gustado las banderas, pero desde la última visita de Rikke se habían obsesionado con ellas. Vio edificios con enormes emblemas en la fachada. Soles de veinte pasos de altura pintados en los lados de almacenes. También estaban los martillos cruzados de Angland, con el león dorado de Leo. Hombres armados en cada puerta y esquina. La Guardia Real con su uniforme rojo, pero siempre a la sombra de anglandeses de ropa oscura. Rikke vio barricadas en las calles laterales, gente haciendo cola para que la registraran, soldados hurgando en carros, ballesteros vigilantes en los tejados.

—Diría que hay más soldados de Angland aquí que los que había en el ejército de Angland —murmuró Rikke.

Escalofríos se rascó pensativo la barba gris de unos días.

—Parece más una ciudad rendida a un asedio que una salvada.

—No me fío de ningún hijoputa de estos —susurró Isern-i-Phail en norteño, mirando ceñuda a la escolta que llevaban.

—Bueno, pero es que tú odias a todo el mundo —dijo Rikke.

Isern pareció quedarse de una pieza.

—¡Paparruchas! ¡Pero si soy toda complaciente amistad y buen humor! Escalofríos me cae bien.

—Yo caigo bien a todo el mundo —dijo inexpresivo el hombre más temido del Norte, meciéndose en la silla de montar.

—Y tengo cariño al viejo Hardbread. Y el Clavo es un hombre al que podría amartillar, ¿sabes a qué me refiero?

—A pesar de las múltiples capas de astucia, creo que lo he deducido —respondió Rikke.

—Y empieza a gustarme esa chica, Sholla. Sí que corta fino el queso, sí.

—Como una telaraña.

—Se te derrite en la lengua. He estado pensando en todas las otras cosas que podía rebanar y se me hace la boca agua.

—Eso sí que es un halago.

—Hum… —Isern hizo un mohín, sin duda repasando el resto de sus conocidos, pero no encontró más tesoros—. Tampoco son

ningún ejército de amigos, ahora que lo pienso.

Rikke carraspeó y señaló un optimista pulgar hacia sí misma.

—Ni fu ni fa. —Isern estrujó la cara como si hubiera dado un sorbo de cerveza vieja y temiera que estuviese rancia—. Sobre ti, todavía tengo que decidirme.

—¡Eso ya me lo dijiste hace dos putos años!

—Y estás decantándome hacia el lado bueno. Verás, el amor entregado sin más no vale nada. Unos años más y podrías caerme igual de bien que mis hermanos.

Se retorció en la silla para mirar a Scofen y a Scenn, que miraban asombrados los enormes edificios manchados de hollín.

—¿Así que… me harás caso omiso casi todo el tiempo y el resto me tratarás con patente desprecio?

—¡Exacto! —Isern dio a Rikke una palmada tan fuerte en el hombro que tuvo que agarrarse a la silla para no caer de ella.

Pasaron por cicatrices ennegrecidas que cruzaban la ciudad. Calles enteras en ruinas. Cascarones calcinados que estaban demoliendo, pero también otros que seguían en pie, con las puertas y las ventanas abiertas como bocas de cadáver y el viento sacando de dentro una ceniza arremolinada que picaba en los ojos. Había más mendigos por la calle incluso que antes. Más vagabundos y desamparados, que se escabullían temerosos del estruendoso paso de su gran compañía.

—Por los muertos —susurró Rikke, contemplando una inmensa escalinata de mármol sin nada encima salvo los tocones de enormes columnas, atacadas por peones con picas y cinceles, con una grúa monstruosa que se alzaba sobre el gigantesco solar—. ¿Aquí es donde estaba el banco ese?

—Valint y Balk —dijo Jurand, con gesto reprobador.

Era aquel poderoso templo a los beneficios donde el Primero de los Magos se había reunido con su sonriente secuaz. Parecía que incluso eso podía destruirse.

—¿Qué van a poner en su lugar? —preguntó Rikke.

—Tengo entendido que hay una necesidad acuciante de préstamos e inversión. De nuevos negocios y construcciones. La dama regente tiene planes… de construir el banco más grande del

mundo.

Por fin se detuvieron frente a una casa enorme entre otras casas enormes, en una parte de la ciudad donde el aire estaba más limpio y el sol brillaba más. Rikke tuvo que reconocer que estaba un poco aliviada. No se habría extrañado si los hubieran llevado en colorido desfile hasta el Pabellón de Interrogatorios y derechos a una celda.

—La casa de Savine —dijo, mirando todas aquellas ventanas—. Parece como si hubieran limpiado a mano todas las hojas del jardín.

—No me extrañaría —repuso Jurand—. Antes vivía aquí. Luego fue un orfanato durante un tiempo, pero se llenó demasiado y se llevaron a los niños a otro alojamiento. Ahora es vuestra.

—¿Qué?

—Mientras estéis en la ciudad. —Jurand desmontó con agilidad —. Rikke la Negra debe tener unos aposentos dignos de su categoría.

Solo el recibidor ya era tan grande como la cámara de audiencias de un jefe norteño, y estaba mucho mejor amueblado. Allí los esperaban dos mujeres elegantes, una mayor y la otra joven, junto con un hombre de piel oscura ancho como una puerta. Parecieron un poco estupefactas al ver la cara de Rikke, lo cual era bastante comprensible porque ella misma se sobresaltaba cada vez que pasaba delante de un espejo. Parecieron más estupefactas cuando Escalofríos llegó tras ella en toda su altura, y luego parecieron la viva imagen de la estupefacción absoluta cuando el recibidor fue llenándose de Mejores Guerreros ataviados de cuero y malla y de montañeses tatuados y de una mujer grande y alta que gobernaba Yaws últimamente, todos ellos embadurnando los inmaculados baldosines de fango al pisotearlos.

La mujer más mayor hizo una reverencia dubitativa.

—Vuestra… esto…

—Rikke la Negra está bien —dijo Rikke.

—Yo soy Liddy, ella es May y este es Haroon.

—Es un honor —dijo el hombre de piel oscura con la voz más grave que Rikke había oído nunca, haciendo una profunda inclinación.

—Igualmente —respondió Rikke, imitándolo.

Como la mitad de su gente no hablaba el idioma, eso hizo que todos empezaran a inclinarse ante todos los demás. Todo un mar de cabezas subiendo y bajando.

—La dama regente nos ha enviado por si necesitabais alguna cosa —dijo Liddy—. Hay una recepción en el Agriont mañana por la tarde y…

—¿Recepción? —Isern repitió para sí misma la palabra desconocida—. ¿Eso no es como echar una cagada?

Escalofríos alzó al techo el ojo que aún tenía.

—Son personas bebiendo y bailando y mintiéndose unas a otras. Fingen que es por diversión, pero en realidad es para que quien sea que tiene el poder demuestre cuánto poder tiene.

Isern entornó los ojos poco a poco.

—Entonces sí que es como echar una cagada, solo que en todos los demás.

—Sobre todo en mí —dijo Rikke—. Y yo tendré que agradecerles los zurullos, deshacerme en elogios por su buen color y consistencia y pedirles por favor si podrían darme un par más. —Rikke arqueó las cejas hacia Liddy, que parecía más estupefacta que nunca, y cambió de nuevo a su idioma—. ¿Eres costurera?

—He… dado alguna puntada…

—¿Eres quien hace que Savine esté toda…? —Rikke movió las manos, buscando la palabra—. ¿Toda Savinosa?

—La ayudo a vestirse… a veces.

—¡Estupendo! La última vez que estuve en el Agriont parecía una puta zopenca. —Rikke movió los hombros para quitarse la capa roja y dejó caer la preciosa tela siseando entre los dedos—. Me da a mí que tenemos un poco de trabajo por delante.

Buenos tiempos

Como el tiempo estaba cambiando por fin después de las duras heladas y el condenado deshielo, a Savine le había apetecido abrir las puertas de palacio y dar una recepción en los florecientes jardines. Celebraría la primavera, y un nuevo inicio, y supondría una muy necesaria oportunidad de sanar heridas: las heridas del Gran Cambio, que ni por asomo habían cicatrizado todavía, y las heridas infligidas desde entonces, aún sangrantes.

Pero la tarde no era tan templada como había esperado y la carne de gallina en los brazos desnudos le hizo pensar en el brutal invierno que acababan de dejar atrás. Las carcajadas que rebuznaba alguien que se había emborrachado demasiado pronto le llevaron a la mente el clamor de los amotinados en la plaza de los Mariscales. El resplandor de las antorchas en la armadura de los numerosos guardias le recordó a las llamas que lamían el cielo sobre el Tribunal Popular. Quiso huir a sus aposentos, cerrar con llave todas las puertas y abrazarse a sus hijos, pero ya se había escondido demasiado tiempo. Así que en vez de eso cuadró los hombros, chasqueó los dedos a Zuri para que le pasara la cajita y tomó otro pellizco de polvo de perla.

Savine no era en absoluto la única que estaba nerviosa. Sus invitados eran quienes habían tenido la suerte, la inteligencia o la deslealtad suficiente para sobrevivir a la furia de las turbas, al caos de Risinau, a las masacres de la Jueza. Y después de todo eso, tras un fugaz periodo de vertiginoso alivio, todos empezaban a preguntarse si podrían terminar purgados por su nuevo lord regente.

Leo no estaba de humor para sanar heridas. Estaba de pie adusto y altivo, como siempre, rodeado de anglandeses armados, como siempre, negándose a sentarse, como siempre. Ya había atenazado Adua con fuerza el día en que cayó la Jueza, pero desde la huida de Orso, y con la ayuda de Jurand, había establecido un régimen de mano dura mucho más severo que cualquiera con el que hubiesen soñado los Quemadores.

Los incesantes registros y restricciones, los toques de queda y las pruebas de lealtad eran malos para la moral y pésimos para los negocios. Los únicos que prosperaban eran los armeros, los fabricantes de banderas y los pintores que embadurnaban de emblemas de la Unión los hogares de ciudadanos aterrados por mostrar un patriotismo inadecuado. Leo insistía en que estaba imbuyendo en Adua un propósito común, ajeno al hecho de que nada proclamaba la desunión como las estridentes proclamas de unidad en cada esquina.

—¡Mis lores y damas!

La charla inquieta cesó y todos los ojos se volvieron hacia la barbacana en la muralla del palacio, flanqueada por dos gigantescos estandartes del sol. El heraldo infló el pecho con una poderosa inhalación.

—¡Permitirme presentaros a…! —Miró nervioso hacia Leo, como avergonzado por la ausencia de una cadena de títulos lo bastante magnificente, y se desinfló—. Rikke la Negra.

Savine sabía cómo hacer una entrada. En sus tiempos había creado verdaderos clásicos. Había marcado tendencia en la Sociedad Solar. Feliz y radiante en su boda. Orgullosa y desafiante en su juicio. Pero no estaba segura de haber hecho jamás una entrada como la que hizo Rikke ese día.

—Alguien ha pasado por la sastrería —murmuró Zuri.

La nueva dueña del Norte era una embriagadora poción compuesta de alta moda, magia negra y bárbaro esplendor con un extraño giro que le pertenecía en exclusiva. Llevaba un vestido de lujosa seda roja de Suljuk, largo y esbelto como una franja de sangre con una nube de piel blanca en los hombros. Tenía el pelo recogido dentro de un sombrero de copa ridículamente alto,

imposiblemente lustroso, muy inclinado a la manera de un proxeneta callejero. Lucía hasta el último de aquellos dientes en una sonrisa astuta, con las esmeraldas que le regaló Savine en una ocasión centelleando en torno al cuello, pero sus ojos centelleando más si cabe, uno todo blanco, el otro todo pupila abierta en el centro de aquellos anillos de bruja tatuados. Levantó los brazos fibrosos y los extendió a los lados, con guantes de encaje sipaneses en las manos, pero cadenas, runas y pulseras de hueso colgando de las muñecas.

—¡Saludos desde el Norte! —chilló, mientras un extravagante séquito cruzaba la puerta hacia el corazón de la Unión.

A la derecha de Rikke llegó Isern-i-Phail, vestida como una duquesa pero andando como un estibador, con un collar de huesos de dedo al cuello y la punta de las botas asomando bajo el dobladillo de encaje de la falda. Caul Escalofríos se situó a su izquierda, sorprendentemente cómodo en un uniforme de general lleno de galones, combinado con una espada ancha de aspecto salvaje y su ojo de metal destellando tras el lacio pelo entrecano. Había montañesas con la cara llena de tatuajes arremolinados. Había guerreros en cuyos rostros se entrecruzaban las cicatrices. Había artesanos de Carleon y capitanes navales de Uffrith, todos con detalles aquí y allá a la moda de la Unión: un bastón con el pomo de cristal, un chal estampado a máquina, un reloj de bolsillo enjoyado. Un montañés miraba con elegancia a través de un monóculo como si hubiera nacido con uno puesto.

—¡Savine! —Rikke se coló entre sus manos adelantadas y la envolvió con los brazos.

Savine apenas recordaba la última vez que alguien la había abrazado así y se descubrió apretando también a Rikke, como si en verdad fueran viejas amigas, sin envidias ni rivalidades ni puñaladas traperas entre ellas.

Para su sorpresa, se sintió al mismo tiempo reacia a soltarla y aliviada cuando lo hizo Rikke, para ponerle las manos en los hombros con aquella sonrisa inquietante. La magia no era algo en lo que fuera razonable invertir, por supuesto. Pero al mirar en las negras profundidades del ojo negro, Savine no pudo evitar

preguntarse qué habría podido ver Rikke con él. Qué podría saber de lo que Savine no tuviera ni idea.

—Rikke, eres toda una… visión.

—¡Ja! Visión, dice. Decir que tú estás preciosa sería como decir que la nieve está fría, pero te juro que te veo mejor que nunca. La maternidad debe de sentarte bien. ¡Y eres Madre de la Nación, nada menos!

—Nadie de nosotros hemos salido del Gran Cambio igual que antes.

Savine lanzó una breve mirada a Leo, al punto blanquecino que era su rostro crispado entre todos aquellos uniformes espléndidos.

—Todos somos al mismo tiempo más y menos que antes. —Rikke cogió al vuelo una copa de vino de una bandeja que pasaba y se bebió media de un trago—. ¿Te acuerdas de la última vez que vine de visita?

—La tengo grabada a fuego en la memoria.

Savine se preguntó cuánta gente de la que había reído y bebido y bailado en la Cámara de los Espejos aquella noche estaría muerta. ¿La mitad? ¿Más? Una ráfaga de aire frío cruzó los jardines y Savine tuvo que poner todo su empeño en no estremecerse.

—No fue mi mejor momento —estaba diciendo Rikke—. Vine de paloma a una competición de pavos reales, la reina me pilló en la cama de su hijo y luego me cagué encima en el desfile. ¿Qué ha sido de Orso?

Savine trató de no sonar ahogada pero no lo logró del todo.

—No lo sabe nadie.

—Menudo descuido para un país, que se le pierda su rey. Pero dicen que habéis encontrado otro, así que tampoco es tan grave, ¿no?

Excepto para la estabilidad de la Unión, para las perspectivas de los hijos de Savine, para su propia posición y para el estado de su matrimonio, todo lo cual Savine había puesto en peligro al liberar a Orso contra todo buen juicio.

—Nada que no pueda solucionarse, espero.

—Fuiste muy amable conmigo aquella noche. Haces los mejores regalos. —Rikke enganchó las esmeraldas que llevaba al cuello y

las alzó a la luz, antes de bajar la mirada a las runas que lucía Savine. Las que Rikke le había entregado a cambio—. Y hasta te quedaste el que te hice yo.

—Nada más habría estado a la altura de la ocasión.

—Pues no pienso volver a cambiarte el collar, si es lo que esperabas. —Y Rikke abrió de golpe un abanico con un giro de muñeca y un chasquido y empezó a abanicarse con la elegancia de cualquier habitual del teatro—. ¿Lo hago bien?

Rikke bajó la mirada para recogerse unos mechones de pelo que revoloteaban por su cara tatuada, sin duda dejados sueltos con ese propósito.

—A lo mejor necesito que me des unas lecciones.

—¡Ja otra vez! Fuiste amable conmigo esa noche y estás siendo amable ahora. Eres mucho más amable de lo que cree la gente.

—Dudo que todo el mundo esté de acuerdo. —Savine bajó la voz —. Te vendí a Stour Ocaso, al fin y al cabo.

—Y yo te vendí a ti al rey Orso. Seguro que las dos teníamos nuestras razones. No significa que no seamos amigas. —Rikke compuso una sonrisa torcida. Una sonrisa con un matiz de peligro —. O sea, ¿qué sentido tendría apuñalar a tus *enemigos* por la espalda?

—A esos cabrones se los apuñala de frente —murmuró Savine, y tomó un pellizco rápido de polvo de perla. En otros tiempos lo habría ocultado, pero ¿quien iba a atreverse a censurarla ahora? Ofreció la cajita a Rikke.

—Mi institutriz de Ostenhorm me dijo una vez que allá donde fueres, haz lo que vieres. —Rikke apuró la copa, se quitó un guante para sacar un buen pellizco de la caja, apartó a un lado el anillo de oro que le atravesaba la nariz y lo esnifó sorbiendo ruidosa—. ¡Por los muertos! —Sacó la lengua, parpadeó para contener las lágrimas —. Cómo arde.

—Te acaba gustando, créeme.

Rikke se apoyó en el brazo de Savine mientras reprimía un estornudo y luego sacó una bolita marrón del guante y se la tendió.

—Esta vez te devuelvo yo a ti el regalo.

—¿Es chagga? —Savine lo cogió de entre los dedos de Rikke, se

lo metió detrás del labio y no pudo evitar un escalofrío—. Sabe a… —No encontró las palabras para describir aquella amargura terrosa.

Rikke empezó a mascar otra bolita y le guiñó un ojo.

—Te acaba gustando, créeme.

Por todas partes en los jardines la gente estaba intercambiando regalos e historias, formando extraños grupos y abrazando lo desconocido. Curnsbick hablaba en una mezcla de norteño chapurreado, común a voz en grito y gestos recargados con unas mercaderes envueltas en pieles. Algo sobre chimeneas, le pareció a Savine. Seguro que estaban captando los detalles igual de bien que lo había hecho ella jamás.

Selest dan Heugen, entretanto, practicaba su propia clase de magia a base de risitas sobre el montañés del monóculo.

—¿Y hay cobre en esas montañas vuestras? —Selest meneaba la nariz como si pudiera olisquear los beneficios, mientras la mirada de él se desviaba tanto que era increíble que no se le cayera el monóculo por el escote de su vestido.

—Ahora hay miles de personas que cuentan con nosotros. —Lord Isher estaba estrechando la mano de algún jefe norteño de larga barba con tremenda dignidad—. Debemos mirar hacia el futuro.

—Es lo que más me importa a mí también. Pero ¿qué podemos ofrecer a la civilización nosotros los salvajes?

—La civilización acaba de salir de una matanza que habría hecho sonrojarse a Nueve el Sanguinario. El Norte cuenta con unas ventajas naturales muy notables, entre ellas…

—Eso mismo dijiste tú de mí, la última vez que vine a Adua.

—Y el tiempo me ha dado más la razón de lo que habría podido creer. Cuando Leo y yo viajamos por el Norte el año pasado…

—Para venderme a Stour.

—Exacto, antes de que tú nos traicionaras a nosotros. El caso es que vi unos bosques inmensos, preparados para entregarlos a la sierra. Grandes marjales listos para drenarlos y pasarles el arado. Colinas ricas en carbón y hierro, apenas extraídos. Ríos y más ríos que corren raudos hacia el mar, suplicando que se los dome con canales, diques y norias.

—Viste oportunidades.

—Puede que no lleve hermosas runas en la cara, pero yo también sé ver el futuro, a mi manera.

—Savine del Ojo Largo. —Rikke proyectó el labio inferior, pensativa, mirando hacia la muralla del Agriont, tras la que unas chimeneas seguían exhalando vapores incluso mientras se ponía el sol—. ¿Dices que podrías ayudarme a hacerle al Norte lo que le habéis hecho a Adua?

—Podría ayudarte a hacerle al Norte cualquier cosa que quieras.

—A cambio de un precio.

Savine le dedicó su sonrisa más dulce. La que siempre utilizaba para cerrar los tratos.

—En nuestro mutuo beneficio. Es verdad que hago los mejores regalos. —Y pasó con suavidad la yema del índice bajo las esmeraldas que llevaba Rikke, las sopesó un momento y volvió a dejarlas delicadamente sobre su piel—. Pero no es solo por amabilidad. Admito sin reparos que te subestimé mucho.

—Bueno, tampoco saliste tan mal parada. Stour Ocaso también me subestimó y no está dando fiestas en jardines, eso te lo garantizo.

Desde unos pasos de distancia se podría haber tomado por una charla afable. Pero todas las palabras de Rikke tenían filo. Una conversación con ella era una tarta llena de cuchillas.

—Demostraste ser una enemiga ingeniosa y capaz —dijo Savine—. Cuando tengo la suerte de encontrar a una así, hago todo lo posible por convertirla en amiga.

—Me alegro de oírlo, viniendo de alguien tan ingeniosa y capaz como tú. Nada me llegaría más al corazón que contar con tu amistad, pero… no es mi corazón lo que me trae aquí. —Rikke levantó la barbilla sin dejar de mirar a Savine, y acto seguido se llevó la mano a la nuca e inclinó el sombrero hacia delante de forma que el ala le hiciera sombra en los ojos—. Mi cabeza es la que se preocupa de que… a la hora de mirar hacia el futuro… —Aquel ojo titilante se desvió hacia Leo, que contemplaba las festividades con adusto desapego—… esté hablando con la mitad del matrimonio que no debería.

Cuando Savine ofrecía un regalo, estaba acostumbrada a que se

aceptara. Nunca lo ofrecía hasta asegurarse de que iba a ser así. Pero siguió sonriendo a pesar del enfado.

—Mi marido y yo siempre hemos sido una asociación igualitaria.

—Venga, por favor. —Rikke clavó un afilado codo en el costado de Savine—. Cuando vinisteis a verme en Uffrith, lo tenías ensillado como a un poni. —Sonrió a su alrededor, enseñando a todo el mundo hasta el último de aquellos bonitos dientes—. Ahora la gente te admira. Te envidia. Te quiere. ¡La Bienamada de los Barrios Pobres! Cuando hablan de ti, a tus chicas May y Liddy les faltan alabanzas.

—Sois todas muy amables —dijo Savine.

—Pero los soldados que hay en cada esquina no son tuyos, ¿verdad?

Y Rikke desplegó el abanico entre ellas y la dejó con la palabra en la boca.

De momento, al menos.

Leo se sentía un poco forastero en su propia fiesta.

En una recepción de palacio debería haberse sentido por fin como en casa. Al fin y al cabo, ahora de verdad era su casa. Se lo había ganado. Lo había conquistado. Y estaba lleno de norteños. El ambiente en los jardines se parecía más al antiguo salón del Sabueso en Uffrith que a las envaradas recepciones que celebraba el rey Jezal.

Pero los francos acentos de los norteños y la sincera risa norteña solo le recordaban a la persona que había sido. A aquel joven idiota tan intrépido, generoso y temerario, capaz de pasar el día corriendo sin cansarse, que podía derrotar a todos sus amigos dejando que eligieran ellos las armas, que había llegado invitado no muy lejos de ese mismo jardín después de ganar un duelo contra Stour Ocaso, querido y admirado por todos. ¡El Joven León! ¡Un héroe con el mundo a sus dos buenos pies! Por los muertos, echaba de menos a ese hombre. Cerró la mano que le funcionaba en un puño tan tenso que le chascaron los nudillos. Sintió el desagradable cosquilleo en la otra cuando los dedos se doblaron también por acto reflejo dentro

de la casaca.

Vio que Rikke se alejaba de Savine pavoneándose, ambas sonriendo como si jamás se hubieran podido cruzar palabras más cálidas. Su antigua amante y su nueva. O sus dos antiguas amantes, tal vez. No había mucho afecto entre la dama regente y él de un tiempo a esa parte. Desde el momento en que Savine ayudó a Orso a escapar, toda calidez entre ellos tenía lugar estrictamente de cara a la galería.

Le recordaba al matrimonio de sus padres, hacia el final. Una mentira que a todos convenía fingir verídica, incluso años más tarde. Quizá la gente siguiera siempre los pasos de sus padres, condenada a topar con los mismos errores como un ciego con los muebles. El camino marcado antes del nacimiento, inevitable, como aquel puto carro inútil de Curnsbick que solo recorría los raíles que se le daban. La única elección era lo rápido que uno iba a rodar hasta el final de la línea. Un pensamiento deprimente. Leo tenía muchos de esos en los últimos tiempos.

Tampoco era que la gente lo estuviera dejando solo. Constantemente acudían alimañas para sonreír, inclinarse, adularlo, siempre con el mismo nerviosismo necesitado en los ojos, con el mismo miedo aceitoso en la voz, siempre intentando sacarle alguna cosa. Le ponía enfermo su mezquino egoísmo, su miope codicia. Se pasaba el día entero cubierto de una pátina de mentiras que no había forma de limpiarse. Pero era con lo que se quedaba uno después de haber arrastrado a sus verdaderos amigos a la muerte.

Vio a Jurand y a Glaward hablando con Rikke. Los escasos supervivientes de aquellos tiempos despreocupados riendo juntos, sin él, y Leo machacó el pie falso contra el césped hasta que le dolió el muñón de la pierna. Había estado dando vueltas a la idea de enviar fuera a Glaward. Asignarle algún destino en el extranjero. Así no tendría que verle su estúpida cara. Así tendría a Jurand para él solo. Lo había ganado todo y aun así estaba siempre iracundo, siempre celoso. Pero, claro, es que también lo había perdido todo.

Dio un amargo sorbo de vino, observando a Rikke mientras se abría camino entre el gentío. Ella no se ganaba al público con la sedosa sutileza de Savine. Lo hacía a su manera, con su enorme

sonrisa y sus ojos extraños y con aquella risa fácil y aquellos gestos exagerados, derramando vino de la copa al levantar el brazo de sopetón.

Leo podría haber renqueado hasta ella. Le habría sentado bien llegar aunque fuese a un punto intermedio, encontrar la sonrisa sincera que solía poner estando con ella. Su cara aún podía componer el gesto, ¿verdad? Pero Rikke lo había traicionado, así que hacerlo sería una especie de rendición. Y el Joven León podía haber sufrido derrotas, pero jamás se había rendido. Jamás. Le costara lo que le costase.

Así que se quedó allí de pie, impacientándose cada vez más mientras Rikke charlaba con lord Isher. Mientras comparaba collares con Selest dan Heugen. Mientras abanicaba el pelo que Dietam dan Kort se peinaba por encima de la coronilla calva y hacía volar los mechones. Daba la impresión de que ya había tenido un cumplido para cada invitado antes de llegar por fin a él, sonriendo como si no hubiese un abismo de promesas rotas abierto entre ellos.

—Pero si es Rikke la Negra. —Las palabras en norteño eran agradables en su boca, eso tenía que reconocerlo—. ¡La bella y misteriosa Bruja del Norte! Tienes buen aspecto.

Tenía mejor aspecto que nunca, a su propia manera enloquecida. Seguro que Antaup estaría dando codazos y silbidos y bufidos al verla, con más vehemencia incluso que la habitual. Si Leo no hubiera hecho que lo mataran.

—Pero si es el pequeño Leo, el hombre más grande de la Unión. —Tras el porte regio y el disfraz y los tatuajes, ¿había captado un atisbo de aquella chica tímida a la que antes conocía? ¿A la que antes amaba, incluso? Pensarlo pareció provocarle un dolor en el centro del pecho—. Hemos llegado muy lejos los dos, ¿verdad? —Se inclinó hacia él y el olor a chagga en su cálido aliento hizo aflorar de golpe en la mente de Leo las veces que habían yacido juntos—. Desde que follamos en un establo.

Notó que se sonrojaba, igual que su madre lo hacía sonrojarse siempre que una conversación no iba como ella quería.

—Esa noche todo el mundo se divirtió —dijo, rígido y poco convincente—. Y ahora todo el mundo se divierte —añadió,

ingeniándoselas para sonar también amargado.

—Tú no —repuso Rikke, observándolo por encima del borde de su copa.

En otra época, esa llamarada de sinceridad podría haberle sacudido de encima el mal humor. Allí solo sirvió para hundirlo más.

—Divertirse es para la gente con todas las extremidades —gruñó.

El sol se había puesto del todo y la fiesta estaba empezando a desmadrarse. Liberando el terror acumulado del Gran Cambio, tal vez. Isern-i-Phail se había subido la falda púrpura hasta la entrepierna y estaba enseñando una cicatriz que tenía en el musculoso muslo a Zuri, que la estudiaba con las negras cejas muy arqueadas. Escalofríos, con la casaca de general abierta hasta el peludo pecho, había ofrecido su espada desenfundada a Glaward, que pareció haberse hecho un corte en el pulgar con el filo mientras examinaba la marca plateada que había cerca de la empuñadura. Por los muertos, un montañés se había apoderado de un violín y estaba interpretando una jiga apenas pasable que provocó un ataque de agudas risotadas a una achispada Isold dan Isher.

—Lo siento —dijo Rikke en voz baja. Ya no sonreía—. Siento no haber ido a ayudar. Siento haber faltado a mi palabra. Me hiere verte herido. No te lo reprocharé si no me crees. No te lo reprocharé si no te importa. Pero lo siento.

Leo notó el picor de las lágrimas en los ojos. No se había dado cuenta de lo mucho que quería oírlo. Tuvo ganas de decir que él también lo sentía. Cogerle la mano a Rikke. Besarla en la mejilla. Ser su amigo. Los muertos sabían que buena falta le hacía. Igual que lo habían sido hacía tanto tiempo, sentados en las vigas del salón de su padre.

Pero esos niños ya no existían. Leo no había escogido volverse aterrador, pero eso era lo que los tiempos exigían. Por el bien del país, de su familia, de su esposa. Se lo agradeciesen o no. Tal y como estaban las cosas, la blandura era debilidad. Tal y como estaban las cosas, la debilidad era la muerte. No veía ninguna manera de volver atrás.

Un viento frío agitó las plumas en los sombreros de las damas, hizo que la llama de las antorchas destellara y parpadeara.

—Sentirlo no va a devolverme la pierna, ¿verdad? —restalló—. No va a devolverme a Jin, ni a Antaup, ni a todos los demás que murieron ese día.

Rikke lo miró con dureza desde debajo del ala de su sombrero.

—¿En serio? ¿Fue todo culpa de Rikke la Truculenta? Yo no te obligué a rebelarte. Yo no te convencí de librar una batalla. Yo no espoleé a tu caballo ese día.

—¡Pero sí que enviaste una puta carta a Orso! —Leo vio que Jurand miraba hacia ellos, intentó controlar la voz y fracasó—. ¡Luché por ti, arriesgué la vida por ti y tú me traicionaste!

Había esperado más disculpas. Lo que recibió fue un bufido furioso.

—¿Y qué querías que hiciera, reíros las gracias mientras vendíais Uffrith a Stour? ¿Ver todos los esfuerzos de mi padre…?

—¿Cómo dices? —la interrumpió Leo con brusquedad.

Rikke entornó los ojos y los tatuajes de la frente se le retorcieron al fruncir el ceño. Desde la lejanía llegó el leve retumbar de un trueno.

—Tu esposa me apuñaló por la espalda a la primera ocasión que tuvo. Compró la ayuda del Gran Lobo con mi hogar.

Era una parte de la historia que Savine había omitido convenientemente. Leo desvió la vista hacia su esposa, que estaba junto al gran maquinista vestida de su habitual blanco cegador, y la encontró mirándolos también. Observándolos. Intentando determinar qué podrían estar diciendo y cómo aprovecharlo en su beneficio.

—¿No lo sabías? —le preguntó Rikke.

Leo cerró los ojos. Por los muertos, ¿acaso no había aprendido nada? Pues claro que no había sido él quien convenció a Stour de que lo siguiera hasta la Unión apelando a sus sentimientos fraternales. Pues claro que Savine había hecho un trato. Y por supuesto que lo había cerrado a sus espaldas. Había empezado a llover, líneas blancas congeladas a la luz de las antorchas. Los sirvientes se apresuraron a sacar toldos portátiles mientras el viento arreciaba. Una mujer echó a correr tras un sombrero perdido que volaba rebotando en el césped.

—No, *eso* no lo sabía —respondió, marcando cada palabra.

Lanzó otra mirada furibunda a Savine, pero vio que ya ni siquiera les prestaba atención. Estaba riéndose con elegancia de algún chiste de Curnsbick, como si el dolor de Leo le importara una puta mierda.

Así que Savine era tan responsable como el resto del fiasco de Stoffenbeck. De todo lo que Leo había perdido allí. Más que el resto. Descubrir que Rikke había tenido un buen motivo para ponerse en su contra debería haber supuesto la oportunidad perfecta de perdonarla. Pero saber de una nueva e hiriente traición por parte de su esposa no mejoró en nada el humor de Leo. Las dos lo habían apuñalado por la espalda mientras se apuñalaban entre ellas de cara, y aun así, de algún modo, ambas podían separarse majestuosas como amigas, las dueñas de los jardines adoradas por todos, mientras a él le tocaba quedarse lamiéndose unas heridas incurables, odiado y temido y solo.

—¿A qué has venido, Rikke? —ladró—. ¿Qué haces aquí con un puto disfraz carísimo de pitonisa de feria?

Rikke contrajo varias veces los músculos de la mandíbula.

—Mi padre decía siempre que debíamos dejar estar los rencores, si es posible. Me dijo que un ajuste de cuentas solo planta las semillas de otros dos. Esperaba que pudiéramos superar el pasado y mirar hacia el futuro. Por favor, Leo. Ya se ha derramado bastante sangre entre el Norte y la Unión.

Leo soltó un hosco bufido.

—Ah, no me importaría ver más sangre de los cuerpos adecuados.

—Tu mujer parecía inclinada a perdonar, y siempre la había tenido por la más despiadada de los dos.

—Yo también. Pero por lo visto estaba equivocado en muchísimas cosas.

Por los muertos, lo que quería de verdad era que Rikke se acercara a él y lo abrazara como había abrazado a Savine. Pero de algún modo, sin pretenderlo, se había transformado en un hombre a quien nadie quería tocar.

—Me alegro de volver a verte, Rikke. De verdad me alegro. Y añoro lo que teníamos. De verdad lo añoro.

—Añoras lo que tenías tú —dijo ella en voz baja—. Añoras lo que eras tú.

—Como quieras.

Sonó otro trueno, más fuerte, más cerca. La forma en que crujían las enseñas mojadas llevó la mente de Leo a la Batalla de Colina Roja, al estandarte de Stour Ocaso y el suyo propio, dos jóvenes dioses frente a frente a ambos lados de aquel puente. Pero los recuerdos de glorias pasadas solo servían para azuzar su ira.

—Lo cierto es que soy mucho menos dado al perdón que antes. Tal y como yo lo veo, estás en deuda conmigo.

—¿Y qué es lo que te debo? ¿Un brazo y una pierna?

—¡Algo! —susurró Leo en la cara de Rikke. Glaward miró hacia ellos preocupado. Caul Escalofríos también. Leo hizo como si no existieran—. Me debes *algo*, y voy a cobrármelo. ¡Aunque tenga que marchar hasta Carleon y arrancártelo de las manos!

Rikke no reculó. No dio ni un solo paso atrás. Había mucho de su padre en la expresión tozuda de su cara, entre las rutilantes gotitas de lluvia atrapadas en la piel que llevaba a los hombros.

—Si buscas guerra, el Norte peleará contra ti. Peleará contra ti unido, eso te lo garantizo.

La furia era una actitud segura. Leo sabía manejarse con ella.

—Ay, Rikke. —Quizá fuese la primera vez que sonreía esa noche. Una sonrisa dura, medio desdeñosa, con los labios retraídos de los dientes—. Ya sabes lo mucho que me gusta la pelea.

Y dio media vuelta y regresó con paso firme al interior del palacio. O al menos tan próximo a un paso firme como pudo, con el tobillo de metal rechinando a cada pisada tambaleante.

Total, para colmo de putos males se había puesto a llover.

—No me gusta nada —gruñó Tunny, apartando los mojados matorrales para mirar al otro lado de la vía Media.

—A mí tampoco —dijo Hildi, con los mojados hombros levantados junto a las mojadas orejas.

—Bueno, la verdad es que mí tampoco —respondió Orso—. Ya ni recuerdo la última vez que me gustó algo. —Soltó un suspiro de

vaho a la lluvia—. Pero ¿qué opción nos queda?

Se suponía que en general los sirvientes reales no debían discutir con los reyes, por supuesto, pero eso nunca había detenido a aquellos dos, y Orso había albergado la tenue esperanza de que saltaran con alguna alternativa inesperada. Pero el único sonido que hicieron fue el leve castañeteo de los dientes de Hildi.

Brock tenía la ciudad cerrada tan a cal y canto como la famosa cámara acorazada de Valint y Balk. Tenían hambre, frío y la cantidad exacta de cero amigos. La más que probable recompensa de miles de marcos por su captura era una carga pesada sobre la lealtad de cualquiera. De hecho, la situación había llegado al punto de que Orso estaba planteándose la idea de entregarse, si con ello podía costearse una comida decente.

Se agacharon todos al oír el ruido de unos cascos y vieron pasar al otro lado de los matorrales un carruaje dorado que iluminaba traqueteando la húmeda noche. A Orso le pareció oír el eco de una risita borracha por su ventanilla abierta.

—Invitados que se marchan de la recepción real —murmuró nostálgico.

—A saber cuál de los eternos lameculos irá ahí dentro —gruñó Hildi, y se sorbió la nariz con amargura—, el gusano embustero de Heugen o el cabrón traidor de Isher.

—Sus lenguas extraídas con fluidez de mi trasero e insertadas entre las curtidas nalgas del Joven León sin sonrojarse ni un ápice, no me cabe duda. Solían pegarse a mí en esas putas celebraciones como gansos al comedero.

—¿Lo echas de menos? —preguntó Tunny.

—No echo de menos el servilismo —musitó Orso pensativo, y se llevó una mano al rugiente estómago—. Pero sí la comida.

—Y la ropa —dijo Tunny.

—Y los techos —dijo Hildi, alzando los ojos entrecerrados a los chuzos de punta que no dejaban de caer.

—Y que no te den caza unos enemigos acérrimos con recursos ilimitados que controlan hasta la última puerta, muelle y esquina. —Orso se encogió de nuevo en la sombra al oír unas fuertes pisadas al trote. Al otro lado de los matorrales destellaron armaduras

mojadas cuando pasó una patrulla más—. Esos sí que eran buenos tiempos —susurró.

Hubo un breve silencio.

—Reconócelo —dijo Tunny—, también echas de menos el servilismo.

—Un poquito, pero, la verdad, en esa época era un desgraciado. En realidad estoy mucho más contento pasando hambre aquí fuera bajo la lluvia. —A Orso se le escapó una risita incrédula. Era un misterio hasta para sí mismo—. Cuando haya salido de la ciudad, no deberíais tener complicaciones para marcharos también. —No mencionó la alternativa, mucho más probable, a que pudiera salir de Adua. La que implicaba dividir por la mitad la cantidad de reyes vivos de la Unión—. Tunny, envía ese estandarte a mi madre y a mi hermana en Sipani. Que lo usen de mantel o lo que sea.

—No soltaré el asta —gruñó Tunny—, y estaré preparado cuando lo necesites.

—Déjame ir contigo. —Hildi lo agarró por la muñeca—. Necesitas… a alguien contigo que…

—No. Solo… me entorpecerías. —Le falló un poco la voz con la última palabra y tuvo que despejarse un nudo en la garganta. Sospechaba que los dos adivinaban el verdadero motivo por el que Orso debía abandonarlos. Que la lealtad que le guardaban ya les había costado suficiente y que era el momento de devolverles el favor asumiendo sus propios riesgos. Despegó los dedos de Hildi con suavidad—. ¿A cuánto asciende ya la cuenta?

—Doscientos dieciséis marcos… —Hildi estaba fingiendo que tenía los ojos mojados por la lluvia, pero no engañaba a nadie—. Y treinta cobres.

—Me parece un poco alta.

—Nunca me equivoco con los números.

—Nunca se equivoca con los números —dijo Tunny.

—No. —Orso envolvió con delicadeza el puño de la chica entre sus dos manos—. De verdad que lo siento muchísimo, Hildi, pero creo que… por ahora… tendré que seguir debiéndotelo.

—¡Como te hagan daño, me vengaré de esos hijos de puta! —rugió Hildi, con un repentino fulgor en los ojos húmedos—. ¡Lo juro!

Orso sonrió al oírlo. Le supuso un esfuerzo, pero, en último término, lo consiguió.

—Te agradezco la intención más de lo que puedas imaginar, pero… si me pasara alguna cosa… de verdad prefiero que lo dejes estar. —Llevó una mano amable a la mejilla mojada de Hildi—. Que tengas una vida. Te la mereces.

Rikke tropezó al bajar del carruaje y se habría ido de cara al suelo, pero ese hombre tan majo, Haroon, la atrapó y la puso recta otra vez como si no pesara nada, cosa que tuvo que reconocer que disfrutó bastante.

—Muchísimas gracias —dijo, dándole unas palmaditas en el brazo. Y menudo brazo, por lo que se palpaba.

Cruzó dando tumbos los resbaladizos adoquines hacia los escalones. Los muy mierdas no se estaban quietos, bamboleándose de un lado a otro. ¿O eso era ella? Iba borracha como una puta cuba y no lo lamentaba.

—¿No le has sacado un perdón al pequeño Leo, entonces? —preguntó Isern, con la falda calada recogida por las rodillas para poder subir hasta la puerta.

—No creo que pueda sentirlo —dijo Rikke. Recordar la pequeña conversación que habían tenido espantó el agradable calorcillo de la bebida por un momento—. Ese chico se ha vuelto oscuro. Oscuro y vengativo.

—Eso podría habértelo dicho yo nada más ver las putas banderas. Verás, las banderas nunca añaden nada a un hombre, solo reemplazan algo que le falta. Siempre fue un matón, y no muy listo, pero a un culo bonito y una sonrisa bonita se les perdonan muchas cosas. —Isern se sacudió en el rellano como un perro después de cruzar un río, haciendo volar gotas de lluvia del pelo empapado—. Ahora tiene el culo hecho un asco y no lo he visto sonreír en toda la noche.

—A lo mejor me he pasado de dura con él —se preocupó Rikke—. Vengo hasta aquí para cerrar heridas y voy y lo único que hago es frotarles sal. —En parte había sido por el polvo de perla, que le

había soltado la lengua, le había dormido la cara y también la había puesto bastante cachonda—. A lo mejor debería haberme arrastrado más.

—A la mierda con eso. —Isern giró el pomo y pasaron juntas al recibidor, dejando un tortuoso rastro de huellas mojadas—. Ahora eres el Norte, y el Norte no se arrodilla ante nadie. Además, si a un hombre lo mueve que la gente se arrastre, nunca tendrá suficiente arrastramiento. Si dejas que te ponga el pie en la espalda una vez, tendrás una puta marca de bota entre los omóplatos hasta el día en que te entierren. ¿Qué haces tú levantado todavía?

Escalofríos estaba apoyado en la pared, pipa en mano, soplando una columna de humo de chagga que habría enorgullecido a cualquier chimenea de factoría.

—Tienes visita —dijo.

Rikke soltó una risita.

—¡Dime que es un hombre guapo!

Escalofríos se rascó con suavidad la enorme cicatriz.

—No soy muy experto en guapos, pero he oído describirlo así.

Y abrió la puerta que tenía al lado empujándola con los dedos. Rikke echó a andar hacia ella, arrugando la frente.

—Vaya, esto sí que es un misterio tentador y lo demás son… —Se detuvo apenas hubo cruzado el umbral, con los ojos como platos—. Me cago en la puta.

Estaba medio sentado, medio tumbado en los cojines de aquella cosa que tenían allí abajo a medio camino entre una butaca y una cama, con una copa casi vacía de vino suspendida de una mano. Su pelo era una maraña empapada, tenía la cara manchada de barro, la ropa sucia y raída, pero su sonrisa era la misma de cuando le había llevado un huevo a la cama, y más atractiva que nunca.

—Me cago en la puta, *majestad* —dijo Orso.

—Últimamente todo el mundo se hace llamar así —murmuró Rikke—. He oído que hasta los bebés lo hacen.

—Muy a mi pesar.

—Pareces… —Dio un par de pasos hacia el interior del comedor. Era como si no pudiera evitarlo—. Pareces un poquito menos próspero que la última vez que nos vimos.

—No puedo más que disculparme por mi deleznable apariencia. He estado un poco a la fuga estos últimos días.

—A estas alturas, tendrías que estar acostumbrado a que te persigan.

—Cómo no. Acreedores furiosos, embajadores pedigüeños, amantes despechadas, maridos de amantes despechadas, familias de amantes despechadas y demás, pero Leo dan Brock de verdad representa un nuevo nivel de execrable perseverancia. Es como un perro tras una salchicha. O un león tras una salchicha, tal vez.

—¿Y tú eres la salchicha? —preguntó Rikke, enarcando las cejas.

La sonrisa de Orso se ensanchó un poco.

—Quizá he elegido mal la palabra. Tú estás…

—¿Con un puto disfraz carísimo de pitonisa de feria?

Los ojos de Orso recorrieron su vestido, que se le pegaba un poco por la lluvia, y subieron a su cara. A su ojo ciego y a su ojo largo. A los oscuros anillos perforados en la piel a su alrededor.

—Iba a decir bella y misteriosa.

—Oh. —Rikke se descubrió colocándose un mechón de pelo empapado detrás de la oreja y se obligó a parar—. Bueno, en ese caso, procede.

—Esto no me gusta nada —llegó la voz de Isern, en norteño. Estaba pegada al hombro de Rikke, con el brazo tatuado y el blanco cruzados prietos sobre el vestido de noche púrpura y los ojos entornados fijos en Orso, suspicaces—. Esto es peligroso.

—¡Tú no te preocupes! —exclamó Rikke, llevándola hacia la puerta.

Era más que consciente de lo peligroso que era. Tal vez ahí estaba el encanto. Tal vez Rikke era como una polilla atraída hacia la llama y no tardaría mucho en calcinarse con un fogonazo.

—Esto tienes que pensártelo bien, Rikke. —Isern agarró el marco de la puerta y se inclinó hacia ella para gruñir entre dientes—: Pero no te lo pienses con el coño.

—Que sí, que sí, hacer del coño piedra.

Rikke se las apañó para sacarla al recibidor, forcejeó con la puerta hasta cerrarla y apoyó la espalda en ella con una sonrisa demasiado ancha.

Orso estaba contemplando con gesto aprobador la estancia, que era casi tan grande como el Salón de Skarling y amueblada reparando muchísimo menos en gastos, con relucientes jarrones y madera pulida y velas que centelleaban en candelabros dorados.

—Así que… ganaste —dijo Orso.

—Gané —asintió Rikke, y disfrutó pavoneándose un poco sobre los baldosines. No le había sido fácil ganar nada, al fin y al cabo. Bien podía disfrutarlo.

—Yo perdí —dijo Orso, pero sin mucha acritud.

—Eso he oído.

Orso se levantó y quitó el tapón a la licorera con un agradable tintineo de cristal.

—¡La reina de los norteños!

—Solo Rikke la Negra. Si tienes el poder, no te hace falta el título.

—Para mí siempre fue al revés. Un montón de títulos. Ningún poder en absoluto. —Y Orso soltó una pequeña carcajada y empezó a servir dos copas de vino. Parecía incluso más a gusto y despreocupado siendo el forajido más buscado de la Unión que en sus tiempos de príncipe heredero—. Tu amiga Isern no se equivoca. Me temo que soy un… —Alzó la mirada hacia ella con esa sonrisa que parecía hacerle más cosquillas cada vez—. Problema.

—¿Y te parece bonito venir a pringarme la alfombra de problemas?

—Mi antiguo portaestandarte opinaba que es mala idea, pero… nadie esperaría que recurriera a ti.

—Te confieso que a mí me has dejado con cara de gilipollas.

Pero la verdad era que Rikke se alegraba de verlo, y no solo por el polvo de perla y la bebida. Aunque en parte sí por el polvo de perla y la bebida. Y en parte porque era atractivo, y divertido, y encantador, y porque la certeza de que era un amante de primera categoría no paraba de darle besos al fondo de la mente espolvoreada de perla. Tenía que mantenerse oculta en los tiempos que corrían. Tras los tatuajes y las sonrisas astutas y el corazón pétreo. Con él, podía dejarse ver.

—Necesito que alguien me saque de Adua —dijo Orso—. Alguien con poder. Alguien valiente. Alguien con un séquito numeroso en el

que una cara más, adecuadamente oculta, pueda pasar desapercibida. Y me escribiste aquella carta, al fin y al cabo, así que estaba preguntándome si quizá te quedaría algún jirón de apego por mi causa perdida.

—Sobre todo lo hice en interés propio, si te soy sincera. Pero es verdad que siempre me han gustado las causas perdidas.

—Hubo… algo más. —Hizo una pausa y su sonrisa se curvó más ancha, como si echara la vista atrás a un recuerdo feliz—. En la noche que pasamos juntos. Y en aquella mañana de después. Pienso a menudo en ello.

Rikke no pudo evitar devolverle la sonrisa.

—Yo también.

De hecho, pensaba en ello en ese preciso instante, y se quitó uno de aquellos absurdos guantes de encaje con los dientes. Se había deformado con la lluvia, de todos modos.

—Y me pregunto, de vez en cuando, qué habría podido pasar… si fuéramos personas distintas.

Rikke se lamió el índice y el pulgar y empezó a apagar velas, que murieron con un leve crepitar y una voluta de humo.

—Yo también.

La sala fue volviéndose cada vez más oscura, fue sintiéndose cada vez más cálida a pesar del tejido húmedo pegado a la piel, hasta que solo quedó un resplandor en el hilo dorado de las cortinas, en la cubertería y la cristalería, en el rabillo de los ojos sonrientes de Orso.

—Y… bueno… ahora somos personas distintas —dijo él.

—Ya lo creo. Estamos los dos cambiados.

Todas las cosas vistas desde entonces. Las cosas hechas. La gente que había vuelto al barro. Él había perdido su trono, ella había ganado el suyo. Pero cuando se acercó y le quitó la copa de la mano, tenía la misma mirada en los ojos que aquella noche. La misma mirada de espontáneo deseo. Y que la mirara así le daba una sensación igual de buena. Mejor incluso, tal vez.

Se echó el vino al gaznate de un trago y entonces tuvo que quedarse quieta arrugando el gesto, con una mano contra el pecho, combatiendo la necesidad de vomitarlo. Eso se habría cargado el

ambiente del todo.

—¿Te traigo un cubo? —preguntó él.

—No, creo que lo tengo… —Obligó a bajar un leve hormigueo acre que tenía al fondo de la garganta, estremeciéndose—. Bajo control.

Se quitó el sombrero mojado y empezó a sacarse los pasadores del pelo y a tirarlos en la mesa de al lado, donde rebotaron y chasquearon y cayeron brillando al suelo.

Era una líder. Tenía responsabilidades. Decisiones difíciles que tomar.

Pero podían esperar al día siguiente.

—A veces da la sensación de que la vida es solo una larga preparación para algo —dijo, y le puso un dedo en el pecho y empujó, así que Orso no tuvo más remedio que caer sentado de golpe—. Es mucho trabajo dejarlo todo listo para un futuro perfecto. —Se frotó el pelo mojado con las uñas, lo removió devolviéndolo a su estado habitual de salvaje maraña y luego sopló para quitarse un mechón perdido de la cara—. Pero nunca se termina del todo nada, ¿verdad? Nada está nunca bien. No en realidad.

—Desde luego, no que yo haya visto —susurró él, un poco ronco, mientras ella estiraba el brazo y le colocaba el sombrero torcido en la cabeza.

—Y si lo está, no tarda mucho en torcerse. —Agarró con los puños su vestido empapado y se lo subió—. En pudrirse. En oxidarse. En morir. —Se lo subió hasta los muslos, con la carne de gallina por el frío de fuera y el calor de dentro—. La vida no es más que un conjunto de momentos. —Y puso las rodillas en el sofá a ambos lados de él, bajó despacio a su regazo—. Tienes que vivir cada uno de ellos.

—Siempre lo he pensado —murmuró él, con los ojos fijos en los suyos.

—Todo ese tiempo dedicándote a cuidar el jardín… —susurró Rikke. Menos mal que no se había molestado en ponerse todas las capas de ropa interior con las que se forraban allí en el sur—. Y se te olvida relajarte en él y disfrutarlo.

Y le metió los dedos en el pelo, frío y húmedo por la lluvia, y le

subió la cara hacia ella, y empezó a besarlo.

Del corazón piedra

Cuando Orso despertó en una cama cómoda por primera vez en meses, se preguntó durante un idílico momento si podría haber sido todo un sueño. La rebelión. El Gran Cambio. El Tribunal Popular. Las bramantes multitudes y las oscuras celdas. Las figuras cayendo de la Torre de las Cadenas.

Entonces vio el brillo del sol entre las gruesas cortinas, el suave espejeo en el papel dorado de la pared, y le volvió en placentero tropel el recuerdo de en la cama de quién estaba. La sonrisa se esparció por su cara y se desperezó y se volvió, pensando en hacerle a Rikke la educada oferta de aprovechar la dureza matutina, como con tanto entusiasmo había aprovechado la variedad nocturna…

… pero la cama estaba vacía.

Alguien había dejado ropa limpia en una silla y Orso salió de entre las mantas y se puso los pantalones. Fue a la ventana, abrió una rendija en las cortinas con un dedo cauto y escrutó al otro lado de los jardines que destellaban con la lluvia de la noche anterior hacia la vía Media.

Atisbó banderas entre las ramas que brotaban. Los martillos cruzados de Angland, tal vez. Oyó las acostumbradas pisadas con escarpes y soltó la cortina. Aún estaban buscándolo, sin duda. Era evidente que le faltaba mucho para ser libre. Pero con Rikke en su bando, tenía una oportunidad. En Adua, el autoproclamado cénit de la civilización, les gustaba pensar que más allá del mar Circular todo era primitivo. Pero podrían haber aprendido mucho de los norteños.

Sobre valor, sobre aguante, sobre lealtad. Sobre el uso entusiasta de la dureza, ya puestos. Se dio cuenta de que volvía a sonreír.

No tenía ni idea de lo que iba a ocurrir a continuación. Pero por primera vez en mucho tiempo, tenía ganas de averiguarlo.

Bajó la escalera hasta el desierto recibidor. No era en absoluto la primera vez que se escabullía del lecho de una dama, pero lo que estaba en juego rara vez había sido tanto. Oyó voces bajas, hablando en norteño, y miró por la puerta abierta del comedor.

Rikke estaba sentada en la cabecera de una mesa con el desayuno puesto. Isern-i-Phail tenía una mano en el respaldo de su silla y se agachaba para susurrarle al oído. Orso tuvo la impresión de que había interrumpido una conversación complicada, y era más que probable que el tema fuese él. Por la expresión malcarada de Isern, el encanto de Orso con las damas no alcanzaba a las montañesas. Pero claro, después de perder la corona dudaba que su encanto alcanzara muy allá. Era un poco sorprendente que aún llegase a Rikke. Pero viendo la cara atribulada que ponía, Orso se preguntó si, a la fría luz de la mañana, también se quedaría corto con ella.

Sin embargo, el padre de Orso siempre había insistido en que la mejor manera de caldear el ambiente era comportarse como si ya fuese incandescente. Un enfoque que había aplicado a la madre de Orso durante treinta años con una total ausencia de éxito. Así que Orso compuso una sonrisa, entró garboso en el comedor y soltó un «¡Qué buena mañana ha salido!» con un entusiasmo casi ofensivo.

—Ha salido, dice —replicó Isern mientras pasaba a su lado hacia la puerta, siempre mascando. Por los rayos de luz casi verticales que entraban por las ventanas, no podía faltar mucho para el mediodía.

—Mi madre habría considerado todo un triunfo hacerme levantar a estas horas. —Orso se relamió mientras separaba una silla. El ejercicio de la noche anterior le había dado apetito. Bueno, eso y que llevaba unos días casi sin comer—. ¿Te importa si…?

—Come, come —dijo Rikke.

Orso empezó a pinchar salchichas con un tenedor y echárselas en el plato, mientras se le hacía la boca agua.

—¿Hay algo mejor que una buena comida tras una época de vacas flacas?

—En el Norte, unos cuantos te dirían que una buena venganza tras un largo agravio.

Orso cerró los ojos y disfrutó del sencillo placer de masticar.

—La venganza no te llena la tripa.

—Suenas como mi padre.

—Por lo que dicen todos, un hombre muy listo.

—Era todo corazón —dijo Rikke, moviendo unos restos de comida por su plato.

A Orso le pareció que tenía que volver a levantar los ánimos.

—Toma un huevo —dijo, cogiendo uno de un cuenco y ofreciéndoselo a Rikke.

No era muy buen regalo, sobre todo teniendo en cuenta que ya le pertenecía. Pero, claro, el Norte entero le pertenecía. Ella era la que tenía el poder, mientras que Orso no tenía nada a favor exceptuando su agradable sentido del humor.

—No pareces… muy contenta —dijo.

Rikke cogió el huevo de entre sus dedos y empezó a darle golpecitos contra el canto de la mesa hasta agrietar un poco la cáscara.

—Mucho en que pensar.

—Arrepentimientos, ¿eh?

Rikke levantó la mirada de golpe. Ver la dilatada pupila de aquel ojo largo aún lo asustaba y lo excitaba a la vez. Como si fuese capaz de ver en Orso alguna verdad secreta que él jamás había discernido.

—¿Por qué lo dices?

—Yo también tengo unos pocos. Reconozco a quien me acompaña sufriéndolos. No puede ser fácil. Eso de saber lo que está por venir.

—No. —Rikke se puso a quitar la cáscara rota con las uñas—. He hablado con Isern muchas veces sobre si es una bendición o una maldición. Voy cambiando de idea.

—¿No lo hacemos todos? Somos solo banderas que empuja el viento hacia donde le place.

—Incluso cuando se abre, el ojo largo nunca te da todas las respuestas. Es neblina y bisbiseos. Tienes que encontrar tu propio camino hacia la verdad. —Ella volvió a mirarlo, y de nuevo sintió esa excitación. Y ese miedo—. ¿Quieres saber la hiriente verdad? ¿Un secreto que no me he atrevido a contar a nadie?

—Bueno… siempre que no sea demasiado hiriente.

Rikke se inclinó hacia él y bajó la voz.

—La verdad es… que antes sí que veía cosas. Antes de que mi padre muriera. Antes de robar el Norte. Antes de matar a Stour y a Calder. Antes de ser Rikke la Negra, cuando era… una chica a la que diste un huevo. —Se señaló la cara tatuada—. Pero desde que tengo estas runas, nada. —Dio un mordisco al huevo, se apoyó en el respaldo y siguió hablando con la boca llena—. Me parece que el ojo largo se me ha cerrado para siempre.

—¿Entonces… finges?

—Hago lo que intentaba mi padre. Dar a los suyos por lo menos un poco de lo que quieren. A la gente le gusta la idea de alguien que sabe lo que va a pasar. Así no tienen que preocuparse ellos.

Orso infló los carrillos.

—Nunca habría dicho que tenías dudas, con lo segura que pareces de ti misma. —Soltó una risotada contenida. Quizá sí que tenía un tipo de mujer, al fin y al cabo—. Me recuerdas un poco a Savine.

Rikke no se lo tomó del todo como un cumplido.

—He cambiado, eso es verdad. He tenido que volverme… más dura.

—Como experto en defraudar a sus padres, estoy seguro de que tu padre se enorgullecería mucho.

Había pretendido ser amable, pero Rikke torció el gesto como si las palabras le hicieran daño.

—Ojalá pensara igual. Tuve una visión. Fue hace uno o dos años, aunque me parece que han pasado siglos. Se ha hecho toda realidad, de un modo u otro. —Miró hacia las ventanas y los brillantes rectángulos se reflejaron en su ojo—. Vi a un lobo comerse el sol.

Orso pensó un momento en eso.

—Bueno, no soy ningún mago versado en interpretar visiones… pero diría que eso era Stour Ocaso guerreando contra la Unión.

—Vi a un león comerse al lobo.

Orso se reclinó, disfrutando del juego.

—El Joven León, derrotando al Gran Lobo en el círculo.

—Vi a un cordero comerse al león.

Orso no pudo contener la sonrisa.

—Eso fui yo, dándole a Brock una merecidísima patada en el culo en Stoffenbeck.

—Vi a un búho comerse al cordero.

La sonrisa de Orso se esfumó.

—¿Quién es el búho?

—Ni idea. —Entonces Rikke lo miró, y fue con una expresión muy extraña y triste—. Hasta ahora.

Orso empezaba a preocuparse.

—¿Y quién es?

—El búho soy yo —dijo ella.

Las puertas del comedor se abrieron de par en par. Caul Escalofríos fue el primero en entrar, con el ojo metálico brillando. Luego pasaron dos anglandeses a los que Orso había visto muchas veces en los primeros bancos del Tribunal Popular, el corpulento y el delgado, Glaward y Jurand. El último huésped llegó anunciado antes de su entrada por el chirrido de los mecanismos de su pierna artificial, acompañado de aquella familiar sensación nefasta de esperanzas arruinadas.

—Leo dan Brock. —Orso se comió otro pedazo de salchicha, pero parecía haber perdido todo el sabor—. ¿Es que nunca te cansas de destrozarme el buen humor?

Brock parecía incluso más demacrado, pálido y furioso que la última vez que lo había visto Orso, el día en que ardió la Rotonda de los Lores y Brock apuñaló al mariscal Forest en el pecho. Todas las buenas cualidades que todo el mundo le había envidiado tanto, la sinceridad, la valentía, la sincera bondad, parecían exprimidas de él como la pulpa de un limón, dejando solo las amargas pepitas del orgullo, la ira y una insaciable necesidad de vencer. Eso y la verdaderamente imperdonable carencia de todo sentido del humor.

—Me has hecho bailar demasiado estas dos últimas semanas —gruñó, como si los desesperados esfuerzos de Orso por conservar la vida fuesen una afrenta personal.

—No es culpa mía que tengas tan mal juego de pies —dijo Orso.

Apoyada en el marco de la puerta, a Isern-i-Phail se le escapó una risita. Tal vez no fuera sorprendente que nadie más estuviese de humor. Orso miró por el comedor, preguntándose si las normas sociales requerirían que intentara huir, pero dudaba mucho que pudiera quitarse de encima a Caul Escalofríos con un tenedor.

Rikke habló despacio, en voz baja. Como intentando convencerse a sí misma.

—El Norte ha pasado por un infierno, Orso. Yo he hecho que pase un infierno. Si fuese solo por mí… —Hizo una mueca y pronunció las siguientes palabras con furia—. ¡Pero ahora tengo mucha gente en la que pensar! Necesitan paz.

—Y yo soy el precio, imagino. —Orso miró a Glaward, a Brock, a Jurand, a Isern, a Escalofríos y de nuevo a Rikke—. Prometiste luchar a su lado contra mí. Y luego faltaste a tu palabra. Yo soy lo que te costará recuperar su buena voluntad. Si es que aún puede tenerla.

—El dolor incesante puede acabar con tu paciencia —dijo Brock.

—En Adua nos gusta pensar que más allá del mar Circular todo es primitivo. —Orso suspiró y dejó el cuchillo y el tenedor juntos en la mesa con un tintineo que sonó inapelable. Había terminado. Y no solo de desayunar—. Pero resulta que los norteños podéis enseñarnos cuatro cosas sobre la traición.

Isern quizá hiciera un ínfimo encogimiento de hombros despreocupado. Escalofríos no se movió ni siquiera eso. Rikke tuvo, al menos, el detalle de hacer una mueca.

—Una líder debe ser dura —dijo frunciendo el ceño a la mesa—, para que los demás no tengan que serlo. Debe hacer de su corazón piedra.

—O librarse de él por completo —respondió Brock.

—Por fin estamos de acuerdo en algo. —Isern-i-Phail se rascó por encima de la clavícula y guiñó un ojo—. La crueldad es una característica muy apreciada por la luna.

Orso estuvo tentado de chillar y enfurecerse, pero hacerlo echaría a perder una mañana que por lo demás era encantadora. Durante muchos años se había comportado, a plena y notoria vista del público, con una absoluta ausencia de dignidad. En los últimos tiempos, en privado, se empeñaba en conservar hasta el último jirón.

Echó la silla hacia atrás, se levantó y dedicó a Rikke su mejor inclinación formal.

—Por favor, permíteme decir que no te reprocho esto en lo más mínimo. Ha sido de muy mala educación presentarme aquí sin previo aviso. La culpa es toda mía. De hecho… —Puso una sonrisa de incredulidad al darse cuenta de que lo que iba a decir era cierto—. De hecho, me alegro de que hayamos pasado este tiempo juntos.

Rikke hizo otra mueca, más marcada incluso, mientras Glaward se acercaba con unos pesados grilletes.

—Lo creas o no, yo también.

—Vaya romance más raro —dijo Brock desdeñoso, torciendo el pálido labio con evidente desagrado. ¿O serían celos?

La mirada que lanzó Rikke a Brock fue satisfactoriamente iracunda.

—Quedamos en paz —masculló entre dientes.

Los ollares de Brock se inflaron. El Joven León tendría menos miembros que en sus días de gloria, pero aún poseía unas fosas nasales heroicas.

—Llévalo a algún sitio del que no pueda escapar esta puta vez —espetó a Jurand—. Y que la dama regente no vaya a descubrir. Hasta que llegue el momento. —Volvió a mirar a Rikke—. Quedamos en paz. Pero tendremos las espadas afiladas, por si acaso.

—La mía la forjó el Maestro Creador —dijo Caul Escalofríos, con aquel susurro áspero que tenía—. Nunca pierde el filo.

No había hecho ningún esfuerzo por resultar amenazador. Acaso la única ventaja de una cicatriz enorme y un ojo metálico era que mostrarse amenazador no requería ni el menor esfuerzo.

—Qué cosas. —Y la pierna mecánica de Brock chirrió con

suavidad mientras renqueaba hacia la puerta.

Los grilletes se cerraron en torno a las muñecas de Orso. Casi pudo oírse la incomodidad en la voz de Glaward.

—Espero que no aprieten demasiado, maj…

—No, no —dijo Orso—. Son los impedimentos más cómodos que he llevado, y eso que últimamente he probado unos cuantos.

Dio una última mirada a Rikke, allí sentada al sol, en la cabecera de la mesa. Habría querido pasar más tiempo con ella. Pero supuso que en realidad nunca había sido una perspectiva muy realista.

—Paz entre el Norte y la Unión. —A Orso se le escapó una risita—. Siendo sinceros, es mucho mejor legado que el que se esperaba de mí.

Y salió con paso brioso al recibidor.

Bueno, tan brioso como se podía estando encadenado.

Que no era mucho.

Respuestas

Vick dio un portazo y la hoja rebotó contra el marco y osciló de vuelta, dejando una rendija abierta. Ni siquiera se molestó en cerrarla.

Nunca te quedes en un lugar del que no puedas irte sin mirar atrás.

Recorrió el pasillo hasta el comedor, abrió el aparador de un tirón, arrancó el fondo falso, sacó el petate y se lo echó al hombro. Se detuvo junto a la mesa, mirando los pocos libros que tenía colocados en el alféizar.

Nunca poseas nada que no puedas abandonar.

Soltó el petate en la mesa, derribando un par de piezas del tablero de cuadros, cogió el ejemplar de *La vida de Dab Sweet* y lo metió dentro.

Nunca hagas un amigo al que no puedas dar la espalda. Lleva una vida que no deje marca.

Se detuvo un momento, apretando tanto los dientes que rechinaron.

—Joder —susurró.

Sebo miró por la puerta entreabierta, con cara de sorpresa al verla. Seguro que no tenía muchas visitas. Desde luego, no de noche. Y desde el Gran Cambio, ¿a quién le gustaba una llamada inesperada a la puerta?

—Han capturado a Orso —dijo Vick mientras lo apartaba para

entrar.

—¿Qué?

—Estaba escondido en la vieja casa de los Glokta, nada menos, con la condenada Rikke la Negra. —Fue a la lámpara y la apagó de un soplido, sumiendo la estancia en la oscuridad—. Ella lo ha entregado.

Sebo miró con tristeza hacia un rincón.

—Supongo que no se puede confiar en nadie.

—El lord regente lo tiene preso. —Se acercó de lado a la ventana y escrutó las tenebrosas calles—. En algún lugar de la ciudad.

—¿Qué tiene eso que ver con nosotros?

—No tardarán mucho en enterarse de que yo lo ayudé a escapar.

Sebo se la quedó mirando.

—¿Lo ayudaste a *qué*? ¿No se suponía que teníamos que estar con los ganadores?

—Corro mucho peligro, Sebo, y eso significa que todos mis amigos lo corren también. Por suerte, no tengo amigos.

—Imagino que yo soy lo más parecido.

—Exacto. —Vick cerró las raídas cortinas—. Y por eso tienes que venir conmigo.

—¿Tengo que qué? ¿Dónde?

—Aún estoy puliendo los detalles. Pero la idea general es fuera de aquí. Créeme, a mí tampoco me entusiasma.

—¿Qué hay de mi hermana?

Vick hizo una mueca. Era la pregunta que había sabido desde el principio que llegaría.

—No puedo abandonarla —dijo Sebo, con la voz cada vez más aguda, cada vez más frenética—. O sea, no podrá arreglárselas sola, no puedo irme sin ella, no…

—¡Bien! —restalló Vick—. Ahora iremos a recogerla. Pero viajaremos ligeros, ¿entendido?

—Sé amable —murmuró Sebo mientras llegaban a la puerta—. Es muy asustadiza.

Llamó a la puerta. Tres golpes lentos y rítmicos.

—Soy yo —susurró por la cerradura.

Nada. Sebo llamó otra vez. Tres golpes lentos y rítmicos.

—¡Soy yo!

—Venga —susurró Vick. Aquello incumplía todas sus normas y le daba muy mala espina. Llevaba años teniendo muy mala espina.

Sebo sacó una llave, abrió la cerradura con una mano temblorosa, giró el pomo y empujó la puerta con un crujido. Al otro lado había un pequeño vestíbulo que olía a humedad, al papel de la pared descascarillándose del yeso enmohecido.

—Viene conmigo la inquisidora Teufel —dijo con voz suave, como intentando hacer que un gato nervioso bajara del alféizar. Entró en una estancia donde titilaba una tenue luz y Vick fue tras él—. Te acuerdas de la inquisidora Teufel, ¿verdad?

—Por supuesto —dijo Pike.

Estaba de pie en el centro de la habitación, con las manos a la espalda. Como si llevara horas esperándolos.

No era nada frecuente que alguien la pillara del todo por sorpresa. Pero ya era la segunda vez que Pike se las ingeniaba para lograrlo. Vick se volvió deprisa, pero había practicantes en el pasillo. Cuatro, vestidos de negro y enmascarados en negro. Igual que antes, que antes del Gran Cambio.

—Me da la impresión de que quizá esperabas encontrar a otra persona —dijo Pike—. Solo puedo disculparme por ello. Te ruego que no culpes a maese Sebo. Solo estaba haciendo su trabajo. Con excepcional habilidad, debería añadir.

Vick miró a Sebo. De algún modo, ya no se parecía tantísimo a su hermano. No tenía los ojos tristes, sino duros y meticulosos. Los mismos que podría haber tenido ella mirando a un prisionero antes de empezar a hacerle preguntas.

—Lo siento —dijo Sebo. Pero no parecía sentirlo en absoluto.

Pike los observaba sin mostrar emoción alguna, como de costumbre, en el rostro quemado. Vick se preguntó, como de costumbre, si detrás de los nervios estropeados, de los músculos estropeados, de la piel estropeada, Pike rebosaría de sentimientos o si de verdad estaba vacío por dentro.

—El Tejedor querría hablar contigo —dijo.

Vick tragó saliva.

—¿El Tejedor no erais vos?

La comisura de la boca de Pike tembló.

—Es un título que tomé prestado de un hombre mejor.

Hizo un asentimiento. Alguien asió a Vick desde atrás y le cubrió la cabeza con un saco.

Vick no sabía adónde la estaban llevando. No sabía quién estaba detrás de todo aquello. Apenas sabía ya cuáles eran los bandos, no digamos ya en cuál se suponía que estaba ella. Ni siquiera sabía por qué traición, por qué engaño, por qué secreto iba a pagar. Lo más probable era que no llegara a saberlo nunca. Hallado un cuerpo flotando junto a los muelles. Un final nada satisfactorio para su pequeña y amarga historia.

De vez en cuando un practicante murmuraba: «Escalones hacia arriba», o: «Cuidado con el hombro» en un tono respetuoso, indiferente, a menudo con un leve tirón o un suave empujón para orientarla. Pero nunca con brusquedad. Nunca con la menor violencia.

Eso, sin duda, llegaría más tarde.

Tardaron en llegar a dondequiera que la estuvieran llevando. Mucho tiempo para pensar. Para sentir el dolor en la cadera agarrotada. Para escuchar el eco de su respiración acelerada. Para meditar sobre todos los engaños, todas las traiciones. Las que había infligido y las que le habían infligido a ella. Cuando por fin se detuvieron, ya había hecho acopio de valor. Cuando por fin le quitaron el saco de la cabeza, ya estaba preparada para cualquier cosa. Excepto para lo que vio.

Su propio portal.

Un practicante estaba aplanando el saco con pulcritud, lo dobló con quisquillosa precisión y se lo guardó en un bolsillo mientras el otro le desataba las manos.

Se quedaron allí, delante de su pequeña vivienda. Adecuado, en cierto modo. Tanto dolor y tanta inquietud solo para regresar al mismo lugar del principio. No la obligaron a entrar. Pero tampoco

estaban dejándole más opciones.

Uno señaló hacia la puerta como un acomodador llevando a una apreciada cliente a su asiento en el teatro.

—Pasad, inquisidora, si sois tan amable.

Podría haber luchado, supuso, pero perdería. Podría haber huido, pero la alcanzarían. Podría haber pedido ayuda a gritos, pero no llegaría ninguna. Y de todas formas, ahora que había llegado el momento, quería respuestas. Tal vez solo obtuviera más preguntas. Tal vez obtuviera un definitivo y demoledor golpe en el cráneo, y luego la oscuridad. Pero Vick quería respuestas.

Empujó la puerta con un dedo. Tenía la cara sudada de llevar el saco encima y notó el aire fresco en la piel. Había una lámpara encendida en el comedor. Un dedo acusador de luz se extendía por los tablones del suelo hacia ella. Lo siguió pasillo abajo, con las rodillas un poco flojas, la boca un poco seca, el corazón latiendo fuerte.

El invitado de Vick estaba sentado a la mesa del comedor, iluminado por una sola lámpara, el brillo salpicándole los afilados huesos de la cara, la oscuridad congregada en las marcadas líneas. Tenía el tablero de cuadros dispuesto ante él, con las piezas que Vick había derribado devueltas a su sitio, proyectando largas sombras en la cuadriculada superficie.

—Inquisidora Teufel. Estaba esperándote.

Ya todo tenía sentido. Y como ocurría con todas las ilusiones, cuando Vick supo cómo estaba hecha, se sorprendió de no haberlo visto claro desde el principio.

—Vos sois el Tejedor —dijo.

El archilector Glokta enseñó los dientes destrozados al reclinarse en su silla con ruedas y la contempló con calma.

—Sí.

—No era Pike. No era Risinau. Erais vos.

—Yo.

—Vos creasteis a los Rompedores.

—¿Creé? No, no. —Glokta pasó un flaco dedo por entre las piezas del tablero de cuadros, como planteándose su siguiente jugada—. La sociedad es una competición, y no puede haber

ganadores sin provocar la existencia de perdedores. La gente que pierde tiende a perder más, y quienes pierden demasiado a menudo se vuelven descontentos. Yo me limité a… reunirlos formando un grupo. A darles nombre. A indicarles la dirección adecuada.

—¿Vos… fuisteis el arquitecto del Gran Cambio?

—Arquitecto suena demasiado grandioso. Había paja seca por todas partes, yo solo encendí la cerilla.

Vick recordó el banco en llamas de Valbeck, la ceniza que caía meciéndose. Recordó los incendios que habían dejado sus negras cicatrices por toda Adua. Recordó el Tribunal Popular, ardiendo como una gigantesca antorcha hasta dejar solo un cascarón calcinado.

—*¿Por qué?*

—Ah, ¿por qué lo hago? ¿Por qué? —Glokta bajó la mirada al tablero—. Porque a veces… si quieres cambiar el mundo… primero tienes que quemarlo. Bayaz lo controlaba todo. Éramos todos piezas de su juego. —Empujó una de las piezas más pequeñas hacia delante por el espacio vacío—. Era dueño de los bancos, y los bancos eran dueños de los mercaderes, eran dueños de los nobles, eran dueños de la tesorería incluso. El mismísimo rey bailaba al son que le marcaba Bayaz. El Consejo Cerrado también. Hasta yo, aunque de un tiempo a esta parte no soy muy buen bailarín. El Gran Cambio fue la única manera que veía de cortar a la vez todas las cuerdas del titiritero. La única manera que veía de hacernos… —Glokta encogió sus hombros huesudos, torciendo el gesto como si hasta ese leve movimiento le doliera—… libres.

—¿Libres? —Vick clavó la mirada en él—. ¿Es lo que somos ahora?

—Dentro de lo razonable. La gente adora la idea de la libertad, pero, por lo que he visto hasta el momento, solo se les puede confiar en cierta medida. Ya viste lo que hizo la Jueza con ella. Llevada hasta sus últimas consecuencias, la libertad deviene caos. La voz del pueblo… es solo ruido. Es el parloteo de los lunáticos en el manicomio. Es el chillido de los cerdos en el matadero. Es un coro de idiotas. La mayoría no saben lo que quieren, ni mucho menos cómo alcanzarlo. Necesitan que alguien les diga qué hacer.

—¿Alguien como vos, supongo?

—O como tú. —Glokta señaló el banco que había al otro lado de la mesa—. Siéntate, inquisidora. De pie tan alta a mi lado, estás poniéndome nervioso.

Vick se dejó caer frente a él, entumecida.

—Si los Rompedores eran vuestro instrumento, ¿por qué enviarme a vigilarlos?

—Necesitaba saber a qué se dedicaban. Quizá hayas reparado en que la gente tiene la mala costumbre de hacer cosas estúpidas, impredecibles. Y no era cuestión de presentarme yo en persona a las reuniones. —Dio la vuelta al tablero de cuadros con delicadeza y estudió la posición de las piezas desde el otro bando—. Supongo que los Rompedores se habrían molestado mucho si hubiesen descubierto que estaban cumpliendo órdenes del hombre al que consideraban su peor enemigo.

—¿Cumpliendo órdenes? Hace un momento solo estabais indicándoles la dirección adecuada.

La luz de la lámpara resplandeció en las encías vacías de Glokta cuando sonrió.

—Siempre has sido una interrogadora muy aguda. Confieso que a veces tenía que darles algo más que indicaciones. De lo contrario podrían haber salido todos corriendo de aquí para allá, como cochinillas al levantar un tronco.

—¿Eso es lo que pasó en Valbeck?

—Las personas no son máquinas que uno pueda accionar con una palanca. Este negocio tiene más de arte que de ciencia. —Glokta se lamió con desgana uno de los dientes que aún tenía—. Había planeado lo que podríamos llamar un ensayo general, pero Risinau la cagó con el momento, igual que la cagaba con todo. Yo mismo soy un cagón irredento, así que identifico la misma tendencia en los demás. Por desgracia, como le encantaba decir a un antiguo colega mío, hay que arreglárselas con los instrumentos de que disponemos.

—¿Y qué hay de Sebo? ¿Por lo menos se llama así?

—¿Sabes? Se me ha olvidado su nombre original. Me sorprendería que él mismo lo recordara. —Glokta posó el dedo

índice en una pieza de las más pequeñas, como considerando una jugada—. Necesitaba saber a qué te dedicabas tú. Quizá hayas reparado en que la gente tiene la mala costumbre de hacer cosas estúpidas, impredecibles. Lo infiltré en los Rompedores para que pudieras hacerte cargo de él y él pudiera asegurarse de que te ceñías al guion. Cosa que hiciste de manera admirable.

—¿Era agente vuestro desde el principio?

—No te enfades con él, Vick, sería indigno de ti. También lo encontré en los campos de prisioneros. Le ofrecí el mismo trato que a ti y tomó la misma decisión. La única decisión. La de estar con los ganadores.

Así que Vick por fin había encontrado a un mentiroso mejor que ella. O quizá solo había encontrado a uno al que había querido creer desesperadamente. Era raro que la muerte de miles de personas la dejase fría, pero la traición de un solo chico la enfureciera.

—¿Cómo sabíais que yo…? ¿Cómo podíais saber…?

—No te fustigues demasiado. Todos tenemos heridas donde hurgar. —Hizo una mueca al cambiar de postura en la silla—. Yo mismo soy una única herida enorme. Y encontrar los puntos débiles de los demás ha sido mi oficio durante mucho tiempo. —Adelantó otra pieza en el tablero—. Sé que te gusta creer que no tienes grietas en la armadura, pero lo cierto es que no eres un misterio muy profundo. Para mí tus remordimientos siempre han sido tan evidentes como si llevaras un letrero al cuello. Por los Rompedores en Valbeck. Por Collem Sibalt y sus amigos. Por los rebeldes de Starikland. Por tu madre y tu padre. Por tus hermanas y tu hermano, por…

—¡Eso fue todo cosa tuya! —le gritó en la cara—. ¡Tú me obligaste a hacer todo eso! ¡Sibalt, y los Rompedores, y los rebeldes, y todos los demás! —Le apuntó con un dedo al pecho y la voz le tembló, se le quebró—. ¿Por qué iba a tener yo remordimientos? ¿Qué otra puta opción tenía? —Ya se le había convertido en gimoteo quejumbroso. Que los Hados la asistieran, salía casi lacrimosa—. Tú eres quien… Tú eres quien envió a mi familia a los campos… en un principio…

—Soy consciente —repuso Glokta, calmado. No se había movido

ni un pelo—. Donde ellos murieron y tú sobreviviste. Te dije que te perdonaras a ti misma, ¿recuerdas? Sencillamente, tu familia no era lo bastante dura. Tú sí lo eres.

Vick miró parpadeando el tablero de cuadros, la ira ya consumida dejándola vacía e indefensa. Risinau, la Jueza, Orso, Leo dan Brock… eran todos piezas pequeñas en el juego al que había estado jugando Glokta. Tan pequeñas que ni siquiera habían adivinado jamás lo extenso que era en realidad el tablero. ¿Y en qué la convertía eso a ella? En una mota de polvo entre los cuadros, como mucho.

—¿Adónde ibas con tanta prisa, por cierto? —preguntó Glokta—. ¿A Talins, a trabajar para Shylo Vitari? Por favor, esa mujer es una chapucera. Los dos sabemos lo mucho que anhelas una causa digna de tu lealtad. —Hizo una mueca al retorcerse para meter la mano en un bolsillo—. Archilectora, comisaria, da igual cómo lo llames. Creo que ha llegado el momento de que pases de hurgar en busca de respuestas a que plantees tú las preguntas. De que pases de ser una pieza… —Y se inclinó para dejar algo sobre el tablero. El anillo con la gema púrpura que solía llevar él—. A hacer las jugadas. ¿Practicante Dole?

Entró un enorme practicante que encogió el gesto al maniobrar la silla de Glokta desde detrás de la mesa. Topó con una pata e hizo caer unas cuantas piezas en el tablero, que rodaron de lado en impotentes círculos.

—Siéntete libre de negarte. Lo comprenderé. —El antiguo amo de Vick se echó hacia ella mientras pasaba a su lado para murmurar—: Pero ambos sabemos que ese anillo te encajará a la perfección.

Oyó que se cerraba la puerta y se quedó sola en un denso silencio. Solo ella y todas las mentiras. Algunas que había contado, otras que le habían contado, otras que se había dicho a sí misma hasta no tener ni idea ya de cuál era la verdad. Hasta no tener ni idea ya de si existía siquiera.

Vick recogió el anillo y le dio vueltas entre los dedos. ¿Quién habría soñado que un día lo llevaría puesto? La enorme gema brilló a la luz de la lámpara, llena de chispas púrpuras. Desde los campos de prisioneros de Angland hasta la cúspide del poder.

Entonces entrevió algo en su petate. El desgastado brillo dorado en el lomo de *La vida de Dab Sweet*. Sacó el libro, lo soltó en la mesa y cayó abierto por su página favorita. Por su ilustración favorita. Las inmensas llanuras, la hierba y más hierba y más hierba. Un lugar donde poder empezar desde cero. Donde puedes llegar tan lejos como te lleven tus sueños.

Paparruchas, con toda probabilidad. Un dibujo inventado en un libro lleno de embustes. Pero llegaba un momento en que había que decir que no a lo que se te ofrecía e ir a por lo que querías.

La verdad era que Vick siempre había querido ser leal. Pero no a naciones, ni a ideas, ni a causas. A personas. Orso ya no estaba. Sibalt había muerto. Sebo ni siquiera había existido jamás. Si en algún momento había estado en deuda con Glokta, era solo en su propia mente. Una deuda que había elegido afrontar porque no tenía nada más. Así que la declaró más que pagada.

Tiró el anillo rodando por el tablero de cuadros, se echó el petate al hombro y se fue sin mirar atrás.

Dio un portazo y la hoja rebotó contra el marco y osciló de vuelta, dejando una rendija abierta. Ni siquiera se molestó en cerrarla.

Pensó en un cielo infinito sobre unas tierras lejanas.

Sonrió mientras se perdía con paso firme en la noche.

El único crimen

—Entonces, ¿el acero corto en la… mano izquierda? —preguntó Savine.

—Sí, y el pie adelantado en la marca.

—¿Esta marca? —Savine puso el zapato sobre la línea de tiza en el césped de palacio como si nunca antes hubiera visto una—. ¡Qué emocionante!

—Mucho. —Jurand parecía al borde de la impaciencia mientras se situaba en su propia marca, sopesando sus aceros—. Luego, cuando diga «adelante»…

Savine se abalanzó contra él sin previo aviso ni piedad, como le había enseñado a hacer su padre. Jurand era un espadachín muy diestro. Sin duda más rápido y mucho más fuerte que ella, y Savine llevaba ya un tiempo sin empuñar un acero. Jamás podría derrotarlo en un lance justo. Pero ¿quién quería librar esos?

El acero largo de Jurand no estaba ni alzado cuando Savine lo atrapó con los suyos, giró la hoja, raspó el metal, se lo arrancó de la mano sorprendida. Lo rodeó rauda mientras Jurand trastabillaba, colocó el talón detrás del suyo para hacerlo tropezar. Jurand hizo un suave «uf» cuando el hombro de Savine se empotró en el peto de su armadura y lo derribó estruendoso de espaldas, y su acero corto salió rebotando por la hierba bien cuidada.

La expresión de conmoción absoluta que puso cuando la punta roma del acero largo de Savine le hizo cosquillas bajo la barbilla fue de lo más deliciosa.

—¿Eso sería un toque a mi favor? —preguntó, toda inocencia.

Jurand levantó despacio la cabeza.

—No se por qué, me da la impresión de que ya habíais practicado la esgrima.

—Nunca he dicho lo contrario. —Savine clavó el acero largo en la hierba y le ofreció la mano—. Ha sido una suposición tuya.

—Podríais haberme corregido —dijo él mientras Savine lo ayudaba a levantarse.

—Eso acabo de hacer. Practico la esgrima desde niña. Me enseñó mi padre.

Jurand se agachó para recoger sus aceros.

—¿Así que… no solo habíais practicado la esgrima, sino que os entrenó uno de los mejores espadachines que ha dado jamás la Unión?

Ella hizo un ingenuo encogimiento de hombros.

—Es un buen ejercicio.

Tan pronto como Jurand estuvo de pie, Savine atacó de nuevo, pero esa vez lo pilló preparado y Jurand bloqueó y retrocedió vigilante hacia el borde del círculo.

—Esperaba dar una lección —murmuró—. Debí saber que sería quien la recibiera.

—En absoluto. Renuncié a jugar con cuchillos después de Valbeck. —El recurrente recuerdo de su espada atravesando la espalda de aquel hombre. La leve presión de la empuñadura en su palma. La expresión de sorpresa en su cara. Pero Savine ya podía apartar el recuerdo con mucha más facilidad. Se lo había advertido, a fin de cuentas. Si no quería que lo empalaran, haberla dejado en paz, joder—. El embarazo y la maternidad no son demasiado compatibles con el círculo de esgrima. Estoy muy desentrenada.

—Justo eso he pensado mientras estaba en el suelo con vuestra espada al cuello. En lo desentrenada que estáis.

Jurand le lanzó una cauta estocada y Savine la desvió. Notaba las piernas más pesadas que en otro tiempo y respiraba más fuerte, pero sentaba bien haber vuelto al círculo. Había estado demasiado tiempo acurrucada con los bebés, volviéndose blanda y maternal. Ya era hora de ejercer un poco de disciplina. De competir. De ganar. Y no solo con la espada.

—Confieso que no buscaba únicamente a un compañero de prácticas —dijo.

—¿Motivos ocultos? —Jurand miraba receloso los aceros de Savine mientras se movían en círculo—. Me sorprendéis de nuevo.

—Quería hablar contigo del futuro.

—¿Conmigo?

—Contigo en primer lugar. —Entró danzando y sus aceros entrechocaron en una maniobra bonita pero sin verdadero fuego antes de separarse otra vez—. El Consejo Cerrado debe representar a la nueva Unión, y tú serás su corazón. Deberías ser confirmado como lord chambelán.

Jurand pareció complacido, halagado y un poco ruborizado, justo lo que Savine había pretendido.

—Será… un honor servir a vuestras altezas como tengáis a bien decidir.

—Venga, por favor. Te necesito en esa mesa tanto como Leo. Eres un hombre inteligente, Jurand. Sutil y leal. Tienes un don para la organización. Ojalá hubieras estado con nosotros en Stoffenbeck. Supliqué a Leo que te trajera, pero… en fin. —Dio otra y, de nuevo, falló en el juego de muñeca y dejó que Jurand lo detuviera. No era ni de lejos tan hábil como la había hecho su padre, repitiendo una y otra vez hasta que tenía el cuerpo entero en llamas—. A Glaward debería corresponderle también un asiento, claro. ¿Como lord mariscal, tal vez?

—Creo que es lo que Leo tenía en mente.

—¿Y quizá estaba pensando, por ejemplo, en Isher como lord canciller y en Heugen como lord almirante?

Jurand arrugó la frente, sorprendido.

—Es precisamente lo que Leo estaba pensando.

—En ese caso, sería razonable completar el puesto de archilector y el de cónsul general con burócratas veteranos. Personas que comprendan los desafíos que plantea una reforma y aporten su experiencia.

—Sí que parece razonable… ¡Ah! —Tuvo que saltar atrás retorciéndose para esquivar una rápida estocada y recuperó la distancia al trote, negando con la cabeza.

—Sin embargo, soy de la firme opinión… —Tajo, tajo, estocada— … de que volver a las prácticas del reinado de Jezal sería una oportunidad perdida. —Estocada, estocada, tajo—. Fue un régimen que provocó su propia caída con sus derroches, su explotación y su insensible desconsideración para con los súbditos. —El acero tañó con cada palabra—. Necesitamos un tipo de persona distinto en el Consejo Cerrado. Ingenieros y arquitectos, inversores e inventores. —Jurand contraatacó y Savine paró una, dos, tres veces—. Personas que comprendan las herramientas de la nueva era. —Estocada, estocada, estocada—. Que puedan ayudarnos a construir una Unión mejor.

—No sé, Leo puede ser bastante tradicional con…

—Debemos pasar página, Jurand, y debemos llevar con nosotros al pueblo. Con todo lo que se perdió en el Gran Cambio, con todo lo que se destruyó… —Le vino a la mente Vick dan Teufel, nada menos. Aquel momento de inesperada sinceridad tan extrañamente conmovedor, bajo el Pabellón de Interrogatorios. Savine bajó los aceros y miró a Jurand a los ojos—. No puede haber sido todo en vano, ¿lo entiendes?

Jurand parpadeó, luego tragó saliva y sus aceros descendieron también, despacio.

—Lo entiendo.

Savine se sacudió.

—¿Lo dejamos un momento? —propuso. Jurand empezaba a cogerle la medida, y eso no podía ser—. Antes podía pasar horas practicando, pero la maternidad te cambia por completo.

—Ah, por supuesto.

—Eres el amigo más antiguo de Leo —dijo, cambiando de tema para desequilibrarlo—. Su mejor amigo. —Nunca había que permitir a un adversario acomodarse en una conversación, al fin y al cabo, igual que en la esgrima, en los negocios o en la política—. Y eres un hombre perceptivo. Debes de saber que él y yo… no terminamos de llevarnos bien. —Le permitió ver el dolor que le provocaba. El arrepentimiento—. Pero no tenemos más remedio que seguir siendo amigos, por el bien de nuestros hijos, por el de la nación. Siempre he opinado que nunca se tienen suficientes amigos. —Se acercó y

alzó una mirada tímida a su cara a través de las pestañas—. ¿Tú y yo… somos amigos, Jurand?

La pregunta lo dejó atrapado entre la simpatía y la desconfianza.

—Me gustaría que lo fuéramos. Quiero decir, me gusta pensar que lo somos.

—No sabes lo mucho que me tranquilizas. —Le apoyó una mano delicada en el antebrazo. Un leve contacto humano, administrado con mesura, podía tener un efecto muy poderoso—. Me relaja saber que, aunque haya estropeado las cosas con Leo, siempre tendremos un amigo en común.

—No quiero induciros al error: debo ser amigo de Leo en primer lugar.

—¡Claro, cómo no! Yo misma debería haber sido su mejor amiga. Sé que fue una necedad dejar escapar a Orso, pero permití que el corazón se impusiera a la cabeza, por una vez. Es mi hermano, a fin de cuentas, y tengo… —Tuvo que tragar saliva ante la emoción, no fingida del todo—. Tengo sentimientos complicados sobre él.

Había creído que Jurand podría empezar a sospechar en ese momento, pero por algún motivo lo que parecía era nervioso. ¿Aquello de sus ojos era pena, tal vez? Como si tuviera algún secreto en la punta de la lengua… pero al final se lo tragó.

—Quizá… deberíais decírselo a Leo. Estoy seguro de que le gustaría oírlo.

Savine preferiría pegarse fuego antes que disculparse por salvar la vida a Orso. Lo dejó pasar con un emocionado sorbido de nariz.

—Temo que Leo ya no quiera escucharme. Y con buen motivo, lo sé. Pero a ti sí que te hará caso.

—Estoy de acuerdo con vos en lo del Consejo Cerrado. Y en cambiar la Unión a mejor. Estoy de acuerdo con vos en muchas cosas. Pero Leo…

—Te lo ruego, Jurand. —No permitió que le temblara el labio inferior, ni que se le empañaran los ojos. Habría sido pasarse. Pero sí dejó que se le tomara la voz, solo un ápice. Jurand era un cuidador. Un solucionador de problemas, feliz de que lo necesitaran. Así que Savine se permitió mostrarse necesitada—. Me hace falta tu ayuda. Nos hace falta a todos. —Le dio un suave apretón en el

antebrazo—. Por mi bien y por el de él. —Lo miró con intensidad a la cara—. Por el bien de nuestros hijos. —Bajó sus defensas—. Por el bien de la nación. ¿Puedo ser sincera del todo contigo? ¿Puedo desnudarte mi alma?

Jurand no supo qué responder a eso.

—Eh…

—Creo que tú y yo nos parecemos en muchas cosas. Yo también puedo ser bastante perceptiva. —Se acercó incluso más a él, le apretó más el brazo, bajó la voz para que Jurand tuviera que agacharse hacia ella—. Estoy empezando a creer que Leo… —Le clavó la mirada y susurró las palabras—: Que Leo está enamorado de otra persona. Que siempre lo ha estado. He estado dando muchas vueltas a cómo reaccionó a… lo sucedido en Sipani. —Vio que Jurand se ruborizaba. Intentó apartarse, pero Savine le aferró el antebrazo—. Empiezo a creer que tal vez no fuese repulsión en absoluto, sino… celos.

Hubo un largo y tenso silencio en que Jurand no apartó la mirada de ella, y los pájaros piaron su dulce trino en los árboles en ciernes, y las abejas zumbaron alrededor de la lavanda del jardín, y de alguna ventana alta en la fahada del palacio llegó la voz aguda de una doncella, cantando mientras sacudía las cortinas.

—Dudo que lo reconozca jamás ante nadie —murmuró Savine—. Dudo hasta que lo reconozca ante sí mismo, pero… si en algún momento lo hiciera… quiero que sepas que yo sería la última persona que se interpondría en su felicidad. —Bajó aún más la voz, hasta dejarla en casi un aliento, y añadió las últimas cuatro palabras —: O en la tuya.

La garganta de Jurand hizo un nítido sonido húmedo cuando tragó saliva, haciendo bailar la nuez.

—No sé muy bien… a qué os referís.

Savine le sostuvo la mirada un momento más. Hasta quedar convencida de que ninguno de los dos albergaba la menor duda de a qué se refería. Luego, con un último apretón, lo soltó y recogió de nuevo los aceros, toda práctica eficacia.

—Tendrás que disculparme por lo mucho que me he desviado del tema. ¡Cómo somos las mujeres! No podemos resistirnos a hablar

de los asuntos del corazón cuando salen. Estábamos tratando la composición del nuevo Consejo Cerrado, ¿verdad?

Jurand carraspeó con cierta dificultad.

—Esto… Eh… Sí. ¿Había… algún nombre en concreto que…?

—Curnsbick, Kort, Vallimir y Selest dan Heugen.

Jurand parpadeó.

—Ya lo teníais bien pensado.

—No queremos perder el tiempo con propuestas mal meditadas, ¿no crees? Te prometo que todos esos nombres son de lo más razonables. Gente con visión de futuro, cada cual dotado de sus propias cualidades. Con la guía correcta, con el carisma de Leo y tu prudente supervisión, serán unos valiosos servidores de la corona.

—Bueno… —Era evidente que la cabeza de Jurand estaba en otra parte cuando se situó en su marca—. Supongo que puedo hablar con Leo.

—No te pido más. ¿Cuándo empezamos?

—En el momento en que…

Esa vez Savine acometió dándole incluso menos aviso, lanzando estocadas en una ráfaga letal que habría hecho aplaudir hasta a su padre. Jurand logró esquivar la primera retrocediendo y detuvo la segunda por los pelos, pero las tres siguientes cayeron en su chaqueta acolchada, todos más o menos en el mismo sitio, haciéndolo dar media vuelta y salir a trompicones del círculo.

—Huy —dijo Savine—. Eso sería otro toque a mi favor, ¿verdad?

Jurand hizo una mueca mientras frotaba los impactos en la chaqueta.

—¿Hay alguna cosa que hagáis mal?

—Perder. —Savine le dedicó su sonrisa más dulce—. Te juro que soy la peor perdedora del mundo.

Cuando Savine llegó a la dorada inmensidad de la gran cámara del lord y la dama regentes, Zuri estaba sentada en un charco de luz de lámpara, trabajando en el libro de cuentas.

—¿Qué tal la esgrima, mi alteza? —preguntó, dejando el lápiz.

—Tú no tienes que llamarme alteza, Zuri, al menos si estamos a

solas.

Zuri arqueó una ceja negra.

—¿Mi gallina, entonces? ¿Mi gaviota? ¿Mi palomita?

—¿Qué tal Savine?

—En ese caso, ¿qué tal la esgrima, Savine?

Savine se frotó la franja irritada que le había dejado el puño del acero largo por el lado del meñique.

—Estoy bastante oxidada, pero no tardaré en pulirme. Y creo que he podido hacer cosquillas al joven lord Jurand donde más tiene.

—No lo dudé ni un momento. —Cruzó la mirada con Savine y aquella ceja ascendió más—. Solo falta por ver si él podrá hacérselas a tu marido con la mitad de destreza.

—Zuri, eres una diablesa.

—Seguro que mi maestro de escrituras estaría muy decepcionado conmigo.

—Suenas más bien satisfecha con la idea.

—Creo que lo estoy. ¿Qué tal están los diseños?

Savine cruzó las losas que ya estaban rayadas por el pie mecánico de Leo y soltó el fajo de planos bajo la siempre desaprobadora mirada pintada del lord mariscal Kroy.

—Hay algunos espantosos. Incluso podríamos tener una Rotonda de los Lores triangular. O una que parece una tarta de boda. —Sacó la cajita de la manga y tomó un pellizquito de polvo de perla. Solo para mantenerse a flote—. Pero también hay ideas buenas. —Contuvo un estornudo—. Y ya están despejando el solar. Antes de que pasen diez años la Unión tendrá un corazón nuevo, más grande y mejor que nunca.

—Entonces será un progreso. —Zuri se permitió una leve sonrisa—. ¿Quién iba a pensar que la Unión tendría un gran corazón?

—¿Cómo están los niños? —preguntó Savine, dando un paso hacia la alta puerta que llevaba a la habitación infantil, decorada con el sol de la Unión en pan de oro.

—Están bien, pero… —Zuri puso una mano con delicadeza en el brazo de Savine—. Deberías saber que tienes visita.

Le abrió la puerta. La madre de Savine estaba junto a las cunas, meciendo a la nieta que había heredado su nombre con practicada

despreocupación, poniéndole caras mientras la pequeña gorgoteaba feliz.

—¡Savine! —exclamó, yendo con ella al trote—. ¡Qué alegría verte!

Casi como si fuesen una madre y una hija normales y corrientes y hubieran transcurrido solo unos días normales y corrientes desde la última vez que hablaran, en vez de seis meses aterradores en los que Savine había estado a punto de morir, dado a luz, estado a punto de morir de nuevo y luego tomado el control de una nación.

Se inclinó hacia Savine para darle un beso en la mejilla y permitirle oler aquella familiar y embriagadora mezcla de perfume y alcohol. El olor de su infancia. El olor de sentirse cuidada, de manera informal y algo perezosa. Savine se descubrió atrapada en un terreno inestable entre la furia de haber sido abandonada y el sensiblero alivio de saber que su madre estaba viva y colándose de nuevo en su vida.

—Te veo… bien —logró decir.

Una banalidad repugnante, la verdad. Pero era cierto que su madre tenía muy buen aspecto. Como si hubiera estado tomándose unas merecidas vacaciones los últimos meses en algún lugar soleado, mientras Adua tiritaba atravesando el invierno más duro que se recordaba en varios sentidos.

—Mucho mejor ahora que estoy viendo a estas preciosidades tuyas. Por los Hados, Leo es un hombre guapo, pero estos niños son una verdadera hermosura. —Se agachó sobre la cuna de Harod y el monstruoso diamante de su alianza destelló cuando meneó un dedo a su ocupante, hablando con una voz infantil que Savine encontró soberanamente irritante—. ¿Verdad que sí, preciosidades mías, que sois los más bonitos?

—¿Madre?

—¿Sí?

—¿De verdad vas a ponerte a hacer mimos a mis hijos… como si no hubiera pasado nada?

—La verdad es que eso quería.

Savine mantuvo la voz controlada, con cierta dificultad.

—Durante seis meses, mientras el mundo ardía a nuestro

alrededor, no he tenido ni idea de dónde estabas. Ni una carta. Ni una palabra. Ni un susurro.

—Lo sé, lo sé. —Su madre parecía casi hasta un poco impaciente—. Y lo siento mucho.

—No lo parece.

—Pero entenderás que no podíamos asomar la cabeza. Savine, por favor, no soy tu enemiga…

—¿Y qué eres, exactamente?

Su madre se dejó caer en una butaca con un frufrú de su cara falda y sentó a Harod en su rodilla para poder mirarlo a los ojos.

—Todavía me siento casi como la borracha sarcástica que era a los diecisiete años. Pero ahora, por lo visto, soy abuela. Y de un rey, ¿te lo puedes creer?

—No finjamos que es la primera vez que has tenido a un futuro monarca en el regazo.

—De verdad, eso ya habría sido indigno de ti a los doce años. Desde luego es indigno ahora que eres la dama regente de la Unión.

Tenía razón, claro, pero eso lo empeoraba, claro.

—No puedes… presentarte aquí sin más, madre.

—¿No es lo que hacen las abuelas? ¿Esquivar todo el trabajo y aparecer para llevarse la gloria? Ahora esto es seguro, ¿verdad?

—Por supuesto, pero…

—Antes no era seguro.

—Lo sé muy bien. Pensaba justo en eso mientras me rodeaban al menos dos revueltas distintas, y luego en la cárcel, y luego en el banquillo de los acusados.

—Que tu padre y yo estuviéramos contigo solo habría servido para empeorar las cosas. —La madre de Savine suavizó el tono exasperado cuando Harod hizo un gorgoteo molesto—. Yo quería estar aquí, para ayudarte a superarlo todo. Y cuando nacieron los bebés, por supuesto que no había nada que deseara más. Pero sabía que solo iba a conseguir ponerte en más peligro. Y sabía que saldrías adelante. Siempre has sido una luchadora. Una mujer moderna que se basta y se sobra para todo. De verdad que te pareces muchísimo a tu padre. Ninguno de los dos os dejáis

derrotar nunca.

—No es mi padre —refunfuñó Savine, pero sonó grosera. ¿Cómo narices se las había ingeniado para ser la menos razonable de las dos?

—Te guste o no, es tu padre en todo lo que cuenta.

—Entonces, ¿dónde estaba?

—Es mejor… que te lo explique él mismo.

—¿Está aquí?

—Creo que quería que hablara contigo yo antes. Para romper el hielo. Ya sabes cómo funciona, Savine, las parejas casadas tienden a especializarse y yo siempre he hecho la charla insustancial mientras él se interesa más por…

—¿La tortura?

—Iba a decir la planificación a largo plazo, pero tú lo verás a tu manera, claro. Siempre lo has hecho.

Savine pronunció cada palabra con iracunda precisión.

—Créeme si te digo que no es así. ¿Dónde está?

Su madre hizo un gesto con la cabeza hacia una puerta que no usaban.

—¿Puedo quedarme con ellos? ¿Solo un ratito?

Savine quiso decirle que no. Pero nunca había sabido decir que no a su madre. Y Harod estaba agarrándole el dedo con todas sus fuerzas, el puto pequeño traidor. Solo habría servido para castigar a los niños, y se suponía que ahora eran lo más importante. Tener un hijo ya limitaba las opciones. Dos a la vez era una restricción incluso peor. Si hacías rey a uno de ellos, perdías todo poder de decisión acerca de cualquier cosa.

Hizo un desesperado encogimiento de hombros.

—Bueno, ya que estás aquí…

Giró la llave de la puerta y entró.

Savine nunca había descubierto por qué la llamaban la Sala de los Suspiros. Quizá alguna viuda real se había marchitado allí en interminable duelo. Tenía tres puertas, una a la habitación de los niños, otra a la alcoba principal y otra que daba al pasillo. Las paredes estaban limpias de las consignas de los Rompedores y encaladas hacía poco, pero Savine aún no había llegado a decorar

la estancia. En cualquier casa razonable habría sido un gran salón. En palacio, apenas estaba un paso por encima de una alacena. Pero tenía un bonito techo abovedado, un suelo de piedra pulida por siglos de pisadas de sirvientes y una ventana preciosa. Por las mañanas entraba muy buena luz, así que Leo había confiscado la sala para que Carmee Groom pintara su retrato. Por la tarde, en cambio, estaba silenciosa, y oscura, y llena de sombras.

El padre de Savine, en todo lo que contaba, estaba sentado en la silla de ruedas que le había diseñado Cursnbick, sus rodillas dos protuberancias en la manta echada sobre sus piernas ajadas, contemplando ceñudo el lienzo sin terminar. El Joven León irrumpiendo a través de las puertas de la ciudad a lomos de un corcel azabache para salvar a la nación del caos, haciendo huir con el rabo entre las piernas a unos traidores apenas bosquejados para salvar sus cobardes vidas.

Savine fue hacia él, con la falda siseando contra las piedras en el ponderoso silencio. Desde el principio tenía la boca abierta para hablar, pero cuando llegó a la silla aún no había encontrado las palabras. Al final, se limitó a apoyar la mano en el hombro huesudo de su padre, como podría haber hecho años atrás. Él puso la mano encima de la suya. Siguieron mirando el cuadro a medio hacer de Leo personificando las virtudes varoniles, su pata de hierro oculta por carne de caballo y su brazo destrozado por galones de oro, señalando con la espada hacia un mejor mañana.

—Creo que será un buen retrato —dijo su padre—. Un poco sobreactuado y sentimental, pero también lo es el modelo. También es una absoluta sarta de embustes. —Dio un suspiro—. Pero si la gente quisiera la verdad, podría mirar el mundo real. Por lo que he visto hasta ahora, prefieren con mucho los cuadros.

—Los cuadros tienen menos probabilidades de matarte.

—También es verdad. ¿Dónde está el lord regente? ¿Rescatando a la nación del peligro otra vez?

—Supervisando la organización de su nuevo ejército.

—Alguien está compensando algo. Pero supongo que un guerrero debe tener espada.

—Tengo entendido que van a llamarlo la Guardia Regente.

—Eso podría referirse tanto a la dama regente como al lord. —El padre de Savine subió la mirada hacia ella—. Siempre he pensado que la armadura te quedaría bastante bien.

—Es difícil dar el pecho con coraza. Y de niña nunca me gustaron los soldados de juguete.

—Ni las muñecas tampoco. Que yo recuerde, lo tuyo fue la esgrima, el dinero y el poder desde que aprendiste a hablar, lo cual sucedió a una edad muy precoz.

—¿Nunca se te ha ocurrido que esas cosas me interesaban porque te interesaban a ti?

—¿Qué más dará de dónde procedieran? Son buenos intereses. —La sonrisa del padre de Savine se convirtió en rictus mientras movía una rueda de la silla para volverla hacia ella—. Tengo que decirte lo impresionado que estoy, Savine. No solo urdiste un camino seguro entre toda esta locura, sino que además te volviste extremadamente popular mientras tanto. Toda una gesta, para una mujer que en otro tiempo puso tanto empeño en hacerse impopular.

—No necesito tus halagos —mintió. Lo cierto era que la aprobación de su padre seguía siendo para ella una droga más estimulante que el polvo de perla. Nadie la conocía mejor que él. Nadie la comprendía tan bien. Excepto Orso, quizá, que ya no estaba.

Su padre le tomó la mano entre las suyas y la miró muy serio.

—No tienes ni idea de lo difícil que ha sido saber que estabas en peligro. Pero con el matrimonio… y con las decisiones que tomaste después… te pusiste fuera de mi alcance. Confío en que puedas comprender que siempre estuve haciendo todo lo posible por ayudarte, a mi manera. Alguien tenía que tener el ojo echado al panorama general. Estaba trabajando con el superior Pike para poner fin a esta locura.

Una fría astilla de duda perforó la calidez de su reencuentro y empezó a clavarse más y más.

—¿Trabajando con Pike? ¿No estaba él detrás de todo esto?

—No, Savine. Ha llegado el momento de que yo… después de tanto tiempo… *confiese*. —Los ojos de su padre ascendieron hasta los de ella, brillantes en sus amoratadas cuencas. No había

remordimiento en ellos. Si acaso, una especie de orgullo mientras decía—: Estaba yo.

A Savine le picaba la mano donde la tocaba la de él.

—¿Qué quieres decir?

—Cuando era un hombre joven y muy admirado, cosa que ocurrió durante un tiempo aunque parezca increíble, siempre creí que el poder residía en el Consejo Cerrado. Pero desde el momento en que senté mi culo marchito por primera vez en una silla de esa cámara, se hizo evidente que éramos todos unos títeres. Bayaz era quien movía los hilos, como había hecho siempre. Controlaba los bancos, que tenían las raíces hundidas en todo. Una telaraña de deudas, de secretos, de favores, más profunda de lo que puedas imaginar. Valint y Balk. —Le temblaron los párpados y se enjugó una franja húmeda del ojo lloroso con el nudillo—. Eran como hiedra estrangulando el jardín. El rey Jezal y yo… tal vez no lo creas, pero intentamos hacer algún bien. El problema era que, mientras Bayaz siguiera presente, era imposible. —Calló un momento, con negras sombras en las líneas profundas de su frente arrugada—. Tuve que provocar un Gran Cambio.

Savine no pudo hacer más que mirarlo, mientras el suelo parecía moverse bajo sus pies. Parecía moverse con tanta violencia que casi le costó mantener el equilibrio.

—¿*Tú*… provocaste el Gran Cambio?

—Tenía que quemar la corrupción. ¡Arrancar a Bayaz y a su banco de raíz! Arar bien arado el terreno, para que pudiéramos plantar algo nuevo, algo bueno. —Echó la espalda hacia delante, agarrándole fuerte la mano, retrayendo los labios de sus dientes arruinados—. ¡Y ahora tenemos esa oportunidad!

—¡No me vengas con la puta jardinería! —chilló ella, arrancando la mano de la de su padre—. ¡Murió gente! ¡A millares! —Se notaba mareada. Se notaba enferma—. ¡Casi morí yo, más de una vez!

A su padre se le crisparon los rasgos un instante, frustrado, como si el problema no fuese su inconmensurable crueldad sino el mal genio de Savine.

—El progreso no llega sin sacrificios, eso siempre lo has visto tú más claro que nadie. El Tribunal Popular no era para nada lo que

teníamos en mente, pero cuando se hizo evidente lo desastroso que iba a ser Risinau, la única opción era la Jueza. ¿Quién iba a saber que ella sería incluso peor?

—¡Cualquiera! ¡Cualquiera que hubiera visto lo que hizo en Valbeck! ¡Cualquiera con ojos u orejas en la cabeza! ¡Esa mujer estaba loca de puto remate!

—Un periodo demencial era necesario para que pudiese prevalecer la cordura —gruñó su padre, como si Savine estuviera quejándose de huellas en la alfombra—. Yo habría querido una transición más… organizada, pero Bayaz empezó a mostrar interés en ti y no podía correr ese riesgo. De verdad, Savine, un poco de gratitud no te haría daño.

—¿Gratitud? —susurró ella.

—Lo hice todo por ti. Para que pudieras gobernar de verdad. Durante toda tu vida te hemos estado preparando para esto.

—¿Mi madre sabía lo que planeabas?

—Fue idea suya. Una de las mejores que ha tenido nunca.

Savine no solía quedarse sin palabras. Dio un lento paso atrás, señalando a su padre con una mano trémula.

—Porque… era la hija bastarda del rey Jezal. Sabíais desde el principio… que si se podía retirar a Orso, ¡yo podría ocupar su lugar!

—Tu ascendencia no fue elección nuestra.

—¡Solo algo que aprovechasteis en vuestro beneficio!

—¡En beneficio de todos! —ladró él, empujándose hacia ella—. Deja a un lado ese resentimiento, Savine: esto era la guerra. Y en la guerra deben utilizarse todas las armas. La contención es necedad. Peor que eso. La contención es cobardía. Tú puedes proporcionarnos una Unión mejor. ¡Un mundo mejor! Los horrores del Gran Cambio han dejado a la gente maleable. Anhelante de un liderazgo fuerte. A ti te aman tanto como me odiaban a mí, y los bancos están arrancados de raíz. ¡Por fin tenemos las manos libres!

—¿Tenemos? —susurró ella.

—Tu hijo será rey, pero necesitará tu consejo. —Su padre le agarró el brazo, y había fuerza en aquellos dedos finos. Una avariciosa fuerza—. Y tú necesitarás el mío.

Savine lo miró, fría de la cabeza a los pies.

—Nos has liberado de Bayaz…
—¡Sí!
—Para poder *convertirte* en Bayaz.
Él entrecerró los ojos.
—Estás siendo injusta.
—Tienes razón. —Savine liberó el brazo retorciéndolo y dio otro paso atrás—. Él solo destruyó medio Agriont en pro de sus ambiciones. ¡Tú has destruido media Unión!
—Tú misma estabas dispuesta a destruir buena parte de ella en pro de tus ambiciones, si no recuerdo mal. La revuelta de tu marido y tuya contra la corona estuvo a punto de dar al traste con todo.
Savine dio un respingo incrédulo.
—¿Mi fallo fue estropear tu intento de quemar el mundo? ¿O no quemar yo la suficiente parte de él?
—Ambos —dijo él.
—Debí denunciarte en el Tribunal Popular —susurró Savine—. Debí soltarlo todo allí.
—Debiste hacerlo. Podría haber mejorado tu situación y a mí era imposible que me hiciera ningún daño. Es la clase de error sentimental que puedo ayudarte a evitar en el futuro. Te espera una batalla muy dura, Savine. —Lanzó una mirada significativa al cuadro—. Tu marido tal vez resulte más difícil de controlar de lo que nadie habría imaginado. Los tullidos tenemos por costumbre sorprender a la gente. Y liberar a Orso fue un paso en falso que bien podrías terminar lamentando. Luego están los nobles, y los plebeyos, y los estirios, y los imperiales, y los gurkos, que no seguirán derrotados para siempre. —Enemigos extendiéndose por delante de ella, suficientes para llenar toda una vida—. Llegará el momento, y antes de lo que crees, en que necesitarás mi apoyo.
A Savine le habría encantado mandarlo a tomar por culo. En esos momentos, habría querido tumbarlo de la silla con un buen puñetazo. Pero aunque tenía los ojos entornados y el puño cerrado para hacerlo, no se concedió el capricho. Savine había interpretado muchos papeles durante el último y trascendental par de años, o se había visto obligada a adoptarlos. Fugitiva indefensa, asesina desesperada, amante decepcionada, esposa y compañera, rebelde

y traidora, forjadora de alianzas, madre de mellizos, benefactora de huérfanos, desdichada acusada, temerosa condenada, Bienamada de los Barrios Pobres y Madre de la Nación. Una travesía de vertiginosos ascensos, horripilantes caídas y bruscos giros que no podía dejar a nadie igual que estaba. Pero por encima de todo, Savine había sido siempre una mujer de negocios. Y una mujer de negocios no puede permitirse que la esclavicen sus pasiones. Tiene que ser realista y planificar a largo plazo. Debe aceptar el mundo tal y como es y buscar el acuerdo más ventajoso.

Alzó el mentón y miró altiva a su padre.

—En tal caso, supongo que deberíamos hablar de precios.

Su padre enseñó aquellas encías vacías suyas al sonreír.

—Esa es mi…

Se oyó un estruendo. Fuera, en los jardines. El padre de Savine miró ceñudo hacia la ventana. Un grito furioso, interrumpido por otro estrépito aún más fuerte, como si algo pesado hubiera caído desde muy alto.

—¿Qué ha sido eso? —Por algún motivo, Savine sintió la necesidad de susurrar.

Su padre levantó la mano y entrecerró los ojos hacia la ventana.

—Mantén la calma.

—¿La calma? ¿Qué has hecho?

—Liberarnos de Bayaz. —Sus ojos se desviaron hacia un grito amortiguado—. Pero el Primero de los Magos no iba a dejar que le robáramos la Unión sin más delante de sus narices.

Savine oyó gritos en el pasillo, y luego un chillido largo y débil. Dio un inestable paso atrás. Había estado en un campo de batalla y sabía cómo sonaba la verdadera agonía. El chillido concluyó con un enfermizo ruido metálico, y otro, más cerca, y luego un potente crujido tan próximo y tan bestial que Savine sintió vibrar el suelo. El cuadro tembló en su caballete. El polvo cayó meciéndose con suavidad del techo abovedado.

Su padre, muy despacio, con mucho esfuerzo, hizo rodar su silla hacia la puerta del pasillo.

—Ponte detrás de mí —dijo.

El pomo giró y la puerta se abrió de par en par. Apareció un rostro

por el marco. Un rostro anodino, con ojos de distintos colores.

—Toc, toc.

Yoru Sulfur entró en la sala. Iba bien vestido, como siempre había ido a las reuniones de la Sociedad Solar. Tenía el mismo ademán educado, la misma sonrisa modesta. La única diferencia era que llegó empapado de sangre de la cabeza a los pies.

Savine dio un tembloroso paso atrás. Aquellas habitaciones eran las mejor protegidas de toda la Unión. Sulfur debía de haberse abierto paso a través de un buen número de hombres bien armados. Supuso que serían sus gritos los que había oído, su sangre en la que estaba bañado.

Se hacía llamar mago, pero Savine lo había considerado un título hueco, un remanente de una distante era de ignorancia y superstición. Sabía que Bayaz había arrasado el Agriont, pero eso fue antes de que ella naciera. Había oído susurros acerca de los devoradores, pero los había descartado como ridículos cuentos de viejas para meter miedo. Todos los días veía la oscura silueta de la Casa del Creador, alzándose incluso por encima de las chimeneas más altas de la ciudad, pero de algún modo se había permitido creer que la verdadera magia nunca tendría ningún papel en su vida meticulosamente estructurada, despiadadamente racional, completamente moderna.

Con una sensación de gélido pavor descubrió lo equivocada que estaba.

Sulfur sonrió al padre de Savine. Era la sonrisa de un tutor decepcionado al descubrir por fin dónde se ha metido un pupilo desobediente.

—Sand dan Glokta. Te has vuelto un hombre difícil de encontrar.

—¿Has probado a concertar una cita?

—Sabes que prefiero llegar sin previo aviso. —Sulfur se hurgó en el pelo rizado y sacó algo entre el índice y el pulgar. Un trocito de hueso. Quizá un diente. Lo lanzó y rebotó chasqueando por el suelo —. Ya advertí a mi maestro que no eras de fiar.

—¿Acaso hay alguien útil que lo sea?

La sonrisa de Sulfur se ensanchó, revelando un juego completo de dientes limpios y afilados.

—¿Sabes qué? Esas fueron sus palabras exactas. —Miró hacia Savine, que estaba aferrada a un mango de la silla de su padre, sin saber muy bien si plantar cara, correr hacia los niños o pedir ayuda a gritos—. ¿De verdad creíste que podrías meter a la bastarda del rey Jezal en el trono sin un «con la venia» siquiera?

—Lo creía. Lo he hecho.

—Hacerlo es una cosa. Salirte con la tuya después es otra muy distinta. Para ser un hombre que se queja tanto del dolor, lo has infligido al por mayor sin despeinarte. —Sulfur meneó un dedo lentamente a los lados mientras recorría la sala hacia ellos—. Tanta destrucción, para al final caer en la trampa de tu propia astucia.

—Es una trampa, desde luego. —Glokta miró a Sulfur afablemente—. Solo que no para mí.

—¿Qué vas a hacer, tullido? ¿Arrollarme con tu silla?

—Olvidas que tengo cierta experiencia con los tuyos. La mejor arma contra un devorador… es otro.

Se corrió un cerrojo con un leve raspar y Sulfur se quedó muy quieto en el centro de la estancia.

Zuri había entrado en la sala por la puerta de la habitación de los niños. Savine quiso gritarle que saliera de allí, que buscara ayuda, pero algo la había dejado sin voz y lo único que salió fue un atiplado gemido. Zuri tenía la cabeza ladeada y sus dientes lucían muy blancos en una sonrisa demasiado amplia, con los ojos brillando negros en las sombras.

—Alguien ha sido muy, pero que muy mal chico —dijo.

Sulfur dio media vuelta hacia la puerta por la que había llegado, pero Haroon había entrado desde el pasillo y estaba cerrándola con firmeza. Rabik se dejó caer desde las sombras del techo abovedado, rodó en el aire con la soltura de un acróbata y aterrizó silencioso con las manos y los pies en el suelo. Savine no tenía ni idea de cómo no lo había visto agarrado al techo. Pero ahora sí lo veía.

—Cuánto tiempo hacía, Sulfur —canturreó Rabik, echando el peso atrás para quedar en cuclillas.

—Tienes mucho de lo que responder —dijo Haroon.

La conmoción duró solo un instante en el rostro de Sulfur.

Entonces el aire titiló sobre sus hombros y Rabik salió despedido por la sala como por la bofetada de una mano de gigante. Savine ahogó un grito al verlo estrellarse contra la ventana con una explosión de cristal y rebotar en el marco de piedra dejando una grieta enorme. Debería estar muerto, con todos los huesos hechos trizas. Pero en vez de eso cayó agazapado y en guardia, como un gato al que sueltan desde lo alto, con polvo manando de una enorme grieta seca en la mejilla pero la boca aún curvada en una sonrisa.

Sulfur y Haroon estaban luchando, demasiado deprisa para que los ojos frenéticos de Savine los siguieran, lanzando ataques con unos golpes y chasquidos tan ruidosos que dolían al oído. Savine sintió una horrible succión en el estómago y Haroon pasó volando como una piedra de cañón, no impactó contra ella por menos de un paso, se estrelló contra la pared con un golpetazo que hizo llover yeso y sacudió la sala entera.

Savine asió con más fuerza la silla de su padre cuando una poderosa corriente de aire casi se la llevó, mientras Zuri pasaba como un blanco borrón, cruzaba la estancia de dos imposibles zancadas y saltaba por los aires. Sulfur estaba volviéndose, boca torcida, brazo alzado, cuando Zuri cayó sobre él con el retumbar de un trueno, hundiendo el suelo pulido, destrozando la piedra pulida, haciendo volar esquirlas de roca y gotas de sangre, provocando una ráfaga de viento que movió el cuadro en su caballete.

Hubo un fogonazo cegador. Savine cerró los párpados con fuerza, pero aun así vio el estallido de fuego a través de ellos, sintió su calor abrasándole la cara. Cayó de costado, envuelta con un rugido como el de un inmenso horno al encenderse. Tosió, tuvo una arcada, se le llenó la garganta de un ardor ácido y penetrante. Haroon estaba inclinado sobre la silla del padre de Savine, escudándolos a ambos con su cuerpo, el pelo incendiado, la barba incendiada, la camisa ennegreciéndose al arder, colgándole de los brazos en tiras llameantes.

Savine trató de protegerse la cara, pero se le había prendido fuego la manga. Se levantó empujándose contra el brazo de la silla de su padre, vio que la manta que le cubría las rodillas ardía

también, se la arrancó de las piernas, tiró de él en un chirriante cuarto de vuelta, se golpeó la manga con la manta, intentando extinguir las llamas.

Había pequeños fuegos por todo el suelo, borrosos y chispeantes a través de las lágrimas que le irritaban los ojos. El cuadro arruinado de Leo se chamuscaba, el lienzo enrollándose, la demencial sala iluminada por las llamas vacilantes, sumida en un baile de sombras. Sulfur se tambaleaba dando manotazos mientras Rabik le lanzaba zarpazos y dentelladas, con el pelo convertido en ardiente antorcha. Sulfur logró arrojarlo lejos, pero Rabik se llevó un bocado de carne de su cara al salir despedido, medio arrancándole una oreja antes de rebotar por todo el suelo, girar, resbalar, sus uñas chirriando al trazar largos arañazos en la piedra.

Sulfur se acuclilló resollando, la sangre manaba del mordisco en la cara, caía de las yemas de sus dedos y goteaba en las losas rotas.

Miró hacia la ventana pero Rabik estaba allí, con la lengua ensangrentada colgando. Miró hacia la habitación de los niños pero Haroon estaba allí, profiriendo un retumbante gruñido mientras se sacudía la ceniza del cuerpo. Miró hacia el pasillo pero Zuri estaba allí. La ropa chamuscada le colgaba hecha jirones, y por debajo sus largas extremidades estaban envueltas en vendas blancas. Sopló con delicadeza para apagar una llama que aún le ardía en el hombro y chasqueó la lengua, molesta.

—Era mi vestido favorito —dijo.

Sulfur se volvió hacia Savine y su padre. Savine captó un atisbo de sus desnudos dientes brillantes, bajo los ojos dispares que se habían vuelto negros a la agonizante luz de las llamas. El aire se distorsionó de nuevo sobre sus hombros y Savine inhaló una sibilante bocanada para chillar.

Zuri lo apresó por detrás como una trampa que se cerrara, con un brazo en torno al cuello de Sulfur, otro rodeándole el pecho, las piernas atenazándole las caderas. Sulfur le agarró el pelo, pero Haroon ya estaba cayendo sobre él, asiéndole la muñeca con una ancha mano, la garganta con la otra. Rabik llegó como una exhalación y envolvió con el cuerpo las piernas de Sulfur, dejándolo

inmovilizado entre los tres.

Savine se encogió tras la silla de su padre y miró entre los dedos que se había llevado a la cara. Zuri tiró hacia atrás de la cabeza de Sulfur, enganchándole con una mano la mandíbula superior, con la otra la inferior. Rugió mientras empezaba a separarlas, mientras a Sulfur se le desorbitaban los ojos, mientras su boca se abría más y más hasta que, con algo entre un chasquido y un crujido, le desgarró toda la cara entre una fuente de sangre y le arrancó la mandíbula de la cabeza hasta dejarla colgando de tiras de cartílago.

Sulfur dio un gorgoteante siseo al derrumbarse, y los tres cayeron sobre él en un coro de crujidos, desgarros, de sangre rociando el suelo destrozado, manchando las paredes.

El imposible combate entero había durado solo unos pocos latidos.

—Fuera. —El padre de Savine estaba dándole débiles tirones de la manga carbonizada—. Fuera.

Sin poder pensar, Savine dio la vuelta a la silla y sus zapatos reptaron por la suave piedra, dejando torcidas huellas en la ceniza desperdigada y las esquirlas de mampostería. Gimió al llevarla hasta la puerta, se le enganchó con el marco, gruñó mientras la hacía pasar por la fuerza a la alcoba principal, pelándose los nudillos, con el ruido de la carne rasgada y el hueso roído resonando a su espalda.

Cerró la puerta con esfuerzo y se quedó apoyada en el pomo. Le bailaba la vista. Le flaqueaban las piernas. Apenas distinguía nada entre los manchurrones residuales que le empañaban la visión, apenas oía nada entre el pitido de los oídos. Tropezó, casi cayó y alguien la sostuvo. Su madre. La abrazó fuerte, le acarició la cabeza. Savine se aferró a ella, dando un pequeño gemido con cada exhalación.

—No te preocupes. Los niños están a salvo.

—¿A salvo? —susurró Savine. Tenía la mano quemada. La manga del vestido chamuscada. La piel le hormigueaba. Tenue desde el otro lado de la puerta, aún los oía, devorando.

—Zuri es… Zuri es…

—Sí. ¿Pensabas que la elegimos como tu dama de compañía a la

ligera?

—Tenías que estar protegida —añadió el padre de Savine, enseñando los dientes que aún tenía al hacer rodar la silla hacia ella —. Llegué a un acuerdo con los únicos que podían hacerlo.

Savine pasó la mirada de su padre a su madre.

—Me habéis usado como cebo. A mí y a mis hijos…

—Nos hemos puesto a nosotros mismos de cebo —dijo su madre.

—Había que hacerlo, Savine —dijo su padre.

—Dios sonríe ante los resultados, como habría dicho mi antiguo maestro de escrituras.

Zuri cerró la puerta después de entrar en la alcoba. Le colgaba el vestido, quemado y hecho jirones, y las vendas que llevaba debajo estaban manchadas de rojo. Savine no la había visto nunca ni siquiera desabrocharse el botón de arriba y siempre lo había tomado por modestia, pero los Quemadores, sin saberlo, habían topado con la verdad.

Fue uno de esos momentos, como la sublevación de Valbeck, como la Batalla de Stoffenbeck, en los que Savine se vio obligada a asumir que el mundo no era del todo como ella había creído que era. En los que sus sólidos cimientos se revelaban arenas movedizas y todas sus certezas nada más que suposiciones. Quiso retroceder. Quiso salir corriendo al pasillo y no dejar de correr. Pero no cedió terreno.

—¿Quién era tu maestro de escrituras? —graznó.

—El profeta Khalul —respondió Zuri internándose en la alcoba—, como sin duda ya habrás adivinado. —El pelo se le había soltado por un lado y le caía sobre la cara sanguinolenta, la barbilla sanguinolenta, la garganta sanguinolenta formando una cortina negra—. Ojalá pudiera habértelo dicho antes.

—¿Te llamas Zuri, siquiera?

—He tenido otros nombres, pero ahora soy Zuri. Seré Zuri mientras me sigas necesitando.

—Eras mi amiga —susurró Savine. Le pareció que tal vez estuviera llorando—. Mi única amiga de verdad.

Una levísima arruga se formó en la frente lisa de Zuri mientras se acercaba a ella.

—Aún lo soy. Y tú la mía.

—Tú… comes gente.

—Y tú la mueles en tus factorías, y la haces picadillo en tus campos de batalla, y la dejas pudrirse cuando la enfermedad asola tus suburbios.

—Yo confiaba en ti.

Zuri casi pareció herida al oírlo.

—Y yo he hecho todo lo posible por no defraudarte nunca.

—Por un acuerdo con mi padre.

—Al principio, sí. —Zuri recorrió las últimas zancadas hacia ella como una exhalación, con un repentino viento helado que hizo encogerse a Savine. Para entonces Zuri ya tenía su mano entre las de ella, toda delicadeza pero toda fuerza, mientras el cabello negro se asentaba con suavidad en su cara ensangrentada—. Pero tardé poco en respetarte, y luego en admirarte, y luego… en quererte. —Alzó un brazo y enjugó despacio una lágrima del pómulo de Savine con la fría yema del pulgar.

»Soy muy mayor —prosiguió—. No creía que me quedara nada por saber. Pero hemos aprendido muchísimo de ti. Imagina un Sur y una Unión no enfrentados, sino unidos por el comercio y la industria y el interés común. No con la mirada fija en un pasado ignorante y supersticioso, sino centrada en el progreso. —Sus ojos negros destellaron al pensarlo—. Un Sur y una Unión donde el pueblo no esté regido por los egoístas caprichos de sacerdotes y magos, sino por la recta ingeniería del reloj y el libro de cuentas.

—¿Y qué opinaría de eso tu maestro de escrituras? —susurró Savine.

—Ya hace muchos años que me importan una puta mierda sus opiniones.

Y Zuri compuso una pequeña sonrisa. Como una amante aventurando un chiste para ver si se le ha perdonado una travesura de nada. Por los Hados, ¿aún se oía el tenue crujido de huesos desde la sala contigua?

El padre de Savine, que había hecho arder medio mundo para poder controlar el otro medio, le puso una mano en la muñeca.

—Necesitas nuestro consejo.

Su madre, que había ayudado a conjurar la colosal maquinación, le puso una mano en el hombro.

—Necesitas nuestro apoyo.

Zuri ensanchó la sonrisa y sus dientes asomaron aún rosados por la sangre de Sulfur.

—Necesitas nuestra protección.

No se equivocaban. El mundo podía no ser del todo como ella creía, pero, por encima de todo, Savine había sido siempre una mujer de negocios. Y una mujer de negocios debe adaptarse deprisa a las nuevas circunstancias y reconocer una ganga a primera vista. Ya había lidiado antes con socios difíciles, a fin de cuentas, y había salido bien parada.

Sacó la cajita de la manga y tomó un buen pellizco de polvo de perla por cada fosa nasal. Luego otro. Solo para que dejaran de temblarle las manos. Se limpió la nariz con meticulosidad, se secó los ojos con la manga sin quemar, echó el mentón arriba y los hombros atrás y logró componer algo parecido a una sonrisa.

—Bueno —dijo—, nadie ha conseguido nunca nada en solitario.

Las pisadas de grandes hombres

No fue hasta que Rikke estaba subiendo desde el puerto por el empinado camino de adoquines cuando se dio cuenta de lo mucho que había añorado Uffrith. Había echado de menos el olor del mar y el clamor de las gaviotas. Había echado de menos conocer cada calle y cada cara. Echaba de menos a su padre. Su recuerdo había empezado a emborronarse, en la resonante amplitud del Salón de Skarling, en los grandiosos salones de Adua. Al llegar allí volvió de sopetón, tan intenso que le dio ganas de llorar.

Por primera vez en mucho tiempo, sintió que estaba en casa.

Pasó bajo las vigas curvas donde Leo y ella se habían sentado juntos de niños. Dejó con el dedo un rastro serpenteante por el polvo del asiento desde donde su padre había dictado sus sentencias. Salió de entre las sombras al soleado jardín, se dejó caer en el banco que el tiempo había vuelto gris y miró adusta hacia el mar.

La primavera había trabajado a destajo. El jardín estaba otra vez descuidado, como solía estar siempre, y las cosas plantadas por su padre habían estallado en un desordenado disturbio, nada parecido a sus planes. Una enredadera se había liberado de la pared desvencijada para derramar flores blancas sobre su tumba. Él se habría reído al verlo, casi seguro, y habría dicho que el tiempo nos deja a todos como unos idiotas.

Rikke pensó en la chica que había sido, cuando Isern se la llevó a las montañas para demostrar que tenía el ojo largo. Estúpida y con ataques y blanda. Ignorante en tantas cosas. Sin redaños y sin

cerebro, tal vez, pero con buen corazón. Se llevó las yemas de los dedos a los tatuajes de la cara. Habían cambiado muchas cosas. Se preguntó si de verdad sería a mejor.

—A tu padre le encantaba esta parcela. —Escalofríos estaba en el umbral, cruzado de brazos.

—No había nada que le gustara más que sentarse a ver crecer las cosas —dijo ella.

—Y bien que han crecido.

—Ya, bueno, nunca tenía mucho tiempo para quitar malezas, con tanta guerra a la que lo arrastraban unos y otros.

—Muy cierto. Pero ahora tú has hecho del Norte entero tu jardín. —Escalofríos negó con la cabeza como si no pudiera creérselo—. Me parece que estaría orgulloso.

—¿Tú crees? ¿Después de todo lo que he hecho? Me llaman Rikke la Negra.

—Un nombre honroso.

—Un nombre que endosaron a un asesino porque era el peor hombre de todo el Norte.

—Es solo un nombre. Será lo que tú hagas de él.

—Sí, supongo. —Rikke se hundió con los codos en las rodillas y el mentón apoyado en las manos—. ¿Hice lo correcto, Escalofríos?

—Se lo preguntas al hombre equivocado, me parece a mí.

—Se lo pregunto al único en quien confío.

—¿Porque yo he hecho tantas cosas que no debía?

—Significa que conoces la diferencia, ¿a que sí?

—No estoy seguro de que la haya. —Escalofríos se dejó caer en el banco a su lado—. Es un consuelo decirte a ti mismo que hay alguna cosa enorme y correcta ahí fuera. Que podrías buscar a algún cabrón sabio en la montaña que tenga la respuesta. Y así no habría necesidad de dudas y lamentos. —Miró hacia el lado y el sol se reflejó en su ojo de metal—. Pero hasta donde yo sé, no es tan fácil. Lo correcto, lo incorrecto… bueno, todo es cuestión de dónde estás. Toda elección es buena para algunos, mala para otros. Y cuando eres jefe, no puedes hacer solo las cosas que son buenas para ti, o para la gente a la que aprecias. Tienes que buscar qué es lo mejor para la mayor cantidad de gente. Lo peor para la menor.

Como intentaba hacer tu padre, y sin ningún ojo mágico que le enseñara el resultado. —Se reclinó, estiró una pierna y miró hacia el mar mientras la brisa le removía el pelo gris por la cara arrugada—. Las dudas y los lamentos son el precio de proyectar sombra. Los únicos que no los tienen son los muertos. Si te sirve de algo, yo diría que has hecho lo mejor que has podido.

Rikke miró la tumba de su padre y se encogió.

—Entonces, ¿por qué duele tanto?

—Digo que has hecho lo mejor que has podido. No he dicho que no fuese a doler. Una cosa sí que puedo asegurarte. —Y frunció el ceño mirando el anillo que llevaba en el meñique—. Hacer lo peor que puedes no sienta mejor.

—Por todos los putos muertos, no me digáis que estáis aquí sentados todos melancólicos.

Isern entró dándose aires, con el chagga chap, chap, chapoteando al mascar. Rikke apretó los dientes. Estaba hartándose del sonido de Isern teniendo razón.

—Dudas y lamentos, Isern. Son el precio de proyectar sombra.

—Desde luego, pero tú no tienes tiempo de consentírtelos. Lo que tienes es al Norte entero para sacarlo de la oscuridad hacia el plateado favor de la luna. Respóndeme a esto: ¿qué otra cosa podías haber hecho?

—Ninguna —gruñó Rikke, derrumbándose más en las manos, moviendo el anillo de la nariz con un dedo para que le diera contra el labio—. Ninguna en absoluto.

Pero no por ello había dejado de darle vueltas en cada momento libre desde que habían zarpado de Adua. No por ello dejaba de darle vueltas entonces.

—¿Traerlo aquí contigo? —dijo Isern con una voz cantarina, que rezumaba mofa—. ¿Ponerle una correa como a un cachorrito? ¿Cómo ibas a mantener en secreto a un rey de la Unión? Verás, habría atraído los problemas como el ojete de un carnero atrae moscas. Y la gente te culparía de esos problemas y te llamaría zorra egoísta que piensa con el coño y diría que esto es lo que pasa cuando haces la idiotez de poner a una mujer al mando, y tendrían razón. Egoísmo e idiotez. Todo lo que tanto nos ha costado se

vendría abajo como una tarta en una granizada, convertido en mierda blanduzca. De esta manera, tienes la paz. Y no solo para ti. Paz para todos.

Eran los mismos argumentos que Isern le había susurrado al oído aquella mañana, mientras Orso yacía dormido en su cama, indefenso, con toda su confianza puesta en ella. Había tenido razón entonces y la tenía ahora, y Rikke lo sabía, y solo servía para que le rechinaran más los dientes.

—Ya lo sé —restalló—. Dije que no podía hacer ninguna otra cosa, ¿no es verdad?

—Entonces, ¿por qué parece que te hayas comido un cardo borriquero?

—Lo sé con la cabeza.

—Pero ¿qué? ¿El corazón te duele? Te he dicho que hagas de él piedra, ¿no?

—Puede que hayas pronunciado la frase un par de veces —refunfuñó Rikke.

Isern no se daba cuenta de la ira que bullía en ella o, lo más probable, no le importaba.

—Tenemos que volver al Salón de Skarling. —Puso los brazos en jarras y fulminó con la mirada el jardín como si fuese un estercolero—. Ahí es donde se toman las grandes decisiones. Es donde Skarling rechazó una corona y donde Bethod se la puso. Donde Dow el Negro robó el Norte a Nueve el Sanguinario. Donde tú se lo robaste a Stour Ocaso. Hasta el último rincón de ese lugar está cubierto por las pisadas de grandes hombres.

—No.

Rikke se sorprendió, o casi, de haberlo dicho. Pero en el momento en que tomó la decisión, estuvo segura de ella.

—El único lugar al que llevan esas pisadas de grandes hombres es a dar vueltas y más vueltas en círculos de sangre —dijo—. La única historia que hay allí es de violencia y traición. Envía un mensaje a Hardbread y los demás. Diles que me quedo aquí.

—El Norte se gobierna desde la Silla de Skarling.

—Lo mismo vale para los culos de grandes hombres que para los pies de grandes hombres. Es solo una silla.

—El Norte se gobierna desde Carleon —gruñó Isern, sacando el labio en una poderosa expresión malhumorada.

—Se gobernaba. Ahora se gobernará desde Uffrith. Cerca del mar, donde tenemos otras tierras al alcance de la mano y yo puedo bañarme un poco cuando me apetece.

—¿Bañarte un poco? Por los muertos, Escalofríos, díselo tú.

Pero lo único que hizo Escalofríos fue levantar los hombros.

—La gente grande es grande porque planta pisadas nuevas. No porque mete la pata en los mismos errores que cometieron antes otros mamones.

Isern dio un largo siseo de indignación.

—A la gente no va a gustarle. No lo entenderán.

—Será su opinión —replicó Rikke, descartando el argumento con un gesto enfadado.

—Es un error.

—Es cosa mía si decido cometerlo.

—No sabes lo que…

—¡Basta ya! —rugió Rikke, levantándose y encarándose hacia Isern con los puños apretados—. ¡Soy Rikke la Negra y soy quien tiene el ojo largo! Soy la que mató a Stour Ocaso. Soy la que derrotó a Calder el Negro. *Yo* tomo las decisiones, no tú. *¡Yo!* —gritó en la cara de Isern, y le clavó un dedo en el pecho—. Si elijo gobernar el Norte desde un estercolero sentada en un orinal, así es como será. Si elijo seguir las pisadas que dejó mi padre en este jardín, así es como será. Si elijo hacer de mi corazón una puta esponja de los cojones, entonces, por todos los muertos, Isern-i-Phail, *así* —dijo, escupiendo la palabra como una maldición—, ¡así es como *será*!

Cayó un largo silencio entonces. Solo cantaban las gaviotas, y oleaba el mar, y el tenue sonido de la sangre de Rikke le latía furioso en la cabeza. La sonrisa empezó como una arruga en las comisuras de los ojos de Isern, y luego pasó a su boca, a sus mejillas, hasta ocuparle toda la cara.

—¡Por fin! Ya me preocupaba que no llegaras nunca a eso.

Rikke cerró los ojos.

—Conque también era una puta lección de las tuyas, ¿eh?

—Sí, un poquito. —Isern sonrió enseñando los dientes mientras le

ofrecía una bolita de chagga—. ¿De verdad vas a gobernar sentada en un orinal?

—Puede que sí —respondió Rikke, respirando y contemplando el mar—. Pero dile a Hardbread que se traiga la Silla de Skarling aquí abajo, por si acaso.

El momento

Trébol respiró hondo y aporreó el húmedo cobre verdoso con el puño. Aguardó. Volvió a llamar. Se fue empapando más y más con la neblina que ascendía del río. Alzó el brazo para llamar de nuevo. De pronto se abrió una estrecha rejilla y unos ojos legañosos lo miraron con frialdad tras unas gruesas barras.

—¿Quién es ahora?

—Jonas Trébol es mi nombre.

—¿Jonca qué?

—¡Trébol! —gritó Trébol para hacerse oír entre el fragor del agua —. Se me ha pedido que venga.

—¿Para qué?

—Para enseñar esgrima, me han dicho. Es a lo que me dedico. A enseñar esgrima.

Bueno, a eso y a traicionar a patronos, pero no tenía mucho sentido contárselo a un posible patrono.

—¿Y cómo has dicho que te llamabas?

—¡Jonas Trébol! —vociferó Trébol a la rejilla. Luego añadió, en voz más baja—. Antes era el Escarpado.

—¿El Escarpado, entonces? Haber empezado por ahí.

Se oyó un ruido de cerrojos y la puerta se abrió con un lento chirrido. Un hombre mayor, encorvado por el peso de la armadura antigua que llevaba puesta, lo miraba suspicaz desde el otro lado del umbral. En la mano sostenía una larga espada demasiado pesada para él. Pese a sus intentos de mantenerla recta, la punta bailoteaba en el aire.

Trébol alzó los brazos.

—Me rindo.

Al anciano portero no pareció hacerle mucha gracia la broma. Forcejeó con la puerta hasta cerrarla y corrió los cerrojos.

—Como si no me lo hubieran dicho nunca.

Enfundó la espada con mucho teatro y luego llevó a Trébol por delante de unas extrañas casas medio excavadas en la empinada pared de roca, por un valle estrecho que se abría a un amplio patio. Por delante se alzaban tres gigantescas torres puntiagudas empotradas en la montaña, unidas por la base pero separadas a medida que ascendían, cubiertas de yedra oscura. Parecían antiguas. Tanto que habría podido pensarse que la montaña estaba construida en torno a ellas, y no al revés.

—Menudo edificio que tenéis aquí, tan arriba —comentó Trébol.

—Es la Gran Biblioteca del Norte —gruñó el portero—. ¿No habías visto nunca una biblioteca?

—La verdad, no.

Por todo el patio había gente afanándose en sus tareas cotidianas. Una mujer flaca lavaba ropa en un balde. Un fornido anciano partía troncos con expertos golpes de hacha. Había libros amontonados y dispersos por una mesa en la que una chica con una melena de rizos rubios pasaba cuentas de un ábaco con dedos veloces. Nadie parecía tener una necesidad apremiante de instrucción con la espada.

—¿Alguien ha pedido un maestro de esgrima? —preguntó Trébol levantando la voz, esperanzado.

—Yo.

El talador de troncos partió limpiamente uno más y dejó el hacha clavada en el bloque. Se volvió hacia Trébol, dando palmadas para quitarse el polvo de las manos. Parecía tener unos sesenta años, pero era de complexión fuerte, tenía un rostro enérgico y surcado de arrugas y en torno a su boca crecía una barba gris corta.

—Por los muertos —dijo Trébol, situándolo por fin—. Pero si es el Primero de los Magos.

—En persona. —La luz del atardecer hizo resplandecer la calva morena de Bayaz mientras daba un paso adelante, tomaba la mano

derecha de Trébol entre las suyas y se la estrechaba con calidez—. Bienvenido a la Gran Biblioteca del Norte, Jonas el Escarpado. Tengo entendido que no hay hombre vivo que sepa más que tú de esgrima.

Trébol enarcó las cejas.

—Eso fue hace mucho tiempo. Ahora me hago llamar Trébol.

—Ah. Me temo que ando muy desfasado. —Y Bayaz sonrió. Era una sonrisa amplia, cristalina, radiante. Su semblante se iluminó con unas cordiales arrugas, pero en el verde brillante de sus ojos hundidos persistía una cierta dureza. Trébol le devolvió la sonrisa, pero la conclusión a la que había llegado en Currahome, que no le gustaría tener a aquel hombre por enemigo, solo había quedado reforzada—. El mundo avanza tan deprisa que cuesta estar al tanto de todo.

—¿Por eso os rodeáis de juventud por aquí? —preguntó Trébol, viendo cómo la chica rubia se lamía un dedo y hojeaba concentrada un libro.

—¿Para qué amasar conocimiento si luego uno no lo transmite? ¿Para qué envejecer si luego uno no procura construir el futuro?

—¿A eso os dedicáis aquí? ¿A construir el futuro?

—A intentarlo. —El mago suspiró—. Confieso que últimamente no ha resultado nada fácil. La gente, maese Trébol, es un material de construcción espantoso. La gente y sus insaciables caprichos y su obstinada intransigencia y sus mezquinas ambiciones. —Bayaz enseñó los dientes y Trébol tuvo que contener un extraño deseo de retroceder—. Se niegan en redondo a darse cuenta de lo que más les conviene. Imagínate unos ladrillos que aprovechan la menor ocasión para desafiar al arquitecto y salir corriendo por todos lados.

—Frustrante —murmuró Trébol.

—Pero yo nunca dejo de intentarlo. Hacerlo mejor la próxima vez, a fin de cuentas, es en lo que consiste la vida.

—Supongo que sí. —A decir verdad, Trébol estaba algo inquieto por el tono del mago, como también por el recuerdo de cómo Calder el Negro se frotaba las manos nervioso en su presencia. Pero por otra parte, Trébol llevaba toda la vida sirviendo a hijos de puta peligrosos. Un amo al que no temía nadie no iba a llevarte lejos, y

los hombres que resultaban ser los peores enemigos podían resultar también los mejores amigos, a fin de cuentas—. Esto… Traigo una cosa para vos.

—¿Para mí? —preguntó Bayaz.

—Rikke la Negra no la quería, y yo no sabía qué hacer con ella, pero pensé… —Trébol sacó la cadena que había llevado Stour Ocaso, que había llevado Scale Mano de Hierro, que había llevado Bethod, y el oro relució al sol vespertino—. Pensé que quizá vos sí.

—Caramba, maese Trébol —casi susurró Bayaz mientras la aceptaba, con los ojos fijos en la joya que pendía de los eslabones —. ¡Un regalo digno de reyes! Conozco el lugar perfecto para ella, a su debido tiempo.

Trébol se encogió de hombros con humildad. Se había quedado sin amigos. Si con aquella cadena se pagaba un lugar seguro donde poder sentarse, consideraría que merecía la pena el trato.

—Habría sido de mala educación presentarme con las manos vacías.

—¡Ah, pensamos igual! —exclamó Bayaz, poniéndole una mano en el hombro y llevándolo por el patio hacia la biblioteca—. Puede que la buena educación esté pasada de moda en el Norte, pero debes saber que yo la valoro. Con la ayuda de gente con buenos modales y buen juicio, no hay nada que no pueda lograrse. Esta prometedora y joven dama, por ejemplo, se ha unido a mí hace poco. —Señaló a la chica rubia mientras pasaban cerca de ella—. Ha demostrado poseer una admirable ética laboral y una maravillosa facilidad con los números, así que estoy enseñándole los misterios de las finanzas.

—¿Qué es eso, alguna clase de magia?

—Una clase muy poderosa. Es la magia del dinero, nada menos. ¿Qué te parece que suena mejor, Hildi dan Valint o Hildi dan Balk?

—¿Cómo?

—La magia y el dinero son dos cosas de las que sé un poco —dijo Bayaz mientras se guardaba la cadena de Bethod en un bolsillo —. Los reyes son también una disciplina en la que tengo cierta experiencia. Pero debo confesar que en lo relativo a la esgrima, siempre he dependido de otros.

—Por suerte para mí, supongo. ¿Quién es el discípulo?

Bayaz lo condujo por unos peldaños que el tiempo casi había desgastado en forma de rampa, a través de un arco bajo, a una plataforma enlosada en la ladera de la montaña. Tenía solo un muro a medio derruir por parapeto y al otro lado se extendía un imponente valle, con un lago que se perdía en la distancia como un espejo gris, reflejando bosque y montañas en su tranquila superficie.

Junto al borde había un chico de pelo negro, enmarcado por las vistas, con la boca marcada por una cicatriz fija en un gesto serio, el brazo estirado, la hoja de la espada horizontal, los hombros fibrosos relucientes de sudor. No movía ni un pelo. No temblaba. Parecía tallado en madera. Trébol tuvo la impresión de que llevaba allí, completamente quieto, mucho tiempo.

—A este chavalín lo conozco yo —murmuró Trébol, aunque ya podría haberlo llamado un joven—. Acompañaba a Calder el Negro. ¿Quién es?

—Lo que me interesa no es tanto quién sea —dijo Bayaz— como quién podría llegar a ser.

—Construyendo el futuro, ¿eh?

—Exactamente. —Había unos postes de entrenamiento distribuidos por el pequeño patio, y Bayaz frotó pensativo la profunda muesca que había dejado una espada en el más cercano—. Aun siendo lego en la materia, diría que ya parece un espadachín más que pasable.

—Lo he visto haciendo lances de práctica y nunca había encontrado a nadie que prometiera más en el asunto. Bien saben los muertos que me vendría bien el trabajo, pero no estoy seguro de tener mucho que enseñarle.

—Ah, a mí me parece que sabes mucho más de lo que aparentas. Necesito que aprenda no solo cómo usar la espada, sino cuándo. Quiero que le enseñes las lecciones del guerrero que su hermanastro se negó a aprender. ¡Este es Jonas Trébol!

El muchacho bajó despacio la espada, movió los hombros, se quitó el sudor de la frente y lo sacudió al suelo, y por fin miró hacia ellos.

—Me acuerdo.

—Lo he traído para que te enseñe esgrima.

El chico no se rio, al menos. Solo dedicó a Trébol una larga mirada con aquellos ojos claros, como si él fuese el maestro y Trébol el discípulo al que se planteaba si aceptar o no.

—Os dejo para que os vayáis conociendo. —Bayaz se acercó a Trébol y le dio una palmadita de despedida en el hombro—. Cenaremos dentro de una hora.

Se quedaron los dos allí un rato, en silencio, y subió el viento desde el valle y movió la hierba que crecía en las grietas entre las losas. Entonces Trébol apoyó las manos en las caderas y sonrió hacia el lago.

—Menudo panorama. Podría quedarme mirándolo todo el día.

El chico no habló.

Trébol paseó hasta la pared de la biblioteca, tan antigua y cubierta de líquenes que parecía fundirse con la ladera de la montaña. Apoyó la espalda en ella y se deslizó hasta que su culo dio contra el suelo.

—¿Cómo debo llamarte?

El chico se encogió de hombros.

—Tienes una cicatriz en el labio —dijo Trébol, acomodándose contra las viejas piedras, cálidas después de un día al sol—. Podría llamarte Bocamierda. ¿Qué te parece?

El chico volvió a encogerse de hombros.

—No voy a llamarte Bocamierda. Era una prueba.

—¿La he pasado?

—Así es.

—No he hecho nada.

—Por eso.

El chico frunció el ceño mirándolo desde arriba, con la espada colgando de la mano.

—Pareces perplejo —dijo Trébol.

—Un guerrero pega primero —dijo el chaval, como si se hubiera aprendido las palabras de memoria—. Pega más fuerte que nadie. Un guerrero tiene siempre la espada en la mano.

Trébol asintió despacio.

—Se me ocurren muchos guerreros que estarían de acuerdo.

Grandes luchadores. Nombres famosos. Como Shama el Cruel, ¿has oído hablar de él?

—Sí —respondió el chico.

—¿Dow el Negro, Nueve el Sanguinario?

—Claro —dijo el chico.

—¿Y qué hay de Stour Ocaso?

El chaval entornó un poco los ojos claros.

—¿Podrías decirme qué tienen en común todos esos cabrones tan temibles?

Hubo un silencio, y un pájaro que anidaba en algún lugar de los tejados de la biblioteca trinó con suavidad en el hermoso atardecer.

—Muertos —dijo el chico.

Trébol sonrió.

—No te haces una idea del placer que es tener a un alumno espabilado. La mayor ambición de un espadachín, en mi opinión, no debería ser unirse a esos héroes en el barro.

—Todos conoceremos a la Gran Niveladora.

—Claro que sí. —Trébol echó la espada adelante para quitarse la capa, la capa de piel de lobo que antes llevaba Stour, algo zarrapastrosa ya de tanto usarla, y empezó a enrollarla—. Pero yo preferiría retrasar ese encuentro todo lo posible. ¿Qué me dices de ti? ¿Pretendes ir hacia ella corriendo con los pantalones bajados?

Las cejas negras del chico se juntaron un ápice mientras lo pensaba.

—Al final… lo único que de verdad puede hacer un hombre… es escoger su momento. Buscar una abertura, reconocerla cuando la ve y aprovecharla. —Trébol atrapó del aire un puñado de nada y agitó el puño—. Escoger tu momento. Ese es el secreto. ¿Lo entiendes?

El chico asintió, solemne como en un entierro, y pareció que toda la sabiduría que Stour se había negado a aceptar repetida cien veces aquel chaval la absorbía a la primera como una esponja.

—Creo que sí.

—Yo también creo que sí. Y ahora, ¿por qué no me enseñas tus temibles habilidades con un poste de esos?

Trébol se metió tras la cabeza el rollo que había hecho con la

capa a modo de almohada y cruzó una bota por encima de la otra. Vio moverse la espada del chico, rápida como una centella. Vio la hoja destellar y emborronarse. Vio el sol de la tarde resplandecer en el lago.

—¡Muy bien! —exclamó—. Pero que muy bien. Escoge tu momento.

Y Trébol dio un suspiro satisfecho y cerró los ojos. Escuchó a aquel pájaro que trinaba en lo alto. Escuchó el viento susurrando en la hierba. Escuchó el chasquido y el roce del acero en la madera.

Podría haber salido todo peor, supuso.

Un pequeño ahorcamiento privado

Era un acontecimiento de lo más selecto.

No había una atmósfera festiva. No había multitudes de plebeyos rebuznando. Desde luego no había presente ninguna fulana soltando risitas. Era un pequeño patio adoquinado tras el Pabellón de Interrogatorios, en vez de alguna de las amplias plazas públicas del centro de la ciudad. Hay que decir que el tono era sombrío. Pero que Orso animara el ambiente parecía mucho pedir.

—Odio los putos ahorcamientos —dijo, frunciendo el ceño hacia el cadalso.

Habían retirado todas las innovaciones. No había poleas, ni grúas, ni maquinaria. Habían desaparecido igual que Risinau, que la Jueza, que la Rotonda de los Comunes, que la Inspección Popular y que el Gran Cambio en conjunto. Solo estaban el patíbulo, una cuerda, una trampilla y una palanca para abrirla.

Y un prisionero al que ahorcar, claro. Sería un acontecimiento de lo más pobre en caso de no contar con uno.

Un viento suave recorría el patio y apenas había humo en el aire, que olía bien. Quizá los últimos alientos siempre lo hicieran. Orso no tenía miedo. Ni siquiera al ver cómo se balanceaba con suavidad el nudo corredizo. Pero, claro, siempre había tenido la mala costumbre de ponerse valiente en los momentos menos adecuados. Había ido dando tumbos a tientas de un error al siguiente, zarandeado por fuerzas que apenas percibía, no digamos ya comprender, como un ciego en un combate a puñetazos de los bajos fondos. En cuántas cosas había fracasado. Cuán a menudo había decepcionado. Esto

último, al menos, estaba decidido a hacerlo bien.

—Para qué esperar más, ¿no creéis? —dijo, y dejó atrás a los guardias para subir los peldaños a un brioso trote.

Había intentado hacer lo que debía, en su opinión, a su manera, más bien ineficaz, pero era curioso que las circunstancias rara vez le permitieran a uno ser el héroe, por mucho que anhelara serlo. Por mucho que mereciera serlo. Aun así, seguro que todo el mundo se creía con derecho a las recompensas. Al Joven León no le cabían dudas al respecto, eso era evidente.

Aún tenía un cierto aspecto leonino, si lo mirabas bizqueando un poco, pero lo de «joven» ya era estirar mucho la definición. Tenía un encanecimiento prematuro en aquel pelo y aquella barba dorados. Se le había escurrido todo el color de la tez. En sus rasgos se distinguía una bien merecida satisfacción mientras veía a Orso subir al cadalso. Podría haberse culpado de ella a una carencia absoluta de empatía o imaginación, pero lo cierto, como todo el mundo sabía, era que Leo dan Brock sabía exactamente lo que se sentía al afrontar el nudo corredizo.

Había gente, supuso Orso, que jamás podía perdonar que la perdonaran.

El lord regente miró de soslayo a su esposa, como el ganador de una partida de cuadros a su adversario derrotado.

Pero Savine no cruzó la mirada con él. La mayoría de los observadores podrían haber pensado que estaba relajada, como una espectadora adinerada en su palco del teatro. Pero Orso la conocía lo suficiente para no creérselo. La conocía mejor que nadie, tal vez. Vio que tensaba los músculos de la mandíbula. Vio sus nudillos blancos de apretar la barandilla. Supo de un solo vistazo que aquello la estaba afectando como al que más.

Le sonrió, y ella le devolvió la sonrisa. Fue una sonrisa pequeña, en la comisura de la boca, pero él la vio. Supo lo que significaba. Tal vez todo el mundo estuviera solo, al final. Pero, en ese momento, Orso tuvo la impresión de que ellos dos se entendían. Se perdonaban. Se amaban todavía, tal vez, incluso entonces. No creía haberla decepcionado nunca. No en nada que de verdad importara. Eso ya era algo. Entonces Savine tragó saliva y miró al suelo, y el

momento pasó.

Orso dudaba mucho que fuese a compartir una última mirada profunda con nadie más de los asistentes. Lord Isher y lord Heugen parecían estar regodeándose, pero si uno permitía que lo enfadara el regodeo de los demás, se pasaría el día enfadado. Los hombres de Brock, Jurand y Glaward, tenían sendas expresiones adustas. Habrían sido personas bastante decentes, con toda probabilidad, de haber tenido un amo distinto. Había gente decente en todos los bandos, al fin y al cabo, como le había gustado decir al padre de Orso. Lo sorprendió ver allí a Selest dan Heugen, vestida con más sobriedad de la que acostumbraba, pero hay quienes siempre acaban flotando arriba del todo. Luego estaba un hombre huesudo que a Orso le sonaba de algo vestido con el blanco de archilector. Y estaba Curnsbick con aspecto algo enfermizo, y aquel hombre de los carrillos caídos, y el tipo de la nariz puntiaguda que había estado en la Guardia Real, ¿cómo diantres se llamaban?

Habría sido imposible predecirlo seis meses antes, pero aquellos, al parecer, eran los ganadores. Serían quienes timonearan la Unión hacia el futuro. Cada cual con sus talentos, sus rivalidades, sus ambiciones. Lo más seguro era que no serían peores que su propio Consejo Cerrado. Lo más seguro era que no serían mejores que los Consejos Cerrados de su padre, del rey Guslav, del rey Casamir, del rey Arnault, y así hasta remontarse al primer Harod, tocayo del nuevo.

—Debo reconocer que la concurrencia es algo decepcionante —proclamó Orso—. Pero lo comprendo. Yo mismo he odiado siempre los ahorcamientos. ¡Y este es uno al que soy particularmente reacio a asistir! —Ladró una carcajada. Nadie lo imitó—. Madre mía. ¿Quién iba a decir que yo sería el único que conservara el sentido del humor?

Fue complicado con las manos atadas, pero se las ingenió para dar un codazo al verdugo en las costillas.

—Por lo menos hace un día bonito. —Miró el cielo azul entornando los ojos. Unas pocas nubes, moviéndose despacio—. Parece que saldrá un buen verano. —De repente, le entristeció muchísimo pensar que no iba a verlo. Lo encubrió con una risita—.

Para vosotros, por lo menos.

El verdugo, como disculpándose un poco, le ofreció un capuchón.

—Gracias, pero no. He asistido a unas cuantas cosas de estas. No finjamos que el capuchón es por mi bienestar. —Mierda, quería rascarse la nariz, pero tenía las manos atadas a la espalda. La arrugó un poco, pero solo lo empeoró. Qué ridículo, morir mientras le picaba la nariz. Levantó las cejas con un gesto significativo—. Supongo que no serías tan amable de…

El verdugo escrutó a través de los agujeros de su propio capuchón mientras rascaba con suavidad el borde de la fosa nasal de Orso.

—Ah, qué bien. Un poquito más a la derecha… Perfecto.

El hombre levantó el brazo, hizo bajar el nudo y lo ciñó en torno al cuello de Orso.

—Bien apretado, así me gusta. —Orso le guiñó un ojo—. Qué difícil es encontrar un buen ayuda de cámara en estos tiempos.

El Joven León parecía algo irritado.

—¿Tienes algo que decir? —espetó.

—Demasiado, por lo general —entonó Orso—, pero procuraré ser breve, sé que tienes un país que llevar a la ruina. —La trampilla crujió bajo sus pies cuando dio un paso adelante.

»¡No lloréis por mí! —Paseó la mirada por el público, alzando las cejas—. ¿No?, ¿nadie? La verdad es que, incluso en mis mejores momentos, apenas he estado a la altura. Desde luego, soy hijo de mi padre, podría decirse. No obstante, permitidme que me enorgullezca un poco de mi victoria contra todo pronóstico en Stoffenbeck. Ya es mala suerte llegar al trono no con una, sino con dos putas revueltas en camino, pero en realidad tampoco es excusa. Siempre hay algo espantoso en camino, a decir verdad. Ya lo veréis. No es que os desee lo peor a nadie de vosotros, entendedme. Los resentimientos son algo demasiado pesado para cargar con ellos toda la vida, no digamos ya para subirlos a un patíbulo, y de todas formas no valen para nada en una pelea. —Por el rabillo del ojo vio que el verdugo rodeaba la palanca con ambas manos.

»¡Bueno! Creo que me están haciendo la señal de que vaya terminando. Quiero decir algo a mi hermana Savine. —Le sonrió.

Igual que hacía antes, cuando estaban juntos, en el despacho de Sworbreck. Cuando se le acababa de ocurrir un chiste buenísimo, uno que sabía que iba a encantarle. Así era como quería que lo recordara. Tal y como había sido. Tal y como habían sido los dos—. Me consuela un poco saber que serás mucho mejor gobernante que yo en toda mi vida. Hemos tenido nuestras discrepancias, pero sigues siendo la mujer a la que más admiro. Y, seamos sinceros, la única a la que he amado jamás. —Lo satisfizo ver resbalar una lágrima por la mejilla de Savine. No era que todo hubiera merecido la pena por una lágrima, claro, pero algo era algo. A continuación sonrió de oreja a oreja mirando al lord regente—. A su marido, Leo dan Brock, solo puedo decirle… ¿Qué tal la pierna?

Soltó una última risita, que se convirtió en suspiro.

—Venga, que es para hoy —dijo.

La trampilla traqueteó al abrirse.

Villanía

Leo había ganado.

Había afrontado derrotas aplastantes. Había sufrido pérdidas terribles. Pero había obtenido una victoria más grandiosa de lo que nadie habría creído nunca. Estaba sentado a la cabecera de la mesa del Consejo Cerrado. Era el hombre más poderoso de la Unión. Del Círculo del Mundo, tal vez. ¿Quién iba a osar negarlo?

Los Quemadores habían usado la Cámara Blanca como establo. Un pequeño «que te jodan» de la Jueza al antiguo régimen, que había dejado la estancia con un tenue olor a caballo que no se iba por mucho que lo frotaran todo. La mesa y las sillas eran las mismas que había empleado el Consejo Cerrado del rey Jezal, tan maltrechas y llenas de cicatrices como el propio Leo, pero aun así había ordenado que las dejaran en su sitio. Un oportuno recordatorio para todo a quien permitiera sentarse allí de que siempre podía reemplazarlo.

Los elegidos entraron desfilando respetuosos. Primero llegaron los viejos amigos de Leo, el lord chambelán Jurand y el lord mariscal Glaward. Se sentaron sonrientes a su izquierda y a su derecha, y Leo sonrió también al verlos allí. Por un momento, le trajo a la mente los viejos tiempos. Hasta que recordó todo lo que había sacrificado por la victoria. Todos a los que había sacrificado. Deseó que Antaup, y Jin, y Barniva, y Ritter estuvieran allí también. Pero los deseos no servían de nada.

El lord almirante Heugen y el lord canciller Isher fueron los siguientes en pasar, con más hilo dorado entre los dos que un juego

de cortinas de palacio, y uniformes tan espléndidos como penosos eran sus historiales militares. Los mejores hombres del Consejo Abierto. O por lo menos, los que mejor corrían.

Después llegaron dos burócratas. La repentina desaparición de Victarine dan Teufel —Leo esperaba que en el fondo del canal— había dejado el puesto de archilector vacante para Lorsen, el superior de Westport, que parecía un hombre sin lastrar por conciencia alguna. El cónsul general Flassenbeck era de los pocos altos cargos del antiguo gobierno lo bastante afortunados y astutos para haber sobrevivido pasando de puntillas a traves de todas las purgas. Ninguno de los dos era la clase de hombre a la que Leo admiraba, pero supuso que alguien debía ocuparse de los detalles, y la fortuna, la astucia y la falta de conciencia sin duda eran cualidades que su nueva Unión iba a necesitar.

Por último llegaron los cuatro ministros que ocupaban cargos de nueva creación. Gente que comprendía el mundo moderno, en teoría. Jurand había suplicado a Leo que concediera eso a Savine, y le había señalado la magia que su esposa había hecho en el gobierno de Angland, y al final Leo había reconocido a regañadientes que tenía sentido. Inventores y empresarios industriales con resplandeciente ropa de civil y la última en entrar, habiendo moderado el busto pero aún con un intenso olor a rosas, era nada más y nada menos que Selest dan Heugen. Tener a una mujer en la Cámara Blanca habría provocado un alboroto unos años antes, pero, en fin, el progreso y tal y cual. Leo no veía ningún problema en tener un adorno para entretener la mirada, siempre y cuando recordara la posición que le correspondía.

No dejó de hacer muecas mientras todos lo saludaban serviles y ocupaban sus asientos. Había ganado. Eso era innegable. Pero el muñón de la pierna no le dolía menos. El brazo acribillado de metal no tenía más sensibilidad. Seguía notando el mismo sabor amargo en el hueco de los dientes. Estaba, si acaso, más irritable que nunca.

Había ganado, pero aquello no se parecía en nada a su victoria sobre Stour Ocaso en el círculo. No tenía la adoración de las multitudes, solo miedo y suspicacia. No tenía una oleada de alegría,

solo una persistente insatisfacción. No tenía abrazos de sus amigos. Los había llevado a casi todos a su muerte.

Se sorprendió al oír que se cerraba la puerta y la dama regente se deslizaba al interior de la cámara. Savine apenas soportaba mirarlo en los últimos tiempos, no digamos ya pasar tiempo en la misma habitación. Tal y como iban las cosas, Leo se extrañaría si alguna vez volvían a follar, pero tampoco lo echaba de menos. Desde que perdiera la pierna, había pasado de considerarlo trabajo a considerarlo una humillación. Que se quedara su coño para ella sola, que él se quedaría todo lo demás y lo tendría por una división justa de los recursos.

—¿Os unís a nosotros, alteza? —preguntó.

—Dado que hay un asiento libre… —Savine lo miró a los ojos con calma mientras se colocaba con un porte más regio incluso que el habitual en la alta silla que había en el otro extremo de la mesa. La que durante siglos había permanecido vacía para el Primero de los Magos—. Porque no esperamos a Bayaz, ¿verdad?

Tal vez fuesen las primeras palabras que se habían dirigido desde el ahorcamiento. ¿Sería un levísimo deshielo en el invierno de su matrimonio? O quizá, lo más probable, que su yo implacable y realista estaba aflorando de nuevo a la superficie y había decidido sacar todo el provecho posible a lo que no podía cambiar. Siempre había sido una mujer a la que le gustaba ganar. Pero si tenía intención de combatir a Leo, más le valía ir acostumbrándose al sabor de morder el polvo.

—Creo que ya estamos todos. —Leo se inclinó hacia delante y apoyó el puño cerrado en la mesa—. Tenemos un nuevo Consejo Cerrado. Joven. Hambriento. Una docena de hombres, y mujeres, dispuestos a fraguar otra vez la Unión para una nueva era.

Hubo aplausos corteses. De todo el mundo salvo de Savine. Ella mantuvo aquella gélida dignidad en la que estaba especializada, mirando furibunda a Leo a través de la larga mesa como si alguien le hubiera meado en la boca. Pero Leo no iba a permitir que sus putos sentimientos heridos le arruinaran su momento.

—Me entristece decir que la nación está débil —gruñó, moliendo la madera con el puño—. La podredumbre ya estaba asentándose

mucho antes del Gran Cambio. El ejército está desmoralizado y en un estado lamentable. ¡Tenemos que devolver a las tropas su orgullo! ¡Su propósito!

Glaward aplaudió.

—Bien dicho, alteza.

—Podríamos empezar devolviendo la plaza de los Mariscales a su antigua gloria. Esos nombres del suelo son… un feo recordatorio de cosas que es mejor olvidar. Las losas rotas deben reemplazarse para que podamos hacer entrenamientos militares, desfiles, maniobras, demostraciones de la fuerza de la Unión y…

—Me temo que eso sería un error —dijo Savine.

Leo se lamió con amargura el hueco entre los dientes.

—Me dejas de piedra.

—Debería seguir llamándose plaza de los Mártires —dijo ella, sosteniéndole la mirada en un desafío que no le hizo ninguna gracia—. Si borramos toda evidencia de nuestros fracasos, ¿cómo aprenderemos de ellos? Deberíamos dejar los nombres de quienes murieron por el Gran Cambio y añadir los nombres de quienes murieron en él. Conmemoremos los horrores del antiguo régimen y del nuevo, con la esperanza de no repetirlos nunca. Debemos tener una Unión mejor. No puede haber sido todo en vano. No puede.

Hubo un meditabundo silencio, y entonces Cursnbick asintió despacio.

—*Muy* bien dicho, alteza.

Leo frunció el ceño de soslayo a Jurand. Estaba mirando a Savine muy serio, con la frente un poco arrugada, como un perrito suplicando una chuchería. Era la expresión que ponía siempre cuando la madre de Leo decía alguna bobada con la que estaba de acuerdo.

—Bueno. —Leo movió la boca con amargura, y luego se esforzó en que sus labios compusieran la más leve sonrisa—. No seré yo quien niegue a la Bienamada de los Barrios Pobres un gesto sentimental o dos. Llama a la plaza como te dé la gana. La cuestión principal sigue estando ahí. Nos enfrentamos a amenazas en todas las fronteras. Nuestras fortalezas están descuidadas y nuestra armada desfasada. El primer punto del orden del día debe ser el

refuerzo y la renovación de los ejércitos del rey con…

—El lord regente ha puesto sobre la mesa un tema crucial —lo interrumpió Savine—, motivo por el que el *primer* punto del orden del día debe ser el dinero. El gabinete del rey Jezal cometió muchas torpezas, pero la peor fue gastar lo que no tenían.

Todos se volvieron para mirar a Leo.

—Eso es bien sabido —gruñó. No necesitaba que nadie le enseñara a no cometer dos veces el mismo error.

—Para establecer los cimientos de unas financias sólidas, necesitamos un nuevo sistema de recaudación tributaria —afirmó Savine—. ¿Ministro de ingresos Vallimir?

—Una reforma amplia y profunda, de cabo a rabo. —Vallimir empezó a repartir unos pequeños fajos de papeles bien encuadernados. Parecía que en ese extremo de la mesa habían llegado preparados—. Aquí veréis diversas propuestas. Un incremento de las tasas sobre la tierra y la riqueza, la abolición de las categorías privilegiadas y los cargos venales, aranceles que graven la actividad mercantil e industrial y unas medidas firmes contra la corrupción.

—No podemos repetir el pasado —dijo Curnsbick, mirando por encima de los anteojos—. Debemos evitar las ruinosas deudas que envenenaron la época del rey Jezal.

—Al menos el Gran Cambio nos liberó de la tiranía de la banca —observó Kort.

Isher hojeó los papeles con un ceño cada vez más fruncido.

—¿Solo para encadenarnos bajo el yugo del recaudador de impuestos?

Empezaron a discutir, de manera tediosa. Proporciones, subsidios, exenciones. Leo apenas comprendía los conceptos. Casi se arrepintió de no haber prestado más atención durante aquellas aburridas reuniones de su consejo, allá en Angland. Pero no del todo.

Se hundió en su silla, deseando haber llevado vino. Su sitio estaba en la silla de montar. ¿O quizá algún tipo de carruaje abierto sería menos doloroso? Su sitio estaba cerca de otros hombres en silla de montar, en todo caso. Se le desvió la mirada hacia Jurand.

¡En campaña, con el viento a su espalda y un enemigo enfrente, ordenando una carga espada en mano!

—Necesitamos dinero para reconstruir —estaba diciendo Kort.

—Para modernizar —dijo Curnsbick.

—¿Para organizar un Certamen Estival de esgrima este año? —propuso Selest—. Es una tradición muy apreciada que da a la gente inspiración, confianza y un propósito común.

—Una idea excelente. —Savine dio un golpecito aprobador en la mesa con las yemas de los dedos.

Leo descargó el puño contra la madera, haciendo que las caras se volvieran de golpe hacia el lugar donde debían mirar.

—¡Necesitamos dinero para nuestras fuerzas! Cañones. Barcos. ¿De qué sirve el progreso si no puede convertirse en arma? Las fuerzas armadas de la Unión deben volver a ser *respetadas*. Tenemos que estrangular a nuestros enemigos en el mar y machacarlos en tierra. Debemos ser *temidos*. —Golpear la mesa había funcionado una vez, así que volvió a hacerlo, incluso más fuerte, haciendo que un montón de papeles se diseminaran por delante de Kort—. Deberíamos reclamar para la Unión la ciudad de Sipani.

Hubo un silencio nervioso. El cónsul general carraspeó.

—¿Con qué base, alteza?

—Ya se te ocurrirá algo.

Miradas penetrantes cruzando la mesa.

—Pero… Sipani se considera neutral desde hace ya un tiempo.

—En una ocasión la Serpiente de Talins conquistó la ciudad —gruñó Lorsen—, pero ni siquiera ella se atrevió a intentar conservarla. Provocaríamos una reacción furiosa de los estirios…

—Con eso cuento, joder —dijo Leo.

Glaward y Heugen asintieron, pero ni siquiera Jurand parecía convencido. Había pasado de la puta mirada de súplica a la puta mirada de dolor. Cuando Leo quisiera darse cuenta, estaría citando a Stolicus para ensalzar las virtudes de la paciencia.

Savine lo miró inexpresiva desde el fondo de la mesa.

—El rey Jezal libró tres guerras contra los estirios. Lo único que logró fue desperdiciar millones de marcos, matar a miles de

personas y tirar el prestigio de la Unión por el retrete. Tenemos que modernizar las fuerzas armadas, de eso no cabe duda. Debemos proteger nuestros intereses, por supuesto. Pero tenemos mucho más que ganar comerciando con Estiria que guerreando. Propongo que invitemos al rey Jappo a una visita de estado en Adua para tratar asuntos de interés común y…

—¿Qué interés común podemos tener con ese puto degenerado? —espetó Leo, desdeñoso.

—Estiria es un mercado en expansión —apuntó Kort, haciendo bailar los carrillos caídos.

—Grandes oportunidades —balbuceó Curnsbick.

—Podría ser una… solución pragmática —graznó el archilector Lorsen.

Savine se encogió de hombros.

—A veces hay mejores maneras de obtener lo que uno quiere que mediante el uso de la fuerza.

Quizá las hubiese, pero a Leo no le interesaban, ni mucho menos le interesaba seguir desperdiciando aliento con el tema.

—Sometámoslo a votación —restalló—. ¿A favor de reclamar la ciudad de Sipani?

Levantó la mano despreocupado y vio que se disparaban otros brazos hacia arriba. El de Jurand, el de Glaward, el de lord Heugen… y eso fue todo. Más hacia allá de la mesa nadie había movido un dedo. Leo los miró, incapaz de creerlo. Era otra vez como en Stoffenbeck, observando el campo de batalla al amanecer, seguro de su victoria, y descubriendo para su gélido desaliento que el enemigo había recibido refuerzos.

Y como para restregárselo por la cara, Savine dejó que el silencio se prolongara unos embarazosos segundos más antes de hablar.

—¿A favor de una visita de estado?

Las manos se alzaron más lentas pero no con menos decisión, y eran muchas más. No era raro que los cuatro lacayos de Savine votaran a su favor, pero sí sorprendente que tuvieran las agallas de hacerlo. Y más sorprendente aún fue que Flassenbeck y Lorsen osaran desafiarlo, pero Leo supuso que nunca había que fiarse de los burócratas, y menos de los que habían sobrevivido a purgas.

Pero fue la última traición la que de verdad desafiaba toda lógica. El lord canciller Isher, en el asiento que Leo acababa de asignarle, levantó cortésmente el brazo cargado de cordeles dorados.

—¿Qué te crees que haces? —susurró Leo.

Isher carraspeó.

—Mostrar mi acuerdo con su alteza la dama regente —dijo sin entonación, cuidando de no cruzar la mirada con Leo—. Tenemos mucho más que ganar mediante el comercio con Estiria que mediante la guerra.

Lo cual significaba que *él* tenía más que ganar. Leo habría querido llamarlo cobarde traicionero a la cara y luego exigir saber con qué lo había sobornado Savine, pero estaba tan atónito que no le llegaba el aliento. Miró hacia Jurand, y Jurand lo miró a él, pálido por la conmoción. Saltaba a la vista que aquel era un flanqueo para el que su concienzudo estudio de Stolicus no lo había preparado.

—Ocho contra cuatro a favor de una visita estatal —dijo Savine, e hizo una breve y meticulosa anotación—. Cónsul general Flassenbeck, ¿convocaríais al embajador estirio para que podamos extender una invitación formal al rey Jappo? Una vez hecho eso, lady Selest, quizá podríais coordinaros con mi secretaria personal, Zuri, y organizar una serie de reuniones…

—¿Qué coño pasa aquí? —bramó Leo, escupiendo saliva.

Otro silencio, más embarazoso que el anterior si cabe. Savine siguió escribiendo un momento y luego alzó la mirada de sus papeles.

—¿El Consejo Cerrado podría concedernos a su alteza y a mí un momento para deliberar?

Por la rapidez con que se levantaron de sus asientos, estaban desesperados por hacer justo eso.

Con una nerviosa mirada hacia atrás, Selest dan Heugen cerró la puerta de la Cámara Blanca, dejando solos a Savine y a su esposo.

No pudo evitar removerse en aquella puta silla tan incómoda por un súbito calambre. Con un sentido de la oportunidad impecable, su periodo había vuelto por primera vez desde que se quedara encinta

y tan doloroso como siempre, provocándole el habitual dolor sordo en la tripa y la parte trasera de los muslos con la ocasional punzada intensa en el culo a modo de ligero alivio. Como acostumbraba a hacer, se esforzó con todos los músculos para parecer relajada del todo y obligó a su mueca a convertirse en una expresión de tranquila dignidad.

—¿Crees que vas a poder robarme esto? —susurró Leo, pálido de furia.

A Savine no le cabía duda de que se había transformado en un hombre muy peligroso. Recordaba verlo apuñalar al mariscal Forest en el pecho sin vacilar ni un instante. Pero ya se había enfrentado antes a hombres peligrosos. La clave era la preparación. Eso y nunca ceder terreno.

—¿Robarte qué? ¿Te refieres a la Unión? —Savine hablaba despacio, con precisión, como una maestra de escuela explicando aritmética a un alumno propenso a las rabietas. Quizá con eso lograría enfurecerlo más. Era más bien lo que esperaba—. No es tuya, Leo. Pertenece a nuestro hijo, el rey. Nosotros no somos más que sus cuidadores. Los cuidadores *conjuntos*.

Leo dio un zarpazo a la mesa, atrapó unos papeles y los aplastó en su puño trémulo. Quizá solo tuviera uno que funcionase, pero Savine sabía lo fuerte que era aún.

—Vete —gruñó él entre dientes apretados.

Savine cuadró la mandíbula.

—Voy a serte muy clara. Antes me ganarás en una carrera a pie que me sacarás de esta cámara.

—Aquí estoy yo al mando.

—¿Seguro? Porque empiezo a creer que no leíste la Gran Declaración del Consejo Abierto con mucha atención. Yo sí que la escribí prestando atención, eso tenlo por seguro. Me concede exactamente los mismos derechos, privilegios y poderes que a ti. Las cuestiones de política se deciden por votación en este consejo y, como has visto, tengo a una mayoría aplastante de mi lado.

—Entonces los reemplazaré.

—Hasta que su majestad alcance la mayoría de edad, no puedes retirar a nadie sin mi aprobación, igual que yo no pude nombrarlos

sin la tuya.

—¡Pues traeré aquí dentro a una compañía de soldados! —Había empalidecido aún más. Las ojeras cadavéricas debajo de los ojos recordaban a Savine más de lo que le resultaba cómodo a su padre. Pero aunque su padre había hecho cosas horribles, no había llegado a encargar que se pintaran cuadros heroicos de él—. Ya veremos a favor de quién votan estos hijos de puta con espadas desenfundadas al cuello.

Savine entornó los ojos.

—Antes me ganarás una partida a los dardos con la mano izquierda que hacer eso. Deberías saber que he tomado medidas exhaustivas. Intenta tomar el poder por la fuerza y el carbón dejará de llegar, el pan dejará de llegar y el dinero dejará de llegar. Te encadenaré con huelgas y disturbios. Te enterraré en una ventisca de panfletos. ¿No has visto lo popular que soy ahora? ¿Vas a amenazar a la Madre de la Nación? ¿Destituir a la Bienamada de los Barrios Pobres? Te enfrentarías a otro Gran Cambio, y eso suponiendo que el ejército te siguiera. Pero ten en cuenta que su juramento es al rey. Y tú no eres rey, Leo. Eres menos rey que yo.

Cayó un silencio siniestro mientras se lanzaban miradas asesinas por encima de la vapuleada mesa, en la sala lóbrega, sofocante y con un leve olor a caballo que representaba la mismísima cúspide del poder.

—Así que me has dado la puta puñalada trapera. —La voz de Leo sonó como un gimoteo herido—. Mi propia esposa. Debí dejarte con los Quemadores.

Fue mala suerte para él que aquella reinvención del pasado coincidiese con un calambre particularmente fuerte, como si tuviera un puño atenazándole las entrañas. Savine se echó hacia delante de golpe y le enseñó los dientes.

—¡Eso es justo lo que hiciste, puto cabrón de mierda traicionero! ¡Y luego usurpaste el trono contra mis deseos, y luego mataste a mi hermano, y ahora voy a hacerte pagar el puto precio!

Mientras Savine rugía las palabras, la expresión del lord regente fue cambiando de la ira al asombro, y terminó con una risotada en la que no hubo alegría alguna.

—Ah, ¿conque yo soy el villano? Qué curiosas son las cosas que olvidamos, ¿a que sí? ¿No recuerdas *nuestra* rebelión? ¡Yo quería cambiar el Consejo Cerrado, pero dejar a Orso en el trono! Que es lo que me dijiste que querías tú también. Y la Bienamada de los Barrios Pobres no mentiría a su marido, ¿verdad?

Savine tragó saliva y no dijo nada.

Leo señaló con un dedo brusco la silla vacía de Isher.

—Porque nuestro flexible lord Isher me contó una historia distinta. Que acordaste con él que Orso terminaría apartado con disimulo para que tú pudieras ser reina. Y no fue el único trato que hiciste a mis espaldas, ¿me equivoco? Ya me pareció raro que Stour, tal que así… —Chasqueó los dedos—… cambiara de opinión sobre ayudarnos. ¡Pues claro, joder, porque le ofreciste Uffrith!

Savine tuvo que contener una mueca de dolor. Pero su marido no había terminado de enumerar sus crímenes.

—Y cuando colgamos a tu querido hermano, no te oí suplicar por su vida. Sabías que debía hacerse. Lo sabías, pero querías a alguien a quien culpar. ¿Te crees tus propias mentiras o solo finges hacerlo? ¡Qué hipocresía! —Y agarró la superficie de la mesa y tiró como si pretendiera arrancarla—. ¿Cómo puedes sentarte ahí y hablar de los horrores del antiguo régimen sin que se te caiga la cara de vergüenza? ¡Tú eras el antiguo régimen! ¡Fue tu padre quien talló esos nombres en la plaza de los Mártires! ¡Nadie se beneficiaba más que tú y a nadie le importaba menos! ¿Y ahora tienes la osadía de ponerte un vestido blanco y venirme con que no puede ser todo en vano? Hazte la santa de Adua ahí fuera si quieres, Savine —le espetó desdeñoso—, pero aquí dentro intentemos no dar vergüenza. Llámame traicionero todo lo que quieras. Llámame cruel. Pero pregúntate de quién lo aprendí.

Otro silencio siniestro mientras se fulminaban con la mirada desde las duras sillas a las que los habían llevado sus ambiciones. Entonces, por una vez, Savine dejó caer los hombros.

—Tienes razón —dijo, torciendo el gesto mientras intentaba apretarse la tripa dolorida a través del corsé. Y Leo tenía razón, a fin de cuentas—. Es posible que… llegara a lamentar las cosas que había hecho, y que por tanto no me gustara nada verte a ti hacer lo

mismo. Lo cierto es que tuve mi papel en todo esto. El papel principal, incluso. Tramé y mentí y traicioné. Y fuiste tú quien sufrió las consecuencias. Tú, y Orso, y todos a quienes he molido en mis factorías, y hecho picadillo en mis campos de batalla, y he dejado pudrir en mis suburbios. Y eso lo lamento. Lo lamento por Orso y lo lamento por ti. Lamento todo ello… pero… pensándolo ahora, si tuviera que tomar las mismas decisiones… no puedo decir que no volvería a hacerlo. —Lo miró a los ojos e hizo un leve encogimiento de hombros—. Quizá, al fin y al cabo… la villana sea yo.

Leo la miró iracundo desde el otro lado de la mesa.

—Bien. Entonces recularás en lo de Sipani.

—Ah, no, no. No pienso recular en nada.

Su marido la miró un momento más, con la boca entreabierta. Entonces flaqueó en su silla.

—¿Las cosas siempre son así? ¿Uno consigue lo que quería, pero de algún modo no es lo que quería en absoluto? ¿Toda victoria resulta ser solo otra clase de derrota?

Parecía tan marchito, tan destrozado, que Savine se vio atrapada entre la repugnancia y la lástima. No podía perdonarlo, pero sabía que ella había contribuido a hacerlo como era. Para bien o para mal, estaban esposados juntos. Hizo a un lado su rabia y dio un cansado suspiro.

—Esto no es una victoria ni una derrota, Leo, sino un matrimonio. —Sacó la cajita de la manga y esnifó un pellizco—. Te sugerí antes de la boda que lo consideraras un acuerdo de negocios. —Contuvo un estornudo—. Ahora te sugiero que sigas haciéndolo. Los socios no tienen por qué estar de acuerdo en todo. Con sinceridad, hasta pueden detestarse entre ellos en el plano personal. —Tomó un pellizco por la otra fosa nasal—. Pero los más juiciosos colaboran, por el bien del negocio. Te propongo que colaboremos, por el bien de nuestros hijos. Necesitan a su padre. Por el bien de la Unión. Necesita a su campeón. —Se limpió la nariz con un pañuelo—. Tenemos la oportunidad de hacer mucho bien juntos. Sería un delito echarlo a perder solo porque no podemos ponernos de acuerdo.

Y cerró la tapa con un chasquido.

—Me enfrentaré a ti si es necesario. —Leo acomodó el inútil

brazo izquierdo en la casaca—. Nunca he reculado ante una pelea.

—Venga, por favor. —Savine contuvo una mueca cuando le dio otra punzada en la tripa—. Esto no es un libro de cuentos infantiles. Tal vez no seas el villano, pero, desde luego, créeme que no eres el héroe. —Forzó sus hombros a retroceder, su sonrisa a regresar—. ¡Selest!

La puerta se abrió una rendija para revelar la bien empolvada cara de la nueva ministra de comercio.

—¿Alteza?

—Haz pasar otra vez al Consejo Cerrado. Tenemos trabajo que hacer.

Maldiciones y bendiciones

En la negrura de la noche el ojo largo se abrió, y ella lo vio todo.

Vio a un tejedor calvo, y la obra de su telar estaba toda en ruinas, un millón de hilos que pendían cercenados. Pero él volvía a tejerlos, paciencia, paciencia, y sonreía mientras trabajaba. Separó las manos y una se posó en la cabeza de un chico de pelo moreno, y la otra en la cabeza de una chica de pelo rubio.

Vio que la chica se convertía en una mujer que reía, con unas destellantes lentes en los ojos, un alto sombrero sobre los rizos dorados, y el sombrero eructaba humo, escupía ceniza, cubría el sol sangrante y sumía el mundo en el crepúsculo. Lanzaba un beso, y el beso se transformaba en moneda, en mil monedas, en un millón de cadenas doradas. Tendía la mano, y los dedos se convertían en raíles de hierro, y los raíles cruzaban el mar y formaban una jaula, la jaula que Stour había forjado, y el Norte entero estaba dentro.

Vio que el chico de pelo negro se convertía en un hombre de pelo negro, y se sentaba en una colina de huesos en un círculo de fuego con una espada gris en el regazo, una espada gris nunca enfundada, una espada gris marcada con una letra plateada. Su boca marcada por la cicatrizada hablaba, pero sus palabras eran gotas de sangre que componían un arroyo, que se convertía en río, que se convertía en un mar que rompía contra las costas del Norte. Una marea de sangre. Una inundación cuyas aguas rojas se negaban a retirarse.

Vio hervir el Crinna. Vio arder Uffrith de nuevo. Vio las tumbas abrirse y vomitar a los muertos. Vio la Silla de Skarling partida en

dos y la madera rota sangrando. Vio una plaga de gusanos retorcerse en los campos envenenados. Vio una plaga de cuervos emerger de los árboles pelados y cubrir la luna, sumir al mundo en la oscuridad.

Y en la oscuridad vio a un tejedor calvo, y en el ojo del tejedor vio una piedra ardiente, y en la piedra ardiente vio un círculo de runas, y en el círculo de runas vio una puerta negra, y tras la puerta una figura se alzó del mar bullente, una figura hecha de cegadora luz, y su pie dejó humeantes huellas en la gravilla, y habló con voz de trueno.

—He regresado.

Rikke se quitó de encima las pieles de la cama de su padre y se acuclilló en la oscuridad, temblando, dando jadeantes bocanadas, el sudor de su visión aferrado frío a la piel y el ojo izquierdo ardiendo caliente como un ascua en su rostro tatuado.

No habría sabido decir si el ojo largo era una bendición por hacerle aquella advertencia o una maldición porque despertaría cada mañana aterrorizada por lo que había visto.

Quizá en verdad fuese las dos cosas. Quizá siempre hubiera sido las dos cosas.

—Parece que hayas visto a los muertos —dijo Isern-i-Phail, frunciéndole el ceño mientras Rikke se sentaba en la Silla de Skarling.

—Los he visto —susurró Rikke.

La luz de las enormes ventanas nuevas que había hecho construir, con su gran vista del océano, le apuñaló los ojos. Los sonidos de Uffrith al otro lado le martillearon los oídos. Tenía fogonazos de lo que había visto la noche anterior acechando en los confines del interior de los párpados. Los veía como si fuesen cosa hecha. Cerró los ojos, el que no veía nada y el que veía demasiado, y se limpió la grasienta pátina de la frente.

El salón de su padre estaba ajetreado. Gente llegada de todos los rincones del Norte para presentarle sus respetos.

—Escuchad —dijo, pero la voz murió en su garganta y se convirtió

en gañido—. ¡Escuchad! —Y todos dejaron de charlar y miraron en su dirección, cambiando de postura ansiosos hacia ella—. ¡En la noche, he tenido una visión!

Hubo un quedo murmullo en respuesta. Un murmullo fascinado, como si Rikke hablara con la voz de Euz.

Escalofríos le frunció el ceño y su ojo metálico destelló.

—¿Qué has visto?

Rikke no sabía por dónde empezar. Le atronaba el corazón por los recuerdos fragmentados.

Entonces las puertas del salón de su padre se abrieron y el Clavo llegó con paso firme desde el fulgor de fuera, con un corte nuevo en la mejilla que le quedaba bastante bien y una gran sonrisa en la cara que le quedaba incluso mejor.

—¡Ollensand se ha rendido!

—¿Los habéis derrotado? —preguntó Hardbread.

—No ha hecho falta —dijo el Clavo, dándole una palmada en el hombro con su manaza que casi lo derribó—. Nos han abierto las puertas. ¡Y nos hemos portado bien con ellos, no os preocupéis! Lo único que nos hemos llevado es su promesa de arrodillarse y pagar el diezmo a Rikke la Negra. —Levantó los hombros—. Bueno, eso y una cosa que nos han dado por voluntad propia. —Hizo un gesto hacia la puerta y entró un destacamento de carls, cada uno haciendo rodar un gigantesco barril por delante—. ¡Una docena de barriles de su mejor cerveza para que brindemos por el nuevo Norte!

Izaron un barril a la mesa mientras la gente aullaba y vitoreaba, y uno de ellos le arrancó el espiche de un hachazo e hizo volar un chorro de espumosa cerveza, y hubo gente que se puso a bailar bajo la lluvia hasta que Hardbread hizo clavar una espita en el agujero y empezó a repartir jarras.

—¡Y no solo eso! —rugió Piedrallana, entrando después del Clavo en el salón seguido de hombres sonrientes—. También hemos enviado al otro lado del Crinna a los últimos salvajes que quedaban, llorando y llamando a su mamaíta. Me da que pasarán unos cuantos años antes de que esos cabrones de los huesos y las pieles vuelvan a pisar nuestra orilla del río.

Más aclamaciones, y más cerveza, y más buenas noticias.

—¡El Norte es nuestro! —bramó el Clavo—. Bueno, tuyo.

Sonrió a Rikke, luego pareció como si se sonrojara y se rascó la barba del color de la arena y bajó la mirada al suelo. Pero nadie se fijó mucho, porque estaban todos ocupados dándose palmadas en la espalda y maravillándose de que todo hubiera salido bien.

Qué felices parecían. Qué alegres las caras que Rikke estaba acostumbrada a ver llenas de miedo o tristeza. Una vieja que había perdido a dos hijos en la última guerra tenía las mejillas surcadas de lágrimas. Por los muertos, hasta Caul Escalofríos sonreía.

—El Norte está unido —susurró el hombretón, como si fuese un acertijo que no podía resolver—. Desde el Crinna hasta el Torrente Blanco. Por los muertos, qué orgulloso estaría tu padre.

Rikke pensó en su padre, entonces, sentado en su banco, rascándose la barbilla canosa. Tomando las decisiones difíciles para quitarle ese problema a su gente. Doblado bajo todos los miedos de los demás para que no tuvieran que cargar con su peso.

Isern-i-Phail estaba enseñando el hueco del diente que le faltaba en una sonrisa aniñada.

—Siempre he sabido que vendrían grandes cosas de ti, Rikke. Pero te confieso que no me esperaba ni la mitad de esto. Ni una cuarta parte. Bueno, venga. —Y le ofreció una bolita de chagga—. ¿Qué era esa visión tuya?

Rikke parpadeó mirándola, parpadeó mirando el feliz salón. Entonces cogió la bolita y se la metió detrás del labio. Se obligó a sonreír, aunque se notaba mareada.

—Nada —dijo—. Todo bien.

La gente importante

Personas notables de la Unión

Su augusta majestad el rey Orso I: Reticente gran rey de la Unión e infame holgazán en sus tiempos de príncipe heredero, aunque obtuvo una improbable victoria sobre Leo dan Brock.

Hildi: Ayuda de cámara y chica de los recados del rey, anteriormente lavandera en un burdel.

Tunny: Antes conocido como cabo Tunny, proxeneta y compañero de juergas de Orso y más tarde su portaestandarte.

Yema: El secuaz idiota de Tunny.

Bremer dan Gorst: Maestro espadachín de voz atiplada, primer guardia del rey Orso.

Lord chambelán Hoff: Vanidoso cortesano en jefe, hijo del anterior lord Hoff.

Lord canciller Gorodets: Sufrido titular del cordel que cierra el monedero de la Unión.

Cónsul general Matstringer: Ansioso supervisor de la política exterior de la Unión.

Lord mariscal Forest: Oficial muy trabajador de origen humilde e impresionantes cicatrices, ascendido a miembro del Consejo Cerrado por Orso.

Lord mariscal Rucksted: Soldado veterano con afición a las barbas y a contar historias exageradas.

Lord mariscal Brint: Soldado veterano y viejo amigo manco del

padre de Orso, que traicionó a Orso y se unió a los rebeldes.
Lord mariscal Krepskin: Oficial al mando de la flota de la Unión.

Lord Isher: Elegante y triunfador prohombre del Consejo Abierto que se rebeló contra Orso pero huyó de la Batalla de Stoffenbeck.
Lady Isold dan Isher: Insípida joven heredera, casada con lord Isher.
Lord Heugen: Pedante prohombre del Consejo Abierto que se rebeló contra Orso y fue capturado.

De Angland

Leo dan Brock: «El Joven León», famoso héroe y lord gobernador de Angland caído en desgracia. Se rebeló contra el rey Orso y perdió un brazo y una pierna en batalla.
Finree dan Brock: Madre de Leo dan Brock y magnífica estratega y organizadora.
Jurand: Antiguo mejor amigo de Leo dan Brock, sensible y calculador.
Glaward: Antiguo amigo de Leo dan Brock, excepcionalmente corpulento.
Lord Clensher: Noble anciano de Angland, con bigote pero sin barba.

En el círculo de Savine dan Brock

Savine dan Brock: Esposa de Leo dan Brock y señora gobernadora de Angland caída en desgracia, en otro tiempo inversora, miembro de la alta sociedad y celebrada belleza, en la actualidad encarcelada por alta traición.
Zuri: Dama de compañía sin parangón de Savine, refugiada sureña.
Freid: Una de las muchas doncellas de guardarropa de Savine.
Metello: Experta en pelucas de Savine, una estiria de rasgos

afilados como un hacha.
Haroon: Hermano corpulento de Zuri.
Rabik: Hermano delgado y guapo de Zuri.
Sand dan Glokta: El «Viejo Palos», padre de Savine, antes el hombre más temido de la Unión, líder del Consejo Cerrado y de la Inquisición de Su Majestad. Retirado en la actualidad.
Ardee dan Glokta: Madre de Savine, famosa por su lengua viperina.

Gunnar «Toro» Broad: Exsoldado escalador de asalto con tendencias violentas, en otro tiempo miembro de los Rompedores y más adelante encargado de «relaciones laborales» para Savine.
Liddy Broad: Sufrida esposa de Gunnar Broad y madre de May Broad.
May Broad: Terca hija de Gunnar y Liddy Broad.

Honrig Curnsbick: «El Gran Maquinista», famoso inventor y empresario industrial, cofundador de la Sociedad Solar con Savine dan Brock.
Dietam dan Kort: Notable ingeniero y constructor de puentes, socio de Savine en un canal.
Selest dan Heugen: Acérrima rival de Savine.
Coronel Vallimir: Exsocio de Savine en un telar y una trama de explotación infantil.
Lady Vallimir: Esposa del coronel, que pasa por una época de vacas flacas.
Carmee Groom: Ilustradora con talento.
Majir: Asociada de Savine procedente de la fraternidad criminal de Adua.

Con los Rompedores y los Quemadores

Victarine (Vick) dan Teufel: Expresidiaria y luego inquisidora que trabajó como espía para el archilector Glokta antes de volver a cambiar de bando para situarse con los Rompedores.

Sebo: Un flacucho joven miembro de los Rompedores, chantajeado para ayudar a Vick.

Pike: Exarchilector de la Inquisición, con un semblante horrorosamente quemado, revelado como el cerebro tras los Rompedores conocido como el Tejedor.

Risinau: En otro tiempo superior de Valbeck, responsable de la violenta revuelta en esa ciudad. Intelectual autoproclamado.

La Jueza: Una lunática asesina en masa o una intrépida campeona del pueblo llano, según a quién se pregunte. Líder e instigadora de los Quemadores.

Spillion Sworbreck: Escritor de fantasía barata y procaces panfletos, reconvertido en panfletista político y demagogo.

Sarlby: Antiguo compañero de armas de Gunnar Broad, convertido en quemador.

Banderizo: Altanero exsoldado que trabajó con Broad antes de unirse a los Rompedores.

Halder: Taciturno exsoldado que trabajó con Broad antes de unirse a los Rompedores.

En el Norte

Rikke: Líder de Uffrith que ha conquistado Carleon y medio Norte. Bendecida, o maldecida, con el ojo largo.

Caul Escalofríos: Mano derecha de Rikke, un muy temido Mejor Guerrero y notable humorista con un ojo de metal.

Isern-i-Phail: Mentora de Rikke, montañesa medio loca de la que dicen que se conoce todos los caminos.

Scenn-i-Phail: Uno de los muchos hermanos de Isern, apenas más cuerdo que ella.

Scofen-i-Phail: Otro de los muchos hermanos de Isern, aún más loco que el anterior.

Hardbread: Uno de los jefes guerreros de Rikke, conocido por su indecisión.

Corleth: Chica de caderas recias, portaestandarte de Rikke.

Abuelita de Corleth: Madre de la madre de Corleth. Obviamente.

El Clavo: Un jefe guerrero de los Valles Occidentales, temible y famoso.

Caurib: Bruja que tiene la cabeza cosida con hilo dorado, de quien se dice que regresó de la tierra de los muertos.

Jonas Trébol: Antes conocido como Jonas el Escarpado y considerado un famoso guerrero, en la actualidad considerado un vago desleal. Traicionó a Stour Ocaso para unirse a Rikke.

Contratiempo: Guerrero de Trébol, con la mala costumbre de matar a hombres de su propio bando.

Sholla: Exploradora de Trébol, una mujer capaz de cortar el queso muy fino.

Zas: Chaval en apariencia inútil que forma parte de los hombres de Trébol.

Stour Ocaso: «El Gran Lobo», en otro tiempo rey de los norteños, renombrado guerrero y gilipollas, en la actualidad prisionero tullido de Rikke.

Calder el Negro: En otro tiempo verdadero poder en el Norte, astuto padre de Stour Ocaso.

Piedrallana: El jefe guerrero de más confianza de Calder el Negro.

Trampero: Un Mejor Guerrero al servicio de Calder.

El Alzado en el Túmulo: Notorio jefe de un Centenar de Tribus procedente del otro lado del Crinna, obsesionado con los huesos.

En Talins, Sipani y Westport, ciudades de Estiria

Rey Jappo mon Rogont Murcatto: Rey de Estiria.

Gran duquesa Monzcarro Murcatto: Apodada la Serpiente de Talins, madre del rey Jappo, temida general e implacable política, responsable de la unificación de Estiria.

Princesa Carlot: Amable hermana del rey Orso, esposa del canciller Sotorius de Sipani.

Su augusta majestad la reina Terez: Reina viuda y madre del gran rey de la Unión.

Superior Lorsen: Soso superior de la Inquisición en Westport.
Filio: Veterano regidor de Westport y entusiasta de la esgrima.
Sanders Rosimiche: Inexperto regidor de Westport y bocazas engreído.
Dayep Mozolia: Mercader de tejidos, influyente en la política de Westport.

La Orden de los Magos

Bayaz: Primero de los Magos, hechicero legendario, salvador de la Unión y miembro fundador del Consejo Cerrado.
Yoru Sulfur: Antiguo aprendiz de Bayaz, sin rasgos notables a excepción de sus ojos de colores distintos.
Profeta Khalul: Antiguo Segundo de los Magos, ahora archienemigo de Bayaz. Se rumorea que murió a manos de un demonio, sumiendo al Sur en el caos.
Cawneil: Tercera de los Magos, ocupada en sus propios asuntos inescrutables.
Zacharus: Cuarto de los Magos, que guía el destino del Viejo Imperio.

Agradecimientos

Como siempre, a cuatro personas sin las cuales…

A Bren Abercrombie, que se fatigó los ojos leyéndola.

A Nick Abercrombie, que se fatigó los oídos oyendo hablar de ella.

A Rob Abercrombie, que se fatigó los dedos pasando sus páginas.

A Lou Abercrombie, que se fatigó los brazos sosteniéndome.

Y también, mi más sincero agradecimiento…

A todas las encantadoras y dotadas personas del mundo editorial británico que han ayudado a llevar los libros de «La Primera Ley» a los lectores a lo largo de los años, incluyendo, pero en absoluto limitándome, a: Simon Spanton, Jon Weir, Jen McMenemy, Mark Stay, Jon Wood, Malcolm Edwards, David Shelley, Katie Espiner y Sarah Benton. Y también, cómo no, a todas aquellas personas que me han ayudado a crear, publicar, transmitir y sobre todo vender mis libros, dondequiera que estén a lo largo y ancho del mundo.

A los artistas gráficos responsables de hacer que, de algún modo, continúe pareciendo que tengo clase: Didier Graffet, Dave Senior, Laura Brett, Lauren Panepinto, Raymond Swanland, Tomás Almeida y Sam Weber.

A los editores del otro lado del charco: Lou Anders, Devi Pillai, Bradley Englert y Bill Schafer.

A los campeones del círculo: Tim y Jen Miller.

Al hombre de las mil voces: Steven Pacey.

Por mantener al lobo en el lado correcto de la puerta: Robert Kirby.

A todos los escritores cuyo camino se ha cruzado con el mío en internet, en el bar o en la sala de guionistas, y que me han proporcionado ayuda, apoyo, risas e ideas que merecía la pena robar. Ya sabéis quiénes sois.

Y por último, y sin embargo en primer lugar…

A la gran maquinista, Gillian Redfearn. Porque todo Jezal sabe que, en el fondo, no vale una mierda sin Bayaz.